GÓTICA

El que abre el camino

24 historias macabras del maestro del horror

ROBERT BLOCH



Robert Bloch (1917-1994) quedó cautivado por las Historias fantásticas y de terror desde que, a los nueve años, descubriera a Lon Chaney en la versión muda de la película «El fantasma de la Ópera» (1925). Semejante revelación pronto daría paso a la febril lectura de Poe, Arthur Machen y los relatos publicados en la revista Weird Tales, en especial aquellos firmados por H. P. Lovecraft, con quien empezó a cartearse a los dieciséis años. Pronto esta revista vería aparecer su primer relato, “El secreto de la tumba” (1934).

Bloch escribió más de trescientos cuentos de terror, misterio y ciencia ficción, así como veinticinco novelas entre otras la famosa «Psicosis» (1959), pero también tuvo un papel relevante en los comienzos de la televisión como guionista de doce capítulos para la teleserie «La Hora de Alfred Hitchcock» o, posteriormente, como autor de tres Historias originales para la mítica serie «Star Trek» en su primera época. «El que abre el camino» (1945) reúne los primeros relatos escritos por Robert Bloch, y entre ellos encontramos desde historias inspiradas por los temas clásicos del terror, como “Madre de las serpientes” (sobre los misterios del vudú), “El que abre el camino” y “Los ojos de la momia” (de ambientación egipcia), o el destacable “Suyo afectísimo, Jack el destripador” (en el que el asesino de Whitechapel reaparece en Boston en los años cuarenta), Hasta cuentos de Horror cósmico, en la línea de Lovecraft, como “El vampiro estelar” (protagonizado por un místico de Providence, doble de su maestro y amigo HPL), “El dios sin rostro” o “El demonio negro”.

El volumen recoge, además, tres de los últimos relatos de Bloch, escritos en 1991: “Las cuatro esquinas de la cama de la vida”, “Atrapada en el saco” y “Un exhorto creativo”.



Robert Bloch

El que abre el camino

24 historias macabras

Valdemar: Gótica - 67

ePub r1.1
orhi 26.03.2017

Título original: *The Opener of the Way*
Robert Bloch, 1936
Traducción: José Luis Moreno-Ruiz
Ilustración de cubierta: Juan Richard Feliz

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: el nota
ePub base r1.2



LA CAPA

(The Cloak)[1]

Moría el sol y su sangre salpicaba el cielo mientras se deslizaba a un sepulcro que había tras las colinas. El viento como un cuchillo llevaba las hojas caídas y secas de los árboles hacia el oeste, como si las condujese al funeral por el sol.

—¡Mierda! —exclamó Henderson para sus adentros y se detuvo pensativo.

El sol se ponía en el cielo sucio y lúgubre mientras una ráfaga de viento ominoso barría hasta una alcantarilla las hojas a medio pudrir. ¿Para qué perder el tiempo pensando en todo aquello?

—¡Mierda! —exclamó Henderson de nuevo.

Quizá todo fuera sólo la consecuencia de evocar el día en el que estaba, se dijo. Después de todo, era la puesta de sol de Halloween. La de aquél día sería la noche de Halloween, cuando los espíritus salen de paseo con sus calaveras a cuestas tras abandonar sus tumbas excavadas en la tierra.

En cualquier caso no se trataba más que de otra jodida noche de frío. Hubo un tiempo, recordó, en que aquella noche significaba algo. La oscura Europa, sumida en sus aterradoras supersticiones, dedicó esta noche a lo desconocido que sonríe tétricamente. Se atrancaron un millón de puertas para impedir las visitas diabólicas; se dijeron un millón de oraciones; se encendieron un millón de velas. Pero hubo algo realmente majestuoso e imponente en aquellas ideas, se dijo Henderson.

La vida era una auténtica aventura en aquellos tiempos, los hombres iban aterrorizados de un lugar a otro, sin saber qué les depararía el próximo recodo del camino. Vivían en un mundo de demonios y fantasmas, de sentimientos elementales que atribulaban sus almas… Era un tiempo en el que el alma del hombre aún tenía un significado… El escepticismo de ahora, sin embargo, había acabado con los profundos significados de la vida. Los hombres ya no reverenciaban sus almas.

—¡Mierda! —se dijo Henderson de nuevo, automáticamente.

Era realmente cruda y grosera esa expresión descreída con que el siglo XX contempla los profundos terrores anidados en el corazón del hombre, y también sus fantasías.

La voz que en su cabeza decía «mierda» tomó entonces, para Henderson, el lugar de la humanidad entera, esa humanidad que bien podría hacerse eco de sus sentimientos de aquel instante, y hasta de sus pensamientos más secretos. Así que Henderson volvió a soltar la palabra esforzándose por olvidar cualquier problema y cuestiones tan grandilocuentes como aquéllas.

Caminaba calle abajo en aquella puesta de sol para alquilar algo con que disfrazarse para el baile de máscaras de la noche, y mejor haría, por ello, en

concentrarse en lo que buscaba, y en darse prisa en vez de consentir en aquellas ensoñaciones en estado de vigilia, pues el de la tienda cerraría antes que otros días, seguro, precisamente por ser la noche de Halloween.

Sus ojos escrutaban el final de la calle, a través de las sombras que arrojaban los edificios que se alzaban a ambos lados. Echó de nuevo un vistazo al número de la calle en el que estaba la tienda, dirección que había obtenido en el listín telefónico.

¿Por qué diablos no encendían las luces y los escaparates de las tiendas, cuando ya comenzaba a oscurecer? Apenas podía ver los números de los edificios. Cierto que era un vecindario poco menos que en ruinas, pero así y todo…

De repente se detuvo Henderson para echar un vistazo más detenido a la calle y arrancó raudo después para llegar al final. Se detuvo ante el escaparate de la tienda y miró. Los últimos rayos del sol parecían deslizarse desde lo alto del edificio para amustiarse en el escaparate. Henderson tomó aire y lo soltó de golpe.

Estaba ante aquel escaparate, que parecía cuanto menos una fisura en la puerta de entrada al infierno. ¿Por qué todo allí era rojo, rojo fuego y brillante, un rojo fuego brillante que parecía descubrir la cara de los demonios?

—¡Bah, la puesta de sol! —se dijo Henderson, ahora en voz más alta.

Era cierto, desde luego. Y aquellas caras demoníacas no eran más que máscaras; la especialidad, por lo que parecía, en una tienda semejante. Poca cosa, pero que había hecho volar su imaginación. Sin más, empujó la puerta y entró.

La tienda estaba a oscuras y vacía. Olía a soledad. Ese olor que llena los lugares largamente deshabitados, o cuyo silencio y vacío llevan mucho tiempo inalterables. Algo así como las tumbas, las cuevas en los bosques, las simas en la tierra y…

—¡Mierda!

Pero ¿qué demonios le ocurría? Henderson sonrió en medio de la oscuridad como si quisiera disculparse consigo mismo. Aquello no era más que el olor de esa tienda, una tienda de alquiler de disfraces y máscaras, que lo retrotrajo a sus días de colegial, cuando participaba en funciones teatrales. Henderson conocía bien aquel olor a naftalina, a cuero viejo, a maquillaje… En una de aquellas funciones de colegio había interpretado el papel de Hamlet y había manoseado, por ello, una calavera con las cuencas de los ojos convenientemente vacías. Una calavera de tienda de disfraces.

Bueno, pues allí tenía una calavera, y eso le dio una idea. Al fin y al cabo era la noche de Halloween. La verdad es que aquel ambiente no le inspiraba vestirse de pirata, ni de turco, ni de rajá… ¿Por qué no disfrazarse de demonio, o de hombre lobo, o de brujo? No estaría mal ver la cara que ponía Lindstrom al verlo llegar así al elegante ático en donde celebraría su fiesta. El tipo quería quedar bien ante toda aquella gente digna de una crónica de sociedad de Elsa Maxwell. A Henderson le traían sin cuidado los sofisticados amigos de Lindstrom, en cualquier caso; no eran más que una panda de aficionados, de petimetres que pretendían imitar a Noel Coward, y ellas, mujercitas que sólo servían para lucir joyas. ¿Por qué no ser fiel, pues, al espíritu de la noche de Halloween y disfrazarse de monstruo?

Allí estaba Henderson, a oscuras, esperando que alguien encendiera la luz y lo atendiese tras salir de una vez por todas de la maldita trastienda. Un minuto después comenzó a impacientarse y golpeó el mostrador con la palma de la mano.

—¿Es que no hay quien atienda aquí?

Silencio.

Un poco después se dejó sentir en la trastienda un sonido, una especie de crujido; algo, en fin, no muy agradable de oír en aquella oscuridad. Supo Henderson entonces que el sonido venía del sótano, y era el de unas pisadas en los escalones de madera que conducían a la tienda. Henderson miró atentamente. Un bulto negro y grande parecía levantarse del suelo lentamente.

Salía, desde luego, de la trampilla del sótano. El bulto se reveló al fin como un hombre que llevaba una linterna en la mano. A tan escasa luz vio Henderson que tenía los ojos soñolientos y que parpadeaba.

Aquel hombre de rostro macilento sonrió y fue como si su cara de papiro se rasgase.

—Me había quedado dormido, creo —dijo el hombre—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero un disfraz para Halloween.

—Sí, claro… ¿Ha pensado en algo?

La voz de aquel hombre era débil y cansada, muy cansada. Sus ojos parpadeaban constantemente, su cara parecía ahora amarillenta.

—No mucho, me temo… Verá, quiero disfrazarme de monstruo para ir a una fiesta… ¿Tiene algo así?

—Puedo enseñarle algunas máscaras…

—No, quiero algo más… real, más auténtico…

—Bien, más auténtico… Una cosa auténtica…

—Sí.

¿Por qué aquella palabra, *auténtica*, le produjo tanta tensión?

—Creo que puedo ayudarle. Sí, me parece que tengo justo lo que busca, señor —siguió parpadeando el de la tienda pero su boca se esforzó en sonreír—. Tengo algo perfecto para una fiesta de Halloween.

—Bien, ¿de qué se trata?

—¿Ha contemplado la posibilidad de vestirse de vampiro?

—¿Como Drácula?

—Ya, claro… Como Drácula, supongo…

—No es mala idea… ¿Le parece que tengo el tipo para disfrazarme así?

El hombre le recorrió con la mirada sin dejar de sonreír.

—Hay vampiros de todos los tipos, señor —dijo—. Usted quedaría muy bien disfrazado de vampiro.

—Le agradezco mucho el cumplido —dijo Henderson, burlón—. Quizá tenga razón… ¿Por qué no? Bien, ¿dónde tiene el traje?

—¿El traje? Bastará con que se ponga usted uno convencional, un traje de noche,

o el que desee lucir… Yo le daré la capa apropiada.

—¿Una capa? ¿Eso es todo?

—Basta con una capa. Bueno, se trata de una capa un poco desgastada, como un sudario… Sí, eso es, un sudario, ya sabe… Espere, voy a buscarla.

El hombre se deslizó hasta la trampilla del sótano arrastrando los pies y se perdió escalera abajo. Henderson se quedó esperando. El otro no tardó mucho en presentarse de nuevo, con la capa. En el camino había ido sacudiéndole el polvo.

—Aquí la tiene, una capa genuina…

—¿Por qué genuina?

—Permita que se la pruebe… Le quedará perfectamente, estoy seguro.

La capa, fría y pesada, cayó sobre los hombros de Henderson. El fuerte olor que desprendía atascó sus fosas nasales, a pesar de lo cual buscó un espejo en el que mirarse. La luz era pobre, pero así y todo comprobó Henderson que la capa, por sí sola, transformaba por completo su apariencia. Su rostro anguloso y largo parecía más huesudo y enteco; sus ojos parecían más grandes en medio de la intensa palidez de la cara. Era una capa negra y larga.

—Una genuina capa —musitó el viejo de la tienda.

Henderson no le había visto acercarse a través del espejo.

—Vale, me la llevo… ¿Cuánto es? —preguntó.

—Se sentirá muy bien con ella…

—¿Cuánto es? —insistió Henderson.

—¡Ah, bueno! Cinco dólares, digamos…

—Aquí los tiene.

El viejo tomó el dinero, parpadeando aún más, y quitó la capa de los hombros de Henderson, que volvió a sentirse tibio. Supuso que en el sótano, de donde había llevado la prenda aquel hombre, hacía mucho frío.

El viejo plegó convenientemente la capa. La envolvió y se la entregó al cliente con una amplia sonrisa.

—Se la devolveré mañana —prometió Henderson.

—No será necesario. Quédesela si le gusta. Se la regalo.

—Pero…

—Liquidaré el negocio en breve… Quédesela, estoy seguro de que sabrá darle usted a esa prenda un uso conveniente.

—Es que…

—Que se divierta usted esta noche, caballero…

Henderson se dirigió a la puerta un tanto confundido. Ya iba a salir cuando se volvió con la intención de decir adiós al viejo sumido en la oscuridad, a aquel viejo que no dejaba de parpadear.

Pero vio entonces, tras el mostrador, dos ojos brillantes, ardientes, que no parpadeaban.

—Buenas noches —dijo Henderson, y cerró la puerta a sus espaldas mientras se

preguntaba si no estaría volviéndose loco.

A eso de las ocho estuvo a punto de llamar a Lindstrom para decirle que no podría asistir a su fiesta, que no se encontraba bien. Un frío intenso lo había dejado helado cuando ya en casa volvió a probarse la capa; tan mal se sentía que al mirarse en el espejo se vio borroso.

Tras un par de tragos, sin embargo, volvió a entrar en calor y a sentirse bien. Como no había probado bocado, el alcohol corrió vertiginosamente por su sangre. Se probó de nuevo la capa y paseó con ella puesta por el apartamento, mientras ensayaba gestos y maneras con las que parecer aterrador… ¡Caramba! ¡Pero si parecía un vampiro de verdad! Luego pidió un taxi por teléfono y bajó al vestíbulo del edificio. Ya estaba embozado en su capa, en la acera, cuando llegó el taxi.

—Me gustaría que me llevara… —comenzó a decir.

—Claro, dígame…

—Le he llamado para que… —dijo Henderson con voz gutural, mientras volvía a temblar de frío al punto de querer quitarse la capa, cosa que al cabo no hizo.

—Sí, muy bien, dígame…

Arrancó al fin el coche. Henderson se hundía en el asiento de atrás.

—Usted dirá, jefe… Perdón, señor…

Temeroso, aunque sin saber por qué, el taxista no quería ver la cara de su cliente mientras Henderson le indicaba la dirección a la que dirigirse.

Al fin echó una mirada rápida a Henderson, que parecía aún más hundido en el asiento de atrás. Entonces comenzó a reírse el pasajero, y el taxista a experimentar una cierta sensación de pánico, por lo que pisó el acelerador hasta poner su vehículo al límite de la velocidad admitida por las autoridades. Henderson se reía ahora a carcajadas, y el taxista, un hombre muy impresionable, conducía rígido, como clavado en su asiento. Por suerte llegó pronto al punto de destino, Henderson pagó la carrera y se apeó sin más del taxi, yéndose incluso sin esperar a que el conductor le diese la vuelta.

—Debo tener una pinta de veras impresionante —se dijo muy complacido mientras esperaba el ascensor.

Cuando llegó el ascensor, había ya tres o cuatro personas más aguardándolo; Henderson ya los conocía de otra fiesta en el ático de Lindstrom, pero ellos no parecieron reconocerle, cosa que le gustó mucho. Sobre todo le gustaba comprobar el aspecto tan distinto al suyo habitual que le daba aquella capa, una simple capa. Los otros iban vestidos con mucha propiedad, tal y como lo exige la etiqueta de un baile de máscaras. Una dama parecía salida de un cuadro de Watteau, iba disfrazada de pastorcilla; la otra iba de bailaora española, y un tipo muy alto se había vestido como para protagonizar la ópera *Pagliacci*, mientras el otro llevaba puesto un traje de torero. Aun así, Henderson los había reconocido a todos perfectamente; en realidad, aun disfrazándose, no pretendían otra cosa que seguir siendo lo que eran, gente de muy buena posición. Los hay que aprovechan un baile de disfraces para vestirse

como más íntimamente les gustaría hacerlo a diario, para dar rienda suelta a sus deseos reprimidos, y hay gente que se viste en estas ocasiones para realzar su aspecto, para sugerir, incluso, que pueden ir mucho más allá de lo que se piensa. Aquellas dos mujeres en realidad no hacían otra cosa que resaltar sus magníficas siluetas, y aquellos dos hombres no pretendían sino acentuar su masculinidad y atractivo, como lo hacen un torero o un cantante de ópera. Son cosas que mueven a la compasión, pues resultan un tanto lamentables. Estos pobres tontos, en el fondo, van a los bailes de máscaras para satisfacer sus anhelos reprimidos, para dar gusto a su imaginación devastada; por eso acuden a una teatralidad elaborada, aunque al cabo todo parezca una simple puesta en escena de aficionados. ¿Por qué no se atreven a salir así vestidos a la calle? No era la primera vez que Henderson pensaba en estas cosas.

Claro que los que subían con él en el ascensor eran un par de hombres y un par de mujeres de muy buen ver: saludables, hermosos, llenos de vitalidad. Cuellos bien conformados, en ellas, y robustos los de ellos. Henderson se detuvo en la contemplación de los brazos de la mujer que iba a su lado, la disfrazada de pastorcilla. Estuvo mirándola largo rato, de tal manera que los otros se agruparon en un rincón de la cabina, como atemorizados. Pero él no se dio cuenta. Seguía mirando intensamente a la mujer, y ésta, incómoda, a punto estuvo de abrir la boca para decirle algo, cuando el ascensor se detuvo en el ático. Entonces desvió los ojos de ella. Entonces reparó en el miedo con que lo habían contemplado.

¿Qué diablos pasaba? Primero, el taxista; ahora, éstos… Miradas extrañas, como si no se notase que iba disfrazado… ¿Quizá se había pasado con los tragos para entrar en calor?

Bueno, no era el momento de considerar tal posibilidad. Allí tenía a Marcus Lindstrom, que le ponía una copa en la mano.

—¡Mirad quién ha venido! ¡Ah, gran canalla, golfo! —no hacía falta fijarse mucho para ver que Lindstrom, que así saludaba su presencia, estaba ya un tanto borracho, como en todas las fiestas. Alto y corpulento, el anfitrión nadaba en alcohol.

—Bebe un trago, Henderson, camarada… Date prisa antes de que me acabe todas las botellas… Mira, la verdad es que tu disfraz me ha impactado, debo reconocerlo, estás magnífico. ¿Dónde lo has conseguido? ¿Y ese maquillaje tan perfecto?

—¿Maquillaje? No me he puesto ni una gota de maquillaje…

—¡Ah, ya, claro, claro que no! ¿Es que me tomas por tonto?

No, Henderson no lo tomaba por tonto; sólo se preguntaba si el otro, más que estar borracho, no se habría vuelto loco. Pero ¿de veras empalidecía Lindstrom de tal manera sólo por verle? ¿De veras estaba a punto de desmayarse? Ciertamente, el tipo tenía una intoxicación etílica notable.

—Yo… Bueno… Te veré más tarde… —acertó a decir Lindstrom entre balbuceos y se alejó de él para acudir a dar la bienvenida a otros invitados que llegaban.

Henderson se quedó mirando el cuello de Lindstrom mientras se alejaba. Era un cuello robusto y muy blanco. Rebosaba la camisa de su traje de etiqueta y mostraba

una vena gruesa. Una vena gruesa en el poderoso cuello de Lindstrom. En el cuello del aterrorizado Lindstrom.

Henderson siguió allí, solo en el vestíbulo. Del salón llegaban fragmentos de conversaciones, risas, música… Los sonidos de una fiesta de lo más animada. Henderson dudaba a propósito de hacer su entrada en el salón o seguir donde estaba. Bebía de su copa de ron Bacardí, fuerte y confortador. Aquello no mezclaría del todo mal con las copas que se había tomado en casa. Pero bebía sin dejar de hacerse preguntas… ¿Qué pasaba, a fin de cuentas, con su disfraz de vampiro y con él mismo? ¿Por qué parecían temerle? ¿Acaso actuaba inconscientemente como si fuera un vampiro? ¿A tal punto había asimilado el rol que le confería su disfraz? ¿Y aquella tontería del maquillaje que había dicho Lindstrom?

Llevado por un mero impulso, Henderson se volvió para contemplarse en el gran espejo del vestíbulo. Había luz suficiente. Se acercó cuanto pudo. Pero no vio nada.

Se miraba en el espejo y no se veía.

Henderson comenzó a reírse bajito, despacio, demoníacamente, con una risa agolpada en su garganta. Y mientras reía así, mirando aún al espejo en el que no se observaba, su risa se volvió una especie de graznido, un grito lamentable.

—Estoy borracho —musitó para sí—. Me he debido de emborrachar bien a modo… En el espejo de mi apartamento sí que me he visto, aunque un poco borroso, y ahora ni me adivino… Y encima me parece que estoy haciendo el ridículo, pues la gente me rehúye… No, verás… Si hasta voy a tener alucinaciones… aunque puede que tampoco las vea. Las alucinaciones, digo… Ángeles, cosas así…

Hablaba muy para sí, muy bajo, con voz gutural.

—Ya verás cómo se me acaba apareciendo un ángel… No, si ya lo tengo ahí, a mi espalda, junto a mi hombro derecho… ¡Hola, angelito de la guarda!

—Hola.

Henderson se volvió de golpe. Allí lo tenía… Allí la tenía, mejor dicho, cubriéndose también con una capa negra, la melena como un halo que enmarcara su pálido rostro, su hermosa y sonriente cara, su gesto de orgullo, sus ojos de un azul celestial, sus labios de un rojo infernal.

—¿Eres real? —preguntó Henderson con mucha gentileza—. No, bueno, seguro que me dices que soy un imbécil por creer en los milagros…

—Este milagro que contemplas se llama Sheila Darryl, y va a empolvarte la nariz, con tu permiso…

—Claro, por favor… Hazlo ante este espejo que te ofrece cortésmente Stephen Henderson —dijo el hombre de la capa, sonriendo ahora.

Se apartó del espejo sin dejar de mirarla.

La joven le respondió sin palabras, sonriéndole deliciosamente.

—¿Es que nunca has visto a una mujer empolvarse la nariz? —dijo después sin dejar de sonreírle.

—Nunca supuse que los ángeles se maquillaran —replicó Henderson—, pero

debo admitir que no sé mucho acerca de los ángeles… A partir de ahora me pondré a estudiar cuanto se haya escrito sobre ellos, te lo prometo… Quiero saber muchas cosas, así que no te extrañes si esta noche me la paso dando vueltas a tu alrededor mientras tomo apuntes en mi cuaderno de notas.

—¿Un vampiro necesita tomar apuntes?

—Bueno, es que soy un vampiro muy inteligente, y por ello muy estudioso, no soy como esos pesados del cine, ni como esos capullos de Transilvania y por ahí… Seguro que te parezco más encantador que todos ellos, ¿no?

—No, la verdad es que no te pareces a ellos —dijo la chica, burlona— Pero un ángel y un vampiro… no sé yo si casan bien, parece una combinación un poco rara.

—Podemos intentar convertirnos, tú a mí y yo a ti… —dijo Henderson—, Y, mira, después de todo, me da la impresión de que tienes algo diabólico… Esa capa negra que llevas, por ejemplo… Una capa negra sobre tu vestido de ángel… Curioso… Un ángel negro, un ángel de la oscuridad, ya sabes, todos esos rollos… Aun siendo tan celestial tienes una pinta de lo más mundana.

Henderson estaba entusiasmado, las ideas le llegaban como un ciclón. También los pensamientos, y los recuerdos. Sin dejar de hablar, evocaba conversaciones al respecto en las que siempre se había mostrado como un consumado escéptico.

En cierta ocasión, por ejemplo, había dicho que no existía ni podía existir eso que se llama amor a primera vista, que era una cosa de las novelas y del teatro, que necesitan de lo que sea con tal de desarrollar una acción. Sostenía igualmente que la gente, en realidad, aprende del amor en esas novelas y en esas piezas teatrales tan ilusorias, por lo que acaban creyendo todos en la falacia del amor a primera vista, cuando en realidad lo único que hay es un deseo.

Pero Sheila… Aquel ángel rubio… Sheila parecía haber llegado hasta él para espantarle todas sus ideas al respecto, además de rescatarlo de la preocupación que había observado poco antes a propósito de su posible borrachera y el miedo que inspiraba a los demás con su inocente capa de tienda de disfraces. Sus blancos brazos, sus labios rojos, sus ojos azules… Todo aquello era real. Ya estaba bien de espejitos en los que no se veía, ya estaba bien de sus sensaciones de borracho.

Puede que en sus ojos se reflejaran de algún modo aquellos pensamientos.

—Bueno —dijo ella con un suspiro—, espero que tus estudios te resulten provechosos.

—Sí, seguro; me desvelarán los misterios de todo esto… Pero hay algo que me gustaría saber, algo que, supongo, está relacionado con la divinidad… ¿Bailan los ángeles?

—¿Por qué no? ¿Pasamos al salón?

Entraron del brazo. Felices, todos los que allí estaban bailaban entre risas. Corrían con generosidad las bebidas espirituosas y, al poco de hacer ellos su entrada en el salón, los demás fueron apartándose para conversar en grupos pequeños. Lo propio de estas fiestas. Aquella atmósfera, que Henderson detestaba, se manifestaba una vez

más tal cual es.

Quizá, además, fuera que el mero hecho de llevar aquella capa sobre los hombros hacía más adusto y sarcástico a Henderson. Y que eso acrecentara su palidez y que lo llevara a observar a los demás en silencio. Sheila parecía mirarlo con gracia, incluso con un gesto de broma.

—Vamos, actúa contra ellos como lo haría un vampiro —le dijo riéndose y apretándole el brazo con calor.

Henderson seguía repasando con la vista a las parejas, deteniéndose acaso de manera descarada en la observación de las mujeres. Aquello hizo que poco después cesaran las risas y todos se volvieran a mirarle, incómodos. Henderson se puso a recorrer el salón entonces, con aires de ser la real encarnación del Ángel de la Muerte. Aquello era un mar de murmullos.

—¿Quién es ese hombre?

—Subimos en el ascensor con él, y…

—Tiene unos ojos…

—De vampiro, sí…

—¿Qué tal va todo, Drácula? —se dejó sentir de repente la voz de Lindstrom, que se dirigía a él en compañía de una morena disfrazada de Cleopatra. La chica parecía tan bebida como el anfitrión de la fiesta. Tenían ganas de bromear. A Henderson le gustaba tratar con Lindstrom en el club, cuando estaba sobrio y era un hombre respetable y correcto, pero el comportamiento que mostraba ahora le parecía particularmente reprobable, siempre le parecía un tipo desagradable en las fiestas, en cuanto se ponía a beber.

—Mi querida amiga —comenzó a decirle Lindstrom a la morena—, quiero presentarte a un buen amigo… ¡El conde Drácula! Ya ves, he querido invitarle a mi fiesta… y al parecer se ha traído a su hija… También quise invitar a su abuela, pero me dijo que esta noche tenía que acudir a un Sabbat con la vieja tía Jemima[2]… ¡ja! Conde, te presento a esta belleza…

La mujer miró a Henderson, sonriente y burlona.

—¡Oh, Drácula! ¡Qué ojos tan grandes tienes, qué dientes tan grandes! ¡Ooooh…!

—Realmente, Marcus… —iba a protestar Henderson, pero el anfitrión ya se dirigía a los demás invitados.

—¡Amigos míos, queridos todos! Quiero presentaros al único vampiro que vive en cautividad… ¡Drácula Henderson! ¡El único vampiro con dentadura postiza!

En otras circunstancias Henderson hubiera conectado un buen puñetazo en la mandíbula de Lindstrom, pero tenía a Sheila a su lado y no quería dar el espectáculo ante toda aquella gente. Así que decidió seguir la broma del otro. ¿Por qué no ser como un vampiro?

Sonrió, pues, a la chica, se irguió Henderson, adelantó la barbilla y frunció el ceño. Se ajustó con las manos la capa. Volvió a sentir aquel frío, pero se divertía.

Comprobó que los bajos de la capa no estaban precisamente limpios; era la primera vez que reparaba en ello, tenían algo que parecía barro seco o polvo. La seda de la capa resbalaba entre sus dedos mientras la asía con su mano de largos dedos para cerrarla sobre su pecho. Se sintió poseído por un sentimiento extraño. Abrió desmesuradamente los ojos, cuyo ardor sentía. Abrió también la boca. Sintió la tensión de un extraño poder dramático. Miró a Marcus Lindstrom y vio su cuello robusto, aquella vena grande e hinchada. Experimentó un impulso irreprimible. Se acercó al cuello de Lindstrom con los ojos entornados… Aquel robusto cuello de su amigo alto y corpulento.

Disparó hacia él sus manos como dardos. Lindstrom pareció asustado como una rata. Tenía el rostro, tan blanco, congestionado ahora, rojo de sangre. A los vampiros les gusta la sangre. Sangre de rata, sangre del cuello de la rata, sangre de la hinchada vena del cuello de la rata.

—Sangre caliente.

Lo dijo la voz profunda de Henderson. Él mismo se sorprendió al oírselo decir.

Y aquellas manos que se dispararon como dardos hacia el cuello del otro eran las manos de Henderson. Y él mismo se sorprendió apretando con fuerza el cuello de Lindstrom para que se abultase aún más su vena. Y cuanto más apretaba su cuello, más rojo se tornaba el rostro de Lindstrom. Ya tenía la sangre agolpada en la cabeza. ¡Sangre!

Henderson abrió la boca dispuesto a morderlo. Sintió el aire en los dientes. Ya se disponía a clavarlos en aquel cuello poderoso… Después…

—¡Ya está bien, déjalo!

Era la voz dulce y a la vez enérgica de Sheila. Sintió sus dedos apretándole un brazo. Henderson se detuvo y la miró. Soltó entonces a Lindstrom, que boqueaba desesperadamente en busca de aire.

Todos miraban atónitos, con la exclamación ¡oh! dibujada en los labios. Sorprendidos.

—¡Bravo! —exclamó Sheila—. Ha sido una representación perfecta. Uno ha interpretado el papel de vampiro y el otro ha sentido pánico, realmente…

Henderson trataba de recomponerse, de dominar de nuevo la situación. Cuando se sintió seguro, sonrió y tomó la palabra.

—Damas y caballeros —comenzó a decir—, acabo de ofrecerles una pequeña demostración, sólo para que puedan comprobar que soy, como ha dicho nuestro anfitrión, un vampiro de verdad… Sí, soy un vampiro. Si alguien quiere comprobarlo… adelante… Les aseguro que no correrán mayor peligro… Algún médico habrá entre nosotros que, si fuese preciso, podría hacerles después una transfusión de sangre.

El ¡oh! de asombro se borró de los labios de los allí presentes para dar paso a una risa distendida que borboteó en todas las gargantas. Era, en parte, una risa histérica, sin embargo. Henderson también reía. Marcus Lindstrom lo mismo, pero mirando

aún a su amigo con los ojos aterrados. Y su amigo lo sabía.

Rompió aquel momento la entrada de otro de los invitados a la fiesta. Había bajado un poco antes para comprarle a un vendedor de periódicos los ejemplares que llevaba y su gorra. Comenzó a pasearse entre los que allí estaban voceando mientras ofrecía periódicos:

—¡Extra! ¡Extra! ¡Lea todo acerca del Gran Horror de Halloween! ¡Extra!

Riéndose, los invitados le quitaban los periódicos de las manos, como si de veras estuviesen ansiosos de saber. Una dama se acercó a Sheila y se la llevó en un aparte, algo aturdida.

—Te veo luego —dijo a Henderson, y su mirada hizo que el hombre sintiera puro fuego recorriéndole las venas.

No podría olvidar jamás la cara que observó entonces en Lindstrom, algo que le provocó un sentimiento tan fuerte como indefinible. ¿Por qué?

Aceptó automáticamente el periódico que le ofrecía el que se hacía pasar por vendedor de periódicos.

—¡El Gran Horror de Halloween! —seguía gritando el tipo.

¿A qué se referiría?

Echó un vistazo al periódico.

Rebobinó. Aquel titular… Bueno, era un Extra, después de todo. Henderson, no obstante, comenzó a leer la columna que traía la noticia. No tuvo que rebobinar más. La noticia era aterradora.

Fuego en una tienda de disfraces… Poco después de las 8 p. m. hubieron de acudir los bomberos a la tienda de disfraces sita en… pues se había declarado allí un incendio pavoroso… Todo quedó arrasado por las llamas y se estiman daños por valor de… Se desconoce el nombre del propietario… Lo más llamativo es que se ha encontrado allí un esqueleto.

—¡No! —acertó a musitar Henderson, atónito ante lo que leía.

Leyó la noticia de nuevo, con mayor detenimiento. El esqueleto hallado por los bomberos estaba en un ataúd que había en el sótano de la tienda. Un sarcófago, en realidad. A su lado había otras dos cajas de muerto, vacías. El esqueleto estaba envuelto en una capa negra y pudo ser rescatado antes de que las llamas hicieran mella en él…

Tras la noticia, las apresuradas narraciones de los testigos del incendio, con frases resaltadas en negrita. A los vecinos, en realidad, les imponía respeto aquella tienda, por no decir que les daba miedo. En la tienda, al parecer, entraban muchos extranjeros, húngaros según algunos testigos, con pinta de vampiros. Uno en concreto decía estar seguro de que en aquella tienda se celebraban extraños rituales. Y añadió que allí se vendían objetos para llevar a cabo ritos supersticiosos, tales como filtros de amor, disfraces raros, tonterías así, cosas que daban miedo…

Cosas que daban miedo… Vampiros… Capas… ¡Los ojos de aquel hombre!

Es una capa genuina, le había dicho aquel viejo. *Quédese la capa, liquidaré*

pronto este negocio.

Recordar aquellas palabras ponía los pelos de punta a Henderson. Salió raudo al vestíbulo para mirarse en el espejo.

Se tapó la cara con el brazo al comprobar que, en efecto, seguía sin verse. *Los vampiros no se reflejan en los espejos*.

Ya no tenía que preguntarse por qué parecía extraño a todos. Ya no tenía que preguntarse por qué le atraían los brazos desnudos de las mujeres y los cuellos. Y había querido atacar a Lindstrom. ¡Dios mío!

Todo era cosa de la capa, de aquella capa negra, no le cabía ya la menor duda. Y aquel barro seco en la capa, barro de una tumba, estaba claro. Aquella fría capa le había hecho sentirse un vampiro auténtico. Era una prenda maldita, una prenda que había pertenecido a un muerto viviente. Incluso una mancha que tenía la capa podía ser sangre reseca.

Sangre. No estaría mal volver a ver sangre, sería incluso bonito. Y probar su gusto salado y tibio. Y su color rojo, color vital. Un color que fluye.

No. Pensar todo aquello era una locura. Estaba borracho, nada más. Enloquecidamente borracho.

—Mi pálido amigo, mi amigo el vampiro…

Era Sheila, de nuevo a su lado. Y se sobrepuso el latido del corazón de Henderson a todos los horrores que le atribulaban. Nada más contemplar los brillantes ojos de la chica, su boca tibia que era una invitación roja, sintió Henderson que lo invadía una grata oleada de calor. Dirigió entonces la mirada al blanco y distinguido cuello de la joven, que parecía brotar de su capa negra, y de nuevo esa deliciosa oleada de calor… Amor, deseo… y hambre.

Ella tuvo que ver todo aquello en sus ojos, pero ni se inmutó. Por el contrario, le devolvió una mirada ardiente.

¡Sheila también le amaba!, se dijo él.

Impulsivo, Henderson se despojó de la fría y pesada capa. Se sintió libre. Algo en su interior le había avisado de que no se despojara de la capa, pero lo hizo… Era una prenda maldita. No era cosa de seguir con ella puesta cuando parecía claro que en breve tendría en sus brazos a la chica, para besarla, para apretarla contra su pecho…

No quería ni pensarlo.

—¿Cansado del disfraz? —le preguntó ella.

Con un gesto similar se despojó también de su capa para mostrar su glorioso vestido de ángel. Su rubia perfección provocó un nudo en la garganta de Henderson.

—Un ángel… —acertó a musitar.

—Un demonio… —bromeó ella.

Y se abrazaron con ardor. Henderson tenía la capa de la mujer, junto con la suya, en un brazo. Permanecieron con sus labios unidos hasta que Lindstrom y un grupo de invitados irrumpieron allí haciendo ruido.

El anfitrión, al ver a Henderson, torció el gesto con desagrado.

—¡Tú!… Eres un… —acertó a decir.

—Ya me iba —dijo Henderson con una sonrisa condescendiente.

Tomó del brazo a la chica y salieron para dirigirse al ascensor. La puerta se cerró de golpe ante la cara de Lindstrom, que estaba terriblemente pálido y los miraba con ojos febriles.

—¿Así que nos vamos? —dijo Sheila en un susurro, apoyando la cabeza en el hombro de Henderson.

—Sí, nos vamos; pero no iremos a ningún lugar terrenal, ni a mi reino… Quiero que vayamos al tuyo.

—¿Te refieres al jardín que está mucho más allá de los tejados? ¿No será sólo la azotea?

—Sí, ángel mío… Quiero que hablemos con tu cielo de fondo, quiero besarte en las nubes; y quiero…

Sus labios seguían unidos cuando el ascensor llegó a la azotea.

—Ángel y demonio… ¡Qué gran combate!

—Sí, yo también lo creo —respondió la chica—. Y nuestros hijos… ¿tendrán halos o cuernos?

—Las dos cosas, seguramente.

Caminaron de la mano por la azotea solitaria. Después de todo era Halloween.

Henderson volvió a notar esa sensación… En el piso de abajo estaban Lindstrom y su gente, aquella buena sociedad, bebiendo hasta reventar. Allí arriba todo era paz, silencio, oscuridad. Ni luces, ni música, ni copas; nada que tuviera que ver con lo que hace que todas las fiestas sean idénticas. Una noche como el resto de las noches, sin más. Aunque, a la vez, y por estar con ella, fuese una noche distinta, única.

El cielo no era azul sino negro. Las nubes parecían poner luengas barbas de gigante al globo anaranjado de la luna. Del mar llegaba una brisa fresca y su rumor lejano.

Era el cielo por el que vuelan las brujas en el Sabbat. Era la luna de los magos, la luna del arenoso silencio de quienes oran en las misas negras, de los que musitan invocaciones no menos mórbidas. En algún lugar del cielo las nubes adoptaban formas monstruosas. Era Halloween, al fin y al cabo.

Comenzaba a dejarse sentir de veras el frío.

—Dame la capa —pidió Sheila.

Henderson se la ofreció al instante y el cuerpo espléndido de la joven fue aún más resaltado por el esplendor negro de la seda de la capa. Sus ojos parecían ahora más luminosos, ardientes. Unos ojos que llamaban a Henderson de forma irresistible. La besó estremeciéndose.

—Te has quedado frío —dijo ella—. Ponte la capa.

Sí, ponte la capa, se dijo Henderson; hazlo sin dejar de contemplar su cuello; cuando la beses de nuevo sentirás la necesidad de hundir amorosamente tus dientes en su cuello… Ella se rendirá, se entregará a ti definitivamente y verás saciadas tus

hambres…

—Ponte la capa, cariño, permite que insista —dijo Sheila con mirada impaciente, ardiendo en su propio fuego.

Henderson temblaba.

¿Ponerse la capa llegada de las tinieblas? ¿Una capa extraída de una tumba? ¿La capa de la muerte, la capa del vampiro? ¿La capa demoníaca impregnada de frío, de muerte en vida? ¿La capa que provocaba en su alma un hambre indecible?

—Así…

Los brazos de la mujer ya le ponían la capa sobre los hombros. Sus dedos largos y fuertes se la abrocharon al cuello, que le acarició después arrebatadoramente.

Henderson se estremeció aún más.

Sintió como nunca antes el golpe cortante del frío. Pero a la vez sintió igualmente que su pecho se henchía mientras en el rostro se le dibujaba una sonrisa sarcástica. ¡Tenía el poder en sus manos!

Ella lo miraba fijamente, incitante, invitándole. Henderson clavó sus ojos en aquel cuello de marfil que tenía ante sí. Aquel cuello tibio que se le ofrecía francamente. Aquel cuello palpitante que esperaba. Que lo esperaba a él… Que esperaba sus labios.

O sus dientes.

Pero no podía hacerlo, la amaba. Sentía por ella un amor que se imponía a la locura. Sí, de acuerdo, llevaba aquella maldita capa a la que debía el poder, tenía a la chica en sus brazos, pero como el hombre que era, no como un demonio… Era su obligación superar aquella prueba. Tenía que hacerlo.

—Sheila… —le hizo gracia lo muy honda que le salió la voz.

—¿Sí, cariño?

—Sheila, tengo que decirte algo…

Sus ojos eran tan arrebatadores… Sería fácil decírselo.

—Sheila, ¿has visto ese periódico, la edición Extra?

—Sí.

—Bueno, pues… conseguí mi capa en esa tienda… Y no soy capaz de explicar qué me pasa cuando me la pongo… Ya viste lo que le hice a Lindstrom; con esta capa me siento capaz de todo, hasta de lo más insano… Estuve a punto de morderle en el cuello, ¿recuerdas? Cuando me pongo esta maldita capa, actúo como una de esas horribles criaturas.

¿Por qué se quedaba tan tranquila? ¿Por qué no mostraba ni un leve espanto en su mirada? ¡Pobre infeliz! ¡Qué inocente! ¿Quizá no le había entendido una palabra de lo dicho? ¿Por qué no huía de él? En ningún momento parecía a punto de perder el control.

—Te amo, Sheila… Créelo, estoy enamorado de ti.

—Lo sé —dijo ella con ojos que brillaban como la luna.

—Quiero comprobar si soy capaz de besarte, sin más, con la capa puesta; quiero

comprobar que no te hago daño a pesar de llevarla sobre mis hombros. Quiero comprobar que mi amor por ti es más fuerte que todos estos impulsos mortales, y que es más fuerte también que la maldición de la capa… Si me ves débil e incapaz de superar esta prueba, huye de mí rauda, te lo pido por favor. Pero no me creas lo que no soy. He de luchar, he de defenderte y defenderme de esta maldición… Y quiero que sepas que mi amor por ti es puro… ¿Tienes miedo?

—No.

Ella lo miraba ahora justo como él había mirado su cuello… ¡Si hubiese sabido ella lo que se le había pasado por la mente…!

—No creerás que estoy loco, ¿verdad? Fui a esa tienda de disfraces, la atendía un tipo horrible, un hombrecillo que daba miedo verle… Me dijo que esta capa es genuina… Una capa de vampiro auténtico. Primero me lo tomé a broma, creí que quería hacerse el gracioso, pero lo de esta noche… No conseguí verme reflejado en el espejo, estuve a punto de morder a Lindstrom en el cuello… y también estuve a punto de morderte, Sheila… Por eso he de comprobar que puedo…

—No estás loco, lo sé… Y no tengo miedo.

—Entonces…

Ella sonrió. Henderson intentó doblegar aquella fuerza malsana, aquel impulso que lo invadía. Dio un paso más hacia ella, temblando pero dispuesto a vencer. Por un momento lo bañó aquella nube de un pálido anaranjado. Su rostro denotaba la pugna en la que se debatían sus sentimientos.

Ella era todo un aliciente.

Sus labios rojos, increíblemente rojos, se abrieron para que escapase de entre ellos una risa plateada, mientras extendía hacia él sus blancos brazos desnudos, los mismos con los que se había echado hacia atrás la capa que cubría su vestido de ángel, en un gesto igual de encantador. Lo abrazó y rozó el cuello de Henderson con sus labios.

—Nada más verte ante aquel espejo supe que tu capa era como la mía —le dijo —. Yo también la alquilé en esa tienda…

Ella eludió sus labios cuando Henderson intentó besárselos convencido ya de que había conseguido derrotar a sus impulsos. Y entonces sintió el frío, el duro mordisco de los blancos y perfectos dientes de Sheila, clavándose en su cuello como un dulce aguijonazo. Y se hizo la más completa oscuridad sobre él.

ESCARABAJOS

(Beetles, 1938)[3]

I

Cuando Hartley regresó de Egipto, sus amigos dijeron que había cambiado. Les resultó difícil, sin embargo, precisar la naturaleza específica del cambio, porque ninguno de ellos pudo verle más que un rato. Sólo una vez se dejó caer por su club antes de recluirse en su casa. Como si no quisiera tratos con sus antiguas amistades. Sus maneras eran tan hostiles, tan antisociales, que muy pocos de sus amigos se tomaron la molestia de visitarle, y quienes optaron ocasionalmente por hacerlo no fueron recibidos.

Aquello fue causa de muchas habladurías. Todos los que habían conocido a Arthur Hartley en los tiempos anteriores a su expedición a Egipto, se sentían intrigados por la drástica metamorfosis que se había obrado en él. Hartley, además de ser reconocido como un gran estudioso, como un hombre de probada erudición en el trabajo de campo arqueológico, había sido siempre una persona especialmente encantadora. Tenía, pues, ese reconocimiento de todos, asociado generalmente a los héroes ficticios de E. Phillips Oppenheim, y su mismo sentido del humor condescendiente. Era un tipo de esos que sabían elegir el vino adecuado en cada momento, dando la impresión a la vez de que él mismo se sorprendía más de su excelente elección que sus propios invitados. A todos les fascinaba su aire de cultura sin ostentación. Además había trasladado su sentido del ridículo a su trabajo, a tal punto que, aun siendo bien conocida su solvencia en las cuestiones arqueológicas, y una figura más que notable en dicho campo, siempre se refería a sus estudios como simples análisis de «potería y fósiles que a menudo no son más que restos de potería».

En consecuencia, la sorpresa de todos sus amigos, al verle tan cambiado tras su regreso de aquel viaje al antiguo Egipto sudanés, fue completa.

Lo único que se sabía realmente era que había pasado cerca de ocho meses de estudio e investigaciones, y que a su regreso había interrumpido todo contacto con el instituto científico al que pertenecía. En cuanto a lo que podía haberle sucedido durante aquel viaje, nadie podía decir algo que no fuera producto de una mera conjetura, si bien parecía indudable que algo extraño tuvo que haberle ocurrido.

Prueba de ello fue la breve visita que efectuó a nuestro club aquella noche. Llegó de manera silenciosa y discreta. Hartley era una de esas personas que hacían una entrada en todo el sentido de la palabra… Alto y bien parecido, impecablemente vestido siempre con traje de etiqueta, parecía un galán de melodramas, con sus sienes plateadas a la manera de un Stokowski. Lo mismo podía pasar por todo un hombre de

mundo que por un ilusionista que esperase el momento de salir al escenario.

Aquella noche, sin embargo, Hartley había entrado en el salón del club de modo muy discreto, en silencio, despacio. Vestía de etiqueta, pero la chaqueta le colgaba blandamente de los hombros, sus cabellos mostraban bastantes más canas, y su tez, pese al bronceado adquirido bajo los soles de Egipto, no lograba disimular su aspecto enfermizo. Tenía la mirada perdida y había desaparecido de su expresión aquel aire amistoso y cálido de siempre.

No saludó a nadie y tomó asiento solo, en una mesa aparte. Como era lógico, todos los que le conocían se acercaron a él para darle la bienvenida, pero no les invitó a que tomaran asiento a su mesa. Ninguno insistió en acompañarle, de tan extraña como les resultó su actitud. Tras unas palabras de saludo, volvieron a ocupar sus asientos y comentaron todo eso que tanto los había sorprendido.

Alguno de los presentes aventuró la posibilidad de que Hartley hubiese contraído alguna variante de la fiebre en Egipto, pero no me parece que lo creyeran de corazón. Lo único cierto era que Arthur Hartley parecía un extraño, un hombre al que acababan de conocer, y que había hablado con trémula vocecilla al contestar a las preguntas que le hicieron, y que daba la impresión de no reconocer a los que le saludaban. ¿Qué otra cosa puede decirse de un antiguo amigo que nos mira sin expresión alguna cuando le hablamos, y cuyos ojos revelan la impresión del miedo?

Esto era lo más intrigante de la actitud de Hartley. Estaba aterrorizado. Se le notaba el pánico en sus miradas huidizas. Se le notaba en el abatimiento de sus hombros. Se le notaba en la palidez cenicienta de su cara. Se le notaba el pánico en el temblor de su voz.

Cuando me contaron todo eso decidí ir a verle a su apartamento. Ya me habían hablado otros de sus intentos por hacer lo mismo, en la semana que siguió a la aparición de Hartley en el club, sin que percibieran la menor señal de vida en su casa. Decían también que no se ponía al teléfono, por lo que supusieron que lo había desconectado. Aquello me intrigó mucho más, e incluso me espoleó: verle parecía una tarea difícil.

No permitiría que Hartley se hundiese. Era un buen amigo. Debo confesar que además me intrigaba todo aquel misterio. La combinación de circunstancias lo hacía irresistible. Así que una tarde me dirigí a su apartamento y llamé a la puerta.

Nadie contestó. Allí, en el oscuro descansillo de la escalera, pegué la oreja a la puerta e intenté oír algo, unos pasos, cualquier cosa. Nada. Silencio absoluto. Pensé por un momento que quizá se hubiera suicidado, pero aquella idea me pareció al cabo tan absurda que me hizo reír. Era una estupidez, a pesar de lo que podía suponerse tras los informes que me habían dado acerca del estado mental de Hartley. Es cierto que me habían alarmado aquellos informes recibidos de los estólidos miembros del club, pero de ahí a aceptar la posibilidad de un suicidio…

Llamé otra vez, más por inercia, por hacer algo, que esperando un resultado tangible. Luego comencé a bajar por la escalera. Sentí, debo decirlo así, un gran

alivio a medida que me iba alejando de la puerta de su casa. La idea de que se hubiera suicidado, aun no queriendo aceptarla, no era precisamente agradable.

Iba a salir ya del portal cuando me crucé con una figura que entraba y me resultó familiar. Me volví. Era Hartley.

Al fin lo veía tras su regreso. La verdad es que en la penumbra del portal parecía un fantasma. El tiempo transcurrido, apenas una semana desde que hiciera su aparición en el club, había acentuado su aspecto lamentable. Caminaba con la cabeza gacha. La levantó con dificultad cuando le saludé. Su mirada me causó un *shock* terrible. Estaba vacía… Parecía la de un extraño, la de un hombre que sufriese un encantamiento. Sólo reaccionó cuando volví a decir su nombre.

Se cubría con un abrigo andrajoso, que realmente parecía sobrarle por todas partes. Vi que llevaba algo envuelto en papel de estraza.

Le dije algo, no recuerdo qué… En cualquier caso, algo, supongo, que me sirviera también para salir de la confusión que me causaba verlo así… Creo que fui tan cordial como siempre, sin embargo, porque se detuvo en el primer peldaño, lo que me llevó a dar un paso y ponerme a su altura. Subimos las escaleras sin decir una palabra. Me sentía descorazonado, atónito. Pero, a pesar de su aparente oposición, me invitó a entrar en su casa.

Nada más entrar, Hartley cerró con llave la puerta. Eso indicaba a las claras que se había obrado en él una metamorfosis. En otro tiempo Hartley tenía siempre abierta la puerta, en el más amplio y literal sentido de la palabra. Incluso cuando estaba en el instituto tenía abierta la puerta de su casa, por si alguien decidía acudir a esperarlo. Ahora la cerraba con llave.

Eché un vistazo al apartamento. Mi mente se había preparado ya para lo peor, para cualquier atisbo de cambio radical, pero no observé nada extraño. En realidad no había cambiado nada. Allí seguían los muebles. Allí seguían los cuadros. Allí seguían las estanterías llenas de libros.

Hartley se excusó, entró en su dormitorio y salió después de quitarse aquel abrigo andrajoso. Antes de sentarse se dirigió a la repisa de la chimenea y encendió una varilla de incienso ante una figura que representaba a Horus. Al segundo, aquello comenzó a soltar espirales de humo gris en el mejor estilo de una ficción exótica y comencé a sentir el penetrante olor del incienso.

Allí tenía la primera pista del enigma. Me comportaba inconscientemente como un detective en busca de huellas, o quizá como un psiquiatra al acecho de tendencias neuróticas. El incienso, a fin de cuentas, era una cosa totalmente ajena al Arthur Hartley que yo había conocido.

—Esto limpia el ambiente y despeja el mal olor —dijo mi amigo.

No le pregunté «qué olor». Ni le pregunté por su viaje, ni le pedí cuentas acerca de su proceder inexplicable, ni le reproché que no respondiera a mis cartas antes de que saliera de Jartum, ni que hubiese evitado mi presencia en los últimos tiempos. Esperé a que hablara.

Pero no le oí una palabra de interés al principio. Su conversación giraba sobre temas triviales. Luego me dijo que había renunciado a su profesión y que era posible que tuviese que marcharse muy pronto de la ciudad para volver con su familia, que residía en el campo. Había estado enfermo. Se sentía defraudado por las limitaciones que presentaba la egiptología. Odiaba la oscuridad. En Kansas había una gran plaga de langostas.

Aquellas divagaciones eran las de un desequilibrado.

Era evidente que Hartley se había vuelto loco. Las «limitaciones» de la egiptología. «Odio la oscuridad». «La langosta que está asolando los campos de Kansas».

No obstante, me abstuve de hacer comentarios. Encendió una serie de velas situadas en distintos puntos de la habitación, para volver a sentarse frente a mí, fija la vista en las nubes de humo de aquellas velas que arrojaban una luz amarilla sobre su rostro consumido. Y entonces se decidió a hablar.

—¿Eres amigo mío? —me dijo, aunque supe que era una afirmación y no una pregunta, por lo que me limité a asentir en silencio, gravemente—. Sí, eres un buen amigo —dijo, como si hiciese una declaración; luego respiró profundamente y prosiguió—: ¿Sabes lo que hay en ese paquete que traía de la calle?

—No.

—Te lo diré… Insecticida. Nada más que eso. Un insecticida —y me miró con una nueva luz en los ojos, más animado, antes de continuar—: Llevaba una semana sin salir de este apartamento. No quería propagar esa plaga. Porque me siguen, ¿sabes? Por todas partes. Y hoy pensé que podría utilizar insecticida, y fui a comprarlo. Un producto más mortífero que el arsénico. Ya lo ves, un procedimiento de lo más elemental, pero su misma sencillez puede contrarrestar las fuerzas del mal.

Asentí de nuevo, como un tonto que no entiende una palabra, mientras me preguntaba cómo sacarlo de allí aquella misma noche. Quizá mi amigo el doctor Sherman pudiera diagnosticar su…

—Y ahora —siguió diciendo Hartley—, ¡que vengan si quieren! Es mi última oportunidad. El incienso no les causa ningún efecto, y las velas, aunque las tenga encendidas constantemente, no sirven para nada, porque se arrastran por los rincones a los que no llega la luz. Me sorprende que el suelo de madera resista tanto. Ya debería estar completamente agujereado.

¿De qué me hablaba?

—Olvidaba —dijo Hartley— que no sabes una palabra de todo esto… De la plaga, me refiero… Y de la maldición —dijo levantando las manos, que arrojaron contra la pared una sombra semejante a un pulpo—. Antes me reía de estas cosas, ya sabes. La arqueología no se dedica precisamente al análisis de las supersticiones. Todo lo más a las ruinas… Nunca me pareció que unos cacharros y unos fósiles pudieran contener una maldición, jamás di importancia a todo eso. La egiptología es algo muy distinto… Pero allí hay cuerpos enterrados. Momificados, pero

perfectamente humanos. Los egipcios fueron una gran raza. Estaban en posesión de secretos científicos que aún no hemos podido desentrañar. Y, por supuesto, no estamos en condiciones de comprender, siquiera someramente, sus conceptos sobre el misticismo.

¡Allí estaba el quid de la cuestión! Seguí escuchando atentamente lo que decía.

—He aprendido un montón en este viaje —continuó—. Conozco bastantes mitos egipcios: la leyenda de Bubastis, la teoría de la resurrección referente a Isis… Los nombres de Ra, la alegoría de Set… Esta vez descubrimos cosas muy interesantes en aquellas tumbas excavadas río arriba. Pudimos hacernos con mucha potería, muebles, bajorrelieves… Pronto podrás leer en la prensa la información completa del hallazgo. Lo peor fue que también encontramos momias. Momias malditas. Y yo fui un insensato al hacer lo que hice. Nunca debí hacerlo, y no sólo por razones de ética, sino por otras más importantes, unas razones que pueden costarme el alma.

En aquel momento tuve que realizar un esfuerzo para mantenerme callado, para recordar que el que hablaba estaba loco y que su acento convincente no era más que un claro síntoma de su desequilibrio mental. De otro modo, en aquel ambiente, con el resplandor de las velas que ardían a nuestro alrededor, y con tantas historias sobre asuntos de la antigüedad, podría haber quedado fácilmente persuadido de que el estado de extenuación en que se encontraba mi amigo era debido al influjo de un poder maléfico.

—Pero yo no pude resistir la tentación —continuó Hartley—. ¡A pesar de haber leído la leyenda sobre la Maldición del Escarabajo Sagrado! No sospeché, siquiera, que pudiera tener un mínimo viso de realidad. Sabes bien que siempre he sido un escéptico. Todos lo somos, en cierta forma, hasta que nos sucede algo grave. Cosas que son como el fenómeno de la muerte. Sabemos que es algo que les ocurre a otras personas, pero no comprendemos que pueda sucedernos también a nosotros. La Maldición del Escarabajo Sagrado viene a ser cosa parecida —recordé entonces algunas cosas acerca de la maldición egipcia del Escarabajo Sagrado, y me acordé igualmente de las Siete Plagas, y supe entonces de qué seguiría hablando mi amigo —: El caso fue que en el viaje de regreso comprobé lo que estaba ocurriéndome. Entonces los vi por primera vez, arrastrándose por el suelo de mi camarote, todas las noches, todas las noches… Cada vez que encendía la luz, se apresuraban a refugiarse en las sombras que proyectaban la litera, las cortinas y otros objetos del camarote, pero cuando me disponía a conciliar el sueño… entonces volvían, para trepar hasta mí y… al principio quemé incienso, con la intención de ahuyentarlos. Luego me cambié de camarote, pero fue inútil, porque me siguieron. Me seguían a todas partes. No me atreví a decírselo a nadie. Todos se hubieran echado a reír. Y los otros egiptólogos de la expedición serían incapaces de prestarme ayuda. Además no podía confesarles mi delito, el auténtico crimen que había cometido. Por eso decidí soportar a solas la situación, por terrible que me resultase —sonaba su voz como si se le hubiera secado la garganta—. Aquello era un infierno. Una noche en que estaba

cenando en el comedor del barco, vi a una de esas negras maldiciones en la comida de mi plato. A partir de entonces, comí a solas en mi camarote, de donde procuraba no salir más de lo necesario. No quería que los demás se dieran cuenta de lo que me pasaba. Porque aquellos seres malditos me seguían por dondequiera que fuese. ¡Es terrible! Te lo aseguro. Lo único que los mantenía alejados de mí era la luz, fuese la del sol o la de una lámpara, o la de una llama. Aún no puedo explicarme cómo subieron al barco. Por eso no te extrañe que en cuanto toqué tierra me faltara tiempo para ir al instituto y presentar mi dimisión. En cualquier caso, tendría que haberla presentado cuando se descubriese la verdad. Que se descubrirá, no te quepa duda, tarde o temprano, y será un escándalo. Y hace unas noches, al entrar en el club, con el deseo de saludar a mis amigos… No sabes cómo me sentí… Apenas me hube sentado, vi que uno de esos seres malditos se arrastraba por la alfombra, hacia mí. ¡No puedes hacerte idea del esfuerzo a que me obligué para no gritar como un poseso! Tengo que vencer a la maldición. Es lo único que me queda por hacer. No puedo esperar ninguna ayuda.

Iba a decir algo, pero me detuvo con un gesto y siguió hablando en tono de gran desesperación:

—No, no puedo huir. Me han seguido a través del océano, me siguen por la calle. ¡Aunque me encerrase, conseguirían dar conmigo! Rodean mi cama todas las noches. Suben por las patas y se arrastran hasta mi cara. Necesito dormir. Tengo que conciliar el sueño como sea, porque de lo contrario me volveré loco; pero apenas consigo conciliar el sueño, se arrastran hasta mi cara y me despiertan. Así una noche y otra. Sin descanso.

Era impresionante ver cómo decía aquellas palabras, con los dientes apretados, luchando desesperadamente por mantener el necesario autocontrol.

—Puede que el insecticida los mate. No sé cómo no se me ocurrió antes, pero estaba tan trastornado… Te parecerá ridículo, ¿verdad? Emplear insecticida contra una maldición secular.

Al fin pude decir algo.

—Son escarabajos, ¿no?

Hartley asintió.

—Escarabajos sagrados —dijo—. Ya conoces la maldición… Las momias puestas bajo su protección no podrán ser violentadas.

Conocía aquella maldición, en efecto. Una de las más antiguas de la historia, y una de las más conocidas. Una leyenda que tiene, como todas las leyendas, larga vida. Puede que incluso tengan algo de razón. Y acaso pudiera empezar a tener yo alguna razón para comprender a Hartley.

—¿Y por qué habría de afectarte esa maldición? —le pregunté.

Sí, podía ser que comenzase a comprender a Hartley. La fiebre egipcia lo había descompuesto, afectándole severamente, y por eso aquella leyenda tan exótica y colorista había ocupado su mente, trastornándola. Por eso trataba de expresarme con

lógica aguda, para demostrarle que padecía una alucinación.

—¿Por qué habría de afectarte a ti, precisamente a ti, esa maldición? —volví a preguntarle.

Al cabo de una corta pausa, respondió como si las palabras pugnaran por salir de su boca:

—Porque robé una momia —dijo—. Robé la momia de una virgen del templo. Debí de volverme loco, de lo contrario no me explico cómo pude hacer algo así. A veces, el sol del desierto le reblandece la sesera a más de uno. En el sarcófago de la momia había además oro, joyas y ornamentos propios del culto religioso, y también… También estaba escrita allí una maldición, pero me dio igual, me lo llevé —lo miré fijamente y comprendí que decía la verdad—. ¿Comprendes ahora por qué no podía continuar en mi puesto? Robé una momia… y estoy maldito. Al principio no se me ocurrió ni pensar en la maldición. Luego, cuando comenzaron a perseguirme los escarabajos, supe que se estaba cumpliendo, supe que la leyenda era cierta. También supuse que ahí acabaría todo, que los escarabajos se limitarían a seguirme a cualquier parte para que no pudiese relacionarme más con el resto de la gente. Pero desde hace unos días pienso que ahí no acaba la cosa. Ahora creo que son heraldos vengadores y que acabarán matándome.

Aquello parecía un arrebato de locura, sin más.

—Desde entonces no me he atrevido a abrir el sarcófago de la momia —siguió diciendo—. Temo leer de nuevo esa inscripción. La tengo aquí, en casa, pero está cerrada y no te la enseñaré… Querría quemarla, destruirla definitivamente, pero, por otra parte, conviene que esté aquí… para que sirva como prueba si me sucede algo. Y si esos malditos seres llegan a matarme…

—¡Suéltalo ya de una vez! —exclamé entonces, incapaz de continuar dominándome.

No sé bien qué palabras utilicé, pero dije unas cuantas cosas más, quizá duras, pero de todo corazón, para incitarlo. Cuando acabé, Hartley sonreía. Con esa sonrisa martirizada que tienen los obsesos.

—¿Crees que tengo alucinaciones? No, los escarabajos son reales. Pero no sé de dónde salen, porque no hay ninguna grieta en el piso de tarima. Pero oigo el ruido que hacen en las paredes. Todas las noches aparecen en mi dormitorio, miles y miles de escarabajos negros, de apenas una pulgada. No muerden, desde luego; sólo se arrastran por ahí, sobre la alfombra, trepando a la cama, sin dejarme conciliar el sueño… Nunca he podido atrapar a uno solo de ellos. Se mueven muy ágilmente, como si adivinasen mis intenciones… O como si el poder que los dirige supiera lo que intento hacer. Y esto no puede durar mucho tiempo más. Alguna noche, tarde o temprano, me quedaré dormido, rendido de fatiga, y entonces…

De pronto se levantó, gritando:

—¡Ahí están, en aquel rincón!

Unas sombras se movían, en efecto; parecían avanzar.

Hartley sollozaba.

Encendí la luz eléctrica. No había nada, por supuesto. No dije una palabra. Me fui de allí abruptamente, dejando a Hartley hundido en su butaca, con la cabeza entre las manos.

Salí para ver a mi amigo el doctor Sherman.

II

Su diagnóstico confirmó lo que yo había pensado: fobia acompañada de alucinaciones. El sentimiento de culpa que albergaba Hartley por haber robado la momia le hacía sentirse perseguido. Como resultado, la visión de los escarabajos.

El doctor Sherman dijo algo muy simple, pero acudiendo al lenguaje técnico de los psiquiatras. Llamamos por teléfono al instituto donde Hartley había trabajado. Verificaron la historia, incluso sabían que Hartley había robado una momia.

Sherman tenía una cita tras la cena, pero prometió reunirse conmigo a las diez para ir juntos al apartamento de Hartley. Le había insistido para que lo hiciéramos, yo tenía la impresión de que ya no se podía perder más tiempo. Aquello, por supuesto, quizá fuera una imprudencia por mi parte, pero lo que había presenciado y oído por la tarde no me dejaba otra opción, aquello me había alterado mucho.

Pasé un buen rato sumido en reflexiones enervantes. Quizá todo aquello no fuese más que una manera común, una reacción propia de los egiptólogos. El complejo de culpa que sentía tras haber robado en una tumba podía haberle llevado a proyectar las sombras de un castigo imaginario contra sí mismo. Serían en ese caso, las suyas, alucinaciones de retribución. Puede que eso sirva igualmente para explicar las muertes atribuidas a Tutankamón; una justificación para los suicidas.

Por eso insistí tanto a Sherman para que visitase y reconociera a Hartley aquella misma noche. Temía que Arthur Hartley, al borde del colapso mental, acudiera al suicidio para liberarse de su imaginaria persecución.

Eran casi las once cuando llamamos a su puerta. No hubo respuesta. Estábamos casi a oscuras en el descansillo de la escalera y volví a llamar a la puerta insistentemente. El silencio no hacía más que aumentar mi ansiedad. Me sentía terriblemente asustado; de lo contrario, jamás hubiera osado utilizar mi esqueleto como si fuese una llave.

Así lo hice, pensando que el fin justifica los medios. Abrí la puerta dándole unos cuantos empellones con mi hombro y entramos.

En la sala de estar no había nadie. Observé que todo seguía igual que por la tarde, sin cambios; lo pude comprobar bien pues las luces estaban encendidas igual que algunas velas.

Pero Sherman y yo percibimos de inmediato el olor hiriente del insecticida, un olor muy fuerte, y comprobamos que el suelo estaba prácticamente cubierto por aquel

polvo blanco para matar insectos.

Antes de aventurarme a entrar en el dormitorio le llamamos a voces, por supuesto. El dormitorio estaba a oscuras y supuse que tampoco se encontraría allí Hartley. Pero al encender la luz vi un bulto bajo las sábanas y las mantas de la cama. Era Arthur Hartley; no necesité mirarlo dos veces para percatarme de que su cara blanca tenía la mueca inequívoca de la muerte.

En el dormitorio olía aún más a insecticida, un olor mezclado con el del incienso…

Pero olía a algo más… Era un hedor vagamente animal, quizá mohoso.

Sherman contemplaba la escena a mi lado, sin decir una palabra.

—¿Qué hacemos? —le pregunté.

—Bajaré a la calle para telefonear a la policía —me respondió—. No toque nada.

Salí tras él para verme fuera del dormitorio, me sentía enfermo. No quería estar cerca del cadáver de mi amigo; el rictus terrible que tenía en la cara me daba mucho miedo. Suicidio, asesinato, ataque al corazón… Me daba igual, hubiera preferido no conocer la causa de su muerte. Me dolía mucho que no hubiésemos llegado a tiempo.

De repente, cuando salía del dormitorio, se me metió en la nariz un olor extraño, muy fuerte. Supe enseguida qué era. ¡Escarabajos!

Pero ¿cómo podía ser que hubiese allí escarabajos? Aquello no había sido más que una alucinación de la mente enferma del pobre Hartley. Hasta su cabeza enloquecida le hacía extrañarse de que los hubiera, porque no había un solo lugar del que pudieran salir. Por lo tanto, no podía haberlos.

Aquel hedor insoportable persistía, incluso aumentaba. Un olor a muerte, a decrepitud; a la corrupción que imperaba en el antiguo Egipto.

Me dejé llevar por aquel hedor hasta el segundo dormitorio y forcé la puerta.

En la cama estaba la momia. Hartley me había contado que la tenía allí encerrada. El sarcófago tenía puesta la tapa pero se veía que estaba abierto.

Levanté la tapa. A cada lado del sarcófago, en su interior, había unas inscripciones; quizá alguna aludía a los Escarabajos Sagrados, no lo sé. Sí sé, sin embargo, que pronto captó toda mi atención la momia, aquella visión fantasmagórica que yacía en la cama. Era una momia, evidentemente, y por ello estaría seca. Todo era pura carcasa. Tenía una gran cavidad abierta a la altura del estómago, y al acercarme pude ver ciertas formas, de no más de una pulgada, que se movían en aquel interior; unas formas negras como botones, con largas antenas. Aunque la luz hizo que buscaran refugio rápidamente en el cuerpo vacío y seco de la momia, supe que eran escarabajos.

Allí estaba el secreto de la maldición. Los escarabajos vivían en el interior de la momia. Se alimentaban de ella y vivían en ella. Y salían por la noche, cuando todo estaba a oscuras. ¡Era cierto!

No pude evitar un grito. Me hería especialmente comprobar que Hartley había dicho la verdad y volví a la habitación donde yacía sin vida. Oí pasos en el rellano de

la escalera; llegaba la policía pero no podía esperarlos. El corazón me urgía.

Así que la historia que me había contado Hartley era cierta… ¿Significaba eso que los escarabajos eran los heraldos de una venganza divina?

Rápidamente pasé mis brazos bajo el cuerpo de Hartley y lo levanté, para examinarlo por todas partes, pero no descubrí ni una herida en su cuerpo.

No había heridas, no había sangre, no había un arma… Tuvo que matarlo, pues, un *shock* brutal, un ataque al corazón. Cuanto más lo miraba más me convencía de eso. Volví a dejar que su cabeza reposara sobre los almohadones.

Debo decir, sin embargo, que me sentía relativamente contento, porque mientras levantaba el cuerpo de Hartley para examinarlo, mis ojos recorrían la habitación en busca de los escarabajos y no los vieron.

Hartley temía a los escarabajos, aquellos escarabajos que salían de la momia. Salían todas las noches, si había que creer lo que decía. Y entraban en su dormitorio, y subían por las patas de la cama, y alcanzaban sus almohadones.

Pero ¿dónde estaban ahora? Quizá se habían ido ya de la momia, una vez muerto Hartley… ¿Dónde estarían?

De repente me dio por mirar otra vez a Hartley. Había algo extraño en su cadáver yaciente sobre la cama. Cuando lo moví me pareció muy liviano para un hombre de su corpulencia. Ahora me parecía vacío de algo más que la vida. Me acerqué más a su cara. Entonces grité horrorizado… La piel de su cuello se movía convulsa, su pecho parecía respirar, subía y bajaba… Su cabeza se movía a ambos lados de los almohadones… Vivía… O quizá había en su interior algo vivo.

Grité otra vez, más fuerte, más horrorizado, pues comprendí de golpe qué había matado a Hartley. Comprendí lo que significaba la maldición de los Escarabajos Sagrados, que los escarabajos habían abandonado el interior de la momia para tomar la cama de Hartley. Supe bien qué habían hecho aquella noche. Volví a gritar, esperando que mi grito tapara aquel sonido espantoso que llenaba la habitación, que salía del cadáver de Hartley.

Ya no me cupieron dudas acerca de que lo había matado la maldición de los Escarabajos Sagrados, y volví a gritar una y otra vez, al comprobar que se despegaban los labios del muerto y salían de su boca varios escarabajos negros que corrían sobre los almohadones.

LOS HONORARIOS DEL VIOLINISTA

(The fiddler's Fee)[4]

I

Se abrió la puerta de la hostería y entró el Diablo. Estaba tan seco y flaco como un cadáver y más blanco que el sudario con que se envuelve a los muertos. Sus ojos eran oscuros y profundos como una tumba. Tenía la boca más roja que la puerta del infierno y su cabello era más negro que el carbón. Vestía como un dandi; había descendido de un carruaje muy lujoso, pero estaba claro de quién se trataba: Satán, el Padre de las Mentiras.

El dueño de la hostería lo miró con cierta vergüenza ajena. No le agradaba dar posada a un emisario como aquél, un emisario de las Tinieblas. El hostelero temblaba ante la sonrisa de Satán, sin dejar de mirarlo en busca de algún signo elocuente, como el rabo o las pezuñas. Pero lo que vio fue que Satán llevaba consigo el estuche de un violín.

No era Satán, ¡menos mal! El hostelero respiró aliviado y dijo en silencio una oración. Pero fue sólo un instante. Un minuto después volvía a temblar de miedo, y con razón. Si aquel hombre no era Satán, sería, con su violín guardado en aquel estuche negro, sería por fuerza…

—*Signor Paganini* —musitó para sí el hostelero.

El extraño le dedicó una leve inclinación de cabeza sin dejar de sonreírle.

—Bienvenido a mi modesta posada —dijo el hostelero, aunque sin devolverle la sonrisa.

Había algo que le llamaba a no desterrar sus impresiones primeras acerca de aquel hombre. Es posible que Satán hubiera hecho un pacto con él, cierto… Pero ¿y si aquel hombre fuera en verdad su hijo?

Todo el mundo sabía que Paganini era el hijo del Diablo. De hecho, él mismo parecía un demonio, y no pocas eran las diabólicas leyendas que corrían por ahí a propósito de su vida poco pía, desde luego. De él se decía que bebía, que jugaba, que amaba como únicamente puede amar el Príncipe de las Tinieblas. Y que se divertía con ciertas cosas que les están vedadas al resto de los hombres. Tocaba el violín como Lucifer; o quizá haya que decir que lo que tocaba, aquel instrumento que se ponía al brazo, era un artefacto infernal, un violín del que extraía una música sublime que arrastraba a la locura a las gentes de Europa.

Sí, incluso allí, en una villa olvidada, todos sabían quién era, todos habían oído hablar de la leyenda aterradora que envolvía al violinista más afamado del mundo. Cada día surgía alguna historia nueva, y más extraordinaria, a propósito de él. Historias que aparecían en Milán, en Florencia, en Roma, en cualquiera de las

grandes capitales del continente, y rápidamente daban la vuelta al mundo.

Paganini asesina a su esposa y vende el cuerpo a Satán… Paganini crea una sociedad secreta contra los que aman a Dios… Paganini sacrifica a su amante en una misa negra… A Paganini le escriben su música los demonios del infierno… Paganini es hijo del Diablo…

Las leyendas suelen contar cosas como ésas, pero no parecía caber la menor duda de que todo lo que se atribuía al maestro era cierto. Sus escandalosos amoríos, su actitud despectiva ante los valores más sagrados, ante todo lo que es digno de ser adorado por los hombres, no podían sino demostrar su maldad, su insolencia, su lascivia… Pero había algo que nadie podía negar, una verdad irrefutable: nadie había tocado ni tocaba el violín como Niccolò Paganini.

Al posadero no le quedaba más remedio que aceptar eso, a despecho de sus temores. Pidió a su hijo que atendiera a los caballos del huésped y al cochero, y luego ofreció al *Signor* la mejor habitación de que disponía, y aguardó a que bajara para la cena habiendo dispuesto ya una mesa, perfectamente preparada, en el salón de la posada.

Alguien más aguardaba la entrada del maestro en el salón: el hijo del posadero, que también se llamaba Niccolò.

El joven Niccolò sabía de Paganini mucho más que su padre. ¡Aquello sí que sería un gran triunfo sobre Carlo! Algo de lo que hablar y presumir durante semanas. Quizá él, Niccolò, sí, él mismo, pudiera hablar con el gran maestro, con el músico ilustre… Quizá él, si los santos estaban de su parte, recibiera incluso la atención del maestro. Pero sin duda aquella esperanza suya sería vana. A Paganini no le interesaban los muchachuelos. Daba igual, Niccolò quería verlo de cerca. No le asustaban las leyendas. Así que el hijo del posadero esperaba, alargando los preparativos de la cocina, con el oído atento, presto a salir en cuanto oyese los pasos del maestro en la escalera.

Al fin se dejaron sentir aquellos pasos.

Luego tomó asiento Paganini a la mesa, a solas con su propio esplendor. No había más huéspedes en el salón que pudieran importunar, ni siquiera mirar, al maestro. Parecía extrañamente alegre por estar solo, aunque de él se decía que amaba los halagos, la admiración, el aplauso, la obsecuencia… Su cara angulosa y fina, de perfil de halcón, lucía especialmente satánica bajo la luz tenue del salón… Una luz que proyectaba la sombra del músico contra la pared… Su cabello cuidadosamente peinado, de abundante rizo, dibujaba dos cuernos en aquella sombra, algo en lo que no pudo por menos que reparar el posadero cuando se acercó a la mesa para servirle el vino.

Paganini comió y bebió poco, como es propio de los demonios. No dijo una palabra, no mostró una sonrisa que le confiriese carácter humano, ni siquiera frunció alguna vez el ceño. Cuando hubo concluido la cena, se echó hacia atrás en su asiento y se quedó mirando fijamente la lámpara que pendía del techo.

Era como si sus ojos contemplasen las llamas del infierno.

El hostelero salió del salón, raudo. ¡Aquel huésped silencioso no podía ser otro que el hijo de Satán! Al salir se topó con el suyo, Niccolò, que trataba de asomarse para ver al pálido violinista.

—No, vete —dijo el padre—, vete de aquí, no le mires…

Pero Niccolò no le hizo caso y con paso decidido entró en el salón. De su boca salió una voz que su padre no le había oído nunca, una voz que parecía mecánica.

—Buenas noches, *Signor* Paganini…

Los ojos de aquel hombre se apartaron de la lámpara para volverse feroces hacia el lugar de donde partía aquella voz. Miró al joven Niccolò como si pretendiera alancearlo con sus ojos.

—Así que el cachorro sabe quién soy… ¡Vaya!

—He oído hablar mucho de usted, *Signor*. ¿Quién no conoce en Italia a Paganini?

—Y les aterroriza mi nombre, me temo —dijo el violinista con mucha gravedad.

—Yo no le tengo miedo a usted —dijo el muchacho con calma, sin bajar los ojos cuando el maestro se dignó a mirarlo de frente y sonriendo de forma que recordaba a un lobo.

—¿De veras? —preguntó el violinista en una especie de ronroneo—. Bien, muy bien, eso está muy bien… No me tienes miedo, ya lo veo… ¿Y puedo preguntarte por qué no me tienes miedo?

—Porque amo la música.

—Vaya, así que amas la música —dijo Paganini imitando cruelmente la voz del muchacho; después lo miró en silencio largo rato y al fin añadió—: Jovencito, no deja de maravillarme que realmente ames la música. Me resulta extraño.

Alargó hacia el muchacho una mano larga y muy blanca, como la mano de un fantasma, indicándole que se acercase con un gesto paradójicamente delicado. La misma mano vertió después vino en una copa y volvió a posarse lentamente sobre la mesa.

—¿Sabes tocar el violín?

—Sí, maestro.

—Pues toca para mí.

Niccolò corrió hasta su cuarto. Volvió apretando contra su pecho el amado violín que atesoraba.

—No es un buen violín, maestro, no suena…

—Toca.

Niccolò comenzó a tocar. Nunca pudo recordar qué piezas tocó aquella noche; sólo sabía que la música le llegaba, sin más, y que la tocaba como hasta entonces no había sido capaz de hacerlo. Y que la sonrisa de Satán parecía verse a través de aquella música.

Cuando acabó de tocar, Paganini le preguntó su nombre. El muchacho se lo dijo. Paganini le preguntó después quién era su maestro, cuánto practicaba al día, cuáles

eran sus planes… Niccolò respondió a todas sus preguntas. Y Paganini se echó a reír. El hostelero, que oyó la risa desde fuera, sintió que se le helaba la sangre.

Aquélla era una risa que podría resquebrajar la tierra, una risa que brotaba del infierno. Era la risa de un soberbio violín que tocara un ángel caído.

—¡Imbéciles! —exclamó de pronto el maestro.

Se quedó mirando a Niccolò. Algo en el chico parecía pedirle permiso para retirarse, pero no lo hizo; por el contrario, se quedó mirándole fijamente hasta que el maestro volvió a tomar la palabra.

—¿Qué puedo decirte? ¿Que busques un buen maestro y te compres un buen violín? ¿Que podría darte dinero para que lo hicieras? Sí, pero para qué… Tienes un don, pero nunca lo utilizarás, me temo —Paganini sonrió—. Puedes llegar a ser un buen violinista, puedes obtener fama, incluso, y éxitos notables… Pero ni un buen maestro ni un buen violín te otorgarán la grandeza, la supremacía. Todo es producto de la inspiración, yo lo sé bien.

Niccolò comenzó a temblar sin saber por qué. Acaso porque había una gran verdad, una absoluta convicción en las palabras que le decía el maestro. Aquello le aterrorizaba. Sus palabras poseían una autoridad incontestable, un conocimiento pleno.

—Un hombre tiene que hacer su propia obra, un músico debe tocar sus propias composiciones —siguió diciendo aquella voz que subyugaba al muchacho—. Pero tal es un don que no podrá darte ningún maestro, ningún humano —Paganini se levantó —. Y ahora, habrás de perdonarme…. Casi me había olvidado de que estoy aquí para acudir a una cita, tengo que ver a alguien… que ya me estará esperando… Gracias por haber tocado para mí.

El rostro de Niccolò pareció iluminado. Estaba convencido de que el maestro en breve le revelaría alguno de sus secretos, algo de lo mucho que deseaba conocer. Niccolò creía que Paganini hablaba sólo de sus ejecuciones, de su virtuosismo. Bien sabía ya el chico, aun siendo tan joven, que sin un gran talento, y por mucho que se estudie y practique, todo queda reducido a la nada, a una suerte de perfección mecánica que, en efecto, nada significa. Había un abismo insalvable entre su modestia y la grandiosidad del maestro. Por eso sólo había hablado él. Y se iba.

Revoloteaba la capa del maestro cuando, raudo, se dirigía a la puerta. Pero se detuvo de golpe y se volvió hacia el chico.

—Espera —le dijo.

Se quedó mirándole un instante y Niccolò sintió que el maestro examinaba su alma con aquel fulgor rojo de su mirada.

—Acompáñame… Vayamos juntos a esa cita —le dijo.

Un carraspeo se oyó cerca de donde estaban. Niccolò supo que se trataba de su padre, que había estado escuchando. Pero no hizo caso de aquello. Salió aprisa junto al músico, ambos en medio de la oscuridad de la noche.

—Esta noche te presentaré a un verdadero maestro —le dijo Paganini.

II

Había un gran trecho por recorrer hasta la ladera de la montaña donde se hallaba la Cueva de los Locos. El camino estaba solitario, pero no sólo porque fuese de noche; a las gentes del lugar les daba miedo la Cueva. Se decía que allí vivía el Demonio; nadie había explorado jamás la Cueva pues había la convicción de que conducía directamente al infierno.

Era un camino largo y solitario, entre rocas y bancos de neblina; un camino que Paganini parecía conocer de memoria, como si lo hubiese recorrido muchas veces.

Dio una mano larga y huesuda a Niccolò para guiarlo por allí, una vez hubieron bajado del carruaje, y el muchacho sintió en sus dedos una frialdad extraña, inhumana; una frialdad que le hizo estremecerse de la cabeza a los pies. Pasaron junto a un arroyo y la neblina era más densa, anulaba el blanco brillo de las estrellas. El muchacho, no obstante, se sintió seguro, guiado y confortado por la magia de la voz de Paganini.

El maestro, en efecto, no dejó de hablar durante todo el camino, y lo hizo francamente, sin reticencias, como quien se dirige a su alma gemela.

—Dicen que estoy hecho de la semilla del Diablo, y es mentira —se sinceró Paganini—. Siempre me lo han dicho, desde niño; incluso mi padre lo decía… ¡Maldito imbécil! Mis condiscípulos hacían la señal de los cuernos con la mano al verme en el Conservatorio, y las niñas se estremecían de pánico cuando las miraba. Y gritaban y hasta me insultaban, a mí, que vivía sólo para la música y la belleza, a pesar de mi corta edad de entonces… Al principio no hacía caso, me daba todo igual; me entregaba sin más a mi trabajo, y trabajaba muy duro, te lo aseguro… A veces incluso lograba sentir una llamarada tan intensa como ignota, una chispa indescriptible… Fue entonces cuando actué por primera vez en público, cuando salí al mundo de los hombres. Aclamaron mi música, y a la vez comenzaron a odiarme. Me llamaron Hijo del Demonio sólo porque era un niño feo, triste y tímido. Después de mi primera actuación traté de volcarme sin más en mi trabajo, en mi constante aprendizaje; sabía que mi técnica no era aún la que yo quería. Tenía genio, es cierto, pero no podía expresarlo. Y seguía martilleándome aquello que me decían, Hijo del Demonio… El mundo me odiaba… ¿Hijo del Demonio? ¿Y por qué no serlo?, me pregunté un buen día… Sabía cómo convertirme en un Hijo del Demonio… Seguí trabajando duro, leí libros prohibidos que hallé ocultos en bibliotecas de Florencia… Y aquí estoy. Hasta aquí he llegado. En mí se hace la leyenda de Fausto, ¿la conoces? Hay maneras de obtener poder por las que los hombres darían cualquier cosa, pagarían el precio más alto.

Ya entraban en la Cueva. A Niccolò le temblaban las manos, tanto por la emoción del momento como por la impresión que le habían causado las palabras del maestro.

—No temas, muchacho… Hay cosas mucho más caras. Hace treinta años, cuando era un chico como tú, quizá un poco mayor, hice a solas esta peregrinación y tan

aterrado como tú. Pero todo resultó bien. Cuanto más hondo penetré en la Cueva, más se acrecentó el don de la música que me era innato. El resto lo sabe todo el mundo: fama, dinero, mujeres hermosas… Pero, sobre todo, mi música, mi gran música, mi música más excelsa cada día. Tanto en su composición como en su ejecución. Dijeron que mi música conmovía a las estrellas y a los ángeles. Tengo ese don, es cierto; atesoro ese regalo. Tú también lo tienes; es el don de amar la música por encima de todas las cosas. Pero te falta el regalo de esa gracia especial de la que hablo, que te será dada esta noche.

Niccolò, de una parte, sentía ganas de echar a correr, de huir de la Cueva en la que las sombras eran a la vez aterradoras y fantásticas. Sentía la imperiosa necesidad de hacer la señal de la cruz cuando oía los sonidos extraños y profundos que salían del fondo de la Cueva. Y entonces vino a su mente la imagen de Carlo Zuttio, el hijo del vinatero. Carlo se había mostrado en el Conservatorio como todo un inútil, pero tenía un magnífico violín, y tomó clases particulares, por lo que al cabo llegó a desarrollar una mejor técnica que Niccolò. Sus padres tenían una muy buena posición, y presumían ante los suyos de lo bien que tocaba su hijo. Todo el pueblo hablaba ya de que Carlo iría a cursar estudios a Milán, cosa que él, infeliz Niccolò, no podría hacer jamás. Tendría que seguir en la posada de su padre, ayudando en todas las tareas… Quizá cuando fuese viejo pudiera dar rienda suelta a su gusto por el violín, aunque tocando tonadas populares para los huéspedes; o ir por ahí, recorriendo las tabernas a cambio de unas monedas y unos tragos. Carlo, por el contrario, sería rico y famoso, y acaso regresara un día para visitarlo, vestido con ropas de seda. Niccolò nunca sería su rival, sólo un hostelero aficionado a la música.

El recuerdo de Carlo, sin embargo, le hizo sonreír con suficiencia; lo animó a seguir a Paganini en su camino hacia el corazón de la Cueva, a través de un estrecho pasadizo en el que ya se olía el humo y se reflejaban las llamaradas contra las rocas.

Paganini invocó poco después un nombre sagrado, y tembló la tierra. Hizo una señal, que no era la de la cruz, y clamó por lo que estaba más oculto con una voz oscura y quebrada.

Todo refulgió en rojo entonces, y cesó el temblor de la tierra, y Niccolò fue presentado a su Maestro.

III

Paganini era astuto. Aquél era un buen trato. Tres años para el chico, no más, y Paganini ganaría en realidad trece. Los diez restantes irían a parar al maestro en pago por haber llevado a Niccolò a la Cueva. Era un buen pacto, un magnífico negocio.

Lo que más sorprendió a Niccolò, de vuelta ya a su casa, era precisamente aquello. Podría ser un buen negocio también para él. Pero quizá hubiese algo terrible y oculto, aunque todo pareciese perfectamente pactado.

Tres años.

El corazón de Niccolò cantaba más que las oraciones que le había enseñado su padre; su corazón cantaba ya anticipando su triunfo cuando le oyeran tocar en el Conservatorio la tarde del día siguiente.

«Paganini me ha enseñado a tocar», podría decir cuando su profesor del Conservatorio se asombrase de su destreza. «Paganini me ha enseñado a tocar», diría a Carlo con una sonrisa.

Su corazón seguía cantando feliz a medida que transcurrían las semanas.

Niccolò, que leía las notas con dificultad, comenzó a componer.

Niccolò improvisaba.

Su profesor le consiguió un violín nuevo, y en la clausura del curso fue Niccolò quien actuó como solista de la orquesta llegada de Venecia. Carlo quedó relegado a un segundo lugar.

Niccolò obtuvo una beca y partió hacia Milán.

Su padre rezaba en silencio, no decía nada. Paganini no escribió una sola carta a la posada, pero todos sabían de su gira triunfal por Francia.

En Milán, Niccolò fue pronto la sensación del Conservatorio. Un tiempo más tarde llegó Carlo, después de que sus padres pagaran la matrícula. Carlo tuvo éxito, es cierto; trabajó duro, practicó hasta la extenuación, ejecutó piezas difíciles como sólo podría hacerlo un magnífico violinista.

Pero Niccolò extraía de su violín notas que no podían deberse más que a un genio extraordinario, a una inspiración innata. Había desarrollado ya una técnica instrumental que nadie podría igualarle por mucho que se esforzase y estudiara.

Se dio una clara competición entre los dos pueblerinos, Niccolò y Carlo, a lo largo de todo el curso. A nadie del Conservatorio le era ajeno lo que pasaba. Niccolò poseía el talento; Carlo tenía la ambición. La batalla por la perfección, por el triunfo final, sería ardua.

Niccolò crecía deprisa. Su rostro adquirió pronto los signos de la madurez y el tono juvenil de su piel dio paso a un color ceniciento. Se decía que las noches pasadas en vela, noches de estudio y dura práctica del violín, lo estaban devastando.

Pero la verdad era que Niccolò pasaba las noches en puro pánico. No podía olvidarse del pacto hecho en la Cueva de los Locos ni de que el tiempo corría. Le quedaban dos años… Dos años por delante y tanto por hacer…

Había sido quizá un tonto. Pero la arrebatadora personalidad de Paganini se impuso a él, a sus prevenciones y a sus temores. Paganini le dominó. No pudo resistirse. Ahora lo sabía bien. Paganini en realidad le había tendido una trampa, lo había engañado; quiso liberarse de un pacto a cambio de entregarle. Niccolò fue la víctima propiciatoria. Hubiera tenido que negarse a acompañar aquella noche a Paganini, que aún tendría tiempo por delante para vagar por ahí, para hacer su música en innumerables escenarios, sin saberse a expensas de otro. Sólo porque Niccolò había sido entregado a cambio.

Dos años. Niccolò, sin poder conciliar el sueño, consultaba con su almohada. Jamás podría conseguir en aquellos tres años que duraba el pacto lo que había conseguido Paganini a los trece años. No podía aspirar más que a esas aclamaciones primeras que ya había obtenido. Nunca lograría tanta fama y dinero a tan corta edad. Pero al menos sí podía hacer una cosa… Batir a Carlo, su único rival.

Niccolò realmente odiaba a Carlo. Hasta la noche en que fue a la Cueva de los Locos, Carlo sólo fue un rival; incluso mantenían una cierta relación de amistad. Después de aquello el hijo del vinatero se convirtió en su enemigo. Niccolò le odiaba.

Carlo seguía progresando. Niccolò comenzó a tener la sensación de que era su obligación esforzarse aún más, por mucho que sus manos no tuviesen que recibir la orden de sus pensamientos para deslizar los dedos sobre el violín de aquella manera que parecía autónoma. No tenía la otra sensación, la del disfrute con su música; no consideraba que su aparente facilidad fuera la consecuencia de su maestría.

Carlo, por el contrario, sí alcanzaba a experimentar los placeres devenidos del trabajo bien hecho, pues en verdad se esforzaba, se preocupaba a diario por avanzar en la perfección de su técnica. Como no había recibido ningún don sobrenatural, Carlo competía para ganar en busca de su mayor beneficio y estabilidad.

En el Conservatorio querían mucho a Carlo. Sus maestros sabían de sus grandes esfuerzos y apreciaban su trabajo. No estimaban a Niccolò en la misma medida porque no alcanzaban a comprender su técnica, o lo que tenían por tal. Los dejaba asombrados, sí, y confusos, pero no le admiraban.

Los demás alumnos querían mucho a Carlo, igualmente. Recibía además dinero de su padre y era cordial y generoso. Regalaba dulces a sus compañeros y disfrutaba con ellos de excursiones y pequeñas fiestas. Niccolò, por el contrario, carecía de dinero, era feo, vestía desastradamente… Y parecía siempre contrariado.

Carlo era muy bien parecido. Las chicas estaban locas por él. Incluso Elissa, lo que hacía que las noches de Niccolò fuesen aún más agónicas.

IV

El rubio cabello de Elissa era luminoso. Sus ojos eran como las joyas de un collar caro y apasionante. Su boca roja era una puerta de acceso a las mayores delicias. Sus brazos…

No había caso, daba igual. Niccolò no podía consentirse un mero pensamiento poético a propósito de aquella hermosura de muchacha. Todo cuanto sabía era que Elissa le quemaba constantemente el pecho, de tan ardientes como eran sus sentimientos hacia ella. Su belleza era un latigazo que hería su corazón desnudo.

Elissa Robbia era, en efecto, una alumna bellísima. Niccolò estaba enamorado de ella torrencialmente, pero el amor sólo reconoce a los dioses.

Elissa gustaba de pasear con Carlo, iban juntos a todas las fiestas juveniles,

bailaban todo el rato sin despegarse. Y así pasaron aquel segundo año de estudios.

Niccolò siempre se quedaba en un rincón, observando. Una o dos veces se atrevió a dirigir unas palabras a quien era objeto de su pasión y anhelos, pero ella pareció no prestarle atención, aunque era una jovencita encantadora que por nada del mundo quería resultar despectiva con nadie. Simplemente, prefería estar junto a Carlo.

Niccolò trabajó más duro. Sabía que habría de hacerlo para dejar fuera de combate a Carlo. Carlo, a despecho de los poderes sobrenaturales que adornaban a Niccolò, superaba a su rival gracias a las inspiraciones que le insuflaba el amor. Niccolò tocaba el violín con una maestría impar, pero Carlo, llevado de su arduo esfuerzo, había comenzado a inclinar la balanza de su lado.

No obstante, fuera del Conservatorio tenía aún más predicamento Niccolò que Carlo. Una cierta ventaja que predisponía a su favor en las audiciones que hacían los responsables de la Ópera, o cuando los dos jóvenes violinistas eran invitados a ofrecer su música en los salones de la aristocracia sureña.

Nada se comentaba aún, pero todo el mundo sabía que uno de los dos sería elegido para hacer su debut como solista de la gran orquesta de la Ópera antes de que concluyese el curso.

Ambos lo sabían, pero nada comentaban sobre ello pues hacía ya un tiempo que no se dirigían la palabra. Trabajaban frenéticamente. El concierto sería determinante, lo sabían. El duelo se decidiría mediante largos solos que habrían de componer y ejecutar por separado.

Niccolò estuvo todo un mes practicando sin descanso, componiendo… Qué fue lo que tomó posesión de su cuarto, no se sabe; pero al cabo salió de allí hecho un consumado maestro. Había trabajado, se había esforzado como nunca antes. Tenía que ganar. Tenía que humillar a Carlo ante todos. Y en especial, tenía que humillar a Carlo ante Elissa.

Esperaba ardientemente la llegada de la noche de la gran gala.

El teatro del Conservatorio mostró una iluminación perfecta; el edificio todo había sido engalanado como en las mejores fechas, aquellas en las que acudían quienes tenían joyas que lucir bajo las espléndidas luces del teatro. La fama de los dos muchachos corría ya de boca en boca, y en el Conservatorio se habían dado cita los músicos y críticos más notables llegados de toda Italia. Y allí estaba también el gran maestro… El propio Niccolò Paganini en persona, el gran Paganini. No tuvo inconveniente en declarar ante todos que acudía a oír y ver a Niccolò, a quien consideraba su mejor discípulo.

Eso ya fue un gran triunfo para el joven Niccolò. Niccolò tremolaba en éxtasis mientras acariciaba su violín a la espera del gran momento, mientras hacía solos en su cuarto. Tenía que ser por fuerza su gran noche, había llegado su gran oportunidad de batir definitivamente al rival, y además ante el propio Paganini, a quien tanto debía. No podría haber felicidad mayor.

Pero ¿dónde estaba Carlo? No lo habían visto en todo el día.

Sin embargo, allí estaba en el momento oportuno, y acompañado por Elissa, sólo que entre el público.

¿Qué podía significar aquello?

Concluyó la primera parte de la gran gala. El director del Conservatorio tenía que haberlo anunciado entonces.

—Damas y caballeros, lamentablemente he de anunciarles que el solista que habría de participar en esta gala junto al señor Niccolò, Carlo Zuttio…

¿Qué pasaba?

—… designado por este Conservatorio…

¿Y bien?

—… ha contraído matrimonio, por lo que…

¡Se ha casado con Elissa!

Lo había conseguido. Lo había hecho. Sabedor de que perdería aquella noche, de que sería derrotado en el escenario, prefirió dedicarse al negocio de su padre y abandonar la música, no sin antes casarse con Elissa. Con eso entregaba la victoria a Niccolò, aunque éste, más que disfrutarla, sentía una cólera indecible, una amargura infinita.

No obstante, cuando oyó que le anunciaban, saltó sin pensarlo y se dispuso a ejecutar su composición ante el auditorio.

Lo hizo. Pero no ejecutó la pieza original que tenía previsto hacer, sino que improvisó. O quizá debiera decirse que el odio improvisó por él, a través de sus dedos que descargaban una cólera inusitada contra el violín.

Más que emoción, entre el auditorio se extendía el horror.

A través de la roja neblina que los envolvía, los ojos de Paganini brillaban; y, sólo con mirarlos, a Carlo se le borró la sonrisa y a Elissa se le tornaron blancos los labios. Niccolò la vio entre el público y quiso que su música penetrara en los ojos como vacíos de la joven… ¿Nunca te habías fijado en mí, eh? Bien, pues ya no podrás olvidarme… Mira esto… y esto otro…

Brotando del infierno y ascendiendo hasta el cielo, susurrando glorias y escupiendo insultos, el violín de Niccolò cantaba melodías nacidas directamente de la negrura de los sentimientos, de la furia de sus pensamientos.

En realidad no tenía brazos, ni dedos. Niccolò era el violín. Su cuerpo formaba parte del instrumento, su cerebro era parte integral de la música. El violín interpretaba al cuerpo y el cuerpo interpretaba al violín. Y ambos eran tocados por otro.

Acabó.

Silencio.

Y entonces se desencadenó la tormenta.

Cuando atronaban los aplausos tras aquel silencio, mientras saludaba y sonreía a la concurrencia, Niccolò clavó los ojos en Elissa, que tenía una expresión vacía. Aquella noche Niccolò había ganado y perdido a la vez. Pero podría ganar de nuevo.

V

Tras el concierto le ofrecieron dinero, mucho dinero con el que podría ampliar estudios.

Le dijeron que, en apenas un año, volvería a actuar como solista en la orquesta del Conservatorio.

Niccolò aceptó la oferta, gravemente. Supusieron que con aquella generosa cantidad pasaría el año en Roma, trabajando junto a un gran maestro, como alumno principal y distinguido.

Pero Niccolò tenía otros planes. Bien sabía que Carlo y Elissa regresarían al pueblo, donde él trabajaría junto a su padre, y decidió seguirlos. Dio las gracias por el dinero, dio las gracias también a la dirección del Conservatorio por contar con él, y se dispuso a partir.

Fuera del Conservatorio le esperaba un hombre con capa negra. Era Paganini.

Sin decir una palabra, el genio estrechó la mano del muchacho, y de la mano lo apartó de allí, como hiciera aquella noche para guiarlo hasta la Cueva, dos años atrás. Caminaron juntos por las calles oscuras.

—Has tocado muy bien esta noche, hijo mío… Todos decían que tu música era como la de Paganini —sonrió—, y puede que tengan razón… Al fin y al cabo, tenemos el mismo maestro…

Niccolò sintió un escalofrío.

—No temas —continuó Paganini—, en un año habrás conseguido cuanta fama y dinero desees. El mundo se rendirá a tus pies, maravillado de tu poder… Eso es lo que quieres, ¿no?

—No —respondió Niccolò moviendo con energía la cabeza—. No estudiaré más, no iré a Roma… Mi deseo es otro.

Habló a Paganini de Carlo y Elissa. El maestro lo escuchó atentamente.

—Así que piensas regresar a tu pueblo, ¿eh? Bien, si eso es todo a lo que aspiras… Pero supongo que necesitarás ayuda, no desesperes.

Niccolò miró fijamente a Paganini.

—Temo esa ayuda —dijo—; esta música que hago, esta manera de tocar el violín, no son mías. Brotan de otra fuente y no me siento satisfecho por engañar con ello a los que me escuchan. Carlo y Elissa parecían abatidos esta noche, y era a causa de la música, no por mi culpa, yo no les preocupo… ¿Me comprendes?

Una ráfaga de viento helado arrasó la calle apenas habló Paganini para responder a su discípulo.

—Sí, te comprendo. Pero me parece que tú no te entiendes… Esta noche has tocado movido por el odio, es cierto, aunque también había mucho odio en la sala por parte de tu rival. Pero creo que cuando tocaste dirigiéndote a Elissa y sólo a ella, lo hiciste movido por el amor. Fue el amor lo que tocó por ti. Eso fue lo que estremeció a Elissa. Nuestro maestro es un gran amador, un triunfador en el amor. Continúa

tocando tu violín y Elissa será tuya.

—¿Y qué hay de Carlo? ¿Qué pasará con él?

—Deja que hable tu violín, sin más. Es el canto de tu violín lo que enloquece a las gentes. Bien, pues haz que Carlo escuche ese canto —Paganini no pudo reprimir la risa—. Sé bien cómo ocurrirá todo… Hace años descubrí el secreto, y utilicé ese descubrimiento… Espanta al perro guardián y la damisela será tuya, será el regalo que te haga el maestro. Te envidio, muchacho… Obtendrás un gran triunfo, no lo dudes.

A Niccolò el corazón le latía desbocado.

—¿De veras crees que podré conquistarla? —preguntó.

—Estoy seguro. Te ha sido conferido el poder para hacerlo; déjate guiar por ese poder, y utilízalo en tu beneficio —la voz de Paganini se tornó grave—: Pero no era de todo esto de lo que deseaba hablar contigo, he venido a verte esta noche por otra razón… Te recuerdo que aceptaste un trato en la Cueva de los Locos.

—Lo temía.

—Un trato favorable para ti y debes cumplirlo. Debes ir allí.

—¿Y si no lo hiciera?

—No tengo ni que decirlo… Vendrían a prenderte y su venganza sería horrible, lo sé bien.

—Desearía —comenzó a decir Niccolò con la voz quebrada—, desearía no haberte conocido. Fuiste tú quien me condujo a ese lugar infernal, quien me forzó a hacer un trato infernal. Fui un imbécil… Y te mataría por lo que me hiciste.

Paganini se detuvo y miró de frente al joven. Su mirada era de hielo.

—Es posible —dijo—. Pero piensa en el próximo año… Conseguirás a Elissa y Carlo se volverá loco de pena. Conquista a Elissa y haz que Carlo enloquezca… Óyelo bien, conquista a Elissa y haz que Carlo enloquezca.

Su voz era como la música de su violín: se clavaba en el cerebro de Niccolò, haciendo imposible cualquier réplica.

—No pienses en una venganza estúpida y ve a la Cueva de los Locos dentro de un año… Pero antes habrás de conquistar a Elissa y hacer que Carlo enloquezca…

Paganini siguió susurrando aquellas palabras mientras giraba lentamente y se iba en sentido contrario, amparado por la oscuridad de la noche. Niccolò siguió su camino a lo largo de la calle en tinieblas, musitando:

—Conquistaré a Elissa y haré que Carlo enloquezca.

VI

Niccolò no fue a la posada de su padre, que estaba en el camino, cuando hubo llegado al pueblo. Tenía dinero, por lo que alquiló una habitación en el centro del pueblo. Una habitación en el mismo edificio donde vivían los recién casados.

No los vio durante todo un mes. Se pasaba el día a oscuras, con su violín. Tocaba en la oscuridad de su cuarto, no precisaba de partituras. Y sólo tocaba dos composiciones. Una y otra vez. Una era muy dulce y suave, de apasionada ternura y muy bella. Cuando Niccolò tocaba esa pieza parecía en éxtasis.

El otro tema semejaba brotar de la propia oscuridad. Apretaba la cara contra el violín, al interpretarlo, y danzaba frenéticamente mientras tocaba con los ojos cerrados.

Un mes entero tocando sin pausa aquellos dos temas, solo en su pequeña habitación. O no del todo a solas, pues su mente tampoco descansaba un momento guiando algo más que sus dedos. Tras aquel mes febril, Niccolò se sintió preparado para afrontar el reto.

Le llevó una semana mantener una relación cordial con sus vecinos. Otra semana después ya conocía de memoria sus hábitos. Sabía cuándo trabajaba Carlo en el negocio de vinos de su padre y Elissa se quedaba sola.

Así, una tarde, Niccolò fue a visitar a Elissa. Estaba bellísima, espléndida y cordial; tras un rato de charla, Niccolò pidió a la joven que le permitiera tocar algo para ella. Tomó su violín sin quitarle los ojos de encima.

No dejó de mirarla mientras estuvo tocando, largo rato. Sus ojos se regocijaban en su contemplación, como ella lo hacía con la majestuosidad de su música, que le alegraba el alma.

El cántico de aquel violín se hizo más rápido y reiterativo; era una sucesión de variantes sobre una rapsodia, y Elissa se levantó en un momento dado, cuando más alegre sentía su corazón, para dirigirse a él, mirándole como si contemplara esa propia música arrebatadora.

Entonces Niccolò dejó a un lado el violín y la estrechó en sus brazos.

Volvió a visitarla al día siguiente, y al otro. Siempre con su violín. Y no paró de tocar y tocar, y no cesó ella de arrebatarse con su música.

Fueron varios los meses en que Niccolò se sintió feliz. Tocaba todos los días y al fin eran apacibles sus noches. Carlo no sospechaba nada.

Niccolò, un día, decidió llevar su plan hasta el final. En breve tendría que ir a Milán para ejecutar su concierto. Después de hacerlo sería famoso y saldría de gira. Había escrito, bajo la inspiración del amor por Elissa, suficientes temas como para asegurarse el éxito. Después de aquello nada le impediría llevar consigo a Elissa para escalar juntos las cumbres más altas.

Pero entonces recordó.

No podía partir sin más hacia Milán. Antes tenía que acudir a una cita en la Cueva de los Locos.

Niccolò no quería morir. Tampoco quería entregar su alma. ¡Aquel maldito pacto!

Pero no había manera de eludir la cita.

Cuanto más veía a Elissa, más amaba la vida, más fervorosamente disfrutaba de su propia alegría, por lo que iba a su encuentro todas las veces que le era posible.

Contaba las horas, los minutos para verla.

Tres días antes de la fecha señalada para acudir a la Cueva, ya de noche, sabiendo que Carlo regresaría muy tarde, Niccolò decidió actuar. Muchas veces había deseado Niccolò cautivar a Elissa sin que mediara la música para ello. Pero sus esperanzas eran vanas. Sabía que ella amaba a Carlo, que únicamente la música podía hacer que le contemplase con aquella admiración. No había más remedio que seguir tocando el violín. Y aquella noche lo hizo como nunca antes. Pero por encima de la música se dejaron sentir unos pasos en la escalera.

Poco después hacía su entrada Carlo.

Niccolò dejó de tocar.

Los ojos de Elissa se abrieron de golpe, como si despertara de un sueño muy profundo.

Carlo se enfrentaba a los dos, parecía pedirles explicaciones. Carlo era fuerte, tenía unas manos grandes que ahora abría y cerraba compulsivamente. Comenzó a pasear su corpulencia por la habitación y de pronto se abalanzó contra Niccolò con las manos abiertas, para agarrarlo por el cuello.

No lo pudo alcanzar.

Niccolò volvió a hacer sonar el violín con sus delicadas manos.

No tocó aquella música bella y dulce, sino la otra, la enérgica, esa tonada que parecía un himno a la locura.

Carlo se detuvo en seco ante lo que semejaba un coro de ratas. Niccolò observaba qué efecto hacía en él aquella sucesión de chillidos frenéticos que extraía ahora de su violín. Carlo abría desmesuradamente los ojos y parecía no ver nada, y Niccolò comenzó a suavizar la música, a hacerla más reconocible, más tranquila. Pero Carlo volvió a dirigirse a él con las manos por delante, y Niccolò tocó lo de antes, con mayor brutalidad aún. Carlo retrocedió unos pasos y se dejó caer de rodillas, vencido. Niccolò siguió tocando. El violín gritaba, Niccolò manejaba el arco como si fuese un atizador al rojo vivo que golpeara la carne de un humano. Niccolò no cedió hasta ver que Carlo se desvanecía y rodaba por el suelo mientras, entre estertores, le salía espuma por la boca. Niccolò siguió tocando hasta que las piezas de cristal que había allí vibraron, hasta que las llamas de las velas se agitaron como sopladas, agónicas, a punto de agostarse. Y de golpe dejó de tocar.

Carlo yacía en el suelo; intentó ponerse de rodillas para suplicar a Niccolò, y miró hacia donde estaba Elissa.

Niccolò miró también allí.

Elissa… Se había olvidado de ella mientras tocaba esa música demencial, olvidándose de que también se hallaba en la habitación.

Elissa yacía en el suelo, estaba lívida… Tenía, en realidad, el inequívoco color de la muerte. Carlo comenzó a gritar, enloquecido.

Niccolò empezó a llorar, bañado su rostro por las lágrimas.

El esposo y el amador lloraban y gritaban al tiempo.

Todo había acabado. Elissa estaba muerta, Carlo había enloquecido… Y dos noches más tarde Niccolò tendría que acudir a la cita en la Cueva de los Locos.

¡Aquél había sido el regalo de Satán! Aquel momento terrible y doloroso era cuanto le había dado.

Enloquecido también él, Niccolò se arrodilló junto al cuerpo sin vida de su amada. Luego intentó salir de allí, pero se le cayó el violín. Raudo, Carlo se levantó y tomó el violín para partirlo contra su muslo. Luego lo tiró por la ventana.

Sus ojos eran los de un loco.

Pero entonces a Niccolò se le hizo la luz.

—Carlo —susurró—… Carlo…

El esposo enloquecido ahora se reía.

—Carlo, tu esposa ha muerto. Pero yo no la maté, te lo aseguro. Fue el Demonio, Carlo. El Demonio que vive en la Cueva de los Locos… Estoy seguro de que deseas vengar la muerte de tu esposa, ¿verdad? Pues entonces ve a la Cueva de los Locos dentro de dos noches, a partir de ésta. Recuerda, Carlo… dentro de dos noches a partir de ésta. Estaré a tu lado, te diré qué hacer.

Carlo, enloquecido, fuera de sí, se echó a reír.

Niccolò volvió a repetirle aquello, con voz muy suave, sugestionándole. Estuvo diciéndoselo igual de lenta y suavemente toda la noche, mientras el pobre Carlo dormía junto al cuerpo de su amantísima esposa muerta. Finalmente, cuando Niccolò salió para tomar el carruaje que lo llevaría de regreso a Milán, lo hizo convencido de que había sugestionado a Carlo suficientemente, y de que éste seguiría sus órdenes. No había podido evitar el joven violinista una sonrisa cuando salía de la habitación en la que estaba Carlo junto a la joven muerta.

VII

Durante toda la noche de viaje a Niccolò no se le borró la sonrisa de los labios, si bien era una sonrisa amarga. ¡Pero tenía que hacer aquello que se había propuesto, en cualquier caso! Tenía que engañar a Satán entregándole a Carlo. Era una cuestión de supervivencia. Después, podría seguir tocando, acumulando riqueza y fama. La pobre Elissa estaba muerta sin remisión; pero habría otras mujeres a las que encantar con su música. Eso estaría muy bien.

Y estuvo muy bien la recepción que le hicieron en Milán. Quienes habían sido sus maestros le hablaron con auténtico respeto, sus amigos le rodeaban sin tregua para hablarle de las celebridades que acudirían aquella noche a su concierto.

Niccolò estaba tan cansado por todo lo sucedido, de una parte, y tan ocupado con quienes le rodeaban, de otra, que no había caído en la cuenta de algo de veras importante… Ya se vestía para la gran gala cuando lo recordó de pronto.

¡Carlo había roto su violín!

Era una verdadera tragedia. Confuso, tembloroso, pensó en que sin su violín todos los planes que había hecho quedarían en nada… Pero, curiosamente, no le duró mucho aquella angustia. Comenzó a reflexionar Niccolò. En realidad no era del instrumento en sí de donde brotaba la fuente maravillosa de su inspiración… Podría hacer su música, pues, con cualquier otro violín. Bastaría con eso, no tenía razón para preocuparse.

Se dirigía a cumplimentar al director del Conservatorio cuando entró Carlo inopinadamente.

Parecía aún más enloquecido. Tenía los ojos brillantes y desmesuradamente abiertos, sus dientes parecían los de una fiera, pero así y todo lograba articular palabra. Era capaz, en cualquier caso, de mostrar un cierto grado de autocontrol, de no llamar la atención de los demás a causa de su estado. O eso parecía.

Niccolò lo llevó rápidamente a un aparte. Se le hizo un nudo en la garganta. Estaba aterrorizado.

—¿Qué haces aquí, Carlo? ¿Es que no recuerdas… que tienes una cita en la Cueva de los Locos?

Carlo sonrió sarcástico.

—Estuve ayer por la noche… He venido para verte tocar, Niccolò… Lo harás pronto, ¿verdad?

Niccolò lo miraba con ojos de incredulidad y pánico.

—Pero… ¿Y qué pasó en la Cueva, qué hiciste? Alguien te estaría esperando, ¿no fue así? Alguien te pediría algo, ¿no?

Carlo sonrió más ampliamente.

—No te preocupes —dijo—. Le di lo que quería de mí… Y lo aceptó. Sí, todo quedó arreglado anoche, no había por qué esperar más.

—¿Eso quiere decir que… le entregaste tu alma? —preguntó Niccolò.

—Sí, eso mismo… Hicimos un pacto —sonrió burlón Carlo.

—Bien, ¿y qué haces aquí entonces?

—Vengo a traerte esto… Rompí tu violín y esta noche habrás de actuar —Carlo entregó a Niccolò aquello que llevaba y prorrumpió—: ¡Maestro! Ya va a comenzar el concierto. Te reclaman. ¡Cuánta gente ha venido a verte, una multitud! Nadie había recibido antes un tributo como el que te brindan quienes te admiran… Todos recuerdan tu actuación de hace un año y vienen a agradecértela… Fue inolvidable… ¡Es maravilloso, Niccolò! ¡Vamos, sal ya a encontrarte con tu público, vamos!

Desconcertado, Niccolò se dirigió al escenario. El sonriente Carlo lo seguía, quedándose entre bambalinas mientras el violinista hacía su aparición ante la audiencia. En su confusión, no había desenvuelto aquello que le entregó Carlo, así que lo hizo aprisa, en el mismo escenario, encontrándose con un violín y un arco en las manos mientras los asistentes le aplaudían.

Los ojos de Niccolò brillaban. ¡Aquello era el triunfo!

Se encendió su corazón tanto como sus ojos, tanto como él mismo lo estaba.

Tenía la fama en sus manos gracias al pacto que el pobre Carlo había hecho con el gran maestro de las tinieblas. Un pacto, además, que lo dejaba a él al margen de cualquier obligación. Era libre, definitivamente libre, y estaba a punto de disfrutar de la gran noche de su vida, a la que seguirían otras aún más grandes. Tenía que tocar como nunca antes lo había hecho.

Con un gesto automático y enérgico se echó el violín a la cara. Le pareció pesado, un violín vulgar. Pero no precisaba de otro más fino… El pobre Carlo estaba loco… Era un infeliz… Mira que entregar un violín para que se luciera quien había matado a su joven y bella esposa…

Adelante, toca el violín…

Sí, toca ese regalo del Diablo, toca la tonada de amor que tanto adoraba Elissa. Haz que se eleven las almas de la audiencia esta noche… ¿Qué pasa con este violín? ¿Por qué se ríe tanto Carlo ahí al lado? ¡Vamos, toca!

Niccolò atacó la pieza. Pero el arco no obtuvo de las cuerdas más que una especie de zumbido de abejas.

¿Qué ocurría? ¿Qué había hecho mal?

Niccolò lo intentó de nuevo, tratando de corregir el ataque a las cuerdas con el arco. Sus dedos se movían automáticamente, deslizándose como siempre. Pero el sonido seguía siendo el mismo. Quiso detenerse para comenzar de nuevo la pieza, pero sus dedos no le obedecían, sus muñecas seguían haciendo los movimientos de la ejecución, sus brazos se aplicaban al esfuerzo como si obtuviese la más deliciosa melodía. Y no podía parar. Era incapaz de dominar sus movimientos. Y el zumbido de las abejas crecía, lo dominaba ya todo.

Era un verdadero himno a la locura.

Los dedos de Niccolò volaban, sus brazos eran incontrolables. Trataba en vano de dominar aquellos automatismos diabólicos, el zumbido de las abejas era ya insoportable. A ese sonido se unió el de las ratas chillando. Y el del ladrido de los perros del infierno. En su cerebro se clavaba el rebuzno burlón de los demonios.

Sí, en su cerebro.

La audiencia, a la que apenas podía ver pues todo se le hacía ya oscuro, silbaba y pataleaba ante aquella interpretación. El público no se había vuelto loco, no. Era él, el violinista, quien lo estaba.

Cerró Niccolò los ojos y separó la cara del violín en un intento de silenciarlo. Pero seguía tocando, sus dedos no paraban de moverse. Aquella sinfonía infernal se le clavaba en los huesos, taladraba su calavera. Tuvo entonces la visión del rostro satánico de Paganini, del cuerpo sin vida de la bella Elissa, de los ojos inyectados en sangre del loco Carlo… Tuvo también la visión de la Cueva de los Locos, a la que tenía que haber acudido aquella misma noche, tras el concierto. Todo aquello provocaba un horror paralizante en su cerebro. Pero sus dedos no dejaban de moverse. Y de golpe cesó aquella sinfonía infernal. Se hizo el silencio y fue evidente que Niccolò había enloquecido.

Sus ojos contemplaban atónitos el violín que tenía en las manos; un violín vulgar, sin más, acaso con cuerdas no muy convenientes y con incrustaciones de perlas en el mástil como único detalle sobresaliente.

En su locura, sin embargo, acertó a colegir una serie de pensamientos y de ideas que le decían la verdad. Carlo había acudido a la Cueva de los Locos una noche antes de lo previsto y había hecho un pacto, desde luego. Ya se lo había dicho, lo del pacto que hiciera, pero Niccolò supuso que era el que esperaba, el que lo liberaría de sus obligaciones diabólicas. ¿En qué consistiría, pues, el pacto hecho por Carlo?

Carlo había vendido su alma al Diablo para vengarse. De él. Pero ¿en qué consistiría su venganza?

Precisamente en hacerle entrega de aquel violín.

Niccolò se quedó mirando el instrumento. Creyó haber visto antes, en algún lugar, la madera con que estaba hecho. ¿Por qué le recordaba a Elissa?

La madera del violín estaba teñida de rojo. Un rojo fantasmagórico. ¿Por qué aquel color le recordaba a Elissa?

En su cabeza seguía retumbando el eco de aquella música infernal.

El mástil del violín tenía incrustaciones de perlas… ¿Por qué aquello también le recordaba a Elissa?

Aquellas perlas hacían un brillo terrible, cegador, doloroso… Como la mirada de Elissa cuando comenzó a interpretar aquella música frenética en el cuarto ante la llegada de Carlo. Sus dedos comenzaron a moverse de nuevo, otra vez aquel pandemónium… Niccolò miró las doradas cuerdas del violín que emitían esos ruidos que eran su perdición. Y se estremeció de espanto al creer reconocerlas.

¿Por qué aquellas cuerdas del violín le recordaban a Elissa?

Entonces lo comprendió todo.

En realidad, lo que había sonado era la música que enloqueció mortalmente a la bella joven. Resultaba lógico, pues, que aquel violín expresara la angustia del alma de Elissa.

No tenía entre las manos un violín, tenía entre las manos el alma de Elissa, la mayor expresión de la terrible locura que llevó a la muerte a tan bella damita, un grito que ahora lo había enloquecido a él.

Bajó los ojos, cuando el sonido le resultaba más abominable, y vio.

No tenía entre las manos un violín, sino el cadáver de Elissa. Tocaba en Elissa, en su cuerpo sin vida; deslizaba el arco de un violín, sí, pero sobre un ente fantasmagórico. Las doradas cuerdas del violín eran la cabellera rubia de Elissa, y no pudo evitar un grito de espanto cuando tuvo esa certeza.

De repente se echó a reír, y su risa sonó tan aterradora como el sonido que había extraído a su violín. Entonces sintió una especie de latigazo que lo estremeció, y cayó de bruces al suelo con la muerte pintada en el rostro.

Cayó el telón. Uno de los responsables del Conservatorio corrió empavorecido hacia el cadáver del violinista.

Carlo salió entonces de donde se hallaba, se acercó también hasta el cadáver del músico, tomó el violín en sus manos, lo apretó contra su pecho y desapareció entre siniestras carcajadas.

Con los dedos acariciaba amorosamente Carlo la madera del violín y aquellas incrustaciones como perlas que no eran sino los dientes blancos y brillantes de su amada. Él mismo había hecho el violín con la madera del ataúd de Elissa, tiñéndolo después con su sangre. Se iba lentamente Carlo mientras acariciaba ahora las cuerdas del instrumento, que en realidad eran el cabello largo y deliciosamente dorado de Elissa.

EL HOMÚNCULO

(The Mannikin)[5]

I

Ténganlo en cuenta, no puedo jurar que mi historia es real. Fue más bien un sueño; peor aún, fue un síntoma evidente de algún trastorno mental. Pero creo que cuanto ocurrió fue cierto, que ocurrió de verdad. ¿Cómo podemos estar seguros de conocer todo lo que ocurre en esta tierra? Aún existen monstruos extraños, feos, malvados, capaces de las mayores perversiones. Cada guerra, cada nuevo descubrimiento geográfico o científico, arroja luz y acrecienta las evidencias de algo fantasmagórico acerca de que el mundo no es ese lugar apacible y a salvo que creemos. Hay cosas que dan cuenta de una locura perversa que subyace bajo nuestro mundo.

¿Cómo podemos estar seguros de que nuestra pobre concepción de la realidad, tan pagada de sí misma, sin embargo, es la debida? A un hombre entre un millón le puede ser revelada la existencia de esas monstruosidades, mientras los demás seguimos tranquilos y satisfechos en nuestra candorosa ignorancia. Hay viajeros que nunca regresan, hay investigadores que desaparecen… Algunos de quienes consiguieron volver de los horrores lo hicieron sumidos en la locura, y lo que nos contaron, sin embargo, fue el testimonio de un horror cierto, que existe, aunque no les hiciéramos caso precisamente por tomarlos por locos. Ciegos como estamos, somos incapaces de atisbar siquiera lo que sucede bajo nuestro mundo convencional, a muy corta distancia de nuestra vida normal. Hemos oído cuentos que hablan de serpientes marinas, de espantosas criaturas de las profundidades… Hemos oído leyendas de enanos y de gigantes; hemos recibido noticia de nacimientos contra natura y de horrores médicos. Las tendencias más violentas del hombre brotan naturalmente, estimuladas por la guerra, por las pandemias o por la hambruna. En este mundo hay caníbales, necrófilos, duendes malvados… Se celebran perversos rituales de devoción insana y sacrificios; hay maniacos asesinos y se cometen crímenes blasfemos. Cuando pienso en todo ello, cuando recuerdo lo que he visto y oído al respecto, y cuando lo comparo con ciertas cosas grotescas e increíbles, pero auténticas, siento que comienza a abandonarme la razón.

Pero si hay alguna explicación sana, racional, de todos estos asuntos, pido a Dios que me ayude a descubrirla antes de que sea demasiado tarde. El doctor Pierce me recomendó calma; me sugirió que escribiese un informe detallado de lo ocurrido para así poder comprenderlo todo. Pero no he logrado con ello la calma, no encuentro la paz y creo que jamás la tendré hasta que descubra la verdad de una vez por todas, hasta que tenga la completa convicción de que mis temores no se basan en una

realidad tan oculta como atroz.

Yo era un hombre realmente enfermo de los nervios cuando fui a Bridgetown para descansar. Había trabajado muy duro en el colegio y me sentía feliz de aislarme del tedio cotidiano, de la rutina del claustro de profesores. El éxito de mi curso aseguraba mi posición ya privilegiada entre los profesores, situándome en una clara ventaja para el inicio del siguiente curso lectivo. Naturalmente, trataba de apartar de mi mente cualquier preocupación académica, toda especulación de enseñante, y disfrutar sin más de mis vacaciones. Elegí Bridgetown porque tiene un magnífico lago para pescar. Me hospedé en una hostería encantadora que estaba muy cerca del lago, Kane House, un caserón que parecía una antigua escuela. La atendía un hombre ya maduro, Absolom Gates, cuyo padre se había dedicado al negocio de la pesca. Él mismo mostraba bastante interés por la pesca, pero sólo desde un punto de vista deportivo. Su hostería, en cualquier caso, era una especie de Meca para los pescadores. Las habitaciones eran espaciosas y claras; la comida que allí se servía resultaba simplemente magnífica, unas exquisiteces que preparaba la hermana de Gates, que estaba viuda. La primera impresión que me causó el lugar, pues, fue más que grata, y me dispuse a pasar allí una estancia placentera.

Además, en mi primera visita a la villa me topé en la calle con Simon Maglore.

Lo había conocido en el colegio, durante mi segundo trimestre como profesor. Ya entonces me impresionó grandemente, y no sólo por sus características físicas, no obstante ser éstas extraordinarias. Era un alumno muy alto y delgado, con grandes hombros y una espalda chepuda. No se puede decir que fuese un típico jorobado, al menos en el sentido estricto del término, pues en realidad aquello, más que joroba, era una especie de tumoración enorme que le crecía desde el hombro izquierdo. Algo que le causaba dolores, que combatía sin mayor éxito. Pero a pesar de esa evidente deformidad, era Maglore un muchacho de buen ver. Tenía el cabello negro, los ojos grises, una piel delicada, y parecía uno de esos especímenes tocados con la mayor gracia de la inteligencia. Era además un buen chico, en quien su acendrada inteligencia, teñida por su bondad, no podía por menos que resultar atractiva, tanto como su precocidad. Eso era lo que más me impresionaba de él. Su actitud como alumno, además, no puede calificarse sino como excelente, y aseguro que en más de una ocasión se percibían en él los rasgos de la genialidad. A despecho de la morbosidad de su aspecto, pues, sus trabajos como poeta y ensayista en agraz hacían imposible ignorar el poder de la fantasía que lo adornaba, ni el de la imaginería y color que dimanaba de sus versos. Uno de sus poemas, titulado *Han colgado a la bruja*, le valió un año el premio Edsworth Memorial, y muchos otros estaban incluidos en distintas antologías de poetas jóvenes.

Desde el principio me tomé gran interés, por todo ello, en aquel muchacho de talento poco común. Al principio me ignoraba, lo que me hizo suponer que era una de esas almas solitarias que hay por ahí… o que acaso estuviera acomplejado por su deformidad física; no hubiera sabido decirlo entonces. Vivía solo, cosa que podía

tener varios y diferentes significados. No se mezclaba con los estudiantes, ni trataba con los profesores, salvo lo justo, aunque era admirado por todos debido a su talento, a su constante buena disposición para el trabajo y por su vasto e insólito conocimiento del arte y de la literatura. Poco a poco, sin embargo, fui venciendo su reticencia primera, y al cabo me gané su amistad. Un día me invitó al apartamento que ocupaba en la ciudad y charlamos ampliamente.

Tuve entonces la primera noticia de su interés por el ocultismo, por lo esotérico, y también de que creía firmemente en todo ello. Me habló igualmente de sus antepasados italianos y del interés familiar por la magia esotérica. Uno de aquellos antepasados había sido agente al servicio de los Medici. Y muchos de ellos hubieron de emigrar a América en los primeros tiempos de la colonia para huir de ciertos cargos que les hizo la Santa Inquisición. También me habló de sus propios estudios sobre los reinos de lo desconocido. Las habitaciones del apartamento que ocupaba estaban llenas de extraños dibujos que él mismo había hecho para explicar sus sueños, y de unas no menos extrañas imágenes de barro. En las estanterías de su biblioteca había títulos tales como *De Masticatione Mortuorum in Tumulis*, de Ranft (1734), *La Cábala de Saboth* (traducción del griego, de 1686), *Comentarios acerca de la brujería*, de Mycroft, y el infame *Los misterios del gusano*, de Ludvig Prinn.

Hice en lo sucesivo varias visitas a su apartamento antes de que Maglore abandonase el colegio de súbito, en el otoño de 1933. La muerte de su padre lo llevó al este, y se fue sin despedirse. Hasta entonces, y en aquellas visitas que le cursaba, aprendí a respetarle y valorar sus puntos de vista, interesándome por sus planes, entre los que se contaban un libro de historia sobre la brujería y los cultos que aún se hacían en América, y una novela sobre los efectos que la superstición produce en la mente humana. Tras su marcha no recibí de él ni una carta, ni nadie supo darme noticia sobre su paradero y actividades. Hasta aquel día en que me lo encontré en una calle de la villa de vacaciones, donde menos suponía que pudiera hacerlo.

Me reconoció al momento. Yo dudé de que hubiera sido capaz de reconocerle. Había cambiado mucho. Cuando nos dimos la mano, me percaté de que su aspecto era lamentable, muy descuidado. Parecía mayor, como si le hubieran caído encima y de golpe un montón de años. Su rostro era absolutamente huesudo y estaba aún más delgado de lo que habitualmente era. Sus ojeras llamaban la atención; todo él era una sombra de sí mismo. Le temblaban las manos, su sonrisa era muy forzada, carente de vitalidad; tenía la voz oscura y profunda. No obstante, me preguntó cómo estaba con su afectuosa calidez de siempre. Rápidamente le dije por qué y para qué estaba allí y comencé a hacerle preguntas.

Me informó de que vivía allí, de que se había establecido allí tras la muerte de su padre. Trabajaba duro en los dos libros que proyectaba, aunque temía que el resultado último de sus esfuerzos no fuese el deseable, por cuanto albergaba la impresión de que sus obras estaban influidas por los problemas físicos y psíquicos por los que pasaba. Y me pidió perdón por su aspecto. Aseguró que deseaba hablar conmigo

largo y tendido muy pronto, pero ahora estaba muy ocupado; y lo estaría en los próximos días. Pero la semana siguiente me iría a buscar a mi alojamiento, eso me prometió; ahora tenía que ir a una papelería para comprar material de escritorio y volver a casa cuanto antes. Se despidió abruptamente, me dio la espalda y desapareció a toda prisa.

Cuando lo hizo sufrí otro choque. Su chepa era aún más pronunciada, le había crecido un horror. Era por lo menos dos veces más grande. Sin duda, el duro trabajo a que estaba sometido iba acabando poco a poco con las energías de Maglore. Pensé en un grave sarcoma y me eché a temblar.

De vuelta a mi hospedaje, dando un paseo, pensé en muchas cosas. Aquella fealdad extrema, aquella ogrosidad de Simon, me había impresionado mucho. No, no podía ser únicamente que el duro trabajo estuviese acabando con su salud; seguramente, además de eso, su aislamiento y la tensión nerviosa a que su afán por llevar a cabo sus proyectos le sometía, habían incidido desfavorablemente en su constitución, y decidí ayudarle, me vi de pronto convertido en algo así como su mentor. Me dispuse a visitarlo a la primera oportunidad que me brindase un pretexto cualquiera, sin esperar a que él me invitara formalmente. Tenía que hacer algo.

Lo que averigüé de él me chocó mucho, me conmocionó. Al parecer, los habitantes de aquella villa no lo querían. Ni habían querido jamás a su familia, aunque tuviera una buena posición. Su nombre estaba ligado a una reputación más que dudosa que venía de antiguo. Brujas y hechiceros componían un no muy halagüeño abolengo familiar, según decían. Aquellas oscuras raíces, no obstante, y aunque intentaran ocultarlas sus antepasados, eran bien conocidas por los lugareños. Así, parecía que ninguno de los Maglore había escapado a la maldición de sufrir algún tipo de deformidad física, lo que hacía imposible que pasaran inadvertidos. Varios fueron ciegos de nacimiento y unos cuantos vinieron al mundo cojos. Hubo un par de Maglore que fueron enanos y muchos de ellos tenían eso que el populacho llama la mirada del Diablo[6]. Para colmo, fueron varios los que padecieron nictalopía, con lo que podían ver en la oscuridad. Simon no era el primero de su estirpe que tenía aquella chepa, pues su abuelo también la tuvo idéntica, como antes la tuvo su bisabuelo.

También se hablaba mucho en el pueblo de la endogamia familiar, de su consanguinidad, de que se habían instituido en una especie de clan segregado. Eso, en opinión de los Gates y de sus amigos, apuntaba claramente en una sola dirección: la brujería. Pero, siempre según aquellos pueblerinos, había más indicios. ¿Acaso no habían sido expulsados los primeros Maglore de la villa, yéndose a vivir a una casa en las colinas? Y para colmo, ninguno de ellos había entrado jamás en la iglesia a lo largo de los años y de las generaciones. ¿Y no tenían desde siempre la costumbre de salir por ahí de noche, cuando las personas decentes ya se han metido en sus camas?

No es de extrañar, en vista de lo anterior, que los Maglore tuvieran buenas razones para mostrarse poco amistosos con los demás. Pero puede que tuvieran

también buenas razones para ocultar ciertas cosas allá, en la casa de las colinas, y no quisieran hablar con nadie. Los lugareños decían que aquella casa estaba llena de libros extraños, insanos y malvados, y encima circulaba una vieja historia según la cual la familia había llegado a América huyendo de algún lejano país para evitar así el castigo debido a su maldad. Después de todo, tenían una pinta de lo más sospechosa, ¿quién podría negarlo? Y actuaban de manera extraña, muy rara. Y aquel Simon, el último de la estirpe, era el peor de todos. Eso decían.

Nunca había actuado con rectitud, fue un mal nacido. Su madre murió al alumbrarlo; tuvieron que llamar a un médico de fuera de la villa, pues los que había por aquí no quisieron atenderla. El niño también estuvo a punto de morir. Y pasaron muchos años hasta que lo vieron por primera vez. Los primeros años de su vida estuvo al cuidado de su padre y de uno de sus tíos. Cuando cumplió siete años lo enviaron a una escuela privada, lejos de la villa. Volvió una vez, cuando estaba a punto de cumplir doce años. Fue cuando murió su tío. Contaban que la muerte de su tío le hizo enloquecer de dolor, o algo así. En cualquier caso, sufrió al parecer un ataque, una hemorragia cerebral, según llamó el médico a aquello.

Simon, no obstante, era por aquel entonces un chico apuesto… si no se reparaba en su chepa, ya bastante pronunciada. Pero eso no parecía acomplejarlo. Pasó allí unas semanas y regresó al cabo a la escuela. No volvió a la villa hasta dos años después, cuando murió su padre. El viejo murió solo en aquella gran casa, y nadie se percató de ello hasta que hubieron pasado varias semanas. Un vendedor ambulante descubrió el cadáver. Entró en la casa con la intención de ofrecer su mercancía y vio al viejo Jeffry Maglore muerto en un sillón. Tenía los ojos abiertos. Mostraban una expresión de pánico.

A sus espaldas había un gran libro de hierro en el que estaban grabados caracteres extraños, indescifrables.

Un médico mal encarado certificó su muerte por un ataque al corazón. Pero el vendedor ambulante, después de observar con detenimiento los ojos del muerto, y después de contemplar las extrañas figuras grabadas en aquel gran libro de hierro, no quedó muy convencido de lo que dijo el médico. No tuvo ocasión de mirar más por allí, de buscar más indicios, porque ya se le echaba la noche encima.

La gente se extrañó de ver a Simon por allí en aquella ocasión, pues se sabía que nadie lo había avisado de la muerte de su padre. Aún se sorprendieron más cuando el muchacho les mostró una carta recibida por él dos semanas atrás, escrita de puño y letra por su padre. En aquella carta le decía haber tenido la premonición de su muerte inminente, y pedía a su hijo que acudiese a la casa familiar. Alguien supuso que en aquella carta había algún significado oculto; al fin y al cabo, el joven no preguntó a nadie sobre las circunstancias en que había muerto su padre. El funeral fue privado. El cuerpo recibió sepultura en la bóveda subterránea de la casa.

Todos aquellos sucesos no hicieron otra cosa que despertar aún más la alarma entre los lugareños, que pasaron a vigilar estrechamente cada movimiento del joven

Simon Maglore. Nada de lo ocurrido hizo que cambiara la opinión ya existente sobre el muchacho, al contrario. Vivía solo en aquella casa apartada. No tenía criados ni se interesaba por ganar la amistad de nadie. Sus pocas incursiones en las calles de la villa no tenían otro objeto que la compra de alimentos y de cosas que le eran necesarias. Bajaba en automóvil e igualmente subía en coche hasta la casa de la colina. Solía comprar buena cantidad de carne y de pescado para tener provisiones más que suficientes. De vez en cuando entraba en la farmacia para comprar calmantes y tranquilizantes. Nunca se mostraba conversador, respondía con monosílabos cuando alguien le preguntaba algo. No obstante, era correcto con todo el mundo. Decían por allí que estaba escribiendo un libro. A partir de un cierto momento sus visitas a la villa se hicieron menos frecuentes.

La gente, como es lógico, comenzó a comentar aquellos cambios tan perceptibles que se habían producido en su aspecto. Era evidente que algo le alteraba, y además de manera dolorosa. Primero, a nadie podía escapársele que la deformidad del chico era cada día más acusada. Quizá por ello se cubría con un abrigo enorme, en un vano intento de ocultar su chepa. Caminaba despacio pero con el paso largo, ofreciendo la sensación de que su peso le impedía ir más ligero. No obstante, no visitaba a ningún médico; y nadie del lugar tenía el valor suficiente para acercarse a él y preguntarle cómo se sentía, si tenía algún problema. Ya era un adolescente. Y comenzaba a parecerse extraordinariamente a su tío Richard, y sus ojos, para colmo, empezaban a mostrar los síntomas de la nictalopía. Eso no podía por menos que alimentar toda especie de comentarios entre las gentes de la villa, que hablaban sin parar, con gran excitación y a veces violencia, del joven Maglore. Así se renovaban una y otra vez las conjeturas que durante generaciones habían hecho los lugareños a propósito de la familia Maglore.

Pero quizá esas especulaciones tuvieran ahora una base digamos más sólida, en vista de los cambios, o alteraciones, más bien, que se obraban día a día en el muchacho. Y porque Simon había sido visto varias veces vagando por ahí, recorriendo las casas y granjas más aisladas de la región, como un furtivo.

Es cierto que sabían por qué lo hacía, sin embargo: para preguntar a los viejos pueblerinos un montón de cosas. Escribía un libro, les decía para justificar sus preguntas. Un libro sobre las tradiciones populares de la región. Por eso les preguntaba acerca de las viejas leyendas. ¿Sabía alguno de ellos historias sobre ocultos rituales celebrados allí? ¿Había oído alguno, alguna vez, cualquier cosa a propósito de ceremoniales, de cultos prohibidos celebrados en la espesura del bosque? ¿Alguien conocía alguna casa que tuviese fama de estar encantada, alguien había oído hablar de lugares prohibidos del bosque? ¿Había oído alguno de ellos pronunciar al menos una vez un nombre como Nyarlathotep[7], o alusiones a Shub-Niggurath[8] y al Mensajero Negro[9]? ¿Recordaban cualquiera de los antiguos mitos de los indios pasquantog, esos que hablan de hombres-bestias? ¿Quizá alguna historia de asambleas en las que las brujas sacrificaban reses en las colinas? Claro está,

preguntas semejantes no podían más que poner en guardia a los granjeros de la región. Conocimientos de esa especie eran inconcebibles en gentes como ellos, que además los consideraban perversos, por lo que ni una palabra le hubieran dicho al respecto aun en el caso de saber algo… Muchos habían oído cosas, nada más, pues eran innumerables las leyendas locales en las que se hacía alusión a varios de los asuntos por los que preguntaba Simon. Pero por lo general no sabían nada en concreto, y lo que sospechaban de todo aquello era mejor callárselo, no se trataba de cosas propias de una conversación normal. Por donde quiera que iba, pues, Maglore no hallaba más que reticencias, malas caras… Todo lo cual no hacía sino causar una peor impresión de sí mismo en esos a los que pretendía ver como meros interlocutores.

La historia de aquellas visitas que cursaba Simon corría de boca en boca, para su desgracia. Era el motivo que la gente buscaba para hablar de él, para denostarlo aún con mayor encono. Un viejo en particular, un granjero apellidado Thatcherton, que vivía aislado al oeste del lago, muy lejos, pues, de la autopista que conducía hasta la villa, tenía una historia muy singular que contar, y acabó por contársela a todos los que deseaban oírla, que eran muchos. Maglore había llegado hasta su casa a la caída de la tarde, sobre las ocho, y le pidió por favor que le dejase entrar. El viejo consintió y el muchacho pasó a preguntarle varias cosas a propósito de un cementerio abandonado que al parecer había muy cerca de allí, un cementerio que nadie vio jamás pero de cuya existencia todo el mundo tenía alguna noción más o menos vaga.

El granjero contaba que su visitante estaba en un estado próximo a la histeria, y que no paraba de moverse y de hacer preguntas en tono melodramático, y que hablaba todo el tiempo de cosas mitológicas y de otras que tenían que ver con los secretos de las tumbas, la asamblea de las trece brujas, el festín de Ulder y los cánticos de Doel[10]. También dijo algo sobre los rituales del Padre Yig[11], y pronunció ciertos nombres que desde antiguo, según él, se relacionaban con secretos rituales celebrados en los bosques de la región, y muy particularmente en aquel cementerio abandonado e ignoto. También le preguntó Maglore si le desaparecían reses de su ganado, y si escuchaba en ocasiones voces llegadas del bosque que le hicieran ciertas proposiciones.

A todo había respondido el viejo que no, y se negó a que el visitante volviese por allí. Ante eso, dijo, el joven Maglore reaccionó colérico, y ya parecía ir a darle una dura réplica cuando ocurrió algo sorprendente… Simon se puso repentinamente pálido y pidió excusas al viejo. Parecía sufrir algún fuerte dolor interno, una especie de ataque. Se dobló por su cintura mientras caminaba en dirección a la puerta y Thatcherton, al verlo de espaldas, tuvo la impresión de que la chepa se le movía… Parecía ir de un hombro a otro, como si bajo el abrigo llevase oculto un animal que no paraba de moverse. Al viejo le pareció lógico, en esas circunstancias, que a pesar del dolor que parecía sentir el joven, se diese cuanta prisa le era posible por salir de allí. Raudo se metió en su coche y arrancó. El otro lo vio irse conduciendo como un

mono, sin soltar el volante pero agitándose en el asiento de tal modo que parecía ir a derrumbarse en el de al lado del conductor. El coche iba dando tumbos y haciendo eses por el camino que conducía a la autopista. Luego se perdió en la noche, dejando harto confundido y aterrorizado al granjero, que no perdió tiempo en contar el cuento de su fantástico visitante a todos sus amigos.

Cesaron los incidentes referidos a Maglore durante un tiempo, nadie supo nada de él, por ello, hasta aquella noche en que me lo encontré en la calle, al poco de mi llegada. En cualquier caso, la gente seguía hablando de Simon, y no precisamente para bien. Había que evitarle a toda costa, aislarlo, fuera lo que fuese aquello que le ocurría. Y caminase por donde caminara.

Tal fue, en resumen, lo que me contó el hostelero Gates. Cuando concluyó su relato, me fui a mi habitación sin hacer comentario alguno, para repasar mentalmente todo lo que me había sido referido.

No mostraba yo, sin embargo, el menor interés por compartir las supersticiones locales. Alguna experiencia en la materia me llamaba a despreciar de inmediato historias semejantes. Sabía bastante de la psicología rural, por lo que estaba al cabo de la calle de que cualquier cosa que se escape a lo ordinario siempre se contempla en esos ambientes rurales como algo digno de sospecha, como poco. Supongamos que, desde su llegada a América, la familia Maglore hubo de apartarse… ¿Entonces? No son pocos los grupos de extranjeros que se apartan naturalmente ante el rechazo que reciben. Cualquier grupo procedente de otro país hubiera hecho lo mismo, toda vez que en buena medida el rechazo hacia los Maglore se debía a sus deformidades físicas. En muchos lugares se persiguió a innumerables personas, a las que se acusaba de brujería sólo a causa de sus defectos físicos, o meras deformidades. Algo que se tenía por un crimen. ¿Quién era culpable, pues, de semejante ostracismo? ¿Los que mostraban esas deformidades o los que las contemplaban como inherentes a unas características criminales? ¿Y qué había de mágico en todo eso? Bien saben los cielos que en determinados ambientes rurales esas cosas también les ocurren a quienes no son extranjeros. ¿A los que leen libros raros? Por ejemplo. ¿A los aquejados de nictalopía, una enfermedad relativamente común? También. ¿A los locos? Quizá… Gentes solitarias, a menudo con alguna degeneración a sus espaldas… Sin embargo, Simon era un tipo brillante, educado. Por desgracia, su interés en investigar lo oculto y las tradiciones populares de lo oculto, le había convertido en un desviado a los ojos del resto de la villa. Un montón de analfabetos que, por ello, no le aportaban la menor información para su libro, ni siquiera esa información que sí podían haberle dado, por formar parte de las tradiciones locales. Eran intolerantes y vulgares. Para colmo, su aspecto físico hacía que fuese rechazado aún en mayor medida, pues esta gente de extracción rural, en el fondo, cree en cualesquiera fantasías.

No obstante, hay que admitir, en cualquier caso, que todo aquello pasaba, lo que me animó decididamente a hablar de nuevo con Maglore. Además, no en vano habían sido en parte sus características físicas lo que en el colegio me había llevado a hablar

con él la primera vez. Tenía que convencerle de que abandonase aquel ambiente malsano, y de que fuese a que lo examinara algún médico fiable. Su genio no podía malgastarse o perderse del todo allí, ante tantos e insalvables obstáculos como le ponían esos pueblerinos… Todo aquello acabaría con las pocas fuerzas y ánimos que le quedaban, tanto física como mentalmente. Así que decidí acudir a visitarlo al día siguiente.

Bajé a cenar, una vez decidido lo que he dicho; después me fui a dar una vuelta por las orillas del lago, bajo la luz de la luna, y luego regresé a mi habitación en la hostería.

A primeras horas de la tarde del día siguiente, hice lo que pensaba. La casa de los Maglore estaba a media milla de Bridgetown, en una colina desde la que se dominaba el lago. Pero no era precisamente un lugar encantador. Por el contrario, resultaba feo, todo estaba muy descuidado. Imaginé por un instante cómo se vería aquella casa, y muy especialmente sus ventanas, a la luz de la luna, y sentí un escalofrío. Ahora, abiertas, me sugerían unos grandes ojos de un enorme murciélago ciego. Y el resto de la casa, las alas de ese murciélago. Aquello me conmocionó bastante. En cualquier caso, me rearmé y seguí acercándome a la casa, tratando de someter a control mi imaginación. Al fin y al cabo había llegado a donde quería llegar.

Ya me sentía relativamente en calma cuando llamé al timbre. Su sonido fantasmagórico pareció retumbar en un eco en el interior de la casa, como si se proyectase a través de largos y sombríos pasillos. Poco después se dejaban sentir unos pasos sonoros y pesados, y al poco se abrió la puerta haciendo un chirrido estremecedor. Allí estaba Simon Maglore.

No obstante haber recuperado la compostura, estuve a punto de sufrir un desmayo al verle. Tenía un aspecto no ya enfermizo sino decididamente siniestro, acrecentado por la luz gris de la tarde. Su delgadez y las manos colgantes le daban una apariencia monstruosa. Sus ojos entrecerrados me recordaban los de una bestia herida y al acecho. Su cara parecía de cera, una máscara mortuoria, en la que sólo se movían aquellos ojos entornados.

—Comprenderás que hoy no soy yo mismo, así que lárgate, no seas inoportuno… ¡Lárgate! —dijo, y me cerró la puerta de golpe en las narices.

II

Aún temblaba, confuso y muy asustado, cuando regresé a la villa. Pero cuando ya me vi en la habitación de la hostería comencé a pensar, traté de razonar… Quizá mi romántica imaginación me había jugado una mala pasada. El pobre Maglore estaba enfermo, víctima probablemente de algún serio trastorno nervioso. Recordé lo que me habían contado, que de vez en cuando compraba en la farmacia calmantes y tranquilizantes. Mi tonta emotividad había olvidado ese aspecto, que aludía

inevitablemente a un trastorno. ¡Qué comportamiento tan infantil el mío! Tenía que regresar mañana y pedirle disculpas. Quizá así consiguiera convencer a Maglore para que saliera de allí y acudiese en busca de ayuda médica. La verdad es que tenía muy mal aspecto; la verdad es que su actitud no había sido la que se correspondía con un joven de su talento y educación… ¡Cómo había cambiado aquel pobre hombre!

Apenas pude dormir aquella noche. A la mañana siguiente, a hora muy temprana, ya estaba en pie. Salí pronto en dirección a la casa de Maglore; en esta ocasión procuré no fijarme mucho en la casa, desterrar lo que me sugería su contemplación. Cuando llamé al timbre no pensaba en otra cosa que no fuera el objeto de mi presencia allí.

Me abrió un Maglore distinto. Se le veía enfermo, es verdad, pero mejor. Avejentado como lo estaba, sus ojos, sin embargo, poseían ahora brillo, expresión, y su voz demostraba una entonación normal. Me invitó a entrar, cortésmente, y me pidió disculpas de inmediato por su delirante comportamiento del día anterior. Luego me confesó que solía padecer con cierta frecuencia ataques semejantes y que planeaba largarse de allí una temporada para tomarse un buen descanso. Ansiaba concluir su libro —ahora mismo no tenía mucho más que investigar allí a ese respecto, sin embargo— y regresar al colegio para continuar sus estudios. Después dio un brusco giro a su conversación para hablar de otras cosas, para hacer interludios reminiscentes. Recordó así nuestra buena amistad en el colegio, mientras tomábamos asiento en el salón de la casa, y pareció muy contento de oírme contar cosas de sus compañeros de estudios. Luego estuvo hablando prácticamente sin que yo interviniese durante una hora entera, en la cual me dio la impresión de que en realidad pretendía evitar que le hiciera cualquier pregunta personal.

No era difícil que me diese cuenta, no obstante, de que estaba muy lejos de sentirse bien. Aun calmado, su expresión denotaba fuertes tensiones internas. Sus palabras parecían forzadas; sus pausas semejaban hacérsele necesarias a la espera de que se le pasara algún dolor. Me fui percatando de que poco a poco volvía a su rostro aquella palidez que le tornaba exangüe. Y su deformación parecía acentuada; todo en él daba la impresión de que iba a quebrarse, a rompérsele el cuerpo, de un instante a otro. Volvieron mis temores de que lo suyo fuese un tumor cancerígeno. No me cabía duda, estaba enfermo. El salón parecía más bien vacío; las estanterías se veían a medio llenar y en los espacios que dejaban entre sí los libros no había más que polvo. En la mesa no se veía ni un papel, nada que pudiera parecerse a un manuscrito. Una gran tela de araña cruzaba todo el techo y pendía como un mechón de cabello sobre la frente de un cadáver.

Aprovechando una pausa que hizo en su monólogo, le pregunté por su trabajo. Respondió vagamente, limitándose a decir que aún estaba muy ocupado, que el libro le había llevado mucho tiempo. También dijo haber hecho varios descubrimientos muy interesantes, cosas que podrían aliviarle, además, sus dolores. Aquello le animaba especialmente, dadas sus circunstancias, pero no quiso confiarme mucho

más acerca de esos descubrimientos, o hallazgos, en el campo de la brujería, cosas que, según él, bien podrían añadirse a la historia de la metafísica y de la antropología. Mostraba un interés especial en la tradición que habla de los *familiares*, esas criaturas nacidas directamente de los demonios, que se convierten en sus emisarios y que suelen acompañar a los magos y a las brujas adoptando formas animales, como ratas, gatos, topos y mirlos… En ocasiones se les presentaba en las leyendas como moradores del propio cuerpo del brujo, del que se servían como alimento. La idea de una boca que alimentar, en el cuerpo de los brujos, de ese *familiar* diabólico que se nutría del brujo, que le chupaba la sangre, era al parecer uno de los mayores hallazgos de Maglore. Pero su libro se ocupaba también de ciertos aspectos médicos, por lo que aspiraba a plasmar convenientemente las bases científicas de su investigación. Así, consideraba que los efectos derivados de ciertos desórdenes glandulares, en los casos llamados de posesión demoníaca, no podían desecharse para dar pábulo a la superstición.

Y en este punto concluyó Maglore, abruptamente, su exposición. Se encontraba agotado, me dijo, por lo que prefería irse a descansar. Pero esperaba concluir su libro en breve, momento en el que se tomaría ese descanso del que ya me había hablado. Al fin y al cabo, añadió, tampoco le resultaba especialmente grato vivir solo en aquella casa, y a menudo sufría lapsus de memoria, pero no tenía otra alternativa que seguir allí si quería disfrutar del aislamiento y el tiempo necesarios para concluir su tarea. Pero también era cierto que por todo aquello sufría una gran tensión y no estaba seguro de cuánto tiempo más podría sufrirla. Un mal, dijo, que se reflejaba en su sangre, porque le venía de la consanguinidad, lo que me hizo temer que podía darse en él una línea de transmisión hereditaria directamente relacionada con la necromancia. Pero ya estaba bien de tantas tonterías… Me sugirió que me fuese. Volvería a saber de él a comienzos de la semana siguiente, me dijo.

Mientras me levantaba del sillón, pude percatarme de cuán débil y trabado estaba. Me acompañó a la puerta caminando con gran dificultad, aunque hacía todo lo posible para que no me diese cuenta. Me fijé en que su chepa era en verdad una auténtica monstruosidad. Temblaba. Sus hombros parecían moverse alternativamente, de manera lenta pero incesante, de manera ondulante, como si su chepa palpitase… Recordé aquello que había contado el viejo Thatcherton, aquello de que había visto cómo se le movía la chepa. Me invadió una fuerte sensación de náusea, pero traté de evitarla diciéndome que la luz ya declinante me había jugado, por fuerza, la mala pasada de una ilusión óptica.

Ya me iba cuando observé que Maglore parecía hastiado, incluso molesto conmigo. No me dio la mano para despedirnos y se limitó a decirme un buenas noches seco, con voz no supe si tensa o dolorida. Lo miré unos instantes, en silencio, contemplando su palidez, su demacración mortal; toda su apariencia, pues, tan diferente de la de aquel chico delicado e incluso apuesto, a pesar de su deformidad, que había conocido en el colegio. Una palidez, la suya, que no podía sino contrastar

violentamente con la luz rubí de poniente. Volví a mirarlo entonces y observé que una sombra cruzaba su rostro. Era como si estuviese padeciendo una metamorfosis que lo tornaba de un color púrpura oscuro. Aquello se hizo más profundo y una expresión de pánico se apoderó de su mirada. Cuando hice ademán de ir a socorrerlo, se le acrecentó aquella expresión de pánico, aquel brillo insólito de sus ojos. Se dobló sobre sí mismo, de manera incontrolable, y sus labios se torcieron en una mueca siniestra. Por un momento llegué a creer que aquel hombre iba a atacarme, pues reía y gritaba a la vez con una risa extraña, feroz, que se me clavaba en el cerebro. Abrí la boca para decir algo, pero se volvió de golpe y cerró la puerta.

Atónito, fuertemente impresionado por lo que había visto, conseguí sin embargo que no me dominase el terror que sentía. ¿Qué pasaba realmente con Maglore? ¿Estaba enfermo o loco? Aquello que le había visto, tan terriblemente grotesco, no era propio de un hombre común.

Me apresuré para salir de allí cuanto antes, bañado por el sol declinante. Mi mente, de veras alterada, apenas era capaz de procurarme pensamientos lógicos, y el graznido lejano de los cuervos se mezclaba con mis pensamientos hasta hacer una especie de letanía demoníaca.

III

A la mañana siguiente, tras una noche en vela, sumido en mis tortuosas deliberaciones, tomé al fin una decisión. Hubiera concluido o no su libro, tuviese que trabajar o no, Maglore tenía que salir de allí, y a toda prisa. Corría el riesgo de sufrir un serio colapso físico y mental. Aun sabiendo que me resultaría difícil convencerlo, tenía que ir a verle, tenía que hablar con él. Y si no podía hacerlo, acaso acudir a métodos de presión más fuertes para arrojar un poco de luz sobre su problema, para hacérselo ver.

Por la tarde, sin embargo, fui a visitar al doctor Carstairs, el médico de la villa, y le conté cuanto había visto. Hice un énfasis particular en el trastorno, en aquella suerte de metamorfosis que había observado en Maglore el día anterior. También le hablé francamente de lo que me parecía que podía sucederle… Tras una ardua discusión, Carstairs decidió acompañarme a la casa de Maglore, para observar al hombre y tomar las medidas oportunas, quizás su internamiento. El médico tomó su maletín con todos los instrumentos necesarios para hacerle un completo reconocimiento físico. Si podía convencer a Simon de la necesidad de que el doctor lo reconociera, ya habríamos dado un gran paso para sacarlo de allí y procurarle el tratamiento que precisaba.

El sol comenzaba a hundirse por el oeste cuando me senté en el automóvil del doctor Carstairs, un Ford, y salimos de Bridgetown por el sur, por aquella carretera en la que graznaban los cuervos. Íbamos en silencio, despacio, como si quisiéramos oír

algo extraño que procediese de la casa de la colina. Cuando estábamos a punto de llegar, apreté el brazo del médico para señalarle el desvío a tomar y situarnos ante la casa.

—Vamos —dije apeándome del coche cuando ya estábamos frente a los escalones que llevaban a la puerta prohibida.

No obstante, antes de llamar, dimos una vuelta alrededor de la casa, tratando de escrutar a través de las ventanas, sobre todo a través de la ventana del ala izquierda. El sol se iba poniendo lentamente, como si se ocultara poco a poco tras la densa oscuridad circundante. La ventana del ala izquierda estaba abierta, y por allí entramos tras comprobar que la casa permanecía a oscuras, que no daba la impresión de que hubiera alguien. El doctor Carstairs encendió la linterna que llevaba. El corazón me martilleaba el pecho; era el único sonido que percibía en aquella especie de tumba que era esa tarde la casa. Abrimos la puerta del salón y tropezamos con algo que había en el suelo.

El doctor Carstairs y yo gritamos al unísono. Simon Maglore yacía a nuestros pies, de bruces, con la cabeza terriblemente torcida, mientras de sus hombros brotaba la sangre que había dejado en el suelo un auténtico lago… Estaba desnudo de cintura para arriba, por lo que dejaba al descubierto su espalda. Cuando vimos lo que había allí, estuvimos a punto de salir corriendo, llevados del pavor que nos asaltaba… Pero logramos controlar el miedo y la repugnancia, y opinar acerca de lo que debíamos hacer. Procurábamos mantener nuestra vista fuera de aquello.

No me pidan que les describa con lujo de detalles lo que vi. No podría hacerlo. En ocasiones se debe ser caritativo y misericordioso con los demás, porque contarles todo lo que uno sabe, o ha visto, podría causarles gran daño, incluso resultarles fatal. En cualquier caso, sigue habiendo cosas que se me escapan, y tampoco quiero consentir en el afán de conocerlas. No les diré, por lo demás, nada de los libros que encontramos en aquella casa, ni del terrible y elocuente documento manuscrito, debido al propio Maglore, que vimos sobre la mesa. Quemamos todo aquello antes de llamar al juez. Después de arrojar todo eso al fuego, por sugerencia del doctor, destruimos aquella… *cosa*. Así, cuando llegó el juez para examinar el cadáver, ninguno de nosotros dijo una sola palabra acerca de la posible causa de la muerte de Maglore. Luego nos fuimos, no sin antes arrojar yo al fuego, igualmente, la carta que Maglore me estaba escribiendo cuando murió.

Nadie supo la verdad. Poco después recibiría la noticia de que Maglore me había dejado su propiedad. Pero la casa está siendo derribada mientras escribo todo esto… No obstante, creo que debo de hablar, aunque sólo sea para liberarme de este tormento.

No me atrevo a ofrecerles la carta en su totalidad, pero sí creo que debo hacerles partícipes del siguiente fragmento, por muy blasfemo que sea:

«… y por culpa de *eso*, claro está, comencé a estudiar la brujería… *Eso* fue lo que me forzó. ¡Dios! Si sólo consiguiera hacerte sentir una pequeña parte del horror que

he sentido durante tanto tiempo, acaso pudieras comprenderme… Haber nacido así, con esa *cosa*, con ese *maniquí*, con ese monstruo… Al principio era pequeño, muy pequeño; los médicos dijeron que se trataba de un hermano, mi gemelo, que no había llegado a desarrollarse y se alojó en mi espalda. ¡Pero estaba vivo! Tenía cara, dos manos, y dos piernas que presionaban de continuo mi carne, abultándola. Durante tres años, una vez vieron los médicos que tenía vida, me sometieron a estudio en secreto. El monstruo tenía la cara pegada a mi espalda y los brazos extendidos sobre mis hombros. Decían que el maniquí poseía sus pulmones, aunque infradesarrollados, y carecía de estómago, de sistema digestivo. Pero así y todo seguía creciendo, nutriéndose de mi carne, de mi sangre. No tardó mucho en abrir los ojos y en echar dientes. Una vez incluso mordió a un médico, aun a través de mi propia carne, que también mordía… Entonces dijeron los médicos que no había nada que hacer, que acabaría muriéndose sin más, y me enviaron a casa. Parecía obvio que no podían extraérmelo. Juré que mantendría en secreto todo aquello, y ni siquiera mi propio padre lo supo hasta poco antes de su muerte… Llevé así, en silencio, mi carga maldita. Durante mucho tiempo pareció no crecer, hasta que regresé aquí… ¡Pero entonces, esa maldita criatura infernal…! Además me hablaba, puedo jurártelo… ¡Me hablaba! Yo podía ver a través de mi piel, cuando se deslizaba hasta mis hombros, casi hasta mi pecho, podía ver su odiosa cara de mono, sus ojos rojos, podía oír su vocecilla ridícula, pidiéndome siempre sangre, “más sangre, Simon, quiero más sangre”, me decía… y crecía, y crecía… Tenía que alimentarlo dos veces al día. Nunca supe cómo controlarlo; muchas veces pensé que la única vía de escape que me quedaba era el suicidio… Hace un año comenzó a acuciarme de tal manera que fue él, en realidad, quien me llevó a escribir el libro; y era él quien me incitaba a salir por ahí, a vagar muchas veces sin rumbo fijo. Cada vez consumía más de mi sangre, y yo me sentía más débil. Cuando conseguía recuperarme un poco, intentaba combatirlo acudiendo a los libros legados por mis familiares, tratando de hallar significados a lo que me sucedía. Pero esa *cosa* seguía creciendo y haciéndose más fuerte. Me pateaba, me mordía… Me obligaba a escucharle y a obedecerle. Con aquella boca asquerosa que tenía, prometía desvelarme los secretos que investigaba yo… Una vez me dijo que debería llamar al rey de las tinieblas y participar en una reunión de brujas y de brujos… Dijo que así adquiriríamos, él y yo, poderes extraordinarios, el poder de gobernar la tierra como nuevos diablos.

No quería obedecerle, lo sabes… Pero estaba volviéndome loco, perdía mucha sangre… Por eso llegó a controlarme por completo; por eso me daba miedo dejarme ver por la villa. Esa maldita criatura sabía que mi intención era la de escapar. Por eso, en cuanto había alguien delante, comenzaba a moverse en mi espalda, sobre mis hombros… Para asustar a los que me veían, para apartarlos aún más de mí. Escribía todo el tiempo para huir de su presencia, pero era en vano. Y entonces llegaste tú.

Bien supe desde el primer momento de tu intención de ayudarme, de sacarme de aquí. Pero él no me dejaba. Era muy astuto. Incluso ahora, cuando te escribo estas

líneas apresuradas, pugna por controlar mi cerebro para que no pueda contarte la verdad. Pero no voy a obedecerle, no puedo parar. Quiero que sepas dónde está mi libro para que lo destruyas. Y quiero que hagas lo mismo con esos viejos volúmenes que verás en las estanterías… Pero, por encima de todo, quiero que me mates si ves que el maldito maniquí ha tomado por completo posesión de mi persona. Bien sabe Dios que apenas me quedan ya fuerzas para luchar, para resistirme; ahora mismo recibe mi cerebro constantes órdenes para que abandone la pluma, para que no te siga contando nada de lo que quiero que sepas. Pero he decidido luchar, aunque me vaya en ello la vida; debo hacerlo, debo referirte lo que me dijo esta maldita criatura, sus planes de expandirse por el mundo a través de mí una vez haya conseguido esclavizarme por completo… Por eso te digo… Pero no puedo pensar con claridad, no sé qué me sucede… Tengo que escribirte eso… ¡No, maldito seas! ¡Detente! ¡No! ¡No lo hagas! ¡Quítame las manos de encima!»

Eso fue todo. Maglore no escribió más porque murió, simplemente…. La maldita criatura no quería que revelase sus secretos. Asusta sólo pensar en la muerte terrorífica que hubo de tener el pobre hombre, pero eso no es lo peor de todo… Lo que realmente me espanta es recordar, pensar en lo que vi cuando abrimos la puerta, lo que explicaba cómo murió Maglore.

Allí estaba Simon Maglore, en el suelo, rodeado de sangre. Desnudo de cintura para arriba, como ya he dicho. De bruces, pero con la cara vuelta, con la cabeza espantosamente retorcida… Y por su espalda asomaba aquel ser repugnante, que era tal y como lo describió Maglore en su carta… Aquel pequeño monstruo temeroso de que quien era su víctima revelase sus secretos; aquella horrorosa criatura que había hecho un gran agujero en la espalda de Simon Maglore para salir de su interior, agarrarlo por el cuello con sus garras, más que pequeñas manos oscuras, y retorcérselo hasta matarlo.

EL EXTRAÑO VUELO DE RICHARD CLAYTON

(The Strange Flight of Richard Clayton)[12]

Richard Clayton desentumeció los brazos balanceándolos hasta quedar como un buceador en espera de lanzarse al agua desde un trampolín alto. Realmente era un buceador. Su trampolín era una nave espacial plateada, y estaba ya dispuesto a sumergirse, aunque no lanzándose hacia abajo sino proyectándose hacia el azul del cielo. No se trataba de un salto de veinte o treinta pies, sino de una propulsión de millones de millas.

Con un profundo suspiro, el científico regordete y con barba de chivo extendió sus manos hacia la fría palanca de acero, cerró los ojos y dio un fuerte tirón para bajarla hasta el tope.

Durante unos momentos no ocurrió nada.

Entonces, una fuerte sacudida arrojó a Clayton al suelo. ¡El *Future* estaba en marcha!

Un pájaro batiendo las alas para alcanzar el cielo, una mariposa nocturna que levanta un zumbido con las suyas, al volar… y un espasmo en los músculos tensos; todo eso de lo que participa un *shock*.

La nave espacial *Future* vibraba de un modo demencial. Iba de un lado a otro, la vibración golpeaba las paredes de acero. Richard Clayton se puso de pie con mucha dificultad, se pasó la mano por la frente, donde había recibido un golpe, y se dirigió tambaleante hacia su pequeña litera. La nave se movía, pero continuaban aquellas sacudidas. Clayton echó un vistazo al panel de mandos, soltó una maldición y dijo apesadumbrado:

—¡Dios, el panel está hecho añicos!

Así era. El panel de mandos había saltado en mil pedazos a causa de la fuerte sacudida. El suelo estaba regado de cristal y los diales giraban sin control en el tablero desnudo.

Desesperado, Clayton tomó asiento ante el panel de mandos. Aquello era una tragedia. Su recuerdo voló entonces treinta años atrás, hasta cuando era un niño de diez años impresionado por el vuelo de Lindberg. Pensó en sus estudios y en cómo había utilizado el dinero de su millonario padre para lograr una perfecta máquina voladora con la que surcar el espacio.

Richard Clayton trabajó en ello largos años, y soñó e hizo numerosos planes. Estudió los cohetes rusos y creó la Fundación Clayton, para la que contrató mecánicos, matemáticos, astrónomos e ingenieros que trabajaran con él.

Posteriormente se produjo el descubrimiento de la propulsión atómica, cuando ya había construido el *Future*, una cápsula de acero y duraluminio, sin ventanas y

aislada por un procedimiento secreto. En la diminuta cabina había tanques de oxígeno, alimentos en forma de pastillas, energéticos químicos, aire acondicionado… y espacio para que un hombre pudiera dar seis pasos.

Era una pequeña celda de acero en la que Richard Clayton se disponía a satisfacer sus ambiciones. Lanzado en el despegue por cohetes que lo ayudarían a vencer la fuerza de gravedad terrestre, se valdría de la propulsión atómica para llegar a Marte y regresar.

Podría tardar unos diez años en llegar a Marte, y otros diez años en volver a la Tierra. La velocidad, a mil millas por hora, no era la de la luz, desde luego, sino la propia de un viaje lento y penoso, aunque calculado científicamente. Los mandos funcionaban de forma automática, por lo que no era preciso que Clayton pilotase la nave.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Clayton mientras miraba lo que había sido el panel de control.

Había perdido contacto con el mundo exterior. Carecía de instrumentos de navegación para comprobar en el panel su progresión. Así no podía calcular el tiempo, ni la distancia, ni la dirección; quizá, por todo ello, tuviera que permanecer allí sentado diez, veinte años. Aislado en una pequeña cabina en la que no había espacio para libros, ni periódicos, y careciendo además de juegos con que matar el tiempo. Era, pues, un prisionero en la negra bóveda del espacio.

La Tierra había quedado ya muy lejos, abajo, tras él; pronto no sería más que una pequeña bola de fuego verde, más pequeña que la bola roja que tendría ante sí, la del fuego de Marte.

En el campo de despegue se había reunido toda una multitud para presenciar la salida de la nave. El ayudante de Clayton, Jerry Chase, fue quien se encargó de mantenerlo todo bajo control. Clayton pensaba ahora en toda aquella gente admirándose ante su luminoso cilindro de acero que brotaba de entre el humo gaseoso de los cohetes para propulsarse hacia el cielo como un proyectil. Y una vez perdida la nave en el azul del cielo, toda aquella gente habría vuelto a sus casas.

Él, sin embargo, seguiría allí, en la nave. Durante diez años, durante veinte años.

Sí, estaba en la nave. ¿Cuándo cesarían aquellas sacudidas? La vibración de las paredes y del suelo era insoportable; ni él ni los expertos habían contado con aquel problema. El temblor le sacudía la cabeza. ¿Y si no cesaba, y si aquello le acompañaba durante todo el viaje? ¿Hasta cuándo podría resistirlo sin volverse loco?

No obstante, podía pensar. Clayton se tendió en su litera y rememoró en detalle su existencia, desde sus primeros días hasta el presente. Pero todos sus recuerdos se agotaron en un corto espacio de tiempo. Y sintió una horrible sensación de vacío.

—Puedo hacer ejercicio —se dijo en voz alta, y comenzó a pasear por el reducido espacio de la cabina.

Seis pasos de ida, seis pasos de vuelta. Pronto se cansó de aquello.

Clayton exhaló un hondo suspiro mientras se dirigía al lugar donde estaban

almacenadas las píldoras alimenticias.

—Ni siquiera puedo entretenerme comiendo —dijo con amargura—. Me trago esto sin más…

Continuaban las sacudidas, que al menos consiguieron borrar de su rostro aquella amargura. Aquello era para enloquecer. Se tumbó de nuevo en el camastro. Debería dormir. Quizá pudiera hacerlo a pesar de aquellos tirones. Apagó la luz. Sus pensamientos lo llevaron a considerar de nuevo su estado actual, el de un prisionero del espacio. Fuera de la nave, los planetas giraban y giraban, las estrellas parpadeaban en la inmensa negrura de la Nada espacial. Pero allí estaba él, seguro y cómodo en una cámara vibratoria, a salvo del frío helador. ¡Si cesaran estas malditas sacudidas!

Todo aquello, no obstante, tenía sus compensaciones. En todo lo que durase el viaje no habría periódicos que le atormentaran con los relatos del hombre como enemigo del hombre, ni tontos y aburridos programas de radio y de televisión. Pero aquella maldita vibración omnipresente…

Clayton consiguió dormir mientras surcaba el espacio.

Cuando despertó no había luz. Allí no había día, ni noche. Sólo él, en la nave, en el espacio. Y aquella vibración que le destrozaba los nervios, aquellas sacudidas que le golpeaban directamente el cerebro. Las piernas de Clayton temblaban cuando llegó hasta el armarito y se comió las píldoras.

Después tomó asiento y comenzó a sufrir. Lo invadía una lenta pero constante sensación de soledad. Se sintió aislado, al margen de todo. No tenía nada que hacer. Su situación era peor que la de un preso en confinamiento solitario. Un preso, al menos, dispondría de una celda más amplia, podría disfrutar de un poco de aire fresco, de un rayo de sol; incluso podría ver el rostro de alguien ocasionalmente.

Clayton se había considerado muchas veces todo un misántropo. Ahora, sin embargo, extrañaba no ver otras caras. Cuanto más avanzaban las horas, más raras eran las ideas que tenía. Ansiaba contemplar la vida, en cualquiera de sus manifestaciones; hubiese dado una fortuna a cambio de la compañía de un simple insecto en su calabozo volante. El sonido de una voz humana le hubiera parecido celestial. Estaba realmente solo.

Nada que hacer sino soportar las malditas sacudidas, la constante vibración; nada que hacer, salvo dar aquellos cortos paseos, tomarse las píldoras e intentar conciliar el sueño. Y nada en lo que pensar… Clayton empezó a desear que llegara el momento en que tuviese al menos que cortarse las uñas; podría entretenerse en ello durante horas.

Examinó sus ropas con detenimiento, se miró horas y horas en su pequeño espejo —le había crecido la barba.

Pasó minuciosa revista a todo lo que había en la cabina del *Future*.

Y no consiguió cansarse lo suficiente como para necesitar de un sueño reparador.

Pronto experimentó un dolor de cabeza que al poco le resultaría constante. Así y

todo, logró cerrar los ojos al cabo y hundirse en una especie de duermevela, que en cualquier caso a cada poco se interrumpía a causa de las sacudidas.

Cuando al fin decidió levantarse y encender la luz, descubrió algo realmente espantoso.

Había perdido la noción del tiempo.

«El tiempo es relativo», había oído decir desde siempre. Ahora se le presentaba la mejor ocasión para comprobarlo. Estaba desprovisto de instrumentos para medir el tiempo; no tenía reloj, no podía ver el sol, ni la luna y las estrellas; carecía de toda actividad reguladora. ¿Cuánto tiempo hacía ya que había iniciado el vuelo? No pudo recordarlo, aunque lo intentó denodadamente.

¿Había comido cada seis horas? ¿O quizá cada diez horas? ¿Y si lo hubiese hecho cada veinte horas? ¿Había dormido una vez al día? ¿Un rato cada tres o cuatro días? ¿Había paseado a menudo?

No podía fijar siquiera su propia situación, se hallaba completamente perdido. Se tomó una vez más las píldoras en una especie de suspensión de toda actividad mental, tratando de aislarse de aquellas sacudidas que embotaban sus sentidos.

Era espantoso. Si perdía por completo la noción del tiempo, no tardaría en perder la noción de su propia identidad. Eso le supondría la locura. Tenía, pues, que agarrarse a algo, tenía que resistir el tortuoso aislamiento. ¿Qué era el tiempo?

Tampoco quería pensar demasiado en eso. En realidad no quería pensar en nada. Tenía que olvidar forzosamente el mundo que había dejado abajo si no quería que sus recuerdos le hicieran enloquecer.

—Tengo miedo —se dijo—. Tengo mucho miedo de esta oscuridad, de hallarme solo, perdido en ella. Quizá haya dejado atrás la Luna; quizá me encuentre ya a un millón de millas de la Tierra… Quizá esté a diez millones de millas.

Entonces se dio cuenta de que estaba hablando solo. Aquello era cosa de locos. Pero no podía evitarlo, en la misma medida que no podía evitar aquella vibración constante, las malditas sacudidas de la nave.

—Tengo miedo —dijo, con una voz que resonó profundamente en el breve espacio de la cabina—. Tengo miedo. ¿Qué hora es?

Al fin se durmió, sin dejar de musitar cosas… Mientras, el tiempo seguía pasando.

Clayton despertó fresco, con energías renovadas. No obstante, supuso que estaba perdiendo también el sentido del equilibrio. La presión del exterior, a pesar de la compensación habilitada en la cabina, quizá hubiese afectado a sus nervios. El oxígeno lo había dejado aturdido, la alimentación a base de píldoras no podía ser buena. Pero ya no sentía la debilidad de antes. Paseó un poco, sonriente.

No pasó mucho tiempo hasta que volvieron a atormentarlo sus pensamientos. ¿Qué día era? ¿Cuántas semanas habían pasado desde que inició su vuelo? Quizá ya hubiesen transcurrido meses; acaso un año entero, y hasta dos años… Todo lo que concernía a la Tierra le resultaba muy lejano, como si fuese un fragmento de un sueño

que hubiera tenido. Se sentía más próximo a Marte que a la Tierra; empezaba a anticipar, a mirar adelante en vez de mirar atrás.

Durante un tiempo todo lo había hecho mecánicamente. Apagó y encendió la luz cuando hubo de hacerlo, se tomó las píldoras por mera costumbre de hacerlo, se ocupó del sistema de ventilación de la nave rutinariamente, sin saber por qué o para qué.

Richard Clayton fue olvidándose gradualmente incluso de su propio cuerpo. El constante zumbido de la nave y las sacudidas se convirtieron en una especie de dolor menudo, lo único que le daba la consciencia de hallarse viajando a través del espacio en un proyectil plateado. Pero aquello tampoco significaba nada, en realidad, pues Clayton había dejado de dirigirse siquiera la palabra, como si se le hubiera olvidado todo. Sólo soñaba con Marte. A cada violenta sacudida de la nave susurraba: «Marte… Marte… Marte».

Entonces aconteció algo maravilloso. Aterrizó. La nave se clavó en una sacudida que parecía un estertor. Había rasgado suavemente la envoltura gaseosa del planeta rojo. Clayton llevaba un tiempo percibiendo algo así como la atracción de una fuerza de gravedad, lo que le dijo que los instrumentos automáticos de su nave estaban neutralizando las descargas atómicas para hacer uso de la fuerza de tracción gravitatoria de Marte.

La nave se clavó, sí, y Clayton abrió la puerta. Rompió los precintos y salió. Brincó suavemente sobre la hierba de color púrpura.

Sintió leve su cuerpo, liberado. Podía disfrutar de aire fresco; la luz del sol parecía más fuerte, más intensa, aunque hubiese nubes que velaban el globo luminoso.

Más allá había bosques, verdes bosques entre cuyos altos e imponentes árboles crecía una vegetación de color púrpura. Clayton avanzó hacia la rutilante arboleda. El primer árbol tenía unas ramas que se inclinaban hacia el suelo como dos extremidades.

Y lo eran. Extremidades. Dos largos brazos verdes que se extendieron hacia él para abrazarlo como si fueran poderosas colas, o serpientes, y llevarlo hasta el tronco oscuro. Desde allí pudo observar las excrecencias de color púrpura que brotaban entre las hojas.

Pero las excrecencias de color púrpura eran… cabezas.

Diabólicos, purpúreos rostros que lo miraban con ojos ponzoñosos, como setas venenosas. Rostros arrugados y rojos como lombardas, pero bajo cuya masa pulposa había una gran boca. Todos aquellos rostros púrpura tenían una boca igualmente púrpura, y de todas aquellas bocas púrpura goteaba sangre. Los brazos del árbol le apretaron un poco más fuerte contra el frío tronco, y uno de aquellos rostros púrpura, el de una mujer, comenzó a acercarse a él con la intención de besarlo.

¡El beso del vampiro! El rojo escarlata de la sangre chorreaba por aquellos labios sensuales que se dirigían a los suyos. Clayton intentó desasirse, pero los brazos del

árbol le mantenían firmemente sujeto, y aquel rostro, frío como la muerte, alcanzó el suyo. Lo besó. La helada llamarada de aquel beso atravesó todo su ser, ahogando sus sentidos.

Clayton despertó de golpe y supo que todo había sido un sueño, una pesadilla. Su cuerpo estaba empapado en sudor. Esto le hizo adquirir consciencia de su ser, y se levantó para mirarse en el espejito, tambaleándose.

Una sola mirada bastó para hacerle retroceder espantado. ¿Aquello también formaba parte de su pesadilla?

En el espejo Clayton vio reflejado, por unos instantes, el rostro de un anciano. Un rostro arrugado, de mejillas colgantes. Pero lo peor eran sus ojos, que ni siquiera le parecieron tales. Eran rojos y estaban hundidos en unas huesudas cuencas; ardían con una salvaje expresión de horror. Clayton se tocó la cara y al hacerlo vio su propia mano surcada por venas azules, que se alzaba ante el espejo para deslizarse a través de su cabello blanco.

Recobró en parte el sentido del tiempo. Llevaba años enteros en la nave. ¡Años! ¡Había envejecido!

Sin duda la vida contra natura que había llevado allí encerrado influyó en su proceso degenerativo, pero aquello no bastaba, era evidente que había pasado mucho tiempo desde el inicio de su vuelo. Clayton supo por eso que pronto llegaría al final de su viaje. Quería culminarlo antes de que lo asaltara otra pesadilla semejante. A partir de ese momento, su lucidez y la reserva física que mantenía serían sus aliadas necesarias para luchar contra ese enemigo invisible que era el tiempo. Volvió a su camastro, mientras el *Future*, tremolante como un monstruo de acero y volador, se adentraba en la negrura del espacio interestelar.

Alguien golpeaba la nave por fuera; era como si unas manos de hierro aporreasen la puerta. Monstruosos seres de metal dejaban sentir su amenaza férrea. De rostros severos, acerados e inexpresivos, apresaron a Clayton por los brazos y le forzaron a caminar. Lo llevaron casi a rastras por la plataforma, obligándole después a subir a una gran torre metálica. Escaleras arriba resonaban los pies metálicos de aquellos seres… *Clang, clang, clang*.

Los peldaños de hierro parecían no tener fin, pero los monstruos de metal no se tomaban un respiro. Sus rostros seguían impasibles, el hierro no suda; pero Clayton estaba completamente agotado cuando lo arrastraron hasta la Presencia, en aquella dependencia en que desembocaba la escalera de la torre. Una voz metálica zumbó mecánicamente, como un disco rayado.

Lo… encontramos… en… un… pájaro…, oh… Maestro.

Está… hecho… debían… dura.

Vive… de… forma… extraña.

Un… a… ni… mal.

Luego se dejó sentir una voz como un trueno que partía del centro de aquella dependencia de la torre.

Tengo hambre.

El Maestro se levantó de su trono de hierro. Era una gran trampa de hierro, con mandíbulas de acero, como las de una excavadora mecánica. Se abrieron sus mandíbulas y le brillaron espantosamente los dientes. De la profundidad de aquellas fauces brotó una voz:

Alimentadme.

Con sus brazos de hierro arrastraron a Clayton hasta las mandíbulas del monstruo. Las mandíbulas se cerraron sobre su blanda carne humana.

Clayton se despertó gritando. Percibió el brillo del espejo cuando, con manos temblorosas, alcanzó el interruptor de la luz y la encendió. Allí vio de nuevo el rostro de un anciano, su cabello casi por completo encanecido. Envejecía rápidamente y se preguntó si su cerebro lo resistiría.

Tomó sus píldoras, dio un corto paseo, escuchó atentamente el zumbido y la vibración de la nave, activó el sistema de renovación del aire y se tumbó de nuevo en el camastro. No podía hacer nada, sólo esperar. Esperar en una cámara de tortura vibratoria, durante horas, días, semanas, años, siglos, eones incontables.

Y a cada eón, un sueño. Descendió en Marte, y los fantasmas surgieron esta vez de una niebla gris. Eran como viscosos ectoplasmas nacidos de la propia niebla. Clayton veía a través de ellos. Y sus voces eran leves susurros en su alma.

—Aquí está la vida —le susurraban—. Nosotros, almas de los que han cruzado muertos el vacío, esperábamos la llegada de la vida para darnos un festín. Disfrutemos pues de ese festín.

Y lo envolvieron en sus vestiduras grises, y sorbieron su sangre con sus bocas no menos grises, ansiosas…

En otra ocasión aterrizó en el planeta y no vio nada. Absolutamente nada. El suelo era árido y se extendía interminablemente hacia los horizontes de la nada. No había cielo ni sol, sólo una tierra baldía, inacabable en cualquier dirección.

Puso un pie en el suelo, con suma cautela. Y se hundió en la nada. Pero la nada vibraba, igual que el *Future*; la nada lo engullía, sentía hundirse lentamente en una sima muy honda y sin lados, mientras el olvido se cernía sobre él.

Apenas despertó Clayton de este sueño, se miró en el espejo. Sentía débiles las piernas y le temblaban las manos como a los viejos. Observó el rostro que le mostraba el espejo, el de un hombre de setenta años.

—¡Dios mío! —musitó—. Era su voz, era el primer sonido que oía desde… ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Cuántos años? ¿Cuánto tiempo había transcurrido sin oír nada, salvo la infernal vibración de la nave? ¿Hasta dónde había llegado el *Future*? Era ya un hombre viejo.

Una idea espantosa cruzó por su cerebro. Algo tenía que haber funcionado mal, por fuerza. Quizá los cálculos hechos fueran erróneos; acaso estuviese moviéndose en el espacio con excesiva lentitud, por lo que podía no llegar jamás a Marte. Luego —otra espantosa posibilidad— pensó que podía haber dejado atrás Marte, para

abismarse en las bóvedas vacías, más allá del planeta.

Ingirió una vez más sus píldoras para echarse después en la litera. Estaba un poco más tranquilo y era normal que así fuese, pues por primera vez en mucho tiempo evocaba la Tierra.

¿Y si hubiese sido destruida? ¿Y si hubiese sido arrasada por la guerra, la peste o cualquier otra pandemia mientras él estaba lejos? ¿Y si hubiese sido reventada por un meteorito errante? Aquéllas y otras ideas fantásticas lo asaltaban vertiginosamente… ¿Y si unos invasores hubiesen atravesado el espacio para conquistar la Tierra, del mismo modo que él lo cruzaba ahora para alcanzar Marte?

Pero no tenía sentido preocuparse por todo eso. Todo lo que tenía que hacer era alcanzar el objetivo previsto. Y para lograrlo no podía hacer otra cosa sino esperar y conservar su vida y la lucidez necesaria el tiempo que fuera preciso. En el horror vibratorio de su celda, Clayton hizo acopio de las pocas energías que le quedaban para adoptar una firme resolución. Viviría, descendería, vería Marte. Morir en el largo camino de vuelta, sin embargo, no le preocupaba, pues su misión consistía en vivir hasta alcanzar su objetivo. Así que tendría que luchar contra sus pesadillas a partir de ese preciso instante y a pesar de la vibración diabólica de la nave, de aquella cárcel diminuta en la que se hallaba. Vivir a pesar de todo eso.

Sintió voces procedentes del exterior de la nave. Fantasmas que aullaban en la oscura negrura del espacio. Tuvo visiones de monstruos y soñó con torturas, pero pudo rechazarlo todo. Cada hora, o día, o año —le era imposible medirlo—, Clayton conseguía arrastrarse hasta el espejo, que siempre le mostraba su rápido envejecimiento. Su cabello, blanco como la nieve, y las arrugas del rostro, le conferían el aspecto que acompaña a la irrevocable senilidad. Pero seguía vivo. Era demasiado viejo para seguir pensando, y estaba demasiado débil. Se limitaba a vivir anclado en la nave.

Al principio no se percató de nada. Seguía tendido en su litera, con los ojos cerrados, sumido en una suerte de estupefacción. De repente notó que cesaba la vibración. Clayton supuso que había estado soñando de nuevo. Se frotó los ojos, sacudió la cabeza… Pero no era así. El *Future* estaba inmóvil. ¡Había *aterrizado*!

Clayton temblaba de manera incontrolable. Era la consecuencia de tantos años vibrando, de tantos años de violentas sacudidas, de tantos años sin otra compañía que la de las formas de sus pensamientos delirantes. Apenas podía mantenerse en pie.

Al fin le había llegado el momento, lo que esperaba desde al menos diez años. No, seguro que habían transcurrido muchos más años. Pero ya estaba a punto de ver Marte. Lo había conseguido. ¡Había hecho un imposible!

Pensar aquello lo estimulaba. Pensar aquello le dio las fuerzas necesarias para arrastrarse hasta la puerta, largo tiempo sellada. Junto a la puerta había una palanca.

Su viejo corazón latió muy excitado mientras empujaba la palanca hacia arriba. La puerta se abrió y la luz del sol y el aire fresco penetraron en la cabina.

La luz le obligó a parpadear y el aire le oprimió los pulmones. Sus pies se

arrastraban penosamente.

Clayton cayó en los brazos de Jerry Chase.

Clayton no sabía que aquel hombre era Jerry Chase. Ya no podía saber nada. Había pasado por un trance realmente duro.

Jerry Chase se quedó mirándole, extrañado de estrechar en sus brazos aquel cuerpo tan debilitado.

—¿Dónde está Clayton? —preguntó con la voz embargada—. ¿Quién es usted?

Miró con mayor atención el rostro viejo y arrugado de aquel hombre.

—¡Dios mío! ¡Pero si es Clayton! —gritó—. ¿Qué le ocurre, señor? El sistema de propulsión se averió al activar usted el mecanismo de despegue de la nave, pero las descargas atómicas no se interrumpieron. La nave no llegó a despegar, aunque la violencia de las descargas atómicas impidió que nos acercáramos a usted hasta ahora. Hace sólo unos momentos que cesaron las sacudidas, pero no hemos perdido de vista al *Future*, ni de día ni de noche. ¿Qué le ha sucedido, señor?

Richard Clayton abrió lentamente sus apagados ojos azules. De su boca torcida en un rictus de dolor salió un leve susurro:

—Yo… he perdido la noción del tiempo… ¿Cuánto… cuánto he estado en el *Future*?

Jerry Chase, con semblante preocupado, miró fijamente al anciano y respondió en voz baja:

—Sólo una semana.

Y la muerte tornó vidriosos los ojos de Richard Clayton, con lo que concluyó su largo viaje.

SUYO AFECTÍSIMO, JACK EL DESTRIPADOR

(Yours Truly, Jack The Ripper)[13]

I

Me quedé mirando a aquel inglés tan afectado. Él también me miraba.

—¿Sir Guy Hollis? —pregunté.

—En efecto. ¿Y yo tengo el gusto de hablar con John Carmody, el psiquiatra?

Asentí. Mis ojos recorrían discretamente la figura de mi distinguido visitante. Alto, delgado y ligeramente encorvado, rubio… y con el clásico mostacho con las guías hacia arriba. Y con traje de *tweed*. Supuse que guardaba un monóculo en uno de los bolsillos de su chaleco y me pregunté si no habría dejado su paraguas en el vestíbulo.

Pero más que todo eso, lo que me intrigaba era qué diablos habría impulsado a sir Guy Hollis, de la Embajada Británica, a ir a visitar en Chicago a un extraño.

No me aclaró nada de eso mientras tomaba asiento. Después carraspeó para aclararse la voz, echó un vistazo a su alrededor, dio unos golpecitos con su pipa sobre el tablero de mi escritorio y abrió la boca al fin, para preguntarme:

—Señor Carmody, ¿ha oído usted hablar de Jack el Destripador?

—¿El asesino? —dije.

—Efectivamente, el monstruo de todos los monstruos. Peor que Springheel Jack y que Crippen. Jack el Destripador. Jack el Rojo.

—He oído hablar de él —dije.

—¿Conoce usted su historia?

—Creo que no llegaremos a ninguna parte si nos ponemos a hablar de esas historias para viejas acerca de criminales famosos.

—No es un cuento para viejas. Es cuestión de vida o muerte.

Estaba tan interesado en hacerme confidencias acerca de aquella obsesión, que me dispuse a escucharlo. Al fin y al cabo, los psiquiatras cobramos por escuchar.

—Adelante —le dije—. Oigamos esa historia.

Sir Guy encendió un cigarrillo y empezó a hablar.

—Londres, 1888 —comenzó a decir—. Finales del verano y principios del otoño. De no se sabe dónde apareció la siniestra figura de Jack el Destripador, algo así como una sombra armada de un cuchillo que merodeaba por el East End de Londres, siempre al acecho en los distritos de Whitechapel y Spitalfields. Nadie supo de dónde venía, pero sembraba la muerte con su cuchillo.

»Seis veces empleó ese cuchillo para cercenar los cuellos de mujeres londinenses. Pobres busconas todas ellas. Un 7 de agosto hizo su primera carnicería. El cuerpo de aquella mujer presentaba treinta y nueve puñaladas. Un crimen brutal. El 31 de

agosto cometió su segundo crimen. La prensa comenzó a interesarse en el caso. Los habitantes de aquellos sórdidos barrios se interesaron aún más en el asunto.

»¿Quién sería aquel asesino desconocido que se ocultaba en la niebla y blandía su cuchillo por las callejuelas desiertas? Y más importante aún, ¿cuándo volvería a actuar?

»El 8 de septiembre es una fecha clave. Scotland Yard designó personal especializado. Comenzaron a correr los rumores. Lo atroz de aquellos crímenes incitaba a las más aterradoras especulaciones.

»El criminal usaba diestramente su cuchillo. Rebanaba pescuezos y extirpaba ciertas partes de los cadáveres de sus víctimas. Era evidente que las seleccionaba de manera tan diabólica como efectiva. Nadie lo había visto ni oído. Al amanecer, los agentes que hacían las rondas nocturnas por la calle, se topaban con las hórridas consecuencias de la destreza con el cuchillo que demostraba el Destripador.

»¿Quién sería? ¿Por qué haría aquello? ¿Un cirujano loco? ¿Un carnicero? ¿Algún científico chiflado? ¿Un degenerado patológico escapado de algún manicomio? ¿Un aristócrata trastornado? ¿Quizá alguien perteneciente a la policía de Londres?

»Entonces aparecieron aquellos versos en los periódicos, anónimos, que parecían destinados a poner fin a las especulaciones y a los rumores, pero que no hicieron otra cosa que acrecentar el interés y el terror de la gente. Una estrofa sarcástica que decía así:

No soy carnicero ni judío,
ni extranjero, marino o armador,
sino su más fiel amigo,
suyo, afectísimo… Jack el Destripador.

»El 30 de septiembre fueron rebanados otros dos cuellos. Durante un tiempo no se habló de todo aquello en Londres. Silencio, un pánico indecible. ¿Cuándo golpearía de nuevo Jack el Destripador? Hubo que esperar más de un mes para saberlo. Entre la niebla parecía esconderse el fantasma. Bien escondido, desde luego, pues seguía sin facilitarse noticia cierta sobre la identidad del Destripador. La grisura de Londres se disipó con los fríos vientos de noviembre. Todos dieron las gracias a esos vientos que dejaban ver el sol por las mañanas.

»El 9 de noviembre encontraron a aquella mujer en su cuarto. Descuartizada, sí, pero con los miembros puestos en el lugar que les correspondía. Junto a ella, igualmente bien colocados, sus pechos y el corazón. El Destripador se había esmerado especialmente.

»Entonces se desató el terror. La prensa, la policía y la población aguardaban presas del pánico, pero Jack el Destripador no volvió a matar.

»Pasaron los meses. Transcurrió un año entero. Poco a poco fue muriendo el

interés por el caso, aunque no el recuerdo de los crímenes. Alguien afirmó que Jack había embarcado hacia América. Otros dijeron que se había suicidado. Desde entonces se ha escrito y se han dicho muchas cosas a propósito de todo aquello. Pero seguimos sin saber, aun hoy día, quién fue realmente Jack el Destripador. Ni por qué asesinaba. Ni qué fue lo que le llevó a dejar de cometer crímenes.

Sir Guy guardó silencio. Evidentemente, esperaba algún comentario por mi parte.

—Una historia muy bien contada —admití—, incluso con cierta tensión emocional.

—Supongo que querrá saber usted en qué estoy interesado realmente —dijo.

—Sí, eso es justo lo que me gustaría conocer.

—Bien, pues resulta que estoy tras la pista de Jack el Destripador. Creo que se encuentra aquí, en Chicago —dijo sir Guy Hollis.

—A ver, repítalo…

—Jack el Destripador vive, reside en Chicago y he venido en su busca.

No sonreía. No era una broma.

—Escuche —le dije—, ¿cuándo sucedieron aquellos crímenes?

—Entre agosto y noviembre de 1888.

—Entonces, si aceptamos que ya era un hombre adulto en aquel tiempo, habrá que convenir en que lo más probable es que esté muerto, ¿no? Escuche… En el supuesto de que hubiese nacido en aquel año, en 1888, hoy tendría cincuenta y siete años, estamos en 1943.

—¿Está seguro de lo que dice sobre él? —sonrió sir Guy Hollis—. ¿O debería preguntarle si realmente cree lo que dice… acerca de ella? Mire usted, Jack el Destripador bien podría ser una mujer. O unas cuantas cosas.

—Sir Guy —comencé a decir—, creo que ha hecho usted muy bien en acudir a mí; me parece que necesita de veras los servicios de un terapeuta.

—Es posible… Pero, dígame, señor Carmody… ¿cree realmente que estoy loco?

Lo miré y me encogí de hombros. Pero le dije la verdad:

—No creo que esté usted loco, francamente.

—Entonces, escuche las razones que me llevan a pensar que Jack el Destripador vive.

—Quizá deba hacerlo.

—Llevo treinta años estudiando el caso. Para ello me he entrevistado con las autoridades y he hablado con los amigos y conocidos de las víctimas, así como con los vecinos de los barrios que fueron escenario de la matanza. He reunido un gran archivo de datos referentes a Jack el Destripador, y ahora dispongo de muchos conocimientos sobre la cuestión, incluidas distintas versiones inverosímiles y teorías demenciales.

»Algo he conseguido averiguar. No mucho, pero significativo… No quiero aburrirle con la relación de mis conclusiones, pero sí le diré que me he dedicado a otras actividades más productivas, en este sentido: me he dedicado a estudiar

crímenes no resueltos. Y me he dedicado también al estudio de los criminales.

»Podría mostrarle muchos recortes de periódicos de casi la mitad de las grandes ciudades del mundo: de San Francisco, Shanghai, Calcuta, Omsk, París, Berlín, Pretoria, El Cairo, Milán, Adelaida…

»A todos esos lugares llevan los crímenes de Jack el Destripador: mujeres con el cuello seccionado a cuchillo, mujeres degolladas y que mostraban las mismas mutilaciones, una idéntica extirpación de sus órganos. Sí; yo he seguido esta pista sangrienta, desde Nueva York hacia el oeste, a través del continente, desde San Francisco al Pacífico; y desde allí, a África. Durante la guerra mundial de 1914-18, en Europa. Luego, en América del Sur. Y desde 1930, otra vez aquí, en los Estados Unidos. Ochenta y siete asesinatos cometidos con la misma pauta, y en los que un avezado criminólogo reconoce al punto la inconfundible impronta de Jack el Destripador.

»¿Recuerda usted los descuartizamientos ocurridos recientemente en Cleveland? Una serie impactante de crímenes… Y en estos últimos seis meses, dos asesinatos en Chicago, uno de ellos allá en South Dearborn, y el otro en cierto lugar de Halsted. Y siempre el mismo tipo de crimen, la misma técnica. Le digo que todos llevan la marca de Jack el Destripador.

—Una teoría muy limitada, la verdad —dije—. No voy a discutirle los resultados de sus investigaciones ni las deducciones que haya obtenido de ellas. Usted es el criminólogo y yo no puedo hacer otra cosa que aceptar lo que dice. Sin embargo, me gustaría que me aclarase un aspecto de la cuestión que queda un tanto oscuro.

—¿De qué se trata? —preguntó sir Guy.

—¿Cómo es posible que un hombre de unos ochenta y cinco años, por hacer un cálculo fiable, cometa semejantes crímenes? Porque si Jack el Destripador tenía alrededor de treinta años en 1888, ahora, en 1943, debería andar por los ochenta y cinco.

—Supongamos que no hubiera envejecido —dijo sir Guy bajando el tono de voz.

—¿Qué quiere decir?

—Supongamos que Jack el Destripador sigue siendo un hombre joven, como en aquel tiempo. Es una teoría poco creíble, una locura, estoy de acuerdo con usted —siguió diciendo sir Guy—, pero todas las teorías acerca del Destripador han sido siempre una locura. Que si era médico… Que si era un maniaco… Que si una mujer… Por ese camino no hay nada que hacer, todas esas hipótesis se esfuman… ¿Por qué iba a ser peor la que yo sostengo?

—Porque la gente envejece, sin más —traté de hacerle entrar en razón—. Todos envejecemos, incluso los médicos, los maniacos, las mujeres…

—¿Y qué me dice de los brujos?

—¿Los brujos?

—Sí, los brujos… Brujos nigromantes. Practicantes de la magia negra.

—¿Y en qué se basa?

—En mis estudios —respondió sir Guy—. He estudiado mucho, podría decir que lo he estudiado todo. Primero examiné con detenimiento las fechas en que se cometieron aquellos crímenes, y la pauta, el ritmo que se contenía en esas fechas: el ritmo solar, lunar y estelar, o sea, su aspecto sideral, su significado astrológico. Supongamos que Jack el Destripador no matara por el simple placer de matar, sino que lo hiciese llevado del deseo de hacer… sacrificios.

—¿Qué clase de sacrificios?

Sir Guy se encogió de hombros.

—Se dice —prosiguió— que si se ofrece sangre a los espíritus de las tinieblas, éstos conceden mercedes. Si se les hace una ofrenda sangrienta en el momento adecuado, o sea, cuando la luna y las estrellas están en conveniente posición, y con las debidas ceremonias, esos espíritus conceden grandes favores; por ejemplo, el don de la juventud eterna.

—¡Eso no tiene sentido!

—Sí, señor. Sí tiene sentido, porque eso es precisamente Jack el Destripador.

Me puse de pie.

—Una teoría muy interesante, desde luego —dije—, pero dígame… ¿por qué ha venido a contármela a mí? Yo no soy ninguna autoridad en materia de brujería, ni soy policía, ni criminólogo, sino un psiquiatra. ¿Qué tengo que ver yo con todo eso?

Sir Guy sonrió.

—¿Entonces le resulta un caso interesante?

—Bueno, sí… Creo que puede haber algún punto interesante en todo esto.

—Lo hay. Sólo quería asegurarme de que todo esto le interesaría… Ahora puedo exponerle mi plan.

—¿Qué plan?

Sir Guy se quedó mirándome unos instantes.

—John Carmody —dijo—, usted y yo vamos a capturar a Jack el Destripador.

II

Así fueron las cosas. Me he extendido en la relación de tantos detalles como ocurrieron en la primera entrevista porque los considero muy importantes, ya que ayudan a comprender el carácter y las intenciones de sir Guy Hollis. Y en vista de lo que sucedió después de aquello…

Pero sigamos hablando del acuerdo a que llegué con sir Guy.

La idea de sir Guy era bastante simple, aunque más bien se trataba de una corazonada, más que de una idea.

—Usted conoce a la gente de aquí —me dijo—. Me he informado y por eso lo he elegido como al hombre ideal para secundarme en mi propósito. Sé que entre sus relaciones se cuentan muchos escritores, pintores, poetas… Lo que se llama la

intelectualidad. Y por ciertas razones, que ahora no vienen al caso, tengo la sospecha de que Jack el Destripador pertenece a esta comunidad. Es más, creo que le gusta adoptar una pose de excéntrico. Y espero que si usted me lleva a los sitios donde suelen reunirse esos intelectuales y me los presenta, podré descubrirle.

—Por mi parte —dije—, no tengo nada que oponer, pero no sé cómo se las va a arreglar para descubrirle. Tal como ha dicho antes, ese criminal puede tener cualquier apariencia. Puede ser viejo o joven, rico o pobre. Puede ser un ladrón, un médico, un abogado. ¿Cómo lo reconocerá?

—Ya veremos —sir Guy suspiró pesadamente—, pero debo encontrarle enseguida, cuanto antes.

—¿Y a qué se debe su prisa?

Sir Guy volvió a suspirar.

—Porque dentro de dos días matará otra vez.

—¿Está usted seguro?

—Tan seguro como lo estoy de que hay estrellas en el cielo. Ya le dije que había estudiado bien el asunto y que todos los crímenes coinciden con ciertas características astrológicas. Por eso, si tal como sospecho, ha de hacer una ofrenda sangrienta para renovar su juventud, tendrá que cometer otro asesinato en el término de dos días. Fíjese en la disposición de sus primeros crímenes, en Londres: 7 de agosto, 31 de agosto, 8 de septiembre, 30 de septiembre, 9 de noviembre. Observe que se dan intervalos de veinticuatro días, de nueve días, de veintidós días… esta vez causó dos muertes… y por último, de cuarenta días. Claro que en esos intervalos hubo también otros crímenes, pero no se le achacaron a él. De todas formas, el caso es que he trazado un esquema basado en mis cálculos, y por eso sé que Jack volverá a matar en el término de dos días. En consecuencia, debo encontrarle antes de que cometa su nuevo crimen.

—Sigo preguntándome qué quiere que haga yo.

—Lléveme por ahí, preséntеme a sus amigos —dijo sir Guy—, Invíteme a fiestas.

—Pero ¿por dónde empiezo? Que yo sepa, los artistas que conozco, pese a sus excentricidades, son personas excelentes, gente perfectamente normal.

—También lo es el Destripador. Normal en todos los sentidos —dijo sir Guy clavándome de nuevo la vista—, menos en ciertas y determinadas noches, que es cuando se transforma en un monstruo patológico, en un ser sin edad que se oculta en las sombras, preparado para matar.

—Está bien, de acuerdo —dije de pronto, interrumpiéndole—. Saldremos por ahí.

III

Hicimos planes. Aquella misma noche lo llevé al estudio de Lester Baston. Mientras subíamos en el ascensor a su ático, juzgué oportuno prevenirlo.

—Baston es un verdadero excéntrico —le dije—, y lo mismo puede decirse de sus invitados. Prepárese usted para cualquier cosa…

—Lo estoy —dijo sir Guy muy serio mientras sacaba un revólver.

—Mire usted… —comencé a decir.

—Estoy preparado para actuar en cuanto lo descubra —dijo sir Guy muy serio, sin permitirse una leve sonrisa.

—¿Cómo va a presentarse en una fiesta con un revólver cargado? ¡Hombre, mire usted…!

—No se preocupe, no hago tonterías.

No podía dejar de preocuparme, porque para mi forma de pensar sir Guy no era un hombre que respondiese a un patrón de conducta racional.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a la puerta de Baston.

—Por cierto —le dije—, ¿cómo quiere que lo presente? ¿Puedo decirles quién es usted y lo que se propone?

—No tengo inconveniente. Y hasta es posible que convenga decir la verdad.

—¿Y no cree que si el Destripador, por increíble que pueda parecer, estuviera presente, sea él o sea ella, tomaría las debidas precauciones?

—Quiero que la impresión que le produzca el anuncio de lo que pretendo lo deje desconcertado y le obligue a traicionarse —dijo sir Guy.

—Buena táctica… Permita que le advierta, en cualquier caso, de que mis amigos son una panda de bromistas.

Sir Guy sonrió.

—No se preocupe —dijo—, estoy preparado. Tengo un pequeño plan que puede dar resultado. No se extrañe por nada de lo que yo haga.

Asentí en silencio y llamé a la puerta.

Abrió Baston en persona. Tenía los ojos casi tan rojos como el marrasquino del *Manhattan* que bebía. Dio un paso atrás para mirarnos con burlona gravedad. Se fijó especialmente en mi sombrero y en el mostacho de sir Guy.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡La Morsa y el Carpintero![14]

Le presenté a sir Guy.

—Bienvenidos —dijo Baston invitándonos a pasar con gestos exageradamente corteses. Y nos abrió paso camino del bullicioso salón de su ático.

Me quedé mirando a quienes allí estaban, envueltos en una densa nube de humo de cigarrillos.

Aquella gente estaba en lo mejor de su noche. Todos tenían un vaso en la mano, y las notas solemnes de la marcha de *El amor de las tres naranjas* que salían del piano situado en un ángulo de la estancia, no lograban apagar por completo el rumor del polo africano que unos jugadores practicaban en el ángulo opuesto. No había nada que hacer.

Prokófiev no podía rivalizar con las piezas de marfil que rodaban por el suelo, mucho más ruidosas que el piano.

Sir Guy sacó entonces un monóculo de un bolsillo de su chaleco y lo ajustó en la órbita de su ojo derecho. Vio así cómo la poetisa Laverne Gonnister golpeaba en un ojo a Hymie Kralik, para que éste se tirase al suelo chillando como un condenado. Los chillidos de Hymie duraron hasta que alguien lo pisó en el estómago al intentar sortearlo cuando iba al salón comedor en busca de más bebida.

Sir Guy oyó después que Nadia Vilinoff, la artista comercial, expresaba su desagrado con respecto al tatuaje que Johnny Odcutt exhibía, y a continuación desvió su vista hacia la mesa, debajo de la cual se encontraba Barclay Melton en animado coloquio con la esposa del tatuado.

Hubiera continuado sir Guy su detenida observación de aquella fauna, pero entonces Lester Baston se plantó en el centro de la sala y reclamó la atención general estrellando un vaso en el suelo, antes de anunciar:

—He aquí que tenemos dos distinguidos asistentes a nuestra fiesta —dijo Baston tambaleándose—, nada menos que la Morsa y el Carpintero. El primero es sir Guy Hollis, uno que tiene algo que ver con la Embajada Británica, y el otro, como todos saben, no es más que nuestro querido amigo John Carmody, el eminente dispensador de linimentos para la libido.

Se volvió hacia sir Guy y lo tomó por un brazo, llevándolo así al centro de la alfombra. Creí por un instante que se resistiría, pero me hizo un guiño indicándome con ello que, en efecto, estaba preparado para lo que fuese.

—Sir Guy —dijo Baston en voz muy alta—, es costumbre que los neófitos de nuestra congregación sean sometidos a un minucioso examen… Una mera formalidad, propia de gente de lo más formal, sabrá usted comprenderlo… ¿Está usted dispuesto a contestar las preguntas que aquí se le hagan?

Sir Guy asintió.

—Muy bien —siguió diciendo Baston—. Amigos míos… tengo el gusto de presentaros a este flete llegado de Britania. Vosotros tenéis la palabra.

De inmediato empezaron las chanzas. No tuve ocasión de oír más, porque en ese momento se me acercó Lydia Daré y me enganchó por un brazo para llevarme a tirones al vestíbulo y dedicarme uno de sus típicos y rutinarios «oh, cariño, me he pasado todo el tiempo esperando que me llamaras por teléfono».

Cuando conseguí soltarme, volví al salón y comprobé, a juzgar por el alboroto general, que sir Guy sabía manejarse bien en aquellas situaciones, y se mostraba cordial y relajado.

Baston tomó entonces la palabra.

—Y si se me permite una pregunta —dijo—, ¿podría explicarnos a qué se debe su visita de esta noche, oh Morsa?

—Estoy buscando a Jack el Destripador.

Nadie dejó escapar una risa.

Quizá todos los que allí estaban sufrieron la misma impresión que yo había experimentado al oír aquello por primera vez. Miré entonces a los reunidos y empecé

a preguntarme cosas. A buscar.

LaVerne Gonnister, Hymie Kralik, Dick Pool, Nadia Vilinoff, Johnny Odcutt y su esposa, Barclay Melton, Lydia Daré… Inofensivos todos ellos.

Pero qué sonrisa tan forzada mostraba Dick Pool… ¿Y la mueca sardónica que torcía los labios de Barclay Melton?

Era absurdo, estoy de acuerdo. Pero por primera vez veía a toda aquella gente de otra manera. Comencé a preguntarme por sus vidas; en realidad, por sus vidas de verdad, por sus vidas que forzosamente habrían de permanecer en secreto, al margen de cómo se mostraran en ese escenario que son las fiestas.

¿Cuántos de los que allí estaban tendrían algo turbio que ocultar a los demás?

¿Quién, de entre ellos, veneraría a la horrenda diosa Hécate y le ofrecería sangrientos sacrificios?

Incluso Lester Baston podría estar haciendo una mascarada.

Volví a concentrar mi atención en los ojos de los que se movían por el salón.

Era evidente que sir Guy dominaba ahora la escena, satisfecho de la expectación causada. Y era evidente que disfrutaba de aquello.

Pero yo albergaba aún la sensación de que había algo extraño en él. ¿A qué se debería la clara fijación que tenía con Jack el Destripador? Quizá también él tuviese algo que ocultar…

Baston rompió el silencio, como no podía ser de otra manera. Burlándose, claro.

—La Morsa —dijo— no bromea, amigos —y echó un brazo por el hombro de sir Guy—. Nuestro primo inglés está en la pista de Jack el Destripador, y doy fe de que se trata de una buena pista. Todos conocéis la historia del Destripador, claro que sí… La Morsa está convencido de que el Destripador aún vive; cree que vaga por Chicago con un cuchillo de *boy-scout* —Baston hizo una pausa teatral y prosiguió en una especie de susurro—: De hecho, sir Guy tiene razones para suponer que Jack el Destripador podría hallarse, incluso, en el seno de esta alegre reunión nocturna.

La declaración ocasionó las burlonas risitas que eran de esperar.

—¿Quiere usted decir que sospecha de alguno de nosotros? —preguntó LaVerne a sir Guy entre risas—. Pero ¡si ese Jack el Destripador desapareció hace mucho tiempo! En 1888, ¿no?

—¡Ajá! —exclamó Baston—. ¿Cómo es que sabes tanto del asunto, jovencita? Resulta sospechoso, la verdad… Mírela usted, sir Guy… Quizá no sea tan joven como parece… Las poetisas suelen tener un oscuro pasado, no lo olvide…

Había desaparecido la tensión. Volvió el bullicio. Aquello degeneró en una broma, en un simple juego, tan propio de las fiestas. El hombre que tocaba a Prokófiev al piano volvió a aporrear las teclas. Lydia Daré comenzó a mostrarse un tanto inquieta, fija la vista en la puerta del pasillo que conducía a la cocina, con el evidente deseo de marchar a esa dependencia en busca de otra bebida.

Baston intervino una vez más.

—¿Sabéis una cosa? ¡La Morsa tiene un arma! —gritó.

Su mano se había deslizado inadvertidamente por el costado izquierdo de sir Guy, notando así que iba armado. Y antes de que Hollis pudiera protestar, le quitó el revólver para mostrarlo a los demás.

Miré a sir Guy, preguntándome si todo aquello no habría llegado demasiado lejos, pero volvió a hacerme un guiño. Recordé lo que me había dicho, que no me alarmase fuera lo que fuese cuanto viera allí.

Así que me dispuse a contemplar qué más diría Baston, llevado de su inspiración de borracho.

—Juguemos limpio con nuestro amigo la Morsa —siguió diciendo Baston—. Sabemos que ha venido aquí desde Inglaterra para llevar a cabo su misión. Si ninguno de vosotros está dispuesto a confesar, démosle al menos la oportunidad de descubrir al criminal… ¡por las bravas!

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Johnny Odcutt.

—Voy a apagar las luces durante un minuto. Sir Guy seguirá donde está, con su revólver. Si alguno de los aquí presentes es Jack el Destripador, podrá optar por dos salidas: escapar inmediatamente o eliminar a su implacable perseguidor. ¿De acuerdo?

Aquello era aún más estúpido de lo que parecía, pero captó al instante el interés de los demás. Sir Guy protestó débilmente, pero nadie le oyó en aquel tumulto. Lester Baston se acercó a la pared y levantó una mano hacia el interruptor de la luz.

—¡Que nadie se mueva! —advirtió con gran solemnidad de borracho—. Estaremos a oscuras durante un minuto, quizá a merced de un asesino… Luego encenderé de nuevo la luz y empezaré a recoger cadáveres. Elijan a sus compañeros de aventuras, damas y caballeros.

Apagó la luz.

Alguien soltó una risita nerviosa.

Oí pasos en la oscuridad. Murmullos.

Una mano me tocó la cara.

El reloj de mi muñeca hacía un tic-tac que me pareció violento. Un tanto sobrecogido, oí otra especie de murmullo, algo que parecía un golpe fuerte pero ahogado. Al poco me percaté de que se trataba de mi corazón.

Aquella situación era absurda. Estar allí de pie, en silencio y en la oscuridad, en compañía de un grupo de chalados… Claro que saber eso no evitaba que sintiera extraños recelos, o simple miedo de aquella oscuridad aterciopelada.

La oscuridad en que sin duda se amparó el Destripador; una oscuridad como aquella por la que iba cuchillo en mano en busca de sus víctimas. Jack el Destripador fue un maniaco, un hombre con la mente enferma, un hombre animado por motivos pavorosos.

Pero Jack el Destripador estaba muerto. Muerto y convertido en polvo desde hacía muchos años. Muerto como consideran las leyes humanas que hay que estar muerto.

Pero no hay leyes humanas que valgan cuando estás en la oscuridad, cuando la máscara de tu expresión se borra y no sientes más que tus latidos. Y a veces, unos propósitos tan oscuros como la negrura en la que te ves inmerso.

Sir Guy exhaló un grito.

Después se oyó un golpe contra el suelo.

Baston encendió la luz.

Todos gritaron.

Sir Guy Hollis yacía en el suelo, justo en el centro del salón. Tenía su arma en la mano.

Miré a los rostros de los allí presentes, maravillándome ante la gran cantidad de expresiones distintas que se fijan en las caras de la gente cuando se ven enfrentadas al horror.

Todos aquellos rostros alrededor de sir Guy. Nadie había huido.

LaVerne Gonnister se tapó la cara con las manos.

—¡Perfecto!

Era la voz de sir Guy. Se puso de pie, sonriendo.

—No ha sido más que un experimento —siguió diciendo—. Si Jack el Destripador se hubiese encontrado entre ustedes y hubiera creído que me habían asesinado, en este momento se habría delatado a sí mismo de alguna manera, al encenderse las luces y verme en el suelo. Ahora he quedado completamente convencido de la inocencia de todos ustedes, queridos amigos —y miró a los allí presentes uno por uno, deteniéndose en el tambaleante Baston; luego se dirigió a mí —: ¿Qué tal si nos vamos, John? Creo que ya se nos ha hecho tarde.

Giró sobre sus talones y le seguí. Nadie dijo una palabra.

Había sido una fiesta divertida, después de todo.

IV

Me reuní con sir Guy al día siguiente por la tarde, tal y como lo habíamos acordado, en la esquina de la 29 con la avenida South Halsted.

Después de lo que había presenciado casi veinticuatro horas antes, ya estaba preparado para cualquier cosa. Pero sir Guy me esperaba la mar de tranquilo, al amparo de las sombras de un portal.

—¡Buuu! —hice yo, para asustarlo, pero se limitó a sonreír, aunque traicionándose por un leve movimiento de su mano en dirección a su revólver.

—¿Preparado para iniciar nuestra caza de gansos?

—Sí —dijo—, y me alegra observar que coincide usted conmigo, pues ha venido a la cita sin hacer preguntas. Eso demuestra que se fía de mi intuición —me tomó del brazo mientras echábamos a andar y prosiguió—: Observe que hay niebla esta noche, John. Como en Londres.

Asentí en silencio.

—Y hace frío, aunque sólo estemos en noviembre —siguió diciendo sir Guy, mientras yo continuaba asintiendo en silencio—. Es curioso. Niebla londinense… y el mes de noviembre. El mismo lugar y la misma niebla que cuando se produjeron los crímenes del Destripador.

Sonreí burlón en la oscuridad.

—No exactamente —dije—. Permítame que le recuerde que no estamos en Londres, sino en Chicago, y que tampoco es el mes de noviembre de 1888, sino que han pasado más de cincuenta años.

Sir Guy me devolvió una mirada sarcástica, pero no tan alegre.

—No estoy tan seguro —dijo con la voz grave—. Fíjese en estos callejones que vamos cruzando, estrechos, oscuros… como los del East End, como los de Mitre Square… Seguro que tienen más de medio siglo, por lo menos.

—Está usted en el barrio negro de South Clark —le indiqué—. Y la verdad es que no sé por qué me habrá citado usted aquí.

—Ha sido una corazonada. He tenido un presentimiento —admitió sir Guy—. Quiero dar una vuelta por estos lugares, porque tienen una disposición muy semejante a la de la zona por donde el Destripador solía deambular. Por eso estoy seguro de que nos lo encontraremos aquí, John. No crea que lo buscaré en los distritos bien iluminados, como el barrio bohemio, sino aquí, entre las tinieblas, que es donde acecha y ataca.

—¿Por eso va usted armado? —le pregunté sin poder evitar que mi voz, aunque había dicho aquello con pretendido desparpajo, me temblase un poco.

Todo aquello, tanto hablar de Jack el Destripador, comenzaba a ponerme nervioso. Mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Es posible que necesitemos un revólver —dijo sir Guy, muy serio—. Al fin y al cabo, ésta es una noche crucial, la noche en que el monstruo volverá a matar.

Seguimos caminando por aquellas calles desiertas y silenciosas, envueltas en niebla. De vez en cuando se veía la claridad que brotaba del interior de una taberna, pero el resto del barrio se encontraba sumido en una densa oscuridad.

—Pero ¿no ve usted que no hay ni un alma por estas calles? —le dije.

—Ya vendrá —dijo tranquilamente sir Guy—. Tiene que venir aquí. Un lugar sórdido como éste atrae la maldad, y el Destripador es un espíritu maligno, un *genius loci*. Siempre ha cometido sus crímenes en los barrios sucios. Tal vez se trate de un capricho suyo, pero lo cierto es que parece sentirse fascinado por la mugre. Eso por no hablar del tipo de mujer que elige como víctima… Un tipo de mujer más fácil de encontrar en los tugurios y en las tabernuchas de toda gran ciudad.

—Bien, pues entremos en alguna tabernucha, porque lo cierto es que estoy helándome y necesito un trago. Esta maldita niebla se te mete en los huesos… Usted, como es británico, estará acostumbrado a sufrirla, pero yo prefiero el tiempo seco y caluroso.

Poco después nos detuvimos ante una taberna que estaba en la acera del otro lado de la calle.

Entre la niebla logré ver una débil luz azul, una bombilla desnuda a punto de apagarse.

—Entremos —sugerí—, estoy tiritando.

—Bien, pues adelante —dijo sir Guy.

Cruzamos la calle para dirigirnos a la taberna. Me detuve de golpe ante la puerta.

—¿A qué espera para entrar? —me preguntó.

—Eche usted un vistazo —le dije—. Estamos en un barrio peligroso, sir Guy. Nunca sabes lo que te puede pasar cuando te metes en estas calles. No me gustaría que entráramos y que nos encontrásemos en compañía de gente más bien indeseable… En muchos de estos lugares no se recibe bien a los blancos.

—Buena idea, John.

Abrí un poco la puerta y eché un vistazo al interior de la taberna.

—Parece desierta —dije—. Bien, adelante…

Entramos en aquel lugar tan sórdido. Una leve luz en la barra apenas iluminaba el fondo del local.

Lo atendía un negro gigantesco. Pareció no prestarnos atención, pero me fijé en que sí lo hacía, en que nos escrutaba con cierta prevención, preguntándose qué y quiénes seríamos.

—Buenas noches —le dije.

Se tomó cierto tiempo en devolverme el saludo. Luego se plantó ante nosotros con bastante altivez.

—Buenas noches, señores… ¿Qué se les ofrece?

—Ginebra —respondí—. Nos vendrá bien, hace mucho frío esta noche.

—De acuerdo, señores.

Nos sirvió, le pagué, y fuimos a una mesa con nuestros vasos. No tardamos mucho en vaciarlos.

Me levanté y fui a la barra en busca de la botella. Tomamos otro buen trago. El negro gigantesco siempre nos tenía un ojo encima para prevenir cualquier posible incidencia.

Sobre la barra había un reloj de pared que hacía un fuerte tic-tac. Fuera se dejaba sentir ahora el viento, con lo que al menos se disiparía la niebla. Sir Guy y yo estábamos cómodos allí sentados, tibios y confortados por la bebida, así que nos servimos otro trago.

Sir Guy comenzó a hablar; las sombras parecían escucharnos.

Volvió sobre el caso que le ocupaba, habló de lo que ya me había hablado cuando apareció en mi consulta, como si no me lo hubiese contado antes. Así son los obsesivos.

Lo escuché pacientemente mientras le servía más ginebra.

Pero la bebida le soltaba aún más la lengua. ¡Cómo volvía una y otra vez sobre lo

mismo! Hablaba de los crímenes rituales y de la prolongación de la vida. Hablaba una vez y otra también de todas aquellas fantasías. Y mantenía impávido, por supuesto, su absoluta convicción de que el Destripador actuaría aquella noche.

Supongo que en gran medida la culpa era mía por haber dado pábulo a sus fantasías.

—Muy bien —le dije en un momento dado, impaciente, aunque trataba de que no se me notase—. Convengamos en que su tesis tiene fundamento, que su teoría es correcta, y en que Jack el Destripador descubrió la manera de prolongar su vida mediante el ofrecimiento de sacrificios humanos, y en que ha viajado alrededor del mundo, tal como usted supone… Supongamos, también, que todo lo que usted cree es absolutamente cierto, y que Jack está ahora aquí en Chicago. Bueno, ¿y qué?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Y qué? —se extrañó sir Guy.

—Supongamos que todo eso es verdad —repliqué—, pero no por ello hemos de esperar que Jack el Destripador vaya a presentarse aquí, en esta taberna, para que usted lo mate o lo entregue a la policía. Y dicho sea de paso, todavía no sé lo que se propone hacer con él, en caso de que lo encuentre.

Vació de un trago lo que le quedaba en el vaso.

—Voy a atrapar a ese canalla sanguinario —dijo—. Voy a capturarlo y entregarlo a las autoridades, junto con todos los documentos y pruebas que he reunido a lo largo de todos estos años. He gastado una fortuna en esta investigación, se lo aseguro, pero una vez puesto a buen recaudo el criminal, podrán aclararse al fin cientos de crímenes que están sin resolver.

In vino ventas. ¿Todo aquello no sería consecuencia de un exceso de ginebra? Yo no quise beber más, pero sir Guy Hollis siguió dándole al frasco. Me preguntaba qué podía hacer con él. Aquel hombre estaba a punto de llegar al clímax de su borrachera.

—Ya es suficiente —dije al fin, apartando la botella a medio vaciar cuando sir Guy intentaba alcanzarla para servirse otro trago—. Tomemos un taxi y larguémonos de aquí. Se está haciendo muy tarde y no parece que su amigo, tan elusivo, vaya a hacer acto de presencia. Mañana, si le parece, podríamos coger todos esos papeles de los que me habla, toda la documentación que ha reunido sobre el caso, e ir al FBI… si consigue convencerlos usted de que está en lo cierto, le aseguro que sabrán ser competentes y llevar a cabo una investigación completa. Así podrán capturar a su hombre.

—No —sir Guy, además de borracho, se mostraba obstinado—. Nada de taxis.

—Bien, pues vayámonos de aquí de todas formas —insistí mientras miraba el reloj—. Es más de medianoche.

Se encogió de hombros, se puso de pie y se dirigió tambaleante a la puerta. Al llegar allí, dio un paso atrás y desenfundó su revólver.

—¡Vamos, deme eso! —grité—. No puede ir por la calle blandiendo un arma.

Le quité el revólver sin que se resistiera y me lo guardé en el abrigo. Luego le tomé por el brazo derecho y tiré de él para salir. El negro que atendía la taberna ni se

dignaba mirarnos.

Hacía mucho más frío que antes, una humedad terrible, y había vuelto la niebla. Tiritábamos. El leve viento parecía susurrar algo a las sombras que dejábamos atrás.

Sir Guy se volvía para mirar en dirección a la taberna, como si esperase ver llegar a quien suponía.

El disgusto que sentía sacó lo mejor de mí.

—Esa tontería no se la creería ni un niño, ¡semejante estupidez! ¡Jack el Destripador a estas alturas! ¡Precisamente él! Esta broma ha llegado muy lejos.

—¿Una broma? —musitó sir Guy gravemente, encarándose conmigo, y a pesar de la neblina pude observar su gesto de contrariedad—, ¿De veras todo esto le parece una broma?

—Entonces, ¿qué es? —repliqué—. Defina usted su afán por dar con un criminal que ya no existe, que es un mero mito.

Mi mano seguía sujetando su brazo. Sus ojos se clavaban duramente en los míos.

—Una de aquellas infelices a las que asesinó el Destripador en Londres, en 1888, era… mi madre.

—¿Qué?

—Posteriormente fui reconocido legalmente por mi padre. Ambos juramos destinar nuestras vidas a la búsqueda y captura del asesino. Fue él quien primero se dio a la tarea para la que nos habíamos juramentado, pero murió en Hollywood, en 1929, cuando seguía la pista del Destripador. Sí, los periódicos publicaron que lo habían matado en una reyerta, pero yo sé quién fue su asesino. Por eso he continuado su trabajo, ¿lo comprende, John? Y seguiré buscando a ese monstruo hasta que lo encuentre y pueda matarlo con mis propias manos.

Entonces le creí. No era un borracho que dijera tonterías. Era un tipo fanático y resuelto como el propio Destripador.

Al día siguiente estaría sobrio. Dispuesto a continuar la búsqueda. Quizá llevara la documentación que poseía al FBI. Con tal persistencia y semejante ayuda, y con tantos motivos como tenía, podría tener éxito en su empeño. Desde luego que tenía un motivo, eso me parecía clarísimo.

—Adelante —le dije tirando de él calle abajo.

—Aguarde un minuto —me pidió sir Guy—. Devuélvame mi arma —dijo tambaleándose un poco—, me siento mucho más seguro con ella.

Forcejeó levemente y me empujó hasta una zona en penumbra. Traté de sosegarlo, pero no cedía.

—Devuélvame mi revólver, John.

—De acuerdo —dije.

Metí la mano en el bolsillo y la saqué raudo.

—Pero… eso no es un revólver, es un cuchillo.

—Ya lo sé.

Lo derribé al suelo.

—¡John! —gritó.

—No me llame John —le susurré alzando el cuchillo—. Llámeme Jack, sin más.

EL INFLUJO DEL SÁTIRO

(The Seal of the Satyr)[15]

Roger Talquist supo siempre que regresaría a Grecia. Esa certeza de los días de su niñez lo había acompañado a través de los años. Después de que su padre lo enviase a estudiar a Inglaterra, añoraba en todo momento la belleza de las viejas colinas donde aprendió las canciones pastoriles de los poetas de la antigüedad. La posterior y encomiable carrera de Talquist en la arqueología hizo que se acrecentase aquel sentir pagano anidado en su alma. Soñaba siempre con colinas purpúreas y con ruinas de mármol brillante, amarillento de edades bajo la luz marfileña de la luna.

Era inevitable, pues, el regreso, y cuando la expedición organizada por la Residencia Oxonian[16] fue a hacer unas excavaciones junto al templo de Poseidón, se enroló contento para volver así a la tierra en la que había pasado una buena parte de su niñez.

Una vez allí, su interés por el trabajo de investigación en sí fue incluso menos que superficial. Cumplía indiferente su rutina y se pasaba la mayor parte del tiempo libre que le quedaba vagando por ahí, en especial por el puerto de Milenos. Un corto paseo lo llevaba desde los muelles a las místicas colinas preñadas de árboles que daban magnífica sombra. Su imaginación se volvía vertiginosa al amparo del bosque silencioso, llevada por las leyendas tradicionales paganas que conocía de boca de los campesinos.

En aquellos bosques aún parecían morar las ninfas tanto como planeaban las águilas. Las escalinatas y antiguos caminos en ruina llamaban la atención de Roger Talquist, que sucumbía de inmediato a la tentación de seguirlos, e incluso de escalar las colinas hasta llegar a cualquier eminencia desde la que contemplar la planicie donde según las leyendas pastaban las ovejas mientras el dios Pan hacía sonar su caramillo. A Talquist le placía sobremanera creerse a medias las antiguas leyendas, y hasta se propuso hacer una cumplida compilación de las supersticiones locales. Nadie mejor que aquellos campesinos para hablarle del dios Pan y de los espíritus del bosque.

Talquist hablaba griego sin problemas, con gran fluidez, cosa por la que seguramente era tan bien recibido por los lugareños cuando entraba en sus modestas casas y les pedía la narración de tradiciones locales en muchos casos ya olvidadas. En esas andaba Talquist cuando se topó con papá Lepolis, un viejo patriarca familiar que parecía la representación carnal de algún dios cretense del mar. Papá Lepolis prometió al joven científico, mirándole con sus profundos ojos negros, que le mostraría un antiguo altar ante el que sus ancestros habían rendido culto a los dioses del bosque.

Había, en efecto, un recóndito lugar del bosque, una hondonada donde los hombres de la antigüedad hacían sus ofrendas a los dioses. Aún se conservaban las ruinas, que eran sin embargo conocidas por muy pocos. La gruta era, prácticamente, un lugar secreto, pues, y además prohibido por la iglesia ortodoxa, que se arrogaba su posesión. Había allí piedras grabadas que, según le dijo papá Lepolis, interesarían mucho a un arqueólogo como él.

—Lléveme allí —dijo Talquist de inmediato, entusiasmado—. Tengo que ver esa hondonada.

Lepolis permaneció un rato en silencio, mesándose la espesa barba.

—Me pregunto… si realmente me atrevería a hacerlo, señor Talquist —dijo al fin.

—¿Atreverse? —se extrañó Talquist.

—Usted y yo somos hombres de este tiempo… No tememos esas cosas que aún hacen temblar de miedo a los ignorantes campesinos de estas tierras.

—¿Y a qué tienen miedo? ¿Es que hay que temer algo?

Lepolis bajó la vista y permaneció un rato mirando el suelo.

—Nada, seguramente —respondió Lepolis—. Pero en esa gruta hay un altar, como le he dicho, ante el que en tiempos los hombres adoraron a Pan. E hicieron más cosas…

Talquist escuchaba con gran interés.

—Sí —prosiguió Lepolis—; si hemos de creer lo que dicen las leyendas, al menos en parte, los adoradores del dios Pan hacían algo más que rendirle culto… Hacían también… sacrificios.

—¿Se refiere a sacrificios de animales?

—No, señor Talquist. No me refiero a eso… En realidad, a los dioses de los bosques había que ofrendarles sacrificios humanos. Querían carne caliente, carne viva… Carne de jóvenes vírgenes, por ejemplo, con que saciar su apetito divino.

Talquist sonrió condescendiente.

—Bien, ¿y qué más da? En todo caso eso ocurriría hace miles de años… ¿Qué nos importa ahora? Ya he oído historias así, por supuesto… Pero sinceramente creo que en el presente no hemos de temer nada porque en tiempos se derramase allí sangre humana, si es que en verdad se hizo.

—Creo que no me entiende usted, mi joven amigo. ¿Sabe por qué se hacían allí sacrificios, qué llevaba a aquellos hombres a hacerlos?

—No —admitió Talquist.

El viejo patriarca comenzó a hablar en voz baja, una voz que parecía salir a través de su espesa barba.

—Decían que los dioses se aparecían a los humanos adoptando las formas de éstos en ocasiones, y en otras adoptando las formas de las bestias. Los pastores y las vírgenes errabundas de las colinas participaban de las venturas de los dioses de la naturaleza, con los que yacían, y de su unión nacieron los sátiros y los faunos, mitad hombres y mitad bestias.

—Sí, Lepolis, conozco esos mitos… Sátiros, centauros… La unión entre hombres y bestias es algo habitual en la mitología griega… ¿Y bien?

—Esas criaturas poseían sangre divina, señor Talquist. Y por lo tanto son inmortales.

Talquist abrió desmesuradamente los ojos, sorprendido.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso teme que esa hondonada del bosque y su altar estén guardados por… monstruos?

—No, no, nada de tonterías semejantes —dijo el anciano, incómodo.

Talquist se preguntaba si aquel hombre creía realmente todo eso.

—Entonces, ¿de qué se trata, Lepolis?

—Mire, cuando los hombres de la antigüedad hacían sacrificios en ese altar, recibían dones a cambio. ¿Comprende ahora? Hacían que corriera la sangre y los dioses les premiaban por ello. Terribles premios, señor Talquist.

Talquist lo miraba fijamente.

—No sé a qué se refiere…

—No sabría decirlo con exactitud, pero es normal que los adoradores pretendan recibir dones de los dioses. Quieren, por ejemplo, la inmortalidad que les es concedida a los faunos y a los sátiros, y también a las ninfas. A veces los dioses les dan amuletos y señales de su aprecio… Y quienes los lucen, son los llamados a buscar víctimas propiciatorias, o lo eran, mejor dicho… Los encargados de buscar gente a la que entregar en ofrenda.

Talquist sonreía con sorna.

—¿De veras cree usted en todo eso?

—No, no exactamente, señor Talquist —replicó suavemente papá Lepolis.

—Bien, pues entonces lléveme a ese altar —insistió el joven científico.

Los ojos del anciano evitaron la mirada de Talquist.

—No puedo enseñar esa hondonada a nadie —dijo al fin papá Lepolis, con cierta pesadumbre—. Es un secreto de familia… Además, créame, es mejor no saber ciertas cosas. He sido un imbécil por hablarle de todo esto.

Talquist puso una pila de dracmas en la mesa. Lepolis miró las monedas mientras movía intranquilo los pies. Y sonrió.

—Soy un anciano, señor Talquist; un hombre anciano y cansado…

Me resulta dificultoso desplazarme, pero… Bien, lo llevaré a usted hasta ese altar si así lo desea.

Talquist sonrió complacido.

—¿Mañana? —preguntó.

—Sí, mañana.

* * *

Hacían una extraña pareja, ellos dos, andando por aquellos caminos al día siguiente. El alto y barbado papá Lepolis con sus ropas que eran casi harapos, y el bien vestido Roger Talquist, bajo la dudosa luz de las primeras horas del nuevo día. A medida que avanzaban, el bosque se tornaba más denso, preñado de árboles, de viñedos y de abundante maleza. Apenas penetraban los rayos del sol.

Al principio Talquist seguía al anciano por aquel sendero lleno de los alegres cantos de los pájaros en sus ramas. Ahora iban por una zona donde la vegetación era aún más cerrada, de un verdor ennegrecido en donde parecía imposible que hubiese vida, sólo una suspensión palpitante. La palpitante suspensión del tiempo que se experimentaba en aquel antiguo paso en la foresta.

Era un profundo bosque de la antigua Grecia; un bosque cerrado y olvidado de casi todos desde hacía tres mil años. Allí hicieron cabriolas y relincharon los centauros junto a los oscuros arroyos, y las ninfas subieron gozosas por las colinas atraídas por el sonido embriagador de laúdes ocultos. O eso imaginaba Talquist. Su pensamiento, ahora, debía mucho a los mitos que había oído narrar a los viejos del lugar. Parecían de lo más apropiado en un lugar como aquél.

Lepolis seguía al frente, silencioso, como si fuese un furtivo. Ahora que se había embarcado en aquel periplo, no parecía reparar en que lo hacía. Talquist se percató de que el anciano, sin embargo, miraba frecuentemente a un lado y a otro, como si quisiera ver lo que había entre los árboles. Lepolis parecía tener miedo. Sería que en verdad creía en todo aquello, en todas aquellas leyendas y fábulas de las que había hablado.

Entre algunos claros del bosque y zonas de légamo siguieron caminando con cierta dificultad en muchos tramos, pero Talquist observó que el anciano continuaba con paso seguro. Luego continuaron por un sendero serpenteante y en ascenso que los condujo a otra parte del bosque aún más cerrada y oscura, hasta llegar a una arboleda que parecía a punto de hundirse en la tierra húmeda.

Roger Talquist miró hacia el frente, en busca de la meta. Sus ojos avistaron pronto una especie de gran anillo de hierba que rodeaba una hondonada, y observó también que la hondonada en sí estaba rodeada de piedras que parecían haber sido puestas en esa distribución siguiendo una fórmula concreta. Era dudoso, sin embargo, que aquellas grandes rocas hubieran sido puestas allí voluntariamente, artificialmente, cabría decir… Por el contrario, sí parecía que llevaran allí siglos, en la misma disposición. No obstante, había algo en su disposición que sugería un altar circular; además, la gran piedra del centro era plana en su superficie, ideal para consumar allí sacrificios rituales.

Bajaron a la hondonada y entonces Talquist se puso al frente, pues su guía, de tan anciano, descendía con mayor dificultad y adoptando muchas precauciones. Una vez abajo, Talquist procedió al examen minucioso de aquellas grandes piedras, deteniéndose en las erosionadas pero aún perceptibles inscripciones que había en ellas. Buscó a tientas algún fragmento de roca por si podía constituir un amuleto o

una reliquia.

Y entonces vio aquello Robert Talquist. La hierba, de tan húmeda, se hundía; la tierra estaba también muy húmeda. Y en un círculo alrededor del altar central vio las huellas inequívocas de unas pezuñas.

Talquist gritó con la voz presa por el asombro.

—¡Vea esto, Lepolis!

El anciano llegó hasta donde se hallaba, se agachó y examinó las pisadas, que eran muy claras y recientes. Sonrió apesadumbrado.

—Se lo avisé, señor Talquist… Hay criaturas que vienen a este altar abandonado…

—Eso no tiene sentido —dijo el joven científico—. Sólo quiero que me hable de los machos cabríos salvajes… ¿Acaso vienen a pastar por aquí?

El anciano sonrió enigmáticamente.

—¿Machos cabríos salvajes? —dijo—. Observe bien esas pisadas, señor Talquist… No son de macho cabrío.

Talquist examinó de nuevo las pisadas. Vio entonces que no eran realmente de macho cabrío, pues resultaban más grandes. Pero no podían ser de otro animal… ¿De qué se reía papá Lepolis?

—Ya se lo dije, señor Talquist —abundó el anciano—. Ya le avisé de que por el bosque merodean ciertos seres… que no han muerto. Ya le conté lo que sabe mi familia desde generaciones; y de su fe y de su conocimiento de esta tierra, aunque se trate de cosas que deben mantenerse en silencio… Mire que le dije que aquí se hicieron sacrificios rituales a cambio de recibir dones de los dioses. Aspiraban, sobre todo, al don de la vida eterna, a la consecución del poder, cosa que obtendrían al recibir de los dioses la señal para que procedieran al rito de matar. Quizá no les gustara vivir eternamente convertidos en otra cosa, pero al menos así conseguían eso, la vida eterna. Mucho mejor que morir, ¿no?

Pero ¿de qué hablaba aquel viejo chiflado? ¿Podía albergar alguna duda sobre si estaba o no loco?

La voz de Lepolis sonó estridente ahora.

—¡Se lo avisé, recuérdelo! Traté de impedir que viniese. Pero usted insistió… Sí, ya sé que soy débil; ya sé que soy viejo y no quiero morir… ¡Tengo miedo a la muerte, señor Talquist! A mí tampoco me importaría vivir eternamente, aunque fuese de otra manera, convertido en un ser distinto del que soy… Así que, señor Talquist, ahora que estamos ante el altar… ha llegado el momento…

También llegó él, por supuesto; y de modo tan rápido que Talquist no pudo prepararse. Ya había comenzado a acercársele Lepolis cuando hablaba. Y de golpe sacó un cuchillo, cuya hoja brilló con un fulgor verde oscuro, el del lugar donde estaban. Para descargar un golpe violento.

Sorprendido, Talquist apenas pudo evitar el ataque, pero por fortuna se hizo a un lado raudo, salvándose. El anciano, riéndose como un orate, le echó mano al cuello y

alzó de nuevo el cuchillo mientras empujaba a Talquist contra el altar, sobre cuya piedra quedó tendido. Desde allí observó el brillo tembloroso de la hoja, desde allí vio la determinación furibunda del anciano, y con el corazón helado sintió que iba a morir.

No obstante, en un movimiento reflejo último, llevado de su pánico, Robert Talquist alzó un brazo y logró sujetar la muñeca del anciano. Lucharon unos segundos, hasta que consiguió invertir la situación, volcando a Lepolis sobre el altar de piedra. El viejo patriarca, aunque se hallaba ahora en situación de desventaja, siguió luchando fieramente, pero lo mismo hizo Talquist, evitando que el otro se deshiciera del férreo agarrón con que su mano le sometía la muñeca, evitando así las cuchilladas que el anciano pretendía tirarle.

—¡Socórreme, gran dios Pan! —clamó entonces Lepolis, pero justo entonces, tras gritar aquello, Talquist consiguió doblegarlo y, aprovechando la propia furia del anciano, hizo que la hoja del cuchillo se le clavara varias veces en el cuello, del que manó al instante un auténtico río de sangre que tiñó el altar mientras el anciano rendía su vida.

Talquist, no tanto sorprendido como aterrorizado, dio un paso atrás. Estaba aturdido. La tierra parecía girar a su alrededor; sintió que las piedras se movían amenazantes, que todo se tornaba aún más oscuro, y para su mayor espanto sintió Talquist el sonido de una sucesión de truenos bajo sus pies. Todas aquellas sensaciones, sin embargo, cesaron al poco. Y contempló demudado el cadáver de aquel hombre sobre el altar.

Lepolis, en realidad, lo había llevado hasta allí para matarle, para satisfacer así la exigencia de las antiguas tradiciones que le había referido. Por eso intentó asesinar al joven científico, por eso intentó sacrificarlo en el altar de piedra, para así recibir el don de la vida eterna aunque en otro cuerpo. Para así recibir el regalo de los dioses antiguos. Lepolis había enloquecido, no le cupo duda a Talquist. Fue un hecho lamentable.

Talquist comenzó a apartarse lentamente del altar. Tenía que hallar la manera de salir del bosque, y hacerlo además rápidamente.

Pero… ¿qué era aquello? A los pies del altar había algo que brillaba… Talquist se acercó a recogerlo. No lo había visto antes, cuando anduvo inspeccionando el lugar. Lo alzó para verlo a la luz que apenas se filtraba, la de un sol con el color rojo de la sangre.

Era un medallón octogonal tallado en piedra verde, tan erosionado por el paso del tiempo que semejaba pertenecer a edades incontables. El medallón pendía de una cadena de oro macizo, lo que hacía evidente que había sido pensado para lucir en el cuello.

Talquist lo examinaba con mucho detenimiento, y así descubrió que en el medallón había una figura alarmante.

Pero había algo en la técnica con que había sido tallado que sorprendía a Talquist

más que lo turbaba. No parecía la consecuencia de una idea humana.

Si todo artista pone en su trabajo algo de sí mismo, lo que había traslucido en el medallón el ser que lo hiciera resultaba terriblemente extraño. Aquel macho cabrío que representaba la figura en realidad parecía ocultar otra figura. Una figura que Talquist no lograba descifrar, pero cuyo acecho sentía.

El medallón tenía, no obstante su antigüedad, un lustre especial; los trazos, sin embargo, aludían a lo que es contrario a la naturaleza común de las cosas. Cuanto más lo miraba Talquist, más se sobrecogía. El macho cabrío era el símbolo de Pan, y acaso la locura de Lepolis, que hablaba de dones recibidos de los dioses del bosque, seguía paralizando al científico.

Roger Talquist seguía contemplando la diabólica figura del medallón, mientras inconscientemente, preso de una fascinación completa, comenzaba a ponerse la cadena de oro al cuello.

Entonces se dio cuenta de lo que acababa de hacer. ¿Por qué se había puesto el amuleto? Presto llevó las manos a la cadena para quitárselo, pero apenas rozaron sus dedos el medallón, sufrió un choque paralizante. La piedra estaba tibia. Lo sintieron sus dedos, no de manera desagradable, sin embargo. La piedra era además radiante; y tenía la tibieza de la carne… Quizá poseyera propiedades radiactivas, se dijo.

Aquella tibieza cesó pronto, no obstante, y Talquist volvió de golpe a la realidad. Con la brisa llegaba veloz la noche. Las dos luces del anochecer hacían que de los árboles se proyectaran sombras fantásticas, mientras los propios árboles parecían figuras no menos extrañas, mecidas por el viento. Figuras que alargaban sus ramas como brazos verdes, como si quisieran cubrir el sendero aledaño, el único camino posible para ir o para salir de allí. Por un momento tuvo Talquist la noción absurda de que los árboles querían encerrarlo en la hondonada, impedir que saliera del bosque.

Miró entonces al cuerpo que yacía sobre el altar. Y cayó su vista después sobre aquellas pisadas que había en la hierba. Y se echó a temblar. Tenía que salir como fuese de allí.

Talquist echó a correr hacia donde estaba el sendero, adentrándose en la espesa foresta. Los últimos rayos del sol de poniente se clavaban en su medallón, y bajó los ojos para contemplarlo… Se movía levemente, como un péndulo. Lo tocó, pero no fue tibieza lo que sintió en este caso, sino una descarga que le dejó doloridos los dedos. Experimentó un fuerte pánico entonces porque supo que el medallón tenía vida, pulso. Era la sensación de llevar consigo una vida, una fuerza poderosa que le invadía la mano en oleadas, que le tomaba el brazo.

Aquello dio vigor a Talquist. Volvió a contemplar la silueta grabada en la piedra del medallón y sus ojos ardieron. La misma fuerza que se extendía desde sus dedos a su brazo parecía haberse adueñado ahora de sus ojos, e incluso de su mente.

Sí, el medallón estaba hecho de una materia viva y poderosa que se expandía por todo su ser mortal. Lepolis, con sus tonterías acerca de las mutaciones que podían darse en un humano tocado por los dioses, le había sembrado una duda que ahora,

consciente de aquella potencia que hacía presa en él, le hacía pedir a Dios que todo aquello no fuese más que eso, una tontería.

Al fin y al cabo, Lepolis estaba muerto, si bien no lo había asesinado intencionadamente, y yacía sobre la dura piedra del altar. Un sacrificado. Una víctima propiciatoria. Fuese lo que fuera aquello que el anciano hubiera querido decirle al hablar de sacrificios y de dones recibidos, lo cierto es que Talquist, gracias a aquella potencia que sentía en sí, comenzaba a considerar, sin embargo, la posibilidad de que hubiera sido regalado por los dioses con el don de la inmortalidad. Eso, por otra parte, quería decir que cambiaría, que mutaría en otro ser, animado por la sangre divina del sátiro. Lepolis había muerto, sí, y Talquist colgaba ahora de su cuello el poderoso talismán. Era extraño, pero no lo había visto antes, cuando inspeccionó el lugar donde se alzaba el altar.

¿Había sido depositado allí por alguien o algo después de que se verificase el sacrificio? Aquel trueno que sintió bajo sus pies…

Pero todo aquello era absurdo. No hay dioses en los bosques, estamos en el siglo XX.

Y aquellas pisadas en la hierba…

Talquist trató de pensar en más cosas. Pero todo aquello resultaba fácil de aceptar, por muy paradójico que le pareciese. Le bastaba con observar su propio cuerpo. ¿Por qué se había sentido repentinamente tan extraño, tan diferente?

Sintió el súbito impulso de arrancarse el medallón y arrojarlo lejos de sí, y sus dedos se dirigieron, acaso instintivamente, hasta la piedra verde. Pero experimentó entonces una especie de aceleración fortísima de aquella fuerza que lo poseía, que se había diseminado ya por sus miembros, por lo que su mano quedó paralizada. Abatida por una nueva descarga.

¿Qué efecto causaba aquella *cosa* en él? ¿De veras estaría cambiando, mutando?

¡Dios!, ahora sentía un fuerte dolor de cabeza. ¿Habría enfermado? Le ardían los brazos y las piernas, como si lo abrasara la fiebre; sintió una fuerte tensión en los muslos, algo muy extraño, como si se le desgarraran por dentro… Era algo muy parecido a aquello que le pasaba de niño, cuando le decían que no era nada, sólo esos dolores propios del crecimiento…

¡Los dolores del crecimiento!

Preso otra vez del pánico, Talquist intentó desesperadamente comprobar que seguía siendo un hombre sano y entero. Nada, aquello no sería más que un súbito ataque de reumatismo debido a la humedad del ambiente. Sólo eso. Cosa de los bosques. Le dolían las piernas porque no se había puesto el calzado adecuado.

Y su camisa… Bueno, la habría perdido por ahí, cuando atravesaba el bosque cerrado de maleza… Se le habría quedado enganchada a una rama… Y quizá se hubiera quitado las botas sin darse cuenta… Se notaba enfebrecido; sentía que se le constreñía la cabeza. Vibraba con esa calambrina roja de la exultación… Estaba aterrorizado y a la vez experimentaba una extraña sensación de felicidad.

¿Tendría realmente fiebre alta? Podía ser. Su cuerpo, a despecho del dolor, no le parecía que formase parte de sí mismo. Frunció el ceño cuando lo dejó seco una sacudida, una fuerte convulsión. Supo que le había crecido la barba de un tirón y se preguntó, sin embargo, si no había olvidado afeitarse aquella mañana, antes de salir hacia el bosque. Tenía las manos muy bronceadas; aún le temblaban los dedos por la sacudida recibida al tocar el amuleto.

Quizá hiciera mejor en retrasar la partida. Tenía que descansar un poco, reponerse. Además, había perdido la camisa y las botas… Talquist se recostó junto a unos matorrales. El último rayo del sol le daba en el pecho.

De nuevo se fijaron sus ojos en aquel fulgor verde del amuleto de piedra. Todo él, entonces, se sintió invadido por una especie de fuego líquido. Experimentó una evidente pero a la vez extraña sensación de tortura; sus músculos parecían distenderse y a la vez tensarse duramente; los nervios le dolían con una sensación exquisita que le hacía sentir un éxtasis animal. No podía mover los ojos como antes ni alargar las manos para llevarlas de nuevo al talismán y quizá arrancárselo de una vez por todas tirando fuertemente de la cadena de oro que se lo sujetaba al cuello. No en vano su cerebro sentía las oleadas de una felicidad máxima, tormentosa, aunque a la vez otra parte de su conciencia le susurraba palabras tales como *hipnosis*, *magnetismo, locura*… Todo él seguía sometido al dulce castigo de la piedra del medallón.

Pero abruptamente le llegó la liberación. El anochecer se dejó caer por doquier, y aquella tenue y purpúrea palidez circundante contrastaba con el fulgor verde del amuleto, que palpitaba sobre el pecho de Talquist.

Roger Talquist se frotó los ojos. ¿Qué sería aquello que había en la hierba? ¿Qué había hecho? No experimentaba ahora ningún dolor, ni violento ni dulce. Sólo un calor que le corría por las venas como la sangre. Sentía a la vez un chillido en las sienes. ¿Por qué poco antes había querido huir de allí? ¿Por qué había llegado a sentir miedo de aquel amuleto?

Era placentero estar allí en el bosque, de noche; el talismán emitía un brillo tintineante que le llenaba el cuerpo, que lo vigorizaba. Fuese aquel influjo del sátiro lo que fuera, fuese natural o sobrenatural, lo cierto es que le hacía sentir muy bien, cada vez mejor, y ahora sin violencias de ninguna especie… Había sido tan tonto por albergar aquellos temores…

Talquist se levantó de nuevo, plenamente consciente ahora de su desnudez y recorrió el espacio detenidamente hasta llegar al borde del sendero… A través de la oscuridad lenta pero implacable contempló las piedras que se alzaban alrededor del altar, que refulgían en blanco. La hierba parecía más tupida, más crecida ahora en la base del altar. Como si alentara nueva vida en todo aquello. Las rocas le parecieron más altas y numerosas que antes de que comenzara a anochecer. Pero sólo entonces fue consciente del círculo perfecto que hacían.

Talquist quiso buscar una altura desde la que contemplarlas mejor, pero algo lo alertó, algo que provenía del bosque. Unas sombras, un sonido…

De la lejanía le llegó nítido entonces el sonido de caracolas. Poco después vería llegar una procesión de hombres barbados, con túnicas blancas. Una docena de ellos. Talquist creyó reconocer caras que había visto en el pueblo.

Allí, pues, estaban los adoradores.

Los sacerdotes, si es que lo eran, llegaron hasta el altar y se desplegaron a su alrededor. Talquist observó la sorpresa que embargó a todos al descubrir allí el cuerpo de papá Lepolis. Se decían cosas en voz baja, algunas de las cuales pudo oír Talquist.

—Lepolis nos contó que ese joven extranjero ya estaba dispuesto, ¿no? —dijo uno de aquellos hombres.

—Algo ha salido mal…

—Vayámonos antes de que vengan…

—Sí, vendrán pronto a recoger el cuerpo.

—Antes, encendamos el incienso… Pero ¿dónde está el talismán?

—Démonos prisa, tengo miedo.

Los hombres encendieron varillas de incienso. Grandes nubes de humo odorífero llenaron el aire. Era una escena propia de la antigua Grecia… La antigua Grecia de los místicos bosques y sus dioses.

El humo del incienso rodeaba el cadáver de Lepolis. Los hombres en procesión huyeron de allí a toda prisa y Talquist contempló la escena con asombro, a la espera de qué ocurriría después de aquel prodigio, con la respiración agitada e irregular.

Sucedió a la escena un largo silencio. Después, lentamente, un rumor de hojas, una agitación en el aire, una especie de lamento de los árboles… y una sucesión de pisadas en la hierba.

El día ya había fenecido en el carmesí fantasmagórico del cielo. La luna surgía por el este, derramando su tenue luz sobre la hondonada mientras se incrementaba en el aire el rumor de las hojas, el viento y las ramas. Uno de los rayos de plata de la luna cayó directamente sobre el altar entre las rocas, y se dejó sentir entonces un chillido largo, estridente, agudo e hiriente… El canto desaforado de un caramillo. Aquel sonido se acercaba raudo y el aire olía a fuego.

Pero se dejaron sentir más sonidos: extraños lamentos y gemidos, rugidos animales… Otro olor, o una combinación de olores, mejor dicho, se mezcló con el perfume del incienso. El almizclado olor de las bestias y las criaturas del bosque. Talquist observaba y esperaba… Y temblaba. Y estaba a punto de gritar.

Aquellas criaturas pisaban con fuerza la hierba, y cabeceaban brutalmente, y piafaban y temblaban como llevadas de una furia interna que las hacía temibles. Desgreñados y sucios, a medias hombres y a medias bestias, los faunos, con sus barbas de chivo encrespadas, chillaban cada vez con más violencia.

Allí tenía, allí estaban ante su vista las criaturas míticas.

Otros, con el cuerpo de un toro y el torso y la cabeza igualmente humanos, hollaban sin descanso la hondonada agitando sus cabelleras con los movimientos típicos del bóvido. Más allá, los centauros hacían gala de su potente furia correteando

sin descanso, exhalando sonidos brutales. Algunos golpeaban con sus cascos la piedra del altar, extrayendo chispas de ella.

Ahora comprendió Talquist el porqué de aquellas pisadas que viera en la hierba.

Por su parte, los egipanos lanzaban horrorosos gritos, como si pretendieran desafiar a la luna con la cornamenta de su cabeza animal, y extendían sus patas y pezuñas, como si se estirasen para oler mejor el aroma del incienso.

El sonido largo y estridente del caramillo se dejó sentir más cerca, con lo que las criaturas del bosque chillaron aún más ferozmente, agitándose entre las nubes de humo de incienso como si danzasen alrededor del altar.

Talquist trataba de tomar aire. Las leyendas fabulosas se habían hecho realidad. Se miró el pecho para contemplar de nuevo el medallón del sátiro, que tanto influjo parecía ejercer sobre él, pero apartó la vista de inmediato al dejarse sentir otros gritos, aún más agudos y estridentes que el sonido del caramillo, aún más feroces que los de las bestias.

Aparecieron en la hondonada las ninfas, húmedas por los arroyos del bosque. Bailaban como posesas sobre la hierba, sacudiendo sus largas cabelleras mojadas y verdosas para incitar a las bestias-hombres.

Una de ellas, la que más verde tenía el cabello, y la que más rojos tenía los ojos, avistó entonces a Roger Talquist. Los ojos se le tornaron aún más rojos. Talquist se estremeció, pero la ninfa dejó de mirarlo para ir a reunirse con el resto de los seres del bosque.

Las criaturas contemplaban el cuerpo que yacía sobre el altar mientras un fauno hacía gestos a todos los allí congregados para que se acercaran más. Una extremidad peluda tocó el cuerpo de Lepolis. Un sátiro alzó el cuerpo, y olió las barbas del cadáver mientras le aleteaban las fosas nasales. Se acercó un centauro, que parecía sacar brillo a la piedra con sus flancos. Las ninfas chillaban histéricas.

Todos tocaban y acariciaban al que yacía en el altar, y chillaban y rugían. Después se llevaron el cuerpo.

El caramillo se dejaba sentir implacable en su estridencia. Aquel sonido, y el humo del incienso, los berridos y los rugidos de las criaturas del bosque, todo eso, hizo que finalmente Talquist saliera de la maleza donde permanecía oculto, observándolo todo. No pensaba, sin embargo, en lo que había visto. Sólo crepitaba en su sangre la impresión de lo que había presenciado. Una extraña respuesta, una llama que no le resultaba ajena.

La danza de las ninfas hizo su efecto en la asamblea, y las bestias del bosque se aparearon con ellas, llenando la noche de feroces rugidos.

El sonido del caramillo se alargó entonces sobremanera, en una alta nota que parecía la señal de un triunfo largamente esperado, mientras parte de la horda arrastraba hacia el bosque espeso el cuerpo de papá Lepolis.

Talquist, con la sangre encendida por aquel fuego ignoto, fue a unirse a los que aún estaban junto al altar. Una extraña locura le poseía; una extraña locura a la que lo

llevaron tanto su afán de conocer el pasado como aquella ígnea fuerza que experimentaba. Al verlo, los seres del bosque lo señalaron atónitos. O señalaron, más bien, su amuleto. Y chillaron y rugieron. Pero Talquist no lo oía.

Ajeno a todo, sus ojos no buscaban más que a la ninfa de cabellos verdes y ojos muy rojos. Ella lo vio al fin, y se acercó a él con un gruñido amable. Talquist odiaba aquella mirada roja de la ninfa, pero a la vez se sentía profundamente atraído por ella. Algo en su cuerpo lo impelía hacia ella… La ninfa demostró una suerte de mímico arrobo, y se fue hacia lo más espeso del bosque, justo por donde venía el sonido del caramillo.

Talquist la siguió. Fue en realidad tras aquellas compañías de duendes del bosque y, sobre todo, tras aquella cabellera verde y húmeda que se confundía con el follaje y las ramas de los árboles que alcanzaban el suelo. Le ardían las sienes, respiraba agitado, como si ansiara el aire; sentía una fuerza inmensa en su interior, una fuerza que lo llevaba a seguir adelante, en pos de aquella incierta figura tras la que iba por los senderos de la noche.

Pronto llegó junto a un río, al que habían regresado las ninfas y las nereidas. Aquel grupo de criaturas se bañaba en las aguas, jugueteaba entre las cañas, correteaba aplastando los juncos. Las que se sumergían no volvían a dejarse ver.

Roger Talquist, encendido por aquella locura que lo guiaba, por aquella exaltación de todo su ser, conducido en realidad por la palpitante figura que lucía su medallón, nada se preguntaba; sólo parecía fiel al peso de la cadena de oro del amuleto.

Ella le salió al paso, echándose hacia atrás su cabellera que parecía hecha de serpientes, mirándole con los labios entreabiertos. Sus manos suaves tomaron deliciosamente los brazos de Talquist. Sus ojos rojos no eran humanos, desde luego, y miraban a Talquist de tal forma que parecían descubrir su interior. Talquist, asustado, la apartó de sí. Mohína, la ninfa alargó su fría mano para retenerlo. Pero en realidad sus dedos alcanzaron la cadena del amuleto que llevaba Talquist. Intentó arrancárselo y perdió el equilibrio.

Como no soltó su presa al caer, la cadena se rompió y la ninfa cayó al agua, gritando… El amuleto, en su mano, describió un arco luminoso en el aire, brilló un poco más en la superficie del agua y se hundió al instante. La ninfa y el medallón del sátiro desaparecieron.

Roger Talquist se quedó atónito, inmóvil junto a las aguas del río. Miraba como un estúpido los círculos concéntricos en el agua.

Entonces recordó. Sentía frío, estaba desnudo en mitad del bosque, en la oscuridad de la noche. Y lo asaltaron de nuevo los fantasmas de la fiebre y el delirio.

No podía haberse producido allí ningún sacrificio, no había ninfas ni sátiros, porque no existen, simplemente… Todo aquello no había sido más que un mal sueño, una terrible ilusión debida quizá al terrible poder hipnótico que poseía el amuleto que había encontrado en la hierba.

Pero el amuleto había desaparecido. Aquel extraño talismán. Seguro que se le había caído al agua porque sí, por descuido. O quizá lo arrojara él mismo en un ataque de rabia. Bueno, daba igual cómo hubiese ocurrido… Lo cierto era que al fin se había quitado de encima aquella maldita piedra.

El viejo Lepolis tenía algo de razón. El influjo del sátiro, fuese o no un don recibido de los dioses de la antigüedad, podía obrar un gran cambio en la persona. Llevándolo, Talquist no había podido pensar ni proceder por sí mismo. Con el amuleto al cuello, se había convertido en una especie de bestia; incluso su mente había sufrido una transformación extraña que lo llevaba a sentirse partícipe de las cosas de las criaturas del bosque y los antiguos mitos… Lepolis ya le había avisado de que aquellos seres realmente existían, sin embargo, así como de la necesidad de sacrificio.

Pero todo aquello no era más que pasado. Cosas del pasado.

¡Pobre papá Lepolis! Aún creía en todo eso; en realidad hubiese querido encontrar el amuleto para convertirse en una criatura del bosque, en un ser eterno. Y por eso quiso matarlo, a él, a Talquist, un científico de quien se había hecho amigo. Y total… ahora estaba muerto, ya no había amuleto.

Talquist se lamentó… No había creído los cuentos de aquel viejo, ni mucho menos aquello de que el talismán podría obrar semejantes cambios en un hombre. Quizá se había expresado en forma alegórica. El influjo del sátiro, en realidad, producía un cambio, una cierta alteración psicológica, pero nada más. No alcanzaba a provocar una mutación completa del cuerpo. Ese trance hipnótico provocado por el amuleto le había llegado a suponer incluso que poseía otro cuerpo. Y, no obstante, seguía sintiéndose extraño, distinto… Esas extrañas vibraciones…

Pero ¿qué seguía haciendo allí? Mejor sería que regresara a su hotel de una vez por todas. Mejor sería olvidar aquellos delirios.

Talquist echó una mirada a las aguas, pensando irse ya. Aquellas aguas en las que se habían hundido la ninfa y el talismán. Las aguas estaban en calma, pero la luna se reflejaba en ellas como en un espejo. Talquist se vio también reflejado en el agua plateada, como si estuviese ante un espejo.

Su cabeza, su frente, su cara, su cuello, sus brazos, su torso, sus piernas… Reparó en todo aquello. Y entonces comprendió la cruel verdad que se escondía en aquellas palabras que le dijera Lepolis. Entonces comprendió la cruel verdad de los dones otorgados por los dioses a cambio de la vida de un hombre.

No quiso mirar más. Tras un mero instante de duda, se arrojó al agua, rompiendo así aquel reflejo bestial que había en la superficie.

Pues tras haberse contemplado allí, Roger Talquist comprendió que era sin remedio el dios Pan.

EL DEMONIO NEGRO

(The Black Demon)[17]

Hasta ahora no se ha escrito nada de la verdadera historia de la muerte de Edgar Gordon. De hecho, nadie salvo yo mismo sabe que está muerto. La gente fue olvidando gradualmente a este extraño genio de lo negro, cuyos cuentos terroríficos y sobrenaturales fueron en tiempos muy populares entre los amantes del género fantástico. Quizá fue con sus últimas historias con lo que terminó de apartar a su público, esos libros finales suyos que eran una auténtica pesadilla y que referían extrañas historias de mundos ajenos al nuestro.

Mucha gente se tomó aquellas obras como las propias de un demente, como una pura extravagancia, a tal punto que sus editores rehusaron hacerle cualquier comentario acerca de los originales que les hacía llegar. Para colmo, su vida no ya estrafalaria, sino furtiva, lo apartó aún más de quienes le habían admirado tanto, y que en sus días de éxito fueron sus mejores amigos. Cualquiera que fuese la causa, tanto él como sus escritos fueron cayendo poco a poco en el olvido, pues el mundo suele despreciar aquello que no comprende. Los pocos que aún le recuerdan creen, simplemente, que Gordon decidió esfumarse. No está mal que así lo crean, en vista de la forma en que se produjo su muerte… Pero he decidido contar la verdad… Yo conocí a Gordon muy bien. Yo fui realmente el último de todos sus amigos, el último que le fue fiel, y estuve a su lado cuando murió. Le debo gratitud pues hizo muchas cosas por mí… Por eso creo que la mejor manera de demostrar esa gratitud no es otra que contar lo referido a su metamorfosis, que lo llevó al borde de una gran melancolía, por no decir de un claro desorden mental, y su trágica muerte. Este obituario, pues, no puede ser otra cosa que una declaración completa.

Le conocí hace unos seis años. No supe que vivíamos en la misma ciudad hasta que comenzamos a mantener correspondencia.

Por supuesto que había oído hablar de él. Siendo escritor yo mismo, debo reconocer su influjo en mi obra gracias a los muchos *magazines* en que leía sus cuentos, esas historias fantásticas que tanto me asombraban. Era reconocido entonces como todo un erudito en los cuentos de horror, si bien sólo entre los aficionados al género, así como un gran escritor de dichos cuentos él mismo, y también como un magnífico reportero de sucesos. Su estilo le había procurado gran fama en ese reducido círculo, aunque también había gente que consideraba sus historias excesivamente truculentas, e incluso grotescas.

Yo, sin embargo, lo admiraba extraordinariamente. Así es que un día decidí llamarle por teléfono. El señor Gordon y yo nos hicimos amigos.

Para mi sorpresa, aquel hombre, al que tenía por una especie de misántropo, o por

un soñador con los pies despegados del suelo, parecía disfrutar de mi compañía. Vivía solo, prácticamente carecía de amigos, y apenas tenía contacto con unos cuantos, aunque generalmente lo hacía a través de sus editores. Su agenda, sin embargo, era voluminosa. Se escribía con autores y con editores de todo el país; se escribía con aspirantes a escritores, con aspirantes a periodistas, con pensadores y estudiosos, con estudiantes de cualquier parte… Una vez que conseguías romper su reserva, una vez que conseguías que abatiese sus barreras, disfrutabas realmente de la amistad. Así me honró. No hace falta decir que yo estaba encantado.

Nunca podré contar adecuadamente todo lo que Edgar Gordon hizo por mí en los tres años que siguieron al inicio de nuestra amistad. Su amabilidad, su ayuda, sus críticas amistosas y su buen carácter, me decidieron definitivamente a escribir, un hecho que selló definitivamente nuestra amistad.

Lo que me revelaba, acerca del génesis y desarrollo de sus magníficas historias, me dejaba simplemente atónito. Aunque siempre sospeché, de manera incierta, oscura, aprensiva, que tendría el final que tuvo.

Gordon era un hombre alto, delgado, de rostro anguloso y muy pálido. Tenía los ojos profundos y en su mirada había una caída propia de soñador. Hablaba con una expresión culta, poética muchas veces, y sus maneras eran tan suaves que parecían las de un sonámbulo; daba la sensación de que su mente, el formidable mecanismo que dirigía sus maneras, estaba lejos, fuera del mundo. Hubiera podido extraer de aquellos signos el conocimiento de sus secretos. Pero no lo hice. Fue él quien me dejó de veras sorprendido al contarme que todas sus historias no eran más que los sueños que tenía.

La trama, el desarrollo, los personajes, todo, eran el producto de sus sueños vívidos y coloristas. No tenía más que llevar al papel lo que había soñado.

No se trataba de un fenómeno único, sin embargo. Ya lo sabía. Edward Lucas White decía haber escrito varios libros basándose en sus propios sueños. H. P. Lovecraft produjo un sinfín de cuentos extraordinarios originados en una fuente similar. Y Coleridge, por supuesto, vio su *Kubla Khan* en un sueño. La psicología informa de que el sueño es una buena fuente de inspiración para muchos escritores.

Pero lo que más extraño me resultó de aquella confesión de Gordon, fueron las extrañas peculiaridades, las instancias personales de los sucesivos estados de sus sueños. Decía, además, que podía cerrar tranquilamente los ojos cuando le diera la gana, relajarse al extremo de caer en una especie de soñolencia, y comenzar a soñar torrencialmente sin más, sin necesidad de hallarse profundamente dormido. Daba igual si era de día o de noche. Daba igual si lo hacía durante quince horas o durante quince minutos. Era, desde luego, un hombre particularmente susceptible a las impresiones subconscientes.

Mi interés por la psicología, y el conocimiento obtenido de su estudio, me hicieron creer que aquella especie de autohipnosis era en realidad un estado de sueño mesmérico en el que el sujeto queda abierto y a merced de cualquier sugestión.

Llevado, pues, de ese interés mío en la psicología, comencé a preguntarle por el tema principal de sus sueños. Al principio me respondió con argumentos literarios, por no decir literales, acaso porque yo me adelanté exponiéndole mis ideas al respecto, mis ideas acerca de los sueños… Eso quiere decir que se limitó a referirme varios de sus sueños, que luego anoté en mi cuaderno para analizarlos posteriormente.

Las fantasías de Gordon estaban muy lejos de ser las que llama la teoría freudiana de sublimación o de represión. No se podían discriminar en ellas lo que había de deseos ocultos o lo que tenían de simbólicas. Eran simplemente extrañas, ajenas a cualquier concepción, a cualquier código. Me contó, por ejemplo, que había soñado las historias de sus famosos cuentos de gárgolas, y también aquellas ciudades oscuras que había visitado al borde del espacio exterior, y la flora y la fauna de esos reinos que existen más allá de las formas y de toda materia conocida. Sus vívidas descripciones de la aterradora geometría ultraterrestre, y de las formas de vida que se daban en ella, me convencieron de que la suya no era una mente común que pretendiera dar amparo, mediante la sublimación, a sus sombras, a sus fantasmagorías.

La facilidad con que rememoraba todos los detalles era, desde luego, insólita. No parecía haber en todo ello una premeditación, ni una concepción mental; recordaba los detalles incluso de sueños que había tenido muchos años atrás. A veces, sin embargo, rehusaba contar algún pasaje, diciendo que «no resulta posible hacer inteligibles algunos aspectos de esos sueños». Insistía en que lo había visto y comprendido todo, más allá de las meras descripciones que fuese capaz de hacer en una forma que se atrevería a designar como tridimensional, y que en el sueño podía no ya ver, sino sentir, los colores, y oír, sí, oír, las sensaciones.

Aquello, naturalmente, suponía un campo de investigación fascinante para mí. Para responder a mis preguntas, Gordon me dijo en una ocasión que siempre había *sabido* esos sueños, que le eran conocidos desde su primera infancia, y que la única diferencia entre los primeros y ya lejanos sueños y los últimos radicaba en la *intensidad*. En el presente, decía, sus sensaciones eran mucho más fuertes.

La localización de aquellos sueños era, además, perfecta. Todos ellos se desarrollaban entre escenarios que no resultaba difícil identificar como ajenos a nuestro cosmos. Montañas de negra estalagmita, picos y conos que se alzaban entre valles en la hondura de cráteres, soles muertos, ciudades de piedra en las estrellas… Tales eran sus lugares comunes. Algunas veces caminaba, otras se deslizaba, fluía, trastabillaba o saltaba por caminos de otros planetas indescifrables y ajenos al nuestro, desde luego… Veía monstruos que describía perfectamente, inteligencias que existían sólo en forma gaseosa, en una nebulosa, o que eran la consecuencia de una fuerza inconcebible.

Gordon era consciente en todo momento de su presencia fundamental en todos sus sueños. A despecho de la imposibilidad racional de describir aquello, lo hacía

perfectamente. Y no era posible, tal y como las contaba, calificar aquellas historias como meras pesadillas. Nunca experimentaba una sensación de miedo, ni al vivir el sueño ni al referirlo. Era como si refiriese el envés de una identidad, acaso de su propia identidad. Sin duda por eso recordaba los sueños de manera tan natural. Casi tanto como la vida común le resultaba irreal.

Yo le preguntaba por los aspectos de cada sueño de forma tan acuciante y profunda como era capaz de hacerlo, pero a menudo carecía de respuestas que ofrecerme. Todo le resultaba familiar; todo era, para él, común, ordinario. Casi tanto como la historia de su parentela misma… Igual que si refería anécdotas de un antecesor que había sido brujo en Gales, o al que allá le habían dado fama de brujo… Gordon, sin embargo, no era un hombre al que se pudiera tachar como supersticioso. Aunque se veía forzado a admitir que algunos de sus sueños coincidían estrechamente con ciertos pasajes descritos en el *Necronomicón* y en *Los misterios del gusano*, y en el *Libro de Eibon*.

También había experimentado sueños mucho antes de que su mente curiosa lo llevara a leer la oscura literatura contenida en esos libros citados. Supo así que ya había conocido a Azathoth[18] y a Yuggoth[19] antes de que leyera cualquier cosa acerca de sus existencias a medias míticas, o legendarias, datadas en tiempos pretéritos. Por ello era capaz de describir a Nyarlathotep[20] y a Yog-Sothoth[21], entidades alegóricas con las que decía contactar a través de sus sueños.

Todo aquello no podía por menos que impresionarme sobremanera, cosa que finalmente me llevó a admitir que no me quedaba ni una sola explicación lógica que dar, toda vez que las había acabado todas sin el menor éxito. El mismo Gordon se tomaba aquello con tanta seriedad que ni siquiera se me ocurrió, por otra parte, hacer alguna leve humorada al respecto, ni ridiculizarlo.

Más aún, cuando me comunicaba que estaba escribiendo otro cuento, no podía evitar preguntarle con absoluta seriedad por el sueño que se lo había inspirado. Quizá por eso en todo este tiempo me confió siempre lo que soñaba en nuestros encuentros semanales.

Pero hubo un momento en que pareció acceder a un grado de su escritura que le supuso el disfavor de quienes habían sido sus admiradores. Los *magazines*, que hasta entonces habían publicado sus cuentos con entusiasmo, despreciaron varios de sus originales por considerarlos excesivamente crudos para sus lectores, y para el gusto popular en general. Su libro *Night-Gaunt*[22] fue un fracaso, dijeron que por la morbosidad de su temática.

Yo también percibí ahí un cambio tanto en el estilo como en el tema. Pero Gordon comenzó a suponer que se daba una especie de complot contra él. La verdad es que había comenzado ya a narrar sus cuentos en primera persona, aunque resultaba evidente que el narrador no era… un ser humano. Y la elección de las palabras denotaba la hiperestesia en que se hallaba sumido.

Para replicar a mi observación de que estaba introduciendo ideas que no eran las

propias de un humano, Gordon dijo que un cuento de terror que se precie tiene que ser contado desde el punto de vista del monstruo, o de la entidad que lo protagonice. Una teoría, en fin, que no me resultaba extraña, pero insistí en que, sin embargo, había en su intención una carga de impacto excesivamente mórbido… Veamos, como ejemplo de lo que digo, lo que escribió en *The Soul of Chaos*[23]:

Este mundo no es más que una pequeña isla en el negro mar del infinito, y se dan ahí horrores que nos circundan sin remedio. ¿Que nos circundan? Digamos, mejor, que están entre nosotros… Lo sé bien, pues los he visto en mis sueños. Hay en este mundo muchas más cosas de las que nos enseña nuestra pretendida visión limpia.

The Soul of Chaos, en cualquier caso, fue el primero de los cuatro libros que imprimió por cuenta propia. Para entonces ya había perdido todo contacto con sus editores habituales, y con los *magazines* en los que escribía desde hacía tanto tiempo. También fue reduciendo su correspondencia con muchos de quienes hasta entonces habían sido sus corresponsales, debido al rechazo de éstos. Empezó a escribirse, sin embargo, con algunos pensadores excéntricos del Oriente.

También cambió su actitud hacia mí. No obstante haberme hecho confidente de sus sueños, de la inspiración de su obra, y quizá llevado de su creencia en que se le había declarado un complot, comencé a visitarlo con mucha menos frecuencia, dada su actitud de reserva, por no decir de abierta hostilidad en muchas ocasiones.

Hubo factores añadidos, por supuesto, que a la vez hicieron que yo también me despegase de él. Uno de ellos fue la evidente tendencia a la misantropía que iba desarrollando a marchas casi forzadas, lo que le aislaba aún más en su mundo propio de un ermitaño. Para colmo, dejó de salir por completo, y eso que lo de salir no era cosa que hiciera con frecuencia. Ni siquiera paseaba un poco por el jardín de su casa. Encargaba algo de alimento y otras cosas de primera necesidad que le dejaban en la puerta. Por las noches no encendía más luz que la de un flexo que había en su despacho. Tampoco quería hablar mucho de aquel encierro en las pocas ocasiones en que permitía mi comunicación con él. Se limitaba a decir que pasaba la mayor parte del tiempo soñando y escribiendo.

Adelgazó mucho, su palidez era alarmante; se movía con una lentitud no ya de sonámbulo, sino de quien está en pleno trance místico. Aquello me hizo pensar en la posibilidad de que se hubiese dado al consumo de drogas. Parecía un adicto típico. Pero sus ojos no tenían ese fulgor morboso e ígneo que caracteriza a los comedores de hachís, ni su mente mostraba, a pesar de todo, la devastación a que lleva el opio. Pensé, por ello, en un trastorno mental. Su manera de hablar, tan cansina, su reluctancia a entrar a fondo en cualquier tema de conversación, me hacían pensar, más que nada, en un trastorno de índole nerviosa.

Ciertamente, todo lo que decía a propósito de sus sueños últimos tendía a confirmar mis impresiones. No podré olvidar mientras viva aquella conversación

última que tuvimos acerca de sus sueños. Enseguida se comprenderá el porqué.

Me habló de sus últimas historias con cierta reluctancia. Sí, estaban inspiradas en sus sueños, como todas las anteriores. No las había escrito para el consumo del público, pues sabía que sus editores, de haberlas recibido, hubieran reventado de ira. Escribió aquello porque *le dijeron* que lo hiciera.

Sí, le habían dicho que lo hiciera… Se lo ordenó la criatura de sus sueños, por supuesto. No había querido hablar de ello antes, sin embargo, pero como estaba seguro de que yo era un buen amigo…

Le urgí. Ahora creo que hubiese preferido no hacerlo. Lo siguiente es lo que supe:

Edgar Henquist Gordon, sentado bajo la pálida luz de la luna, sentado ante la amplia ventana con sus ojos que reflejaban el pálido brillo de aquella luna, alumbrado todo él por aquella suerte de luna leprosa e intensa, me dijo:

—Ahora lo sé todo acerca de mis sueños, al fin los he comprendido. Fui *elegido*, desde el principio, para ser el Mesías, el mensajero de su mundo… No, no es que me haya convertido, no es que me haya vuelto religioso. No hablo de Dios, al menos en el sentido en que el mundo lo entiende, en el sentido en que el mundo alude a ello para designar un poder que no comprende. Hablo del Oscuro. Ya has leído sobre él en los libros que te he mostrado. Lo llaman el Demonio mensajero. Pero todo eso es alegórico. No es un demonio, porque en realidad no hay nada a lo que se pueda llamar demoníaco. Es simplemente extraño, ajeno a nuestro mundo, extraterrestre. Y yo he sido llamado a ser su mensajero en este mundo.

»No, no te asustes, que no estoy loco… Habrás oído hablar antes de eso, de cómo hubo gentes en la antigüedad que adoraban a esas fuerzas ocultas que se manifiestan físicamente en la Tierra, como El Oscuro que me ha elegido entre todos los mortales. Las leyendas son una tontería, por supuesto que sí. No es un destructor; simplemente se trata de una inteligencia superior que desea compenetrarse con las mentes de los hombres para así poder establecer… cambios… interrelaciones entre la humanidad y lo que está más allá.

»El Oscuro me habla en sueños. Me insta a escribir mis libros, que luego reparte entre algunos que conoce. Cuando llegue ese tiempo al que aspiramos, iremos juntos a revelar los secretos del cosmos que los hombres sólo pueden entender, y apenas vagamente, en sueños.

»Por eso siempre sueño. Fui elegido para aprender. Y por eso mis sueños me han demostrado tantas cosas, como Yuggoth y el resto… Y ahora… Ahora estoy preparado para mi… apostolado.

»No puedo decirte mucho más. Debo dormir y escribir sobre un gran acuerdo para el presente, y tengo, por ello, que aprender rápido.

»Nada más puedo decirte sobre El Oscuro… Imagino que pensarás que estoy realmente loco. Bien, no serán pocos los que abunden en tu opinión. Pero no lo estoy, créeme. Todo lo que digo es cierto.

»¿Recuerdas que una vez te dije que mis sueños habían ido creciendo en

intensidad siempre? Pues bien, hace algunos meses tuve unas secuencias de sueño distintas. Estaba en la oscuridad, no en esa oscuridad común que conoces, sino en una oscuridad absoluta, esencial, más allá del espacio… Una oscuridad de un espacio que no puede ser descrito atendiendo a las tres dimensiones de nuestra percepción, que no responde a nuestras reglas. Aquella oscuridad era a la vez un sonido, un ritmo hecho de respiraciones… Porque es una oscuridad viviente. Allí, mi mente carecía de cuerpo, incluso de conformación. Entonces lo vi.

»Salió de aquella oscuridad para comunicarse conmigo. No mediante palabras. Debo dar gracias a mis sueños anteriores por haberme preparado convenientemente para ese instante que me previno y evitó el horror. De lo contrario no hubiera sido capaz de soportarle su mirada. No es humano, y la forma que ha elegido para mostrarse no resulta precisamente grata de ver… Pero una vez que lo entiendes y asumes, observas que esa forma en que se te muestra es simplemente una alegoría de esas leyendas con que los hombres ignorantes han querido conformarle. Y también a los otros.

»En realidad parece una representación medieval del demonio Asmodeo. Negro y peludo, con hocico de perro, ojos verdes y garras y colmillos de bestia salvaje.

»No sentí miedo después de comunicarme con él. Verás, adopta esa forma sólo porque las gentes ignorantes de la antigüedad creyeron que era precisamente así. Las creencias de la masa tienen un curioso influjo sobre las fuerzas intangibles, créeme… Los hombres, al pensar en esas fuerzas demoníacas, han hecho que *ellos* asuman un aspecto diabólico. Pero eso no significa que sean dañinos.

»Me gustaría poder repetir algunas de las cosas que me dice.

»Sí, lo veo cada noche desde entonces. Pero le he prometido no revelar nada hasta que haya llegado el día de hacerlo. Por fin he comprendido que no quiero escribir más para la chusma. Supongo que la humanidad no significa nada para mí desde que he aprendido a dar los pasos que llevan al más allá, y alcanzarlo.

»Ahora, puedes salir a reírte de mí por ahí. Todo lo que puedo alegar es que ninguno de mis libros son una exageración, ni una fantasía; aseguro que contienen, por el contrario, una parte infinitesimal de las revelaciones que me ha sido dado conocer y que están mucho más allá de la comprensión de la inteligencia humana. Pero cuando haya llegado ese día, el día señalado por él para su llegada, entonces, y sólo entonces, el mundo conocerá toda la verdad.

»Hasta ese momento, mejor será que te mantengas lejos de mí… No quiero molestarte, ni causarte problemas… Mis impresiones más hondas son cada noche más y más fuertes. Ahora duermo unas dieciocho horas al día, porque es mucho lo que él quiere comunicarme; y porque es mucho, en consecuencia, lo que tengo que aprender. Pero cuando llegue el día señalado, me convertiré en un dios creador, en un hacedor, pues me ha prometido que me encarnaré consigo mismo.

Así fue aquel monólogo que le escuché… Me fui poco después, no tenía nada que decirle… ni nada que hacer. Después me puse a pensar en todo aquello que le había

oído.

El pobre hombre parecía tranquilo. Pero no duró ni siquiera un mes. Me sentí profundamente afectado por su muerte, y bastante concernido por la tragedia. Después de todo, había sido un buen amigo y mi gran mentor. Y era además un genio. Todo, por ello, me resultaba horrible.

No obstante, su confesión, por mucho que pareciese todo lo contrario, era coherente y perturbadora. Además de corresponderse con sus sueños de mucho tiempo, el sustrato histórico que la sostenía era auténtico, si hemos de creer lo que dice el *Necronomicón*. Me preguntaba si El Oscuro tendría alguna relación, siquiera remota, con la fábula de Nyarlathotep, o con el Demonio Negro, o con los rituales de la Hoya de las Brujas[24].

Pero todo aquello no tenía sentido. Y mucho menos lo referido a ese día que habría de llegar, o a que él se convirtiera en un Mesías. Era absurdo. ¿Y qué pensar de aquello que me había contado acerca de su encarnación con El Oscuro? La posesión demoníaca es una creencia muy antigua a la que sólo prestan atención, sin embargo, los supersticiosos o muy tontos o muy dementes.

Sí, pensé mucho en todo aquello… Hice incluso una investigación que me llevó un par de semanas, consistente en la consulta de libros antiguos y en entrevistarme con los antiguos editores de Gordon, así como con quienes habían sido sus amigos en otro tiempo. Y también leí varios tomos de magia datados en un tiempo muy remoto.

No obtuve de todo ello nada tangible, salvo la certeza de que acaso había que hacer algo, rápidamente, para salvar a Gordon de sí mismo… Sentía pánico porque aquel hombre perdiera por completo la cabeza. Sí, tenía que actuar rápidamente.

Así, una noche, unas tres semanas después de nuestro último encuentro, salí de mi casa y me dirigí a pie hasta la suya. Quería convencerlo, si me era posible, de que saliera de allí; quería convencerlo de que era preciso que se sometiese a un examen médico. No sé por qué razón me eché el revólver al bolsillo… Quizá por un impulso, acaso por una premonición, puede que por simple instinto de conservación… pues en cierto modo temía que mi ruego se viese contestado violentamente.

En cualquier caso, me eché como digo el revólver al bolsillo del abrigo, metí allí la mano y lo apreté con fuerza, mientras me dirigía a buen paso hasta la vieja casa de Gordon, en la Cedar Street.

Era una noche oscura, sin luna, que amenazaba tormenta; ya comenzaban a dejarse sentir truenos en la distancia, y el suave viento que olía a lluvia agitaba las ramas de los árboles. Por el oeste se veían relámpagos cada vez con más frecuencia.

Mi mente era una especie de coctelera en la que se mezclaban de forma caótica la aprensión, la ansiedad, la determinación, la alarma y la prevención para que nada pudiera sorprenderme. No pensaba en qué palabras utilizar, sin embargo, cuando me viese frente a Gordon, aunque sí en lo que quería hacer. Y pensaba también en sus últimos días, en aquellas tres semanas que llevaba sin verlo, desde que me habló del día por llegar, que seguramente se estuviese aproximando ya.

Era una noche de mayo…

La casa estaba a oscuras. Llamé y llamé al timbre de la puerta, pero fue en vano. Al final cedió bajo el impacto de mi hombro. El sonido de la madera de la puerta coincidió con el primer gran trueno que se dejó sentir ya cerca.

Me dirigí raudo del vestíbulo al cuarto de trabajo de Gordon. Vi a un hombre dormido en el pequeño sofá que había junto a la ventana. Era, desde luego, Edgar Gordon.

¿Con qué estaría soñando? El Oscuro, me había dicho, era como Asmodeo, todo negro y peludo, con ojos verdes y hocico de perro, y con las garras y los colmillos de una bestia salvaje… El Oscuro le había prometido un día por llegar, en el que Gordon se encarnaría con él…

¿Soñaría con todo eso aquella noche de mayo? Edgar Henquist Gordon dormía un sueño realmente extraño junto a la ventana de su cuarto de trabajo.

Alargué la mano hasta el interruptor de la luz, pero un súbito relámpago iluminó de repente el cuarto. Vi en ese breve lapso las paredes, el mobiliario escaso, los garabatos indescifrables que había en unas cuartillas sobre la mesa.

Entonces hice tres disparos de revólver antes de que se desvaneciese del todo la súbita luz del relámpago. Oí un grito aterrador, que sin embargo quedó tapado por un nuevo trueno, muy fuerte. Yo también grité entonces. No encendí la luz del despacho; me limité a hacerme con las cuartillas que había sobre la mesa y salí de allí a la carrera. En la calle llovía con mucha fuerza.

La lluvia me golpeaba la cara, y recibía cada nuevo trueno con un sollozo.

No podía soportar la luz de los relámpagos, e iba corriendo casi a ciegas, casi con los ojos cerrados. Sólo pude abrirlos bien cuando ya me sentí a salvo en mi casa. Quemé aquellos papeles sin leerlos. No necesitaba hacerlo, no había nada más que saber.

Todo eso sucedió hace unas semanas. Cuando al final entraron en la casa de Gordon, no se encontró ningún cuerpo… Sólo un traje vacío, tirado descuidadamente en el sofá. Todo estaba en orden; la policía tomó el hecho de que no hubiera ni un solo papel de Gordon como un indicio de que había desaparecido voluntariamente, llevándoselos.

Claro está, me alegró mucho que no hallaran nada, y por ello guardé un silencio absoluto. No quería que nadie tomase a Gordon por un loco. Eso había pensado yo alguna vez, que estaba loco, como ya he dicho… Después de aquello me fui de la ciudad, pues quería olvidar por encima de todas las cosas. Al menos en la medida que me fuese posible hacerlo. Me considero un tipo afortunado. No sueño.

No, Edgar Gordon no estaba loco. Y dijo la verdad en su libro, eso de que los horrores no nos circundan, sino que están entre nosotros… No me atrevo a aceptar, sin embargo, que creo sus historias, ni me atrevo a aceptar que su última historia fuese cierta, me da pánico aceptarlo.

Todos aquellos sueños que había tenido en los últimos tiempos, acerca del

Oscuro, sobre la llegada del día por venir, sobre su encarnación en el otro… todo eso, en fin, ahora lo comprendo bien… Por eso me pregunto qué hubiera pasado de no haber entrado en escena cuando lo hice… Si hubiese entrado en el cuarto cuando ya había despertado…

Cuando aquel relámpago llenó de luz el cuarto, vi a quien yacía en el sofá. Contra él disparé. Fue él quien gritó primero. Por eso sé que Gordon no estaba loco, por eso sé que me había dicho la verdad.

La encarnación había sucedido. Allí, en el sofá, vestido con el traje de Edgar Henquist Gordon, yacía en realidad un demonio como Asmodeo, negro, peludo, con hocico de perro y garras y colmillos como una bestia salvaje, y con los ojos verdes, y con patas de animal. Era El Oscuro de los sueños de Edgar Gordon.

EL DIOS SIN ROSTRO

(The Faceless God)[25]

I

El hombre que estaba en el potro de tortura comenzó a gemir. Se dejó sentir un sonido chirriante cuando la manivela fue alargando unos centímetros más el lecho de hierro. El gemido fue entonces un penetrante alarido agónico.

—¡Ah! —exclamó el doctor Carnoti—, Por Fin lo tenemos.

Se inclinó sobre el hombre sometido a tortura en el potro y sonrió suavemente mientras escrutaba su rostro angustiado. Sus ojos, en los que había una expresión de delicada diversión, se fijaron en cada detalle del cuerpo que tenía delante: las piernas hinchadas, laceradas y espantosamente alargadas por el brutal estirón del lecho de hierro; los hombros y la espalda en carne viva, despellejados por el beso del látigo; el pecho aplastado y herido por la caricia del ataúd de pinchos. Con una solicitud amable observó los últimos toques aplicados por el potro: los hombros dislocados y el torso retorcido, los dedos rotos; los tendones de los miembros inferiores, desgajados… Después concentró de nuevo su atención en el semblante atormentado del viejo. Y habló al fin.

—Bien, Hassan —dijo—. No creo que puedas seguir mostrándote obstinado después de esta… digamos elocuente persuasión… Vamos, dime de una vez dónde puedo encontrar ese ídolo del que hablabas.

La víctima de aquella carnicería comenzó a sollozar y el doctor se vio obligado a arrodillarse junto a su lecho del dolor a fin de poder entender su incoherente murmullo. Durante unos veinte minutos, aproximadamente, aquel pobre ser estuvo susurrando entre gemidos, hasta que por fin se sumió en el silencio. El doctor Carnoti se levantó de su lado, luciendo una expresión harto satisfecha. Dirigió un leve gesto, una indicación, a uno de los siniestros operarios que se ocupaban de la maquinaria de tortura. El sujeto asintió, y se inclinó sobre la víctima, desenvainando su espada. La llevó hacia arriba con un brusco movimiento y la dejó caer.

El doctor Carnoti salió de la cámara, cerró la puerta a sus espaldas y subió los peldaños que conducían al primer piso. Al levantar la trampilla del sótano, comprobó que el sol brillaba esplendoroso. El doctor empezó a silbar. Estaba muy contento.

II

Tenía buenos motivos para estarlo. Durante varios años, el doctor había sido lo que vulgarmente se conoce como un *aventurero*. Se había dedicado al contrabando de

antigüedades descubiertas en el alto Nilo, participando también, aunque esporádicamente, en el prohibido *tráfico de negros* que florecía en ciertos puertos del Mar Rojo. Había llegado a Egipto años atrás formando parte de una expedición arqueológica, de la que fue expulsado no mucho después de su llegada. Se ignoraban los motivos de aquello, pero corría la especie de que había sido despedido con cajas destempladas cuando intentó apropiarse de varios hallazgos de la expedición. Después de eso, una desgracia para él, desapareció sin que se tuvieran noticias suyas durante una larga temporada. Varios años más tarde regresó a El Cairo y abrió un establecimiento en el barrio de los nativos. Fue allí donde se dedicó a ciertos negocios no muy honestos, que le dieron una reputación más bien dudosa, pero a la vez enormes beneficios. Parecía muy satisfecho de ambas cosas.

Ahora tenía unos cuarenta y cinco años, era más bien bajo y lucía una cabeza en forma de bala que descansaba sobre unos hombros anchos y algo caídos, como los de un mono. Sobre sus piernas, cortas y delgadas, unas piernas que contrastaban fuertemente con el resto del cuerpo, caía todo el peso de su torso corpulento y de su panza prominente. Pero, a pesar de su aspecto a lo Falstaff, no era un hombre cordial, sino rudo. Tenía los ojos como los de un cerdo y la mirada de un avaro; su boca era grande y lujuriosa; en la sonrisa no mostraba otra cosa que no fuese su codicia.

Fueron precisamente estas características las que lo llevaron a la aventura que ahora se narra aquí. No se puede decir que se tratase de un hombre crédulo. Los consabidos cuentos de pirámides perdidas, de tesoros enterrados y de momias robadas, no le impresionaban lo más mínimo. Prefería cosas más sustanciales. Un cargamento de alfombras de contrabando, de opio… O tratar con mercancía humana… Así eran las cosas que apreciaba y comprendía.

Pero este caso fue distinto. Por improbable que pareciese, podría suponerle mucho dinero. Carnoti era lo suficientemente agudo como para percatarse de que muchos de los grandes descubrimientos de la egiptología se habían efectuado gracias a rumores semejantes a los que ahora había escuchado. También conocía la diferencia entre una verdad improbable y una simple invención. Y esta historia le parecía auténtica.

En resumidas cuentas, fue como sigue… Cierta partida de nómadas, que se aventuraba en un viaje secreto con un cargamento de cosas obtenidas de manera ilícita, atravesaba una ruta que sólo aquéllos conocían. Pensaban, con razón, que las rutas seguidas normalmente por las caravanas no eran seguras para ellos. Así, llegaron a un lugar en el que vieron una roca o losa muy curiosa, en la arena. Era una piedra enterrada, pero los largos años de vientos y de arenas de las dunas movidas por los vientos la habían descubierto parcialmente. Hicieron un alto para examinar aquello, y entonces fue cuando realizaron un descubrimiento de veras asombroso. Era la cabeza de una estatua; una antigua estatua egipcia, con la triple corona de un dios. El resto de la estatua estaba ennegrecida y enterrada en su mayor parte, pero la cabeza parecía hallarse en un perfecto estado de conservación. Era, por lo demás, una

cabeza muy peculiar. Ninguno de los componentes de la caravana pudo o quiso reconocer a la deidad que representaba, a pesar de que el jefe de la expedición los interrogó al respecto sin dejar cabos sueltos. Todo aquello era un auténtico misterio. ¡La estatua de un dios, perfectamente conservada al sur del desierto, enterrada en solitario a gran distancia de cualquier oasis, y a doscientas millas del poblado más cercano!

Evidentemente, los responsables de la caravana supusieron que se trataba de algo tan raro como valioso, por lo que ordenaron que dos piedras que se hallaban cerca de la estatua le fuesen puestas al ídolo, para saber dónde se hallaba, en caso de que volviesen a pasar por allí. Los hombres obedecieron la orden, aunque de forma reluctante, y sin dejar de musitar extrañas oraciones mientras lo hacían. El descubrimiento de la estatua parecía haberlos asustado, aunque al preguntárseles qué representaba el hallazgo hecho, alegaron reiteradamente una completa ignorancia.

Una vez puestas sobre la estatua las piedras, trabajosamente, la expedición prosiguió su marcha, ya que lo acuciante del tiempo no les permitía desenterrar por completo aquello, y menos aún trasladarlo. Cuando llegaron al norte contaron su historia y, como pasaba a menudo, la narración de aquellos hechos llegó a oídos del doctor Carnoti, que no tardó en extraer de todo eso una conclusión. Le pareció más que evidente que los descubridores del ídolo no concedían mayor importancia al hallazgo, cosa por la que nada le impedía ir hasta allí y desenterrarlo, si bien para eso todavía necesitaba conocer la exacta localización del hallazgo.

Carnoti tuvo la intuición de que se trataba de algo que le podría resultar muy beneficioso. De haberse tratado de un tesoro no hubiera dado importancia a las noticias que le llegaron; se contaban muchos cuentos sobre cosas así, pero el hallazgo de un ídolo era diferente. Por otra parte, le parecía normal que una banda de árabes ignorantes no prestase la menor importancia al hallazgo. También sabía que aquello podría reportarle más beneficios que todos los tesoros de Egipto. Bien recordaba que muchos exploradores habían hecho descubrimientos afortunados por fiarse de pistas que parecían improbables y de rumores. Gracias a eso consiguieron en muchos casos saquear las pirámides y los templos en ruinas. En realidad no eran más que salteadores de tumbas, pero sus hallazgos les habían procurado mucha fama y mucho dinero. ¿Por qué no intentarlo? Si el cuento oído era cierto, y si el ídolo no sólo estaba enterrado, sino que se trataba de una deidad hasta entonces desconocida, y encima en buen estado de conservación, y además lejos de la civilización, todo eso no podría por menos que causar sensación cuando mostrase al mundo el descubrimiento hecho. ¡Se haría famoso! ¿Y quién sabía cuán grandes podrían ser los campos que abriese en lo sucesivo a la investigación arqueológica? Era una oportunidad que no podía desaprovechar.

Pero no debía despertar sospechas. Así que decidió no interrogar directamente a los árabes que habían estado allí. Eso daría que hablar. No, tenía que obtener la información que precisaba de uno de los nativos que habían ido en la caravana. Dos

de sus criados atraparon a Hassan, el viejo camellero, y lo llevaron a casa de Carnoti. Hassan se mostró muy temeroso en los interrogatorios, por lo que se negó a decir palabra de aquello. Por eso Carnoti lo bajó al sótano, aquella especie de sala de recepción en la que ya había persuadido a otros individuos recalcitrantes en su silencio. Allí, el doctor, cuyos conocimientos anatómicos le capacitaban para esta tarea, solía convencer pronto a sus *invitados*.

El doctor Carnoti salió del sótano, pues, muy contento y complacido. Se frotó las manos mientras echaba un vistazo a un mapa para verificar la información recibida y después se fue a cenar con el rostro iluminado por una amplia sonrisa.

Dos días más tardé ya lo tenía todo presto para partir. Había reclutado a varios nativos, pocos, para no llamar la atención, y dijo a sus asociados en los negocios que se disponía a hacer un viaje un tanto especial. También contrató a un extraño guía e intérprete, no sin antes cerciorarse de que aquel hombre mantendría la boca cerrada, viera lo que viese. En la caravana iban varios camellos muy veloces, y algunos asnos que tiraban de una carreta vacía. Había hecho provisión de agua y comida para seis días, ya que pretendía regresar por el río. Una vez completados los preparativos, el grupo se reunió una mañana en un lugar donde estuvieran lejos de la vista de las autoridades, y la caravana se puso en marcha sin más dilaciones.

III

A la mañana del cuarto día de marcha, llegaron al lugar que buscaban. Carnoti, desde la altura de su camello, vio las piedras colocadas precariamente sobre la cabeza de la estatua. Lanzó un grito de alegría y, a pesar del implacable calor, desmontó y corrió hacia allí. Un momento después dio la orden de alto y otras para que plantaran rápidamente las tiendas y hacer acampada. Sin preocuparse del calor, que era insoportable, se mantuvo atento y expectante para que los nativos llevaran a cabo sus órdenes con la mayor presteza, y luego, sin permitirles un descanso mínimo, los llamó a quitar las piedras que señalaban el lugar donde estaba la estatua. No sin llegar a la extenuación, sus hombres consiguieron quitarlas dejando al descubierto la arena.

Casi al instante se dejó sentir un grito de horror exhalado al unísono por los miembros de la partida, cuando la oscura y siniestra cabeza del ídolo quedó a la vista de todos. Era una imagen blasfema con tres cabezas. Unos enormes conos puntiagudos adornaban la parte superior de la negra diadema de aquella forma descubierta, y en la parte inferior se contemplaban intrincados jeroglíficos en relieve. El doctor Carnoti se acercó para examinarlos. Eran monstruosos, tanto por lo que suponían como por su ejecución. Contempló así las formas agusanadas y retorcidas de unos monstruos primitivos y otros seres alargados que no tenían cabeza. En las túnicas de los hombres y los antiguos dioses egipcios en sangriento combate contra los demonios, se observaban igualmente bestias aterradoras. Algunos de los dibujos

se hallaban más allá de toda explicación racional y otros insinuaban perversos terrores que eran ya viejos cuando el mundo aún era joven. Todo aquello era extraordinariamente malvado, y Carnoti no pudo contemplarlos sin estremecerse de horror, un horror que pareció clavarle los dientes en el cerebro.

Los nativos estaban aterrorizados. Tan pronto como la parte superior de la estatua quedó al descubierto, habían comenzado a gritar presos del pánico. Luego se hicieron a un lado de la excavación y comenzaron a discutir y a murmurar entre sí, señalando al doctor, que examinaba los jeroglíficos de rodillas. Absorto en el examen que hacía, apenas reparó, sin embargo, en el objeto de su investigación, ni se dio cuenta del aspecto amenazador de su guía e intérprete. Sólo un par de veces oyó una vaga referencia al nombre de Nyarlathotep, y alguna alusión al Mensajero del Diablo.

Tras haber completado su escrutinio, el doctor Carnoti se puso de pie y ordenó el inicio de la excavación. Pero nadie se movió. Impaciente, repitió la orden. Los nativos continuaron inmóviles, con la cabeza baja y el rostro sin expresión. Al fin avanzó el guía y empezó a arengar al *effendi*.

Él y sus hombres no habrían acompañado al amo de haber sabido qué pretendía que hicieran. No tocarían la estatua del dios, y aconsejaban al doctor que no le pusiera las manos encima. Era mala cosa enojar al antiguo dios. Al dios Secreto. Quizá el doctor Carnoti no había oído hablar de Nyarlathotep, el dios más antiguo de Egipto, el dios más viejo del mundo. El dios de la Resurrección y el Mensajero Negro de Karneter. Y existía la leyenda de que un día volvería a la Tierra y devolvería la vida a la anciana muerte. Había que evitar a toda costa que la maldición se cumpliera.

Carnoti, al oír todo aquello, perdió la paciencia. Interrumpió coléricamente a sus hombres, y les ordenó que no fueran tan quejicas y reemprendiesen el trabajo. Acompañó la orden con la exhibición de dos revólveres Colt del calibre 32. Ya se encargaría él, dijo, de hacerse acreedor de aquella maldición, y añadió que a él no le asustaban todas las malditas estatuas de piedra que pudiera haber en el mundo entero.

Los nativos parecieron muy impresionados, tanto por la vista de los revólveres como por las sacrílegas palabras del amo, y empezaron a desenterrar la estatua tímidamente, con los ojos espantados.

Fueron suficientes unas pocas horas de trabajo para descubrir al ídolo. Si la corona de su cabeza de piedra sugería un horror perverso, la cara y el cuerpo lo proclamaban abiertamente. Era una imagen obscena y maligna. Concitaba en sí todas las características de la maldad, ofreciendo además la sensación de no tener edad, de ser eterna e inmutable. Ni un arañazo había herido su negra y bien tallada superficie y durante todos los siglos que estuvo enterrado el ídolo, nada, ni una leve erosión, había afectado sus rasgos. Carnoti contemplaba al dios en tan buen estado como cuando lo enterraron, pero aquella contemplación no era cosa que insuflara buen ánimo.

Semejaba una esfinge en miniatura, una esfinge llena de vida, con las alas de un buitre y el cuerpo de una hiena. Tenía pezuñas y garras, y sobre su cuerpo bestial y acechante descansaba una cabeza maciza y antropomórfica; y llevaba la ominosa

triple corona cuyos símbolos tanto habían espantado a los nativos. Pero lo peor de todo era que aquel horrible dios carecía de cara. Era un dios sin rostro, el dios alado y sin rostro del antiguo mito: Nyarlathotep, el Mensajero Poderoso, el Vigilante entre las Estrellas, el Señor del Desierto.

Cuando Carnoti completó su examen de la estatua, experimentó un sentimiento de felicidad extraño, casi demencial. Sonrió triunfal a la odiosa cabeza, al dios sin rostro, al agujero negro que parecía bostezar con la misma oscuridad del vacío que se expande más allá de los soles. Tan feliz estaba que no prestó atención a las murmuraciones de los nativos y del guía, ni a las aterradas miradas que dirigían al ídolo de perdición. Quizá, de haberse percatado de todo aquello, hubiese mostrado una actitud más prudente, ya que sus servidores sabían, como se sabe en todo Egipto, que Nyarlathotep es el Maestro de la Maldad.

No fue en vano, pues, que resultaran demolidos sus templos, destruidas sus estatuas y crucificados sus sacerdotes en los días de la antigüedad. Hubo razones más que sobradas, a causa de su maldad, para prohibir su culto y borrar su nombre del *Libro de los Muertos*. Todas las referencias al dios sin rostro fueron tachadas en los manuscritos sagrados, y fue ardua y prolija la tarea que se llevó a cabo para ignorar algunos de los atributos de su deidad, o asignarlos a otros dioses menores. Actualmente, podemos hallar algunos en Thoth, Set, Bubastis y Sebek. Fue él quien apareció en las crónicas de la antigüedad como el Regente del Mundo de las Tinieblas. Fue él quien se convirtió en el protector de la brujería y de la magia negra. Él por sí solo había dominado el mundo, y todos los hombres le conocían a lo largo y ancho de todos los países, aunque bajo nombres diversos. Pero aquella época ya había concluido. Los hombres ya no rendían pleitesía a la maldad, sino a la bondad. Ya no ofrecían sacrificios al dios del mal, ni lo adoraban de acuerdo con los dictados de sus sacerdotes. Al final su culto quedó prohibido, así como todas las alusiones a su nombre, encargándose el paso del tiempo de destruir su recuerdo. Pero Nyarlathotep había salido del desierto, según la leyenda, y al desierto habría de volver. Sus ídolos estaban enterrados en distintos e ignorados lugares entre las arenas, donde los creyentes todavía los adoraban, y donde los alaridos de sus víctimas sólo eran escuchados por los oídos de la noche.

Así, la leyenda quedó enterrada con las ruinas del pasado. Corrió el tiempo. En el norte retrocedieron los hielos y se hundió la Atlántida. Otros pueblos habitaron la Tierra, pero en el desierto siguieron morando las mismas razas que asistieron a la erección de las pirámides con una mirada cínica y divertida. Esperemos, decían. Cuando por fin llegue el día, Nyarlathotep resurgirá en el desierto y desencadenará su furia sobre Egipto. Las pirámides y los templos quedarán reducidos a polvo. Las ciudades hundidas en el océano volverán a levantarse y habrá hambre y peste en toda la Tierra. Las estrellas cambiarán de manera peculiar, de forma que los Grandes llegarán palpitando desde los abismos exteriores. Entonces los animales hablarán y profetizarán que el hombre está destinado a perecer. Por todos estos signos, y otros

portentos apocalípticos, el mundo sabrá del regreso de Nyarlathotep. Y no tardará en hacerse visible, como un ser oscuro y sin rostro, caminando por el desierto con su cayado en la mano, pero sin dejar la huella de sus pasos, aunque tras él quede un rastro de muerte. Por dondequiera que vaya, morirán los hombres hasta que no queden más que sus adoradores y los Poderosos del Abismo.

Tal era, en su esencia, la fábula de Nyarlathotep. Era más antigua que Egipto, más aún que la fábula que habla del hundimiento de la Atlántida, más que el olvidado Mu[26]. En el Medioevo, esta leyenda y su profecía llegaron a Europa por boca de los cruzados. Y entonces el Mensajero Poderoso se convirtió en el Ser Negro de las brujas, en el emisario de Asmodeo y de los dioses siniestros. Su nombre se mencionó crípticamente en el *Necronomicón*, ya que Alhazred[27] lo oyó susurrar en los cuentos de la sombría Irem[28]. El fabuloso *Libro de Eibon*[29] insinúa el mito en términos velados y en formas diversas, ya que fue escrito en una época en que todavía no era seguro hablar de seres que moraban en la Tierra cuando ésta aún era joven. Ludvig Prinn, que viajó por tierras de los sarracenos y supo de extrañas brujerías, expone muchos de sus conocimientos en su infame *Los misterios del Gusano*.

Pero el culto de este dios, en los últimos años, parecía haberse extinguido. No hay mención del mismo en la obra de sir James Frazer, *La rama dorada*, y los más reputados etnólogos y antropólogos ignoran la historia del dios sin rostro. Pero todavía hay ídolos intactos y se habla de ciertas cavernas bajo el Nilo, y de pasadizos bajo las pirámides, particularmente en la novena. Los signos y símbolos secretos de su culto han desaparecido, pero quedan algunos jeroglíficos indescifrables en las tumbas del Gobierno, que son guardados celosamente. La leyenda ha ido desapareciendo con el paso de los siglos, pero sigue habiendo hombres que esperan el Día. De común acuerdo, parecen existir algunos lugares del desierto que son cuidadosamente evitados por las caravanas, y hay erigidas varias ermitas por cuenta de quienes aún invocan al dios Nyarlathotep, que es para ellos el dios del desierto, cuyos caminos jamás deben ser profanados.

Fue este conocimiento lo que creó la inquietud de los nativos respecto al hallazgo de aquel extraño ídolo enterrado en la arena. Cuando vieron la cabeza temible, y observaron que carecía de rostro, sufrieron un pánico mortal. En lo que al doctor Carnoti se refiere, nada les importaba la suerte que pudiera correr. Sólo se preocupaban de sí mismos, cosa que resultaba evidente. Tenían que huir, tenían que hacerlo cuanto antes.

Carnoti no les prestó atención. Se ocupaba de sus planes para el día siguiente. Haría que le subieran el ídolo en la carreta tirada por los asnos. Una vez en el río, la subirían a un barco a vapor. ¡Menudo descubrimiento! El doctor se llenó de visiones en las que se observaba triunfante y aclamado. Conque un vulgar salteador de tumbas, ¿eh? Conque un desgraciado aventurero, ¿no? Conque un charlatán, un estafador, un impostor… Todo eso le habían dicho. ¡Pero de qué manera le mirarían a partir de ahora! Sólo el cielo sabe hasta qué punto puede llegar a interesar a la gente

un hallazgo de tal índole. Podría haber otros altares y otros ídolos; también, era más que probable, tumbas y templos dedicados a este dios. Sí, claro que sabía algo de la absurda leyenda relacionada con el mismo, y si conseguía encontrar a algunos naturales del país que se la contasen con todo detalle… Sonrió divertido. ¡Eran tan graciosas esas supersticiones! Los muchachos estaban asustados de la estatua, estaba claro. Y el guía no les iba a la zaga en lo que a semejantes tonterías se refiere… ¿Cómo lo había llamado? *Nyarlathotep, el Mensajero Negro de Karneter*. Sí, el que había surgido de las arenas calcinadas del desierto para acechar a sus víctimas por todo el mundo, que era la tierra de sus dominios. ¡Qué payasadas! Todos los mitos egipcios eran realmente estúpidos. Estatuas con cabeza de animal que de pronto cobran vida; reencarnaciones de hombres y dioses; reyes locos que construían pirámides para sus momias… Bueno, algunos tontos creían en tales necedades, no sólo los nativos. Él conocía a unos cuantos imbéciles que daban crédito a las maldiciones faraónicas y a la magia de los antiguos sacerdotes. Se contaban cosas muy extrañas sobre las antiguas tumbas, y de hombres que morían por haberlas profanado. No le extrañaba que aquellos pobres nativos se tragasen tales cuentos. Tanto si los creían como si no, en cualquier caso tendrían que cargar y transportar su ídolo, los malditos, aunque tuviera que matar a alguno para obligarles a obedecer.

Entró en su tienda, muy satisfecho. Su asistente le sirvió la comida y Carnoti la ingirió glotonamente, se la había ganado. Decidió acostarse temprano, mientras seguía contemplando sus planes para el día siguiente. Los sirvientes y porteadores podrían atender el campamento mientras tanto. Y pensando en todo eso se tumbó en su jergón, no tardando en ser vencido por un sueño apacible y agradable.

IV

Habían transcurrido varias horas cuando despertó. Todo estaba muy oscuro y la noche era extrañamente silenciosa. Oyó el aullido de un chacal, pero al poco se hizo de nuevo un completo silencio. Sorprendido por aquel repentino despertar, Carnoti se levantó y se asomó a la puerta de la tienda, apartando la lona para contemplar el campamento. Un momento después lanzó furioso una maldición.

El campamento estaba desierto. La hoguera se iba extinguiendo lentamente y los hombres y los camellos habían desaparecido. Las huellas de sus pasos y pisadas, ya medio borradas por la arena, demostraban que los nativos habían huido tan aprisa como silenciosos. Aquellos malditos le habían dejado completamente solo.

Estaba perdido. Esta idea se le clavó de golpe como si fuera una puñalada en el corazón. ¡Estaba perdido! Sus hombres se habían escapado, llevándose las provisiones, los camellos y la carreta tirada por los asnos. Carecía tanto de herramientas como de agua. Aterrado, siguió allí largo rato, en la entrada de su tienda, contemplando horrorizado la inmensidad del desierto que se abría ante él. La

luna resplandecía en el cielo de ébano como una calavera de plata. Un viento cálido y racheado rizaba aquel inabarcable mar de arena, haciendo llegar hasta sus pies minúsculas pero constantes oleadas. El silencio era infinito y se acrecentaba por momentos. Era como el silencio de las tumbas, como el silencio de las pirámides en las que yacen las momias en los sarcófagos, con sus ojos muertos semejando escrutar la tiniebla inmutable. Carnoti se sintió indescriptiblemente pequeño y solo en mitad de la noche, y entonces fue consciente de los extraños y ocultos poderes que movían los hilos de su destino, los cuales le habían llevado irrevocablemente a un trágico final. Nyarlathotep estaba planeando su venganza.

Pero aquello no era más que una estupidez. Carnoti no debía permitir que una mera leyenda perturbase su espíritu. No era más que otro espejismo del desierto; no era más que una ilusión propia de las circunstancias. No iba a dejarse llevar por sus nervios alterados, tenía que encarar con calma los hechos. Los hombres se habían marchado con las provisiones y las cabalgaduras, a causa precisamente de la superstición. Aquello era la realidad. En cuanto a la leyenda en sí, no debía permitir que le trastornase. Esas morbosas quimeras se desvanecerían sin más con el sol de la mañana.

¡El sol de la mañana! Un pensamiento terrible lo asaltó entonces: el desierto a mediodía, una realidad de veras temible. Para llegar a un oasis tendría que viajar días y noches, veloz para evitar que la carencia de agua y de comida lo debilitase antes de alcanzarlo. Una vez abandonara la tienda, no habría escapatoria; ningún refugio le brindaría protección de los implacables rayos del sol que hacen enloquecer a sus víctimas. Morir bajo el sol del desierto, morir a causa del calor del desierto… Una agonía interminable. Pero tenía que volver a la actividad, tenía que regresar allí; no había concluido su tarea. Organizaría una nueva expedición para llevarse de una vez por todas a su ídolo. ¡Volvería! Pero tenía que darse prisa… Aunque, ¿hacia dónde se dirigiría ahora?

Miró a su alrededor frenéticamente, tratando de orientarse. El desierto se burlaba de él, sin embargo, con su monótono e inescrutable horizonte. Una mortal desesperación hizo presa en él, encogiéndole el corazón, hasta que tuvo una idea súbita. Iría en dirección norte, naturalmente. Recordaba las palabras que dejó caer casualmente el guía aquella misma tarde. La estatua de Nyarlathotep miraba al norte. Satisfecho, echó un vistazo por la tienda en busca de algunos restos de comida. Nada. Sólo pudo hacerse con el tabaco y las cerillas, y con un cuchillo de caza. Casi se sentía confiado cuando salió de la tienda. El resto del viaje sería una tontería, un juego de niños. Viajaría toda la noche a buen paso. Su manta lo protegería del sol del día siguiente, y al caer la tarde reemprendería el viaje, cuando el calor empezara a ceder. Si no se demoraba en la siguiente noche de viaje, no tardaría en llegar al oasis de Wadi Hassur. Sólo tenía que ir en la dirección señalada por la cabeza del ídolo, ya que las huellas de los hombres se habían borrado en la arena.

Triunfalmente, cruzó el campamento hasta la excavación donde se hallaba la

imagen. Y fue entonces cuando se llevó la mayor de las impresiones.

¡El ídolo estaba enterrado de nuevo! Los hombres de su caravana no habían querido violar la estatua, por lo que cubrieron de arena la excavación hasta cubrirla, adoptando incluso la precaución de colocar aquellas dos piedras sobre su cabeza. Carnoti no podía moverlas solo de ninguna manera y, cuando comprendió la inmensidad de su desdicha, sintió que desfallecía. Se sintió vencido. Maldecir no le serviría de nada, y ni siquiera le quedaba el consuelo de poder rezar. ¡Nyarlathotep… Señor del Desierto!

Con este lamentable estado de ánimo emprendió la travesía del desierto, eligiendo el rumbo al azar, a la espera de guiarse por las estrellas. Pero al cabo la luna le sonrió pérfidamente, en tanto él seguía dando tumbos por la arena.

Unas ensoñaciones devastadoras se le clavaron en su consciencia mientras caminaba. La leyenda del dios le acosaba implacablemente, haciéndole experimentar una completa sensación de derrota. En vano se esforzó por apartar aquellas ideas de su cerebro devastado. No podía. Una y otra vez se estremecía de miedo al pensar en la ira del dios que lo llevaba a la muerte. Había violado un lugar sagrado, y los Antiguos… *Su reino no debe ser profanado… Señor del Desierto… El dios sin rostro…* Carnoti lanzó una maldición y siguió andando por entre las dunas de ondulante arena.

V

De pronto se hizo de día. La arena pasó de púrpura a violeta, y al final refulgió con el esplendor de la orquídea. Pero Carnoti no lo vio porque dormía. Mucho antes de lo que pensaba, su cuerpo había cedido al agotamiento, y el amanecer lo encontró profundamente dormido. Cuando ya sus piernas no le sostenían, hubo de tumbarse en la arena, pero apenas pudo cubrirse con la manta antes de caer dormido.

El sol fue cruzando el cielo como una bola de lava, dejando caer sus rayos flamígeros sobre la arena. Carnoti siguió dormido, pero su sueño distaba mucho de ser reparador. El calor le procuraba sueños perturbadores.

En aquellos sueños veía a Nyarlathotep persiguiéndole en una huida de pesadilla a través del desierto de fuego. Se veía escapando por una llanura flamígera, incapaz de detenerse, mientras un dolor lacerante atormentaba sus pies achicharrados. Tras él iba al acecho el dios sin rostro, empujándole a seguir, amenazándole con un cayado entreverado de serpientes. Y Carnoti corría sin parar, pero sin conseguir despegarse de aquella presencia. Sus pies no pudieron soportar por más tiempo la agonía de la arena, y pronto comenzó a tropezar y a caer una y otra vez, aunque no cejó por ello en su afán de seguir adelante. Aquella presencia que lo perseguía dejó sentir entonces su diabólica carcajada, que pareció llegar hasta el cielo luminoso.

Carnoti cayó entonces de rodillas; tenía las piernas en carne viva, eran dos

muñones lacerados que humeaban dejando escapar el olor a carne quemada mientras se arrastraba dificultosamente. De pronto, el desierto entero se convirtió en un lago de llamas en el que comenzó a hundirse, con su agostado cuerpo consumido por un tormento infinito, insoportable. Sintió cómo la arena devoraba despiadadamente sus brazos, su cintura, su garganta; y, sin embargo, todos sus sentidos estaban llenos únicamente del temor del dios sin rostro, que seguía a su espalda. Era un temor superior a todos sus dolores. Y mientras se hundía en aquel infierno de arena, forcejeaba cada vez más débilmente. ¡La venganza del dios no debía consumarse! Ahora el calor lo abatía sin piedad; sus labios estaban agrietados, todo su cuerpo convertido en una angustia viviente.

Levantó la cabeza por última vez antes de que su hirviente cerebro se desquiciase por completo a causa de la agonía. Allí estaba el Dios Negro, y sus manos se alargaron al frente para tocarle la cara; contempló la triple corona que se acercaba hacia él, y por un momento consiguió mirar en el interior de aquel horrible agujero que era su cara. Y entonces le pareció ver algo en aquel negro pozo de horror… algo con unos ojos llameantes que taladraron su ser con un furor más infinito que el fuego que lo consumía. Y le comunicó, sin hablar, que su destino estaba sellado. Entonces le sobrecogió el olvido, y se hundió en las tornadizas arenas, con la sangre burbujeando en sus venas. Pero el indescriptible horror de aquella visión persistió en su ser, y lo último que recordó fue la vista de aquel rostro vacío y el terror sin nombre que lo sostenía. Y entonces se despertó.

Por un momento, su alivio fue tan grande que no se dio cuenta del terrible sol del mediodía. Después, bañado en sudor, se puso de pie penosamente, y sintió el atroz mordisco de los rayos en su espalda. Trató de protegerse los ojos para poder mirar hacia arriba y orientarse, pero el cielo era una bóveda de fuego. Desesperadamente, arrojó la manta y echó a correr. La arena se aferraba a sus pies, retrasando su marcha y haciéndole tropezar. Los talones le quemaban. Sentía una sed intolerable. Los demonios del delirio danzaban ya en su enloquecido cerebro. Corrió sin descanso y su sueño empezó a convertirse en una amenazadora realidad. ¿Y si aquel sueño fuese la realidad?

Tenía las piernas despellejadas y el cuerpo agostado. Miró atrás… Gracias a Dios no había ninguna presencia, al menos por el momento. Tal vez si conseguía mantener el dominio de sí mismo, lograra llegar al oasis, a pesar del mucho tiempo perdido. Echó a correr de nuevo. Podía darse la ventura de que se topara con una caravana, pero estaba muy lejos de las rutas que habitualmente seguían los mercaderes. Cuando el sol se pusiera podría verificar su rumbo… Ya de noche.

¡Maldito calor! A su alrededor no había sino arena y más arena. Dunas de arena, montañas de arena. Todas iguales, como ruinas ciclópeas de ciudades titánicas. Montones de arena que ardían bajo el sol implacable.

El día fue interminable. El tiempo, siempre una ilusión, perdió todo significado. El cuerpo agostado de Carnoti palpitaba de angustia, sintiendo a cada poco un

tormento nuevo y más doloroso. El horizonte no cambiaba. Ningún espejismo alteraba el paisaje cruel e infinito que tenía ante sí, ninguna sombra se compadecía para ofrecerle protección bajo el sol implacable.

¡Un momento! ¿Es que no había una sombra a sus espaldas? Sí, algo oscuro y sin forma; algo, quizá, aferrado en la profundidad de su cerebro. Le llegó entonces una idea turbadora que lo ayudó a comprender la situación. ¡Nyarlathotep, el Señor del Desierto! Era la sombra que lo seguía, llevándole a su destrucción. La leyenda… Los nativos le habían avisado, lo mismo que le avisó su sueño, lo mismo que el pobre árabe del potro del tormento. El Mensajero Poderoso siempre reclamaba una víctima… Un hombre negro con un cayado de serpientes… *Surge del desierto, por entre las arenas ardientes, y acecha a su víctima por las tierras que son sus dominios*.

¿Una alucinación? ¿Se atrevería a volver a mirar atrás? Giró la cabeza, su enfebrecida cabeza. ¡Sí, esta vez era verdad! Había algo más allá, muy lejos, en una ladera; era algo negro y nebuloso que parecía caminar lentamente. Carnoti exhaló una maldición ahogada y echó a correr. ¿Por qué habría tocado aquella estatua? Si salía del trance, no volvería a ese lugar maldito. La leyenda era cierta. ¡El Señor del Desierto!

Siguió corriendo, aunque el sol lamía su cabeza con sus besos de sangre. Corría prácticamente a ciegas. Veía girar constelaciones de estrellas ante sí, el corazón parecía querer saltar de su pecho. Pero en su mente no había lugar más que para una idea: escapar.

Su imaginación empezó a gastarle pesadas jugarretas. Le parecía ver estatuas en la arena, estatuas como la que había profanado. Eran extrañas figuras que se alzaban por todo a su alrededor, eran formas retorcidas que brotaban de la arena, atravesándose peligrosamente en su camino. Algunas tenían alas que abrían; otras mostraban tentáculos y poseían la forma de las serpientes. Pero todas sin excepción carecían de rostro y lucían una triple corona. Comprendió que se estaba volviendo loco, y entonces miró hacia atrás y vio que la figura se hallaba a menos de media milla de distancia. Comenzó a dar tumbos y a gritar palabras incoherentes que dirigía al monstruo, al grotesco ídolo que parecía empujarle más y más. El desierto semejó adoptar una personalidad horrible, como si la naturaleza conspirase para derrotarle. Las distorsionadas líneas de las dunas empezaron a imbuirse de una malignidad consciente, y el sol cobró definitivamente una existencia malvada. Carnoti gimió en su delirio. ¿Es que nunca llegaría la noche?

Se hizo finalmente de noche, pero Carnoti ya no pudo saberlo. Era un vagabundo, un orate que merodeaba por las cambiantes arenas, y la luna iluminó una figura, la suya, que lloraba y reía, alternativamente. De pronto, la figura se puso de pie y miró por encima del hombro hacia una sombra que se aproximaba arrastrándose. Y, entonces, Carnoti volvió a correr, chillando una y otra vez una sola palabra: ¡Nyarlathotep! Y sintió de repente que la presencia estaba casi a su altura.

Parecía hallarse en poder de una inteligencia maligna y mortal, ya que lo fue llevando, cuidadosa e inevitablemente, a una dirección concreta, a una meta que ya le había sido destinada. Las estrellas contemplaban un espectáculo delirante: un hombre perseguido sin tregua por una sombra negra. Y acabó la persecución en lo alto de una duna. Carnoti exhaló un grito de horror. La sombra quedó suspendida en el aire y pareció quedar a la espera.

Carnoti observaba ahora lo que aún quedaba del campamento, tal como lo había dejado la noche anterior. Comprendió entonces horrorizado que había estado dando vueltas alrededor del mismo lugar todo el tiempo. Tomar consciencia de aquello lo llevó al colapso. Quiso irse de allí en un esfuerzo postrero, quiso eludir a la sombra, y corrió en línea recta hacia las dos rocas que coronaban la estatua enterrada.

Y entonces ocurrió lo que tanto temía. Mientras seguía corriendo, la tierra temblaba ante sí, como un mar agitado por el temporal. La arena se fue en oleadas hasta dejar al descubierto las rocas que señalaban el lugar donde estaba el ídolo. Y de entre ellas apareció el dios con su luminosidad perversa acrecentada por la luz de la luna. Mientras Carnoti corría hacia la estatua, un torbellino de arena se apoderó de él, apresando sus piernas como arenas movedizas para hundirlo hasta la cintura. En el mismo instante, la sombra se elevó y saltó hacia el frente. Pareció fundirse con la estatua en el aire, como una nebulosa animada. Carnoti, revolviéndose, tratando de escapar de la presa a que lo sometía la arena, se volvió loco de pánico.

La estatua informe resplandeció bajo la lívida luz, y el doctor Carnoti, aquel insensato, observó entonces la cabeza sin rostro. Su sueño no pudo por menos que convertirse en vívida realidad, ya que tras aquella máscara de piedra distinguió los ojos de la locura, y en ellos leyó la muerte. La siniestra figura extendió sus alas entre las colinas, y se hundió en la arena al tiempo que se dejaba sentir un trueno pavoroso.

Nada más hubo después sobre la tierra, salvo una cabeza viva que se retorcía y forcejeaba en el suelo para liberar su cuerpo aprisionado por el férreo círculo de arena. Sus imprecaciones acabaron en gritos desesperados que pedían compasión, y al final exhaló un sollozo que resonó como una sola palabra: Nyarlathotep.

Cuando llegó la mañana, aún vivía Carnoti y el sol coció su cerebro en un infierno de agonía escarlata. Pero no por mucho tiempo. Los buitres planeaban por el desierto y no tardaron en descender sobre él, como si una fuerza sobrenatural los hubiera convocado.

En la arena seguía enterrado un ídolo antiguo, y en su rostro vacío se dibujaba una sonrisa perversa. Cuando, sin dejar de luchar un momento, Carnoti rindió al fin su vida, sus agrietados labios aún consiguieron murmurar un homenaje a Nyarlathotep, el Señor del Desierto.

LA CASA DEL HACHA

(House of the Hatchet)[30]

Daisy y yo disfrutábamos de una de nuestras broncas habituales. Esta vez había empezado por la póliza de seguros, pero cuando acabamos el caso, nos enredamos en los argumentos de rutina. Ambos sabíamos aplicarnos bien a ellos.

—¿Por qué no sales por ahí a buscar trabajo, como todos los hombres normales, en vez de pasarte la vida en casa, tecleando en la máquina de escribir? —me dijo ella.

—Ya sabías que era escritor cuando nos casamos —dije—. Si querías casarte con un profesional cualquiera, pues nada, haber formalizado tus relaciones con aquel médico pobretón con quien salías cuando nos conocimos. No hubieras tenido problemas para saber dónde estaba en cada momento: entregado a la cirugía mediante la disección de las hamburguesas que no paraba de comer en aquel sucio bar.

—No tienes por qué mostrarte sarcástico. Al menos George habría sabido qué hacer para traer provisiones a casa.

—¡Claro que era un gran aprovisionador, por supuesto! Siempre estaba proveyéndome de motivos para reírme de él.

—Eso es lo peor de ti, el complejo de superioridad que tienes. Crees que eres mejor que los demás, y aquí estamos, medio muertos de hambre. Pero tú continuarás pagando los plazos de ese coche para que tus amigos del cine no te hagan de menos. Y encima, ahora acabas de suscribir esa póliza del seguro, para poder presumir ante todo el mundo de que te preocupas por tu familia… Por supuesto que debería haberme casado con George. Por lo menos traería a casa algunas de esas hamburguesas cuando volviera de su trabajo. ¿Con qué pretendes que me alimente? ¿Con papel carbón usado y con cintas para la máquina?

—¿Y qué culpa tengo yo de que no me compren mis obras? Creí que aquel contrato sería bueno, pero ya has visto que no. Siempre pidiéndome dinero… ¿Quién te crees que soy? ¿La gallina de los huevos de oro?

—Pues sí que pusiste huevos de oro con esos últimos cuentos…

—¡Graciosa, eres muy graciosa! Pero estoy un poco harto de todo esto, Daisy, de tu continuo teatro… Sobre todo, del segundo acto…

—Ya lo he notado. A ti te gusta cambiar de compañía y seguir bailando, ¿no es eso? No creas que no me di cuenta de cómo bailabas con Jeanne Corey en la fiesta de Ed. Tan juntitos los dos… ¡Si parecíais metidos en el mismo corsé!

—Mira, deja en paz a Jeanne, que no tiene ninguna relación con todo esto.

—Conque no quieres que hable de Jeanne… Claro, ¿cómo va a ser digna tu esposa de hablar de tu querida? Muy bien, cariño. Siempre supe que eras un trabajador muy activo, pero jamás hubiera sospechado que llegases tan lejos. ¿Le has

dicho ya que es tu nueva musa?

—¡Maldita sea, Daisy! ¿Por qué interpretas de forma tan retorcida todo lo que digo?

—¿Por qué no le suscribes un seguro también a ella? Podría llamarse seguro de bigamia… No dudo de que en la compañía Brigham Young te lo hacen sin más.

—¿Es que no vas a parar? Hazme el favor… ¡Qué bonito, y en nuestro aniversario!

—¿Qué aniversario?

—El de nuestra boda. ¿O es que no es hoy el 18 de mayo?

—El 18 de mayo, sí.

—Mira lo que te he comprado.

—¡Pero cariño! Si es un collar.

—Efectivamente, un pequeño dividendo de nuestra unión matrimonial.

—Cariño… ¿Y cómo me has comprado esto con todas las facturas que nos quedan por pagar?

—Olvídate… Y deja de susurrarme al oído, que no sé si…

—Oh, querido, qué bonito es… Y pensar que no me acordaba de que hoy es nuestro aniversario de boda…

—Pues yo no lo olvidé, ya ves. Escucha; se me ha ocurrido que quizá podamos salir por ahí… Una pequeña excursión por la carretera de Prentiss, ¿qué te parece?

—¿Como el día de nuestra boda?

—Sí.

—Claro, cariño… ¡Me encantaría! Pero, dime, ¿de dónde has sacado este collar?

Así era siempre. Una más. Daisy y yo celebrando uno de nuestros habituales asaltos. Era como si eso nos mantuviese en forma. Pero había momentos en que tenía la sensación de que estábamos pasados de entrenamiento. Llevábamos así meses y meses, una y otra vez, encendiéndonos y apagándonos. No sé por qué. No hubiera podido hablar de nuestra incompatibilidad de caracteres en caso de haber solicitado el divorcio. Yo estaba en la ruina y Daisy era muy chillona. Así estaban las cosas.

Pero creo que hice muy bien en desenfundar el violín y tocar *Hearts and Flowers*[31]. La única manera de obligar a Daisy a no rechistar, sin necesidad de taparle la boca con la fregona, era la que yo había ideado aquel día: regalo de aniversario de boda y recorrido de la ruta seguida en nuestra luna de miel.

Aquello la puso muy sentimental e hizo sentirse feliz, y yo me congratulé de ello mientras nos metíamos en el coche y partíamos hacia Wilshire para dirigirnos desde allí a Prentiss Road[32]. Aún teníamos muchas cosas que decirnos, pero de tanto repetirlas podrían llevarnos a la náusea. Cuando Daisy estaba a gusto, se expresaba de manera un tanto aniñada, lo que me molestaba especialmente.

Pero durante un rato podríamos sentirnos felices. Comencé a decirme que aquello era como en los viejos tiempos, que en realidad éramos como los críos que fuimos en otro tiempo, los que se escapaban para estar solos. Poco después Daisy dejó la

peluquería en la que trabajaba y yo vendía mi primer guión a una agencia. Ahora estábamos en primavera, como entonces, e íbamos por la misma carretera que aquella vez, y Daisy me susurraba cosas al oído, como en aquel tiempo.

Pero no era lo mismo. Daisy ya no podía ser una jovencita; es cierto que no tenía arrugas en la cara, pero sí que su voz era rasposa. Es verdad que no había engordado, pero sí que siempre se estaba quejando y reconviniéndome. Yo también había cambiado, por supuesto. Las primeras ventas de guiones para la radio me ayudaron en mi vida de casado. Luego entré en relación con grandes personajes, y eso me costaba bastante dinero. Lo malo era que últimamente no había conseguido vender ni una sola línea. Y no paraban de llegar facturas a casa. Facturas y más facturas… y, cada vez que me decidía a escribir algo nuevo, tenía que renunciar a mi propósito, pues no había forma de hilar argumentos, por culpa de Daisy, que no cesaba de protestar y darme la lata con eso de: ¿por qué has tenido que comprar otro coche, por qué tenemos que pagar un alquiler tan caro, por qué has suscrito una póliza de seguro, por qué te has comprado tres trajes?

Por eso le compré el collar, para que se callase de una vez. Las mujeres tienen su propia lógica.

Bien, supuse que aquel día podría olvidarme de las facturas, de la pesadez habitual de Daisy… y de Jeanne. Por más que supiera que esto último habría de resultarme difícil, porque Jeanne tenía un carácter apacible, y una magnífica renta, y nunca protestaba por todo ni ponía una ridícula voz de niña cuando estaba contenta.

Bien. Pasado Prentiss Road tomamos la vieja carretera. Traté de apartar a Jeanne de mi mente y ponerme del mejor humor posible. Daisy estaba muy contenta, no había duda. Llevábamos una maleta con los artículos necesarios para pasar una noche fuera de casa y, de modo tácito, habíamos convenido en alojarnos en el mismo hotel de Valos donde lo hicimos, tres años atrás, después de nuestra boda.

Tres años de infinita monotonía.

Pero no quería pensar en eso. Mejor pensar en los bonitos rizos del cabello de Daisy, que brillaban con el sol de poniente; mejor pensar en aquellas bonitas colinas verdes. Estábamos en primavera, como en la primavera de tres años atrás, y ante nosotros se abría la vida, incluso si miraba el pavimento por el que conducía, no ya los paisajes.

Así que seguíamos adelante, tan contentos. Daisy leía en voz alta cuanto letrero o indicación había en la carretera. Yo asentía, o me reía, o decía vaya, vaya… mientras pensaba que llevaba cuatro horas al volante, y que estaba deseando apearme del coche y estirar las piernas, y luego…

Allí estaba aquello. Esta vez no pude por menos que fijarme en el aviso. Y aunque no lo hubiera hecho, allí estaba Daisy para leérmelo.

—¡Mira eso, cariño!

LA CASA DEL TERROR

¡Visite una auténtica casa encantada!

Y debajo, en letra más pequeña, se leía lo siguiente:

Visite la mansión de Kluva. Entre en la habitación encantada.

Vea el hacha empleada por el asesino loco.

¿SE APARECEN LOS MUERTOS? *Visite* LA CASA DEL TERROR,

la atracción más genuina en su género.

ENTRADA: *25 centavos.*

Claro está, no pude leer todo eso, porque conducía a sesenta millas por hora. Pero allí tenía a Daisy para hacerlo y, mientras me lo leía todo, yo miré hacia el viejo caserón, tan grande, que estaba a pocos metros del letrero, y que tanto se parecía a otros por el estilo situados a lo largo de la carretera y ocupados por médiums, magos indios y psicólogos yoguis. No en vano estábamos en una tierra de lunáticos que se lucraban con la credulidad de los turistas. Así y todo, el dueño de la supuesta Casa del Terror resultó ser un tipo bastante original. Y lo mismo debió opinar Daisy, puesto que dijo:

—Oh, querido, entremos.

—¿Qué?

—Estoy cansada del viaje y seguro que tienen *hot dogs* o cualquier otra cosa. Tengo hambre.

Bueno, así era Daisy. Daisy la sádica. Daisy, la aficionada a las películas de miedo. La verdad es que aquello no me cogía de nuevas. Conocía bien los gustos de mi esposa, tan tontos… Era una adicta al género del terror. Poco después de nuestra boda comenzó a sorprenderme cada mañana con la lectura en voz alta de las noticias que daban cuenta de los sucesos más escabrosos. Luego comenzó a llenar la casa con revistuchas de crímenes e historietas de fantasmas. Después me arrastraba a ver cuanta película de misterio ponían por ahí… Y más de una vez hube de cerrar los ojos e intentar evadirme cuando me refería con pelos y señales los horribles asesinatos y descuartizamientos de Cleveland, de los que tanto había leído… Aquel criminal que descuartizaba a sus víctimas con un hacha… Quizá hubiéramos sido más felices en nuestro matrimonio si me hubiese paseado por las habitaciones de mi casa con el rostro oculto tras un negro antifaz, y si la hubiese acariciado con el filo de un hacha mientras le susurraba palabras como si fuera Bela Lugosi con bronquitis.

Traté de apartar de mí el pathos que invadía mis pensamientos.

—¿Y a qué viene ese arrebato? —le dije.

Pero era una batalla perdida. Daisy abría ya la portezuela del coche. Sonreía. Una sonrisa que podía haberle puesto cualquier cosa rara en los labios. La misma sonrisa

que tantas veces veía en ella mientras leía absorta aquellas historietas de su gusto o los sucesos de los periódicos, sobre todo si eran bien sangrientos. Me recordaba desagradablemente la cara de los gatos cuando acechan a un petirrojo. Además de protestona y malencarada, era una sádica.

Pero ¿qué importaba todo eso ahora? Estábamos en una especie de segunda luna de miel. No venía al caso recordar todo eso. Total, echaríamos allí media hora para seguir después hasta el hotel, en Valos.

—Vamos, venga…

Salí de mis abstracciones y vi a Daisy en el porche. Cerré el coche, metí en mi bolsillo las llaves y me uní a ella. Comenzaba a levantarse un poco de neblina y las nubes iban hacia el sur. Daisy llamó a la puerta con impaciencia. No mucho después la puerta se abría despacio, tras hacer un par de pausas chirriantes en su apertura, en la mejor tradición de las casas encantadas, claro. Era lo idóneo para que después asomara una cara siniestra que emitiese unas palabras guturales, o simplemente grasientas… Supe que Daisy esperaba algo así.

Pero a quien se encontró fue a W. C. Fields[33].

Bueno, no era él… Aquel tipo que abrió la puerta no tenía una nariz tan probóscide como la de Fields, ni la cara tan congestionada. Por el contrario, tenía las mejillas algo más secas. Pero el traje de etiqueta que vestía, su bizquera, y aquella voz tan de actor viejo le daban el parecido.

—Adelante, adelante. Bienvenidos a la Mansión de Kluva, amigos míos, bienvenidos —y añadió apuntándonos con su cigarro puro—: Son cincuenta centavos, por favor. Gracias.

Pasamos al interior. Era un vestíbulo muy espacioso que olía a humedad y a cosa vieja, pero por lo demás no impresionaba demasiado, aunque estaba oscuro. Al menos, y al contrario que a Daisy, a mí no me impresionó, más bien me indujo a pensar que si toda la casa estaba encantada, los únicos fantasmas que la habitarían serían las cucarachas. En cuanto al tipo tan cómico que acababa de recibirnos, tendría que hacer algo fuera de lo común si pretendía convencerme. Pero, al fin y al cabo, aquello era un *show* para Daisy.

—Es un poco tarde —dijo aquel sujeto—, pero creo que tendré tiempo para mostrarles todo. Hace un rato recibí a un grupo que venía de San Diego. Desde San Diego hasta aquí, ¡sólo por ver la Mansión de Kluva! Les aseguro que no han gastado ustedes en balde su dinero.

Muy bien, tío, pero deja de darnos la tabarra y enséñanos lo que tienes por ahí… Venga, preséntanos a tus zombis. Pega un buen susto a Daisy; es más, dale una buena descarga eléctrica, algo así… Después nos iremos tranquilamente, ya lo verás.

—¿Cómo y por qué está encantada la casa? ¿Cómo llegó usted a ella? —preguntó entonces Daisy, sacándome de mis pensamientos.

—Es fácil de explicar. Esta casa fue construida por Ivan Kluva, un director ruso de cine, que vino aquí en el año 23, más o menos, cuando el cine mudo, poco después

de que DeMille empezara a darse a conocer con sus películas. Kluva gozaba ya de renombre en Europa y no le costó mucho conseguir un contrato. Construyó esta casa y vivió aquí con su esposa. Dejando a un lado sus actividades profesionales, en las que no obtuvo muchos éxitos, todo hay que decirlo, les contaré que lo primero que hizo fue enredarse en ritos y cultos extraños… Ahora que recuerdo, había entonces en Hollywood bastantes tipos raros. Era la época de la ley seca, y había muchos adictos a las drogas, y un montón de escándalos todos los días… Y no eran pocos los que se daban a la brujería… Pero no, no eran como esos embaucadores que hasta tienen consultorios a los lados de la carretera. Los que yo digo eran brujos auténticos. Y Kluva se relacionó con ellos.

»Para mí que aquel hombre estaba un poco loco, o quizá se volvió loco de repente, porque el caso es que una noche, después de una fiesta celebrada aquí mismo, mató a su mujer en una especie de altar que había construido en uno de los cuartos de arriba. Le cortó la cabeza con un hacha y luego se esfumó. La policía vino aquí dos días más tarde y encontró el cadáver, pero no halló ni el más leve indicio de Kluva. Es posible que se tirase por el acantilado que está detrás de la casa o que… En fin, el caso es que mató a su mujer, como en una especie de ritual que le permitiría evadirse. Algunos de los miembros de aquel culto fueron detenidos y declararon cosas espeluznantes relacionadas con los rituales, o sobre entidades que otorgaban dones a quienes les ofrecían sacrificios humanos, como por ejemplo, el de poder evadirse de la Tierra. Bueno, ya sé que todo eso no es más que una fantasía, pero lo cierto es que los policías encontraron una imagen detrás del altar, cosa que no les gustó nada. La prueba es que no se la enseñaron a nadie y que luego quemaron todos los libros que había por la casa. ¡Ah! También persiguieron a los adictos a tal culto hasta capturarlos, y luego los expulsaron de California.

Toda aquella estúpida cursilada de peluquería me provocó una mueca de desagrado. No soy más que un autor de cuentos cortos, pero aquella historia me pareció inmensamente pueril. Creo que sería capaz de hilar un relato más interesante que el que nos hizo aquel papagayo; un relato, por supuesto, más interesante y más convincente que aquella sarta de convencionalidades tan tontas, tan inverosímiles. Uno más de los que formaban parte del complot del *thriller*.

O quizá…

Eso me conmocionó. Quizá la historia fuese cierta. Después de todo, la verdad era que aquel sujeto no había contado nada que pudiese considerarse sobrenatural. Se había limitado a hablar de un ruso chalado, adorador del diablo, que había asesinado a su esposa con un hacha… Eso pasa de vez en cuando. La psicopatología procura muchos casos semejantes. ¿Y qué había de malo, al fin y al cabo? Nuestro amigo del traje de etiqueta no había hecho más que alquilar aquella casa después del crimen para capitalizar la historia del encantamiento.

Evidentemente, el tipo había hecho bien. Esas historietas siempre venden.

—Y así, amigos míos, la Mansión de Kluva quedó deshabitada y… Bueno, no

deshabitada del todo, porque aquí mora el fantasma de la señora Kluva, la Dama de Blanco.

¡Qué tontería más grande! ¡La Dama de Blanco! ¿Y por qué no de rosa, o de verde? La Dama de Blanco… Sonaba a título de novelucha barata o de película no menos costrosa.

—Todas las noches anda por el corredor de la planta superior, en dirección a la cámara del sacrificio. Su cuello cortado se ve a la luz de la luna, cuando pone otra vez la cabeza sobre el tajo… para recibir el hachazo fatal. Luego lanza un alarido y se esfuma en el aire.

Se esfuma en el aire de tu imaginación calenturienta, capullo…

—¡Oh, pobrecilla! —dijo Daisy—. Y se aparece…

—Ya he dicho que la casa estuvo largos años sin habitar, por lo que pasaron por aquí vagabundos y delincuentes en busca de refugio durante la noche. Pero el caso es que, después de pernoctar aquí, no se largaban… Al día siguiente aparecían con el pescuezo rebanado por un hacha.

Estuve a punto de preguntarle: ¿el hacha voladora? Pero de inmediato me fijé en Daisy, que disfrutaba un montón de toda aquella basura. Con la boca abierta y la lengua casi fuera, babeando.

—Después de aquello, nadie quería venir por aquí —siguió aquel sujeto— y, como la empresa propietaria no podía vender la casa, me la alquilaron. Yo conozco bien su historia. Sabía que con ella atraería a los visitantes, pues a fin de cuentas soy un hombre de negocios.

Gracias por la aclaración, muchacho… Supuse que eras un charlatán de feria.

—¿Quieren que subamos ya a la planta superior para ver la habitación del crimen? —dijo el tipo—. Síganme, por favor… Conservo todo como estaba en aquel tiempo. Seguro que les interesará…

Daisy tiraba de mí para subir por la oscura escalera.

—¿No tiemblas de miedo, churri?[34] —me dijo.

No me gustaba que me llamase churri. Y la verdad es que pensar que Daisy realmente temblaba de miedo por algo tan ridículo me resultaba aún más nauseabundo. Se me pasó por la cabeza matarla allí mismo. Quizá a Kluva le hubiese ocurrido algo semejante.

Los escalones de madera crujían; en las ventanas polvorientas apenas se percibía una luz sepulcral, que caía tenuemente sobre el suelo también polvoriento, mientras seguíamos al infame *showman*. El viento se estrellaba contra la casa, haciéndola tremolar en una suerte de chillido atormentado.

Daisy estaba muy excitada. En las películas de miedo se volvía hacia mí y me agarraba de las solapas cuando el monstruo entraba en la habitación donde dormía la chica. Pero ahora se mostraba mucho más histérica.

Yo, por el contrario, me sentía tan excitado como un arenque en una casa de empeños.

Aquel W. C.[35] abrió una puerta al final del corredor para hacerse con una vela y prenderla. Luego nos condujo a un cuarto, en cuya puerta se detuvo para hacernos pasar. Bueno, aquello estaba un poco mejor. Al menos demostraba cierta imaginación. El resplandor de la vela hacía que las sombras danzasen por los rincones.

—Bien, pues aquí estamos —susurró el tipo.

Sí, allí estábamos.

La verdad es que no soy muy impresionable. Tampoco tengo una gran imaginación, la verdad sea dicha. Cuando Orson Welles aterrorizaba a todo el mundo a través de la radio, yo me iba tranquilamente a comer hamburguesas y a escuchar los últimos éxitos de la música *swing*. Pero, al entrar en aquella habitación, supe que no asistía a una mascarada, ni mucho menos a la representación de un auténtico fraude. El aire olía a crimen. Las sombras parecían bailar la danza de la muerte. Hacía frío, además. Un frío de osario. La luz de la vela iluminaba pálidamente una gran cama, al lado de la que se veía una especie de túmulo. El lugar del crimen.

Era algo así como un altar. Y tras el altar se veía una cosa parecida a un nicho; supuse que sería una especie de hornacina en la que hubiera una imagen cualquiera. Pero ¿qué imagen? Pues había un murciélago negro, claro está, crucificado con la cabeza hacia abajo. Cosa de adoradores del Demonio, ¿no? ¿Y si fuera otro ídolo aún más repugnante? La policía, al parecer, había acabado en su día con todo aquello, pero allí estaba… *eso*… Y allí estaba el túmulo, el altar o lo que fuese… Y aun a la luz de la vela se observaban unas manchas, algo que parecía reseco.

Daisy se apretó contra mí y la noté muy temblorosa.

De manera que estábamos en la habitación de Kluva… Un hombre con un hacha que había descuartizado horriblemente a su mujer en aquel altar… No había que hacer un gran esfuerzo para imaginárselo con una rabia demencial en los ojos y el hacha en las manos.

—Aquí ocurrió todo, la noche del 12 de enero de 1924… Aquí asesinó Ivan Kluva a su esposa con…

El tipo hablaba desde la puerta… Observé que estaba un poco más gordo, realmente, de lo que me había parecido. Decía las mismas tonterías que ya le había escuchado, pero ahora, sorprendentemente, sus palabras dichas en el lugar del crimen me sonaron diferentes, creíbles, comunicadoras de una verdad y no la simple cháchara propia de una mascarada. Un hombre, su esposa y un asesinato.

Muerte es una palabra que puedes leer a diario en los periódicos. Pero a veces se te ofrece con tintes muy vívidos. A veces resulta una palabra que esconde una carga de realidad insospechada. A veces el gusano de la muerte te susurra al oído sin dejar de masticarte. Crimen es una palabra, también. Y alude al poder de la muerte, un poder del que a veces se apropian los hombres, como si fuesen dioses. Hombres que disponen de las vidas ajenas como los dioses. Te rebanan el pescuezo. Si te pones a pensar en serio sobre todo esto, llegas a la conclusión de que hay, cuanto menos, una

suerte de obscenidad cósmica en todo eso, en la sola idea de quitarle la vida a alguien. No hablo sólo de los casos en que se dispara un arma de fuego, en el calor y apasionamiento de una reyerta, ni al golpe asestado por una persona enloquecida, ni al atropello mortal, ni a las muertes causadas en combate. Todo eso forma parte de la vida vulgar, común; pero pensar que un hombre pueda premeditar la muerte de un semejante, con toda frialdad…

Pensar que pueda sentarse a cenar en compañía de su esposa y mascullar tranquilamente «son las doce, te quedan cinco horas de vida, cariño, y nadie lo sabe, ni tus amigos, ni tus parientes, ni tú misma siquiera… Sólo yo lo sé. La muerte y yo lo sabemos. Dispondré de tu cuerpo y de tu alma; soy tu amo y tu señor; yo mismo soy la muerte. Naciste, viviste para llegar a este instante supremo. Yo soy quien dispone de tu suerte. Existes hasta que yo quiera que mueras».

Sí, es realmente obsceno. Y aquel altar, túmulo o lo que fuese… Y el hacha.

«Sube a la habitación, querida». Pensar en eso, en que el asesino podía haberle dicho eso tranquilamente, lleva a imaginar cuáles serían sus pensamientos, el tono espantosamente hipócrita de sus palabras… Y ella, confiada, subiendo por la oscura escalera, hasta su habitación, donde el otro ya tenía dispuesto el altar y el hacha.

Me pregunté si odiaba a su mujer. No, quizá no. No parecía que tal fuese el caso, puesto que la mató para ofrecerla en sacrificio. A mi pesar, me estremecí, pero lo achaqué al frío ambiente de aquella habitación, y seguí pensando en lo mismo, en la horrenda escena que allí se había dado.

Era como si oyese un susurro junto a mi oído, como si alguien, un espíritu encadenado, acaso, estuviera diciéndome:

«Aquí morí. Aquí acabó mi vida. Aquí cayó el hacha sobre mi cuello. Y ahora espero que vengan otros y les ocurra lo mismo. Porque sólo me han dejado sed de venganza. Ya no soy una persona ni un espíritu, sino un poder aniquilador. Sólo me impulsa el odio que nació en mí a causa de la injusticia con que me trataron. Y la única forma de liberarme de este odio consiste en hacer lo mismo, matar a otras personas, matar, matar… Por eso merodeo por estas habitaciones en busca de víctimas. Quédense aquí el tiempo suficiente. Vendré a buscarles. Y entonces, en la oscuridad, les cortaré el cuello con el hacha, para saborear de nuevo el éxtasis de un momento real».

Aquella especie de gato castrado que era nuestro guía continuaba su charla, sin duda de lo más elaborada y probablemente cursi, aunque no pude enterarme de lo que decía, ocupado como lo estaba en mis propios pensamientos. Sí vi que mostraba algo a mi esposa.

Era un hacha.

Sentí, más que oí, que ella exhalaba un grito muy agudo:

—¡Ayyy!

La miré y vi que sus ojos eran algo así como dos espejos en los que se reflejaba un espanto indecible. Mis pensamientos me daban ahora una idea cumplida del horror

que podía sentir la pobre… El pajarraco seguía con su cháchara, con toda su estolidez a cuestas, aunque blandía el hacha de filo rutilante. Por un momento no pude mirar otra cosa que no fuera el filo del hacha. No podía ni ver, ni pensar, ni decir cualquier cosa. Allí estaba el hacha, un instrumento de muerte. Un símbolo mortal. La parte fundamental de aquella historia. Un hacha de filo brillante que podía caer sobre cualquier ser viviente. No había en el mundo, en aquel instante, nada tan poderoso como el hacha. Ni la mente, ni el poder, ni el amor, podrían resistirse ante el filo del hacha.

Conseguí apartar mis ojos del hacha, al fin, y miré a Daisy para quitarme aquella negra impresión que tenía. Y su cara me pareció la de Medusa sometida a tortura.

Entonces se desvaneció.

Logré tomarla entre mis brazos antes de que cayese. Aquel capullo gordo y con traje de etiqueta nos miraba sorprendido.

—Mi esposa se ha desmayado —le dije.

Sonrió, como si le complaciera el efecto de su relato.

Aquello alteraba por fuerza nuestros planes. De momento no iríamos a Valos, nada de coche.

—¿Hay algún sitio donde pueda acostarla? —pregunté—. En esta habitación no, por supuesto.

—El cuarto de mi esposa está junto al salón —respondió aquel narizotas.

Así que el cuarto de su esposa… Pero ¿no había dicho que allí no quedaba nadie después de que anocheciera? ¡Maldito viejo farsante!

No había tiempo para disquisiciones ni reproches, sin embargo, así que llevé a Daisy a la habitación que había junto al salón de la planta superior, la tumbé en la cama y le tomé el pulso.

—¿Quiere que mi esposa se haga cargo de ella?

—No se preocupe —le dije—, yo me encargaré. A veces le ocurre, ya sabe… arrebatos histéricos… Se pondrá bien con un poco de reposo.

El tipo salió al salón y yo me quedé junto a Daisy, maldiciendo. ¡Estúpida, siempre con sus tonterías! Pero no había nada que hacer. Mejor dejarla dormir, que descansara.

Me dispuse a bajar por la escalera en penumbra, pero apenas había llegado al primer descansillo me detuve por un instante, sorprendido por el ruido de la lluvia y el rugido del viento. Una típica tormenta costera. Qué bonito… Fuera todo sería negro como el carbón…

Bien, perfecto. Al menos la tormenta echaba una mano al decorado de la escena. Un melodrama excelente, ahora sí… La verdad es que había visto aquello en un montón de películas. Siempre la misma historia…

Un matrimonio aún joven atrapado en una casa encantada por culpa de la tormenta. Perfecto. ¿Cuántas películas podrían hacerse con ese argumento? Toneladas. Una habitación encantada, o una habitación de una casa encantada. Una

chica que se desmaya y reposa en la cama… Entra Boris Karloff vestido de etiqueta, como un lechuguino cualquiera… Grrrrrr, gruñe Boris. ¡Ayyy!, grita la chica. ¿Qué ocurre?, dice el inspector Toozefuddy[36], que está en la planta baja, investigando. Después, la consabida caza del monstruo. ¡Bang! ¡Bang! Y Boris Karloff cae como una piedra en un pozo. La chica ya es libre para casarse con el chico. Una fórmula que funciona.

Absorto en aquellos pensamientos, que me hacían esbozar una sonrisa, al menos, seguí bajando por la escalera. Pero no podía quitarme de encima una sensación extraña, a la vez de frío y a la vez crepitante, que iba tomando cuerpo en mi cerebro poco a poco por mucho que deseara apartarla de mí. Algo que tenía que ver, en cierto modo, con Ivan Kluva y su esposa, y con la habitación encantada, y con el hacha… Siempre el hacha. Por un momento contemplé la posibilidad de que hubiese un fantasma, realmente, y me sobrecogió pensar en Daisy, allí arriba, tumbada en la cama, inconsciente y…

—¿Huevos con jamón?

—¿Qué? —respondí volviéndome de golpe.

Era el del traje de etiqueta.

—Que si le apetece cenar algo con mi esposa y conmigo. La tormenta es fuerte, y creo que, mientras se recupera su bella esposa, le vendrá bien comer algo.

Le hubiera besado entonces. Incluso en la nariz.

Me condujo a la cocina. Su esposa era tal y como acababa de imaginármela: bajita, delgada, de cuarenta y tantos años, con una mirada apacible o resignada. Inspiraba confianza, y verla me hizo sentir algo más de respeto por su marido, el *showman* venido a menos. Pobre tipo, tan novelero… Por lo demás, su mujer era una cocinera excelente.

La lluvia caía brutal, con mil truenos. La luz de la cocina, su ambiente cálido y común, te hacía sentir bien. Confiado. La señora Keenan (su esposo y *showman* venido a menos se me acababa de presentar, al fin, como Homer Keenan) me sugirió la conveniencia de llevar a Daisy un poco de brandy y me ofreció una copa para que me la tomase antes de subir a la habitación. En realidad la copita fue poco menos que una jarra de medio galón, con excelente brandy, de la que nos servimos su marido y yo varios y largos tragos. Una buena sobremesa, con excelente alcohol. El licor ayudaba a olvidar la tormenta, a no reparar en la sobrecogedora oscuridad del exterior y aquella sensación extraña que me seguía embargando a pesar de todo. Y quizá fuera el alcohol lo que me llevó a dar conversación a Homer Keenan. Mejor mantener una conversación aburrida que pensar en cosas aburridas. Pensamientos aburridos pero que eran como un escarabajo que te fuera masticando el cerebro lentamente.

—Pues sí —volvió a tomar la palabra Homer Keenan—. Yo tuve una tienda, pero los negocios no marchan bien por aquí… Así que decidí montar esto, y la verdad es

que nos va mucho mejor. Es cierto que aquí vivió Ivan Kluva, y que mató a su esposa; pero lo del fantasma no es más que una sublime tontería. Lo único que hago es conservar el hacha y el altar como piezas de museo. Nada más. Y hay días en que no damos abasto para atender a los turistas. Algunos fines de semana trabajamos hasta diez horas al día. Y la verdad es que la casa no está mal para vivir… ¿Le apetece otro trago? Vamos, no le hará daño. Además no va a conducir.

Fuego. Fuego en la sangre. ¿Cómo que la historia del fantasma era un fraude? Durante el rato que estuve en aquel cuarto, olí al criminal. Y percibí sus pensamientos… y los de su víctima. Fuego en la sangre. Fuego en mi cabeza.

Aquel cuarto estaba maldito y, al recordar que había dejado arriba a Daisy, me levanté inmediatamente, murmuré una excusa y subí a toda prisa al piso superior para ir junto al lecho en que reposaba mi esposa. Allí estaba Daisy, plácidamente dormida, sin saber dónde se encontraba, sin miedo del hacha ni del fantasma. Después de contemplarla por unos minutos, recuperé el control de mí mismo y me dispuse a regresar a la cocina.

Mientras bajaba por la escalera, comencé a notar los efectos del licor. Estaba realmente borracho. Aquella sensación fría, aquellos siniestros pensamientos, me habían abandonado. Comencé a sentirme bien.

Keenan me servía alcohol sin parar. Y la verdad es que hablábamos como papagayos.

Me veía incapaz de sujetar mi lengua. No podía callarme. Hilvanaba pensamientos y palabras, y le conté mi vida, hablé de mi *carrera*, como si de veras la tuviese; y de cómo nos enamoramos Daisy yo, todo eso. Cosas del alcohol.

Ya puestos a largar, hablé también de nuestras broncas de entonces, de lo mucho que habían cambiado las cosas entre nosotros. Hablé de lo gruñona que era. De lo pesada que se ponía si me compraba tal coche o si suscribía una póliza de seguros. Y de cuando la tomaba con Jeanne Corey. No podía dejar de hablar de todo eso, mis palabras podían conmigo. Seguí hablando de aquel viaje, de nuestra segunda luna de miel. Y hasta de las cosas que me habían molestado al entrar en la casa.

Keenan me escuchaba con aire de hombre de mundo, pero de repente se vino abajo, de algún modo, y comenzó a burlarse de su esposa, después de que yo criticara a Daisy su gusto por las historietas macabras. Dijo que era muy miedica y seguía mostrándose recelosa con lo del cuarto encantado de arriba. Ella, molesta por aquello, lo negó vivamente y dijo sin más que no tenía por qué simular un miedo que no sentía. Al contrario, para demostrar su valor, estaba dispuesta a subir al piso superior a cualquier hora, incluso de noche, cuando se suponía que el fantasma entraba en acción.

—¿Por qué no lo demuestras ahora mismo? Es medianoche. Ahí lo tienes. Podrías subirle una taza de café a esa pobre mujer que tanto se impresionó con mi relato, ¿no te parece? —Homer Keenan se lo decía como si recomendase a Caperucita Roja que fuera a visitar a su abuelita.

—No se molesten —dije—. Parece que ya escampa. Subiré a despertarla y nos marcharemos enseguida. Queremos ir a Valos, ya sabe.

—Usted también me cree miedosa, ¿no? —me dijo la señora Keenan mientras trasteaba con la cafetera—. Todos los hombres piensan lo mismo de sus mujeres, pero yo les demostraré que están equivocados.

Vertió café en una taza, la puso sobre una bandeja y con paso decidido salió al vestíbulo.

Tuve una mala sensación.

De golpe estuve sobrio.

—Keenan —dije.

—¿Sí?

—No consienta que suba.

—¿Por qué?

—¿Suben ustedes allí de noche?

—No, claro que no… Cuando se van los visitantes cerramos aquello y no subimos hasta el día siguiente.

—¿Y cómo sabe usted entonces que lo del fantasma es una gran trola? —repliqué de inmediato.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que quizá sí haya un fantasma.

—¡Venga, hombre, no me diga eso!

—Keenan, le aseguro que sentí algo extraño ahí arriba… Quizá a usted no le pase porque está acostumbrado a esa habitación, pero le juro que sentí algo… Algo parecido al odio de una mujer, a su sed de venganza…

Tenía ganas de gritar. Lo levanté de su asiento tomándole de un brazo y salimos al vestíbulo. Tenía que evitar a toda costa que su mujer subiera a la planta superior. Tenía miedo.

—Esa habitación es una amenaza —dije, recordando mis pensamientos, mis sensaciones a propósito de la historia de aquella mujer asesinada allí años atrás, una mujer llena de odio y capaz por ello de blandir un hacha—. ¡Detenga a su esposa, Keenan! —grité.

—Pero si va a atender a su mujer… —se rió burlón el *showman*; la verdad es que estaba un poco borracho—. Mire, le diré algo que quizá no debiera, pues al fin y al cabo se trata de mi negocio… Todo eso es una mentira, un fraude, una mascarada.

No obstante, tiré de él para comenzar a subir por la escalera.

—Todo es una gran mentira —siguió confesándose—, y no sólo lo del fantasma, créame… La verdad es que nunca hubo un Ivan Kluva, y nunca hubo una esposa asesinada. Es todo un cuento de viejas. El hacha es mía, nadie ha cometido jamás un crimen con el hacha… De veras, no hay fantasmas, ni hubo un crimen, ni nada de nada… Es todo una gran broma que me da a ganar algún dinero, nada más. ¡Todo es una farsa, amigo mío!

—¡Vamos! —grité de nuevo.

Aquel negro pensamiento volvió a clavarse en mi mente. Trataba de sacármelo subiendo aprisa la escalera… Pero no llegué a la segunda planta… Me detuvo un grito que resonó estridente en toda la casa. A continuación oí unos pasos apresurados, y en lo alto de la escalera apareció la silueta de una mujer, que se detuvo allí unos segundos, para precipitarse luego peldaños abajo, bump, bump, bump, y quedar inmóvil en el piso del vestíbulo… Inmóvil y con la cabeza cercenada a medias por el hacha, cuya hoja seguía hundida en su cuello.

De acuerdo. Ya sé que debí haber huido sin tardanza, pero aquel pensamiento que dominaba mi voluntad me impedía reaccionar. Me quedé allí, junto al estupefacto Keenan, que contemplaba horrorizado el cadáver de su esposa.

—Yo la odiaba… No sabe usted cuánto llegan a fastidiar esas cosillas, lo del seguro, todo eso… Y, encima, saber que Jeanne está esperándome… y que podía cobrar el seguro… Si lo hubiera hecho en Valos, nadie habría sabido nunca… Aquí ha sido un accidente, mejor que…

—Pero si no hay ningún fantasma… Pero si es imposible…

—No, Keenan. Ésta es la realidad. Cuando usted empuñó el hacha, ahí arriba, y mi esposa se desmayó, me asaltó de golpe una buena idea. Podría haber seguido bebiendo con usted en la cocina hasta emborracharle por completo. Luego habría subido a buscar a mi esposa para llevármela sin que usted se enterase.

—Pero ¿y mi mujer? ¿Por qué está… muerta? ¿Quién la ha matado si no hay ningún fantasma en esta casa?

Y otra vez presentí el odio de una mujer que sobrevive a la muerte y adopta una forma corpórea para saciar su sed de venganza en los humanos. Me la imaginé empuñando un hacha y descargando un golpe mortal sobre la pobre señora Keenan, por eso quise impedir que subiera.

—Es que sí hay un fantasma en esta casa, Keenan, porque cuando subí para ver cómo se hallaba mi esposa, ¡empuñé el hacha y la maté!

EL QUE ABRE EL CAMINO

(The Opener of the Way)[37]

I

La estatua de Anubis lucía en la penumbra. Sus ojos ciegos se regodeaban en la oscuridad desde hacía siglos incontables, y el polvo de las edades había puesto una pátina de tiempo inmemorial sobre la frente de piedra de la estatua. La humedad de la galería había ido lacerando con el paso de ese tiempo sus facciones caninas, pero los labios de piedra de su imagen seguían manteniendo aquel rictus críptico, extrañamente burlón, o acaso simplemente alegre. Más bien parecía que el ídolo estuviese vivo; como si hubiera visto deslizarse los siglos tranquilamente, y con ellos la gloria de Egipto y sus dioses antiguos. De ahí, probablemente, la razón de su sonrisa un tanto burlona, pues no en vano fueron sus tiempos de pompa y vanidades, de esplendores ya perdidos. Pero la estatua de Anubis, el que abre el camino, el dios con la cabeza de un chacal, el dios de Karneter, no estaba viva, y quienes se habían prosternado ante ella para rendirle pleitesía llevaban mucho tiempo muertos… La muerte, sí, estaba por doquier; impregnaba con su hálito el túnel sombrío donde se alzaba el ídolo guardián de la cámara de los sarcófagos de las momias sobre aquel piso polvoriento. La muerte y la oscuridad lo dominaban todo; una oscuridad jamás herida por la luz durante tres mil años.

Pero se acababa de hacer la luz. La anunció un gran *clang*, con el que la puerta de hierro del final de la galería subterránea se abrió sobre sus goznes oxidados. Se abrió por primera vez después de treinta siglos. Y, a través de aquella apertura, llegó una extraña luminosidad en aquel lugar, la de una linterna, y el sonido de unas voces.

Había algo ciertamente siniestro, si puede describirse así, pues resulta difícil hacerlo, en todo aquello, un auténtico evento. Durante tres mil años jamás había herido la luz aquellas piedras de la negra bóveda de la galería; durante tres mil años jamás se dejaron sentir allí pasos, al menos los pasos de los vivos, sobre la alfombra de polvo inmemorial; durante tres mil largos años nunca antes se dejó sentir allí una voz que rompiese el aire viciado de la cámara mortuoria. A buen seguro, la última luz que se viera allí fue la de la antorcha portada por un sacerdote; y a buen seguro el último pie que pisó aquel suelo fue uno cubierto con sandalias egipcias; y la última voz, la que dijo una oración fúnebre en la lengua ya perdida del alto Nilo.

Ahora, sin embargo, la antorcha no era tal sino una linterna a pilas; y no eran sandalias lo que cubría aquellos pies que acababan de entrar en el recinto sagrado, sino botas de explorador, botas de suela ruidosa; y las voces no hablaban la ya perdida lengua del alto Nilo, sino inglés. Todo aquello concitaba las características de una auténtica profanación.

La luz de su moderna antorcha descubrió al que la portaba. Un hombre alto, enteco, que se aproximaba a los ojos parpadeantes el papiro que sostenía nerviosamente en su mano izquierda. Su cabello blanco, sus ojos hundidos y la palidez amarillenta de su piel, le daban todo el aspecto de un anciano aunque fuese un hombre aún joven y con una triunfal carrera, lo que acaso únicamente se le notara en la amplia sonrisa de sus finos labios. Muy cerca de él estaba otro hombre, que parecía su réplica exacta, aunque mucho más joven, que fue quien lanzó la primera exclamación de júbilo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Pero si la hemos encontrado!

—Sí, hijo mío, ya la tenemos…

—Mira, ahí está la estatua, tal y como viene señalada en el plano…

Los dos procedieron con pasos cortos y lentos sobre el polvo del suelo de la cámara mortuoria hasta situarse justo frente al ídolo. Sir Ronald Barton, el que portaba la linterna, acercó la luz a la estatua para examinarla mejor, mientras Peter Barton se ponía a su lado con los ojos muy abiertos, atento a la inspección que hacía su padre.

Así estuvieron largo rato los dos intrusos, inspeccionando al dios guardián de la tumba que acababan de violentar. Fue un momento extraño, un momento que les pareció eterno en esa contemplación que su mundo moderno hacía del antiguo.

Los intrusos no podían evitar verse embargados por un sentimiento más de temor que de reverencia ante el ídolo. La colosal figura del dios con cabeza de chacal dominaba la sombría estancia, y en la estatua, a despecho del paso de los años, aún se percibían los vestigios de una grandeza imponente. Y de una amenaza no menos imponente e inexplicable. El repentino influjo del exterior y su aire, penetrando a través de la puerta de hierro recién abierta, quitaron de golpe todo el polvo a la estatua, por lo que los intrusos podían escrutarla en sus formas con una facilidad tan grande como sorprendente. La estatua, de doce pies de altura, mostraba a Anubis con sus inequívocas formas humanas, pero con su cara de perro más cierta sobre unos hombros poderosos. Tenía los brazos en actitud de prevención y defensa, como si se hallara presta a repeler cualquier ataque, o la mera irrupción de los extraños. Era una actitud curiosa, pues todo cuanto había a su espalda no era más que un simple nicho excavado en la pared de piedra.

Había, ciertamente, un aire de sugestión diabólica alrededor del dios; y una bestial humanidad en sus formas, que parecían esconder el secreto de un cuerpo sensible y sintiente. Aquella sonrisa que mostraba, aun contenida, mostraba la inequívoca mueca del cinismo; en los ojos, a pesar de ser piedra, había un insólito aviso de consciencia no menos perturbador. Todo en la estatua sugería vida; o cabría decir que todo en el ídolo sugería un cuerpo que se cubriera con una capa de piedra.

Los exploradores seguían contemplando la representación del dios, sin decir una palabra. Miraban al que abre el camino con aprensión pero también fascinados. Y al cabo, dando un respingo, el padre habló para hablar vívidamente de sus intenciones.

—Bueno, hijo mío; no vamos a estar aquí todo el día contemplando la estatua… Tenemos mucho que hacer, aún no hemos acometido la parte fundamental de nuestro trabajo… ¿Has mirado bien el plano?

—Sí, padre —respondió el muchacho con una voz que no era tan firme y audible como la de sir Ronald.

Al chico no le hacía ningún bien el aire viciado de la cámara; para colmo, le causaban gran aprensión las sombras del pasadizo que habían dejado a sus espaldas. Sólo pensaba en que su padre y él acababan de entrar en una tumba a setecientos pies bajo la arena del desierto; que habían entrado en una tumba ignota desde hacía tres mil años, desde hacía treinta largos siglos. Y por mucho que lo intentaba, le era imposible que no lo asaltase el recuerdo de la maldición tantas veces oída.

Claro está, también sobre aquella tumba había una maldición. Aunque eso era precisamente lo que más había alentado al padre y al hijo a pugnar por el descubrimiento de la cámara mortuoria.

Sir Ronald había encontrado, durante la excavación hecha en la novena pirámide, el papiro por el que se habían guiado, que venía a ser un plano detallado de cómo acceder a la mítica tumba de la que muchos expertos hablaban, pero de cuya localización nadie sabía una palabra. No se sabe cómo pudo ocultar el hallazgo a sus compañeros de expedición, pero lo cierto es que lo hizo, pensando en acometer a solas, o todo lo más en compañía de su hijo y de unos pocos ayudantes, la tarea del descubrimiento.

Después de todo, nadie podría maldecirlo ni denostarlo por hacer eso, pues no aspiraba a apropiarse de ningún tesoro, como habían hecho tantos ladrones disfrazados de expedicionarios. Durante veinte años, sir Ronald Barton había peinado los desiertos descubriendo innumerables reliquias enterradas bajo la candente arena, y había descifrado jeroglíficos, y desenterrado momias, y estatuas, y antiguos mobiliarios, y hasta piedras preciosas, sin sacar de todo ello el menor provecho económico. Por el contrario, había puesto en el público conocimiento el hallazgo de todo aquello, así como el descubrimiento de documentos de otras edades, todo lo cual puso generosamente en manos de su Gobierno. Era, pues, un hombre sin mayor fortuna que, sin embargo, pudo haberse hecho inmensamente rico gracias al producto de su trabajo. Jamás, por otra parte, recibió compensación económica alguna a cambio de los tesoros que puso a disposición de las autoridades. ¿Quién podría maldecirlo ahora, o criticarlo, sin más, porque deseara al fin algo de notoriedad, después de tantos años de trabajo generoso y desprendido?

Además, comenzaba a hacerse viejo o, mejor dicho, comenzaban a caerle los años encima, y no es menos cierto que son muchos los arqueólogos que tras pasar largos años de expediciones en Egipto acaban volviéndose un poco locos… Hay algo en esa tierra que paraliza los cerebros de los hombres apenas pisan la arena de los desiertos, o apenas comienzan a excavar y descubrir ruinas… Hay algo en la humedad de las tumbas y de los pasadizos secretos, hay algo en esa oscuridad del mundo subterráneo

de los muertos que torna dementes a las almas… No es conveniente, pues, mirar de frente a los dioses allá donde aún imperan. Bubastis con su cabeza de gato, la serpiente Set y el diabólico Amón-Ra gobiernan ese mundo subterráneo y purpúreo que se extiende bajo las piedras y la arena. No en vano hay en todo ello una sugerencia de prohibición, un aire de amenaza; un aire que hiela la sangre apenas se ven esas cosas largamente prohibidas. Sir Ronald se interesaba por la magia y la brujería sólo tangencialmente, lo que no quiere decir que todo aquello no le volviera un tanto aprensivo, aunque sin que eso le paralizase ni detuviera en sus búsquedas e investigaciones. Pero lo cierto es que, al margen de eso, se había apropiado sin más de aquel papiro, un plano perfectamente detallado.

Aquel papiro era debido a un sacerdote del antiguo Egipto, un hombre que, no obstante, no había sido un santo, de eso podía estar seguro el explorador. Quien lo fuese no podía haber escrito como lo hiciera él, sin violar sus votos… El papiro, por ello, era producto de la maldad; un escrito vinculado a la hechicería, entreverado de horrores.

El encantamiento al que se refería era una clara alusión a los dioses que él mismo había adorado. Hacía allí mención al Mensajero del Diablo, así como al Templo Negro, en tanto se refería a la vez a los mitos y leyendas de los días de los preadamitas. Pues de igual manera que del cristianismo surgen como contrapartida las misas negras, también los egipcios tuvieron sus dioses tenebrosos, con sus correspondientes adoradores.

Los nombres de aquellos dioses tenebrosos, sin embargo, se mantenían en secreto, como igualmente se hacía con las oraciones que se les dedicaban para invocarlos. Así que el papiro con el plano detallado abundaba en invocaciones y sortilegios blasfemos, en llamamientos contra la religión imperante y en terribles maldiciones contra quienes se opusieran a sus blasfemos designios. Quizá por todo ello, sir Ronald Barton encontró al cabo aquel enterramiento de un sacerdote momificado, que acaso no lo maldijera precisamente, suponía el investigador, por concederle en algún sentido trascendencia, el reconocimiento que en tiempos se le negara. Claro que también podía darse en la momia un afán de venganza, pues cuando la descubrió estaba mutilada, sin brazos ni piernas, también sin ojos, y en un cierto grado de descomposición.

Sir Ronald, sobre todo, se había sentido impresionado por la última parte del papiro, donde el sacrílego hablaba de la tumba de su maestro, gobernante que fuera en vida de aquel culto prohibido. Aquella última sección del papiro contenía además un plano y unas indicaciones concretas. No estaba escrito en la antigua lengua de los egipcios, sino con la escritura cuneiforme de los caldeos. Seguro que así había evitado el blasfemo sacerdote que alguien pudiera descubrirlo y destruirlo. Y quizá eso mismo fue lo que hizo que sir Ronald se sintiera seguro de que no podría alcanzarlo la maldición de la momia.

Peter Barton, sin embargo, recordaba aún aquella noche en El Cairo cuando su

padre y él leyeron todo aquello por primera vez, mientras procedían a la traducción del papiro. Y no podía olvidarse de la mirada de asombro que mostraba su padre, ni el temblor gutural de su voz al leer lo que allí se decía.

… y como se dice en este plano, siguiendo las indicaciones que en él se ofrecen podrá accederse con facilidad a la tumba del maestro, que allí descansa rodeado de sus acólitos y de sus tesoros.

La voz de sir Ronald, en efecto, parecía ir a quebrarse por la conmoción que le suponía leer aquello.

… y si se entra en la tumba bajo la luz de la estrella perro de la noche, podrá verse a los tres chacales sobre el altar de los sacrificios, los cuales han dejado un rastro de sangre en la arena antes de acceder a la cámara… Y descenderán los murciélagos, pues querrán participar del festín, y llevarán después restos sanguinolentos del mismo al Padre Set que mora en el mundo subterráneo.

—¡Vaya sarta de supersticiones! —había exclamado entonces el joven Peter Barton.

—No te rías de todo esto, hijo mío —lo previno sir Ronald—. Podría darte muchas razones para no hacerlo, y estoy seguro de que las comprenderías…. Pero me temo que la verdad podría perturbarte innecesariamente.

Peter siguió en completo silencio mientras su padre leía lo siguiente:

Tras descender hasta la galería, que es un pasaje estrecho, encontrarás la puerta señalada con los símbolos del maestro que yace en el interior de la cámara. Toma el símbolo anunciado en la decimoséptima lengua de la séptima cabeza y arráncalo con un cuchillo. Así abrirás las barreras de acceso, se abrirá la tumba y estará a tu disposición cuanto hay en ella. Son treinta y tres los pasos que conducen desde allí hasta donde se alza la estatua de Anubis, el que abre el camino.

—¡Anubis! Pero no fue una deidad de culto común en el antiguo Egipto… ¿Por qué le honran, entonces? —había preguntado el joven Peter.

—Porque el dios Anubis atesoraba las llaves de la vida y de la muerte —respondió sir Ronald sin alzar la vista del papiro—. Es quien guarda cuanto de críptico hay en Karneter; nadie puede traspasar sus velos sin su consentimiento. Algunos adoraron al dios con cabeza de chacal por creer que era quien realmente gobernaba y regía sus destinos, pero no era así; Anubis fue sólo el que guardaba los misterios, y por eso se le llama el que abre el camino… En aquellos tiempos remotos, para los que no hay cifras que los cuenten, el dios Anubis se mostró a los hombres, que así pudieron hacerle la ofrenda de reflejarlo en piedra. Fue, pues, la primera imagen de un dios que construyeron los hombres. Y esa imagen que hemos descubierto al final de la galería en sombras es la primera imagen que se hizo, precisamente, del que abre el camino.

—¡Es increíble! —exclamó el muchacho—. Y pensar que todo eso pudo haber sido verdad, o pudo haber sido tomado como una verdad indubitable hace tantos años… ¡Y hemos descubierto la estatua primera del dios!

Su padre se limitó a sonreír mirándole.

—Esta primera imagen, sin embargo, difiere sustancialmente de otras que posteriormente se le dedicaron —siguió diciendo sir Ronald, que prosiguió así—: Oye lo que dice el papiro… *No es conveniente que los hombres descubran los caminos que llevan a la tumba, pues el secreto habrá de ser guardado por edades completas hasta que llegue el día en que el dios pueda ser adorado y honrado de nuevo, según él lo demande… Y de nuestros enemigos, cuyas almas se pudran, hemos de cuidarnos para evitar que profanen los rituales. Por eso el maestro ordenó que lo enterrasen con la imagen.*

Y la voz de sir Ronald volvió a quebrarse al leer lo que sigue, tras una pausa:

… pero Anubis no se halla al final de la galería por esa única razón. Lo llamamos el que abre el camino porque sin su ayuda nadie podrá acceder a la tumba.

Y aquí el experto investigador se detuvo y observó un largo silencio.

—¿Qué te pasa? —inquirió Peter, impaciente—. Supongo que ahora viene cualquier otra historia truculenta sobre los rituales debidos al dios, ¿a que sí?

Su padre no respondió; siguió leyendo para sí, absorto. Peter se dio cuenta de que a sir Ronald le temblaban las manos sosteniendo el papiro y que, cuando al fin alzó la vista de allí, estaba muy pálido.

—Hijo mío —dijo entonces con cierto espanto—, así es… Aquí se describe otro de esos rituales de los que tanto te ríes, pero no nos interesemos en eso al menos hasta que haya llegado el momento preciso.

—¿Quieres decir que accederemos… a la tumba en sí, más allá de la estatua? —preguntó entusiasmado el joven.

—Debo entrar ahí —dijo sir Ronald con un tono de voz contrito y volvió a leer lo que decía el papiro:

… y habrán de observar cuidado quienes no crean que pueden morir. El dios Anubis puede quitarles la vida impidiendo para siempre que regresen al mundo de los hombres. El culto al dios es extraño para quien no posea un alma secreta.

El veterano arqueólogo leyó esas últimas palabras muy rápido, sin detenerse apenas en ellas, como si las obviara. Después se guardó de nuevo el papiro y se dispuso a cumplir su tarea, aquello para lo que había ido hasta allí, esforzándose en olvidar lo leído.

Habían pasado varias semanas preparándose para viajar al sur. Sir Ronald parecía eludir a su hijo, salvo cuando le era necesario hablar con él sobre cualquier cosa relacionada con los preparativos del viaje y con los asuntos que concernían a la expedición proyectada.

Pero Peter no podía olvidar lo que había oído. Se preguntaba además si su padre, al leer aquello en silencio, no querría ocultarle algo; se preguntaba si acaso habría leído cualquier cosa importante sobre un ritual perverso que permitiera pasar ante la

estatua de Anubis para ir más allá, hasta lo que guardaba, sin ser receptor de la ira del que abre el camino. Si no, ¿a qué se debía aquel temblor en las manos de su padre, aquella voz en un hilo? ¿Por qué cambiaba de conversación procurando referirse siempre a cosas que nada tenían que ver con el objeto de sus investigaciones? ¿Por qué había guardado el papiro donde sólo él sabía? ¿Y a qué se referiría en concreto la maldición que concernía al enterramiento presidido y custodiado por la estatua de Anubis? ¿Y qué más diría aquel manuscrito, aparentemente temible?

Peter no dejaba de hacerse tales preguntas una y otra vez, al tiempo que intentaba responderlas; no obstante, poco a poco se le habían ido esfumando los primeros temores, absorbido como estaba en los aspectos técnicos de la expedición y en sus arduos preparativos. Y así ocurrió que no fue hasta que estuvieron de nuevo en el desierto cuando volvió el joven a preguntarse todas esas cosas, a considerar los aspectos más oscuros del trabajo que pretendían. Y con aquellas preguntas volvieron sus temores, como una plaga.

Tiene el desierto un algo de eones ni siquiera concebibles, un aura de antigüedad que le hace a uno sentir que los triunfos del hombre no son más que simple trivialidad y quedan oscurecidos al instante del mismo modo que el viento borra sus huellas en la arena. En un lugar como el desierto, el brillo de una esfinge resulta mucho más impresionante y angustioso, y el soliloquio puede llegar a invadir por completo la mente de un hombre.

El joven Peter estaba realmente afectado por aquella especie de palabra con que le hablaba el silencioso desierto. Trató de recordar algunas de las cosas que su padre le refirió alguna vez a propósito del antiguo Egipto y su hechicería, así como de la magia milagrosa de sus altos sacerdotes. Las leyendas sobre las tumbas y otros horrores subterráneos cobraban una dimensión nueva en aquel lugar, donde nacieron para el mundo. Peter Barton había conocido a unos cuantos hombres que creían en las maldiciones, muchos de los cuales murieron de manera realmente extraña. Para ejemplo, ahí estaba el caso de la maldición de Tutankamón, y el del escándalo del templo de los Paut, y los rumores acerca de la desgracia del doctor Carnoti… De noche, bajo las estrellas que todo lo observan como espías, había oído contar tales cosas, y muchas otras más, que le hacían asombrarse e incluso aterrorizarse ante aquella vastedad que se abría ante sus ojos.

Cuando sir Ronald decidió acampar en el lugar señalado por el plano, les aguardaban terrores nuevos y mucho más concretos.

Aquella primera noche, sir Ronald decidió dar un paseo hasta las colinas, más allá del campamento. Llevaba consigo una cabra blanca y su machete de explorador. Su hijo lo siguió y así presenció su hazaña de dar de beber la sangre del animal a la arena del desierto. La sangre de la cabra brillaba espantosamente sobre la arena, y de noche, bajo la luz de la luna, igual que brillaban los ojos del que la había sacrificado. Peter se ocultó a la vista de su padre, pues no quería interrumpirlo mientras pronunciaba extrañas frases en la lengua del antiguo Egipto, mirando a la luna.

Peter, entonces, sintió algo más que miedo al ver a su padre sumido en aquel trance. Creyó oportuno convencerlo de que abandonaran todo aquello, de que se olvidasen de aquella investigación.

Pero a la vez había algo en sir Ronald, había algo en sus maneras, una determinación final, una suerte de locura exquisita, que obligó a Peter a seguir en silencio. Ya habría tiempo para que le preguntara por el significado último de aquella maldición de la que aún no había querido hablarle.

Al día siguiente de aquella escena en las colinas, sir Ronald, tras consultar los signos zodiacales, anunció que ya podían dar inicio a la excavación. Meticulosamente, sin levantar los ojos del plano, contó sus pasos hasta llegar a un punto concreto, y dio a los hombres de su expedición la orden de que comenzaran a trabajar. Cuando empezó a ponerse el sol ya habían hecho una gran herida en la tierra, y acababan los nativos de anunciar, muy excitados, que habían hallado una puerta allí abajo.

II

Peter, cuyos nervios estaban a punto de hacerle estallar, temía más que nunca que su padre se enfadase con él si le sugería el abandono de la excavación. Sir Ronald parecía realmente enajenado, se mostraba más huraño por momentos, pero Peter lo amaba y admiraba profundamente, motivo por el que le resultaba tan difícil contradecirle o desobedecerle. No le agradaba lo más mínimo la idea de meterse en aquel hoyo; el simple hedor que de allí salía lo espantaba. Pero era incluso más llevadero que ver aquella puerta de la que habían avisado los hombres que excavaban.

Era evidentemente la puerta de la galería que se mencionaba en el papiro. Peter recordó ahora una de las cosas a las que se aludía en el papiro, *la séptima lengua en la séptima cabeza*, pero no se preguntó más, sólo deseó que el significado de aquel galimatías quedara por siempre fuera de su comprensión. La puerta mostraba un símbolo, más evidente ahora a la luz que penetraba por el hoyo, de plata; un símbolo típico de los ideogramas egipcios, que representaba las cabezas de Set y Anubis, así como las de Osiris, Isis, Ra, Bas y Thoth. Pero el horror que de todo ello se desprendía radicaba en el hecho de que aquellas siete cabezas pertenecían a un cuerpo único, que no era precisamente el de cualquier dios comprendido en la mitología egipcia. Aquella figura no era antropomórfica; nada en ella aludía a una forma humana. No pudo encontrarle Peter ningún paralelismo, tampoco, con la cosmogonía alegórica de los panteones egipcios, por lo que todo sugería la posibilidad de que se tratase de un ser creado simplemente para causar un horror o un temor de la divinidad extraño, ignoto.

Aquello, en realidad, no podía describirse con palabras. Contemplarlo hacía que

los ojos de Peter se entrecerrasen espantados, como temeroso de que salieran de semejante figura unos tentáculos dispuestos a sacárselos para llegar a través de las cuencas vacías hasta su cerebro, y dejárselo seco, vacío de sentimientos y de la capacidad de percibir. Quizá le provocaba esta impresión el hecho de que tan indescriptible cuerpo pareciese, sin embargo, no ya en movimiento sino en constante mutación, yendo de manera apenas perceptible, pero evidente al cabo, de una forma a otra. Cuando se observaba aquel símbolo desde un ángulo concreto, parecía la cabeza de Medusa poblada por serpientes; y desde otro ángulo, el contrario, semejaba una flor rara, una suerte de flor temible, vampírica; una flor hecha de pétalos gélidos, protoplasmáticos, que daban la sensación de hallarse sedientos de sangre. Un tercer escrutinio de aquel símbolo ofrecía la sensación de que todo aquello no era más que un montón de calaveras conformando una sola. Y desde más lejos, la observación ofrecía la forma de un patrón cosmogónico, con su perfecta disposición de las estrellas y de los planetas rodeados por la inmensidad del espacio exterior.

Era difícil ponerse en el lugar de la mente diabólica que había creado aquella auténtica pesadilla visual. Peter en realidad no quería ni preguntarse por el tipo de persona capaz de hacer eso, por lo que prefería pensar que nada de todo aquello se debía a un hombre con inclinaciones artísticas.

Todo aquello, en fin, era una siniestra alegoría de la propia puerta, quizá, de su significado como acceso a los caminos de la vida y de la muerte. Del significado, en suma, de la condición más allá de lo humano que es propia de los dioses. Pero cuanto más miraba Peter aquello, más sentía que el símbolo le absorbía la mente, imposibilitándole pensar con un mínimo de lógica. Aquello era hipnótico, arrebatador; algo que se imponía incluso al mero significado de la vida, algo que parecía urdido por el miedo de un filósofo que se hubiese vuelto loco.

De aquella delirante abstracción salió Peter gracias a la voz de su padre, que se había mostrado distante e incluso desagradable a lo largo de toda la mañana. Ahora, sin embargo, parecía de nuevo cariñoso y entusiasmado.

—Bueno, todo parece ir bien —dijo—; ahí tenemos ya la puerta descubierta desde arriba, y así se nos abre una perspectiva diferente. Esto me recuerda lo que dice Prinn[38] a propósito de los rituales sarracenos, ese capítulo en el que habla de los símbolos de las puertas… Ya lo fotografiaremos todo cuando acabemos la exploración. Aunque supongo que nos podremos llevar esa puerta, si los nativos no se oponen, claro.

Era una reliquia oculta durante siglos, y a Peter le dejó muy intranquilo la pretensión de su padre de llevársela. De golpe sintió miedo, más aún que antes; y pensó en lo que había descubierto de su padre, algo que le llevaba a pensar en los descubrimientos y también en los estudios secretos que hiciera éste en los últimos años. Pensó también en aquellos libros que había encontrado en El Cairo y que guardaba celosamente. Y, para colmo, lo había visto la noche anterior celebrando lo que parecía un ritual propio de antiguos sacerdotes dementes y siniestros como

murciélagos. ¿De veras podía creer su padre en todas aquellas estupideces? Pero ¿y si hubiese descubierto la verdad?

—Bien —oyó de nuevo la voz alegre y confiada de sir Ronald—, creo que este cuchillo me ayudará… Mira y verás…

Con ojos fascinados y a la vez temerosos, observó Peter cómo su padre metía la punta del cuchillo bajo las cabezas, que eran las de Anubis. Y la puerta comenzó a abrirse lentamente, haciendo un eco que desde la hondura del enterramiento brotó hasta la superficie.

Brotó de allí, igualmente, aquel olor acre. No era el olor que producen habitualmente los miasmas de los enterramientos, una mezcla de esencias varias y tiempo; aquello olía, simple y llanamente, a muerte, a podredumbre, a huesos lacerados por la humedad de los siglos, a carne putrefacta, a polvo saturado de todo lo anterior.

Una vez hubo superado sir Ronald el golpe de aquellos vapores pútridos, se decidió a dar un paso más. Entró. Su hijo lo siguió, despacio, precavido, tras unos momentos de duda. Los treinta y tres pasos en la galería parecían prometer algo realmente digno de contemplar. Con el plano en la mano, a la luz de la linterna, sir Ronald se vio al fin ante la enigmática estatua de Anubis.

Mientras veía a su padre absorto en la contemplación del ídolo, no pudo evitar Peter que le llegara el recuerdo sobrecogedor de algunos incidentes no muy lejanos en el tiempo, pero sir Ronald interrumpió los pensamientos de su hijo hablando de nuevo. Casi en un susurro, lo hizo ante la estatua gigantesca del dios que parecía contemplarlos con la ferocidad de unos ojos conscientes cual si fueran hombres merecedores de reprobación. Y, en efecto, la imponente estatua, a la luz de la linterna, parecía más que amenazante. No tranquilizó a Peter, sino todo lo contrario, oír de nuevo la voz de su padre.

—Escucha, hijo mío —dijo sir Ronald—; no he querido contarte lo que de verdad se revela en el papiro. Recordarás que hubo una parte que leí sólo para mí. Bien, pues te aseguro que tuve buenas razones para hacerlo; no hubieras entendido lo que ahí se dice, y es más que seguro que te habrías negado a venir conmigo. Te necesito, y no era cosa de arriesgar tu concurso, de que te negases a acompañarme. No puedes ni hacerte una leve idea de lo mucho que todo esto significa para mí. He estudiado durante años, he investigado en secreto a lo largo de mucho tiempo, y he llegado hasta un punto que me envidiarían muchos de los que también trataron de hallar la huella de estas supersticiones, o de esas verdades que se esconden en las religiones perdidas en la noche de los tiempos. Unas verdades a menudo distorsionadas por la aplicación de visiones racionalistas; unas verdades, en suma, que no pueden contemplarse bajo el prisma de lo que suponemos es la realidad. Pues bien, es en esa dirección en la que llevo investigando muchos años. Y creo tener pruebas concluyentes para convencer al mundo de su error. Seguro que aquí donde estamos, hijo mío, hay momias, y que son éstas las de oficiantes de aquellos cultos no ya

olvidados, sino prohibidos y perseguidos en su propia era… Pero no es eso lo que más me interesa. En realidad aspiro a desvelar el conocimiento implícito que hay en esas momias, un conocimiento que fue sepultado con aquellos hombres. Ese papiro contiene la clave para acceder al secreto de lo prohibido, la sabiduría de un mundo que nos resulta por completo desconocido… Sabiduría y poder, hijo mío… Tales son las claves.

Hizo una pausa sir Ronald y prosiguió con renovado entusiasmo:

—¡El poder! He ahí la clave de todo, la clave del mundo. He leído mucho acerca de los círculos más íntimos del Templo Negro y de los cultos por los que se regía y gobernaba, de la mano de sus grandes e impávidos maestros. El papiro que atesoro es pródigo en ese tipo de informaciones. No eran aquellos hombres simples sacerdotes, no eran meros oficiantes de rituales mágicos. En realidad se relacionaban con instancias superiores, con entidades pertenecientes a esferas que están fuera de nuestro mundo lógico. Se respetaban sus deseos y eran muy temidas sus maldiciones. ¿Por qué? Porque a través de aquéllos se conocían sus designios. Y su conocimiento… Bien sé que en este enterramiento descubriremos secretos que nos harán accesibles a un poder inmenso, a las claves para dominar al menos una parte importantísima del mundo que conocemos. Descubriremos rayos mortales y venenos; accederemos a libros prohibidos que contienen palabras que son en sí mismas insidiosamente eficaces por cuanto atesoran el poder de convocar entre nosotros a dioses primordiales. ¡Piensa en todo ello, hijo mío! ¡Piensa en la importancia de lo que hacemos! Accederemos a un poder merced al cual seremos capaces de controlar gobiernos y gobernar reinos, y de destruir a nuestros enemigos… Y todo, gracias a ese conocimiento del que tan cerca estamos. Y además de todo eso, tendremos riquezas indecibles, oro, joyas… ¡El tesoro de miles de tronos!

Peter pensó que su padre se había vuelto loco definitivamente. Loco sin paliativos. De golpe sintió ganas, una vez más, de darse la vuelta y echar a correr. Quería contemplar el sol sobre su cabeza, algo realmente sano, al margen de la podredumbre en la que estaba inmerso, y al margen también de la locura que apresaba a su padre. Quería sentir de nuevo el viento en la cara, herida ahora por un polvo secular y pútrido. Pero su padre le puso las manos en los hombros, y lo paralizó hablándole con mucha suavidad y cariño.

—Ya sé que quizá no puedas comprender lo que te digo, hijo mío… Lo veo en tus ojos. Pero en breve sabrás que todo esto es inevitable, y no sólo inevitable, sino necesario… Te diré lo que revela el papiro. Te contaré qué se dice en esa parte que no te leí…

Peter sentía que una parte de su cerebro lo impelía a huir de allí, a negarse a escuchar las revelaciones que pudiera hacerle su padre. Pero la voz de sir Ronald y su actitud eran firmes, paralizantes.

—Eso que no te leí —prosiguió— alude a cómo ir más allá de la estatua de Anubis para acceder al enterramiento en sí, y con ello, a los secretos de la tumba.

Pero no creas que se trata únicamente de sobrepasar al ídolo. Aquellos maestros eran muy sabios… Pusieron por ello más trabas, más pruebas a superar. Tampoco se trata de trampas ni dispositivos mecánicos de cualquier especie, en los que tan duchos fueron… Se trata, hijo mío, de penetrar en la estatua para trascender el cuerpo de Anubis. Se trata, en suma, de ir a través del propio cuerpo del dios, de fundirse con el dios.

Peter miró de nuevo la hórrida cara de Anubis, que parecía sonreír con sarcasmo cruel. Su rostro perruno, o de chacal, parecía comprenderlo todo, anticiparse a todo… Tal era la inteligencia, acaso artera y brutal, que dimanaba de su expresión. Pero ¿y si no fuese más que una impresión óptica, una consecuencia de la luz incierta? No pudo seguir pensando. Su padre habló de nuevo.

—Todo lo que te digo, hijo mío, es verdad, aunque te suene extraño y pueda parecer una locura. Recordarás bien lo que dice el papiro acerca de esta estatua, de la que cuenta que es la primera y más importante de todas cuantas se han levantado para honrar a los dioses… Recuerda el hincapié que se hace en el texto sobre que es Anubis quien abre el camino… El camino que se oculta en su propia alma… En su alma secreta… Bien, pues en lo que no te leí se refiere que la estatua gira sobre un pivote y deja libre el acceso a un espacio interior, que es el que conduce a la tumba… Algo que sólo ocurre, escúchame bien, algo que sólo podrá acontecer si antes ha recibido la piedra de la estatua el influjo de una conciencia humana que la anime.

Se habían vuelto locos sin remedio, se dijo Peter. Su padre, él mismo, los antiguos sacerdotes, que ya hubieron de estarlo, desde luego… Y hasta la propia estatua, si es que una estatua de piedra podía enloquecer. La locura de un mundo caótico, como lo era el de aquellas entidades que subyugaban a su padre.

—Todo esto —siguió diciendo sir Ronald— significa una cosa… Que he de caer en estado de hipnosis mirando los ojos de la estatua hasta que mi alma penetre en la dura piedra.

A Peter se le heló la sangre en las venas.

—Pero no creas, hijo mío, que esto de lo que hablo responde a una concepción estúpidamente ilusoria… Los yoguis, por ejemplo, creen que al acceder a un trance profundo se encarnan en las divinidades, pasan a formar parte de sus pensamientos… El estado de autohipnosis es una manifestación religiosa común a todas las razas. La teoría mesmérica es por ello una gran verdad, pues ya estaba en práctica, realmente, vívidamente, muchos siglos antes de que la psicología la sistematizase. Aquellos antiguos sacerdotes conocían bien sus principios, evidentemente. Por eso debo entrar en un proceso de autohipnosis y llegar a lo más profundo del mismo. Sólo así, mi alma, o mi conciencia, si lo prefieres, hará sentir su influjo humano en la estatua. Después podré abrir la tumba donde yacen todos los secretos que ansío descubrir, hijo mío…

—¿Y qué hay de la maldición? —preguntó Peter, que al fin halló voz con la que expresarse—. Bien sabes que hay una maldición, tú mismo has hablado de eso

muchas veces… La maldición dice que el dios Anubis no es sólo el que abre el camino, dice que es también el guardián brutal que lo cierra.

—¡Tonterías! —dijo sir Ronald con voz firme y hasta sarcástica—. Todo eso no es más que un invento para asustar a los ladrones de tumbas…. Y si no lo fuera, ten por seguro que me daría lo mismo. Sé que hay mucho que ganar y apenas nada que perder… Tú no te preocupes y aguarda, no tienes que hacer nada más… Una vez que haya caído en trance, la estatua se moverá, girará sobre su pivote oculto y me franqueará el acceso a esas estancias sagradas ocultas. Entraré de inmediato, no lo dudes. Allí mi cuerpo, siempre en trance, accederá a un estado de suspensión de vida, como en un proceso de coma, y después recuperaré la consciencia y mis fuerzas, y volveré a sentirme bien. No tengas miedo.

Había tal autoridad, tanta seguridad, en las palabras de su padre, que Peter no podía darle réplica. No pudo más que seguir, con ello, dirigiendo el chorro de luz de la linterna a la cara de perro de Anubis, a sus ojos de chacal. Permaneció en completo silencio mientras su padre se acercaba para mirar fijamente a los ojos de Anubis… Aquellos ojos de dura piedra en los que el investigador aspiraba a descubrir los secretos más ocultos de la vida.

La imagen era impactante, por insólita. Allí estaban los dos hombres, que parecían a merced de la gran estatua, bajo tierra.

Los labios de sir Ronald musitaban con gran fervor oraciones propias de los más proscritos sacerdotes del antiguo Egipto.

Los ojos de ambos estaban fijos en aquellos ojos cánidos de la estatua, apenas alumbrados por la linterna. Poco a poco se le fueron dilatando las pupilas al padre, y al final ardieron sus ojos con el fuego de la nictalopía… El cuerpo del hombre comenzó a doblarse sobre sí mismo, si bien mantenía alta la cabeza para seguir mirando al dios a los ojos, como si fuera absorbido lentamente por una fuerza vampírica que le quitase la vida.

Entonces, para el mayor horror de Peter, su padre adquirió una palidez mortal y cayó desmadejado al suelo de piedra. Sus ojos abiertos, sin embargo, continuaban clavados en los ojos del ídolo. La mano de Peter que sostenía la linterna temblaba convulsa y espasmódica, una consecuencia del pánico que había hecho presa en el muchacho… Así fueron pasando los minutos, aunque el tiempo no tiene el menor sentido donde impera la muerte.

Peter no podía ni albergar cualquier pensamiento. Ya había visto a su padre practicar la autohipnosis en alguna que otra ocasión, pero siempre ante espejos y con una luz suficiente. Pero esta vez era todo muy distinto. ¿De veras podría acceder al cuerpo real de un dios egipcio? Y si lo conseguía… ¿de veras quedaría a salvo de la maldición? Esas dos preguntas que a duras penas consiguió hacerse Peter, le resonaban en la cabeza como voces leves y entrecortadas, que más que por la esperanza estaban inspiradas por el pánico.

Un pánico que iba in crescendo a medida que Peter observaba el cambio que se

producía en su padre y en toda la escena. El primero y más aterrador, que los ojos de su padre no eran tales sino dos piedras de fuego; el segundo, que su expresión era la de quien ha perdido no sólo la consciencia sino hasta el menor atisbo de cordura. Y el tercero, que los ojos del ídolo no eran ya de piedra.

La estatua había cobrado vida.

Su padre le había dicho la verdad, estaba claro que no urdió una fábula. Y además hizo lo que se propuso, que no fue otra cosa que autohipnotizarse para así acceder al ídolo. Peter sentía que iba perdiendo el control de su mente. Si la teoría de su padre era correcta, lo que aún quedaba por suceder sería, cuanto menos, terrible. No en vano le había dicho que, una vez hubiese entrado en la estatua, su alma, confiriendo vida a la dura piedra, haría que el dios se abriese para permitirle el acceso… No obstante, y a pesar de los cambios obrados, aquello no acababa de producirse… ¿Qué había salido mal?

Preso ya del pánico, Peter se arrodilló junto a su padre para examinarlo. Estaba yerto, muy avejentado, sin vida… ¡Sir Ronald había muerto!

Aún más aterrorizado, Peter recordó unas palabras del papiro, que entonces se le habían antojado crípticas y ahora le parecían tristemente reveladoras:

Los que no crean, morirán. Podrán pasar su alma al dios Anubis, pero éste no les consentirá el regreso al mundo de los hombres. El interior de Anubis es inescrutable y los designios de su alma son siempre secretos, como su propia alma.

¡Alma secreta! A Peter le latían espantosa, dolorosamente, las sienes. Alzó los ojos con dificultad para clavarlos en la cara de la estatua. Y comprobó de nuevo que en aquel rostro pétreo brillaban dos ojos vivos.

Eran unos ojos inconcebibles, brutales, demoníacos. Unos ojos que hicieron que el joven Peter se volviera loco, definitiva, irremisiblemente. Ya no pensaba. No podía hacerlo. Todo lo que alcanzaba a comprender era que su padre había muerto. Y que aquella maldita estatua lo había matado, y encima vivía a costa del muerto.

Así pues, Peter Barton, cuando consiguió reaccionar, se levantó, gritó y se abalanzó contra el ídolo de piedra, con sus puños evidentemente inútiles. La sangre de los nudillos lacerados de sus manos bañaron las piernas de la estatua, pero el dios Anubis permaneció inalterable, inconmovible. Y sus ojos continuaban mostrando aquel signo inequívoco de vida demoníaca.

El muchacho cayó en un estado de brutal delirio; seguía golpeando la estatua y dirigiendo mil insultos contra la cara del dios, que parecía sonreírle burlón. Peter sabía qué había en el fondo de aquellos ojos, y por eso quería destruir al dios, aquella vida infame y antinatural que tenía. Seguía golpeando contra la piedra mientras gritaba el nombre de su padre, en una desesperación agónica.

Nunca se supo cuánto tiempo estuvo así, en pleno éxtasis de su pesadilla. Cuando al fin recuperó sus sentidos, se vio trepando precariamente por la estatua, agarrado a su cuello. Seguía mirando aquellos ojos. Y cuanto más los miraba se percató a la vez de que la pétrea cara de la estatua se distendía en una mueca fantasmagórica, se

replegaban sus labios y de entre ellos brotaban unos colmillos terribles. Sintió entonces el brutal abrazo de piedra de Anubis, sus dedos como garras apretándole el cuello como si fuera a estrangularlo. Y se dijo Peter que le había llegado su momento postrero. No era mala cosa, después de todo, a la vista de cuantos horrores había padecido en tan corto espacio de tiempo.

Los nativos encontrarían no mucho después el cuerpo roto de Peter a los pies del ídolo, yaciente como un hombre ofrecido en sacrificio siglos atrás. Al lado estaba el cadáver de su padre.

Pero no se atrevieron a bajar hasta los pies de la estatua para rescatarlos. Luego dijeron a todos que el joven *efendi* y su padre se habían matado el uno al otro, pues mantenían fuertes discusiones. Nadie se extrañó. No había otra razón aparente. La estatua de Anubis seguía allí, impávida, serena entre las sombras. No mostraba signos de vida en los ojos.

Nadie sabe, pues, qué sintió o pensó el joven Peter antes de que le llegara la muerte. A nadie pudo comunicar que, tras todo lo que se había revelado ante él, la muerte era la mejor solución.

Peter, a fin de cuentas, murió sabiendo qué había animado al dios pétreo. Supo qué alentaba en aquella dura piedra, qué lo había llevado a matarlo. Pues un instante antes de que le llegara definitivamente la muerte, vio en aquella cara de piedra los ojos torturados de su padre.

REGRESO AL SABBAT

(Return to the Sabbath)[39]

I

La presente no es el tipo de historia que a los columnistas gusta dar a la imprenta. Tampoco es precisamente lo que más encandila a los agentes de prensa. Cualquiera de ellos me la hubiera echado atrás de habérsela dado cuando trabajaba en el departamento de relaciones públicas del estudio. Sé bien por qué no se dan a la imprenta este tipo de historias.

Los que publicitamos los ecos de Hollywood hablamos siempre de una ciudad alegre y simpática, de un mundo lleno de glamour, donde brilla el *polvo de estrellas*. Describimos sólo cuanto de más rutilante tiene la ciudad; pero bajo esas luces a menudo no hay más que sombras tenebrosas. Siempre lo he sabido; durante años, mi trabajo no fue otro que el de presentar como luminosas las cosas más oscuras. Pero los sucesos de los que voy a hablar ahora son demasiado extraños como para mantenerlos ocultos. La sombra a la que aluden los hechos no es precisamente *humana*.

El maldito peso del recuerdo de aquel suceso ha provocado mi ruina y desequilibrado mi mente. Por eso dimití de mi puesto en el estudio, supongo… Quise olvidarlo todo, lo intenté denodadamente. Pero fui incapaz. En cualquier caso, al fin he comprendido que sólo puedo liberarme de ese peso contando la historia. Quizá consiga entonces olvidar los ojos de Karl Jorla…

La cosa data de una tarde de septiembre de hace casi tres años. Les Kincaid y yo paseábamos despreocupados por Main Street, en Los Ángeles. Les es un ayudante de producción del estudio, y había ido a visitarme por algo concreto: estaba buscando actores para los papeles secundarios de su próxima película de gángsters. Les prefería personajes reales, gente de la calle, antes que los malos imitadores de la empresa de *castings*.

Íbamos por ahí, sin rumbo fijo, por las callejuelas del Barrio Chino, el de verdad, el de la calle Olvera llena siempre de curiosos y de turistas. Era sábado por la tarde, y una apretada multitud de filipinos sin nada que hacer merodeaba por las estrechas callejuelas, haciendo fatigoso nuestro paseo. Estábamos ya cansados, cuando Les Kincaid vio un pequeño y sucio teatro de variedades.

—Entremos a sentarnos un rato —sugirió—, estoy cansado.

Aunque se trataba de un teatrucho de la Main Street, encontraríamos una silla sobre la que echar una cabezada. El espectáculo no me atraía demasiado, pero el cansancio me convenció. Por eso acepté y sacamos las entradas.

Bien, allí estábamos, prestos a sestear un rato. El interior estaba sucio y

desvencijado, como era de imaginar. Asistimos a dos *strip-teases*, un *sketch* increíblemente viejo y un *Gran Fin de Fiesta*. Luego, como es costumbre en estos tugurios, se apagaron las luces y empezó la película.

Estábamos listos para dar nuestra cabezadita. Sabíamos que, por regla general, en ese tipo de locales sólo se proyectan *films* viejos y banales; por eso, apenas se dejaron sentir los primeros acordes de la banda sonora, cerré los ojos, me acomodé lo mejor que pude en la estrecha y chirriante butaca, y me dispuse a caer en brazos de Morfeo.

Pero un codazo en las costillas me hizo volver a la realidad. Les Kincaid me golpeaba y susurraba algo.

—Mira eso —me dijo mientras mi cuerpo trataba de recomponerse un poco—. ¿Has visto algo parecido?

Miré la pantalla con desgana. No sé qué pensaba encontrar, pero lo que vi fue… el *horror*.

La escena mostraba un cementerio rural, poblado de lúgubres árboles, tan espesos que la luna casi no lograba iluminar las gigantescas tumbas resquebrajadas, haciéndolas parecer monstruosas e irreales contra el fondo de un cielo de medianoche.

El objetivo encuadró una tumba. Se notaba que era reciente. La música era cada vez más obsesiva, y el ambiente, terriblemente oscuro y tétrico. Miraba atentamente, olvidándome de que se trataba de una película. Aquella tumba era de un realismo espantoso.

Y la tumba *se movía*.

Parecía como si la tierra se estuviera abriendo poco a poco. Primero se desprendía en pequeños terrones, luego cada vez más velozmente, como si una oscura fuerza interior quisiera desgarrarla. *Algo* la levantaba *desde abajo,* no desde arriba. Cualquier cosa tenía que aparecer en cualquier momento. Empecé a tener miedo. No…, no quería ver lo que iba a pasar. Aquella forma de arañar la tierra desde abajo no era natural. ¿Qué cosa tan inhumana estaba ocurriendo?

Tenía que mirar, no obstante… Tenía que verlo salir. La tierra resbalaba alrededor, y mis ojos no podían desprenderse de la abertura, similar a una enorme boca desdentada, que se iba agrandando más y más. Lo que fuese aquella cosa estaba emergiendo a través de la piedra agrietada de la sepultura y se aferraba con denuedo a los bordes dudosos. Por fin logró alcanzar el suelo firme, y bajo la luz espectral de una luna diabólica vi… reconocí… la mano de un hombre. Una mano informe, desprovista de carne casi por completo. Era la mano de un esqueleto, similar a una garra…

Enseguida la otra mano se asió al borde contrario del agujero. Lentamente, en medio de un terrorífico silencio, emergieron los brazos. Brazos desnudos, descarnados. Los brazos de un cadáver en descomposición. Apoyándose en el terreno, el cadáver se esforzaba por levantarse, por librarse de la tierra que lo oprimía. Cuando salió del todo, la luna se ocultó de golpe, dejando en la más completa

oscuridad aquella visión horripilante. No se veía nada y me sentí mejor. Pero poco después la luna salió de entre las nubes. El rostro de aquella cosa iba a quedar bajo su luz. ¿Cómo sería el rostro de un cadáver en descomposición saliendo de la tumba?

Cayeron definitivamente las sombras. Aquel ser consiguió salir por completo de la tumba. Su cara se volvió hacia mí… Entonces lo vi bien.

Bueno, ustedes habrán visto también un sinfín de películas de terror. Ya saben, pues, lo que habitualmente aparece en ellas. El *hombre mono*, o el *maniaco*, o *la cabeza de la muerte*. El papel maché del a veces grotesco maquillaje de los actores. Las calaveras, todo eso.

Pero no vi nada parecido. Aquello era el horror sin cuentos. Al principio me pareció la cara de un niño, pero no, nada de eso, no era la cara de un niño, sino el rostro de un hombre con alma de niño. Acaso la cara de un poeta, por su expresión ingenua y soñadora. Tenía largo el cabello, que le caía revuelto sobre una fina frente. Y unas cejas espesas que resaltaban notablemente sobre sus párpados, que estaban cerrados. Su nariz y la boca eran especialmente delicadas. Todo en él sugería una gran sensación de paz. Más que muerto parecía sonámbulo, o quizá estuviese sumido en un ataque de catalepsia. Pero entonces la luna se hizo más brillante y le pude ver mejor el rostro.

La luz, cruel, desveló toques diabólicos en su cara. Los finos labios casi no eran tales, se los estaban comiendo los gusanos. De la nariz le habían desaparecido ya las fosas y el tabique. La frente mostraba las huellas inequívocas de la putrefacción y, lo que antes me había parecido un cabello negro y lustroso, tenía sin embargo las trazas de la muerte entreverada de barro. Las huesudas cuencas de sus ojos parecían albergar sombras. Sus brazos eran esqueléticos, igual que sus dedos, que dirigió lentamente hasta sus ojos… y los abrió.

Eran grandes, fijos, llameantes; pero en ellos todo remitía a la muerte. Eran unos ojos que se le habían cerrado al llegarle la muerte, para abrirse cuando ya había recibido sepultura. Eran unos ojos que habían visto pudrirse su cuerpo, que habían visto cómo se le corrompía la carne… Unos ojos que ahora se abrían a un mundo ultraterreno. Unos ojos que habían contemplado otra existencia, aterradora; una existencia que los había forzado a la visión de aquella tierra de la que acababan de liberarse. Eran unos ojos devastados, pero triunfantes. Unos ojos hambrientos de todo lo que la muerte anterior les había arrebatado. Brillaban de alegría en la corrupta palidez de aquel rostro que se caía a pedazos.

Y el cadáver comenzó a caminar. Iba despacio y algo inseguro entre las tumbas en ruinas. E igual de lento fue hasta la carretera, dejando atrás el bosque oscuro. Luego siguió caminando por la carretera, siempre despacio, muy despacio.

El hambre de vida que le hacía brillar los ojos se exacerbó aún más en la contemplación de las luces lejanas de la ciudad que se extendía abajo, a lo lejos. La muerte se disponía a mezclarse con los hombres.

II

Yo seguía todo aquello embobado, sin reaccionar. Sólo unos minutos de cinta y tenía la impresión, sin embargo, de que habían transcurrido edades incontables. Continuaba la película. Les y yo no cambiábamos una sola palabra. Mirábamos.

La trama era rutinaria, una de tantas. El muerto era un científico al que su mujer había abandonado para largarse con un joven médico. A consecuencia de aquello, el científico había enfermado, y el médico que le robara a su mujer, que acudió a prestarle auxilio, le suministró sin embargo un narcótico que le provocó una catalepsia.

El diálogo se producía en una lengua extranjera, por lo que no pude seguirlo. Todos los actores, por lo demás, me resultaban completamente desconocidos. El montaje y la fotografía no eran precisamente convencionales; el *film* tenía el aire heterodoxo de *El gabinete del doctor Caligari* y otras películas psicológicas por el estilo.

Hubo una escena en la que se vio al cadáver en una ceremonia a él dedicada en su condición de oficiante de una misa negra. A un lado aparecía un niño… Aquellos ojos de la criatura cuando vio que un puñal se cernía sobre su pecho…

El cadáver, aun siéndolo, seguía imperando en la escena. Los devotos congregados en la misa negra le rendían el culto debido a un emisario de Satán, motivo por el que habían raptado a la esposa infiel del científico, para sacrificarla en aras de la resurrección del esposo burlado. La escena con la mujer atacada de histeria al reconocer a su esposo en aquel cadáver viviente, y la voz profunda del muerto revelándole el secreto, la suerte que correría en breve, y la procesión ritual de los adoradores de Satán para dirigirse a un altar de piedra que se alzaba en las montañas, donde resucitaría el muerto, todo eso era impresionante.

Pero el cadáver sería muerto a tiros por el médico y sus vecinos mientras oraba a Satán ante el altar de piedra. Y mientras se le cerraban los ojos en aquella segunda muerte, exhalaba una oración dirigida a Satanás. No obstante, herido de muerte por segunda vez, consiguió arrastrarse hasta la hoguera ritual y, haciendo un esfuerzo en verdad sobrehumano, se puso en pie y luego se arrojó a las llamas. El fuego fue tomando posesión del muerto, y la aparición espectral se desvaneció definitivamente, no sin antes soltar una maldición. Sus ojos imploraban la tierra, que se abrió lentamente para él, y se dejó caer en el hoyo lanzando un grito de inmensa alegría. Satanás había recuperado así a quien le pertenecía.

Todo aquello era realmente grotesco. Una exageración de un cuento fantástico. Cuando acabó la película y la orquesta atacó uno de sus temas para dar paso a un nuevo *show* carnal, nos levantamos y salimos, impresionados los dos por lo que habíamos visto. La gente parecía sumida en un estupor muy semejante al nuestro. En la semioscuridad de la sala aún brillaban los ojos de los japoneses, desmesuradamente abiertos, y los filipinos se hablaban los unos a los otros en voz baja. Ni siquiera

algunos trabajadores borrachos, que se habían metido en el cine tras salir del trabajo, alzaban la voz como en otras ocasiones para clamar por el inicio del espectáculo anterior a la película, que pretendían siempre ver de nuevo. Ni siquiera pateaban.

La trama del *film* era trillada y grotesca hasta decir basta. Pero no es menos cierto que el protagonista le daba un toque de verismo fantasmagórico impresionante. Realmente parecía muerto; realmente parecía que sus ojos se sabían los de un muerto. Y su voz era como la de Lázaro recién resucitado.

Les y yo no necesitábamos hablarnos. Sabíamos que no hacía falta decir una palabra. Y en silencio seguimos, yo iba tras él, cuando subimos la escalera que conducía a la oficina del encargado del cine.

Edward Relch se mostraba ceñudo tras su escritorio. Evidentemente, no le hacía la menor gracia vernos allí. Cuando Les Kincaid le preguntó cómo había conseguido aquella película, y cuál era su título, abrió la boca y soltó una catarata de maldiciones.

Supimos, no obstante, que el *film* se titulaba *Return to the Sabbath*, y que lo habían contratado a una distribuidora de Inglewood. Esperaban un *Western* y les llegó *aquello…* Aquella «maldita película extranjera». Tuvo que ser un error. No se lo explicaba. ¡Una película tan terrorífica como ésa para proyectarla después de un espectáculo con chicas guapas! ¡Con la gente que iba a las sesiones de aquel cine! Y, encima, en una lengua extranjera. ¡Maldito cine de importación!

Tardamos un buen rato en saber el nombre de la distribuidora, de tan ocupados como tenía el encargado sus labios en soltar imprecaciones y palabrotas. Pero cinco minutos después de que obtuviésemos aquella información, ya estaba Les telefoneando a uno de los jefes del estudio. Y una hora después llegábamos a su oficina.

A la mañana siguiente, Les Kincaid fue a ver al máximo jefe, al gran jefe, al jefe de todos los jefes en persona, y un día después recibí el encargo de publicar que Karl Jorla, el gran actor austríaco de cine de terror, recibiría en breve un telegrama de nuestro estudio urgiéndole a partir de inmediato rumbo a los Estados Unidos.

III

Me puse a escribir aquel comunicado con mi mayor interés en el encargo que se me hiciera. Pero tuve que detenerme de golpe. Todo había pasado tan rápido… Nada sabíamos del tal Jorla. Así que hubimos de enviar telegramas a los estudios de Austria y de Alemania para informarnos, entre otras cosas, de su dirección. Y resultó que era completamente desconocido. No había hecho ninguna otra película antes de *Return to the Sabbath*. Y, para colmo, nadie había visto en Europa la película, ni se tenía conocimiento de que se hubiera enviado a la distribuidora de Inglewood, con lo cual todo aquello no podía sino responder a un curioso error. Tampoco podíamos calibrar la reacción de la audiencia ante el trabajo de Jorla, de una audiencia

mayoritaria, desde luego, pues la película no había sido subtitulada.

Yo estaba realmente preocupado. Teníamos un auténtico descubrimiento, a buen seguro el gran bombazo cinematográfico del año, por la excelsitud del actor, y carecía de la información necesaria para publicarlo.

No obstante, logramos al fin ponernos en contacto con Karl Jorla, que prometió venir en un par de semanas. Recibí entonces el encargo de publicar cosas sobre él, así que tuve que ponerme en contacto con las agencias de prensa extranjeras para conseguirlas, y no había mucho que contar. Mientras, cuatro de nuestros mejores escritores comenzaban a trabajar en un guión a su medida. El gran jefe del estudio lo supervisaría esta vez… Tenía que tratarse de una película bastante parecida a la original, porque el estudio quería que apareciese, fuera como fuese, una secuencia como la del *regreso desde la muerte,* decían.

Jorla llegó el 7 de octubre. Rápidamente lo llevaron a un hotel, tras darle la bienvenida que suelen dar los estudios. Luego me lo presentaron.

Allí estaba, en el saloncito de la suite que le habían asignado en el hotel, a cuenta del estudio. Nunca podré olvidar aquella tarde, la de nuestro primer encuentro. Ni la impresión que me causó verle.

No sé qué esperaba haber presenciado, desde luego… Pero lo que vi me impactó fuertemente. Karl Jorla era el muerto viviente de la pantalla, sólo que absolutamente vivo.

Por supuesto, sus facciones estaban intactas, sin las huellas de la descomposición. Pero era alto y delgado como el cuerpo corrupto del papel que había interpretado.

Su rostro era de una palidez cadavérica y bajo los ojos tenía unas ojeras muy marcadas. Aquellos ojos eran justo como los ojos del cadáver de la película… Unos ojos profundos y terribles, unos ojos que *sabían*.

Me saludó en un inglés dificultoso, con su voz de bóveda que ya conocía. Rió divertido al notar mi turbación, pero sólo sus labios se movían. Los ojos permanecían fijos en su expresión extraña y alucinada.

Por fin conseguí hablar y explicarle cuál era mi trabajo; también le hablé de lo mucho que me había costado encontrarle. Me sonrió con sus labios impávidos, inmóviles. La expresión de sus ojos era realmente extraña.

—Nada de publicidad —me dijo—. No quiero que la gente sepa nada de mis asuntos personales.

Traté de convencerlo con los argumentos de costumbre. No estoy muy seguro de que me entendiese bien, pero se mostraba inconmovible, adamantino. Por mi parte, tampoco lo entendía mucho, pero sí lo justo como para enterarme de que había nacido en Praga y que había vivido bien hasta que la depresión económica cayó sobre Europa. Y que comenzó a trabajar en el cine sólo para complacer a un amigo suyo, director de películas, que se lo pedía insistentemente. Ese director fue quien hizo la película que habíamos visto Les y yo, protagonizada por Jorla. Una película, en cualquier caso, para mostrar en privado. Sólo por tratarse de un error pudo ocurrir

que se hiciera una copia más y que fuese puesta en circulación. Sí, todo aquello no podía deberse a otra cosa que no fuera un error. Sin embargo, la oferta de los productores americanos le había resultado harto oportuna, pues Jorla deseaba abandonar Austria.

—Después de hacer la película tuve algunos problemas con mis amigos —comenzó a contarme despacio—. No les gustó que se hiciera la secuencia de la ceremonia.

—¿La misa negra? —pregunté—. ¿Y ha dicho usted sus amigos?

—Sí. Los adoradores de Lucifer. En la película todo es real, ya sabe…

¿Bromeaba? No… No. Nada me hacía dudar de la sinceridad de aquel hombre. Sus ojos no eran los de un tipo que hace bromas. No tardé mucho en saber la verdad, que confesaba de manera tan simple. Él mismo era un adorador del diablo, él y el director amigo suyo. Habían rodado la película para representarla luego en sus reuniones secretas. Todo había sido hecho por puro placer personal, sin la menor intención de mostrarlo a ojos extraños.

Todo aquello me hubiera resultado increíble de no conocer Europa y el oscuro espíritu que anima a los nórdicos. Aún en el presente, el culto al Diablo se da en Budapest, en Praga, en Berlín… Y él, Karl Jorla, el actor especializado en terror, como pretendíamos presentarlo, admitía ser uno de esos adoradores.

«¡Vaya historia!», pensé en un primer momento. Pero no tardé mucho en comprender que no podía publicar algo así. ¿Un actor de películas de terror que admitía ser él mismo un tipo terrorífico? Parecería absurdo.

Todos los artículos sobre Boris Karloff, por ejemplo, hacían siempre hincapié en el hecho de que se trataba de un hombre cortés y muy apacible, que se relajaba cuidando del jardín de su casa. A Lugosi lo presentaban como un neurótico sensible, torturado por los papeles que había tenido que interpretar en la pantalla. Y acerca de Peter Lorre se insistía siempre en su condición de hombre tranquilo y equilibrado, cuya única ambición era protagonizar alguna buena comedia teatral.

No, no podíamos contar la auténtica historia de Jorla como adorador del Diablo. Además, ya me había avisado con prontitud de que nada de divulgar sus circunstancias personales.

Cuando acabé con él, me dirigí a ver a Les Kincaid para contarle todo aquello y pedirle consejo. Me lo dio.

—Haz lo de siempre, la vieja historieta de todos los días —me sugirió—. Habla de un hombre misterioso que no quiere desvelar nada de sí mismo, al menos hasta que haya concluido su película. Todo saldrá bien. Ese tipo es una maravilla, tendrá un gran éxito, así que olvídate de esos cuentos, al menos hasta que hayamos estrenado.

Naturalmente, abandoné toda intención de dar publicidad al nombre de Karl Jorla. Y ahora me alegro mucho de haberlo hecho, porque así nadie puede recordar su nombre, ni ligarlo a los hechos que sucedieron tras aquello, muy pronto.

IV

El guión quedó cerrado. La dirección del estudio lo aprobó. Dieron comienzo a la preparación del plató y los decorados. El director del *casting* anduvo realmente atareado… Jorla estaba todos los días en el estudio, puntualmente. El propio Kincaid le enseñaba inglés. Era preciso que aprendiese a pronunciar bien unas cuantas palabras; según Les, Jorla era un alumno magnífico.

No obstante, Les Kincaid no se mostraba del todo contento. Un día fue a buscarme, cuando apenas quedaba una semana para acabar el rodaje, y se desahogó. Quería exponerme sus opiniones sobre lo que estaba pasando, pero enseguida me di cuenta de que eso le hacía sentir peor.

El asunto, sin embargo, era sencillo. Jorla mostraba un comportamiento extraño. Había tenido algún problema con la dirección del estudio. Se negaba a decir dónde vivía después de que abandonase su hotel al poco de llegar a Hollywood.

Pero eso no era lo peor. Se negaba a hablar de su papel y tampoco quería hacerlo sobre su manera de interpretarlo. No parecía mostrar interés en la película, e incluso confesó a Kincaid que si había aceptado la oferta fue por abandonar Europa cuanto antes.

También le dijo que me había hablado sobre los adoradores del Demonio, y añadió que temía, que tenía la sensación de que éstos querían vengarse; dijo que eran cazadores acechándole. Querían, según él, darle su merecido por haber revelado secretos, por considerarle culpable de que se hubiese conocido *Return to the Sabbath*. Eso, según Jorla, le parecía suficiente como para no dar a nadie su dirección y para no conceder entrevistas acerca de su pasado. Y por eso había insistido en que le pusieran una capa de maquillaje más que abundante en el rostro antes de rodar cada escena. Estaba seguro de que lo seguían. Decía que había muchos extranjeros por todas partes… Acaso demasiados.

—¿Qué diablos puedo hacer con un hombre así? —explotó Les después de habérmelo explicado todo—. O está loco o es tonto. La verdad es que se parece en exceso al personaje que interpreta, y eso no me gusta. Tenías que verlo interpretando el papel de adorador de Satanás… Cree en todo eso, estoy seguro. Pero… Espera, que quiero contártelo todo… Esta mañana vino a mi despacho. Al principio no lo reconocí: llevaba grandes gafas negras y una bufanda que le ocultaban la cara por completo; pero él mismo había cambiado. Temblaba violentamente, y parecía que fuera a caerse de un momento a otro. Y me enseñó esto…

Kincaid me alargó un recorte de periódico. Era del *Times*, de Londres. Una noticia de alcance en la que se daba cuenta de la muerte de Fritz Ohmmen, el director austriaco amigo de Jorla. Lo habían encontrado en una cloaca de París, muerto por estrangulación. El cuerpo mostraba horribles mutilaciones. Y con un cuchillo le habían señalado una cruz invertida en el plexo. La policía buscaba al asesino.

Tomé aquel recorte con cierta aprensión.

—¿Y bien? —dije, pero ya sabía cuál era la respuesta.

—Fritz Ohmmen —dijo Kincaid lentamente— era el director de *Return to the Sabbath*. El único, junto con Jorla, que conocía a los adoradores de Satanás. Jorla está seguro de que Ohmmen se había refugiado en París. Pero evidentemente esos tipos lo han cazado.

Guardé silencio.

—Le he sugerido que pida protección a la policía, pero no quiere hacerlo… No puedo presionarle para que lo haga. Mientras está en el plató no corre peligro, pero cuando regresa a su casa… Y no sabemos dónde vive, recuérdalo… No podemos prestarle protección si no la quiere.

Les estaba realmente preocupado y yo no sabía cómo prestarle ayuda. Pensé en Karl Jorla, que creía en las divinidades demoníacas, que era en realidad un adorador del Diablo. Y en aquellos a los que había traicionado, los que según él querían cobrarse venganza. Y, a la vez que pensaba en todo aquello, no podía evitar sonreírme por lo absurda que me parecía la historia… aunque había visto al hombre en la pantalla y había comprobado después cómo era el fulgor de sus ojos… No pude por menos que alegrarme de que no me hubiesen permitido escribir una sola línea sobre él, algo que sin duda me habría causado problemas.

En los días que siguieron vi a Jorla, pero muy poco. Para entonces comenzaron a correr los rumores sobre su persona. En el estudio se habían percatado de que merodeaban por el plató algunos extranjeros. Alguien, para colmo, intentó entrar llevándose con el coche la barrera de acceso. Otro sujeto, que participaba en el rodaje como figurante, fue descubierto y detenido cuando portaba una pistola automática bajo el disfraz. La policía fue incapaz de sacarle una confesión. Era alemán.

Jorla acudía diariamente a los estudios en un coche que tenía cortinillas para no ser visto desde fuera. Casi no se le veía la cara, embozado como iba en una bufanda muy grande. Temblaba constantemente. Sus lecciones de inglés iban de mal en peor. Apenas hablaba con la gente. Había contratado a dos hombres, dos guardaespaldas, para que lo acompañaran.

Pocos días después de su detención, el figurante alemán, sin embargo, empezó a cantar ante la policía. Pero supusieron que se trataba de un caso patológico… Hablaba enloquecido sobre el culto a Lucifer, cosa a la que se dedicaban, según él, ciertos extranjeros que vivían allí. Habló de una sociedad secreta de adoradores del Diablo, que mantenía lazos, si bien no muy consistentes, con Europa. Dijo que le habían encomendado la tarea de eliminar a uno que se había ido de la lengua. Y dio una dirección, en la que según él estaba el cuartel general de la secta. El lugar era una casa grande y abandonada de Glendale. Un caserón que tenía un gran sótano. El alemán acabó siendo examinado por un alienista.

Escuché todo aquello angustiado por un oscuro presentimiento. Algo sabía de la heterogénea población extranjera de Los Ángeles, y más en concreto de Hollywood, pues bien sabe Dios que el sur de California siempre ha atraído a místicos y ocultistas

de toda especie, llegados de cualquier parte del mundo. Y no eran pocos los rumores e historias que había oído acerca de extrañas y hasta sanguinarias sociedades secretas, y de estrellas del cine enredadas en ellas, cosa, sin embargo, que uno jamás hubiera osado publicar. Pero lo que resultaba evidente era que Jorla tenía miedo.

Aquella tarde intenté seguirlo cuando salió en su gran coche negro, con el mío, hasta su misteriosa residencia, pero pronto le perdí la pista, apenas alcanzamos la carretera que conduce al Cañón de Topanga. Lo perdí entre las dos luces púrpura de las colinas y supe de inmediato que nada podía hacer. Jorla, al fin y al cabo, tenía quien lo defendiera. Y si fallaban sus guardaespaldas, nada podríamos hacer en el estudio para remediarlo.

Pero fue precisamente aquella noche cuando desapareció. A la mañana siguiente no se le vio por el plató de rodaje y la producción tenía que concluirse en dos días. El jefe y Kincaid estaban a punto de estallar. Llamaron a la policía y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para callarme el lugar donde había descubierto que se escondía Jorla. Pero como al día siguiente tampoco supimos nada de él, fui a ver a Kincaid y le conté lo de mi seguimiento hasta el Cañón de Topanga. La policía inició sus investigaciones. Había que acabar la película cuanto antes.

Pasamos la noche en ascuas, en vela, esperando alguna noticia. Nadie decía nada, nadie sabía una palabra. Amaneció y vi el miedo en los ojos de Kincaid, que seguía en silencio, sentado en su escritorio. Ocho de la mañana. Fuimos, también en silencio, a la cafetería del estudio. Un café nos sentaría bien. Llevábamos horas sin saber nada de la policía. Después nos dirigimos al plató número cuatro, donde la gente que participaba en la película de Jorla seguía de brazos cruzados, a la espera. El ruido de los martillos y otras herramientas con que se preparaba el *set* de rodaje sonaba a broma. Sabíamos que todo era inútil, que Jorla no se pondría ante la cámara aquel día, quizá nunca más.

Bleskind, el director del film, nos abordó en cuanto nos vio pasar por el pasillo.

Casi agarró a Kincaid de las solapas.

—¿Alguna noticia? —preguntó ansioso.

Kincaid negó en silencio. Bleskind se llevó un cigarrillo a sus labios tensos.

—Pues nosotros seguimos adelante —dijo—; si Jorla no aparece habrá que buscar otro actor. No podemos retrasar el rodaje.

Y se fue furioso, gesticulando mucho.

Llevado de un súbito impulso, Kincaid me tomó del brazo y salimos tras Bleskind.

—Vayamos a ver el rodaje; quiero saber cómo va todo esto.

Entramos en el plató número cuatro.

Un castillo gótico, la vieja mansión del Barón Ulmo. A un lado, una tétrica cripta de piedra ponía la nota macabra. Junto a la cripta en la que yacían los restos del Barón, había un altar del mal, una gran piedra negra de aspecto siniestro. Polvo, telarañas.

Según lo previsto en el guión, Sylvia Channing, la heroína, exploraba el castillo, del que había tomado posesión aquel mismo día junto con su joven esposo. En aquella escena, Sylvia descubría el altar y leía la inscripción grabada en su piedra. Era una invocación a la furia de Satanás para que la cripta se abriese y el Barón, el papel que interpretaba Jorla, renaciese del sueño eterno. Saldría entonces de la cripta y echaría a andar. Era la escena que no podía cerrarse debido a la extraña ausencia del actor.

Habían preparado el plató muy bien, la decoración era magnífica. Kincaid y yo tomamos asiento cerca de Bleskind en cuanto comenzó el rodaje. Sylvia caminaba lentamente por el *set*, a la espera de que se dieran las órdenes oportunas. Luces, cámara, acción… Entonces se dirigió al altar para leer la invocación, lo que hizo en voz baja. Hubo un leve temblor en la cripta. El altar se desplazó lentamente a un lado, dejando al descubierto una cavidad oscura y profunda. El objetivo encuadraba el rostro de Sylvia, que contemplaba horrorizada la apertura de la cripta. Actuaba de maravilla. En la película era a Jorla a quien veía resucitar.

Bleskind ordenó cortar la toma, satisfecho de cómo había quedado… Entonces… *algo*, en efecto, comenzó a salir de la cripta.

Era *algo* muerto; *algo* con una especie de rostro descarnado. Un cuerpo, se observó al fin, cubierto de harapos tintos en sangre; un cuerpo que tenía grabada en el pecho seco y hundido una cruz invertida, sanguinolenta. El fulgor de su mirada era repulsivo. Era el Barón Ulmo, llegado desde la muerte. Pero era en realidad Karl Jorla.

El maquillaje parecía perfecto. Sus ojos semejaban realmente los de un muerto. Igual que en la película que le habíamos visto protagonizar en aquella sala apestosa. Lo de la cruz de sangre resultaba impresionante.

Bleskind tiró su cigarrillo al suelo al ver la aparición de Jorla. Consiguió controlarse y ordenó a los operadores que siguieran rodando. Nosotros no podíamos ni movernos, observando angustiados los movimientos de Jorla. Sin decirnos nada, sólo con la mirada, nos hacíamos el uno al otro la misma pregunta.

Jorla se desenvolvía en el plató como nunca antes lo hiciera. Sus movimientos eran lentos, agónicos, como se movería un cadáver que pudiera moverse, claro. Cada parte de su cuerpo expresaba el esfuerzo sobrehumano, la insoportable agonía que apenas le permitía hacer el más leve movimiento. No se oía un solo ruido. Sylvia se había desmayado. Los labios de Jorla se movían, pero sin dejar escapar nada. Era imposible de describir, una especie de murmullo, acaso un sonido gutural, que nos heló la sangre en las venas. Ya casi había salido por completo de la cripta. La sangre de la cruz grabada en su pecho caía lentamente. No pude evitar que me viniera a la mente la noticia del asesinato de Fritz Ohmmen, el director alemán. Supuse que de aquel suceso había extraído Jorla la idea de aparecer en escena como lo hacía.

El cadáver se irguió. Luego se detuvo de pronto, quedó inmóvil, rígido por un instante, y se desplomó hacia atrás, cayendo de nuevo en la cripta.

No sé quién gritó primero… Los asistentes de rodaje corrieron hasta la cripta para mirar en su interior. Yo también me levanté, para hacer lo mismo que ellos. Y no pude evitar un grito, preso del pánico.

La cripta estaba completamente vacía.

V

Preferiría que no hubiese más que contar… Nunca tuvieron noticia los periódicos de lo que allí había sucedido. La policía tampoco comunicó nada al respecto. Se suspendió el rodaje de inmediato, se olvidó por completo la producción del film, y el estudio, por su parte, tampoco hizo pública una nota sobre el asunto. Pero las cosas no pararon ahí. En el plató número cuatro se vivirían aún escenas horrorosas.

Kincaid y yo dimos esquinazo a Bleskind. No había nada de lo que hablar, no había explicaciones que dar. ¿Cómo podríamos explicar lo que habíamos presenciado, de forma natural, sin parecer que hablábamos de cosas demenciales y que además lo hacíamos como dementes?

Jorla había desaparecido, ésa era la verdad; nadie lo había visto llegar al plato. Nadie lo vio meterse en la cripta. Había hecho su aparición en la escena para esfumarse al momento. La cripta estaba vacía, no había duda.

Ésos eran los hechos. Kincaid habló a Bleskind de cómo proceder en adelante. Los técnicos revelaron de inmediato la película. Bleskind, Kincaid y yo fuimos a la sala de proyección para ver lo que habían filmado. Dos de los asistentes de rodaje se habían desmayado al ver lo que sucedía en el plató. Nosotros tres, sentados en la sala de proyección, nos dispusimos a presenciar cualquier cosa que apareciese en la pantalla. El sonido de arrastre de la cinta ya era de por sí sobrecogedor.

En la escena, Sylvia aparecía avanzando para leer la inscripción de la cinta, se abría la tumba… y nada, imposible. ¡Dios, no había nada!

Nada. Sólo se veía una gran señal escarlata suspendida en el aire… La gran cruz de sangre, sin su soporte de carne lacerada. Jorla no aparecía por ninguna parte. Y el sonido de arrastre de la cinta, con un leve susurro.

Jorla, o lo que fuese aquello, había musitado unas palabras ininteligibles al salir de la cripta, y la banda sonora las había grabado. En la pantalla no había nada, salvo la cruz invertida ensangrentada, pero se oía una voz, la voz de Jorla, procedente de la nada. Pudimos oír lo que decía antes de que cayera de nuevo en la cripta.

Dio una dirección, en el Cañón de Topanga.

Se encendieron las luces, y fue un gran alivio. Kincaid telefoneó a la policía para dar aquella dirección.

Quedamos a la espera de una llamada de la policía, en el despacho de Kincaid. Ninguno de los tres hablaba. Pero pensábamos en Jorla, el adorador de Satanás que había traicionado su credo. Recordamos su terror a una venganza, la muerte de su

amigo el director, la cruz de sangre sobre aquel pecho consumido…

Sonó el teléfono.

Descolgué. Era la policía. Al oír lo que decían me desmayé.

Me recuperé en unos minutos, pero necesité bastante tiempo antes de conseguir hablar.

Los ojos de Kincaid me rogaban que lo hiciese.

—Han encontrado el cuerpo de Jorla en la dirección que registró la banda sonora —dije con un hilo de voz—. Lo hallaron en una vieja cabaña de las colinas. Asesinado. Tenía una cruz invertida grabada a cuchillo en el pecho. La policía cree que ha sido obra de unos fanáticos, pues el lugar estaba lleno de libros de brujería y de magia negra. Han dicho… —me interrumpí, falto de aliento; los ojos de Kincaid me imploraban que siguiese—, han dicho que Jorla llevaba muerto tres días por lo menos.

LOS CANARIOS DEL MANDARÍN

(The Mandarin’s Canaries)[40]

I

En el jardín del mandarín Quong había una fiesta en la que por momentos se pedía a la vez clemencia y más placeres.

El mandarín se divertía esta vez de forma muy distinta a las anteriores. A través del bambú se podía ver que la verja del jardín estaba desnuda, oxidados sus barrotes bajo la luz del sol. Los lechos de lotos y de orquídeas se mecían al viento para desvelar que tras ellos todo era vacío. No había alambres entre la hierba y las flores; ni se veían por ningún lado pinzas, tijeras de podar o machetes. Sólo masas de verdor.

Lo cierto era que, como lo proclamaban sus risas y sus gritos, el mandarín Quong había encontrado una nueva diversión en el jardín del dolor.

El mandarín estaba en el cenador que había en un rincón del jardín, guardado por tres altos árboles cuyas ramas eran diestras en sobrevivir a las tormentas, y velado por un emparrado en serpentinas del que también brotaban flores de color escarlata. Allí acudían alguna vez sus fieles que lo comparaban con Buda; y hubo un tiempo en el que, de corta talla y voluminoso como lo era, dimanaba de él una serenidad que en efecto lo asemejaba a una imagen de Buda.

Quong estaba ahora transfigurado; su cara carnosa y carrilluda era una mueca malvada y masiva, diabólica; sus labios rojos y gruesos, que se asomaban a su barba negra, parecían feroces, y sus cejas eran como espadas sobre unos puntos de fuego. El placer causaba en el mandarín una emoción intensa. Y su mayor placer era el dolor.

Se quedó mirando hacia las dos figuras que estaban ante él, allí, en el cenador. Un hombre desnudo atado al tronco de uno de aquellos tres grandes árboles. Un hombre con túnica se hallaba frente a él, apenas a diez pasos de distancia. El hombre desnudo pedía clemencia entre sollozos. El otro estaba en silencio. Aunque se moviera, el que estaba en silencio seguía siendo sigiloso, ni un sonido escapaba de él, salvo, ocasionalmente, algo parecido al tañido de las cuerdas de un instrumento musical. De hecho, el hombre de la túnica tenía entre las manos una ballesta y llevaba a la espalda un carcaj de flechas con las puntas bien afiladas. Iba tomando aquellas flechas, una a una, para dispararlas contra el cautivo desnudo.

El hombre desnudo gritaba espantosamente, sin dejar de clamar por la compasión del mandarín, entre los estertores que le provocaban los impactos de las flechas. El hombre de la túnica no erraba ni un solo disparo. Las flechas que lanzaba se iban clavando en las muñecas, en las rodillas, en los tobillos, en las ingles del hombre desnudo. Con su gran precisión, cuidaba especialmente de no herirlo en ninguna parte vital. Su brazo parecía medir perfectamente, seleccionar la zona corporal del cautivo,

la carne amarillenta de aquella atormentada diana, en donde clavarle la siguiente flecha.

Pero Quong no prestaba mayor atención a la destreza del hombre con túnica que disparaba su ballesta, o si lo hacía no parecía darle importancia. Sus ojos risueños seguían clavados en la víctima, en cada impacto de una de aquellas flechas, en la herida que las flechas causaban en la carne del agonizante, en la sangre que brotaba de cada flechazo… Un observador cualquiera hubiese dicho que Quong estudiaba atentamente cada una de las manifestaciones de dolor que hacía la víctima con idéntico placer al de un bibliotecario que examinara unos volúmenes raros, buscados durante mucho tiempo, o que leyera por centésima vez un libro que fuese un tesoro: con deleite, en creciente expectativa de un disfrute aún mayor.

Su risa placentera resultaba un flechazo más que se clavaba en la carne de su víctima, como si le entrara por un ojo para llegarle al cerebro. Cuando el hombre con túnica que tenía la ballesta hizo el último disparo, el cautivo se desplomó. No cayó al suelo por evitarlo las cuerdas con que lo habían atado al tronco del árbol.

El mandarín Quong levantó los ojos al cielo, como el bibliófilo que concluye la lectura de un libro especialmente valioso, y con sus manos del color del azafrán hizo al arquero un gesto para que se marchara. El hombre de la túnica y la ballesta hizo a su vez una reverencia a su señor, dio unos pasos hacia atrás y luego desapareció de la escena dejando solo al mandarín con su víctima.

Quong aguardó a que el arquero se perdiera de su vista, y entonces se obró un cambio muy curioso en su aspecto. Desapareció de su rostro aquella sádica sonrisa de antes, se esfumó de su expresión aquella intensidad violenta y apasionada que le había dado toda la violencia de las gárgolas. Volvió a él la serenidad que le era consustancial, se relajaron sus ojos que antes habían sostenido una mirada ígnea, y sus labios le dibujaron una sonrisa tan pacífica como satisfecha. Se dirigió lentamente hacia el árbol donde estaba amarrado el hombre que acababa de morir y pasó ante el cuerpo por completo ensangrentado sin dedicarle apenas una mirada de soslayo. Tras el árbol, suspendidas de las mismas cuerdas a las que había sido atado el cautivo, había varias láminas de metal. De sus faltriqueras extrajo el mandarín una fina batuta, y con la cabeza de marfil de ésta comenzó a golpear delicadamente aquellas láminas metálicas, sacándoles una melodía deliciosa, líquida, como el canto de los más finos pájaros. Seleccionaba el mandarín con mucho cuidado las notas, prestando suma atención a las armonías. De aquel árbol del horror, pues, brotaba una música exquisita.

El mandarín dio unos pasos hacia atrás y se quedó meditabundo, como a la espera de algo. De repente, mientras aún tintineaba en el aire la última nota que diera, todo se llenó de un curioso sonido, como un crujido más que como un susurro, que en realidad era una conjunción de cientos de sonidos leves agrupados en una nota única y larga, como el batir de las alas de un pájaro. Aquello hizo que la gorda cara del mandarín se regocijase en una amplia sonrisa.

El aire, sin aviso previo ni transición, se llenó de súbito con el color del oro. Miles de pájaros amarillos brillaban espléndidos bajo el sol y de sus ojos como pequeñas joyas parecía brotar una pálida llamarada. Volaban y volaban contra el azul del cielo apacible, y fueron posándose despacio en las ramas del gran árbol, hasta conformar una especie de gran nube amarilla que hubiera cubierto por completo el verdor de las hojas. Cubrían también el tronco y el cuerpo espantosamente lacerado que allí seguía atado.

Todo el jardín, en realidad, bullía con la presencia infinita de los pájaros amarillos, con sus graciosas piruetas, con sus cánticos dulces que eran como líquidos gritos de placer.

El mandarín observó especialmente a los que se habían posado en el tronco, deleitándose en la contemplación de aquella libertad y armonía con que brincaban o hacían cortos vuelos para descansar al poco allá donde querían hacerlo. Era el de los canarios un movimiento sinfónico que subyugaba al mandarín por momentos, inevitablemente.

La enorme bandada tardó media hora, más o menos, en dispersarse haciendo una espiral de oro en dirección al cielo. Y cuando hubo quedado despejado el árbol, brilló bajo el suelo una figura blanca, casi plateada, que no era sino el limpio esqueleto del que había sido atado al tronco del árbol y muerto a disparos de ballesta. Un esqueleto seco, absolutamente descarnado.

El mandarín lo contempló tranquilamente; después alzó los ojos hacia el alto cielo en donde aún se veía aquella espiral de oro conformada por los pájaros, escuchó atentamente y se deleitó de nuevo con la melodía de trinos que caía de las alturas.

El placer con que le hacía rebosar aquella canción era indescriptible, de tan dulce… Una canción muy suave, límpida, envuelta en la dorada tonalidad que llenaba el aire y lo hacía arrebatarse en el éxtasis de su atenta escucha. La melodía caía y ascendía, se hacía más audible unas veces y deletérea otras. Y culminó en un vibrante coro extraordinariamente armónico.

Quizá durante diez minutos se dejó sentir aún el eco de aquella hermosa conclusión del cántico coral, un eco que fue desvaneciéndose al cabo entre dorados brillos lejanos. Y los pájaros se fueron.

El mandarín Quong se perdió entonces en las sombras del jardín, al amparo de los árboles, y mientras se dirigía lentamente al palacio, el crepúsculo ocultaba las emocionadas lágrimas que le bañaban las carnosas mejillas amarillentas.

II

El mandarín Quong amaba a sus pájaros. Todo el mundo lo sabía a lo largo y ancho del sur, igual que se sabía que no amaba nada más.

En aquel tiempo legendario y brutal, China asistía al imperio de gobernantes

malvados y crueles, y así y todo, en aquella tierra de corrupción y perversiones, el mandarín Quong era temido por encima de todos los demás.

Poco después de que el mandarín expulsara del trono a su padre, tomando acto seguido posesión del gran palacio, comenzó a dar muestras de su crueldad terrible, lo que hizo que muchos de sus súbditos huyeran a las costas de Cantón, buscando la protección de los extranjeros que allí habían desembarcado.

El terror que sobrevino a la toma del poder por parte de Quong, había forzado a sus súbditos a una huida masiva, llevándolos hasta la costa sureste, pero aun así padecían de un gran temor a la venganza del mandarín, pues sólo muy pocos de ellos pudieron poner rumbo por mar hacia otras tierras.

En realidad temían a Quong desde que era un muchacho, pues ya entonces dio muestras de su crueldad sin límites, y de su precoz fiereza, cuando atacó a su padre para hacerse con el control del palacio y asumir todo el poder en la región. Joven e impulsivo, temiendo una posterior revuelta, igualmente sometió a la esclavitud a sus hermanos. Se deleitaba presenciando torturas, gozaba viendo los espasmos agónicos de sus cautivos, encerrando a los sirvientes que no eran de su complacencia en oscuras mazmorras. Fue la suya, además, una adolescencia de lujurias, en la que desarrolló métodos de tortura aún más crueles y perversos. Pero pronto dejó de hallar placer en aquellos suplicios, muchos de ellos bien conocidos por haberlos puesto en práctica su padre, y pasó muchos días imaginando otros, lo que le llevó a una especie de estudio minucioso del dolor.

Aquello tuvo benéficas consecuencias para sus acciones de gobierno, aunque sometía estrictamente a sus súbditos, temerosos de su crueldad, y hasta sus más estrechos colaboradores murmuraban que el joven Quong era un diablo, más que un refinado torturador, y que se desentendía de cualquier acción de gobierno que no fuese la de buscar nuevos y más infames métodos de tortura para aumentar esa profunda satisfacción que le daban sus crueldades.

Es verdad, igualmente, que sometió a exquisitas torturas a sus favoritas, a las que ponía todo tipo de pruebas vejatorias durante un mes, quedándose con las que lograban sobrevivir, por lo que llegó un momento en que sólo los más pobres de entre sus súbditos aceptaban venderle a sus hijas. Con ellas hacía lo mismo, que no era sino someterlas durante un mes entero a sevicias, vejaciones y torturas, encerrándolas en oscuras celdas de las que eran sacadas a cada poco para que el mandarín se deleitara contemplando el dolor de las jóvenes vírgenes. Todo aquello no hubiese llamado la atención en exceso de haber sido el mandarín un anciano incapaz de procurarse otros placeres. Pero en un joven como Quong llamaba poderosamente la atención. Una vez más demostraba su feroz precocidad.

De aquella feroz precocidad dio muestras, muy especialmente, cuando sometió a juicio a sus tres hermanos, a un juicio muy particular, que consistía en hacer que sintieran muy amargo el vino de arroz con que los había convidado… Murieron lentamente ante la complacencia del joven mandarín. Murieron sin ostentación

alguna, con gran modestia, que era como consideraba Quong que debían morir sus víctimas de mayor rango. Pero no paró ahí la cosa. Una mañana, el viejo mandarín, el padre derrocado por Quong, acudió a reunirse con sus antecesores llevando una lazada de seda al cuello, muy prieta.

Fue entonces cuando Quong se convirtió en señor absoluto de su casa y de su palacio; fue entonces cuando pudo proclamarse gran mandarín de las selvas, de los llanos, de las montañas y de las villas y aldeas de sus dominios. Por ello quizá dedicó a su padre unas exequias suntuosas, nunca antes vistas en aquellos confines, durante las cuales dejó que los habitantes de la villa se entregaran a la caza del tigre, en un gesto magnánimo. Pero como aquello tenía que hallar una compensación, ordenó a la vez la matanza de un montón de campesinos, por el sólo placer de saber que corría la sangre entre sus súbditos mientras él celebraba los funerales por su padre.

Pero fue cuando el mandarín Quong promulgó sus leyes cuando empezaron a huir hacia la costa muchos de sus súbditos. Se instituyó en juez único de todos los procesos que se dieran en sus dominios, reservándose también la tarea del verdugo cuando le viniera en gana hacerlo. Así, en sus tres primeros años de ejercicio como mandarín y juez único, todo caso que se le presentó fue resuelto de inmediato con la ejecución del acusado, sin otros preámbulos ni consideraciones, después de que fuera el reo sometido a torturas brutales. Para reforzar su política, el mandarín Quong hizo crecer desmesuradamente el número de hombres que formaban su guardia personal, hombres a los que dio un incentivo que a todos pareció muy generoso: una soldada adicional por cada hombre que mataran, sin más, sin otras consideraciones. Eso dio lugar a que pudiese decir que de continuo sus hombres abortaban crímenes o sancionaban como era debido a los criminales, con lo que no eran pocos los mercaderes asaltados en los caminos por los hombres de la guardia de Quong, a los que se acusaba de crímenes variados, procediendo de inmediato a quitarles la vida y a la apropiación de sus bienes, que eran prestamente llevados al palacio del mandarín.

Como torturador y verdugo, Quong se esforzaba especialmente en no poner en práctica cualquiera de los métodos de tortura y ejecución hasta entonces conocidos. Una vez se dictaba sentencia, Quong hacía que el reo le fuera llevado a su presencia, unas veces en las oscuras mazmorras, y otras en su marfileño salón de palacio, donde tenía colgadas de las paredes muchas de las cabezas de sus víctimas, disecadas como si lo fueran de búfalos o de ciervos.

En un esfuerzo por convencer al mandarín de que sería preferible que cesara en aquellas prácticas, en su predilección por la tortura, uno de los consejeros de Quong le sugirió que sus largas estancias en palacio, encerrado en sus salones o permaneciendo largas horas en las mazmorras, podría poner en peligro su salud.

Fue entonces cuando Quong ordenó que le hicieran el jardín con el cenador en aquella zona de árboles que se alzaban cerca de su palacio. Un jardín con altas verjas de hierro rematadas en punta. En aquel jardín, las flores, un pequeño lago y los árboles, se abrían deliciosamente al cielo sempiternamente azul. Y el propio Quong

se entregó en un principio a cuidar con primor del jardín, plantando, cuidando las flores, deleitándose en aquella apacible tarea. Pero también hizo que a un lado del jardín le llevaran varios de los instrumentos de tortura que tenía en las mazmorras de palacio, que puso en aquellas partes del jardín, allá por donde la arboleda ofrecía un bosque, más apartadas.

Pero la naturaleza ofrecería al cabo mayores fuentes de inspiración al mandarín. Hizo que las parras crecieran entre los barrotes de las verjas del jardín, así como entre los instrumentos de tortura que se había hecho subir de las mazmorras, que a simple vista parecieron formidables construcciones de jardinería. Muchas veces paseaba a solas por el jardín, pues era lo que más le gustaba hacer, mientras tocaban melodías para su deleite músicos ocultos a su vista.

Pero en aquel jardín no había pájaros, aunque el ambiente fuera delicioso gracias a los lechos de flores y, sobre todo, a los lechos de fragantes orquídeas. Sí solían acudir allí, sin embargo, cuervos y buitres, a los que se veían obligados a espantar servidores y músicos. También acudían, si bien a los más remotos confines del jardín, los ruiseñores y los gorriones, pero permanecían poco tiempo y huían entre gritos aterrados más que entre cánticos. Igual pasaba con algunos loros de tonalidad escarlata, y con los periquitos verdes, que eran los que mejor podían ocultarse entre el follaje, precisamente por su color. Pero, desde luego, al jardín le faltaba el cántico arrebatador de los pájaros más hermosos. El mandarín echaba de menos ese ansiado fondo.

Un día llegaron al palacio dos misioneros que pidieron a Quong permiso para pasar allí la noche. Eran lo que Quong consideraba extranjeros diabólicos, portugueses por más señas y con hábitos negros, que hablaban una lengua extraña y blasfemaban contra Buda, contra los cuatro libros sagrados y contra Kwon-Fu-Tze, con igual fervor, imparcialmente repartido.

Algo de la parafernalia de aquellos misioneros sí que interesó a Quong, por ejemplo aquellos largos bastones, o báculos, con que se ayudaban a caminar, tan distintos a los chinos. Y se entusiasmó igualmente Quong con los sextantes, y con los relojes de plata, y con otras prendas llevadas por aquellos hombres desde los dominios del rey Juan de Portugal.

Tenían también unas jaulas con pájaros… Unos preciosos pajarillos amarillos que cantaban con trinos infinitamente dulces. Canarios, los llamaban aquellos extraños sacerdotes, e impresionaron grandemente al mandarín, no sólo por su precioso canto, sino por su belleza áurea. No menos le impresionaron las invectivas que los dos misioneros le dedicaron, pues criticaban su crueldad y las torturas a que sometía a sus súbditos, por lo que los condujo al jardín y les sugirió que pusieran su destino en manos de aquel al que llamaban Maestro.

Después soltó los canarios de los misioneros en el jardín, y comprobó con placer que no escapaban sino que seguían muy cerca de él. Para su mayor deleite, además, uno de ellos se posó sobre el cuerpo sin vida de uno de los sacerdotes y cantó con un

fervor sorprendente… En recompensa, dio el mandarín a los canarios una pitanza deliciosa: la lengua de los misioneros.

Quizá quiso regalar a las aladas criaturas de oro con la elocuencia de quienes habían sido sus amos.

Los pájaros, en definitiva, optaron por quedarse en el jardín. Y en pocos años se multiplicaron por cientos, y no mucho tiempo después ya lo habían hecho por miles. De día llenaban todos los rincones del jardín, luego se iban y regresaban al día siguiente, apenas lucía el sol.

Habían desarrollado un terrible apetito por los frutos de la carne que cada día encontraban en el jardín a plena luz del sol. Un gusto por la carne sanguinolenta que los canarios se iban transmitiendo de generación en generación. Un gusto que los hacía insaciables.

No precisaba así Quong de un cementerio en el que dar tierra a sus víctimas, sino que convirtió las celdas de su palacio en un verdadero osario. Los pájaros, por miles, se encargaban de hacer desaparecer la carne de los muertos. Y acabaron por comprender la llamada del mandarín y atenderla.

Quong había colgado de varios árboles del jardín aquellas láminas metálicas de las que extraía delicadas notas musicales. Así aprendieron los canarios que, una vez se dejara sentir aquella maravillosa escala sonora, podían acudir ya para saciarse en la carne de quien acababa de ser ejecutado, igual que acudían cuando lanzaban su tañido las campanas del palacio. Y el mandarín disfrutaba inconmensurablemente con el canto de aquellos pájaros que acudían a sus llamadas. Jamás le había sido dado escuchar una música tan encantadora. Aquel cántico de los canarios le hacía tanto bien como el vino; y le acariciaba todo el cuerpo, incluso, como si sobre él se deslizaran las manos de una dulce amante; y le hacía pensar en sensaciones tan gratas como la que le procuraba la imagen del dragón deslizándose sobre los lagos. Sí, amaba a sus pájaros hasta el delirio, les agradecía su tributo diario.

Pero aquella paz que le daban los canarios no tranquilizaba a las gentes de la región. Los hombres habían observado lo que hacían los pájaros; es más, eran víctimas de los miles de canarios criados por el mandarín, que no sólo se saciaban en la carne de los ajusticiados sino que arrasaban las cosechas, insaciables también de los granos y las semillas. Pero no osaban hacer siquiera la más mínima indicación al respecto, por no desatar la ira del mandarín. Las abundantísimas bandadas de canarios caían sobre las ciudades y las villas, y nadie, por otra parte, quedaba libre en las calles del ataque de los pájaros. Matar un pájaro suponía la inmediata muerte de un hombre, pues el mandarín se cobraba venganza inmediata, fuese sobre quien fuera, cuando sus hombres encontraban un canario muerto.

La leyenda de los crueles festines que se celebraban en el jardín de Quong, comenzó a correr pronto de boca en boca, a tal extremo que incluso hubo quien aseguró que aquellos pájaros eran espías de los extranjeros diabólicos que habían desembarcado en las costas de Cantón. Incluso se dijo que los canarios tenían alma

humana, y que sorbían la sangre de los hombres y comían la carne de los muertos para tomar posesión de las inteligencias humanas, y que también atacaban a los vivos en las calles por idéntica razón. Y una leyenda más proclamaba que los canarios informaban al mandarín de lo que ocurría en las ciudades y en las villas, de las cosas que veían mientras las sobrevolaban a diario. Por ese motivo los pájaros pasaron a ser aún más temibles, como informantes que eran de quien gobernaba aquella tierra.

III

Pero Quong había desarrollado una nueva forma de tortura que le complacía especialmente. Escribió en varios pergaminos una historia del dolor, que hizo fuera de estudio obligado en la Gran Escuela de Pekín, historia en la que describía los usos tradicionales de la tortura, añadiendo interesantes variaciones para hacerlos aún más crueles.

La muerte por las mil flechas era una de aquellas variaciones que introdujo en el tema central de la tortura. Sugería para ello la utilización de flechas de distinto tamaño, y con la punta de diferentes grosores, que debían de ser clavadas en partes muy concretas de la anatomía de la víctima. Así se producía un delicado tormento que llenaba de deleite, decía el mandarín, a los miembros de la aristocracia del dolor.

Quong había desarrollado el método por sí mismo, sin la ayuda ni el consejo de ningún experto. Luego se limitó a contratar a Hin-Tze, el arquero del emperador, para que pusiera en práctica, con la donosura conveniente, aquellas delicias que se le habían ocurrido.

Hin-Tze había llegado al palacio del mandarín en compañía de su esposa, Yu-Li, y el mandarín observó, muy complacido, que el arquero era en verdad diestro en su arte y que su esposa era una mujer bellísima y adorable.

No transcurrió mucho tiempo, pues, desde que el arquero dio cuenta de la primera víctima en el jardín, y el momento en que el mandarín urgió a Yu-Li a visitarlo como concubina en sus aposentos.

Pronto tuvo noticia el arquero de aquel encuentro entre su esposa y el mandarín, y su corazón se entristeció. No estaba acostumbrado ni gustaba, además, de tareas como esas a las que le obligaba el mandarín, pero también es cierto que hallándose al servicio del emperador había aprendido a obedecer, a no oponerse a las órdenes recibidas. Odiaba la crueldad gratuita y le repelían hasta la náusea aquellos pájaros voraces y más violentos que cualquier guerrero al que hubiese visto emplearse en el campo de batalla.

Un día disparó por accidente a uno de aquellos pájaros con una de sus flechas, y sólo porque le rozó las plumas, sin llegar a ensartarlo, quedó libre de la ira y el castigo del mandarín. Hin-Tze se consideraba un soldado; para él la música de los canarios no era nada, sobre todo cuando los contemplaba empleándose con aquel

ansioso apetito de carne que tenían.

Pero el corazón de Hin-Tze era cada día más amargo, después de que su esposa se hubiera convertido en la concubina del mandarín. Odiaba ya a Quong, pero no osaba manifestarlo. Y temía por su esposa, pues ya había oído hablar de los amores del mandarín.

Una noche, no muchas semanas después de que le quitara la esposa al arquero, Quong cayó en un súbito estado de cólera y degolló con su daga a la bella Yu-Li, que murió con el nombre de su buen esposo en los labios.

Hin-Tze lo supo, incluso vio muerta a su esposa, pero guardó silencio. Tampoco dijo una palabra cuando observó que los criados del mandarín sacaban el cuerpo de Yu-Li al jardín para que se lo comieran los canarios.

Volvió en silencio a sus aposentos en el cuartel de la guardia, pero al anochecer salió a la luz de la luna y quedó a la espera de que ocurriese lo que sabía que ocurriría… A la espera de oír lo que sabía que oiría. Y llegó con los primeros rayos del sol. Fue aquel detestable cántico de los canarios en bandada, un cántico que llegaba tanto del cielo como de las copas de los árboles. El trino confiado de los canarios llamando a que se les ofreciera más carne. Y al amparo de aquel cántico de los canarios gritó Hin-Tze su venganza contra el mandarín, contra quien había matado a su dulce esposa para entregar después su cuerpo a esos seres insaciables y brutales. Aquellos seres que hacían melodías exquisitas, los canarios del mandarín.

Siguió sin decir nada al mandarín, sin embargo, ni siquiera cuando, al día siguiente, Quong, con gran cortesía, le refirió lo que había acontecido con su esposa.

Hin-Tze se limitó a llevar hasta el jardín, bajo la luz del sol, a un pobre campesino condenado por robar una minucia en un mercado de la villa. Aquel hombre pedía clemencia al arquero, diciéndole que no temía la muerte, pero sí la pérdida de su alma. Y dijo que todos en la villa temían a los canarios del mandarín pues arrebataban el alma a los muertos, ya que con el festín que se daban impedían que fueran enterrados debidamente.

Hin-Tze no dijo nada, pero deslizó un cuchillo entre los lazos con que llevaba atadas las muñecas el reo. Y quedó a la espera de que hiciese su aparición el mandarín.

No tardó mucho en llegar, sonriendo ampliamente, satisfecho bajo los rayos del sol. El prisionero era un hombre más bien gordo, y el mandarín pensó que así sería mucho mejor, que así dispondrían de más carne sus canarios, y él de un cántico más glorioso, pues cuanto mejor comían los pájaros, mejor cantaban. Dedicó un saludo cortés a su arquero para hacerle olvidar la muerte de su esposa. Luego dio unas palmadas rituales, con las que indicaba a Hin-Tze que podía comenzar los disparos de sus flechas, no sin antes señalar el árbol concreto donde quería que fuese atado el reo.

Mucho sorprendió al señor de los placeres y el dolor, sin embargo, comprobar que de súbito quien iba a servir de festín a sus canarios se liberaba de los lazos que lo ataban, y echaba a correr a través del jardín. Abrió la boca el mandarín para lanzar un

grito de alerta que fuese como una flecha, pero no pudo hacerlo pues, para su sorpresa, Hin-Tze se acercó a él y lo agarró por el cuello. Llevaba el arquero una flecha de larga punta en una de sus manos y la blandía ante los ojos del mandarín mientras lo empujaba contra el tronco del árbol designado en principio para la ejecución del reo que acababa de huir. La palidez mortal de Quong contrastaba con el fulgor rojo de la mirada del arquero.

Fue entonces cuando apenas con un hilo de voz pidió clemencia a Hin-Tze, que fríamente le clavó despacio la flecha en el pecho, hasta atravesarlo con ella, hasta clavarlo en el tronco del árbol.

Luego, dio unos pasos atrás el arquero, mientras sacaba de su carcaj una nueva flecha que puso despacio en su ballesta. Ciego de furia, pero con los nervios en calma, disparó entonces contra su diana viviente, que gritó de espanto y dolor como habitualmente lo hacían sus víctimas. Disparó más flechas, después, puede que hasta un centenar, siempre con el pulso firme y los ojos fieros, como poseído por la locura. Sólo entonces cesó en su venganza y se acercó al tronco del árbol contra el que estaba literalmente clavado por las flechas el mandarín.

Aún movía una de sus manos, una especie de garra sanguinolenta. Dejaba de moverse unos instantes y luego empezaba de nuevo, como consecuencia de los estertores de la muerte. Y de repente el aire se llenó de campanadas estridentes y agudas que convocaban a una reunión. El mandarín venció su mano, pero tenía en el rostro un gesto triunfal, de astucia. De sus labios salieron unas palabras lastimeras.

—Déjame caer —musitó el mandarín.

Confuso, Hin-Tze le arrancó la flecha que más fuertemente lo había clavado al tronco, y el agonizante Quong cayó de bruces sobre la hierba.

Tarde vio Hin-Tze, sin embargo, que en la mano tenía el mandarín la punta de una larga flecha, que él mismo se había arrancado de la carne nada más caer a tierra.

El hombre de la túnica sintió que lo hería Quong desde el suelo, acertando a clavarlo ahora a él contra el tronco, y que su mirada triunfal se le clavaba a su vez en el rostro dolorido por la punzada sufrida.

—He convocado a los pájaros —dijo el mandarín, débilmente—. Son mis amigos, y vienen siempre que suenan las campanas del palacio… Habrás oído esas leyendas según las cuales mis canarios tienen alma, el alma que arrebatan a los hombres que mueren atados a ese árbol al que tú estás clavado ahora.

Hizo una pausa el mandarín, para recobrar algo de resuello, y al fin, no sin gran dificultad, consiguió susurrar lo que sigue:

—Eso no es verdad… Los pájaros no son más que eso, pájaros; me conocen y me aman, pues no en vano les he regalado con grandes festines. Y se cobrarán cumplida venganza por mi muerte… Y moriré contento de oír por última vez una de sus maravillosas canciones.

Hin-Tze lo comprendió todo al instante. Pugnaba por liberarse, pero el mandarín lo había clavado al tronco con una de las flechas más largas y afiladas, y no podía

desasirse.

Comenzó a gritar de terror cuando oyó el aleteo aún lejano de la bandada de canarios. Y más gritó aún cuando vio aquella amarilla nube que se acercaba al jardín cada vez más. No tardaron mucho en llegar y en comenzar a revolotear frenéticamente a su alrededor. Y no tardaron mucho tampoco en atacarlo a violentos picotazos, hambrientos de su carne. La sangre que le manaba de la cara lo cegó pronto, y además al poco unos picos de canarios, afilados como cuchillos, le sacaron los ojos, y la temible nube amarilla desapareció por completo para él, mientras se sumía poco a poco en una oscuridad dolorosa. No sintió mucho más. Cuando ya estuvo muerto, los canarios se posaron sobre él hasta dejarle pelados los huesos.

Sobre la hierba yacía igualmente el mandarín Quong. Los canarios, sin embargo, respetaron su cuerpo, no obstante hallarse sanguinolento y cubierto de heridas, pues la suya era la naturaleza de un poeta. Aquella venganza, aquel triunfo final, aunque había sido igualmente derrotado, fue una suerte de expiación. Antes de morir observó complacido cómo atacaban los canarios a quien fuera su arquero, y les agradeció la belleza que le brindaban en el último instante de su vida. Luego escucharía aquella tonada deliciosa que le dedicaban los pájaros y moriría feliz.

Había dicho la verdad a Hin-Tze. Los pájaros le amaban. Y no eran más que pájaros. La noción de que aquellas criaturas se apropiaban de las almas de esos a los que se comían era absurda, una mera superstición. Pero lo cierto es que, arropado por la música de sus canarios, el mandarín tendría una muerte ansiada por los poetas. Una muerte sublime.

Después, los pájaros comenzaron a alzar su vuelo. Pero una hembra, muy amarilla, muy luminosa, volvió a dejarse caer sobre el esqueleto del arquero. Se posó sobre sus costillas, en una escena realmente extraña. Y se quedó entre ellas, como si hubiera encontrado su ansiada jaula.

Quong, en los últimos estertores de su agonía, consiguió apoyarse sobre un codo con mucha dificultad. El pájaro seguía allí, en una de las costillas del esqueleto… Y entonces… y entonces se fijó el mandarín en un hecho insólito: había dos pájaros. ¿Acaso deliraba ya en el preámbulo de su muerte? ¿A qué era debida aquella alucinación? ¿No sería que entre las costillas del esqueleto se había quedado rezagado un canario y él no se percató de ello? ¿Qué hacía allí, en cualquier caso, un canario perfectamente amarillo justo donde antes estuvo el corazón del arquero?

Y aquellos canarios entrelazaban sus alas mirando con sus ojillos al mandarín doliente y agonizante.

Un súbito horror se apoderó entonces de su corazón. El pájaro hembra era Yu-Li. Y el macho que la había esperado en el esqueleto no podía ser sino Hin-Tze. ¿Un caso de psicoposesión?

Los dos canarios alzaron el vuelo para reunirse con la bandada que ya se perdía en el cielo. Lo hicieron emitiendo dulces trinos, armónicos y melodiosos. Pero de golpe retrocedieron, hasta dejarse caer en picado… Quong, que los vio acercarse,

gritó de pánico. Aquellas dos almas convertidas en canarios iban a tomarse cumplida venganza en él. Lo supo al instante. Eran como cuchillos amarillos que se cernían sobre él. Y, alertados por sus trinos, otros miles de canarios los siguieron, dándose igualmente la vuelta y convirtiéndose también ellos en cuchillos amarillos dispuestos a clavarse sobre aquella masa sanguinolenta que yacía en la hierba del jardín.

Nadie tuvo noticia del final del mandarín, nadie oyó un gemido, un grito, nada. Fue en aquel jardín desierto donde la bandada de canarios del mandarín hizo su último cántico.

FIGURAS DE CERA

(Waxworks)[41]

I

El día había sido muy aburrido para Bertrand hasta que descubrió aquellas figuras de cera —fue un día oscuro, neblinoso, que Bertrand se pasó vagando por las calles del barrio próximo al muelle, un lugar que amaba—. Había sido un día aburrido, sí, pero no es menos cierto que acabó convirtiéndose en uno de esos días que Bertrand adoraba, por ser un hombre de evidente naturaleza imaginativa. Encontró al cabo un disfrute moroso, a pesar del aguanieve que le había aguijoneado la cara, de aquella sensación de hallarse sometido a una especie de ceguera, provocada por la neblina que le impedía ver a una distancia incluso corta, mientras iba por la calle. La neblina y el aguanieve hacían que los edificios próximos y la propia calle pareciesen una fantasmagoría grotesca, teatral; aquellas construcciones, aquellas estructuras de piedra común, cemento y ladrillo, parecían mera nebulosa levemente azul, o monstruos inanimados hechos en piedra ciclópea.

Eso eran, a fin de cuentas, se había dicho Bertrand con esa cierta sensiblería que le caracterizaba. No en vano era poeta. Un poeta muy malo, es verdad, pero poeta: un poeta afectado por esa naturaleza esotérica tan común en los poetas. Vivía en una buhardilla, en el distrito portuario, comía pan de buena corteza y se sentía muy por encima del resto de los mortales. No obstante, a veces, en momentos de autocompasión, que también los tenía, se comparaba con François Villon. No es que pretendiera adularse con ello, pues al fin y al cabo Villon había sido un poeta vividor y hasta delincuente, cosas en las que Bertrand estaba muy lejos de parecerse a tan antiguo caballero, pues era un joven honrado al que, simplemente, la gente aún no había aprendido a comprender y apreciar. Y además, si bien era innegable que atravesaba por muy malos momentos, estaba seguro de que en breve le llegarían la gloria, el reconocimiento de todos y el dinero. En pensamientos así se pasaba la mayor parte del tiempo, y los días de espesa neblina eran ideales para que se apenase de sí mismo. Sin embargo, no se estaba del todo mal en su buhardilla, relativamente cálida, y no le faltaba un trozo de pan que llevarse a la boca; además, sus padres le hacían llegar dinero desde Marsella con bastante regularidad, pues en realidad creían que seguía estudiando. Su buhardilla era un refugio excelente, sobre todo cuando la tarde ya se acercaba a la noche en uno de aquellos días de niebla y aguanieve, para darse a la escritura de esos nobles sonetos que pretendía. Pero aquel aburrido día prefirió seguir vagando por ahí, indolentemente, pensando en cosas que esta vez no tenían mucho que ver con él. A veces hasta se mostraba reluctante a la autocompasión y al romanticismo, tanto como al uso de palabras trilladas.

Tras una hora larga de paseo, el término *romántico* había empezado a golpearle en la cabeza, precisamente, poniéndole un velo de tristeza, y esta vez no quería consentirlo. Además, la neblina, el aguanieve, el ambiente de humedad, podían mucho más que su habitual ardor. Y acaso por ello empezaba a descubrir que en su interior había muchas más cosas, que no eran precisamente poéticas, como por ejemplo que el frío le hiciera resoplar.

Por eso se alegró al ver entre la neblina algo que hasta entonces no había visto, o en lo que nunca antes había reparado, una lámpara de débil luz, en un local entre dos casas, bajo la cual había un rótulo en el que se leía: *Figuras de cera*.

No obstante, al leer el rótulo sintió Bertrand un cierto desagrado que acabó con la alegría primera del descubrimiento de aquella luz. Esperaba en realidad que aquello fuese una taberna, pues entre otras cosas le gustaba considerarse también uno de esos poetas que le dan a la botella. En cualquier caso, se dijo sobreponiéndose a la impresión recibida, al menos allí estaría caliente un buen rato, y quizá hubiese alguna figura de cera realmente divertida. Hay trabajos en cera que resultan muy interesantes.

Entró y comenzó a bajar por unos peldaños. Empujó después una puerta negra, entró y se detuvo sorprendido al verse en aquella estancia bastante oscura.

Pronto, un hombre bajo y grueso con un sombrero grasiento salió por una puerta lateral y recibió, no sin sorpresa, los tres francos que el joven le daba, pues evidentemente no solía tener muchos visitantes, y aquel día no había tenido ninguno.

Bertrand echó un vistazo a su alrededor mientras se quitaba el chaquetón mojado. Su nariz se percató al instante de un cierto olor desagradable, el propio de los lugares tibios y cerrados en los que encima entra alguien, él mismo en este caso, con la ropa húmeda. Allí olía, pues, genuinamente a museo.

Comenzó a caminar por allí, en dirección a las vitrinas, y de golpe sintió todo el peso de su melancolía, que acaso, se dijo, fuera debida al largo paseo anterior bajo el aguanieve y entre la neblina. Ahora, en aquella semioscuridad de la gran sala, sintió una profunda depresión. Una depresión espiritual. Sin ser del todo consciente de ello, sin embargo, trató de desprenderse de aquella sensación dramática para concentrarse en lo que veía, lo que es como decir para vivir el momento real en que estaba. Su mente, atacada por aquella mórbida impresión que había sentido, tenía que liberarse del peso melancólico mediante los pensamientos, mediante la observación o mediante los pensamientos resultantes de lo que observara. Ése fue el propósito que se hizo. Quería recordar después todo lo que veía, por si de allí obtenía algo sobre lo que escribir después.

Ni que decir tiene que ese estado de ánimo en el que se hallaba era el idóneo para visitar un museo de cera. Aquello, a fin de cuentas, era un carnaval de los excesos y de lo macabro.

En una ocasión, aunque llevando consigo compañía femenina, había visitado el famoso museo de cera de Madame Tussaud, pero sus recuerdos de aquello eran

vagos, pues en realidad cuando pensaba en ese día no le venía a la mente más que la encantadora joven con la que hizo la visita, que sí contemplaba en éxtasis aquellas figuras de cera. Recordaba Bertrand que las figuras que vieron entonces eran representaciones de carácter histórico, o representaciones de personajes notorios y de interés periodístico, así como otras de hombres de Estado y de actores. Fue la primera vez que Bertrand estuvo en un museo de cera, y la última, hasta aquella noche, dejando a un lado alguna que otra visita cursada en la infancia a un lugar semejante, de la que no le quedaba más que una sensación desagradable, por no decir odiosa. Ahora tenía veintitrés años.

Pero ya con una simple mirada se percató de que las figuras de cera que veía ahora eran muy diferentes.

Ante él se abría una amplia estancia, que no obstante su oscuridad permitía una contemplación conveniente; una estancia de techo bajo, con alguna ventana a través de cuyos cristales se percibía la neblina del exterior, la negrura de aquel día que tocaba a su fin, la muy débil y muy tamizada luz de las farolas de la calle. Un escenario, pues, magnífico.

En las vitrinas unas, y contra las paredes las de cuerpo entero, se contemplaba un auténtico ejército de figuras blancas o marfileñas como la osamenta; un ejército, cabe decirlo así, de momias, o de embalsamados, o de petrificados, pues todo eso parecen las figuras de los museos de cera… Pero Bertrand prefería huir de toda terminología, y especialmente de los adjetivos, para concentrarse sin más en la contemplación de aquello, pues sabía que cualquier palabra que se le pudiera ocurrir, resultaría inadecuada para describir la mórbida impresión que causaban aquellas figuras de cera, e incluso la extraordinaria morbosidad que había en ellas. Parecían seres capturados y atónitos, por una parte, y por otra, seres abandonados a una ominosa espera; parecían muertos, o más bien como si les hubiera herido un aire que los congelara para siempre y los hubiese convertido en grandes barras de hielo con forma humana. Pero sobre todo parecían a la espera de una liberación inminente.

Eran en verdad unas figuras hechas con gran realismo. Y el efecto que hacía en ellas la débil luz de la sala no conseguía sino revelar una cierta crudeza en sus expresiones y trazas, una cierta violencia como debida a la larga y ominosa espera a que se hallaban sometidas.

Bertrand caminaba por la pared del lado izquierdo de la sala, deteniéndose lo justo ante cada figura, o ante cada grupo de figuras.

El objeto principal de semejante exposición, por supuesto, no podía ser otro que el de las exageraciones, el de lo extremo… El crimen era el tema central, y cuanto más perverso y aterrador, mucho mejor… Aquel monstruo que fue Landrú aparecía como deslizándose silencioso hacia su esposa durmiente, y al maníaco Tolours se le veía merodeando con un cuchillo con la hoja ensangrentada mientras su hijo pequeño bajaba los peldaños que conducían a una celda. Otras figuras representaban a tres hombres en el interior de un bote, uno de ellos sin piernas y sin brazos, mientras los

otros se comían dichos miembros. A Gilles de Rais lo habían puesto ante un altar, con la barba tiñéndosele de rojo[42] al mojarse en la sangre contenida en una vasija que tenía en las manos, mientras uno de los muchachos sacrificados yacía a sus pies. En otra escena, una mujer se debatía en el potro de tortura mientras varias ratas la amenazaban con sus colmillos, mientras el gigante Dessalines[43] avanzaba hacia ella con una fusta en las manos. El asesino Vardac trataba de quitarse una mancha de sangre de su traje. El gordo monje Omelee enterraba huesos en una cripta. Allí había, en fin, un montón de seres diabólicos que parecían dormir, sin embargo, el sueño de los justos, aunque representaran lo más pérfido de la naturaleza humana.

Bertrand iba contemplando todas aquellas figuras sin evitar sentir a veces un escalofrío. Eran en el fondo muy reales, más que nada por el aire de verosimilitud que reflejaban las escenas, trasunto de las que tan trágicamente habían protagonizado en vida. Eran figuras concebidas muy astutamente, incluso con bastante perversidad. Todos los detalles de aquellas representaciones habían sido previstos y materializados meticulosamente. Eran el resultado de un trabajo concienzudo. Un trabajo magnífico. La simulación de la vida que suponían era tan perfecta que no lo parecía; traslucían acción, movimiento, intención; cada pose, cada situación que les fuera destinada, tenía toda la frescura y toda la malevolencia de la vida. Las cabezas eran, por cierto, lo más real, patéticamente real, con aquellas decididas expresiones de los rostros. Miraban con ira, con violencia, con furia y con lujuria, o se crispaban en gestos de dolor agónico. En los ojos de aquellas figuras de cera había mucho más que realismo; los cabellos parecían naturales, al igual que las barbas que lucían algunos personajes, y sus labios ofrecían toda la impresión de tener un hálito enfebrecido.

Allí estaban aquellas figuras de cera. Cada una con su vida eterna fijada en el instante del horror que habían protagonizado esos a los que representaban. El horror que ahora justificaba su existencia en tanto que figuras de cera que semejaban poseer un alma perfectamente humana.

Bertrand las contemplaba, aparentemente en calma no obstante aquellos escalofríos… Se dejaba llevar de las escenas presentadas de manera grandilocuente y melodramática, y hasta sonreía por la truculencia del relato que se ofrecía escrito en un panel ante cada una de las escenas.

No podía evitar esa sonrisa, pues era consciente del afán teatral con que se presentaba todo aquello, como si fuera una noticia de un periódico sensacionalista. Era el tipo de literatura que hace las delicias de los débiles mentales… Pero a la vez sentía que algo se le escapaba de todo aquello; que había una cierta grandeza en la exposición, aunque no acertara a verla más allá de la evidencia de lo melodramático. Sentía, en suma, que en todo aquello se contenía una intensidad directamente relacionada con la vida, con las acciones cotidianas de los hombres. Y se preguntaba, frente a las figuras de cera, si no representarían en realidad algo que es consustancial a la existencia: la satisfacción del instinto cazador. No pudo evitar una sonrisa burlona cuando se respondió diciendo que, en definitiva, aquellas acciones que allí se

representaban, aunque lo fueran de manera tan teatral, se correspondían con hechos que habían sucedido realmente, no eran la consecuencia de ninguna fantasía. Más aún, se dijo que se trataba de escenas de la vida cotidiana que podían repetirse en cualquier momento; que incluso quizá se estuviesen dando con tanta o mayor crudeza mientras él contemplaba las figuras de aquel museo de cera. Y eso en cien o más lugares diferentes al mismo tiempo. Sí, los asesinos, y los secuestradores, y los dementes endemoniados que andan sueltos por la calle, y tantos y tantos desconocidos, seguramente aguardaban por miles el instante de cometer alguna salvajada como las que allí se ofrecían a la vista a través de aquellas figuras de cera.

Muchas de las acciones que cometieran todos esos seres infames podrían ser igualmente representadas más adelante. Y otras permanecerían siempre en el mayor desconocimiento, y sus autores en la total impunidad, pues jamás llegarían a ser descubiertas. Y, en el aire, siempre esas semillas de maldad. Esas semillas del melodrama.

El joven poeta seguía su visita. Estaba solo en aquel gran salón y la niebla, como una garra azul que se percibía a través de los cristales de las ventanas, lo impelía a quedarse allí tranquilamente, a continuar su visita. Llegó al final del lado izquierdo del salón y comenzó a recorrerlo de nuevo, pero ahora en sentido contrario, por el lado derecho. Allí se representaban hechos inevitablemente tortuosos de otro tiempo. No le cupo más remedio que admirarse también ante la perfección de aquellas figuras y de las escenas representadas, ofrecidas en un contexto histórico perfecto. Eran tantos los detalles realistas de aquellas figuras… No dejaba de ser muy interesante, no, aquel negocio de las figuras de cera… Sobre todo lo pensaba mientras se entregaba a una muy atenta contemplación de la figura que representaba al emperador Tiberio, dominando una cámara de tortura.

Pero de repente la vio… Adorable, hermosa, con la mayor belleza de las estatuas. Era una niña, una mujer, una diosa, todo a la vez; era deliciosa, deseable como un súcubo de llamativas caderas que se le presentara en sueños.

Bertrand, con sus ojos de poeta, escrutó cada uno de los detalles físicos, de idéntica perfección a los del resto de las figuras, de aquella representación, preguntándose cómo podía alguien trasladar a un bloque de cera semejante belleza. Sólo él, se dijo, hubiera podido hacerlo, acaso, pero únicamente con su imaginación. La extraordinaria melena caoba de la figura era, a la luz de la sala, como una nube carmesí; su sonrisa, viva, encantadora, mucho más que una máscara de cera; sus ojos azules, como dos pozos en los que podría ahogarse el alma de cualquiera. Tenía los labios entreabiertos, deliciosamente voluptuosos, y asomaba levemente entre ellos su lengua roja como una pequeña daga, pero que sólo incitara a los placeres. Lucía sólo un vestido vaporoso, y no llevaba joyas, salvo un brazalete de plata, para que su belleza imperase con el mayor esplendor, para que destacase la blancura de su cuerpo perfecto.

Pero no había que darle más vueltas al asunto. Era una mujer hermosa, con un

bonito cabello rojo, pero era… de cera. De cera común, ordinaria, la misma cera con la que se podía representar a Jack el Destripador. Por lo demás, la escena que representaba no dejaba de ser un lugar común… Allí estaba, extendiendo sus desnudos brazos ante el rey Herodes. No en vano aquella figura de cera representaba a Salomé, la que cubría su maldad bajo siete velos, la demoníaca bruja que cautivaba a los hombres.

Bertrand se quedó mirando aquel dulce óvalo de su cara; y los ojos de la figura, que parecían clavarse en los suyos pidiéndole algo, quizá socorro. O que simplemente le devolvía la bondad de su mirada. Y no pudo sentir el joven poeta sino que era la mujer más hermosa que jamás le había sido dado contemplar. Y la más temible, por peligrosa y sanguinaria. Sus delicadas manos sostenían, sin embargo, una bandeja de plata ensangrentada… en la que llevaba la cabeza del Bautista, que parecía mirar con ojos de piedra.

Bertrand no se movía. Ni pestañeaba. Se limitaba a mirar a la mujer. Sintió el impulso de dirigirse a ella. Sintió que lo miraba ahora un poco burlona. Como si le dijera «no seas maleducado, hombre, salúdame…» Pero él sólo quería decirle una cosa; que la amaba.

Bertrand se dio cuenta de lo que pensaba y se horrorizó. Se había dicho que la amaba. Que la amaba más allá incluso de sus sueños. Que quería a una mujer que no era tal sino una figura de cera. Era una tortura mirarla; le dolía su belleza insoportablemente porque la sabía inalcanzable. ¡Qué ironía! ¡Enamorarse de una figura de cera! Tenía que estar volviéndose loco, desde luego.

Y sin embargo… ¡qué poético era todo aquello! Bertrand se enorgulleció de eso. ¡Y qué original!

Había leído sobre casos como el suyo; había visto también algún drama que trataba sobre lo mismo, algo tan antiguo, por lo demás, como Pigmalión y su estatua.

Razonar, en cualquier caso, no le servía de ayuda. Razonar le hacía caer en la desesperación. Amaba la belleza de aquella figura de cera y amaba también la amenaza que intuía en ella. No en vano era un poeta.

Sería reconfortante, después de todo, que al día siguiente saliera el sol de nuevo. Y le encantaría, además, verlo a través de una de aquellas ventanas del museo de cera, en cuyos cristales dibujaba ahora la niebla dedos azules. ¿Cuánto tiempo más podría seguir allí? No, tenía que irse… Antes, volvería a contemplar un rato más a quien era objeto de su adoración.

«No, no, nada de eso; tengo que irme cuanto antes», se dijo.

Y con un gran complejo de culpa desistió de contemplar un poco más a su amada, y se dirigió a la puerta.

II

Volvió al día siguiente. Y al otro. Empezó a familiarizarse con el sombrerito grasiento del tipo bajito y gordo que cobraba la entrada. Se supo muy pronto el museo, de cabo a rabo, hasta el último rincón, y todo lo que albergaba. Sabía que apenas recibía visitantes, al menos por aquellos días, y ya se había dado cuenta de cuáles eran las mejores horas para extasiarse en la adoración de su amada.

Realmente acudía allí para adorarla. Podía estarse horas ante aquella figura de enigmática sonrisa y caer hechizado por la magia cruel que había en su mirada. A veces le decía en un susurro los versos que había escrito para ella la noche anterior. A veces le decía palabras de amor acercándose cuanto le era posible a las orejas de cera de la figura. Pero la Salomé de pelo color caoba se limitaba a mirarlo, sin más. Aunque parecía sonreírle crípticamente.

Aunque parezca extraño, hasta entonces no había cambiado una palabra con el tipo gordo que cobraba la entrada. Al fin lo hizo un día.

El gordo de pelo canoso se acercó a él, cuando ya comenzaba a caer la tarde, y le dio conversación, aunque de manera que dejó un tanto atónito, por no decir molesto, al poeta Bertrand.

—Guapa, ¿eh? —dijo el gordo de pelo gris, con ese tono vulgar propio de la gente que carece de sensibilidad—. La hice tomando como modelo a mi mujer…

¿Su mujer? ¿Aquel gordo asqueroso tenía una mujer tan bella como para modelar tan hermosa figura mirándola? Bertrand pensó que de veras estaría volviéndose loco, no era posible que el gordo hubiese dicho eso. Pero lo siguiente que dijo el otro le sacó de su abstracción.

—Fue hace muchos años, claro —señaló.

En cualquier caso, vivió, fue una mujer de verdad… El corazón le latía con mucha fuerza.

—Pobrecilla —siguió diciendo el gordo—, murió hace ya tiempo…

¡Muerta, estaba muerta! Se había ido. Sólo quedaba de ella aquella figura de cera. Bertrand se dijo que tenía que hablar con aquel imbécil, sacarle cuanta información pudiera. Sin duda, era la soledad lo que había convertido en un garrulo a aquel tipo, pero eso no impediría que le contase cosas. El gordo volvió a expresarse con el mismo tono de voz y los ademanes de antes.

—Buen trabajo, ¿verdad? —dijo mirando la figura de cera de una forma que a Bertrand le pareció repulsiva.

En los ojos de aquel hombre no había adoración sino algo animal, aparte de un simple orgullo por lo bien que le había quedado la figura. Admiraba un montón de cera, no a una mujer.

—Fue mi mejor trabajo —musitó.

Y pensar que alguna vez la había poseído… Bertrand se sentía enfermo de sólo pensarlo. El gordo no parecía darse cuenta. Seguía mirando de aquella manera intolerable a la bella, y luego lo miraba a él con una sonrisa repugnante… No obstante, comenzó a darle la información que ansiaba.

—*Monsieur* parece muy interesado en mi museo, ¿verdad? —dijo—. El señor es un asiduo. Seguro que le gustan mis trabajos, ¿eh? Buen gusto, sí señor…

Él, Pierre Jacqueline, era el autor de todas las figuras. Le había ido muy bien hasta ocho años atrás. Ahora le costaría un montón tener ayudantes, por eso atendía él solo su museo. Sólo contrataba a algunas personas para trabajos muy concretos, sobre todo si tenía que esculpir en cera un grupo. Pero a Jacqueline le encantaba hacer él mismo las figuras. Mucha gente le honraba diciendo que sus figuras eran tan buenas como las del museo de Madam Tussaud. Sin duda podía entrar a trabajar allí cuando le viniera en gana, pero prefería dedicarse a su negocio sin depender de nadie. Aunque eso le diera mucha menos fama. Total, sus figuras eran magnificas… ¿O no? ¿Y por qué le salían tan bien? Sin duda, por sus amplios conocimientos médicos… Sí, en tiempos había sido un tal doctor Jacqueline.

Monsieur admiraba a su esposa, ¿a que sí? Claro, no era de extrañar… Había encantado a tantos hombres, había concitado la admiración de tantos hombres… Algunos también acudían, como él, a verla regularmente. Eso no le ofendía, al contrario. Sería propio de un imbécil tener celos a causa de una figura de cera. No obstante, le resultaba curiosa e interesante la forma tan peculiar en que aquellos hombres acudían a verla… Y eso que ninguno de ellos sabía nada del crimen…

¿El crimen?

Algo en el rostro grasiento y gris de aquel hombre hizo que Bertrand quisiera saber más, que hiciera más preguntas, incluso más allá de la sorpresa que le provocara oír lo que oyó. El tipo, por lo demás, no parecía tener ningún problema en responderle.

—¿Es posible que no lo sepa? —dijo como si nada—. Bueno, claro; el tiempo pasa y uno olvida lo que ha leído en los periódicos, si es que lo leyó… Le aseguro que todo aquello no fue nada agradable; yo deseaba estar solo por encima de todo, seguir con la práctica de mi profesión, pero por culpa de aquel suceso cobré una cierta notoriedad que me hizo imposible seguir trabajando como médico… Por eso me dediqué a esto, ya ve… Para apartarme de todo… Y ella fue la causante.

Señaló, al decirlo, a la figura de cera de Salomé.

—Lo llamaron —prosiguió— el caso Jacqueline… Lo de mi esposa, quiero decir… Imagínese. Era hermosa, joven, vivía sola en París cuando la conocí y nos casamos. Yo no sabía nada de su pasado. Por mi profesión, además, tenía poco tiempo libre, siempre andaba liado, atendiendo pacientes de aquí para allá, siempre fuera de casa… Y ella, *Monsieur*, era una psicópata. Ya había advertido algo, no se crea, pero como la amaba tanto no di más importancia a ciertos síntomas… Una vez llevé un paciente a mi consulta, a mi propia casa, y ella se encargó de cuidarlo como toda una enfermera… Era un hombre ya viejo. Una noche regresé tarde a casa y, al ir a visitarlo, lo encontré muerto. Mi esposa le había rebanado el cuello con un bisturí. Me dirigí a la habitación con cuidado, imagínese, pero ya había huido… No obstante, la policía dio pronto con ella. Bien, se celebró el juicio… Salió a relucir todo… Los

dos esposos que había tenido antes, uno en Lyon y el otro en Lieja… Y confesó más crímenes. Cinco en total. Decapitaciones.

»Me vine abajo, como se podrá imaginar… Fue hace años, yo aún era joven… La amaba, créalo; pero cuando confesó que también había planeado matarme… Me sentí muy hundido, se lo aseguro, nunca hubiera imaginado algo así. Por lo demás, había sido una buena esposa, amorosa, apacible, comprensiva. Y ya ve usted cuán bella era. Pero descubrir que me había casado con una psicópata me descompuso por completo, fue mi ruina. Aquellos asesinatos tan horrendos… En fin. Pero la seguía amando, a pesar de todo. ¿Cómo no hacerlo? Es difícil de explicar, pero creí que podría curarla. No obstante, fue condenada a muerte, a la guillotina.

Bertrand pensó que aquel hombre, quizá por el dolor que le causaban sus recuerdos, relataba muy mal la historia. Allí había material suficiente para escribir un gran drama, y él lo convertía en un simple relato, sin la menor sustancia… ¿Es que acaso la vida no imita al arte?

—Naturalmente —siguió diciendo el otro—, mi carrera como médico se fue al garete. Los periódicos, la notoriedad del caso… Todo eso me resultó fatal. Lo perdí todo. Y, como le he dicho, se me ocurrió dedicarme a esto. Tenía alguna experiencia en cirugía plástica y podía modelar figuras; así se me ocurrió crear mi propio museo de figuras de cera. Como ve, me llevó a esto la desgracia… una serie de desgracias. Y observará que los personajes que aquí tengo son casi todos criminales… ¿Cómo no iba a interesarme en los criminales, después de todo? ¿Cómo no iba a especializarme en ellos?

El hombre bajito y gordo sonreía, condescendiente con aquellos criminales históricos reunidos en su museo, como si realmente hubiera superado sus emociones. Dio un golpecito cariñoso a Bertrand en el pecho y prosiguió en tono ahora amistoso más que confidencial.

—Lo mío sí que es una gran broma, ¿verdad? Una burla al destino, sí señor… Bien, el caso es que obtuve de las autoridades permiso para presentarme en la morgue. Se había consumado la ejecución de mi esposa y no era cosa de perder el tiempo, pues ya me había decidido, en el tiempo que pasó entre la sentencia y la guillotina, por abrir este negocio. Tenía una buena técnica, hecha a medias de mis conocimientos médicos, y a medias también de las prácticas que llevaba realizadas con la cera. Así que hice un molde con el cuerpo presente de mi esposa… o quizá debiera decir ausente, pues ya carecía de vida… Sí, hice un molde con su cadáver, aunque decapitado… Como le faltaba la cabeza, ¿por qué no tomar a Salomé como referencia? También Juan el Bautista murió decapitado, ¿no? Bueno, pues ahí tenía la historia. Mejor que contar la de mi esposa.

La cara de aquel hombre sonrió por un momento y sus ojos grises cobraron un brillo que hasta entonces no tenían.

—Claro que a veces pienso, *Monsieur*, si todo esto será de veras una gran broma —continuó—. A decir verdad, hice todo esto por venganza, sin más. Necesitaba

vengarme. En el fondo, y aunque no quería reconocerlo, la odiaba por haberme destrozado la vida, por haber acabado con mi carrera. Y la odiaba también porque seguía amándola, aun muerta, a pesar de todo lo anterior. Así que me atrevería a decir que hay en mi trabajo sobre ella más ironía que humor. Y lo mismo pasa con todos los demás. Quise hacerla en cera para tenerla aquí, cerca de mí; a fin de cuentas, también es un recuerdo de los mejores días de mi vida. Así recuerdo su crimen, pero también su amor… Pero eso ocurrió hace ya mucho tiempo… El mundo se ha olvidado al fin del caso. Ahora es sólo una figura de cera. Mi mejor figura de cera. Mi favorita.

»Hacerla, sin embargo, no contribuyó a mi destreza, a mi arte. Nunca me ha salido un trabajo tan perfecto. Y supongo que estará usted de acuerdo conmigo en que ella es una auténtica obra de arte… Y eso que al cabo de los años he adquirido una gran práctica. Ya le digo, aquí vienen algunos hombres y se tiran horas mirándola, como usted. Supongo que ninguno conocerá la historia real, pero si estuvieran al tanto seguirían viniendo a contemplarla, estoy seguro. También seguirá viniendo usted, ¿me equivoco? Aunque ya conozca la verdadera historia.

Bertrand asintió bruscamente, y no menos bruscamente se dirigió a la puerta para irse. Tuvo la sensación de comportarse como un imbécil o como un simple niño. Por eso maldijo contra sí mismo, mientras caminaba aprisa para alejarse cuanto antes del museo y escapar de aquel tipo gordo y odioso.

Era tonto. Tenía la cabeza como un bombo. ¿Por qué odiar a aquel pobre hombre, al marido? ¿Acaso porque él, su marido, la odiaba por haber vivido y asesinado? Si la historia era realmente cierta… Pero lo era, sin duda. Sólo entonces creyó haber oído algo, alguna vez, sobre el llamado caso Jacqueline. En todo caso, mucho tiempo atrás, cuando era un niño. Acaso en uno de aquellos espantosos periodicuchos de sucesos que le gustaba leer de pequeño… O se lo contaron, simplemente. ¿Qué hubiera sentido él, viéndose arrojado a un tormento semejante? Quizá hubiese hecho lo mismo, ponerse a crear figuras de cera que representaban a unos cuantos asesinos brutales y obtusos. Tan obtusos, en el fondo, como el marido en cierto modo engañado que había hecho todas aquellas figuras para que las contemplasen otros hombres, una panda de estúpidos a los que también odiaba ahora.

Tenía miedo de ir perdiendo la cabeza poco a poco. Eso era peor que la imbecilidad. Eso significaba la locura sin paliativos. No podía volver al museo. No podía seguir recordando aquella historia, no podía continuar haciéndose preguntas. Al fin y al cabo, si el esposo de esa mujer y el mundo entero ya se habían olvidado del caso, ¿cómo no hacerlo él, que se había enterado de todo apenas un rato antes?

Acababa de tomar una decisión. Nunca más.

Pero se alegró mucho de que al día siguiente no hubiese nadie ante la figura de cera de la silenciosa Salomé con su cabello color caoba.

III

Pocos días después se dejó caer por su apartamento el coronel Bertroux, ya retirado, un sujeto realmente insoportable, un viejo amigo de la familia, un entrometido… No tardó Bertrand en darse cuenta de que sus padres le habían enviado al coronel para hacerle *entrar en razón*.

Era el tipo de cosa que se correspondía perfectamente con sus padres, seres pesados donde los hubiera, y con aquel asno pomposo que era el viejo coronel, que disfrutaba un montón entrometiéndose en todo. Un tipo, además, pedante y tonto, que sin embargo se las daba de hombre dignísimo y bueno. Se dirigió a Bertrand llamándole *mi querido muchacho,* y no dio muchos rodeos. Estaba allí para convencer a Bertrand de que, si no estudiaba, de que si sólo se dedicaba a perder el tiempo en tonterías, mejor sería que regresara a la casa paterna, sita sobre el negocio familiar, una carnicería… Al coronel le importaban un bledo sus afanes poéticos. Estaba allí para hacerle entrar en *razón,* nada más.

Y siguió el viejo por el mismo camino, largamente, perorando sin tregua, hasta sacar de quicio a Bertrand. No podía insultar al estúpido viejo, claro, como deseaba hacerlo. Pero el coronel era tan tonto que no captaba ni una sola de las ironías con que le daba respuesta Bertrand. Salieron a cenar, y el viejo fue siguiendo al joven poeta por donde éste lo guiaba, dando por sentado que el chico lo invitaba. Acabaron en un *bistrot*, donde además de cenar conversaron largamente, aunque era del todo absurdo que el viejo pensara en la posibilidad de que Bertrand apreciase su supuesta sabiduría.

Después de aquella cena, Bertrand decidió pasar a la acción. El coronel se dejó caer por su apartamento al día siguiente, a la caída de la tarde, justo cuando el joven poeta se disponía a salir para dirigirse al museo. Aunque no le hacía mucha gracia, el viejo coronel se mostró de acuerdo en acompañarlo en su visita al museo.

Una vez en la gran sala de las figuras de cera, Bertrand se sintió imbuido de una especie de exaltación morbosa que le sorprendió. Los comentarios del coronel sobre aquellos asesinos representados por las figuras, no podían sino hacerle reír, pero disimulaba.

Entonces llegaron hasta *ella*. Bertrand no hizo la menor observación, permaneciendo en silencio un rato. Se desentendió del viejo y pasó a comerse con los ojos, devotamente, la figura de su amada. Fueron unos minutos que realmente parecieron la eternidad.

Sin embargo, Bertrand recobró de golpe la consciencia, como quien sale de un trance extático. Y miró a su alrededor.

El coronel seguía a su lado, contemplando la figura de cera que representaba a Salomé, con mucho desconcierto. Su rostro mostraba un gesto de absoluta extrañeza, a la vez encantada. Y un cierto rejuvenecimiento, además, que no pudo por menos que hacer gracia a Bertrand. El viejo estaba tan fascinado por la figura de cera como

él mismo.

¿Fascinado el viejo y pomposo y tonto coronel? No, no era posible…. No sabía lo que era eso, la fascinación… Pero sí… Estaba absolutamente fascinado… ¡También él se había enamorado de Salomé!

A Bertrand le entraron ganas de reír, pero cuanto más observaba la cara del coronel, sus ojos ajenos a todo lo que no fuese la figura de cera, se dijo que aquello, más que para echarse a reír, era para echarse a llorar. Se estremeció. Era evidente que aquella mujer despertaba en los hombres sueños ocultos, soterrados en las sentinas del alma; era evidente que Salomé subyugaba a los hombres, fueran viejos o fueran jóvenes. Era realmente una hechicera. Y, a buen seguro, malvada.

Bertrand la miró de nuevo, tratando de observar objetivamente a tan diabólica belleza inspiradora de ternuras. Y descubrió algo.

Su cabeza. No era la misma. Aquel cabello con el fulgor de la caoba, aquellos hermosos ojos azules… ¿Qué había pasado?

Sintió una mano en su hombro. Era el gordo de pelo canoso, el propietario y hacedor de aquellas figuras de cera, que lo saludaba asquerosamente solícito.

—Se ha dado cuenta, ¿eh? Ha sido un lamentable accidente… se le ha roto la cabeza, sin más… Era ya un poco vieja… Uno de sus admiradores quiso regalarle una sombrilla, y al intentar ponérsela… pues ya ve, tropezó con ella y se le cayó la cabeza… De momento le he puesto otra que tenía por ahí, mientras reparo la original… Pero la verdad es que no le queda nada bien.

El coronel Bertroux pareció salir entonces de su abstracción. El gordo bajito y de cabellos canos se quedó mirándole.

—Guapa chica, ¿verdad? —dijo—. La hice tomando a mi mujer como modelo, ya sabe…

Y sin más se puso a contarle toda la historia; la misma, punto por punto, que había contado al joven poeta una semana atrás. Una historia igual de terrible y con las mismas palabras.

Bertrand miró al coronel para comprobar el impacto que le habían causado las palabras del gordo, y se preguntó si aquella expresión del viejo no sería como la suya cuando Jacqueline le habló en detalle del caso.

En un curioso paralelismo con la reacción que él mismo había tenido, el coronel giró sobre sus talones para ir hasta la puerta de salida, sin decir palabra, apenas hubo terminado de hablar el gordo. Bertrand lo siguió mientras sentía que los ojos del dueño del museo de cera se le clavaban en la espalda con una expresión de burla.

Tras salir a la calle caminaron en silencio. La cara del coronel seguía mostrando una expresión atónita. Cuando llegaron ante el portal del edificio donde vivía el joven, el viejo se volvió hacia Bertrand. Tenía la voz curiosamente ahogada.

—Yo… yo… creo que comienzo a comprenderte, mi querido muchacho…. Ya no volveré a molestarte, descuida… Me voy…

Se fue calle abajo sin decir más, extrañamente vivaz y muy tieso, con los

hombros altos, sorprendiendo a Bertrand con aquel brío que mostraba.

No se habían dicho ni una palabra acerca del museo, ni a propósito de la historia contada por el gordo. Nada. Pero estaba claro que el coronel también se había enamorado de ella. Todo era muy extraño… Mucho… ¿De veras se iría el coronel definitivamente o se quedaría revoloteando por allí?

El gordo del museo había contado el caso al coronel con las mismas palabras, aunque, creía recordarlo Bertrand ahora, con una intensidad distinta, y con mayor interés, con una cierta teatralidad, como si lo hubiera ensayado. ¿Y si toda aquella historia no fuese más que una broma pesada, una interpretación para embaucar a sus clientes? Podía ser, en efecto, que todo se redujese a un cuento, a una añagaza del dueño del museo para publicitarse.

Sí, seguramente eso lo explicaba todo, tanta truculencia. Algunos artistas le habían vendido las figuras, seguro; después notó él que la que representaba a Salomé era la que más atraía a los hombres, a los tipos solitarios que caían por allí, y montó todo aquel número. La verdad es que cuadraba bastante, sonaba muy real; y el tipo bajito y gordo… pues no tenía, la verdad, pinta de haber estado casado con una hermosa asesina. No, un tipo como él nunca hubiera podido casarse con una mujer como ella… Su historia era buena, cierto; ideal para cautivar a unos cuantos tipos sin mujer y hacer que se dejaran el dinero de la entrada unas cuantas veces seguidas. Echó cuentas Bertrand del dinero que se había dejado allí en las últimas semanas. Eran unos cuantos francos. Sí, aquel tipo gordo y bajito resultaba ser todo un negociante, muy listo.

Pero había que considerar también el atractivo que ejercía por sí misma la figura de cera de Salomé. Era bellísima, adorable; estaba llena de vida y resultaba muy seductora, aunque representara a un personaje histórico malvado. Sí, Salomé había sido una mala bruja, una pérfida sanguinaria, pero en su representación del museo había algo, un misterio en el que Bertrand quería entrar por encima de todas las cosas. Sobre todo en su enigmática sonrisa.

Decidió recluirse durante unos días, que se pasó escribiendo. Comenzó por un poema épico en el que trabajó arduamente. Daba gracias porque el coronel ya no le importunaba; y daba mentalmente las gracias a la figura de cera, a ella, a su amada, por ayudarle, en tanto que se había convertido en su musa. Hasta podía darse la circunstancia de que ella entendiera lo que le había escrito; quizá le alcanzaran sus pensamientos nocturnos acerca de su belleza, que lo convertían en un poeta de Avalon, justo lo que más podría entusiasmar a una mujer como ella, o en algún poeta maldito, en un ángel de los infiernos… Fuese como fuera, tenía que hablar con ella…

Le habló al día siguiente para darle las gracias por haber hecho que el coronel Bertroux se largara de la ciudad. Y ya se disponía a leerle las estrofas de su poema cuando temió que lo estuvieran espiando desde algún lugar de la sala los ojos del dueño del museo, aquel tipo gordo y vulgar.

Cesó de inmediato en su intención, rojo de vergüenza. ¿Y si lo hubiera estado

espiando tantas veces, mientras se extasiaba en la contemplación de su amada? ¡Maldito bestia!

Bertrand echó un vistazo a su alrededor, tratando de descubrir agazapado al gordo. Pero descubrió en realidad que la cabeza del Bautista, la que llevaba Salomé en la bandeja, era distinta… Así que el gordo la había cambiado, ¿eh? Se preguntó cómo habría podido romperse la original. ¿Otro idiota con una sombrilla, como había dicho el gordo para explicar el cambio de la cabeza de Salomé? Los ojos cerrados de la nueva cabeza del Bautista no eran como los de la anterior; había algo mucho más mórbido en esa nueva cabeza, el rostro era mucho más pálido… y no reflejaba tanto al Bautista como la otra.

El gordo, en efecto, espiaba a Bertrand desde donde no pudiera verlo. Bertrand lo maldijo en voz baja y salió. El tipo le impedía hallar la paz aquel día allí, en el museo, ante su amada. Apretó el paso para salir, tratando de evitar al gordo, que quizá saliera de su escondrijo para despedirlo… Pero no fue así. Ya salía, cuando tropezó con otro visitante, que entraba. Aquel hombre le pidió perdón y se coló rápidamente en el museo… Bertrand volvió la cabeza, alertado por un vuelco que le dio el corazón… O estaba definitivamente loco, pensó, o lo que había visto eran los hombros del coronel Bertroux.

Pero Bertroux se había largado, ¿no? En cualquier caso, ¿y si no lo hubiese hecho para adorar en silencio y a escondidas a la bella, como los otros, como él mismo? ¿También lo espiaría el gordo? Definitivamente, Salomé lo había atrapado.

Bertrand pasó días haciéndose muchas preguntas. Fue al museo a distintas horas, esperando encontrarse con el coronel. Tenía el mayor interés, por primera vez en su vida, en encontrarse con el viejo, hablar con él… Quería comprobar si también él había caído en el influjo, acaso pérfido, de la figura de cera.

Bertrand también podía preguntar al gordo del museo por el viejo, claro; preguntarle, por ejemplo, cuántas veces iba por allí a la semana, y si lo hacía siempre a la misma hora, pues le parecía que no… Pero desistió por el mero hecho de no tener que hablar con aquel sujeto, que cada vez más se le antojaba un tipo bastante sucio. Si su historia era realmente una invención, sería cosa de partirle la cara; pero si era verdad, le odiaría igualmente por habérsela contado. Y por haber abrazado a tan bella mujer, y por haber vivido con ella. No había remedio con el gordo. Si todo era verdad, la había poseído, lo que le hacía francamente detestable.

Se fue el poeta del museo de cera, sumido en una angustia profunda. Comenzaba a odiar aquel lugar, detestaba cada vez más a su dueño. Y la odiaba a ella por haberlo amado. ¿Cómo seguir perdiendo el tiempo allí, en aquella hedionda mazmorra, llevado por el amor que sentía hacia… una simple figura de cera? Era una estupidez, una locura. ¿Para qué seguir pasando entre toda aquella purrela de asesinos? ¿Sólo para encontrarse de frente ante una figura de cera que no le devolvía ni una sola palabra? ¿Hasta cuándo iba a seguir con semejante estupidez? Sí, pero es que el misterio de toda aquella historia, y de la sugestión que ejercía en él la figura de

Salomé, seguía suponiéndole un enigma. ¿Hasta cuándo?

IV

Subió los peldaños que conducían a su apartamento. Giró el llavín en la cerradura. Abrió la puerta de su casa y había luz. Grande fue su sorpresa al encontrarse allí con el coronel Bertroux.

El viejo estaba sentado con los codos apoyados en la mesa. Alzó la cara para mirar al poeta.

—Perdona mi intrusión, muchacho —se disculpó el coronel—. He utilizado un alambre para abrir la puerta y entrar. Sé que tenía que haberte esperado en la calle, pero preferí ocultarme.

Hablaba con voz tan grave y profunda, tenía una expresión tan seria, incluso dolorida, que Bertrand no se preocupó de que hubiese entrado en su casa furtivamente.

Quería preguntarle, sin embargo, por qué no había abandonado la ciudad, como dijo que lo haría. Quizá volvía del museo cuando él iba hacia allí… Pero el viejo levantó la mano para pedirle que tomara asiento. Sus oscuros ojos azules parecían cansados.

—Permite que te explique la razón de mi visita —comenzó a decir—. Pero, en primer lugar, veamos unas cuestiones previas… Quiero que me cuentes la verdad, mi querido muchacho. Toda la verdad. Todo depende de eso, de que me digas la verdad, como comprenderás pronto.

Bertrand asintió, impresionado por la seriedad con que se expresaba el visitante.

—Primero —siguió el coronel— quiero saber cuánto tiempo llevas acudiendo a ese museo de cera.

—Un mes, más o menos —respondió Bertrand—. No, bueno, mañana mismo hará un mes desde que fui por allí, casualmente, por primera vez.

—¿Y cómo fue que te dio por entrar en ese lugar? ¿Lo hiciste de veras inopinadamente?

Bertrand contó lo de la niebla y el aguanieve, lo de la luz que le hizo creer que aquello era una taberna en la que refugiarse. El coronel lo escuchaba con gran atención.

—Ese hombre, el dueño, ¿te habló el primer día, te contó algo de todo eso? —preguntó el coronel.

—No.

El viejo le miraba confundido.

Pensó en la posibilidad de la hipnosis, en una fuerza oscura y latente que hubiera en aquella figura de cera… Nunca se había tomado en serio la demonología, pero…

Se mostraba realmente turbado. Levantó los ojos y se encontró de nuevo con los

de Bertrand.

—¿Fue… ella quien te hizo volver allí? —le preguntó ahora con una voz muy suave, pronunciando muy despacio aquellas palabras.

Esa manera de hablarle fue lo que llevó a Bertrand a contar toda la verdad, y lo hizo francamente, sin utilizar subterfugios ni palabras enrevesadas, sin acudir a lo poético. Nada que hubiera podido alterar el significado de aquella historia realmente extraña que refería. Cuando acabó, el viejo seguía mirándole intensamente. Luego bajó la mirada al suelo y así estuvo, en completo silencio, durante un buen rato.

—He pensado mucho en todo esto, muchacho —dijo al fin—. Tu familia me hizo venir a verte precisamente porque les pareció que te ocurría algo extraño; o que algo, o alguien, te retenía aquí… Supuse que se trataría de una chica, pero nunca se me hubiera ocurrido pensar en una mujer… de cera. Pero cuando me llevaste a ese museo, y cuando vi cómo la contemplabas, lo comprendí todo. Y mucho más lo comprendí cuando yo mismo miré esa figura. Luego vino el dueño a contar esa historia… Eso me hizo pensar, si es que podía pensar, pues confieso que también me confundía la belleza de esa figura. Una belleza que duele, ciertamente.

»Después de que nos despidiéramos quise volver a verla. No tanto porque me preocupase por ti, como por mí… Sí, debo admitirlo. Temía por mí. Bertrand, muchacho, tú mismo has comprobado que esa figura de cera posee un poder temible, tú mismo has visto que te sometía. Y sabes que ejerce el mismo influjo sobre otros muchos hombres, si hemos de creer lo que dice el dueño del museo, y no veo razón alguna para no creerle. También a mí me hizo sentir su poder esa figura. Compréndeme… Temí por mis sentimientos. Soy un hombre mayor, hace mucho que no pienso en el amor ni en nada parecido… Y ver a esa bruja de pelo caoba me resultó muy impactante.

Bertrand se quedó mirando al coronel, que siguió hablando sin dejarse nada.

—Al día siguiente fui al museo por la mañana —siguió diciendo el coronel Bertroux— para comprobar si realmente veía lo mismo que tú. Después de una hora ante esa representación, o no sé si llamarla simulacro, me fui realmente alarmado. Cualquiera que sea el poder que atesora ese montón de cera, te aseguro que no es bueno… eso no puede ser sano, Bertrand.

»Actué por impulso. Recordé la historia de ese hombre, el dueño, ese tal Jacqueline… Y me fui a la hemeroteca para buscar datos. Bien, pues encontré todo lo referido a su caso. Jacqueline afirma que los hechos sucedieron hace años, pero nunca dice cuándo. Mi querido muchacho, ese caso quedó cerrado hace ya más de treinta años.

Bertrand miró asombrado a Bertroux.

—Todo es cierto —siguió diciendo el coronel—. La esposa del doctor Jacqueline cometió un crimen y fue juzgada y condenada por ello. Confesó además que había cometido otros cinco crímenes semejantes bajo distintas identidades. Los periodistas que cubrieron aquel proceso, sin embargo, hablaron de más cosas… De brujería, por

ejemplo. Dijeron que Madame Jacqueline era una bruja. Y que cometió tales carnicerías por hacer una especie de ofrenda. Al parecer era adepta al culto de la antigua Hécate; es más, según se cuenta en las crónicas, era una sacerdotisa de ese culto. En el proceso se demostró que aquella mujer de pelo caoba, casi pelirroja, era un auténtico monstruo. Asesinaba hombres para ofrendarlos a su deidad. Eso, lo de la ofrenda, no podía ser tomado en serio por el tribunal, pero sí el hecho evidente y confesado de sus crímenes.

»En esas informaciones con que me hice se hablaba de hechos, no de fantasías, te lo aseguro… Y he descubierto cosas de las que nada nos ha dicho ese tal Jacqueline… La hipótesis de la brujería no se aceptó, ni se acepta, formalmente, claro; pero eso fue justo lo que apartó al doctor Jacqueline de la Medicina. Quedó probado que, influido por su esposa, había sido, digamos…, tolerante con ciertas prácticas no exactamente médicas… El caso es que se le encontró culpable de robar órganos vitales de cadáveres, y trozos de piel y de carne, en la morgue. Ésa fue la razón fundamental de que tuviese que abandonar su carrera, y no otra, después de que su mujer fuese condenada y ejecutada.

»En lo que se refiere a que moldeó la figura con el cadáver de su esposa en la morgue, la verdad es que no se dice nada en esos viejos periódicos… Lo que sí se cuenta es que el cadáver desapareció, que fue robado… Jacqueline, por lo demás, abandonó París tras la ejecución, que se produjo siete años después de que fuera capturada la asesina… ¡Hace treinta y siete años de aquello!

La voz del coronel era áspera.

—Puedes imaginarte lo que me supuso descubrir todo esto… Busqué día tras día en los periódicos de aquel tiempo, tratando de seguir los pasos de ese hombre, de encontrar alguna pista. Nunca vi nada que aludiera al doctor Jacqueline, una vez guillotinaron a su esposa. Sólo algunas noticias breves sobre exhibiciones de figuras de cera, cosas así. Por ejemplo, hubo un museo de cera ambulante, que iba de un sitio a otro en un vagón, bautizado con el nombre de *Pallidi*, y que recorrió las provincias vascas en 1916. Cuando el circo se fue de allí encontraron dos cadáveres enterrados justo debajo de la gran tienda donde se hizo la exhibición de las figuras. Ambos estaban decapitados.

»La noticia que leí decía lo siguiente: *Fue llamado a declarar un tal George Balto, residente en Amberes, en relación con el cuerpo mutilado que fue encontrado una mañana en las cercanías de su museo de cera. Quedó libre de toda sospecha, sin embargo, aunque por las mismas fechas se produjo también el macabro hallazgo de otros dos cuerpos cerca del museo, sobre cuya identificación no se ponen de acuerdo las fuentes. En cuanto al dueño del museo, y aunque no se precisa su nombre, que varía según las distintas informaciones, los reporteros aluden a un hombre de pelo canoso*.

»¿Y eso qué significa?, me pregunté. Mi primer impulso fue acudir a la policía en busca de más datos sobre todo aquello, pero lo pensé mejor y supuse que el caso ya

había dejado de tener interés para las autoridades. No obstante, había conclusiones que extraer. Una, ¿por qué los hombres caemos en una especie de éxtasis ante esa figura de cera? Otra, ¿en qué radica su poder, su influjo desde luego pernicioso? Creo que he meditado mucho sobre ello, que he buscado una explicación coherente. Y al final me parece haberla hallado… Por un momento pensé que era el dueño quien hipnotizaba de alguna manera a sus visitantes masculinos y solitarios, utilizando la figura, para ello, como una especie de médium, de señuelo. Pero ¿para qué? ¿Con qué propósito? ¿Cuál sería el móvil? Y además, lo cierto es que ni tú ni yo caímos hipnotizados, fue otra cosa… No, lógicamente tenía que haber algo en sí, algo inherente a la figura; un poder más relacionado con la brujería, un poder más oculto y pérfido, capaz de arrebatar a cualquiera sin remisión… *Ella* es como una de esas lamias que aparecen en los cuentos infantiles. No se puede escapar de mujeres así.

»Pero no podía conformarme con esa especulación. Tras salir de la hemeroteca regresé al museo. Ya iba cayendo la tarde. Me hice el propósito de mantener una larga conversación con el dueño, quizá eso me ayudara a resolver el misterio, o al menos a atisbar su significado y consecuencias… Aunque creo que, en el fondo de mi corazón, lo sé todo. Bien, entré en el museo y fui directamente a verme cara a cara con la figura. De nuevo experimenté esa fascinación que ejerce sobre mí la diabólica belleza de… *ella*. Y me pareció que, por mucho que intentara leer su secreto en la cara, era ella quien leía el mío, por así decirlo. Supe que se daba cuenta de cuáles eran mis emociones, mis sensaciones y mis intenciones. Y que, con toda la frialdad de su mente de cera, quería poner todas esas sensaciones mías a su servicio, rendirme a sus pies.

»Por suerte logré irme al instante. No conseguí hablar con el dueño, ni siquiera había salido a cobrarme la entrada. Aquella noche, ya en mi hotel, trataba de razonar, de poner en claro mis ideas y mis sensaciones, pero sentía la necesidad acuciante de volver a verla. Llegó un momento en que tal fue la única idea que tenía en la cabeza. Antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba de nuevo en la calle, caminando aprisa hacia el museo. Todo estaba muy oscuro… Sentí miedo, no sé por qué, y volví al hotel. Sí, tenía una sensación muy extraña y, antes de dormirme, me aseguré de que la puerta de mi habitación quedaba bien cerrada.

El coronel se quedó mirando a Bertrand, que lo escuchaba muy atento y muy pálido, y tras una pausa continuó hablando.

—Tú, como yo, has caído. Pero creo que he conseguido desembarazarme de ella… El recuerdo de sus crímenes me angustia. Esta mañana, por ejemplo, venía a verte. Pero el recuerdo de ella, súbitamente, encaminó mis pasos hacia el museo. Eso es un encantamiento evidente. Es lo mismo que les ocurre a otros muchos hombres. Es lo que les lleva a adorarla, como lo has hecho tú mismo, casi incondicionalmente, por mucho que también, como yo, intentaras resistirte. Pero ten por seguro que, si te quieres resistir, mayores serán sus afanes por atraparte… Bien, iba ya a medio camino cuando me avergoncé de mí mismo y volví sobre mis pasos… Me dije que no

volvería a verla antes de hablar de nuevo contigo… He querido contarte todo esto, darte cuenta del fruto de mis investigaciones, por ver si juntos podemos hacer algo.

—¿Qué se propone hacer? —preguntó Bertrand, que había escuchado en ascuas, con un interés increíble, la historia de ese a quien tenía por un viejo estúpido.

Ahora comenzaba a ver claramente que su amada era un ser diabólico, una mala bruja. Y que lo era precisamente en tanto más la amaba él. Supo ahora que tenía que resistirse, luchar contra los cantos de sirena de la figura de cera, por mucho que su corazón lo empujara a verla, a adorarla. El coronel, ahora estaba seguro, compartía sus sentimientos.

—Mañana mismo iremos juntos al museo —dijo el coronel—, pues juntos haremos más fuerza, podremos apoyarnos el uno al otro cuando uno de los dos decaiga bajo el influjo de ese poder maligno de la figura de cera. También trataremos de hablar con Jacqueline; hemos de exponerle francamente nuestros temores y escuchar con no menor atención todo lo que pueda decirnos. Y si se niega a hablar, iremos a la policía… Estoy convencido de que hay algo totalmente antinatural en todo esto… Crímenes, hipnotismo, magia… O acaso todo sea producto de la imaginación, quién sabe… Pero hay que acabar con esta incertidumbre nuestra, con esta malsana pulsión que ambos experimentamos. Hay que llegar al fondo del asunto, nos cueste lo que nos cueste. Temo por ti y temo por mí. Esa maldita figura me ha trastornado; siempre tira de mí, siempre me lleva a ella. Por eso hemos de aclararlo todo antes de que sea muy tarde.

—Sí —dijo Bertrand muy convencido.

—Bien, vendré a buscarte a primera hora de la tarde. ¿Estarás listo para entonces?

Bertrand asintió en silencio y el coronel se fue.

V

El poeta siguió trabajando en sus versos aquella noche. Primero, para tratar de olvidarse de toda aquella historia que le había referido el coronel Bertroux y, en segundo lugar, porque suponía que le iba a resultar imposible encontrar la paz hasta que concluyera su largo poema. En el fondo de su mente, sin embargo, no había más que confusión y, sobre todo, la sospecha de que mejor haría trabajando rápido, denodadamente, incluso de manera precipitada o descuidada.

Lo hizo hasta sentirse exhausto. Y dio gracias a ese cansancio, pues suponía que así dormiría mejor, sin tener malos sueños. Quería sentirse liberado al menos por unas horas de aquella roja cabellera que lo encantaba incluso de noche. Quería olvidar las ataduras a que lo sometía aquella mujer de cera.

Durmió profundamente hasta que el sol penetró por las ventanas de su apartamento, un ático. Cuando se levantó, sin embargo, el sol volvió a ocultarse parcialmente tras las nubes, y en la calle volvía a extenderse lentamente la neblina,

que era amarillenta y se hacía por momentos más densa.

Miró la hora y se dio cuenta de que eran más de las tres de la tarde.

¿Qué era del coronel? Bertrand tuvo por seguro que, de haber acudido el coronel antes, lo habría despertado. Pero no, el coronel no había ido a su casa. Eso únicamente podía suponer una cosa, que había caído de nuevo en la trampa de la figura de cera. Bertrand se levantó raudo; poco después se dirigía a la puerta. Nervioso, guardó el manuscrito de su poema en el bolsillo de su abrigo y comenzó a bajar la escalera dispuesto a introducirse en la niebla que cada vez iba tomando las calles de manera más cierta.

Era como aquel primer día en que descubrió el museo hacía un mes. Y, en efecto, de nuevo se dirigía hacia allí para someterse al tormento inevitable de la figura de cera.

Parecía haberse olvidado ya de aquello por lo que en un principio había salido a la calle, que no era sino encontrarse con el coronel. Pero no podía pensar más que en *ella*, mientras iba entre la neblina ahora gris, para entrar en aquella sala gris y encontrarse con el tipo gordo y gris… Y para verse ante la gloria escarlata del cabello de la figura de cera.

Vio el museo entre la neblina. Entró. Estaba desierto, el dueño no aparecía por ninguna parte. Una extraña premonición, indescifrable, se apoderó del corazón de Bertrand, pero aquello no pudo, en cualquier caso, con el ansia, con la pulsión que lo llevaba ante Salomé.

El ambiente era muy denso, estaba cargado de algo que parecía furia, como si de un momento a otro fuese a cristalizar un terror cósmico. Los criminales de cera aparecían como siempre mientras recorría la sala. Ni rastro del coronel Bertroux.

Sólo en la oscuridad de la sala, se dirigió lentamente hacia Salomé. Nunca había aparecido ante sus ojos tan radiante como aquel día. En la media luz parecía mecerse, ondularse, mirarlo con una invitación que ardía en el brillo de sus ojos, con sus labios hambrientos. Era una invocación a olvidadas rapsodias.

Bertrand, como siempre, quedó cautivado ante aquel rostro sin edad, ante aquel rostro diabólico. Algo en ella, acaso una sonrisa, le hizo bajar los ojos al suelo, súbitamente tímido; y luego, al levantar la vista de nuevo, reparó en la bandeja de plata en la que tenía la cabeza del Bautista… Tuvo que fijarse bien. Y cuando lo hizo, sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Era la cabeza del coronel Bertroux.

VI

Quedó sorprendido. ¡Aquello sí que era arte de inspiración realista!, se dijo. Primero, un mes atrás, una cabeza para el Bautista; luego, hacía apenas una semana, otra; y ahora, una representación perfecta de la cabeza del coronel, un hombre que, a

despecho de su edad, siempre volvía a admirarla, como los jóvenes… Sí, todos ellos acudían a adorarla… Los periódicos de un montón de años atrás hablaron de varias decapitaciones. Una bella asesina refugiada en un museo de cera. Una perfecta representación, sí, de los amantes sometidos a la hechicera.

¿Cuántas veces y con qué frecuencia pondrían una nueva cabeza representando al Bautista?

Sin darse cuenta llegó hasta él, por su espalda, el gordo de cabellos canos. Le ardían los ojos. En una mano llevaba un bisturí. Sonrió a Salomé y se puso a susurrar al oído del joven poeta.

—¿Y por qué no? —decía—. Él ama a Salomé *y yo* la amo… Ella no es una mujer común, una mortal… Fue una verdadera bruja. Asesinó mientras estuvo viva. Amaba la sangre de los hombres y amaba que la mirasen fijamente, adorándola, subyugados por su belleza. Era como su propia diosa, Hécate. Pero fueron hombres quienes la guillotinaron. Por eso… robé su cuerpo para modelarla en cera. Tenía que seguir siendo ella. Yo me convertí entonces en sacerdote de su gracia; vinieron los hombres a adorarla y a desearla. Yo les reservé un regalo, el mismo que quiero hacerte, muchacho… Precisamente porque la amaban hice lo que a buen seguro más desearon todos ellos. Quise darles la oportunidad de que su cabeza descansara entre sus manos, en su exquisita bandeja. Sí, sus manos son de cera, por supuesto, pero su espíritu es el de una hechicera. Todos los que la adoraron supieron captarlo. Por eso la amaron, por eso la adoraron… Nadie hubiera amado y adorado a una mera figura de cera. Su espíritu, amigo mío, me habla todas las noches para pedirme nuevos amantes. Hemos viajado juntos durante muchos años, ella y yo, y al final decidimos regresar a París en busca de nuevos amadores… Quienes la aman tienen que reposar por fuerza en sus manos. Quienes la aman tienen que derramar su sangre por ella. Sólo así podrán seguir contemplándola siempre y recibiendo su mirada luminosa. Y cuando se cansa de un amante, le ofrezco otro.

»Tu amigo el coronel vino esta mañana y, cuando le dije lo que te acabo de decir, consintió. Como todos… Tú también consentirás, lo sé… Piénsalo; tu cabeza en sus blancas manos… ¿Se te ocurre otro placer semejante? Poder mirarla mucho tiempo, acaso por toda una eternidad, y que ella te mire… ¿Puede ocurrirte algo más hermoso que morir bajo su mirada? Aceptas el sacrificio, ¿verdad? Descuida, nadie sabrá lo que va a suceder aquí. Nadie sospechará. ¿Quieres hacer el papel de San Juan Bautista? Sí, sé que quieres que te ayude a preparar tu papel… Quieres que te ayude…

Hipnosis. Hipnosis, finalmente. Bertrand trató de irse cuando se dio cuenta de lo que pretendía el gordo, pero le pesaban demasiado los ojos.

Y sintió el filo frío del bisturí en su cuello. Y que lo hería… Oyó voces que parecían salir de la niebla mientras levantaba los ojos ahora para ver a Salomé. Era una hechicera, peor que Medusa… Pero… ¡Vivir en sus manos y poder adorarla por siempre! Como lo hicieron tantos otros… ¿no sería una muerte digna de un poeta?

Un segundo más y su cabeza reposaría en la bandeja de plata, en sus manos, y podría verla bien de cerca, incluso cuando se hiciera la oscuridad completa en el museo. Si no podría poseerla jamás como se posee a una mujer, ¿para qué seguir viviendo? ¿Por qué no morir y tenerla cerca y radiante para siempre? Era muy fácil. Su esposo sabía que ella ansiaba a un joven poeta como él.

Pero de súbito Bertrand alzó la mano, cuando el bisturí del gordo comenzaba a lacerarle la piel. Lanzó un grito de horror que lo despertó por completo, y golpeó el brazo de Jacqueline. El bisturí cayó al suelo. Ellos comenzaron a luchar cuerpo a cuerpo.

Algo en el interior de Bertrand se había rebelado con furia. Algo que le hizo resurgir. Algo que lo llamaba a seguir viviendo. Quizá fue su propia juventud, acaso que se trataba de un hombre joven y vital, con el alma llena de esperanza. Cayeron al suelo. Los dedos como tenazas de Bertrand cayeron sobre la cabeza del gordo para golpeársela contra el suelo. Lo golpeó con furia indecible, rojo de ira. Lo golpeó muchas veces hasta que se percató de que no había ya resistencia en aquella cabeza. Soltó la cabeza del maniaco, que estaba muerto.

Bertrand se levantó lentamente y fue a enfrentarse a la diosa impávida. Su sonrisa seguía siendo arrebatadora. Bertrand clavó sus ojos en los de aquella belleza infernal y su alma se estremeció una vez más. Entonces se armó de valor, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y extrajo el manuscrito del poema. Su poema a Salomé.

Sacó luego una caja de fósforos.

Prendió las hojas del manuscrito con un fósforo. Aguardó un instante y, cuando la llama hubo crecido, la acercó a la cabellera caoba rojiza de la figura de cera. El fuego prendió en ella rápidamente. Salomé no dejaba de mirarlo. Lo hacía de una forma que a Bertrand le resultaba incomprensible, aunque a la vez seguía siendo la manera de mirar que lo había hechizado, como a tantos otros que acabaron siendo sacrificados para ella.

Un impulso pudo más que él. Tomó en sus brazos a Salomé, que ya ardía entera, y la contempló de cerca un instante. Luego, antes de quemarse, la volvió a dejar donde estaba. Se quemaba muy rápido.

Las brujas deben morir en la hoguera…

Sus facciones, su silueta, comenzaron a cambiar bajo el imperio de las llamas. Como les sucedía a las brujas. Acabó convertida en una masa informe de la que se desprendían llamas que casi alcanzaban el techo de la sala. Su cara, así vista, parecía la de una gárgola que hubiese descubierto qué es el horror. Sus ojos de cristal brillaban como lágrimas azules. Todo su cuerpo parecía sometido a una agonía aún mayor que la de los miembros de cera ardiendo. Era como un ser real. Real y torturado. Bertrand supo que no era aquello la agonía de la cera. Sí, el fuego torturaba a Salomé, la quemaba. Pero el fuego purifica.

Finalmente acabó todo. Bertrand se quedó mirando al gordo, que yacía muerto en el suelo, mientras el fuego se reflejaba en la niebla al atravesar su resplandor el cristal

de las ventanas. El fuego no tardaría en extenderse por todo el museo, acabando con aquella pesadilla para siempre. Para acabar con aquel horror que había subyugado a muchos hombres hasta llevarlos a la muerte. Tenía que darse prisa en salir de allí.

Pero entonces volvió a mirar al cadáver del gordo, aquel hombre infame que había modelado la bella figura de cera con el cuerpo de una bruja guillotinada, su esposa. Eso, al menos, había dicho él mismo. Pero Bertrand vio algo más. Supo cuál era el poder de aquella maléfica figura de cera que representó a Salomé. Siempre hay miasmas diabólicos alrededor de una bruja, aunque haya sido quemada en la hoguera. Vio Bertrand que, bajo la masa de cera que había sido la encarnadura de la hechicera, había un esqueleto humano que la sostuvo. Un esqueleto de mujer que brillaba aún marfileño a medida que se le desprendían los pegotes de cera ardiendo.

FESTÍN EN LA ABADÍA

(The Feast in the Abbey)[44]

I

Un gran trueno que se dejó sentir por el este fue el heraldo, al mismo tiempo, de la tormenta y de la noche, y acto seguido el cielo se tornó maléficamente oscuro. Cayó la lluvia acompañada de un viento furibundo, y el sendero a través del bosque, por el que iba yo, se convirtió en un camino lleno de trampas a causa del barro, en el que a cada poco corría el peligro de quedar atrapado con mi montura. Un viaje en esas condiciones no puede acabar bien, razón por la que me sentí aliviado cuando a través de las ramas de los árboles, que la tormenta sacudía brutalmente, divisé el resplandor de unas luces que se me antojaron hospitalarias, las cuales se filtraban a través de la manta de agua que caía.

Cinco minutos después había llegado ante las puertas macizas de un edificio vetusto y venerable, de piedra gris y musgosa, que por su tamaño y apariencia claustral supuse era un monasterio. Pero cuando lo observé con mayor detenimiento, pude comprobar que era un edificio de primera importancia, puesto que advertí en sus aledaños las ruinas de otros más pequeños.

La violencia de los elementos era tal que no pude inspeccionar por más tiempo todo aquello, y me sentí muy complacido cuando en respuesta a mi insistente llamada se abrieron las macizas puertas de roble y me encontré cara a cara con un hombre con capucha que me invitó a entrar con gran amabilidad. Crucé el portalón, completamente empapado por la lluvia, y me vi en un vestíbulo muy bien iluminado y amplio.

Mi benefactor era un hombre bajo y rechoncho que se cubría con una gran capa, y por su cara rozagante y beatífica me pareció que podría ser un anfitrión de lo más agradable y cortés. Se me presentó como el abad Henricus, prior de aquella congregación de monjes en cuya sede me encontraba, y me pidió que aceptara la hospitalidad de los hermanos hasta que amainase la lluvia.

Le comuniqué cuáles eran mi nombre y mi condición, diciéndole que viajaba para reunirme en Vironne con mi hermano, más allá del bosque, añadiendo que la tormenta me impedía seguir adelante.

Acabadas las presentaciones, me condujo desde la antecámara revestida de madera hasta una amplia escalera de piedra hecha en el muro. Allí, llamó a alguien con tono enérgico y en una lengua que me era por completo desconocida, y al instante aparecieron ante mí dos moros que parecían haberse materializado de la nada, pues llegaron tan presta como silenciosamente. Sus rostros parecían labrados en ébano; tenían el cabello fuerte y abundante, y unos ojos muy vivaces, y vestían de

manera exótica, con amplios calzones de terciopelo escarlata y chalecos bordados con hilo de oro, de tipo oriental. Su presencia me sorprendió especialmente, pues me pareció por completo inapropiada en un monasterio cristiano.

El abate Henricus se dirigía a ellos en fluido latín, encargando a uno que saliera para atender a mi caballo, y al otro que me guiase hasta un gabinete del piso superior, donde, según me dijo, podría cambiar mis ropas empapadas por otras secas, a la espera de la hora de la cena.

Di las gracias a mi cortés anfitrión y seguí al silencioso autómata negro que me conducía por la gran escalera de piedra. La antorcha que portaba aquel gigantesco servidor dibujaba arabescos de sombras en las paredes de piedra desnuda y laminada por el tiempo. Aquella edificación tenía que ser forzosamente muy antigua; las paredes macizas que daban al exterior tuvieron que haber sido levantadas mucho tiempo atrás, ya que las otras construcciones, que a buen seguro fueron hechas en la misma época, estaban prácticamente convertidas en ruinas.

Una vez hubimos subido a la planta superior, el sirviente me guió a través de un salón con el piso de mosaico, cubierto por una alfombra magnífica; era un salón de techos altos y con las paredes recubiertas de negros cortinones. Tanto refinamiento, aquella verdadera acumulación de terciopelo, me pareció extraño en un lugar como aquél, destinado sin duda al recogimiento y a la meditación.

No me había repuesto de la sorpresa causada por aquella imponente decoración, cuando me vi en el gabinete que me destinaban, no menos impresionante y lujoso. Era tan grande como el estudio de mi padre en Nimes; sus paredes estaban tapizadas de terciopelo español de color marrón y la decoración era tan exquisita que por ello resaltaba como un detalle inapropiado, incluso de mal gusto, corresponder precisamente a un lugar destinado al recogimiento y la devoción. La alcoba tenía una cama que podría haber pertenecido sin desdoro alguno al mobiliario del palacio de un rey, como el resto de los muebles y otros objetos, realmente sobresalientes por su valor. El criado negro encendió una docena de cirios sostenidos por candelabros de plata distribuidos por toda la habitación. Después me hizo una reverencia y salió.

Eché un vistazo a la cama, y vi, extendida sobre ella, la ropa que el abate había destinado para que me cambiase y bajara a cenar. Era un traje de terciopelo negro, con calzas de raso y medias haciendo juego, y una casaca igualmente negra. En cuanto me vi así vestido, comprobé que me sentaba de maravilla, aunque a la vez todo aquello me daba un aspecto un tanto sombrío.

Pasé un buen rato inspeccionando la alcoba minuciosamente. Me maravillé sobre todo del refinamiento, sensualidad y ostentación que se desprendía de todo cuanto allí había, y mucho más cuando observé que la alcoba carecía por completo de imágenes o de símbolos religiosos. Ni un solo crucifijo se veía por allí. Tenía que tratarse, por fuerza, de una orden rica y a buen seguro poderosa, acaso como las de Malta y Chipre, cuyo libertinaje y extravagancia constituyen todo un gran escándalo.

Sumido en aquellos pensamientos, me sacó de mi abstracción el armónico canto

de un coro que ascendía desde la planta baja. Su cadencia sonora se elevaba y derramaba por toda la planta superior, como si llegase desde una distancia imposible de calcular. Era un cántico sutil e inquietante, o me lo parecía porque no podía entender lo que cantaban, y porque su poderosa cadencia me embargaba. Me causaba un efecto extraño, como si se tratase de un canto maléfico, no obstante su hermosura; como si fuese una auténtica insidia. Se interrumpió abruptamente y respiré hondo y me sentí aliviado, bien que inconscientemente. Pero ya no me abandonó la sensación de incomodidad que me había causado aquella especie de himno, totalmente desconocido por mí, que subió desde la planta baja.

II

Jamás había comido algo tan extraño como lo que me sirvieron en el monasterio del abad Henricus. El salón donde se celebró el banquete era todo un monumento a la ostentación, y acaso a la decoración recargada. El salón era inmenso, como todas las dependencias de aquella edificación, y tenía el techo abovedado. En las paredes podía contemplarse una sucesión apabullante de tapices en púrpura e hilo de oro, que tenían escudos y blasones nobiliarios bordados, pero cuyo significado me resultaba completamente desconocido. La mesa en la que estábamos ocupaba prácticamente la longitud completa de la estancia, con uno de sus extremos junto a la puerta de dobles batientes por la que yo acababa de entrar, y el otro junto a un balcón, bajo el cual se hallaba la entrada del servicio. Sentados alrededor de la gran mesa de celebración había dos grupos de monjes, vestidos con hábito y capucha negra, ocupados en asaltar literalmente la múltiple variedad de platos que cubría la mesa. Apenas dejaron de masticar siquiera para saludar al abad cuando hizo su entrada, acompañándome, pidiéndome luego que me sentara a su diestra, en la cabecera de la mesa. Realmente devoraban como fieras las exquisitas viandas servidas. El abad mismo, apenas me hubo pedido que tomara asiento a su vera, se abalanzó sobre la comida con la avidez de un lobo, sin bendecir siquiera los alimentos. Aquello no pudo por menos que causarme gran asombro. Eran como una horda de facinerosos hambrientos; habían dejado toda distinción y elegancia al sentarse a la mesa. Naturalmente, el ambiente se llenó del sonido de las brutales masticaciones que hacían. No utilizaban cubiertos. Tomaban las viandas directamente de las fuentes, con sus manos, y arrojaban los restos al suelo, ajenos a toda suerte de elemental urbanidad. Aquello me hizo sentir extraño y confuso, pero por pura cortesía, pues eran mis anfitriones, me repuse de inmediato y me abalancé sobre los alimentos como ellos lo hacían.

Media docena de sirvientes negros iban constantemente de un lado a otro de la mesa, atendiendo a los comensales, llenando sus platos o retirando las fuentes vacías para reemplazarlas de inmediato por otras repletas de más y aún más exóticos manjares. Mis ojos se clavaban asombrados en la magnífica decoración de los platos

servidos en fuentes de oro. Eso a despecho de que los comensales se comportaran en la mesa como animales. Aquellos monjes encapuchados comían como auténticos bárbaros. Se metían en la boca, hasta casi atragantarse, toda clase de frutas, desde grandes cerezas lustrosas hasta dulcísimos melones, granadas y uvas, además de melocotones enormes y llamativos albaricoques, por no hablar de los deliciosos higos y de los no menos apetecibles dátiles… Había también grandes quesos, muy aromáticos, curados y aceitosos; y sopas tentadoras; y nueces, diversas hortalizas, grandes y humeantes fuentes de pescado… Y todo, por supuesto, acompañado con cerveza y licores tan fuertes y poderosos como el néctar de nepente.

Mientras comíamos, recibimos el regalo de la música, tocada por laúdes dulcísimos que no se veían, música que después de un crescendo culminó en sones triunfantes justo en el preciso instante en que seis de los sirvientes hicieron su entrada en el salón, en perfecta y muy ordenada fila, marchando y cargando solemnemente una enorme bandeja de sólido oro macizo en la que se veía un único pernil, pero inmenso, de carne humeante y apetecible, que desprendía el aroma de las sabrosas especias con que estaba condimentado. Avanzaron en profundo silencio y dejaron su carga en el centro de la mesa, retirando los grandes candelabros y los pequeños platos. Después, el abad se puso de pie, cuchillo en mano, y atacó la carne, al mismo tiempo que recitaba en voz alta una invocación, muy solemne en apariencia, en una lengua para mí completamente desconocida. Aquellas rebanadas de carne fueron servidas en platos de plata muy pura. Aquello, era evidente, concitaba toda la atención de los congregados y, sólo por el debido respeto, no pregunté al abad acerca del significado de tan extraño proceder, como lo era el que contemplaban mis ojos. Comí un poco de aquella carne, pues, y guardé silencio.

No podía por menos que resultarme chocante en una comunidad religiosa, no ya aquel lujo y boato, sino tanto libertinaje como lo acompañaba. Mi curiosidad se acrecentó al verlos trasegar sin mesura aquellos vinos fortísimos que había en la mesa, que tomaban en copas, cántaros, vasos, ánforas de cristal y recipientes de distintos metales tallados, con incrustaciones de piedras preciosas. Había vinos de todas las edades y tipos; pociones fragantes y licores suaves que me produjeron al cabo un extraño efecto.

Aquel pernil servido como último plato era una carne sabrosa y dulzona que hube de acompañar con largos tragos de vino. La música había cesado para entonces y el resplandor de las velas disminuyó paulatina e imperceptiblemente para dar paso a una iluminación más suave y difusa. La tormenta seguía rugiendo en el exterior, sacudiendo las ventanas. El licor había puesto fuego en mis venas, y por mi cabeza confundida comenzó a correr un torrente de fantasías extrañas.

Pero lo que me llevó a la mayor estupefacción fue comprobar que, finalmente, la voracidad de los comensales se había saciado, y que bajo los efectos del vino rompieron el riguroso silencio que habían observado durante la cena, comenzando a cantar súbitamente, pero a coro, una extraña canción. Su excitación se acrecentaba

por momentos, sobre todo cuando, al concluir aquel canto, empezaron a relatar historias lascivas entre grandes risotadas y gestos obscenos. La risa desfiguraba sus rostros bien afeitados y sus vientres hinchados se agitaban frenéticamente. Varios de ellos cayeron y rodaron bajo la mesa, de donde los sacaban solícitos los sirvientes negros. Imaginé cuán diferente hubiera sido mi cena de haber podido llegar aquella noche a Vironne, para sentarme a la mesa en compañía de mi hermano y el buen cura del lugar. No habría habido allí nada de ese desenfreno ruidoso e infernal, y me pregunté si mi hermano sabría algo de tan extraña orden monástica que habitaba a muy poca distancia de su castillo.

Abandoné aquellos pensamientos y me centré de nuevo en la reunión tan curiosa a la que asistía. Tras los cuentos obscenos y las canciones, se entretenían ahora en cosas más tranquilas, a medida que iba agostándose la luz de las velas alrededor de la mesa del banquete. Las conversaciones versaron entonces sobre cosas vagamente alarmantes, y las caras de aquellos encapuchados adoptaron un aire francamente siniestro, acrecentado por la penumbra. Me llamó fuertemente la atención la extraordinaria palidez que mostraban todos aquellos rostros, que tenían un apagado brillo cadavérico bajo la luz mortecina, como si fueran caricaturas de la muerte. Me dio la sensación de que la atmósfera del lugar también había cambiado; invisibles manos habían quitado las tapicerías de las paredes y las sombras que invadían la estancia, junto a siluetas de aspecto aterrador, desfilaban silenciosamente bajo las arcadas de la bóveda. La mesa del festín apareció de repente vacía; el mantel había quedado completamente empapado de vino y las viandas a medio masticar estaban desparramadas sobre la mesa. Los huesos roídos evocaban en las fuentes restos de cadáveres.

La conversación que siguió acabó con la serenidad que había mantenido hasta entonces. Estaba muy lejos de ser la piadosa llamada que podría haberse esperado de semejante compañía. Versó acerca de los fantasmas y los hechizos, de viejas historias ya conocidas, pero que en sus voces cobraban un horror mayor. Y leyendas apenas dichas en un susurro. Cosas, en fin, que aludían a la fuerza de ocultas potencias innombrables. Cosas que brotaban con un tono sepulcral de los labios teñidos de vino de aquellos hombres.

Se me espantó el sueño que había comenzado a sentir por un momento. Pero me sentía muy nervioso y experimentaba la mayor aprensión de mi vida. Era casi como si *hubiera sabido* lo que estaba pasando. Al fin, con una extraña sonrisa, tomó el abad la palabra para contar una historia. Cesaron entonces los susurros de los monjes, que se dispusieron a escuchar atentamente.

En ese mismo momento hizo su entrada en el salón uno de los sirvientes negros, y depositó frente al abad una pequeña bandeja cubierta. El abad la observó un momento antes de seguir con sus advertencias preliminares.

Había sido una suerte (comenzó a decir, dirigiéndose a mí) que yo pasara la noche allí, porque en aquellos bosques de los alrededores no habían sido pocos los viajeros

que perdieron la vida. Se sabía de la existencia en la región, siguió diciendo, del legendario Monasterio del Diablo (aquí hizo una pausa y aclaró su voz, antes de proseguir), lo que constituía un peligro terrible.

Según las tradiciones de aquellas comarcas, tan curioso lugar habría sido en tiempos una abadía abandonada, levantada en tiempos en el corazón del bosque, y en la que habitaba una extraña legión de endemoniados dedicados al culto de Asmodeo. Frecuentemente, las viejas ruinas, a la hora del atardecer, tomaban nuevamente la apariencia de la época de su esplendor antiguo, y las paredes se levantaban de nuevo merced a las artes de Satanás para atraer a los viajeros que acertaron a pasar por allí. Había sido verdaderamente una suerte que mi hermano no me hubiera visto en el bosque en una noche semejante, porque se habría precipitado al lugar maldito, y al entrar habría sido hechizado; más aún, según las crónicas antiguas, se habrían apoderado de él y en señal de triunfo los fantasmales acólitos hubieran devorado su cuerpo, con el objeto de preservar sus vidas contra natura, mediante la ingestión de carne de muerto.

El relato fue acompañado por un incesante murmullo de terror, como si se tratara de hacer llegar un mensaje a mis sentidos trastornados. Y así fue. Cuando vi todas las miradas dirigidas hacia mí, me di cuenta del sentido de aquellas palabras de burla, de la farsa fantasmal que se ocultaba detrás de la afable sonrisa del abad.

El Monasterio del Diablo… Los cantos subterráneos de los ritos de Lucifer… La magnificencia blasfema y ni una cruz… Una abadía abandonada en la profundidad del bosque… Todas esas caras bestiales que me miraban…

Después sucedieron tres cosas simultáneas. El abad levantó lentamente el paño que cubría la pequeña bandeja que tenía frente a él. «Vamos con el último plato del banquete», me pareció oírle decir.

Yo di un grito de terror. Por último se sintió un espantoso trueno que nos precipitó a mí, a los monjes que reían a carcajadas, al abad, a la bandeja y al monasterio entero en un caos.

Cuando desperté, me hallaba calado hasta los huesos, junto al sendero en ruinas, vestido con ropa negra, mojada. Mi caballo estaba por las cercanías, pero no había la menor señal del monasterio.

Medio día más tarde, llegué a Vironne, casi delirando, y cuando llegué a la casa de mi hermano solté una maldición. Pero mi delirio se convirtió en verdadera enajenación cuando me dijeron dónde había ido mi hermano, y el probable destino que había sufrido.

Nunca podré olvidar ese lugar, ni los coros, ni el espantoso banquete, pero ruego a Dios que me haga olvidar una sola cosa antes de morir: lo que vi antes de que sobreviniera el trueno, lo que me hizo enloquecer y que me atormenta más a la luz de lo que después vi en Vironne. Ahora sé que todo eso es cierto, y puedo aguantarlo, pero nunca podré soportar el recuerdo de lo que vi cuando el abad Henricus retiró la tela de la bandeja de plata, que me reveló en qué había consistido la comida.

Era la cabeza de mi hermano.

ESCLAVO DE LAS LLAMAS

(Slave of the Flames)[45]

Siempre, desde pequeño, le había encantado contemplar las llamas. Y en el pajar de la granja donde pasó la noche, antes de seguir su camino hacia la ciudad, había montones de heno seco. El fuego le hizo sentirse extraño allí, sin embargo, y salió para contemplarlo mejor. Era muy bonito ver cómo se quemaban las cosas.

Nadie sabría que ya no estaba allí cuando comenzó a arder todo. En Henslow, un lugar tan severo, le habían golpeado una vez, por algo parecido, diciéndole que estaba chalado. La gente no comprende nada. No sabían ver lo que realmente hacía. ¿Por qué pegarle fuego a algo no podía ser tan hermoso como pintar un cuadro o hacer música? El fuego resultaba igual de hermoso.

Pero ellos no se enteraban de nada. Por eso se fue corriendo de allí, nadie hubiera atendido a sus explicaciones. Antes de pegar fuego al pajar, había golpeado al granjero con un palo en la cabeza, mientras dormía, precisamente porque era incapaz de comprender algo. Se había marchado algo mohíno por eso. Pero le compensó ver el pajar en llamas. Era un espectáculo precioso en mitad de la noche. Era bonito ver cómo arden las cosas. Y no sólo las cosas, también la gente.

Pensaba en todo eso mientras se dirigía a la ciudad. Si el granjero conseguía despertarse a tiempo y ver aquello, ¿qué pensaría?

¿Se pondría rojo por el reflejo de las llamas, como en esas ilustraciones de la Biblia en las que se representa el infierno?

Bien, pues allí tenía una buena representación del infierno. Y en la ciudad aún sería mucho mejor, los incendios pueden ser más grandes. Esos edificios tan altos… Aquélla era la ciudad más grande que jamás había tenido ocasión de conocer, le dijeron en casa cuando se dispuso a marchar.

Llevaba días caminando, de día y de noche, y siguió haciéndolo al día siguiente, sin comer ni dormir. No tenía un objetivo, un lugar al que dirigirse. Sólo caminaba, sin descanso. Y miraba a la gente, y contemplaba los edificios en busca de uno que le gustara especialmente.

Sería lo más grande que se haya hecho en el mundo, el mayor espectáculo del mundo, y lo iba a protagonizar él. Podría reírse a gusto, a salvo, claro, sin que nadie lo viera. Todos aquellos carruajes y coches de caballos dirigiéndose hacia allí, otros coches huyendo del lugar… Como ahora, que también iban y venían los coches y los carruajes por las calles, incesantemente, mientras ya de noche los edificios se le antojaban preciosos con las luces en sus ventanas.

Justo cuando más oscurecía, más luz había en las casas… Se detuvo frente a una de las caballerizas de la ciudad, en plena calle. Era ya cerca de la medianoche y no

había nadie en los alrededores. Todo en silencio. Ya se habían apagado las luces en las ventanas. Un millón de personas dormidas.

Dio una vuelta alrededor de la caballeriza. La rodeaba una cerca de madera, seca, crujiente. Las cosas se le ponían bien.

Metió la mano en el bolsillo. De hecho llevaba las manos en los bolsillos desde hacía más o menos una hora. Bastaría con aquello. La cerca de madera que rodeaba el establo, aquella caballeriza de una de las calles de la ciudad, estaba muy seca.

No tuvo más que prender un fósforo.

Y ardió Chicago.

El incendio arrasó cuatro manzanas. Las brigadas de bomberos hubieron de emplearse con denuedo aquella noche del 17 de octubre. Fue una situación muy tensa, peligrosa. La gente asistía sobrecogida al incendio, fijos sus ojos en las llamas ominosas que devoraban aquellas construcciones, paralizados todos por la fascinante sensación de peligro que se desprendía del espectáculo. Nadie podía concebir de qué manera había empezado aquello. Únicamente los bomberos se atrevieron a dar una respuesta. Chicago, en aquel 1871, apenas había visto la lluvia. El tiempo seco imperaba desde comienzos de año y el verano había sido muy caluroso. Los edificios y las aceras de madera eran, pues, pasto fácil para las llamas. No era de extrañar que aquel incendio, así las cosas, hubiese arrasado en tan poco tiempo un total de cincuenta casas, llevándose una buena cantidad de vidas humanas en tan sólo unas pocas horas. Era un ejemplo espantoso de lo que podía pasar, dadas las circunstancias. Una simple chispa, justo en el momento en que soplaba un poco de brisa seca… unos minutos… y la tragedia… Además, la dotación de bomberos no era precisamente amplia, el parque resultaba inadecuado, y más que impropias las tomas de agua… Chicago estaba hecho de madera. Y por eso era una ciudad vulnerable.

Por suerte, y a pesar de las circunstancias, los bomberos habían acudido relativamente pronto, y ayudados por muchos hombres de la ciudad consiguieron atajar a tiempo el fuego, antes de que la destruyese por completo. Todos suspiraron con alivio cuando vieron salir el sol, que dejaba caer sus rayos sobre los montones de ceniza.

Había observado algo curioso en la multitud. Pasaban ante él los hombres, con las llamas reflejadas en los ojos. Acaso no lo sabían pero se les reflejaban las llamas en los ojos como se refleja en ellos el alma. Y lo que se veía de aquellas almas reflejadas en los ojos de los hombres era tan glorioso como el cielo. Y todo aquello era como el Apocalipsis dibujado en una de las páginas de su Biblia. Sí, la cosa había resultado mucho mejor de lo que hubiese podido imaginar.

Fue hermoso ver cómo las llamas de las caballerizas alcanzaban pronto el edificio que se alzaba a sus espaldas. Largas y ondulantes lenguas de fuego desparramándose por doquier como un monstruo de muchas cabezas y muchas bocas que se comiera

los muros, las paredes… Un monstruo con el aliento lleno de chispas. Y la gente corriendo despavorida hasta encontrar un lugar en el que ponerse a salvo de aquel monstruo.

Vio a un hombre en el porche de la casa que había tras las caballerizas. Era un anciano y se movía dificultosamente. El monstruo artero y violento lo avistó pronto, antes de que el anciano pudiera ponerse a salvo; el monstruo lo fue barriendo todo con su gran cola de fuego hasta alcanzar al anciano y devorarlo como si fuese una serpiente gigantesca. El anciano gritó de dolor y espanto, pero el monstruo lo fue engullendo poco a poco, mientras se hinchaba también de cuanto había alrededor del hombre, todo de madera. De madera muy seca y crujiente. El monstruo pareció disfrutar engullendo carne. Era un monstruo realmente hambriento.

Un monstruo glotón, muy glotón… Después avanzó hasta una segunda casa… pero no, también alargaba sus brazos gigantescos para abarcar más. Quería abrazar entre sus llamas dos casas al tiempo. Avanzaba despacio pero implacable; y poco a poco, aun sin moverse vertiginosamente de un lado a otro, gracias a la longitud de sus miembros iba alcanzando los edificios de toda la manzana. La crepitación era ensordecedora. La crepitación de las llamas era la masticación del monstruo. Desde luego, de tan grande como era le venía aquel apetito, aquella voracidad terrible. Ni siquiera daba tiempo a observar cómo se comía algo, pues ya estaba devorando otra casa. Ni siquiera daba tiempo a pensar en cómo lo hacía. Pero resultaba hermoso.

Y era hermoso pensar también en la forma tan bonita en que el monstruo se lo iba comiendo todo. Y en cuán bello era el monstruo en sí mismo. Todo rojo, todo vivo contra el azul oscuro de la noche; una hermosa bestia devorando las casas, que a su lado, cuando se les acercaba, parecían decididamente feas y débiles, a su completa merced. El monstruo ponía sus dedos en los tejados y al instante se alzaban al cielo rojas llamaradas… Al monstruo se le veía feliz.

Pero cada vez empezó a llegar más gente. Los caballos tiraban con brío de las cisternas de los bomberos. Acudían a combatir al monstruo… ¡Idiotas! ¿Por qué interrumpir ahora su festín? Bah, no podréis nada contra su fuerza; mirad cómo se consume entero ese bloque de casas… Necesitaréis de un esfuerzo imposible para impedir que se expanda. Esos hombres petulantes e imbéciles… Mira que pretender enfrentarse al monstruo con esas débiles serpientes que sólo escupen agua en vez de veneno y reposan tranquilamente en los brazos de los bomberos… Bah, serpientes de agua…

¡Y qué ruido! Campanas y más campanas. Hombres maldiciendo y caballos relinchando. Y la gente gritando. Bueno, el monstruo lo oye todo y no parece importarle; si quiere, podrá devorar incluso los ruidos, los gritos, los relinchos, las campanadas y las maldiciones. Todo. Ya va por el segundo bloque de casas. Lo barre todo de un plumazo con su larga cola de fuego. Hace nuevas víctimas, se alimenta de más carne. ¡Qué grande y espléndido, cuán hermoso es el monstruo!

Todo el mundo parece al límite de su excitación. ¡Tontos! ¿Por qué no se limitan a

contemplar en paz tamaña maravilla?

Los hombres que luchan contra el monstruo, sin embargo, cada vez parecen emplearse con mayor fiereza. Hay un momento en que están a punto de acorralarlo contra una fachada, pero el monstruo reacciona lanzando contra los osados una gran llamarada que los envuelve, en la que desaparecen. ¡Bien! Pero acuden más hombres, todos ellos con sus serpientes negras y que escupen agua en vez de veneno. Aunque sea sólo agua, parece que poco a poco logran emponzoñar al monstruo. Pero el monstruo es muy artero y sabio. Sabe cómo defenderse. Por eso se multiplica en partes que parecen desprenderse de sí, en muchos monstruos más pequeños pero igualmente voraces. Hasta en doce partes se ha dividido. Es una táctica magnífica, una demostración de su sabiduría. Doce bocas de fuego con sus labios escarlata que se dilatan inusitadamente para devorar lo que quieran, fachadas, ventanas, puertas, tejados y chimeneas… Doce bocas de fuego acompañadas de infinitos dedos, igualmente de fuego. Doce monstruos, a la vez, dispuestos a enfrentarse a quienes los combaten, sin cejar en su empeño de comer todo lo que les sale al paso… Destruyéndolo todo ante los ojos atónitos de esos imbéciles. Una docena de pequeños monstruos danzantes, yendo de acá para allá, dándose el festín de la lucha y el triunfo.

Pero… Comenzó a acabarse… Muchos hombres más, armados con sus serpientes de agua. Muchas serpientes más. Tres de los monstruos fueron abatidos. Otro más se debatía con furia, pero al cabo todo le resultó inútil; trató de buscar refugio en otra casa, mientras le caían encima torrentes de agua escupida por las serpientes. Las llamas se iban convirtiendo en humo negro y parecía exhalar un grito de agonía. Los bomberos se centraron en aquel monstruo agonizante hasta abatirlo. Y así uno tras otro. Luego corrieron a cercar al monstruo grande, y a los otros que aún quedaban, que se habían reunificado en un rincón de la calle. Las serpientes de agua comenzaron a escupirles. Varios hombres más llegaron, armados igualmente con sus serpientes, para escupir agua incesantemente, dirigiéndola al corazón de los monstruos. Pronto cayó sobre ellos una tupida manta de agua. El agua derribó de paso los tejados en los que aún había luminosos dedos de fuego. Aún, en la derrota, se movían algunos dedos y algunas colas de los monstruos, pero los hombres armados con serpientes de agua los abatieron definitivamente. Y, cuando las llamas daban paso al humo, cayeron a golpes de hacha con las maderas aún chisporroteantes de las casas derrumbadas. Se vio que un monstruo huía, pero gravemente herido. Se fue haciendo rosa poco a poco, se le iba así la vida lentamente, mientras el agua insaciable le caía encima, escupida con gran violencia por la boca de las serpientes negras que los hombres acunaban en sus brazos. El monstruo pasó del rosa fuerte al rosa pálido, y del rosa pálido al rosa amarillento, y del rosa amarillento al rosa blanquecino… Y murió entonces.

El monstruo, los monstruos, murieron. Todos sin excepción. Murieron cuando más luminoso y extraordinario era el festín con que se regalaban. Allí estaban, reducidos a ceniza entre la osamenta de los edificios que habían devorado… Muertos, todos muertos… ¡Pobres monstruos!

Cuando contempló aquello, el fin del incendio, comprendió quién era y dónde estaba. Miró a su alrededor y se vio entre la multitud de curiosos. Y sintió de repente un gran miedo porque se le iban los hermosos pensamientos que había tenido mientras presenciaba el no menos hermoso incendio. Y además habían claudicado los hermosos monstruos, que ya no podrían darse más festines fabulosos como el que se habían dado. Un festín extraordinario, insólito, que superó con mucho todas sus expectativas. Todas aquellas sensaciones adorables, todos aquellos amorosos pensamientos, se habían esfumado de golpe. Ahora estaba allí, entre la multitud, a solas con su crimen.

Sí, porque aquello había sido un crimen. Un crimen… y un pecado. Era un pecador, sí, y tenía miedo. Miedo de ser un pecador y miedo del castigo. Quizá alguno de entre aquella multitud supiera que él fue el causante de todo, quizá lo vio pegar fuego a las caballerizas. ¿Y si lo reconocían? Pues si lo reconocían pronto caerían sobre él por haber dado vida a aquellos monstruos devastadores, rojos, insaciables. Seguro que eso le acarrearía una gran cólera por parte de todos. Y, como ya no había monstruos, estaría indefenso ante todos, a merced de todos. Y encima no podría disfrutar con otro espectáculo semejante, ni con los nobles pensamientos que aquello le había inspirado. No podía rendirse, no podía esperar tranquilamente a que lo prendieran. Tenía que irse cuanto antes.

Se abrió paso con los codos entre la multitud, rompió el cerco de curiosos y corrió por la acera de madera para desembocar en una calle paralela en la que había mucha menos gente. Caminaba aprisa, con el corazón en la boca, pues empezaba a parecerle que la gente se volvía a mirarlo… Sí, le miraban… Mejor meterse por aquel callejón. Ahora…

¿Y si lo seguían? ¿Le habría seguido alguien?

No, parecía que no.

Sí.

Un hombre con un largo abrigo iba tras él por el callejón. También caminaba rápido, casi tanto como él. Aunque… quizá no se hubiera fijado en él; quizá fuese a resolver cualquier asunto… Entonces, ¿por qué caminaba tan velozmente, como él mismo?

¿Dónde esconderse? El hombre del abrigo se le acercaba. De pronto no fue que caminase deprisa, es que comenzó a correr. Y que tras él se vio en el oscuro callejón el reflejo de unas llamas. El hombre del abrigo llegó a su altura. Se miraron. No pudo evitar un grito al ver al hombre del abrigo.

Sintió una mano en un hombro. Una cara amarillenta, como de cera, le sonreía.

—Ven conmigo —le dijo el hombre del abrigo.

Y tiró de él para sacarlo cuanto antes del callejón. Luego se vieron ante una puerta, por la que entraron para desembocar en un patio pequeño.

Era evidente que el hombre del abrigo no era un policía, ni un hombre de autoridad. Le había sonreído.

Parecía saberlo todo, parecía saber que él había causado el incendio, pero no actuaba como lo hubiesen hecho otros si llegan a descubrirle. Más bien daba la sensación de querer esconderle, protegerlo en aquella casa oscura en cuyo patio estaban.

Entraron en la casa. Subieron por una larga escalera hasta verse ante la puerta de un salón. El hombre del abrigo le franqueó el paso. El salón era enorme y estaba iluminado por las velas de muchos candelabros. Las velas expelían un aroma muy agradable; igual que unos grandes velones que había en urnas y recipientes nobles en el suelo. Los cortinones de las ventanas del salón eran de terciopelo; el mobiliario, sin embargo, era escaso, aunque muy lujoso. En realidad sólo destacaba allí un gran diván, al fondo del salón, frente a la puerta de entrada, y a través del humo aromático de las velas y de los velones consiguió ver el invitado que un hombre yacía plácidamente en el diván. Al ver al recién llegado, se levantó.

El hombre del diván era gordo, monstruosamente gordo; una larga túnica blanca cubría su cuerpo de tonel. Lucía una especie de corona verde en su gran cabeza. Todo lo que de carne se le veía estaba cubierto por joyas. Un collar, aretes, anillos, brazaletes, medallones… Grandes rubíes que brillaban como el mismo fuego y otras piedras preciosas, amarillentas como las llamas.

Aquel hombre gordo vestido con una túnica blanca era viejo y tenía un aspecto que inspiraba terror. Tenía la carne azulada y unas ojeras como de pulpa, y unas mejillas que le colgaban desmesuradamente, y una barbilla que apenas se le veía por la papada… Su nariz era ganchuda, y sus labios purpúreos e hinchados.

Parecía en realidad un cadáver azulado y grande, como aquel hombre ahogado en el riachuelo de Henslow, al que sacaron hinchado, pesado. Sólo tenía vida en los ojos, y resultaban terribles. Una mirada difícil de soportar. Eran tan rojos como los rubíes que lucía y más fieros que las propias llamas. Lo miraban fijamente, sin moverse.

El hombre del abrigo abrió sus brazos ante él, hincándose de rodillas.

—Lo he encontrado y aquí está, ante vuestra presencia, Divinidad —dijo.

La papada se le movió un poco pero sus ojos siguieron clavados en el recién llegado, inmóviles. Pareció ir a decir algo, pues se le curvaron horriblemente los labios, y en efecto abrió la boca al fin para dejar salir una voz muy profunda, muerta; una voz que parecía sepultada bajo un montón de años.

—Bien, bien —dijo—. Ya tenemos a nuestro hombre. Soñé que lo

encontraríamos. ¿Recuerdas a Apius, amigo mío, el que inspiró a Roger en Londres? He aquí que de nuevo se manifiesta el ciclo de la reencarnación… En este hombre han puesto los ojos Apius y Roger. Fíjate en la cuenca de ese ojo vacío, en su cuerpo de enano, en cómo mueve las manos y se retuerce los dedos… ¡Por fin se han cumplido los augurios! Ya podemos ponernos en marcha.

—Sí, Divinidad —dijo el hombre del abrigo que, al quitárselo, se mostró con una túnica blanca como la del gordo del diván.

La cara del gordo parecía balancearse, de tan pulposa, pero sus ojos permanecían inalterables.

—¿Cómo te llamas? —preguntó como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—La gente me llama Abe —dijo el incendiario.

—Pues tendrías que llamarte Apius, tienes todo el derecho —dijo el hombre gordo con un gesto de contrariedad—, ¿Fuiste realmente tú quien pegó fuego a la ciudad?

Abe guardó silencio por unos instantes. Algo en su interior le pedía largarse de allí. Pero por alguna razón, aunque la razón no fuese precisamente lo que le asistiera generalmente, creyó conveniente decir la verdad. Aquel ante quien estaba no era un hombre más; ni siquiera en la ciudad la gente vive en casas como ésa ni viste así… Además, aquel hombre parecía saberlo todo de él, aunque se expresara de una manera tan rara y a la vez tan cómica. Parecía interesado en él. Nadie se había interesado jamás por él, ni le había entendido como aquel hombre, eso le parecía… La gente, por lo general, se reía de él, si no le odiaba… Abe había tenido ocasión de comprobarlo muchas veces. Por eso decidió decir la verdad. Quería hacerlo en señal de agradecimiento por el buen trato recibido.

—Sí, yo pegué fuego a la ciudad —dijo.

No le resultó difícil confesarlo, después de todo. Después se puso Abe a contar su historia, a hablar de su vida. Recordó la primera vez en que se sintió atraído, esclavizado por las llamas. Luego se extendió largamente hablando de aquellos monstruos maravillosos que todo lo devoraban con sus fauces de fuego, y de las serpientes de agua, contento de observar la sonrisa beatífica con que lo miraba aquel hombre gordo, el de la cara tan blanda, que parecía no perderse un solo detalle de cuanto Abe le refería. Cuando ya no tuvo más que decir, se sintió mucho mejor, contento de haber sido capaz de hablar como lo hizo, diciendo en todo momento la verdad. Al fin había podido contar a alguien cuáles eran sus sentimientos, qué pensaba, qué llenaba sus sueños… Qué sentía, en realidad, por el fuego.

—¡Apius! —exclamó el hombre del diván—. No me cabe la menor duda de que es Apius… Habla con maneras y expresiones rudas, pero es sabio, sabe ver dónde radica la belleza… Donde dice serpiente hay que ver la salamandra de la que habló Apius, y el gran dragón al que aludió Roger —se volvió hacia Abe y dijo—: Ahora, amigo mío, quiero hablarte de mí… Sé que me comprenderás, escucha…

Una vez se hubo acomodado bien en el diván, comenzó su relato aquel hombre gordo que hablaba de manera tan cómica. Abe se dispuso a escuchar atentamente.

—En tiempos antiguos tuve un trono —dijo—. Yo era un poeta; sí, un poeta que buscaba cuanto más bello hay en la vida. Proclamado César, todo quedó bajo mi imperio y albedrío, todo, incluso las estrellas del cielo. Conocí los placeres, tanto los de la carne como los del espíritu. Pero la belleza me eludía, me era esquiva. Hallé la gloria que la belleza me negaba, sin embargo, en las drogas y en el vino. Pero tal no era la belleza que buscaba; por el contrario, me veía rodeado de fealdad apenas despertaba cada día. Quizá por ello me di al libertinaje desde muy joven. Cuando subí al trono, construí templos de mármol y torres de piedra mineral y jade, por el solo placer de que mis ojos se deleitaran contemplándolos bajo el sol. Todo aquello me procuraba gran placer, pero hubo días en los que el sol no brillaba y la piedra, incluso el mármol, adquiría un tono gris muy feo. Comprendí que con el tiempo, la lluvia, el viento y el polvo de los siglos acabarían por arruinar mi obra espléndida, por lo que decidí no construir más.

»Busqué entonces en las mujeres esas delicias intangibles, esas delicias ansiadas por el alma de los poetas, esas delicias con las que los sensibles poetas sueñan sin tregua. Pero sus cuerpos están hechos de arcilla mortal, y el éxtasis de la pasión se desvanece pronto con ellas. Busqué, así, nuevos placeres, todos los cuales me acabaron resultando pálidos e imperfectos. Leí a los poetas de la antigüedad, pero todos tocaban la belleza, en sus estrofas y sentencias, de pasada, a ninguno parecía haberlo subyugado hasta constituir el motivo único de su obra. Paseé largamente con filósofos y sacerdotes, me hice con cuantas joyas y perfumes encontré, busqué parajes en los que pudiera saciarse mi ansia de belleza… Y no la encontré por ningún lado. Decidí al cabo que acaso la belleza radica sólo en la vida, y que nada hay más vital… que el fuego —aquel anciano gordo y blando hizo una pausa; había en él una expresión de angustia; tomó aire y prosiguió—: Dijeron que yo era cruel. Dijeron que yo, Nerón, era un monstruo. Nadie fue capaz de comprender que sólo ansiaba la belleza, la felicidad, la satisfacción que ofrecen las cosas dignas realmente de ser amadas. Dijeron que era una bestia porque arrasé con fuego lo sucio, lo feo, lo criminal y a los criminales. Incluso me tacharon de bestia inhumana. ¡Me llamaron hasta perverso! Clavé a muchos en cruces a las que prendí fuego para acabar con sus vidas miserables y feas. Y sólo porque el fuego es bello. Porque creo que el fuego es glorioso y trascendente.

»Convertí en piras los altares, levanté antorchas como faros… Amé las llamas consumiéndolo todo, danzando mientras entonaban su canción de vida eterna e imperecedera. Al fin había encontrado la manera de capturar la belleza para siempre. Estaba en aquellas llamaradas rojas, amarillas, anaranjadas, carmesíes, violetas… Y entonces llegó Zarog —y señaló al hombre que antes llevara un abrigo—. Fue él quien me habló de los rosacruces, esos devotos del Oriente que adoran al fuego

eterno como fuente de vida. Él me habló de Prometeo y de Zoroastro, él me contó la fábula del Ave Fénix. Zarog era sacerdote rosacruz y gracias a él me imbuí de los misterios de la secta. Fue Zarog quien me habló de Melek Taos[46], el pavo real que es dios de lo demoníaco; fue Zarog quien me habló del secreto casamiento entre la belleza y el Diablo.

»Pero no quiero aburrirte con estas disquisiciones esotéricas que seguramente te resultarán muy ajenas… Basta con que yo las haya aprehendido… Zarog me dijo que el amor a la belleza significa consagrarse a su búsqueda eternamente, y que para ello debe de ofrecerse a Melek Taos el sacrificio mediante el fuego.

»Te confieso, sin embargo, que en un momento dado, y a despecho de mi poder, llegué a asustarme, a temer por mí mismo… Roma era un tumulto, el pueblo me odiaba porque no me entendía, simplemente… Me llamaban tirano, loco… A mí, el gran poeta, el más grande poeta de Roma… Pero Zarog me iluminó. Fue él quien me convenció de que sacrificara mi imperio en aras de la vida eterna. Dudé bastante, he de reconocerlo, antes de tomar una decisión.

»Tenía en aquel tiempo un esclavo llamado Apius, que me amaba. También ansiaba la belleza. Y fue él, en última instancia, quien me descubrió el camino para acceder a ella… Apius sabía que Zarog también quería instruirme en los caminos de la belleza, y una noche salió sigilosamente para sembrar esa semilla, la simiente de la hazaña. Fue hasta las zonas de la ciudad donde vivían los ladrones y pegó fuego a sus casas. Todo el distrito ardió. Aquella acción se atribuyó a los nazarenos, o cristianos, como se hacían llamar ellos.

»Apius hizo aquello para insuflarme valor con su ejemplo. Yo tenía que dedicar mi vida, que dedicarme sin ambages, a la eterna belleza, como lo deseaba Zarog. Eso suponía ofrendar el sacrificio ritual del fuego a Melek Taos… Y… por eso quemé Roma.

Entornó sus ojos rojos, evocador. Su voz cascada y profunda, de viejo, pareció enternecerse.

—Vi arder las altas torres mientras con mi lira desgranaba oraciones muy sentidas. Día y noche imperó el fuego, y el humo hacía que los días parecieran noches. El cielo sangraba mientras yo me deleitaba contemplando los horrores del infierno de Hécate.

»Así sacrifiqué mi imperio a Melek Taos, con la belleza del fuego. El fuego. La eterna vida de las llamas era mía.

»A su debido tiempo, un infeliz, mi doble, el que me representaba en tantos actos civiles, fue obligado a suicidarse para dar satisfacción a mi pueblo de imbéciles, que no había comprendido mi deseo de ser un dios consagrado a la belleza. Al morir él creyeron que moría Nerón. Y Zarog y yo nos fuimos de allí tranquilamente.

En su voz se percibió entonces cierta compasión.

—Sí, abandoné Roma. Abandoné a mi pueblo de estúpidos, pobres tontos… No, jamás supieron comprender mi aspiración de ser un dios. No veían cuánta verdad,

única verdad, hay en la belleza. Me odiaban porque mi nombre comenzaba a ser tan legendario como el del Diablo. ¡Qué ironía! Pero soy un poeta. Por eso me alegré de que las cosas fueran así.

»Por eso vivo y por eso vive Zarog. Únicamente las llamas de Melek Taos podrán destruirnos, lo que no ocurrirá porque somos sus fieles más devotos. Supongo que podrás imaginar cuánto hubimos de vagar en aquellos días, y cuán lejos fuimos. Es una historia muy larga y prolija como para resumirla ahora en pocas palabras, pero fue realmente interesante. También se nos buscó en muchas tierras, y bajo distintas apariencias, pues a menudo renovábamos nuestros votos a Melek Taos, ofrendándole nuevos sacrificios. París, Praga… Ardieron cientos de ciudades por las noches en el hermoso altar de fuego que consagramos a la belleza más exquisita.

»En Londres, hace ya muchos siglos, provocamos el más grande incendio que se recuerda para honrar a nuestro dios, al más luminoso. Pero antes hube de hacer de nuevo gran acopio de valor para acometer tan magna tarea. Tomé por criado a un villano llamado Roger, como lo había sido Apius en Roma. Y también fue él quien prendió las primeras llamas. Después, influido por su acción, henchido de valor, continué yo la hazaña. Y ardió Londres… Han sido siglos de belleza y esplendor, amigo mío… Siglos dedicados a perpetuar la poesía del fuego. Y ha llegado el momento de renovar el sacrificio. Zarog y yo hemos de alentar una nueva era, presidida igualmente por nuestro dios, el más luminoso. Para eso estamos en este nuevo mundo, al que llegamos hace una docena de años. Pero hasta ahora no habíamos podido consumar nuestro deseo.

»Hace diez años, cuando ocurrieron las batallas campales por el control de Nueva York, lo intentamos… Pero nuestra misión constituyó todo un fracaso. Provocamos un fuego que no prosperó. No pudimos iniciar, pues, la era que pretendíamos… Así que llegamos al cabo a esta ciudad, que es suficientemente grande como para que podamos concluir la misión que pretendemos. Queríamos proceder pronto, pero de nuevo me falló el coraje, aparecieron mis dudas. Y te hemos encontrado, cual un Apius renacido, cual si respondieras a los mejores augurios. Mañana por la noche hemos de incendiar la ciudad. Será un fuego que deleite tus ojos y tu alma, créelo. Una pira triunfal. La mayor ofrenda que podamos hacer al más luminoso, que así continuará velando por nuestras vidas.

Abe escuchó todo el tiempo sin decir una palabra. El viejo gordo lucía un rubí enorme en su mano, que le ofreció, engastado en un anillo de plata.

—He aquí un presente que te doy, mi buen criado —le dijo Nerón—. He aquí el sello del Fénix, que te ofrezco. Tómalo, pues te dará la fuerza que precises.

Abe lo miró desconfiado. La cabeza le daba vueltas. Era todo tan confuso…

—Esta piedra te dará la fuerza del fuego —susurró Nerón clavando sus ojos en la mirada de Abe, que parecía desconfiada—. Esta piedra te dará una fuerza como no la habrás soñado jamás. Fuerza para que inicies el incendio esta misma noche. Un gran fuego que arrase todas las calles de la ciudad, que no deje en pie un solo edificio, un

fuego que haga de cada casa un infierno en el que dancen diablos rojos mientras exhalan gritos aterradores… Pequeños diablos que sepan dar a esa gente estúpida el tormento que tanto merece. Esa gente estúpida que no sabe entenderte, que es incapaz de apreciar tu anhelo de belleza. El más luminoso quiere que toda esa chusma sea destruida. Sólo así la tierra será un lugar en el que puedas sentirte finalmente libre, y en el que también pueda sentirme libre yo mismo, y en el que sean al fin libres todos los poetas, todos los soñadores que saben cuál es la verdad que se esconde en el anhelo de la belleza, cuál es el anhelo que se esconde en la búsqueda de la verdad. Ten por cierto que alcanzaremos a ver esa maravilla, un mundo en el que sean honrados los poetas. Y después de contemplar tamaña maravilla, podremos ir a otro lugar del mundo para seguir adorando a nuestro dios, al más luminoso, al único que puede insuflarnos vida eterna. No temas, que en todo momento estarás a salvo, gozarás de protección. Mi buen Zarog, aquí presente, es un hombre sabio, capaz de controlar los vientos a su antojo. Nadie podrá descubrirnos… Después, vivirás también tú eternamente, disfrutando de lujos, de dinero, de mujeres, de poder… De lo más excitante. Sin duda siempre has aspirado a todo eso, y jamás te ha sido concedida la oportunidad de acceder a ello. Bien, pues aquí te brindamos esa oportunidad. Disfrutarás de éxtasis dorados y escarlatas como el fuego… Dime que aceptas, dime que lo harás.

—Sí, lo haré… —dijo Abe mientras se ponía el anillo en un dedo.

El emperador sonrió complacido.

—Ahora también yo siento que me asiste el valor —dijo—, Zarog, ve preparando lo que hemos de hacer, lo que ha de venir.

El 8 de octubre de 1871, un día después de aquel incendio que tanto alarmó a la ciudadanía, se produjo la gran catástrofe. A las nueve y media de la noche comenzó a arder la Taylor Street, por la que corrió un río de llamas.

Y tras aquel primer fuego, que pareció una señal cósmica para el inicio del desastre, sopló un viento pavoroso[47] que se incardinó rápidamente en las llamas. La fuerza y violencia del fuego no hallaron freno. Hasta el mismo río parecía incendiarse, y al sur de la ciudad, en las zonas comerciales, las brasas todo lo azotaban donde cedían las llamas. Una gran llamarada envolvía la ciudad entera, un huracán rojo multiplicaba el humo y las cenizas. Bolas de fuego salpicaban el mismo cielo para caer al instante con una furia aún mayor. La madera y la carne conformaron una masa única, ígnea.

En la ciudad imperaba la locura. El miedo, la prisa por huir, provocaban grandes disturbios entre la gente, que iba y venía de un lado a otro sin hallar una salida. Muchos intentaban huir en carruajes y carretas, que eran pronto pasto de las llamas, al igual que los animales que tiraban de ellos. Por doquier cortaban el ambiente impregnado de humo negro los gritos de los moribundos y de los que veían cortada su huida por una brasa que los golpeaba brutalmente, por una llamarada que les alcanzaba en el rostro. Los depósitos de gas reventaban como truenos acrecentando

las llamas, haciendo volar las aceras de madera que aún no había alcanzado el fuego. La gran bola de fuego en que se convirtió el edificio de los juzgados se derrumbó de golpe y estrepitosamente, un estruendo que retumbó en los muros que aún no habían sido derruidos. La ciudad toda era un montón de ruinas rojas.

Abe lo contemplaba todo con arrobo. Habían salido juntos él y Zarog de aquella casa extraña, después de hacer unas curiosas oraciones. Zarog se cubría con su abrigo, bajo el cual llevaba unas cuerdas impregnadas en aceite con las que iniciar el fuego. Escogió un lugar en el que se alzaban varias casas, muy próximas las unas a las otras, al final de una calle estrecha, junto a unas caballerizas. Allí, cuando comenzó a oscurecer, Zarog se arrodilló. Abe prendió un fósforo, después de que Zarog hubiese situado convenientemente aquellas cuerdas impregnadas de aceite de lámpara y unidas entre sí. Y con la primera llamarada echaron a correr. Echaron la vista atrás, mientras se iban, y observaron que el cielo adquiría una tonalidad rosada.

Entonces comenzó a soplar el viento, justo como Zarog había dicho que soplaría. Y sin dejar de correr le habló de las oraciones hechas, y del círculo pintado en el suelo antes de abandonar la casa en la que se quedó aquel hombre gordo que decía llamarse Nerón. Abe los había visto y oído hablar mucho. Quizá dijeran la verdad, o quizá estuviesen locos. Abe no lo sabía. Pero sí que le habían prometido disfrutar del fuego. Y, además, aquel anillo que le había regalado el gordo era muy bonito, nunca le fue dado ver uno semejante. Sin embargo… él no se llamaba Apius. ¿A qué venía tanta insistencia en llamarlo así? Zarog le dijo que le había visto encender el fuego del incendio de la noche anterior, y supo de inmediato que era una reencarnación de Apius. Abe no sabía qué era eso, pero no le gustaba que le llamasen Apius. A pesar de todo, eran unos tipos muy simpáticos y sabían del fuego, y les gustaba… Y él acababa de provocar un gran incendio en compañía de uno de ellos. ¡Y qué viento tan fuerte el que soplaba, el que Zarog le había prometido para avivar las llamas!

Ya de vuelta a aquella extraña casa, le hizo mucha gracia ver al gordo con abrigo y sombrero. Estaba esperándoles, y cuando Zarog le dijo algo en una lengua extraña, pero que también le hizo mucha gracia, el gordo sonrió complacido.

—Vamos —dijo el gordo a Abe—. Aún hemos de hacer grandes cosas esta noche.

Salieron juntos los tres calle abajo. Abe recreaba la vista en el incendio. Tras un trecho en carruaje, hubieron de seguir a pie, pues la gente y los coches de caballos taponaban las pocas salidas que quedaban. Todo el mundo gritaba aterrado, lo que hizo suponer a Abe que habían llegado hasta esa calle con el fuego pisándoles los talones. Por momentos el cielo también parecía incendiarse y notaba cómo le caían encima las cenizas, muy calientes. Pero se emocionaba con el estallido de las llamaradas.

Hubieron de sortear muchos obstáculos. La gente huía llevándose algunos muebles y colchones; otros metían sus cosas en carretas, vanamente, pues apenas

podían echarlas a rodar. Las mujeres y los niños gritaban, los perros ladraban enloquecidos, yendo de un lado a otro. Quienes huían a lomos de sus caballos atropellaban a los que no se hacían raudos a un lado, o les sacudían fustazos para apartarlos de su camino.

Ellos tres se hallaban ya muy cerca del corazón del incendio. Abe se desentendió de la gente a medida que se embobaba contemplando el incendio, la voracidad de las llamas. El gordo Nerón y el flaco Zarog sonreían felices.

—Creo que esta noche caminaremos tranquilamente a través del infierno —dijo el gordo— para alcanzar así el cielo… Melek Taos ha de sentirse muy complacido con esta ofrenda.

Abe no se hacía una idea sobre lo que decían. Le gustaba más oír hablar al viejo gordo de la belleza del fuego. Así que mejor desentenderse de sus cosas y contemplar sin más el incendio, aquella hermosura. Ahora sí que había monstruos. Miles de monstruos danzando, bellísimas bestias arrasándolo todo con sus colas de fuego, con sus alas rojas.

Un ruido espantoso. Acababa de derrumbarse el edificio que se alzaba un poco más allá, ante ellos.

—¡Atrás, César! —gritó Zarog—. Ni las balas ni los cuchillos pueden herirnos, pero el fuego… Hemos de cuidarnos de las llamas.

—El poeta muere por lo que ama —respondió el emperador—, pero tienes razón, no me urge morir, ni siquiera en la cumbre de mi gloria.

Abe apenas oyó aquella tontería, que además era incapaz de entender, pues se complacía en esquivar las brasas y en mirar la calle arrasada por el fuego. Todo ser que apenas una hora antes vivía, o había sucumbido, o había escapado ante el furor de las llamas.

Así llegaron al centro de la ciudad, donde los hombres peleaban en mitad de las calles rodeadas de fuego, y rompían los escaparates de las tiendas para llevarse lo que hubiera, comida, licores, cualquier cosa… Los carteristas, los ladrones y los borrachos combatían abiertamente por desplumar al primero que pillaran.

—Imbéciles —se rió Nerón—. Si así son los hombres, merecen morir… Pero más allá de ellos, y a pesar de ellos, existe la belleza… Los hombres no son más que basura.

Una gran detonación retumbó en las calles, y un líquido llameante corrió por ellas hasta alcanzar los pies de los borrachos y demás pendencieros que se peleaban en las calzadas. Era el contenido de los barriles de aceite que habían reventado. No todos pudieron huir; la mayor parte de quienes se peleaban cayeron al suelo, siendo rápidamente alcanzados en todo el cuerpo por las llamas. El fuego líquido alcanzó también una hostería, alzada sobre pilastras de piedra, que fue rápidamente reducida a cenizas, mientras sus vigas de hierro se derretían como si fuesen de cera.

También volaban pedazos de metal ardiendo sobre las cabezas de quienes huían.

Abe y los otros dos se vieron envueltos de repente en aquel enloquecido torrente

humano. Tuvieron que pugnar con los demás. Mujeres histéricas gritaban en pleno delirio con la ropa hecha jirones, desnudas muchas de ellas. Las llamas hacían que sus blancos cuerpos adquiriesen una tonalidad roja. Hombres definitivamente idiotas se limitaban a maldecir mientras en vez de correr se enfrascaban en peleas con quienes les venían de frente, escapando desde otra dirección. Las ratas salían de las alcantarillas para huir despavoridas también ellas.

Abe comenzó a reírse y a cantar en mitad de la calzada, de modo que Zarog y Nerón tuvieron que tirar de él para conducirlo a la acera. Cuando empezó a amanecer no se vio el sol, el humo oscurecía el cielo y el rugido de las llamas tapaba los habituales sonidos de un incipiente y nuevo día.

Poco después subían de nuevo a su carruaje, en el que fueron hasta el cementerio que se alzaba sobre la ciudad. Descansaron entre las tumbas para contemplar mejor la ciudad en llamas. Tenían una gran sensación de paz mientras lo hacían, como si contemplaran desde su cielo el purgatorio y el infierno de allá abajo. El que decía llamarse Nerón reía sin parar y tocaba un extraño instrumento.

Todo allí era soledad, en aquella colina del cementerio, bajo el manto negro del humo que tapaba el cielo. Y abajo, un lago de fuego que se desbordaba. El viejo gordo tocaba ahora una canción muy triste en su extraño instrumento, aunque sin cantarla. No hacía falta oír su voz para saber que disfrutaba rabiosamente. Un rato después, sin embargo, se puso a cantar con una voz singularmente dulce. Abe no entendía lo que cantaba, pero le pareció una oración… Y Zarog alzó los ojos al cielo negro y también comenzó a cantar. Aquella canción sonaba bien entre los muertos y las tumbas; Abe la entendía tan bien como ayuda a entender las canciones el vino, aunque no pueda comprenderse lo que dicen.

Abe miraba encantado la ciudad en llamas; sentía una sensación de paz muy profunda, que no podía explicarse, que no le sugería decir una sola palabra. Aquello era lo más bonito de todo, más incluso que el propio fuego. Y si el hombre que decía llamarse Nerón estaba loco, su locura resultaba extraordinaria y magnífica, desde luego. Era la locura de un hombre recto y justo. ¿No decía la gente que él, Abe, estaba loco? Sí, lo decía la gente como esa que ahora se peleaba en las calles sin poder huir del fuego… Esa gente incapaz de comprenderlo.

Comenzó a caer la tarde.

—El incendio seguirá toda la noche —dijo Zarog—. Volvamos a casa y preparemos las cosas para nuestro viaje.

Con mano firme llevó las riendas del carruaje por las calles que ya estaban desiertas, completamente calcinadas, oscurecido el aire no ya por la noche que comenzaba a caer, sino por las cenizas y el humo de los rescoldos. El cielo se veía a veces entre el humo negro, con el mismo color que el poniente.

Aquella parte de la ciudad estaba desierta, sí, pero se veían siluetas furtivas.

Algunos hombres se pegaban a las paredes que no habían sido derruidas por el fuego, como si temieran ser vistos por ellos, y un niño encendía un fósforo para intentar ver en el interior de un portalón completamente a oscuras. Vieron también que una mujer enloquecida bailaba y reía desaforadamente ante unos rescoldos, mientras los vecinos de un edificio que había logrado salvarse de las llamas, al menos parcialmente, le gritaban insultos y maldiciones para que se callase.

—¿Lo ves? —dijo aquel hombre que decía llamarse Nerón, tomando a Abe de un brazo—. Hay alguien que se parece un poco a nosotros… Piromanía, lo llaman los imbéciles, los que bien poco saben del fulgor de la belleza… Gente despreciable, incapaz de albergar en sus corazones un sentimiento noble, incapaces de apreciar la belleza que hay en el fuego, la pureza del fuego, que es elixir de vida.

Desembocaron en la casa que había al final del callejón, desengancharon los caballos y entraron en la vivienda para dirigirse a la habitación de los cortinones. Allí encendió Zarog las velas y los braseros aromatizados.

Abe y el hombre gordo compartieron asiento mientras el otro se ponía frenéticamente a meter cosas en baúles y maletas.

El hombre gordo lo miraba hacer y hablaba.

—Ya está hecho todo, amigo mío —dijo—. Nosotros tres hemos de salir de aquí antes de que amanezca, momento en que seguramente habrá concluido el incendio… ¡Ha sido glorioso! Ver todo esto desde la colonia del cementerio, un incendio tan hermoso, tan abundante y rítmico, ha sido una auténtica maravilla… Y además hemos honrado a Melek Taos como se merece.

Abe escuchaba sin entender una palabra.

—Te has hecho acreedor de una gran recompensa que te daré ahora mismo… Recuerda lo que te dije; recuerda que nuestras ofrendas siempre encuentran recompensa. Zarog y yo no seremos por más tiempo como nos ves, pues ahora podremos recuperar nuestra juventud y nuestro vigor, por los muchos años que vendrán… Melek Taos, una vez más, nos concederá el don de la juventud. Tengo tesoros escondidos en muchos lugares que nos valdrán para vivir rodeados de placeres hasta que el ciclo se consuma y hayamos de ofrendar un nuevo sacrificio al más luminoso. Podrás venir con nosotros, si así lo deseas, amigo mío, pues tendrás cuanto deseas por la gran ayuda que nos has prestado.

Abe sonrió mientras jugaba con el anillo entre sus dedos. Esas palabras no querían decir nada. Aquel viejo gordo estaba loco, mucho más que él, aunque todos decían que estaba muy loco.

El hombre gordo observó la mirada con que le contemplaba Abe y frunció el ceño… Un gesto de dolor le cruzó la cara. Alzó los ojos y se dirigió a Zarog.

—Démonos prisa —dijo con la voz quebrada—. Démonos prisa, pues siento que ya llega la hora; siento que la sangre me golpea con vigor, que comienza a correr desbocada por mis venas, fresca y renovada. Pero antes de partir honremos a Melek Taos en el altar que le es debido, para agradecerle esta nueva concesión que de la

juventud nos hace.

Zarog asintió. Abe comprobó que la barba larga que lucía Zarog iba pasando por momentos del blanco al gris, y notó igualmente que se movía con mayor agilidad cuando se dirigió a un gran brasero en el que puso incienso.

El hombre gordo que decía llamarse Nerón se dirigió de nuevo a Abe. Hablaba dificultosamente, como si le doliera pronunciar las palabras.

—Aún no crees lo que digo, ¿verdad, mi querido Apius renacido? Bueno, da igual. Tal y como te he prometido, tendrás las pruebas pertinentes, acabarás convencido de que no miento… Recordarás lo que te conté, acerca de que tanto Zarog como yo hemos dedicado nuestras vidas al culto de la belleza y de la juventud, lo que es decir a la vida eterna, ese don que nos ha conferido el más luminoso para premiarnos por los incendios que hemos dedicado a su mayor gloria… Bien, pues invoquemos de nuevo al espíritu de Melek Taos, y recibamos la gloria de la juventud… Pues el fuego es la vida, el fuego es fuente de esta tierra desde siglos atrás, y sin el fuego no pueden vivir los hombres. Por eso en tiempos muchos adoraron a sus dioses ofreciéndoles fuego; y también fue que adoraron al propio fuego, al que llamaban con distintos nombres. Moloch, Satán, Arimán, Melek Taos… Todos ellos son el principio esencial y todos ellos, en esencia, deben ser honrados.

Nerón se dirigió de nuevo a Zarog:

—Vierte los sagrados óleos —le dijo—. Hazlo rápido.

Abe seguía escuchando. En la penumbra de aquella estancia comprobó, no sin horror, que aquel tono azulado de la cara de Nerón se hacía más fuerte, y que algo que parecía un montón de arrugas negras aparecía en su blando rostro. Tuvo la sensación de que aquel viejo comenzaba a descomponerse ante sus ojos.

—Mira —le dijo el que decía llamarse Nerón—, Aquí tienes la mejor prueba. Invoco al dios del fuego y recibo su bendición.

Abe vio en realidad que el viejo gordo caía al suelo y comenzaba a reptar. Zarog, aparentemente ajeno a lo que sucedía, comenzó a verter los sagrados óleos en un pebetero. Luego aplicó el fuego y una llamarada roja iluminó el salón mientras un humo muy denso y aromático lo llenaba todo al instante. Zarog cayó entonces de rodillas y se puso a trazar líneas en el suelo, con los dedos untados de los mismos sagrados óleos fosforescentes con que había prendido el fuego. Luego dio fuego también a esas líneas, que dibujaron un pentágono de llamas en cuyo interior permanecieron muy quietos los dos hombres, el gordo que decía llamarse Nerón y él mismo.

El que decía llamarse Nerón tomó poco después aquel extraño instrumento que llevaba consigo y, aun con las manos temblorosas, extrajo de sus cuerdas unas notas que ponían un contrapunto delicioso al sonido de la crepitación del fuego. Y empezó a cantar en su extraña lengua.

Abe comenzó a cambiar. Aquellos hombres estaban realmente locos; con sus extraños rituales lo estaban enervando. Ya estaba bien de tanta tontería, de tantas historias sin pies ni cabeza. Además aquella ceremonia le daba miedo.

Las llamas del pentágono en cuyo interior seguían los dos hombres empezaban a llegar al techo. El salón estaba lleno de un humo púrpura a través del cual se filtraban la música del extraño instrumento y el cántico del que decía llamarse Nerón.

Y entonces, ante la mirada sorprendida de Abe, comenzó a conformarse la Presencia.

Perceptible en medio del humo, emergiendo del pebetero, se dejó ver una figura intangible.

La música, el cántico y aquella silueta intangible parecían una sola cosa, un cuerpo único. El fuego del pentágono lucía en su mayor esplendor, y de pronto aquella silueta intangible se resolvió en la figura definitiva de un hombre, un gigante nacido de las llamas, que se apartó del pebetero para echarse encima de los dos ancianos que permanecían en el centro del pentágono en llamas.

—¡Melek Taos! —exclamó la voz quebrada de Nerón.

Y entonces Abe comenzó a creer. Supo que la historia que había oído era cierta, al menos en su mayor parte. Nerón, desde luego, tenía un pacto con quien a todas luces era el dios del fuego.

Nerón hablaba ahora en voz alta, suplicante, dolorida y a la vez emocionada; una voz que parecía brotarle de una garganta ronca y vieja. Su rostro terriblemente azulado y acaso púrpura, dependiendo de cómo le dieran las llamas, parecía transido de dolor.

—Rápido, Señor —suplicó—. Ya has visto cuánto te hemos ofrecido en sacrificio… Esta ciudad maldita es ahora humo y ceniza en tu honor. Y ahora te pedimos de nuevo el don de la juventud, de acuerdo con el pacto hecho contigo tantos siglos atrás.

Abe seguía escuchando. Un pensamiento le cruzó de pronto la mente. Y se dejó sentir su voz a través de las llamas.

—Pero vosotros no pegasteis fuego a esta ciudad —protestó—. ¡Lo hice yo!

Nerón y Zarog, sorprendidos, se volvieron hacia él. Abe continuó, dirigiéndose al dios con gran vehemencia.

—¿Es que ya no recordáis que fui yo quien dio fuego a esas caballerizas, y que lo hice solo? —dijo—. Fui yo quien prendió y arrojó aquel fósforo, no fuiste tú, ni Zarog… ¡Ese fuego fue mío y sólo mío!

Los dos ancianos lo miraban cada vez más sorprendidos sin saber qué replicar. Dejó de oírse la lira de Nerón.

La ígnea figura del dios se balanceaba ante ellos. Parecía a punto de apagarse. El dios estaba enojado con ambos. Desplegó dos largos brazos de fuego.

Abe no oyó el grito de los dos ancianos que permanecían en el centro del pentágono, cuando les alcanzó el fuego, de tan embebido como estaba en la contemplación del dios, un hombre de fuego. Parecía hipnotizado.

Sus ojos de idiota brillaban. Presenciaba un fuego distinto a todos los que había visto hasta entonces. Ahora tenía ante sí a un hombre de fuego. Un hermoso fuego viviente y palpitante de cólera. Un fuego que en realidad era suyo, pues había sido él, y sólo él, quien prendió fuego a la ciudad.

Se le escapó una risa aguda. Nerón y Zarog iban de un lado al otro del pentágono, sin poder salir de allí, achicharrados por el fuego que les comía sus podridas facciones. Y cuando parecían a punto de romper el cerco y escapar, el dios que era un hombre de fuego les lanzaba más llamaradas terribles.

Finalmente, dos grandes llamaradas, los brazos del dios, abrazaron a los ancianos y los suspendieron en el aire. Se dejó sentir un grito largo y agudo, muy dolorido, que lanzaban dos voces al unísono. Y los dos ancianos desaparecieron definitivamente, cual si se hubieran disuelto en el aire y el humo. Por fin parecía sentirse satisfecho Melek Taos con la ofrenda recibida.

Abe se echó a reír de buena gana, enloquecido por la belleza del espectáculo que acababa de presenciar. Se dijo entonces que mejor haría si abandonaba aquel lugar extraño, pues además el fuego comenzaba a incendiarlo todo. Sin embargo, tras pensarlo unos instantes, decidió seguir allí.

Entonces el hombre de fuego pareció reparar en él… Sí, lo miraba…. Sí, lo miraba a él, a Abe… Y al hacerlo parecía rugir fieramente… No podía, pues, seguir allí, tenía que irse… ¿Y si no lo hacía?

La lira de Nerón estaba en el suelo. El viejo la tocaba, le pareció a Abe, para aplacar las llamas. ¿Por qué no intentarlo?

Abe la tomó en sus manos. Aquel extraño instrumento de plata… Sus dedos tantearon las cuerdas y de inmediato volaron a su alrededor mariposas de fuego.

Y hacia él avanzaban dos brazos de fuego… Melek Taos quería alcanzarlo… Abe esquivó las llamaradas como pudo. La lira cayó al suelo, como si huyera de unas garras que no sabían pulsar sus cuerdas. Un momento de angustia. Después lo aprisionaron las llamas.

* * *

La búsqueda entre los escombros y las cenizas dejadas por el gran incendio de Chicago, de 1871, arrojó resultados interesantes. Hubo cosas realmente monstruosas. En el lago encontraron varios cuerpos, flotando, de los que sólo se podría decir que estaban no ya achicharrados, sino *cocinados*. Evidentemente, unos cuantos pobres desgraciados habían sido arrojados a las aguas del lago tras morir bajo el fuego. Y otros que se tiraron al agua para huir de las llamas, perecieron allí, pues al lago

fueron a parar también los ríos de aceite en llamas, que los achicharraron vivos.

El incendio lo había alcanzado todo, incluso zonas aisladas del corazón del holocausto. Así, muchas casas de una sola planta, y alejadas entre sí, villas de las afueras de la ciudad, quedaron igualmente reducidas a cenizas. En una de esas construcciones, hacia el sur de la ciudad, fueron halladas unas curiosas reliquias, a buen seguro los objetos más incongruentes de cuantos encontraron los que se entregaban al rescate una vez consumada la tragedia. Totalmente disociados del lugar donde fueron encontrados, hallaron entre dichos objetos algo que, por causar la sensación natural ante lo inusitado, pasó a ser exhibido en el Instituto de las Artes de la ciudad, pocos años después del siniestro. Nunca se supo de dónde salió aquello, eso sigue siendo un misterio, pero quienes visitan el Instituto se maravillan aún de ver un objeto tan exquisito, hallado entre las prosaicas ruinas de una casa de Chicago.

Era, desde luego, sin margen para la duda, un trozo de lira romana abollada y sin lustre, pero lira romana así y todo.

EL VAMPIRO ESTELAR

(The Shambler from the Stars)[48]

I

Confieso que sólo soy un simple escritor de relatos fantásticos. Desde mi infancia más temprana me he sentido subyugado por la secreta fascinación de lo desconocido y lo insólito. Los temores innominados, los sueños grotescos, las fantasías extrañas que obsesionan nuestra mente, han tenido siempre un poderoso e inexplicable atractivo para mí.

En literatura, he caminado con Poe por senderos ocultos, me he arrastrado con Machen entre las sombras, he cruzado con Baudelaire las regiones de las hórridas estrellas, o me he sumergido en las profundidades de la Tierra, guiado por los relatos de la antigua ciencia. Mi escaso talento para el dibujo me obligó a intentar describir con torpes palabras los seres fantásticos que moraban en mis sueños tenebrosos. Esta misma inclinación por lo siniestro, se manifestaba también en mis preferencias musicales. Mis composiciones favoritas eran la *Suite de los planetas*[49] y otras del mismo género. Mi vida interior se convirtió muy pronto en un perpetuo festín de horrores fantásticos, refinadamente crueles.

En cambio, mi vida exterior era insulsa. Con el transcurso del tiempo, me fui haciendo cada vez más insociable, hasta que acabé por llevar una vida tranquila y filosófica en un mundo de libros y de sueños.

El hombre debe trabajar para vivir. Incapaz por naturaleza de todo trabajo manual, me sentí desconcertado en mi adolescencia ante la necesidad de elegir profesión. Mi tendencia a la depresión vino a complicar las cosas, y durante algún tiempo estuve bordeando el desastre económico más completo. Entonces fue cuando me decidí a escribir.

Adquirí una vieja máquina, un montón de papel barato y unas cuantas hojas de papel carbón. Nunca me preocupó la búsqueda de un tema. ¿Qué mejor venero que las ilimitadas regiones de mi viva imaginación? Escribiría sobre temas de horror y de oscuridad y sobre el enigma de la muerte. Al menos, en mi inexperiencia y candidez, éste era mi propósito.

Mis primeros intentos fueron un fracaso rotundo. Los resultados quedaron lastimosamente lejos de mis soñados proyectos. En el papel, mis fantasías más brillantes se convirtieron en un revoltijo insensato de pesados adjetivos, y no encontré palabras de uso corriente con que expresar el terror portentoso de lo desconocido. Mis primeros manuscritos resultaron mediocres, vulgares; las pocas revistas especializadas en este género los rechazaron con significativa unanimidad.

Tenía que vivir. Lentamente, pero de manera segura, comencé a ajustar mi estilo a

mis ideas. Trabajé laboriosamente las palabras, las frases y la estructura de las oraciones. Trabajé, trabajé febrilmente en ello. Pronto aprendí lo que era sudar. Y por fin, uno de mis relatos fue aceptado; después, un segundo, y un tercero, y un cuarto. Enseguida comencé a dominar los trucos más elementales del oficio, y empecé finalmente a vislumbrar mi porvenir con cierta claridad. Retorné con el ánimo más ligero a mi vida de ensueños y a mis queridos libros. Mis relatos me proporcionaban medios un tanto escasos para subsistir, y durante cierto tiempo no pedí más a la vida. Pero esto duró poco. La ambición, siempre engañosa, fue la causa de mi ruina.

Quería escribir una historia real; no uno de esos cuentos efímeros y estereotipados que producía para las revistas, sino una verdadera obra de arte. La creación de semejante obra maestra llegó a convertirse en mi ideal. Yo no era un buen escritor, pero eso no se debía enteramente a mis errores de estilo.

Presentía que mi defecto fundamental radicaba en el asunto escogido. Los vampiros, los hombres-lobo, los profanadores de cadáveres, los monstruos mitológicos, constituían un material de escaso mérito. Los temas e imágenes vulgares, el empleo rutinario de adjetivos y un punto de vista prosaicamente antropocéntrico eran los principales obstáculos para producir un cuento fantástico realmente bueno.

Debía elegir un tema nuevo, una intriga extraordinaria de verdad. ¡Si pudiera concebir algo monstruosamente increíble!

Estaba ansioso por aprender las canciones que cantaban los demonios al precipitarse más allá de las regiones estelares, por oír las voces de los dioses antiguos susurrando sus secretos al vacío preñado de resonancias. Deseaba vivamente conocer los terrores de la tumba: el roce de las larvas en mi lengua, la fría caricia de una mortaja podrida sobre mi cuerpo. Anhelaba hacer mías las vivencias que yacen latentes en el fondo de los ojos vacíos de las momias, y ardía en deseos de aprender la sabiduría que sólo el gusano conoce. Entonces podría escribir de verdad y mis esperanzas se realizarían cabalmente.

Busqué el modo de conseguirlo. Serenamente, comencé a escribirme con pensadores y soñadores solitarios de todo el país. Mantuve correspondencia con un ermitaño de los Montes Occidentales, con un sabio de la región desolada del Norte y con un místico de Nueva Inglaterra. Por medio de éste, tuve conocimiento de algunos libros antiguos que eran tesoro y reliquia de una ciencia extraña. Primero me citó, con mucha reserva, algunos pasajes del legendario *Necronomicón*, luego se refirió a cierto *Libro de Eibon*, que tenía fama de superar a los demás por su carácter demencial y blasfemo. Él mismo había estudiado aquellos volúmenes que recogían el terror de los Tiempos Originales, pero me prohibió que ahondara demasiado en mis indagaciones. Me dijo que, como hijo que era de la embrujada ciudad de Arkham, donde aún palpitan y acechan sombras de otros tiempos, había oído cosas muy extrañas, por lo

que decidió apartarse prudentemente de las ciencias negras y prohibidas.

Finalmente, después de mucho insistirle, consintió de mala gana en proporcionarme los nombres de ciertas personas que a su juicio podrían ayudarme en mis investigaciones. Mi corresponsal era un escritor de notable brillantez; gozaba de una sólida reputación en los círculos intelectuales más exquisitos, y yo sabía que estaba tremendamente interesado en conocer el resultado de mi iniciativa.

Tan pronto como su preciosa lista estuvo en mis manos, comencé una masiva campaña postal con el fin de conseguir los libros deseados. Dirigí mis cartas a varias universidades, a bibliotecas privadas, a astrólogos afamados y a los dirigentes de ciertos cultos secretos de nombres oscuros y sonoros. Pero aquella labor estaba destinada al fracaso.

Sus respuestas fueron manifiestamente hostiles. Estaba claro que quienes poseían semejante ciencia se enfurecían ante la idea de que sus secretos fuesen desvelados por un intruso. Posteriormente, recibí varias cartas anónimas llenas de amenazas, e incluso una llamada telefónica verdaderamente alarmante. Pero lo que más me molestó fue el darme cuenta de que mis esfuerzos habían resultado fallidos. Negativas, evasivas, desaires, amenazas… ¡Aquello no me servía de nada! Debía buscar por otra parte.

¡Las librerías! Quizá descubriese lo que buscaba en algún estante olvidado y polvoriento.

Entonces empecé una cruzada interminable. Aprendí a soportar mis numerosos desengaños con impasible tranquilidad. En ninguna de las librerías que visité habían oído hablar del espantoso *Necronomicón*, del maligno *Libro de Eibon*, ni del inquietante *Cuites des Goules*[50].

La perseverancia acaba siempre por triunfar. En una vieja tiendecita de South Dearborn Street, en unas estanterías arrinconadas, acabé por encontrar lo que andaba buscando. Allí, encajado entre dos ediciones centenarias de Shakespeare, descubrí un gran libro negro con tapas de hierro. En ellas, grabado a mano, se leía el título: *De Vermis Mysteriis (Los misterios del gusano).*

El propietario no supo decirme de dónde procedía aquel libro. Quizá lo había adquirido hacía un par de años en algún lote de libros de segunda mano. Era evidente que desconocía su naturaleza, ya que me lo vendió por un dólar. Encantado por su inesperada venta, me envolvió el pesado mamotreto y me despidió con amable satisfacción.

Yo me marché apresuradamente con mi precioso botín debajo del brazo. ¡Lo había encontrado! Ya tenía referencias del libro. Su autor era Ludvig Prinn[51], y había perecido en la hoguera inquisitorial, en Bruselas, cuando los juicios por brujería estaban en su apogeo. Había sido un personaje extraño, alquimista, nigromante y mago de gran reputación; alardeaba de haber alcanzado una edad milagrosa, cuando finalmente fue inmolado por el feroz poder secular. De él se decía que se proclamaba el único superviviente de la novena cruzada, y exhibía como prueba ciertos

documentos mohosos que parecían atestiguarlo. Lo cierto es que, en los viejos cronicones, el nombre de Ludvig Prinn figuraba entre los caballeros servidores de Montserrat[52]; pero los incrédulos le seguían considerando un chiflado y un impostor, a lo sumo descendiente de aquel famoso caballero.

Ludvig atribuía sus conocimientos de hechicería a los años en que había estado cautivo entre los brujos y encantadores de Siria, y hablaba a menudo de sus encuentros con los *djinns* y los *efreets* de los antiguos mitos orientales. Se sabe que pasó algún tiempo en Egipto, y entre los santones libios se cuentan ciertas leyendas que aluden a las hazañas del viejo adivino en Alejandría.

En todo caso, pasó sus postreros días en las llanuras de Flandes, su tierra natal, habitando —lugar muy adecuado— en las ruinas de un sepulcro prerromano que se alzaba en un bosque próximo a Bruselas. Se decía que allí moraba en las sombras, rodeado de demonios familiares y terribles sortilegios. Aún se conservan manuscritos que dicen, en forma un tanto evasiva, que era asistido por «compañeros invisibles» y «servidores enviados de las estrellas». Los campesinos evitaban pasar de noche por el bosque donde él vivía; no les gustaban ciertos ruidos que resonaban cuando había luna llena, y preferían ignorar qué clase de seres se prosternaban ante los viejos altares paganos que se alzaban, medio desmoronados, en lo más oscuro del bosque.

Sea como fuere, después de ser apresado Prinn por los esbirros de la Inquisición, nadie vio a las criaturas que había tenido a su servicio. Antes de destruir el sepulcro donde había morado, los soldados lo registraron a fondo y no encontraron nada. Seres sobrenaturales, instrumentos extraños, pócimas…, todo había desaparecido de la manera más misteriosa. Hicieron un minucioso reconocimiento del bosque prohibido, pero sin resultado. Sin embargo, antes de que terminara el proceso de Prinn, saltó sangre fresca en los altares, y también en el potro de tormento. Pero ni con las más atroces torturas lograron romper su silencio. Por último, cansados de interrogar, arrojaron al viejo hechicero a una mazmorra.

Y fue durante su prisión, mientras aguardaba la sentencia, cuando escribió ese texto morboso y horrible, *De Vermis Mysteriis*, conocido hoy como los *Misterios del gusano*. Nadie se explica cómo pudo hacerlo sin que los guardianes le sorprendieran; pero un año después de su muerte, el texto fue impreso en Colonia. Inmediatamente después de su aparición, el libro fue prohibido. Pero ya se habían distribuido algunos ejemplares, de los que se sacaron copias en secreto. Más adelante se hizo una nueva edición, censurada y expurgada, de suerte que únicamente se considera auténtico el texto original latino. A lo largo de los siglos, han sido muy pocos los que han tenido acceso a la sabiduría que encierra este libro. Los secretos del viejo mago son conocidos hoy por algunos iniciados, quienes, por razones muy concretas, se oponen a todo intento de divulgarlos.

Esto era, en resumen, lo que sabía del libro que había venido a parar a mis manos. Aun como mero coleccionista, el libro representaba un hallazgo fenomenal; pero, desgraciadamente, no podía juzgar su contenido porque estaba en latín. Como sólo

conozco unas cuantas palabras sueltas de esa lengua, al abrir sus páginas mohosas me tropecé con un obstáculo insuperable. Era exasperante poseer aquel tesoro de saber oculto y no tener la clave para descifrarlo.

Por un momento, me sentí desesperado. No me seducía la idea de poner un texto de semejante naturaleza en manos de un latinista de la localidad. Más tarde tuve una inspiración. ¿Por qué no coger el libro y visitar a mi amigo para solicitar su ayuda? Él era un erudito, leía en su idioma a los clásicos, y probablemente las espantosas revelaciones de Prinn le impresionarían menos que a otros. Sin pensarlo más, le escribí apresuradamente y muy poco después recibí su contestación. Estaba encantado de ayudarme. Por encima de todo, debía ir inmediatamente.

II

Providence es un pueblo encantador. La casa de mi amigo era antigua, de un estilo georgiano bastante raro. La planta baja era una maravilla de ambiente colonial. El piso alto, sombreado por las dos vertientes del tejado e iluminado por un amplio ventanal, servía de estudio a mi anfitrión. Allí reflexionamos durante aquella espantosa y memorable noche del pasado abril, junto al ventanal abierto a la mar azulada. Era una noche sin luna, una noche lívida en la que la niebla llenaba la vacía oscuridad de sombras aladas. Todavía puedo imaginar con claridad la escena: la pequeña habitación iluminada por la luz de la lámpara, la mesa grande, las sillas de alto respaldo… Los libros tapizaban las paredes; los manuscritos se apilaban aparte, en archivadores especiales.

Mi amigo y yo estábamos sentados junto a la mesa, ante el misterioso volumen. El delgado perfil de mi anfitrión proyectaba una sombra inquieta sobre la pared, y su semblante de cera adoptaba, a la luz mortecina, una apariencia furtiva. En el ambiente flotaba como el presagio de una portentosa revelación. Yo sentía la presencia de unos secretos que acaso no tardarían en revelarse.

Mi compañero era sensible también a esa atmósfera expectante. Los largos años de soledad habían agudizado su intuición hasta unos extremos inconcebibles. No era el frío lo que le hacía temblar en su butaca, ni la fiebre lo que hacía llamear sus ojos con un fulgor de piedras preciosas. Aun antes de abrir aquel libro maldito, sabía que encerraba una maldición. El olor a moho que desprendían sus páginas antiguas traía consigo un vaho que parecía brotar de la tumba. Sus hojas descoloridas estaban carcomidas por los bordes. Su encuadernación de cuero estaba roída por las ratas, acaso por unas ratas cuyo alimento habitual fuera singularmente horrible.

Aquella noche había contado a mi amigo la historia del libro, y lo había desempaquetado en su presencia. Al principio parecía deseoso, ansioso, diría yo, por empezar enseguida su traducción. Ahora, en cambio, vacilaba.

Insistía en que no era prudente leerlo. Era un libro de ciencia maligna. ¿Quién

sabe qué conocimientos demoníacos se ocultaban entre sus páginas, o qué males podían sobrevenir al intruso que se atreviese a profanar sus secretos? No era conveniente saber demasiado. Muchos hombres habían muerto por practicar la ciencia corrompida que contenían esas páginas. Me rogó que abandonara mi investigación, ahora que no lo había leído aún, y que tratase de inspirarme en fuentes más saludables.

Fui un necio. Rechacé precipitadamente sus objeciones con palabras vanas y sin sentido. Yo no tenía miedo. Podríamos echar al menos una mirada al contenido de nuestro tesoro. Comencé a pasar las hojas.

El resultado fue decepcionante. Su aspecto era el de un libro antiguo y corriente de hojas amarillentas y medio deshechas, impreso en gruesos caracteres latinos… y nada más; ninguna ilustración, ningún grabado alarmante.

Mi amigo no pudo resistir la tentación de saborear semejante rareza bibliográfica. Al cabo de un momento, se levantó para echar una ojeada al texto por encima de mi hombro; luego, con creciente interés, empezó a leer en voz baja algunas frases en latín. Por último, vencido ya por el entusiasmo, me arrebató el precioso volumen, se sentó junto a la ventana y se puso a leer pasajes al azar. De vez en cuando, los traducía al inglés.

Sus ojos relampagueaban con un brillo salvaje. Su perfil cadavérico expresaba una concentración total en los viejos caracteres que cubrían las páginas del libro. Cuando traducía en voz alta, las frases retumbaban como una letanía del diablo; luego, su voz se debilitaba hasta convertirse en un siseo de víbora. Yo tan sólo comprendía algunas frases sueltas porque, en su ensimismamiento, parecía haberse olvidado de mí. Estaba leyendo algo referente a hechizos y encantamientos. Recuerdo que el texto aludía a ciertos dioses de la adivinación, tales como el Padre Yig, Han el Oscuro, y Byatis, cuya barba estaba formada por serpientes. Yo temblaba; ya conocía esos nombres terribles. Pero más habría temblado si hubiera llegado a saber lo que estaba a punto de ocurrir.

Y no tardó en suceder. De repente, mi amigo se volvió hacia mí, presa de gran agitación. Con voz chillona y excitada, me preguntó si recordaba las leyendas sobre las hechiceras de Prinn, y los relatos sobre los servidores invisibles que había hecho venir desde las estrellas. Dije que sí, pero sin comprender la causa de su repentino frenesí.

Entonces me explicó el motivo de su agitación. En el libro, en un capítulo que trataba de los demonios familiares, había encontrado una especie de plegaria o conjuro que tal vez fuera el que Prinn había empleado para traer a sus invisibles servidores desde los espacios ultraterrestres. Ahora iba a escucharlo, él me lo leería.

Yo permanecí sentado como un tonto, ignorante de lo que iba a pasar. ¿Por qué no gritaría entonces, por qué no trataría de escapar o de arrancarle de las manos aquel

códice monstruoso? Pero yo no sabía nada, y me quedé sentado donde estaba, mientras mi amigo, con voz quebrada por la violenta excitación, leía una larga y sonora invocación:

Tibi, Magnum Innominandum, signa stellarum nigrarum et bufaniformis Sadoquae sigilum…

El ritual seguía; las palabras se alzaron como aves nocturnas de terror y de muerte; temblaron como llamas en el aire tenebroso y contagiaron su fuego letal a mi cerebro. Los acentos atronadores de mi amigo producían un eco en el infinito, más allá de las estrellas más remotas. Era como si su voz, a través de enormes puertas primordiales, alcanzara regiones exteriores a toda dimensión en busca de un oyente, y lo llamara a la Tierra. ¿Era todo esto una ilusión? No me paré a reflexionar.

Y aquella llamada, proferida de manera casual, obtuvo una respuesta. Apenas se había apagado la voz de mi amigo en nuestra habitación, cuando sobrevino el terror. El cuarto se tornó frío. Por el ventanal entró aullando un viento repentino que no era de este mundo. En él cabalgaba como un plañido, como una nota perversa y lejana; al oírla, el semblante de mi amigo se convirtió en una pálida máscara de terror. Luego, las paredes crujieron y las hojas de la ventana se combaron ante mis ojos atónitos. Desde la nada que se abría más allá de la ventana, llegó un súbito estallido de lúbrica risa, unas carcajadas histéricas que parecían producto de la más absoluta locura. Aquellas carcajadas, que no provenían de boca alguna, alcanzaron la última esencia del horror.

Lo demás ocurrió a una velocidad pasmosa. Mi amigo se lanzó hacia el ventanal y comenzó a gritar, manoteando como si quisiera zafarse del vacío. A la luz de la lámpara vi sus rasgos contraídos en una mueca de loca agonía. Un momento después, su cuerpo se elevó del suelo y comenzó a doblarse hacia atrás, en el aire, hasta un grado imposible. Inmediatamente, sus huesos se rompieron con un chasquido horrible y su figura quedó suspendida en el vacío. Tenía los ojos vidriosos, y sus manos se crisparon convulsivamente como si quisieran agarrar algo que yo no veía. Una vez más, se oyó aquella risa vesánica, ¡pero ahora provenía de *dentro de la habitación*!

Las estrellas oscilaban en roja angustia, el viento frío silbaba estridente en mis oídos. Me encogí en la silla, con los ojos clavados en aquella escena aterradora que se desarrollaba ante mí.

Mi amigo empezó a gritar. Sus alaridos se mezclaron con aquella risa perversa que surgía del aire. Su cuerpo combado, suspendido en el espacio, se dobló nuevamente hacia atrás, mientras la sangre brotaba del cuello desgarrado como agua roja de un surtidor.

Aquella sangre no llegó a tocar el suelo. Se detuvo en el aire, y cesó la risa, que se convirtió en un gorgoteo nauseabundo. Dominado por el vértigo del horror, lo comprendí todo. ¡La sangre estaba alimentando a un ser invisible del más allá! ¿Qué

cantidad del espacio había sido invocada tan repentina e inconscientemente? ¿Qué era aquel monstruoso vampiro que yo no podía ver?

Después, aún tuvo lugar una espantosa metamorfosis. El cuerpo de mi compañero se encogió, marchito ya y sin vida. Por último, cayó en el suelo y quedó allí horriblemente inmóvil. Pero en el aire de la estancia sucedió algo pavoroso.

Junto al ventanal, en el rincón, se hizo visible un resplandor rojizo… *sangriento*. Muy despacio, pero de forma continua, la silueta de la Presencia fue perfilándose cada vez más, a medida que la sangre iba llenando la trama de la invisible entidad de las estrellas. Era una inmensidad de gelatina palpitante, húmeda y roja, una burbuja escarlata con miles de apéndices tentaculares que se enroscaban y desenroscaban en el vacío. En los extremos de estos apéndices, unas bocas se abrían y cerraban con horrible codicia… Era una cosa hinchada y obscena, un bulto sin cabeza, sin rostro, sin ojos, una especie de buche ávido, dotado de garras, que había brotado del vacío estelar. La sangre humana con la que se había nutrido revelaba ahora los contornos del comensal. No era un espectáculo para ser presenciado por un ser humano.

Afortunadamente para mi equilibrio mental, aquella criatura no se desmoronó ante mis ojos. Con un desprecio total por el cadáver flácido que yacía en el suelo, asió el espantoso libro con un tentáculo viscoso y retorcido, y se dirigió al ventanal con rapidez. Allí, comprimió su tembloroso cuerpo de gelatina a través de la abertura. Desapareció, y oí su risa sarcástica y lejana, arrastrada por las ráfagas del viento, mientras regresaba a los abismos de donde había venido.

Eso fue todo. Me quedé solo en la habitación, ante el cuerpo roto y sin vida de mi amigo. El libro había desaparecido. En la pared había huellas de sangre y abundantes salpicaduras en el suelo. El rostro de mi amigo era una calavera ensangrentada, vuelta hacia las estrellas.

Permanecí largo rato sentado en silencio antes de prenderle fuego a la habitación. Después, me marché. Me reí, porque sabía que las llamas destruirían toda huella de lo ocurrido. Yo había llegado aquella misma tarde. Nadie me conocía ni me había visto llegar. Tampoco me vio partir nadie, ya que me fui antes de que las llamas empezaran a propagarse. Anduve horas y horas, sin rumbo, por las calles retorcidas, sacudido por una risa idiota cada vez que divisaba las estrellas inflamadas, cruelmente jubilosas, que me miraban furtivamente a través de los desgarrones de la niebla fantasmal.

Al cabo de varias horas, me sentí lo bastante calmado como para tomar el tren. Durante el largo viaje de regreso, estuve tranquilo, y lo he estado igualmente ahora, mientras escribía esta relación de los hechos. Tampoco me alteré cuando leí en la prensa la noticia de que mi amigo había fallecido en un incendio que destruyó la vivienda.

Solamente a veces, por la noche, cuando brillan las estrellas, los sueños vuelven a conducirme hacia un gigantesco laberinto de horror y de locura. Entonces tomo

drogas, en un vano intento por distraer los recuerdos que me asaltan mientras duermo. Pero tampoco eso me preocupa demasiado, porque sé que no permaneceré mucho tiempo aquí.

Tengo la certeza de que veré, una vez más, aquella temblorosa entidad de las estrellas. Estoy convencido de que pronto volverá para llevarme a esa negrura que es hoy morada de mi amigo. A veces deseo vivamente que llegue ese día, porque entonces aprenderé, yo también, de una vez para siempre, los *Misterios del gusano*.

MADRE DE LAS SERPIENTES

(Mother of Serpents)[53]

I

Ocurrió hace muchos años, poco después de la rebelión de los esclavos. Toussaint l’Ouverture, Dessalines y el Rey Christophe los liberaron de sus amos franceses; lo hicieron mediando para ello sublevaciones y masacres, y fundaron su reino sobre una crueldad más fanática que el despotismo que imperaba hasta ese momento.

Por aquel entonces los negros de Haití no eran felices. Sabían mucho de la tortura y la muerte; la vida despreocupada de sus vecinos de las Indias Occidentales era por completo ajena a estos esclavos y descendientes de esclavos. Allí se dio además una extraña mezcla de razas: hombres salvajes y tribales de Ashanti, Djambala y la costa de Guinea; caribeños hoscos; vástagos morenos de franceses renegados; mezclas bastardas de sangre española, negra e india. Mestizos y mulatos taimados y traicioneros gobernaban la costa, pero había moradores aún peores en las montañas de la isla.

Las selvas de Haití eran impenetrables; una sucesión de junglas y de bosques rodeados de montañas e infestados de ciénagas en las que sólo había insectos ponzoñosos, y de las que sólo se obtenían fiebres pestilentes. Los hombres blancos no se atrevían a entrar allí, pues se trataba de lugares peores que la muerte. Las plantas chupadoras de sangre, los reptiles venenosos y las orquídeas enfermas eran cuanto había en aquellos bosques que albergaban horrores jamás conocidos en África.

Fue en aquellas colinas donde floreció el vudú verdadero. Se dice que allí vivían hombres, descendientes de los esclavos fugados, y facciones enteras proscritas, que habían sido expulsados de la isla. Según los rumores que se propalaban en voz baja, había incluso pueblos aislados en los que se practicaba el canibalismo, y en los que se verificaban oscuros rituales religiosos más brutales y perversos que cualquier cosa que hubiera salido del mismo Congo. Eran comunes allí, según aquellos rumores, la necrofilia, la adoración fálica, la antropomancia, y distintas versiones de la Misa Negra. La sombra de Obeah todo lo abarcaba. Eran habituales los sacrificios humanos, tanto como las ofrendas de gallos y de cabras. Alrededor de los altares del vudú se hacían orgías tenebrosas, y se bebía sangre en honor de Barón Samedi y de otros dioses negros traídos desde las antiguas tierras de los esclavos.

Todo el mundo lo sabía. Cada noche los tambores *rada* resonaban desde las colinas, y las hogueras centelleaban por encima de los bosques. Muchos *papalois*[54] y hechiceros conocidos residían en el linde mismo de la costa, pero jamás se les molestó. Casi todos los negros «civilizados» aún creían en los hechizos y los filtros; incluso los que iban a la iglesia se entregaban a los talismanes y encantamientos en

tiempos de necesidad. Los así llamados negros «educados» de la sociedad de Puerto Príncipe eran abiertamente emisarios de las tribus bárbaras del interior y, a pesar de su apariencia civilizada, los sangrientos sacerdotes todavía gobernaban detrás del trono.

Había numerosos escándalos, por supuesto; eran frecuentes las desapariciones misteriosas, que daban lugar a las protestas de los ciudadanos emancipados. Pero todos sabían que no era conveniente acosar a quienes se inclinaban ante la Madre Negra, ni provocar la ira de los temibles ancianos que moraban a la sombra de la Serpiente.

Así imperaba la hechicería en Haití cuando el país se convirtió en una república. La gente se pregunta en nuestros días el porqué de la vigencia de la magia; una magia que acaso se desarrolle más en secreto que antes, pero que sigue, en efecto, vigente. Muchos se preguntan por qué no se destruye a los siniestros zombis, y cuál es la razón de que el Gobierno del país no haya intervenido para erradicar esos cultos demoníacos y sangrientos que aún se celebran en la penumbra de la jungla.

Puede que esta narración ofrezca una respuesta, pues se trata de una historia que alude a los secretos más acendrados y antiguos de la nueva república. Los funcionarios, ante el relato que aquí se ofrece, recuerdan que no es conveniente ir más allá, ni intervenir siquiera sea levemente, por lo que carecen de la fuerza necesaria para hacer de obligado cumplimiento las nuevas leyes.

Saben bien que el culto de la Serpiente de Obeah jamás será extinguido en Haití, esa isla fantástica cuya sinuosa costa se parece a las fauces abiertas de una monstruosa serpiente.

II

Uno de los primeros presidentes de Haití fue un hombre culto. Aunque nacido en la isla, completó su educación en Francia y cursó largos y profundos estudios durante su estancia en el extranjero. En su acceso al cargo más alto del país, se le vio como un cosmopolita ilustrado y sofisticado, todo un hombre moderno. Por supuesto que le gustaba quitarse los zapatos en la soledad de su despacho, pero nunca exhibió sus pies desnudos en ningún acto oficial. No se malinterprete lo que digo; el hombre no era un Emperador Jones[55]; sencillamente, era un caballero de ébano, muy instruido, cuya natural barbarie a veces afloraba a través de su barniz de civilización.

Era un hombre muy astuto, además de cultivado. Tenía que serlo con el fin de llegar a presidente en aquellos tempranos días; sólo los hombres extremadamente astutos alcanzaron alguna vez ese rango. El término *astuto* era para un haitiano educado sinónimo de *deshonesto*. Por lo tanto, resulta fácil percatarse de cuál era el carácter que adornaba al presidente, cuando se sabe que aún se le tiene por uno de los políticos de más éxito que jamás haya dado su país.

Pocos se le opusieron en el tiempo que duró su corto reinado; quienes conspiraban contra él solían desaparecer sin dejar rastro. Era un hombre alto y negro como el carbón; la conformación morfológica de su cabeza era la propia de un gorila, pero tras aquella frente prominente albergaba un cerebro muy capaz.

Su habilidad era fenomenal. Tenía una perspicacia para las finanzas que le benefició mucho, lo que quiere decir que le benefició tanto en su vida oficial como privada. Siempre que consideraba necesario subir los impuestos, incrementaba la dotación de su ejército y lo enviaba a escoltar a los recaudadores. Sus tratados con los países extranjeros eran obras maestras de ilegalidad aparentemente legal. Este Maquiavelo negro sabía que no le quedaba otra que no fuese trabajar rápido, ya que los presidentes de Haití tenían una manera un tanto peculiar de morir. Parecían particularmente sensibles a las enfermedades, o lo que viene a ser igual, a ese *envenenamiento por plomo* al que aluden nuestros amigos los gángsters… Y, en ese afán por proceder raudo, actuó de manera realmente maestra.

Todo aquello no podía por menos que sorprender, a la vista de su pasado humilde, aunque fuera la suya una saga de éxito al estilo del buen Horatio Alger[56]. No llegó a conocer a su padre. Su madre era una bruja de las colinas y, aunque bastante famosa, nunca salió de la pobreza. El presidente había nacido en una cabaña de madera; todo un entorno clásico para una futura y distinguida carrera. Sus primeros años habían sido plácidos, hasta que a los trece lo adoptó un benevolente ministro protestante. Durante un año vivió como criado de aquel hombre bondadoso. El ministro, sin embargo, murió de repente, dijeron que a causa de un extraño mal… Fue lamentable para todos pues, hombre de buen corazón, había hecho valer su fortuna para aliviar las necesidades de la gente más humilde. Pero lo cierto es que tras la muerte del buen ministro, el hijo de la bruja pobre pudo partir hacia Francia, donde cursó estudios universitarios.

En cuanto a su madre, se compró una mula nueva y guardó silencio. Su destreza y conocimiento de las hierbas le había proporcionado a su hijo un lugar en el mundo, cosa de la que se sentía harto satisfecha.

Ocho años más tarde regresó el muchacho. Había cambiado mucho desde su partida; prefería la sociedad de los blancos y la de los mulatos de piel clara de Puerto Príncipe. Se dice que tampoco prestaba mayor atención a su anciana madre. Era un petimetre advenedizo, y eso le hacía cobrar dolorosa consciencia de cuán ignorante y simple era su madre. Además, como hombre ambicioso al que se le abrían numerosas expectativas y posibilidades, no le interesaba ni por asomo que se le relacionase con una famosa bruja de las colinas.

La madre era en verdad famosa. Nadie sabía, sin embargo, de dónde había llegado ni cuál era su origen. Pero durante muchos años su cabaña en las montañas fue el punto de encuentro de extraños Fieles y de no menos extraños emisarios. Los oscuros poderes de Obeah se evocaban en su altar tétrico y sombrío de las colinas, donde moraba, junto a ella, un grupo de fíeles y adoradores. En las noches sin luna

podían verse desde muy lejos las hogueras rituales que encendían, y bajo el resplandor de las llamas hacían ofrendas de bueyes en bautismos sangrientos que dedicaban al Reptil de la Medianoche, pues en realidad era la bruja una sacerdotisa de la Serpiente.

El Dios Serpiente es la deidad de los cultos a Obeah. Los negros adoraban a la Serpiente en Dahomey y Senegal desde tiempos inmemoriales, y aún veneran a los reptiles de forma peculiar. Para ellos hay un oscuro vínculo entre la serpiente y la luna en cuarto creciente.

Curiosa superstición de la serpiente, ¿no es cierto? El Jardín del Edén tuvo a su tentadora serpiente, y la Biblia habla de Moisés y su báculo de serpientes… Los egipcios reverenciaban a Set, y los antiguos hindúes tenían un dios cobra… Da la impresión de estar generalizados por todo el mundo ese odio y adoración por las serpientes. Siempre parecen ser reverenciadas como criaturas del mal. Los indios americanos creían en la serpiente Yig, y los mitos aztecas siguen idéntico patrón. Y, por supuesto, las danzas ceremoniales de los hopi[57] son del mismo orden.

Pero las leyendas de la Serpiente africana son especialmente mortíferas, y las adaptaciones haitianas de los rituales del sacrificio resultan aún más temibles.

Durante el periodo presidencial al que me refiero, se creía que algunos de los grupos vudú criaban en realidad serpientes; al parecer traían los reptiles desde Costa de Marfil para usarlos en sus prácticas secretas. Corrían rumores sobre la existencia de pitones de unos seis metros, que se tragaban a los recién nacidos que les eran ofrecidos en los altares de los negros, y de envíos de serpientes venenosas que mataban a los enemigos de los maestros del vudú. Es un hecho conocido, precisamente, que un peculiar culto que adoraba a los gorilas había introducido furtivamente en el país a unos simios antropoides, por lo que las leyendas acerca de la serpiente importada a buen seguro respondían de igual manera a la realidad.

En cualquier caso, lo cierto es que la madre del presidente fue una sacerdotisa del vudú, y tan famosa, a su manera, como lo fuera su distinguido hijo, que poco después de regresar a la isla fue ascendiendo rápidamente hasta alcanzar el poder. Comenzó su escalada como recaudador de impuestos, fue luego tesorero de la república, y por último presidente de la nación. Varios de sus rivales murieron, y aquellos que continuaron oponiéndosele no tardarían en descubrir que más les valdría olvidarse del odio que le profesaban, pues aún era un salvaje de corazón, y a los salvajes les gusta torturar a sus enemigos. Se rumoreaba que había construido una cámara secreta de torturas en los sótanos del palacio presidencial, una cámara de torturas con los instrumentos oxidados, pero no precisamente por falta de uso.

Sin embargo, la brecha ya existente entre el joven y su madre se hizo aún más grande cuando él estaba a punto de acceder a la presidencia. La causa inmediata fue su matrimonio con la hija de un rico hacendado mulato de la costa. La anciana no sólo se sintió humillada porque el hijo introducía la contaminación racial en la estirpe, dado que ella era negra sin mácula y descendiente de un rey que fuera llevado

como esclavo desde Nigeria, sino que se sintió muy indignada por el hecho de no recibir invitación para asistir al enlace.

La boda se celebró en Puerto Príncipe. Asistieron los cónsules extranjeros, y también la crema de la sociedad haitiana, como era lógico. La novia, una joven muy hermosa, había sido educada en un convento, y toda ella era tenida en una gran estima por sus virtudes. Parecía lógico que el novio no quisiera profanar sus nupcias ni la celebración de las mismas con la presencia de su madre, una mujer ciertamente desagradable e impía.

Ella, sin embargo, acudió a presenciar los fastos desde la puerta de la cocina. Y estuvo bien que no revelara su presencia, ya que habría avergonzado no sólo a su hijo, sino a unos cuantos más, por ejemplo a los dignatarios que en muchas ocasiones acudían en secreto a consultarle sus cuitas.

Lo que vio de su hijo y de su prometida no le resultó precisamente grato. Él se mostraba ahora como un dandi afectado, y su esposa parecía en realidad, más que virtuosa, una muchacha tonta y coqueta. El ambiente de pompa y ostentación no impresionó a la vieja bruja en nada que no fuera para mal; detrás de sus máscaras festivas de educada sofisticación, sabía que la mayoría de los presentes eran negros supersticiosos que irían corriendo a verla, como tantas veces, en busca de encantamientos o de consejos oraculares, en cuanto tuvieran algún problema. No obstante, no hizo nada; se limitó a sonreír amargamente, y cuando concluyó todo regresó a su cabaña cojeando. Al fin y al cabo, aún amaba a su hijo.

Pero no pudo pasar por alto la siguiente afrenta. Fue en la toma de posesión del nuevo presidente, acto para el que tampoco recibió invitación. Pero allí estuvo. Y esta vez no permaneció oculta. Una vez hubo proclamado su hijo el juramento de rigor, se dirigió decidida hacia el nuevo y máximo dignatario de Haití, plantándose ante él bajo la atenta mirada del cónsul de Alemania, que era quien más cerca se encontraba. La mujer componía una figura realmente grotesca. Era una vieja pequeña y fea que apenas medía cinco pies, muy negra, descalza y cubierta con harapos.

El hijo ignoró su presencia con gran naturalidad, como si no la viese. La bruja, una máscara de negras arrugas, se pasó la lengua por sus encías desdentadas en terrible silencio, y luego, con gran tranquilidad, sin alterarse lo más mínimo, comenzó a maldecirlo… no en francés, sino en el dialecto nativo de las colinas. Invocó la ira de sus sangrientos dioses para que cayera sobre su cabeza desagradecida, y los amenazó, a él y a su esposa, con vengarse por su cursi ingratitud. Los asistentes quedaron conmocionados por el espectáculo que se les brindaba.

Igual de conmocionado quedó el nuevo presidente. Pero no perdió la compostura. Con absoluta calma llamó con un gesto a los guardias, que se llevaron a la, entonces sí, histérica bruja. El nuevo mandatario se dijo que ya hablaría con ella más tarde.

La noche siguiente, cuando consideró adecuado bajar a la mazmorra para intentar al menos razonar con su madre, no la encontró. Los guardias, moviendo los ojos misteriosamente, asombrados y presos del pánico, dijeron que se había ido. El

presidente dio la orden de que fusilaran al carcelero y regresó a sus aposentos oficiales.

En cualquier caso, no podía evitar preocuparse por la maldición de su madre. Bien sabía de lo que era capaz la bruja. Y mucho menos le tranquilizaba el hecho de que ella hubiera proferido esas amenazas dirigidas igualmente a su esposa. Justo al día siguiente ordenó que le fueran hechas unas balas de plata, como lo hizo el Rey Henry en otro tiempo[58]. También compró un encantamiento *ouanga* de un hechicero que conocía. La magia lucharía así contra la magia.

Aquella noche, una serpiente le visitó en sueños; una serpiente de ojos verdes que le susurró a la manera de los hombres y le siseó con risa aguda y sarcástica cuando él la golpeó en su sueño. Por la mañana había un fuerte y acre olor a reptil en su dormitorio, y un légamo nauseabundo sobre su almohada, del que brotaba un hedor igualmente pestífero. Y el presidente supo que sólo su encantamiento le había salvado.

Aquella misma tarde su esposa echó en falta uno de sus vestidos parisinos, y el presidente interrogó a los sirvientes en su cámara de torturas. Descubrió varios hechos que no tuvo el coraje de contar a su esposa, sin embargo, y a partir de ese momento comenzó a vérsele sumido en una gran tristeza. Ya había visto antes lo que era capaz de hacer su madre con unas pequeñas figuras de cera que parecían hombres y mujeres, a las que vestía con pequeños trajes y vestidos hechos con retales de prendas robadas. A veces les clavaba agujas o achicharraba al fuego. Y siempre, después, enfermaban hasta morir ciertas personas… Recordar aquello hizo que el presidente se sintiera desdichado y muy aprensivo, una sensación que se acrecentó en él cuando varios mensajeros le comunicaron que su madre había desaparecido de su vieja cabaña en las montañas.

Tres días más tarde falleció su esposa a causa de una herida dolorosa y súbita en el costado que los médicos no pudieron explicar. Murió en medio de una terrible agonía, y se dijo que poco antes de exhalar su último suspiro el cuerpo se le había puesto completamente azul e hinchado hasta el doble de su volumen normal. Presentaba además unos rasgos que parecían devorados por la lepra, y sus extremidades, de tan dilatadas, se parecían a las de una víctima de la elefantiasis. En Haití, es cierto, pueden contraerse crueles enfermedades propias de los Trópicos, pero ninguna mata en tres días.

Después de eso, el presidente se volvió loco.

Como Cotton Mather en otro tiempo, inició una auténtica caza de brujas. Hizo que soldados y policías peinaran el campo y las montañas. Acudieron sus espías a cuanta cabaña y cobertizo había en las cumbres y en las cimas de las colinas. Hubo patrullas de hombres armados que se emboscaban entre los muertos vivientes que trabajaban en los campos como esclavos, los cuales miraban sin cesar a la luna con sus ojos vidriosos. Fueron sometidas a duros interrogatorios todas las *mamalois*[59], algunas de las cuales acabaron quemadas en hogueras, en las que también fueron

quemados distintos libros secretos. Muchos sacerdotes morían en los altares donde solían realizar sacrificios mientras ladraban los perros. Había que respetar, sin embargo, una orden tajante: la madre del presidente tenía que ser capturada con vida y sin recibir daño alguno.

Mientras se desarrollaban las operaciones, el presidente aguardaba sentado en palacio con los ojos abrasados por la locura. Y eran sus ojos brasas que ardieron con llamarada demoníaca cuando los guardias le llevaron al fin a la vieja bruja, a quien habían capturado cerca de una terrible arboleda de ídolos que había junto a una gran ciénaga.

Condujeron de inmediato a la anciana hasta el sótano, aunque se resistió violentamente, arañando como un gato rabioso a los guardias, que luego salieron de allí dejándola a solas con su hijo… Allí, sin más compañía que la de su madre en el potro de tortura… desde donde ella le maldecía sin tregua. Pero no se le había ido aquel odio frenético de los ojos, y tenía un gran cuchillo de plata en la mano.

El presidente pasó muchas horas de los días siguientes en su cámara secreta de torturas. Rara vez se le vio por el palacio, y sus sirvientes recibieron órdenes de que no debían importunarlo con nada. Al cuarto día subió por la escalera oculta que comunicaba las cámaras de tortura con el palacio, por última vez. Ya le había desaparecido de la mirada aquel fulgor vesánico.

Nunca se pudo saber con certeza qué ocurrió en los sótanos de palacio. Mejor así, quizá… El presidente era un salvaje de corazón, y la prolongación del dolor siempre aporta al hombre de alma bruta un gran éxtasis.

Sin embargo, se sabe que la vieja bruja maldijo a su hijo con la Maldición de la Serpiente cuando ya le llegaba el último suspiro, y ésa es la maldición más terrible de todas.

Se puede adquirir cierta idea de lo que pasó, pues conociendo la capacidad de venganza del presidente estaba claro que tenía un sentido del humor lúgubre, y esa voluntad de devolver siempre el mal recibido, tan propia de un salvaje. Su esposa había sido asesinada por su madre, para lo cual hizo una imagen de cera a imagen y semejanza de ella. Decidió el presidente, pues, devolverle una maldad tan exquisita como apropiada.

Cuando subió por la escalera aquella última vez, sus sirvientes vieron que llevaba en la mano una vela grande, hecha de grasa de cadáver. Y como nadie vio nunca más el cuerpo de su madre, menudearon las conjeturas a propósito de cómo podía haberse hecho con la grasa de cadáver. Pero como era hombre de humor lúgubre, como ya se ha dicho, el presidente no despreciaba las bromas macabras…

El resto de la historia es muy simple. El presidente fue directamente a su despacho en el palacio, donde puso aquella siniestra vela en su escritorio. Como en los últimos días había hecho dejación de sus obligaciones, eran muchos los asuntos oficiales que tenía pendientes de resolución. Permaneció sentado en silencio un rato, mirando la vela con una sonrisa brutal de satisfacción. Luego ordenó que le llevaran

los documentos por cumplimentar y anunció que se ocuparía de ellos sin más dilaciones.

Se quedó trabajando toda la noche, con dos guardias junto a la puerta. Sentado a su mesa, se dedicó a su tarea a la luz de la vela… Aquella vela hecha con grasa de cadáver.

La maldición que le soltara su madre cuando moría, no pareció haber hecho mella en él. Una vez cumplida su venganza, su ansia de sangre saciada descartó cualquier otro posible escarnio. Ni siquiera era lo suficientemente supersticioso como para creer que la bruja pudiera volver de la tumba. Así que se quedó la mar de tranquilo allí sentado, como todo un caballero civilizado. La vela proyectaba sombras ominosas sobre el cuarto en penumbra, pero él no se dio ni cuenta… hasta que fue demasiado tarde. Entonces, angustiado, levantó la vista para ver la vela de grasa de cadáver retorcerse hasta adquirir una vida monstruosa.

La maldición de su madre…

¡La vela, aquella vela hecha con grasa de cadáver… estaba viva! Era una cosa sinuosa que se retorcía moviéndose en su candelabro con un propósito siniestro.

El extremo de la llama pareció brillar con intensidad y adquirir un súbito y terrible parecido. El presidente, sorprendido, vio la cara en llamas de su madre; una cara de fuego diminuta y arrugada, con un cuerpo de grasa de cadáver que se lanzó hacia él con una agilidad flamígera y sorprendente. La vela se estiraba como si se derritiese; se estiraba y lanzaba hacia él de un modo inevitable y violento.

El presidente de Haití gritó, dolorido y espantado, pero fue demasiado tarde. La brillante llama del extremo se apagó, quebrando el hechizo hipnótico que lo mantenía en trance. Y en ese momento la vela saltó contra él, mientras la habitación se hundía en la más absoluta y tétrica oscuridad. Una oscuridad horrible, llena de gemidos y del sonido de un cuerpo debatiéndose que se debilitaba y consumía por momentos.

Estaba inmóvil cuando los guardias entraron y encendieron las luces de nuevo. Sabían lo de la vela de grasa de cadáver y la maldición de la madre bruja del presidente. Por esa razón fueron los primeros en anunciar la muerte del mandatario; por eso le pegaron un balazo en la nuca y anunciaron que se había suicidado.

Tal fue la historia que contaron al sucesor del presidente, por lo que éste dio la orden de que se abandonara la cruzada contra el vudú. Era mejor así, pues el nuevo gobernante no quería morir. Los guardias le explicaron por qué habían disparado al presidente y por qué habían dicho que cometió suicidio. Su sucesor no quiso arriesgarse a ser, también él, víctima de la Maldición de la Serpiente.

El anterior presidente de Haití había sido estrangulado por la vela de grasa del cadáver de su madre. Una vela de grasa de cadáver que se había enroscado en su cuello como una serpiente gigantesca.

EL SECRETO DE SEBEK

(The Secret of Sebek)[60]

No he vuelto a asistir al baile de máscaras de Henricus Vanning. Incluso de no haber ocurrido la tragedia, habría rechazado también su invitación otra noche. Ahora que ya estoy lejos de Nueva Orleans, puedo repasar aquel lamentable episodio de manera menos acuciante. Sé por ello que cometí un error. El recuerdo de aquel momento final e inexplicable me supone tanto horror que aún no soy capaz de afrontarlo racionalmente. Todo lo que había sospechado, todos mis prejuicios, prefiero dejarlo, sin embargo, al albur de mis pesadillas recurrentes que tanta aflicción me causan.

Pero por aquel tiempo del que hablo no me guiaba por las intuiciones, y mucho menos de las premoniciones. Era un perfecto extraño en Louisiana, un solitario en la ciudad. La celebración del Mardi Gras sólo sirvió para que se acrecentara en mí esa sensación de soledad. En las dos primeras noches de carnaval, cansado tras muchas horas sentado ante la máquina de escribir, vagabundeé por ahí como un perfecto extraño, si no como un auténtico alienígena, por aquellas calles tortuosas, mientras los que se daban a la fiesta y al jolgorio a menudo se reían de mí, señalándome precisamente como solitario.

Mi trabajo de aquel tiempo era realmente agotador. Me hallaba sumido en la redacción de una serie de historias, contratadas con un *magazine*, sobre el antiguo Egipto, motivo por el cual, sin duda, me hallaba en un estado mental por lo menos raro… Durante el día me quedaba en mi habitación, dejando que mi mente se aherrojara con las imágenes de Nyarlathotep, Bubastis y Anubis, cosa que contribuía a llenar mis pensamientos urdiendo cuitas de sacerdotes de aquel tiempo de la antigüedad. Pero por las noches salía a pasear sin rumbo, a menudo con la mente en blanco, lo que al cabo me provocaba pensamientos aún más extraños que la especulación diurna acerca de aquellos fantásticos personajes del pasado.

Pero ya basta de excusas. Si he de ser franco, diré que cuando salí de mi habitación aquella tercera noche de carnaval, después de un día realmente atareado, no albergaba otra intención que la de emborracharme. Primero entré en un café bastante oscuro, donde di buena y rápida cuenta de una botella de excelente licor de melocotón. El local estaba lleno de gente y hacía mucho calor. La gente, sin quitarse sus máscaras, parecía honrar más que alegremente al rey Momo.

Al principio no me molestaba nada de aquello, al contrario. La generosa ingesta del magnífico licor hacía que la sangre corriera por mis venas con la alegría de recibir un elixir, y la intoxicación etílica me llenaba la mente de imágenes sugerentes, alentadas, además, por lo que contemplaba a mi alrededor. Incluso miraba a los que

había por allí con bastante simpatía, con un interés diferente, comprendiéndolos… Parecía evidente que todos ellos también trataban de escapar de algo aquella noche… Escapar de la estúpida monotonía de lo cotidiano, de los lugares comunes. Un hombre muy gordo, disfrazado de payaso, también observaba todo aquello en silencio; y, aunque parecía un tanto idiota, simpaticé con él, pues me pareció que tras su disfraz a duras penas ocultaba un sentimiento de frustración muy hondo, como tantos de aquellos extraños con máscaras… En realidad, y eso era cosa que me parecía digna de aprecio y reconocimiento, no hacían sino intentar olvidarse de todo, al menos mientras duraba el Mardi Gras.

Yo también quería olvidar. Ya había vaciado la botella. Salí del café finalmente, para vagar de nuevo por las calles. Pero esta vez no experimenté el menor sentimiento de soledad. Iba por ahí como si fuese el mismísimo rey del Carnaval, intercambiando bromas y pullas más o menos mordaces con los celebrantes con que me cruzaba.

En este punto se me borran un poco los recuerdos, no me asiste bien la memoria… Sé, en cualquier caso, que entré en un bar para tomarme un whisky con soda, y que luego seguí vagando por ahí… No podría decir hasta dónde me llevaron mis pasos, pero sí que caminaba sin esfuerzo, un poco como si volase a corta distancia del suelo, y que, aunque ahora no pueda recordarlo bien, sí sé que entonces mi mente poseía la claridad del cristal.

No pensaba en cosas de este mundo, sin embargo. Eso también lo sé. En cierto modo mi mente se había centrado de nuevo en mi trabajo, por lo que me daban vueltas en la cabeza las cosas del antiguo Egipto, esas con las que me afanaba en la tarea de escribir. Aunque, como digo, me hallaba sumido en un cierto grado de intoxicación etílica, repasaba aquellos siglos idos entre visiones de su secreto y antiguo esplendor.

Iba ahora por una calle muy oscura y desierta.

Pero en realidad caminaba entre los templos de Tebas, bajo la mirada de las esfinges.

Luego desemboqué en una calle más iluminada, donde bailaban sin desmayo los celebrantes.

Pensaba, sin embargo, en los acólitos vestidos con túnicas blancas que adoraban al sagrado Apis.

La turba en celebración hacía sonar trompetillas de papel y lanzaba confeti al aire.

En mi apreciación, empero, una aguda letanía de trompetas saludaba a las vírgenes que acudían a mí para ofrendarme rosas rojas como la sangre del traicionado Osiris[61].

Así, mientras pasaba por calles que parecían acoger fiestas saturnales, seguían volando mis pensamientos hasta mucho más allá. Todo aquello era mucho más que un simple sueño en estado de vigilia, cuando llegué a una de las calles del distrito creole. Se alzaban allí edificios altos a ambos lados de la calzada, cuyas aceras

estaban sin embargo tan desiertas como parecían los propios edificios. No era una mera apreciación: los que moraban en aquellos edificios andaban por ahí, celebrando el Carnaval, entregados al jolgorio más desenfrenado. Aquellas edificaciones eran antiguas y estaban muy próximas, como se construía en otro tiempo. Apenas había distancia entre una casa y otra.

Me dije que eran como sarcófagos de momias olvidados en algún enterramiento de la antigüedad. Me dije que los gusanos de la muerte los habían vaciado.

Las ventanas oscuras de las buhardillas parecían ojos que me miraban.

Miradas vacías como las cuencas de una calavera que oculta secretos.

Secretos…

El Egipto secreto.

Fue entonces cuando vi a aquel hombre. Seguía calle abajo cuando me percaté de que, curiosamente, había alguien más que yo en aquella calle larga, oscura y desierta. Alguien entre las sombras. Estaba en silencio, quieto, como si me aguardase. Mi primera intención fue la de acelerar el paso, pero algo en aquel hombre tranquilo me llamó la atención poderosamente. Vestía de manera poco común, más allá de que estuviéramos en Carnaval.

Y de repente sufrieron mis ensoñaciones de borracho el impacto, el golpe de la realidad.

Aquel hombre vestía una túnica como la de los sacerdotes del antiguo Egipto.

Lo que veía era una alucinación, ¿o no llevaba aquel hombre la insignia con la triple corona de Osiris? No había duda con respecto a su blanca túnica sacerdotal, como tampoco la había en cuanto a que lo que tenía en sus manos huesudas era un báculo rematado con la corona de Set, en la que figura la Serpiente.

No sin bastante precaución, me detuve a cierta distancia del extraño para observarle. Era muy delgado y oscuro. Con un gesto raudo metió su mano bajo la túnica, lo que me hizo retroceder unos pasos, aún más precavido… Pero lo que sacó de allí fue un cigarrillo.

—¿Me da fuego, amigo? —dijo el sacerdote del antiguo Egipto.

Me eché a reír, aliviado, recordando que estábamos en pleno Mardi Gras… ¡Vaya susto que me había pegado aquel tipo!

Él me sonreía mientras yo echaba mano al bolsillo para sacar mi encendedor. Lo tomó y encendió su cigarrillo, mientras le miraba a la débil luz de la llama del mechero.

Él me miró también y pareció reconocerme. Con tono de interrogación dijo mi nombre y asentí.

—¡Qué sorpresa! —dijo un tanto burlón—. Así que es usted el escritor, ¿eh? Recientemente he leído alguna de sus historias, pero no tenía ni idea de que anduviese usted por Nueva Orleans.

Dije algo a modo de explicación del porqué de mi presencia en la ciudad. Me interrumpió.

—¡No sabe cuánto me alegro! —dijo—. Me llamo Henricus Vanning y también me gusta andar de incógnito… Usted y yo tenemos mucho en común.

Charlamos unos minutos. O debería decir, más bien, que habló él. Y yo escuchaba. Me pareció todo un caballero, un hombre culto y muy educado. Habló de sus muy profundos estudios e investigaciones en el campo de la mitología, expresando su interés primordial por la del antiguo Egipto. Así, me habló finalmente de un grupo de amigos, más que una sociedad de investigadores, unidos por su interés en la mitología, relacionada siempre con la metafísica. Aquello, supuso Vanning, podría interesarme.

Después, sin aguardar respuesta, me dijo con gran entusiasmo:

—¿Qué planes tiene para esta noche?

Confesé que ninguno, que vagaba por ahí sin más.

Sonrió.

—¡Magnífico! Pues entonces cenemos juntos —me propuso—. Precisamente me disponía a regresar a mi casa, donde he de hacer de anfitrión… Nuestro pequeño grupo de amigos, ya le he hablado de ellos, siempre me instan a que organice un baile de máscaras en mi casa por estas fechas… ¿Le gustaría asistir? Será interesante, ya lo verá…

—Me temo que no dispongo de la vestimenta adecuada —me disculpé.

—Eso es lo de menos… Creo que sabrá apreciar usted, particularmente bien, todo esto… Le aseguro que será una reunión poco común… Venga conmigo, se lo ruego.

En realidad casi me forzó a seguirle y fuimos calle abajo. De vez en cuando seguía encogiéndome de hombros, pero de buen grado. Después de todo, ¿qué tenía que perder, salvo un poco más de tiempo? Y he de decir que sentía gran curiosidad ante lo que Vanning me proponía.

Mientras caminábamos, sin embargo, se hizo presente la parte más gárrula e inquietante del señor Vanning, que comenzó a hablar de cosas ciertamente inquietantes, por no decir desagradables. Habló, por ejemplo, y con mucho detalle, de las cosas que hacía su pequeño círculo esotérico, llamándome especialmente la atención que se refiriesen a sí mismos como el Club del Sarcófago, cosa que, además de parecerme de mal gusto, me resultaba presuntuosa por su parte. Por lo que me refirió, el tal círculo de amistades se dedicaba con más que cierto entusiasmo a pasar buena parte de su tiempo buscando cuanto de macabro había en el arte, la literatura y la música.

Aquella noche, según mi anfitrión, el grupo celebraría el Mardi Gras de una manera única y radicalmente distinta. Habían decidido despreciar las mascaradas habituales, por lo que todos los invitados deberían acudir vestidos de manera, digámoslo así, sobrenatural. Bastaba ya, pues, de disfrazarse de piratas, de payasos y de caballeros coloniales; todo habría de ser, o sobrenatural, o como mucho mitológico. Así que me encontraría allí, imaginaba yo, con hombres lobo, vampiros, dioses, diosas, sacerdotes y nigromantes.

Debo confesar que todo aquello no me placía mucho, la verdad… Nunca he tenido estómago para tragarme las bolas de los supuestos ocultistas y demás devotos de ese tipo de metafísica. Siempre me ha repelido la charlatanería de los espiritistas, los astrólogos y toda esa panda…

Por el contrario, siempre he creído que no deben dejarse en manos de los tontos los asuntos relacionados con la fe antigua ni con los secretos que atesoraron culturas ya desaparecidas. Si aquello era uno de esos típicos grupos de gente de mediana edad, compuestos por neuróticos y diletantes más o menos pálidos y con ojeras, seguro que me aburriría un montón.

Pero el propio Henricus Vanning, a pesar de su cháchara un tanto fatua, parecía no ser tan superficial, y sí un erudito, en cambio, que quizá ocultase sus conocimientos bajo una capa de superficialidad. Sus cultas alusiones a la inspiración de la que habían nacido algunas de mis historias que conocía, demostraban en efecto que sus conocimientos eran algo más que un barniz, el resultado de una búsqueda sincera de información acerca de lo que está más allá del velo ante el que se detiene de común el pensamiento humano. Es más, parecía saberlo todo acerca de los ceremoniales primigenios y del maniqueísmo.

Eso hizo que comenzara a sentirme absorbido por sus palabras tras la primera impresión negativa. Tanto que apenas reparé en las calles por las que íbamos, ni en la distancia que recorríamos. Cuando llegamos a nuestro destino, finalmente, me vi ante una mansión muy bien iluminada.

La verdad es que, a esas alturas de la noche, ya estaba seducido por el pintoresquismo de Vanning, por lo que me resulta difícil recordar, sin embargo, detalles concretos del exterior de aquella mansión o de la parte de la ciudad en la que se alzaba.

Confuso y un tanto apabullado, seguí a Vanning. Entré tras él y me dirigí… a una pesadilla.

Cuando dije que la casa estaba perfectamente iluminada, me refería justo a eso, sin más. Iluminada… en rojo, tenía que haber añadido.

Nos detuvimos en el vestíbulo. El vestíbulo del infierno. De las paredes cuajadas de espejos salían ráfagas de luz roja que herían como cimitarras. En las ventanas había cortinones de un rojo bermellón, y de varios braseros diseminados aquí y allá brotaba un humo de color carmesí que impregnaba poco a poco el ambiente. Un mayordomo luciferino se hizo cargo de mi sombrero, ofreciéndome acto seguido una copa de licor de cerezas, muy rojo.

Vanning se me acercó entonces, copa en mano.

—¿Le gusta? —me preguntó—. Me satisface que mis invitados se sientan cómodos… He querido dar a la decoración un toque de Poe.

Recordé de inmediato esa espléndida narración de Poe que es *La máscara de la*

muerte roja, y aquella burda decoración me pareció una blasfemia para con el relato.

No obstante, me intrigó sobremanera aquella muestra de excentricidad que hacía mi anfitrión. Quizá quisiera decirme algo. O quizá intentase hacer algo. No lo sabía. Me limité a alzar mi copa para brindar con Vanning, vestido como un sacerdote del antiguo Egipto. Su copa también tenía un licor rojo.

El licor quemaba.

—Ahora, vayamos a ver a los invitados —dijo Vanning descorriendo una cortina roja con su mano, y guiándome a una habitación que más bien era una gruta, a la derecha.

Allí las paredes estaban tapizadas con terciopelo verde y negro. Los candelabros eran de plata y estaban en nichos. El mobiliario, sin embargo, era moderno y bastante convencional, pero en cuanto vi al resto de los invitados creí que soñaba.

Vanning me había dicho algo de hombres lobo, dioses y nigromantes. No era una exageración desde luego, aunque había pensado que a buen seguro no sería para tanto, sino una forma un tanto críptica de aludir a su círculo de amistades. Pero quienes estaban en aquella habitación, unos huéspedes muy particulares, formaban en realidad una suerte de panteón infernal.

Vi a un Pan obsceno bailando con una bruja no menos obscena. Y a Freya abrazada a un sacerdote vudú. Y a una bacante blanquísima abalanzándose sobre un derviche iraní de mirada salvaje. Había también enanos, druidas, ninfas, gnomos; y lamas, chamanes, sacerdotisas, faunos, ogros, magos, fantasmas… Aquello en realidad parecía un sabbat. Una vindicación de los antiguos pecados.

Pero a medida que fui siendo presentado a cada uno de ellos, se desvaneció aquella primera sensación que tuve. Pan era en realidad un hombre de mediana edad, de abultadas ojeras y párpados un poco caídos, y más bien rechonchete. Freya era una joven debutante que tenía en la mirada la desesperación de las prostitutas. Y el sacerdote vudú era un joven muy simpático pintado de negro con un corcho quemado, que hablaba un inglés un tanto ceceante.

El resto, más o menos por el estilo. Fui presentado al menos a una docena de invitados, pero al poco ya había olvidado sus nombres, de tan comunes como eran. Me llamó la atención que Vanning se mostrara un tanto celoso al respecto, evitando presentarme a los que parecían más parlanchines y graciosos.

—Vamos, divertíos y no seáis pesados —les decía en cuanto se acercaban a mí, curiosos ante mi presencia—. Son una manada de tontos —me decía luego en voz baja mientras me llevaba a través de la habitación, que en realidad, de tan grande, era un salón—. Pero sí hay unos cuantos que merecen la pena ser conocidos.

Al fondo del salón, en una esquina, había un grupo de cuatro hombres. Todos vestían ropas sacerdotales, parecidas a las del propio Vanning.

Un tal doctor Delvin, hombre de edad, vestía una túnica babilónica.

Un tal Etienne de Marigny parecía un sacerdote de Adonis.

Un tal profesor Weildan lucía turbante y barba de gnomo.

Y un tal Richard Royce, un estudioso que no se quitaba los lentes en ningún momento, llevaba cogulla de monje.

Los cuatro me dedicaron una cortés inclinación de cabeza. No obstante, después de los saludos se quedaron en silencio, como si temiesen seguir hablando en mi presencia. Sí hablaron con Vanning, por el contrario, pero en voz muy baja, confidencialmente, como si le pidieran referencias… Al menos eso me dijo al poco el anfitrión, hablándome al oído. Y para aclararme alguna cosa más.

—Éstos son los componentes del grupo acerca del cual le hablé antes —me dijo Vanning—. Ya vi cómo miraba usted a mis otros invitados, de no muy buen talante, y por eso he querido presentarle a estos amigos, mucho más interesantes, sin duda… Esos que nada le agradaron son unos imbéciles, lo admito… Pero estos hombres son verdaderos iniciados. Quizá se pregunte por la razón de su presencia en una fiesta tan mundana… Se lo explicaré… El ataque es la mejor defensa.

—¿El ataque es la mejor defensa? —dije yo, un tanto confundido.

—Sí. Suponga que mis amigos y yo investigamos en los arcanos de la magia negra…

Había algo extraño, muy sugerente, en la manera en que me dijo *suponga*.

—Suponga —siguió diciendo— que le digo la verdad… ¿No le parece que nuestra pequeña sociedad de adeptos, o de meros amigos, podría ser investigada, si no acosada y perseguida?

—Sí —admití—. Lo que dice usted parece razonable.

—Por supuesto que sí… Por eso prefiero pasar al ataque, publicitando una especie de interés por el ocultismo, cosa que demostramos organizando estas estúpidas fiestas de disfraces. Todo queda reducido a una mascarada, y así evitamos que nos investiguen, ¿comprende? Es la única manera de trabajar tranquilamente, de ahondar en nuestras investigaciones. Buena táctica, ¿no cree?

Asentí sonriendo. Vanning no era, desde luego, un imbécil.

—Seguro —siguió diciendo— que le interesa hablar con el doctor Delvin, pues no en vano es uno de nuestros más famosos etnólogos. De Marigny, por su parte, es un muy conocido ocultista, seguro que recuerda usted su nombre, muy unido al caso Randolph Carter ocurrido hace unos años… Royce es mi ayudante, y el profesor Weildan es, sin más, Weildan el egiptólogo.

Era muy divertido. Lo egipcio como tema recurrente de aquella noche.

—Le he prometido una velada muy interesante, amigo mío —me dijo Vanning—. Y la va a tener… Seguiremos en esta mansión media hora, más o menos, pero luego nos iremos a mi apartamento para entregarnos a lo que de veras nos ocupa. Será una sesión en toda regla, ya lo verá. Eso sí, le ruego sea paciente.

Los otros cuatro me aceptaron con una nueva inclinación de cabeza cuando Vanning me condujo del brazo hasta donde estaban. El baile había cesado unos momentos y aquellos ídolos de guardarropía que antes danzaban desenfrenadamente se revolcaban ahora, no menos desenfrenadamente, por el suelo. Vi a varios demonios

que bebían julepe de menta, y a vírgenes sacrificadas en el altar de la fiesta que se repasaban los labios con sus barras de carmín. Neptuno pasó a mi lado con un gran cigarro en los labios. Todo aquello chirriaba un poco, la verdad.

La máscara de la muerte roja, recordé… Y entonces le vi.

Hizo una entrada digna de haber sido descrita por Poe. De repente se abrieron los cortinones verdes y negros de la sala y entró en el salón como si emergiera de los más oscuros senderos de lo desconocido, en vez de entrar por una puerta.

Las velas de los candelabros de plata lo silueteaban espléndidamente, y caminaba como envuelto en un halo de delicadeza que hacía lentos y solemnes sus movimientos. Tuve la momentánea impresión de que lo veía a través de un prisma, merced a la luz del salón, que ofrecía distintas tonalidades del rojo.

Era el alma de Egipto.

La larga túnica blanca contenía un cuerpo cuyos contornos resultaban, sin embargo, difíciles de apreciar. Unas largas manos le colgaban a través de las mangas, y los dedos, cubiertos de anillos con engastamiento de joyas, desprendían un fulgor de oro. En uno de esos anillos lucía el sello del ojo de Horus.

La túnica blanca, sin embargo, tenía una capucha negra. Cubría con ella su cabeza, que inspiraba un horror indecible.

Era la cabeza de un cocodrilo en un cuerpo de sacerdote del antiguo Egipto.

Era una cabeza aterradora, una cabeza con calavera de saurio, verde y con escamas, sin pelo, viscosa, insidiosa, nauseabunda. Unos arcos huesudos albergaban sus ojos brillantes sobre el morro de reptil. Los afilados colmillos como estiletes de sus poderosas fauces hacían rugosa la boca entreabierta, en la que se le veía la lengua rosada.

Aquello sí que era una máscara.

Siempre me he sentido orgulloso de ser un hombre de acusada sensibilidad, por lo que eso que me produjo aquella visión no pudo por menos que resultarme impactante, muy fuerte. Sí, fue muy duro el *shock* que experimenté ante aquella demostración de lo que era una buena máscara para un baile de disfraces, de aquel mórbido triunfo de la imitación de una momia. Ninguno de los sujetos que pululaban por allí lucía una máscara, en el fondo, tan buena. Una máscara de rasgos que sugerían la total convicción, por parte de quien la lucía, de ser lo que representaba. Lo de los otros, aquellos entre los que caminaba el recién llegado, era una tontería pretenciosa.

Parecía, sin embargo, aislado, solo. Nadie se le acercó a recibirlo. Di unos golpecitos en la espalda de Vanning. Quería conocer al tipo que lucía aquella máscara.

Vanning, sin embargo, se volvió hacia la tarima en la que estaba la orquestina que animaba la fiesta, y ordenó a los músicos que tocaran otro tema. Volví a mirar hacia donde apenas unos segundos antes había visto a aquel invitado, con la intención de dirigirme a él y saludarlo, pero ya no estaba.

Miré a mi alrededor ansioso, esperando descubrir ahora al hombre cocodrilo entre

los demás festejantes, pero fue en vano. Ni rastro de él. Se había esfumado.

¿Esfumado? ¿Realmente lo había visto, realmente existía? ¿No habría padecido una ilusión? Estaba confuso. Tantas historias como tenía siempre en la cabeza, a propósito del antiguo Egipto… No, no era bueno dejarse llevar por la imaginación, y más por una imaginación tan exaltada como a veces lo es la mía… Pero ¿por qué había sido tan real, tan vívida, aquella visión?

Bien, el caso es que no me hice más preguntas, ni pregunté a nadie sobre aquello, distraído ahora por lo que acontecía en la tarima de los músicos. Vanning anunciaba lo que seguiría a continuación, un espectáculo exclusivo dedicado a sus invitados. Ya me había dicho que en una media hora nos iríamos de allí, y supuse que así quería entretenerlos para que no se percataran de nuestra salida. Me sentía, en cualquier caso, más impresionado que expectante.

Las luces se tornaron azules. De un azul lúgubre, neblinoso como el azul de los cementerios en la noche. De todos los allí congregados se proyectaba una larga sombra igualmente azulada y lúgubre que hacía multitud en el suelo. La música se inició con las notas de un órgano tenebroso.

No obstante, aquél era uno de mis temas favoritos, la música de la sepulcral escena primera de *El Lago de los cisnes*, de Tchaikovsky. Rompió el aire, tremoló… Allí sonaba aquella música más estremecedora, más aterradora que nunca. Incluso impresionó a los gansos que me rodeaban, que un poco antes habían palmoteado entusiasmados.

Luego sucedió una danza diabólica. Y después, la actuación de un mago, que dio paso a un ritual de misa negra en el que se simulaba un sacrificio humano con tintes muy realistas. Todo era muy terrorífico, muy mórbido… Y a la vez muy falso. Cuando las luces volvieron a imperar y cada uno volvió a lo que había estado, me acerqué a Vanning y nos dirigimos a través del salón hasta donde nos aguardaban los otros cuatro.

Nos fuimos sin hacer ruido, sin llamar la atención; rápidamente me vi caminando a través de un vestíbulo enorme y en penumbra en el que antes no había reparado. A un lado había una puerta de roble que Vanning empujó y entramos en lo que realmente era una biblioteca magnífica, enorme. Lo que Vanning había llamado su *apartamento*.

Butacas, cigarros, brandy… Todo eso nos ofreció nuestro amable anfitrión. El brandy, un coñac excelente, me abstrajo momentáneamente de lo que me rodeaba y había sido poco antes objeto de mis pensamientos y de mis sensaciones. Todo era irreal, Vanning, sus amigos, aquella mansión, la noche en sí misma… Todo, salvo, acaso, el hombre de la máscara de cocodrilo… Tenía que preguntar a Vanning…

Una voz me devolvió de golpe al presente. Acababa de tomar la palabra Vanning, dirigiéndose precisamente a mí. El tono que empleaba era solemne, poseía un timbre que hasta entonces no le había percibido. Era como si lo escuchase hablar por primera vez, como si no fuese un hombre real sino uno de sus invitados, uno de quienes

celebraban en la mansión el Mardi Gras con la insustancialidad propia de los bailes de máscaras. Como si él mismo se hubiera disfrazado.

Y, mientras me hablaba, me sentí el foco de atención de cinco pares de ojos. De los azules ojos célticos de Delvin, de la penetrante mirada gala y de color castaño de Marigny, de la mirada gris que tenía Royce tras los cristales de sus anteojos, de la mirada color café de Weildan, de la mirada metálica del propio Vanning… Cada uno parecía hacerme la misma pregunta: ¿se atreve usted a seguirnos?

Lo que dijo Vanning, sin embargo, fue mucho más prosaico:

—Le prometí a usted una velada fuera de lo común… Pues bien, para eso estamos aquí, para eso está usted aquí. Pero debo admitir que mis motivos para tenerlo entre nosotros no son del todo altruistas… Yo… lo necesito a usted… He leído sus cuentos, como sabe, y creo que es usted un sincero estudioso. Quiero de usted, por igual, sus conocimientos y su consejo. Por eso nosotros cinco hemos aceptado su presencia, que es en realidad la presencia de un extraño, de alguien ajeno a nuestros asuntos… Confiamos en usted… Hemos de confiar en usted.

—Pueden confiar en mí —dije tranquilamente, comprobando que, por primera vez, Vanning se mostraba nervioso, expectante.

Le temblaba la mano en la que sostenía su cigarro. Comenzaba a empaparse de sudor la túnica egipcia y sacerdotal que vestía. El estudioso Royce jugueteaba con el cíngulo de su hábito monacal. Y los otros tres seguían mirándome en silencio, cosa que me perturbaba más aún que el temblor que había percibido en la voz de Vanning.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Estaría soñando? Luces azules y lúgubres, una máscara de cocodrilo… Y un secreto melodramático. Empecé a sospechar.

Pero mis sospechas cesaron para dar paso a la convicción cuando Vanning presionó el tablero de la mesa para que se abriese y dejara ver un espacio insólito en su interior. Y tuve ya la certeza plena de lo que ocurría cuando con la ayuda de Marigny extrajo de allí el sarcófago de una momia.

Todo aquello, como es lógico, comenzó a interesarme mucho más que cuanto había presenciado hasta el momento. Era un asunto con peculiaridades interesantes. Vanning se dirigió entonces a una estantería de la biblioteca y volvió con una pila de libros entre los brazos. Me hizo entrega, en silencio, de aquellos libros. Eran sus credenciales, algo así; confirmarían todo aquello de lo que me había hablado.

Nadie, salvo un ocultista, o un adepto, podría atesorar aquellos libros extraños, tales como el infame *Libro de Eibon* y la edición original de *Cuites des Goules*, por no hablar del fabuloso *De Vermis Mysteriis*.

Vanning sonrió complacido cuando vio la luz con que brillaban mis ojos, el agradecimiento en la expresión de mi rostro.

—Llevamos años estudiando en profundidad esos libros —me dijo Vanning—. Ya sabe usted lo que atesoran sus páginas…

Lo sabía bien. Había escrito acerca de *De Vermis Mysteriis*, y hubo un tiempo en que aquello que escribiera ahí Ludvig Prinn me llenó a la vez de un temor vago y una

repulsión infinita.

Vanning abrió un tercer volumen.

—Creo que también le resulta familiar esta obra, la menciona usted en alguno de sus cuentos…

Y señaló uno de los capítulos más crípticos de aquel libro, el titulado *Rituales sarracenos*.

Asentí en silencio. Conocía muy bien los rituales sarracenos. Unos rituales que se complementaban perfectamente con los descritos por Prinn a propósito de Egipto y el Oriente, conocidos por él en sus días de cruzado. Allí se revelaban los secretos de los *efreet* y los *djinn*, y también los secretos de la secta de los Asesinos y los mitos de los vampiros árabes, y las secretas prácticas esotéricas de los derviches… Sí, sabía yo bastante, además, de las antiguas leyendas del Egipto milenario y más profundo. Es más, mucho del material con que documentar mis cuentos había salido precisamente de aquellos libros que atesoraba Vanning.

¡Otra vez el antiguo Egipto! Eché un vistazo al sarcófago.

Vanning y los otros me miraban intensamente. Finalmente, mi anfitrión se encogió de hombros y dijo:

—Escuche… Acabo de mostrar mis cartas… Yo… confío en usted, como ya le he dicho.

—Pues adelante —dije con cierta irritación e impaciencia, ya que comenzaba a molestarme tanto misterio.

—Todo empezó con este libro —dijo Henricus Vanning—. Me lo consiguió Royce, aquí presente… Estábamos interesados ambos en la leyenda de Bubastis, pero eso fue al principio. Durante un tiempo estuve interesado en las investigaciones hechas en Cornualles, ya sabe, todo eso sobre la búsqueda de ruinas egipcias en Inglaterra. Pero después encontré un campo de investigación mucho más fértil en las últimas tendencias de la egiptología, y cuando el profesor Weildan, aquí presente, partió para su expedición el año pasado, le di autorización para que trajera en mi nombre cualquier cosa que pudiese resultar interesante, al precio que fuera… Y regresó la semana pasada con esto que tenemos aquí…

Vanning hizo una pausa para aproximarse al sarcófago de la momia. Le seguí.

No continuó explicándose. Una inspección más en detalle del sarcófago, además de todo cuanto me era conocido a propósito de aquel capítulo titulado *Rituales sarracenos*, me hizo saber que no me había equivocado en mi apreciación inicial.

Los jeroglíficos y varias señales que había en el sarcófago indicaban que allí yacía un alto sacerdote egipcio. Un sacerdote del dios Sebek. Y los rituales sarracenos aludían clara y directamente a su historia.

Por unos momentos repasé mentalmente lo que sabía al respecto. Sebek, de acuerdo con los antropólogos más notables, fue una deidad menor del antiguo Egipto; un simple dios de las riberas del Nilo consagrado a la fertilidad. Si los estudiosos más reputados estaban en lo cierto, sólo se habían encontrado cuatro momias de

sacerdotes del dios Sebek, además, eso sí, de numerosas estatuas, figurines, cuadros y grabados, a lo que había que añadir las fotografías tomadas por los estudiosos en esas tumbas, todo lo cual suponía un vívido testimonio de la veneración que se había dedicado en tiempos a dicho dios. Los egiptólogos, sin embargo, no habían podido elaborar una historia completa y convincente de este dios, a pesar de las investigaciones a menudo heterodoxas y muy avanzadas hechas por Wallis-Budge[62].

Ludvig Prinn, por su parte, había ido más lejos. Recordé sus palabras, no sin que me provocaran un escalofrío.

En el capítulo titulado “Rituales sarracenos”, Prinn habla de lo que aprendió de los videntes de Alejandría y de sus viajes a lo más profundo del desierto, y de su búsqueda en los enterramientos de los valles más ocultos del Nilo.

Refería ahí una historia, autentificada por la historia, acerca de la casta sacerdotal egipcia y de sus ansias por detentar el poder que les confería ser los consejeros del faraón y estar siempre a sus espaldas, ocultos detrás del trono. Para los egipcios, los dioses y la religión se basaban en secretas realidades. Por la tierra campaban extrañas criaturas híbridas cuando el mundo aún era joven; criaturas gigantescas, mitad humanas y mitad bestiales. La imaginación humana, pues, no creó por sí sola la imagen de la gigantesca serpiente Set, ni la del carnívoro Bubastis, ni la del gran Osiris. Pienso en Thoth, también, y en los cuentos sobre las arpías; pienso en la cabeza de chacal de Anubis y en la leyenda de los hombres lobo.

En la antigüedad traficaban los moradores de la tierra con poderes elementales y bestias del más allá. Así crearon sus dioses, con cabezas de animal. Y a menudo había dioses reales que tenían cabeza de animal. Eso los hacía más poderosos.

Hubo un tiempo, pues, en el que esos seres gobernaron en Egipto y su palabra fue ley. Todo Egipto se llenó de templos dedicados a dichos gobernantes, a los que se ofrendaban sacrificios humanos mientras quemaban humo de incienso. Sacrificios de incienso y sangre. Las bocas de aquellos dioses ansiaban el sabor de la sangre.

Los sacerdotes se convirtieron en mediadores entre los humanos y los dioses, con los que hacían tratos a menudo provechosos. Con el tiempo, una serie de perversiones hizo que el culto a Bubastis se extendiera más allá de Egipto, y de una abominación, nunca recordada, salieron los símbolos de Nyarlathotep, que por ello fue olvidado con el tiempo. Los sacerdotes decidieron lacrar, sellar, ocultar toda alusión a los sacrificios y a las recompensas que de ellos obtenían.

En aras de su vida sacerdotal, tanto como en aras de su reencarnación, los sacerdotes hacían cuanto les era posible por satisfacer a sus dioses y saciar sus a menudo extraños apetitos. Así, para salvaguardar sus momias de las maldiciones divinas, los sacerdotes ofrecían a los dioses chivos expiatorios bien repletos de sangre.

Prinn habla en su libro, con mucho detalle, de la secta formada por los sacerdotes de Sebek. Los sacerdotes creían que Sebek, como dios de la fertilidad, era quien regía el curso de las fuentes de la vida eterna. Sebek, así, se convertía en el guardián de las

tumbas, hasta que se cumplía el ciclo de la resurrección de los sacerdotes; Sebek, así, destruiría a quien osara alterar la paz de los sacerdotes muertos y enterrados en sus sarcófagos. No en vano le habían ofrecido para ello vírgenes en sacrificio que eran destrozadas por las fauces de un cocodrilo. Sebek, el dios cocodrilo del Nilo, tenía cuerpo de hombre y cabeza de saurio. Y los apetitos de un hombre y de un cocodrilo.

La descripción de tales ceremonias es simplemente repugnante. Los sacerdotes lucían máscaras que representaban la cabeza de un cocodrilo, para emular y honrar con ello a su dios, pues tal era, además, la forma en que deseaban ser apreciados en vida por sus súbditos. Una vez al año, Sebek, según su creencia, se aparecía al más alto sacerdote en el templo de Menfis, y lo hacía con cuerpo de hombre y cabeza de cocodrilo.

Los devotos de Sebek creían, en efecto, que el dios cuidaría sus enterramientos. Y fueron incontables las jóvenes vírgenes que arrojaron a los cocodrilos para garantizarse el buen descanso hasta que les llegase la hora de la resurrección.

En todo eso pensaba mientras miraba absorto el sarcófago de la momia, allí, en la biblioteca de mi anfitrión.

Me acerqué más, miré en el interior y vi entonces la momia. Vanning había destapado el sarcófago.

—Ya conoce usted la historia —me dijo Vanning, como si leyera en mis ojos—. Tengo aquí esta momia desde hace una semana; ha sido tratada químicamente, gracias a Weildan, aquí presente… Pero encontré esto en su pecho, mire…

Me mostró un amuleto de jade. Era la figura de un saurio cubierta con imágenes ideográficas.

—¿Qué es esto? —dije.

—Un código secreto de los sacerdotes —respondió Vanning—. De Marigny opina que es naaca[63]… ¿Qué significa? Una maldición, como bien lo demuestra Prinn en su obra. Una maldición contra los salteadores de tumbas. Se les amenaza con la venganza de Sebek. La traducción nos obligaría a decir unas palabras, además, muy sucias.

Vanning se engolaba cada vez más al decir aquello. Y a la vez se aterraba, como los otros. Pude comprobarlo con sólo mirarlos. El doctor Devlin parecía cada vez más nervioso; Royce jugueteaba con su hábito y De Marigny tosía y carraspeaba, mientras el profesor Weildan, con su pinta de gnomo, se nos acercaba despacio, temeroso. Se quedó contemplando un rato la momia como si pudiera hallar el secreto a todos los enigmas en las cuencas vacías de los ojos de la momia.

—Dígale lo que opino de todo esto, Vanning —dijo.

—Weildan —comenzó a decir Vanning— ha hecho algunas investigaciones. Consiguió traer hasta aquí la momia burlando a las autoridades egipcias, pero le costó muchísimo hacerlo. Naturalmente, me informó de todo lo concerniente al hallazgo y posterior traslado de la momia, y le aseguro que no es una historia grata de oír, ni edificante, por cierto… Nueve de los muchachos que iban en su caravana

expedicionaria perdieron la vida durante el viaje de regreso, al parecer porque bebieron agua emponzoñada… Y me temo que el profesor también corrió peligro de muerte.

—No, porque hice lo que debía —terció entonces Weildan—, Por eso, cuando digo que hay que proceder con mucho cuidado, en lo que a investigar con la momia se refiere, lo hago porque quiero continuar vivo, sin más… Tenemos alguna noción de cómo proceder con el ceremonial, pero la verdad es que yo sí creo firmemente en la maldición de Sebek… Bien sabemos que sólo se han conseguido desenterrar cuatro momias de estas características, porque las demás descansan en criptas secretas. Bueno, pues los cuatro hombres que hallaron las cuatro momias de las que se tiene noticia, fallecieron… Yo conocí personalmente a Partington, el que desenterró la tercera. Estudiaba los mitos relacionados con el dios Sebek y sus sacerdotes, pero murió sin poder redactar su informe, al poco de regresar de Egipto… Su muerte no deja de ser curiosa… Murió al caer al foso de los cocodrilos en el Zoo de Londres. Cuando lo sacaron de allí, era una masa mutilada y sanguinolenta.

Vanning me miró.

—Una desgracia, pobre hombre, quedó hecho una pena —dijo en tono de burla; luego, más serio, añadió—: Ésa es una de las razones por la que he querido que nos acompañe usted, que comparta nuestros secretos. Quiero conocer su opinión, como estudioso que es del ocultismo. ¿Cree que debo sacar esa momia del sarcófago? ¿Cree usted en esa historia de la maldición de Sebek? Yo no creo, la verdad, pero de igual manera le digo que tampoco deseo arriesgarme. Sé bien que se han producido unas cuantas coincidencias lamentables que hacen pensar en la maldición de marras y, por otra parte, me parece muy fiable lo que dice Prinn… Pero lo que pretendo, lo que pretendemos todos nosotros, no me parece que tenga mucho que ver con esa maldición de la momia. Nada más lejos de nuestra intención que atraernos la divina cólera de cualquier dios, no me gustaría que una criatura con cabeza de cocodrilo me echara mano al cuello… ¿Qué dice usted?

De repente recordé al hombre con la máscara de cocodrilo. Iba vestido, además, como un sacerdote de Sebek.

Dije entonces a Vanning lo que había visto.

—¿Quién es? —pregunté—. Sería muy interesante que estuviese con nosotros…

El horror que mis palabras causaron en Vanning fue más que evidente. Tanto que hubiese preferido quedarme callado, pensé al ver su cara, al comprobar su pánico.

—Nunca he visto nada parecido —dijo—. Juro que no he visto nada parecido en mi casa. Pero hemos de encontrar a ese hombre.

—Quizá sea alguien que quiere chantajearles —aventuré—; alguien que, por saber lo que hicieron Weildan y usted, intenta asustarles para pedirles luego dinero…

—Es posible —dijo Vanning con un tono que no demostraba precisamente sinceridad, y se volvió a los otros—. Rápido —dijo—, vayan al salón de baile y miren entre los invitados… Hay que atrapar a ese extraño; tienen que traerlo aquí.

—¿Y si llamamos a la policía? —sugirió Royce, muy nervioso.

—No sea usted tonto, caramba… Vamos, hagan lo que les pido.

Los cuatro salieron de la biblioteca; oímos sus pasos alejándose aprisa por el corredor.

Un largo silencio. Vanning sonrió. Yo me sentía realmente confundido, como si tuviese niebla en la cabeza. El Egipto de mis sueños… ¿podía ser real? ¿Por qué un tipo disfrazado y enmascarado para un baile de carnaval me había causado semejante impresión? Los sacerdotes de Sebek hacían correr la sangre para pedir a su dios que los vengara si alguien profanaba sus tumbas… ¿Conseguirían ahora que la maldición se produjese, una creencia de tantos siglos atrás? ¿Y si Vanning en realidad estaba loco?

Se dejó sentir un ruido blando, indefinible.

Me volví. En la puerta de entrada a la biblioteca estaba el hombre con la máscara de cocodrilo.

—¡Aquí tenemos a ese tipo! —alerté a Vanning—, Este sujeto es el que…

Vanning se inclinó sobre la mesa; su cara tenía el color de la ceniza húmeda. Miraba a aquel tipo, y me miraba a mí en silencio, como si con sus ojos me telegrafiara un mensaje de horror.

Nadie había visto a aquel hombre con la máscara de cocodrilo, salvo yo… Yo, que tan a menudo soñaba con el antiguo Egipto… Y allí, en aquella biblioteca, yacía para colmo la momia de un sacerdote de Sebek, que había sido robada tras el asalto a su tumba.

El dios Sebek, bien lo sabía yo, tenía cabeza de cocodrilo… Y sus sacerdotes llevaban una túnica idéntica a la que él lucía… Y se ponían máscaras de cocodrilo.

Había prevenido a Vanning sobre la venganza de los antiguos sacerdotes. Él mismo creía y a la vez temía mientras yo le hablaba de lo que sabía… Y ahora, en la puerta de su biblioteca, aquel extraño silencioso… ¿No era lógico pensar que podía tratarse de un sacerdote de Sebek, dispuesto a tomarse cumplida venganza por la ofensa sufrida?

No obstante, me resultaba difícil tragarme aquello… Incluso cuando aquel tipo dio unos pasos al frente, incluso aunque todo en él era siniestro, más allá de su disfraz, seguía sin poder tragarme aquello… Ni siquiera cuando vi a Vanning lloriqueando sobre el sarcófago de la momia pude creerme lo que veía.

Pero todo transcurrió tan rápidamente que no tuve tiempo para reaccionar. Justo cuando me disponía a retar al intruso, a decirle cualquier cosa, sucedió la tragedia. Con un movimiento propio de un reptil, aquel cuerpo con blanca túnica serpenteó por la estancia, para plantarse en un segundo ante mi aterrorizado anfitrión. Vi unas garras que se clavaban en sus hombros; vi acto seguido unas mandíbulas poderosas, una gran boca que se abría… Y que hacía presa en el cuello de Vanning.

Aunque parezca imposible, mis pensamientos se produjeron en una relativa calma.

—Un asesino diabólico e inteligente —musité—. Un arma mortal única… Un perfecto mecanismo de muerte. Un fanático.

Mis ojos desorbitados no podían dejar de contemplar a un monstruo semejante, que seguía haciendo presa en el cuello de Vanning aun cuando ya estaba muerto. Era un horror que me sugería un primer plano cinematográfico.

Supongo, sin embargo, que todo aquello sucedió en un segundo. Después, un súbito acto incontrolado me hizo acercarme al asesino y asirlo por la túnica blanca con una mano, mientras con la otra le tiré de la máscara…

El asesino retrocedió raudo, agachándose un poco. Mi mano se resbaló, permaneciendo un instante sobre el morro ensangrentado de la máscara.

Y visto y no visto, el intruso hizo otro giro y desapareció. Cuando comencé a gritar, y a correr por donde se había ido, todo fue en vano. Vanning yacía muerto. Su asesino se había ido. La casa estaba llena de gente celebrando el carnaval. Tenía que dar la voz de alarma urgentemente.

Pero no lo hice. Me limité a seguir allí, en mitad de la biblioteca, gritando sin que los demás pudieran oírme. Se me empezó a nublar la visión. Todo me dio vueltas, los volúmenes de las estanterías salpicados de sangre, el sarcófago de la momia, la propia momia, a la que también había alcanzado la sangre, el cuerpo horrorosamente destrozado en el suelo… Todo me daba vueltas.

Entonces, y sólo entonces, recobré la voluntad, la decisión. Y salí de allí a la carrera.

Deseaba que todo concluyese en ese punto, pero no fue así. Había que extraer una conclusión de lo ocurrido. Tenía que revelar aquello de lo que había sido testigo. Sólo así, acaso, pudiera recobrar la paz.

Seré franco… Podría haber escrito una buena historia acerca del suceso partiendo de la confesión de un mayordomo que me hubiese dicho no haber visto a nadie en el baile con una máscara de cocodrilo… Pero aquello no era un cuento, era verdad. Fui testigo. Lo vi, al de la máscara, asesinar a Vanning y marcharse raudo… Así que por eso salí corriendo y chillando, aunque no me viese hacerlo ninguno de los asistentes a la fiesta. Un horror indecible me seguía acompañando cuando ya estaba en la calle; un horror que parecía pesarme en los hombros, no obstante lo cual conseguía acelerar el paso. A tal punto que perdí toda noción de realidad y eché a correr de nuevo, desesperadamente, para alejarme cuanto antes de aquella casa bien iluminada, en la que todo era música y risas, y en la que había presenciado algo realmente espantoso.

Me fui de Nueva Orleans sin investigar nada sobre el caso, sin querer saber ni un solo detalle. Me fui sin leer siquiera un periódico, por lo que no supe si la policía había comenzado a investigar ya el asesinato de Vanning. No quería saber nada. No me atrevía a saberlo. En el fondo me parecía que tenía que haber una explicación racional para todo lo sucedido. Y entonces, de nuevo…

Pero no, nada de especulaciones. Nada de investigaciones. Quise creer, con bastante desesperación, que todo lo que había visto no fue consecuencia sino de mi

borrachera, que no había pasado absolutamente nada. Al fin y al cabo, la de Sebek no era más que una leyenda, algo de lo que, me parecía, había hablado con Vanning… Pero… No, nada de eso. Yo había avisado a Vanning del peligro real que se cernía sobre él, y los hechos se habían revelado fatales, dándome la razón. Temores confirmados.

Era imposible desterrar de mi mente lo que vi, aquel extraño con una máscara de cocodrilo mordiendo brutalmente a Vanning en el cuello, poniéndolo todo perdido de sangre… Era imposible olvidar que lo había tenido atrapado por la túnica unos instantes, que incluso agarré también su máscara… Era imposible olvidar que el morro de la máscara estaba teñido de sangre… Eso fue todo.

Además, cuando así aquella máscara ensangrentada… no fue la textura de una máscara lo que palparon mis dedos, sino carne viviente y palpitante.

LOS OJOS DE LA MOMIA

(The Eyes of the Mummy)[64]

Egipto siempre me ha fascinado; Egipto es tierra de secretos antiguos y misteriosos. Yo había leído acerca de sus pirámides y de sus reyes; había soñado en vastos imperios, sombríos y muertos ahora como los ojos vacíos de la esfinge. Era acerca de Egipto sobre lo que llevaba escribiendo mucho tiempo, ya que sus fantásticas creencias y cultos lo convertían para mí en el paraíso de todo lo ignoto.

No es que yo creyese en las grotescas leyendas de las épocas antiguas; no concedía el menor crédito a la fe en dioses antropomorfos con las cabezas y los atributos de animales. Sin embargo, más allá de los mitos de Bast, Anubis, Set y Thot, captaba las instancias alegóricas de verdades olvidadas. Las leyendas de los hombres-animales son conocidas en el mundo entero, en la urdimbre racial y cultural de todos los climas. La leyenda del hombre lobo, por ejemplo, es universal, y apenas ha variado desde las tímidas sugerencias que de la misma se hicieron ya en tiempos de Plinio. En consecuencia, y dado mi interés por lo sobrenatural, Egipto me ofrecía una llave para acceder al conocimiento de la antigüedad.

Claro está, no creía en la existencia de tales seres o animales a los que se alude como propios de la época de mayor esplendor de Egipto. Como mucho admitía que acaso las leyendas de aquella época procedían de otras épocas mucho más remotas, cuando la Tierra pudo haber albergado seres monstruosos que eran consecuencia de las mutaciones propias de la evolución.

Entonces, una noche de carnaval en Nueva Orleans, pude comprobar, no sin espanto, la veracidad de mi teoría. En el hogar del excéntrico Henricus Vanning, tomé parte en una extraña ceremonia ante el cadáver de un sacerdote de Sebek, el dios con cabeza de cocodrilo. Weildan, notable arqueólogo, había traído consigo la momia desde Egipto, y la examinamos sin mayor problema, a pesar de las advertencias sobre la maldición de la momia que nos habían hecho. Confieso que no estaba muy en mis cabales entonces, que no estaba precisamente sobrio, y aún hoy no puedo contar con absoluta certeza lo que ocurrió. Pero lo cierto es que todo se produjo como en una pesadilla; la momia lucía una máscara que representaba a un cocodrilo y, cuando salí corriendo despavorido de la casa, Vanning acababa de morir a manos del sacerdote, o quizá hay que decir que bajo los colmillos del sacerdote, pues colmillos tenía aquella máscara, si es que realmente se trataba de una máscara.

No puedo garantizar la veracidad de lo que acabo de referir, o no me atrevo a hacerlo, mejor dicho… Una vez conté la historia, y luego decidí abandonar para siempre la idea de escribir acerca del antiguo Egipto.

He cumplido lo que me propuse. Pero esta noche he sufrido una experiencia

horrorosa que me lleva a contar lo que ha de ser conocido.

He aquí el porqué de este relato. Los hechos preliminares son simples, pero parecen señalar que estoy unido a alguna espantosa cadena de experiencias relacionadas entre sí, elaboradas por un monstruoso dios egipcio del Destino. Como si los antiguos estuvieran enojados conmigo por mi curiosidad acerca de ellos, y quisieran castigarla empujándome sin remedio a un horrible final.

Así lo creo, ya que después de mi experiencia de Nueva Orleans, después de mi regreso a casa decidido a abandonar para siempre las investigaciones en torno a la mitología egipcia, me vi atrapado de nuevo.

El profesor Weildan acudió a visitarme. Weildan había pasado de contrabando la momia del sacerdote de Sebek que yo había visto aquella noche en Nueva Orleans. Le había conocido aquella increíble noche en que un dios enojado, o su emisario, decidió bajar a la tierra para cumplir su venganza. El profesor Weildan sabía de mi curiosidad, y me había hablado muy seriamente de los peligros que acechan a quien osa rebuscar en el pasado.

El profesor parecía un gnomo, bajito, barbudo… He de decir que su visita me desagradó, ya que verlo me traía recuerdos inevitables de cosas que me había propuesto olvidar fuese como fuera y a costa de todo. Pero no podía negarme a recibirlo. No obstante mi afán de llevar la conversación a otras cosas, insistió en hablar de nuestro primer encuentro, y me contó que a consecuencia de la muerte de Vanning resultó disuelto el pequeño grupo de ocultistas que aquella noche me había sido dado conocer alrededor de la momia.

Weildan, sin embargo, no renunciaba a sus investigaciones acerca de la leyenda de Sebek. Por eso, según me confesó, había acudido a visitarme; y también porque estaba seguro de que ninguno de sus antiguos asociados querría prestarle ayuda en el proyecto que le ocupaba. Supuso que quizá yo mostrara interés.

Me negué tajantemente a hacer cualquier cosa que tuviera relación con la egiptología. Se lo dije varias veces, con gran rotundidad.

Weildan, sin embargo, se echó a reír. Comprendía perfectamente mi actitud, dijo, pero tenía que permitirle al menos que me explicara su proyecto, que nada tenía que ver con la brujería ni con la magia. Se trataba, sin más, de una buena ocasión para ajustar cuentas con los Poderes de las Tinieblas, si es que yo era tan ingenuo, me dijo, como para llamarlos así.

Me lo contó todo. En resumen, quería que lo acompañara a Egipto en una expedición particular. No tenía que preocuparme por los gastos; sólo necesitaba a un hombre joven como ayudante, y no podía confiar en ningún arqueólogo profesional, pues eso podría acarrearle numerosos problemas.

Sus estudios de los últimos años se habían referido exclusivamente a las leyendas del culto al cocodrilo, por lo que llevaba dedicados grandes esfuerzos a descubrir las

tumbas secretas de los sacerdotes de Sebek. Ahora, mediante confidencias dignas de crédito, sabía cuál era el emplazamiento exacto de una tumba en la cual reposaba la momia de un devoto de Sebek.

No podía desperdiciar palabras ofreciéndome más detalles, me dijo; lo más importante de todo aquello radicaba en el hecho de que se podía acceder a la momia sin mayor dificultad, y sacarla así de su tumba. No era preciso proceder a una excavación, y en aquel caso no se daba el peligro de caer bajo maldiciones o venganzas. Por eso podíamos ir solos, en el mayor de los secretos, obteniendo un gran provecho de nuestro viaje. Pretendía apoderarse de la momia sin necesidad de intervención oficial de ninguna clase y, además, su fuente de información, que podía garantizar con su reputación personal la veracidad de lo referido confidencialmente, le había revelado que la momia estaba enterrada con un montón de joyas sagradas. Lo que me ofrecía, pues, era una oportunidad única, además de segura y secreta, para hacerme rico.

Tengo que admitir que la propuesta no me desagradó, al contrario. A pesar de mi siniestra experiencia anterior, estaba dispuesto a correr un riesgo a cambio de una recompensa como la que me ofrecía. Me había hecho, por lo demás, el firme propósito de eludir toda relación con el misticismo, motivo por el que el asunto, además, resultaba el propio de una aventura excitante.

Weildan supo trabajar hábilmente con mis sentimientos, ahora me doy cuenta… Hablamos durante varias horas, y volvió a verme al día siguiente, y seguimos hablando hasta que obtuvo mi consentimiento.

Embarcamos en el mes de marzo, y llegamos a El Cairo tres semanas más tarde, después de una breve escala en Londres. La excitación del viaje nubla los recuerdos de mis contactos personales con el profesor, aunque sé que se mostró muy obsequioso y apacible en todo momento, insistiendo en que nuestra pequeña expedición era completamente inofensiva. Disipó por completo mis escrúpulos y mis temores acerca de la inmoralidad y la osadía que suponía darse al saqueo de una tumba, y se ocupó de todo lo concerniente a nuestros visados, alegando cualquier cosa que al cabo nos permitió recibir el necesario permiso para viajar al interior del país.

Desde El Cairo fuimos en tren hasta Jartún. Allí era donde el profesor Weildan proyectaba reunirse con su informante, que no era otro sino un guía nativo, un simple espía al servicio del arqueólogo.

La revelación no me afectó tanto como podía haberlo hecho en cualquier otro lugar menos impresionante. El desierto era lo más adecuado para la intriga y la conspiración y, por primera vez, quizá, comprendí la psicología del vagabundo y del aventurero.

Fue muy excitante vagar por las retorcidas callejas del barrio árabe la noche en que visitamos la choza del espía. Weildan y yo entramos en un patio oscuro y

silencioso, y fuimos llevados desde allí a una lóbrega habitación por un beduino alto que tenía la nariz como el pico de un halcón. El espía recibió calurosamente al profesor, que le puso en la mano unos cuantos billetes. Luego, el árabe y mi compañero se retiraron a una habitación interior. Oí el leve susurro de su conversación, la excitada voz de Weildan, en tono interrogante, mezclándose con el gutural inglés que hablaba el árabe. Quedé a la espera en la oscuridad y me percaté de que las voces de ambos subían de tono, como si discutiesen. Daba la impresión de que Weildan intentaba tranquilizar al otro, que sin embargo tenía en la voz un timbre de angustia y de advertencia.

Entonces oí pasos. Se abrió la puerta de aquella habitación interior en la que habían entrado poco antes los dos, y el árabe se detuvo ante mí. Vi que al mirarme tenía una expresión de súplica en su rostro, y de sus labios brotó un torrente de palabras incomprensibles, como si en sus denodados esfuerzos para advertirme hubiera recurrido inconscientemente a su idioma. Pues era evidente que me prevenía contra algo, de eso no había duda.

La cosa duró unos segundos; luego, la mano de Weildan cayó sobre su hombro, obligándole a girar en redondo. La puerta volvió a cerrarse, y se oyó de nuevo la voz del árabe, subiendo de tono, hasta convertirse en un grito. Weildan gruñó algo ininteligible; a continuación se oyó el ruido inequívoco de una pelea, a lo que siguió una sorda detonación. Luego se hizo el silencio.

Pasaron unos cuantos minutos antes de que la puerta se abriera de nuevo y pudiese ver a Weildan secándose el sudor de la frente. Sus ojos evitaron mi mirada.

—Este pájaro ha querido montarme una bronca por la recompensa —dijo sin levantar los ojos del suelo—, pero ya tengo la información que precisaba… Quería más dinero… Y ha salido a pedírselo a usted. Me he visto obligado a disparar un tiro para asustarle, estos indígenas son muy excitables…

Nada dije mientras salíamos de allí, ni hice comentario alguno ante la actitud apresurada y nerviosa de Weildan, mientras regresábamos a nuestro hotel por las oscuras callejas.

Tampoco fue que no me diese cuenta de que mi compañero se limpió las manos con su pañuelo, que guardó de nuevo en el bolsillo, furtivamente.

Podía ser que le resultara embarazoso tratar de explicarme el porqué de aquellas manchas rojas…

Debí albergar al menos una sospecha, debí de abandonar el proyecto en ese preciso instante. Cuando a la mañana siguiente Weildan me propuso un paseo a caballo por el desierto, yo estaba muy lejos de saber que nuestro punto de destino sería la tumba.

Los preparativos fueron de lo más normales. Dos caballos, con algunas vituallas en las alforjas; una pequeña tienda «para protegernos del calor del mediodía», me

dijo Weildan… Y emprendimos solos la marcha, como si nos dispusiéramos a pasar un inocente día de campo. Weildan no liquidó la cuenta del hotel ni dijo una palabra a nadie, sin duda para que yo no me alarmara.

Una vez hubimos dejado la ciudad atrás, pronto cabalgamos por la llanura arenosa que se extendía bajo un cielo intensamente azul. Montamos por espacio de una hora. Weildan parecía preocupado; no cesaba de escrutar el monótono horizonte, como si buscase algo; pero ni por un instante sospeché cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Antes de que pudiera verlas, estuvimos a punto de chocar contra las piedras, que eran un gran montón de rocas blancas que parecían brotar de una leve duna como por arte de encantamiento. Por su forma parecían indicar que no eran más que un fragmento infinitesimal de las piedras que ocultaba la arena, si bien ni por su tamaño ni por su forma llamaban la atención. Surgían de entre la arena de la duna, semejantes a una docena de otros montones de rocas que ya habíamos visto antes.

Weildan sólo dijo que sería mejor que desmontásemos, plantáramos la pequeña tienda y comiéramos algo. Clavamos las estacas en el suelo arenoso, arrastramos unas cuantas piedras planas al interior de la tienda para que nos sirvieran de mesa y de asientos, y nos dispusimos a almorzar.

Entonces, mientras comíamos, Weildan hizo estallar la bomba. Las rocas situadas delante de nuestra tienda, dijo, ocultaban la entrada a la tumba. La arena, el viento y el polvo del desierto habían hecho su tarea a la perfección, ocultando el santuario a los ojos de los intrusos. Su cómplice indígena, guiado por suposiciones y rumores, había descubierto el lugar de un modo que no había querido explicarle.

Pero allí estaba la tumba. Por ciertos manuscritos y papiros sabía Weildan que no la custodiaban. No había más que retirar las piedras que bloqueaban la entrada y comenzar a bajar. Weildan, para tranquilizarme, volvió a decir que no había nada que temer, que no había ningún peligro.

La verdad es que comenzaba a sentirme un poco harto de que me tomase por un imbécil, así que procedí a interrogarlo estrechamente. ¿Por qué razón habían enterrado en un lugar tan apartado a todo un sacerdote de Sebek?

Según Weildan, fue quizá porque aquel sacerdote y quienes le eran fieles huían a buen seguro hacia el sur en el momento en que le sorprendió la muerte. Podía ser que hubiera sido expulsado de su templo por un nuevo faraón, pues en aquella época, además, los sacerdotes eran también magos y brujos, y a menudo se veían perseguidos o expulsados de las ciudades por los enfurecidos ciudadanos. Era lógico, en consecuencia, que si murió mientras huía, lo enterraran allí.

Según Weildan, tal era el motivo de que escaseara ese tipo de momias. Por lo general, el corrompido culto de Sebek enterraba a sus sacerdotes bajo las bóvedas secretas de sus propios templos de las ciudades. Pero aquellos santuarios habían sido destruidos ya hacía muchísimo tiempo y, en consecuencia, y sólo en circunstancias especiales como aquélla, un sacerdote expulsado recibía sepultura secretamente en un lugar donde su momia tenía muchas posibilidades de no ser descubierta.

—¿Y qué hay de las joyas? —pregunté.

Me dijo que los sacerdotes de Sebek eran inmensamente ricos. Un brujo fugitivo como aquél se llevaría consigo sus joyas al otro mundo. Por eso los enterraban con todas sus riquezas. Aquello venía a ser una prerrogativa de ciertos sacerdotes renegados, como la de su momificación con los órganos vitales intactos, para dar así cumplimiento a una superstición sobre la resurrección y la vuelta al mundo de los hombres. Por eso, igualmente, sus momias resultaban difíciles de descubrir. Era más que probable que la cámara mortuoria no fuese otra cosa que un agujero del tamaño del sarcófago que contenía la momia; una cámara mortuoria, pues, excavada en la pared de piedra. Podíamos entrar con toda tranquilidad, decía mi compañero de aventura. En el séquito de aquellos sacerdotes había siempre varios expertos en embalsamar cadáveres, pues hacer un buen trabajo con el cuerpo, sin extraerle sus órganos vitales, exigía mucha habilidad y era labor trabajosa, y los principios religiosos de los sacerdotes de Sebek hacían indispensable aquella operación final. Por lo tanto, no teníamos por qué preocuparnos, según repetía Weildan. Nos encontraríamos con una momia en muy buenas condiciones.

Weildan se mostró muy parlanchín todo el tiempo. Demasiado parlanchín. Me habló mil veces de la facilidad con que pasaríamos, oculto a los ojos de todo el mundo, el sarcófago con la momia, envuelto en la tela de nuestra tienda de campaña, y de cómo se las arreglaría para sacar del país la momia con todas sus joyas, con la ayuda, eso sí, de una firma indígena dedicada a la exportación.

Dijo bah, bah, a cada una de las objeciones que pretendí oponerle aun a sabiendas de que era, al margen de su carácter personal, un reputado arqueólogo. Por eso no tuve más remedio que admitir su autoridad.

Sólo había un punto que me preocupaba en cierto modo, y no era otro que su accidental referencia a alguna superstición que aludía a la resurrección de los muertos. El entierro de una momia con todos sus órganos intactos parecía una extravagancia y, además, sabiendo lo que me había sido dado conocer acerca de las actividades de los sacerdotes en relación con los ritos de nigromancia y brujería, quería evitar la más leve de las posibilidades de atraer la desgracia sobre mi cabeza.

Weildan acabó por convencerme, no obstante, y después de almorzar salimos de la tienda. Las rocas que ocultaban la entrada de la tumba no nos ofrecieron gran dificultad al removerlas, pues habían sido dispuestas con lógica y habilidad, de modo que parecían formar un cuerpo único con las rocas del terreno, gracias a lo cual descubrimos las intersecciones. Tuvimos que apartar, sin mayor dificultad, como digo, cuatro grandes piedras que formaban un bloque y que tapaban una negra abertura que descendía hasta las entrañas de la tierra.

¡Habíamos descubierto la tumba!

Pero fue contemplar aquella negra abertura y se me vino de golpe a la cabeza todo lo que sabía sobre el corrompido culto de Sebek, con su mezcla de mito, fábula y espantosa realidad.

Pensé entonces en los rituales que se celebraban clandestinamente en los sótanos de unos templos que ya no eran más que polvo del desierto; y medité también acerca de la siniestra adoración que hacían ante grandes ídolos de oro, los cuales tenían cuerpo de hombre y cabeza de cocodrilo. Y no pude eludir igualmente el recuerdo de las historias sobre adoraciones paralelas, con una relación entre sí equivalente a la del satanismo respecto al cristianismo, ni recordar también que esos sacerdotes invocaban a dioses con cabeza de animal, que más parecían demonios que deidades benéficas. Sebek era un dios dual, y sus sacerdotes le habían dado a beber sangre. En algunos templos había criptas, y en aquellas criptas se encontraban ídolos del dios en la forma de un cocodrilo de oro. El animal tenía unas mandíbulas provistas de grandes colmillos, y en sus fauces arrojaban a las vírgenes, después de lo cual cerraban aquellas mandíbulas hasta que resultaban trituradas por los colmillos de marfil, de modo que la sangre se deslizase por la garganta de oro y el dios quedara así satisfecho y apaciguado. No era extraño que esos sacerdotes hubieran sido expulsados de sus templos y perseguidos por la gente, ni que fueran destruidos aquellos santuarios del pecado.

Uno de esos sacerdotes había huido hasta aquí, y aquí, donde nos hallábamos, había encontrado la muerte. Yacía ahora en su tumba, bajo mis pies, y protegido por la cólera hierática de su antigua divinidad. Algo que, desde luego, no me resultaba nada tranquilizador.

Tampoco resultaban tranquilizadoras las emanaciones que ahora surgían de la abertura en la roca. No era el vaho de la descomposición, sino el casi palpable olor de una antigüedad incalculable lo que nos hería en la garganta.

Weildan se tapó la nariz y la boca con un pañuelo, y yo hice lo mismo.

Después encendió su linterna y penetró en la tumba, y sonriendo tranquilamente se fue perdiendo en la oscuridad a medida que descendía por el suelo de piedra que conducía al pasadizo interior.

Lo seguí, dejando que abriera el camino, pues me pareció que si había alguna trampa, si estaba dispuesto allí algún artificio malévolo para castigar a los intrusos, sería justo que se cebara en Weildan y no en mí. Por otra parte, así podría mirar hacia atrás y ver en todo momento el tranquilizador espacio de cielo azul recortado por la abertura rocosa.

Pero no por mucho tiempo. El pasadizo hacía una pronunciada curvatura a medida que descendía. No tardamos en vernos envueltos por espesas sombras alrededor de la débil luz proyectada por la linterna.

Weildan había acertado plenamente con su tesis; el lugar no era más que una larga caverna rocosa que conducía a una cámara interior excavada con premura. Allí encontramos las losas que cubrían el féretro. Vi la expresión de triunfo en el rostro de Weildan cuando se volvió hacia mí gesticulando con gran excitación para que me acercase.

Había sido muy fácil, demasiado fácil quizá, pero sólo ahora me doy cuenta. En

aquel momento no sospechamos nada. Incluso a mí se me iban los temores y mis recelos iniciales. Después de todo, el asunto resultaba de lo más tonto; lo único que seguía perturbándome era la oscuridad, pero en una galería excavada en la roca no era posible esperar otra cosa.

Al cabo perdí por completo el miedo. Weildan y yo apartamos las losas y contemplamos el lujoso sarcófago que había bajo ellas. Lo extrajimos con cuidado para ponerlo de pie contra la pared. El profesor se inclinó con la intención de examinar la abertura en la roca donde había estado el sarcófago. No había nada.

—¡Qué extraño! —dijo—. ¡No hay ni una sola joya! Quizá las guardaran en el sarcófago, junto al cuerpo.

Pusimos la pesada caja de madera en el suelo. El profesor empezó a trabajar. Operaba lenta, cuidadosamente, rompiendo los lacres y el encerado exterior. El dibujo que adornaba el féretro era muy complicado; estaba hecho con láminas de oro y de plata. Había allí, igualmente, numerosas inscripciones y jeroglíficos que el arqueólogo no se entretuvo en descifrar, sin embargo.

—Eso puede esperar —dijo—, primero veamos qué hay en el sarcófago.

Transcurrió algún tiempo antes de que consiguiera levantar la primera tapa. Weildan seguía procediendo meticulosamente. La luz de la linterna comenzaba a agostarse, se le estaba acabando la pila.

La segunda tapa era una réplica de la primera, aunque más pequeña, pero el rostro que aparecía dibujado en ella resultaba más detallado. Parecía un intento de reproducir concienzudamente los rasgos del sacerdote momificado.

—Seguro que la hicieron en el templo —me dijo Weildan— para llevársela después en la huida.

Nos inclinamos sobre la tapa, examinando aquel rostro a la mortecina luz de la linterna. Bruscamente, y casi al mismo tiempo, hicimos un descubrimiento sorprendente. ¡Aquel rostro no tenía ojos!

—Quizá estuviese ciego —comenté.

Weildan asintió en silencio mientras contemplaba aquel rostro más de cerca.

—No —dijo al fin—, no era un sacerdote ciego, si esta representación es exacta. Es que le arrancaron los ojos.

Examiné las cuencas, que estaban vacías, confirmando aquella espantosa verdad que acababa de descubrir mi compañero. Weildan señaló entusiasmado una hilera de figuras jeroglíficas que adornaban los lados del féretro. Mostraban al sacerdote en los estertores de la muerte. Dos esclavos armados con unas pinzas aparecían inclinados sobre él.

Otra escena mostraba a los esclavos arrancando los ojos del moribundo y, en una tercera, los esclavos insertaban unos objetos brillantes en las cuencas ahora vacías. El resto de la serie eran escenas de las ceremonias fúnebres, con una espantosa figura con cabeza de cocodrilo en último término. El dios Sebek.

—Extraordinario —fue el comentario de Weildan—, ¿Comprende el significado

de esos dibujos? Fueron hechos *antes* de la muerte del sacerdote. Demuestran que había decidido, antes de morir, que le arrancaran los ojos y que en su lugar le pusieran esos objetos brillantes. ¿Por qué se sometió voluntariamente a semejante tortura? ¿Qué son esas cosas brillantes?

—Quizá la respuesta esté en el interior del sarcófago —dije.

Weildan continuó su trabajo en silencio. Retiró la segunda tapa. La linterna se estaba apagando. En una oscuridad casi absoluta, el profesor se dispuso a levantar la tercera tapa, lo que finalmente hizo.

El sarcófago quedó abierto.

Bajo la mortecina claridad de la linterna vimos la momia.

Del sarcófago salió una vaharada pestífera a especias y a gases que traspasó los pañuelos con que nos cubríamos la nariz y la boca. El poder de conservación de aquellas emanaciones gaseosas era evidentemente enorme, ya que la momia no estaba vendada ni amortajada. Contemplamos un cadáver desnudo y renegrido, en un sorprendente buen estado de conservación, y de inmediato pusimos toda nuestra atención en sus ojos o, mejor dicho, en el lugar donde los había tenido.

Dos grandes discos amarillos lanzaban sus destellos hacia nosotros a través de la semioscuridad. No eran diamantes, ni zafiros, ni ópalos, ni cualquier otra piedra conocida; su enorme tamaño descartaba toda posibilidad de incluirlas en una categoría corriente. No estaban cortadas ni talladas y, sin embargo, cegaban con su brillo, que era un destello hiriente, que se clavaba en nuestras retinas como el puro fuego.

Estábamos ante las joyas que habíamos ido a buscar, y valía la pena haberlo hecho, no cabía duda. Ya me disponía a arrancarlas, pero la voz de Weildan me detuvo.

—No lo haga —me advirtió—; ya se las extraeremos después, hay que tener cuidado para no dañar a la momia.

Oí su voz como si me llegase de muy lejos. No fui consciente de que me hubiera reincorporado, pues en realidad permanecí inclinado sobre aquellas centelleantes piedras, mirándolas fijamente.

Parecían estar creciendo hasta convertirse en dos lunas amarillas y mirarlas me fascinaba, todos mis sentidos parecían concentrados en su belleza. Las joyas, a su vez, concentraban su fuego sobre mí, bañando mi cerebro con un calor que me aturdía y me debilitaba insensiblemente. Me ardía la cabeza.

No podía apartar la mirada, aunque tampoco deseaba hacerlo. Aquellas gemas eran fascinantes.

Me llegó entonces, muy débilmente, la voz de Weildan. Creí sentir que incluso me daba unas palmadas en los hombros.

—¡No mire! —su voz sonaba absurdamente nerviosa—. No son unas piedras

preciosas naturales. Son un presente de los dioses, por eso el sacerdote quiso que le quitaran los ojos para ponérselas y morir con ellas. Son unas joyas hipnóticas… Esa teoría de la resurrección…

Apenas me di cuenta de que rechazaba bruscamente al profesor; aquellas piedras dominaban mis sentidos, obligándome a rendirme. ¿Hipnóticas? Desde luego que lo eran; podía sentir el cálido fuego amarillo inundando mi sangre, latiendo en mis sienes, deslizándose hasta mi cerebro. La linterna se había apagado definitivamente, lo sabía, y sin embargo la cámara estaba bañada por la radiante claridad amarilla que despedían tan deslumbrantes ojos. ¿Una claridad amarilla? No, ahora era roja; una brillante luminosidad escarlata, en la cual leí un mensaje.

¡Aquellas piedras pensaban! Poseían una mente; mejor dicho, tenían una férrea voluntad que anulaba mis sentidos. Una voluntad que me llevaba al olvido de mi cuerpo y de mi cerebro, en un esfuerzo por perderme en el éxtasis rojo de su ardiente belleza. Deseaba ahogarme en aquel fuego que me conducía sin remedio al exterior de mí mismo, a tal punto que experimenté la sensación de precipitarme contra las piedras, de penetrarlas como si accediese a otro cuerpo.

Y luego me sentí libre. Libre, y ciego en medio de la oscuridad. Sobresaltado, me di cuenta de repente de que me había desmayado. O por lo menos me había caído, ya que me hallaba tendido de espaldas en el suelo de piedra de la caverna. ¿En aquel suelo de piedra? No, nada de eso… Era un suelo de madera.

Todo me resultaba muy extraño. Podía notar la madera al tacto. La momia reposaba sobre madera. No podía ver. La momia estaba ciega.

Noté el contacto de mi piel seca, escamosa, lacerada como la de un leproso.

Mi boca se abrió. Una voz —una voz que era la mía pero que no era la mía— gritó:

—¡Dios mío! ¡Estoy en el cuerpo de la momia!

Oí una exclamación y el ruido de un cuerpo chocando contra el suelo. Era Weildan.

Pero ¿qué era aquel otro sonido crujiente? ¿Quién poseía mi forma?

Aquel maldito sacerdote, soportando la tortura para que sus cuencas pudieran contener las piedras hipnóticas, presentes de los dioses como prenda de resurrección eterna; aquel maldito sacerdote enterrado en una tumba de fácil acceso… Las piedras me habían hipnotizado, habíamos cambiado nuestras formas, y ahora *él andaba*.

El supremo éxtasis de horror fue lo único que me salvó. Me incorporé a ciegas sobre unos miembros marchitos, y unos brazos en descomposición subieron hasta mi frente, buscando lo que yo sabía que tenía que haber allí. Mis dedos muertos arrancaron las piedras de mis ojos.

Luego me desmayé.

El despertar fue espantoso, ya que ignoraba lo que iba a encontrar. Temía adquirir

conciencia de mí mismo, de mi cuerpo… Pero de nuevo sentí que tenía el alma en carne cálida, y que mis ojos podían ver a través de aquella oscuridad amarillenta. La momia estaba tendida en su féretro, y resultaba espantoso contemplar las vacías cuencas de sus ojos. Sus miembros, cambiados de posición, eran la terrorífica confirmación de lo que había sucedido.

Weildan estaba en el mismo lugar en que había caído, con el rostro amoratado por la muerte. La impresión que sufrió le resultó insoportable.

Junto a su cuerpo estaban las fuentes de aquella luz amarillenta, pues no brotaba sino del fulgor diabólico de las piedras gemelas.

Arrancarme aquellos monstruosos instrumentos de transferencia fue lo que en realidad me salvó. Sin la voluntad de la momia, era evidente que no conservaban su poder. Me estremecí al pensar en semejante transferencia al aire libre, donde el cuerpo de la momia se hubiera descompuesto rápidamente, sin ser capaz de arrancar las piedras. Entonces, el alma del sacerdote de Sebek, metida en mi cuerpo, hubiera regresado a la tierra, verificándose así la resurrección. Era una idea aterradora.

Recogí apresuradamente las gemas y las guardé en mi pañuelo. Luego salí de allí, dejando a Weildan y a la momia tal como estaban, y salí a la superficie con la ayuda de la luz proporcionada por unos fósforos.

Fue muy grato contemplar el cielo nocturno de Egipto, pues ya había oscurecido.

Cuando vi aquella limpia oscuridad, la pesadilla de mi reciente experiencia en la diabólica negrura de la tumba me sacudió de nuevo, y eché a correr como un loco por la arena hasta alcanzar la pequeña tienda.

En las alforjas había whisky; bebí un trago más que generoso y di gracias al cielo por la lámpara de petróleo que acababa de encontrar. Luego colgué un espejo y permanecí más de tres minutos contemplándome a mí mismo, asegurándome de mi propia identidad. Después saqué la máquina de escribir portátil y la coloqué sobre la mesa de piedra.

Sólo entonces me di cuenta de mi propósito subyacente de manifestar la verdad de todo aquello por escrito. Durante algún tiempo luché conmigo mismo, pero esa noche no podía pensar en dormir, ni en regresar a la ciudad a través del desierto. Al final, recobré la serenidad.

Escribí el presente relato.

Ya he contado la historia. Mañana saldré de Egipto para siempre, mañana dejaré atrás la tumba para siempre, después de cubrir la entrada, de modo que nadie pueda penetrar nunca en esa cámara subterránea del horror.

Mientras escribo, me siento agradecido a la luz que borra el recuerdo de la silenciosa oscuridad y del sonido sombrío. Agradecido, también, a la tranquilizadora imagen del espejo que desvanece la idea de aquellos terribles instantes en que las gemas que el sacerdote de Sebek tenía por ojos me contemplaron fijamente y yo *cambié*. ¡Conseguí arrancarlas a tiempo, gracias a Dios!

Tengo una teoría acerca de aquellas gemas. Eran una trampa. Resultaba espantoso

creer en la capacidad de hipnosis de un cerebro muerto tres mil años atrás. Pero no cabe otra explicación. Cuando al sacerdote le arrancaban los ojos, para colocar en su lugar las piedras preciosas, su mente estaba concentrada en una sola idea, la de vivir, la de usurpar una nueva carne. Aquella idea, transmitida a las gemas, la archivaron éstas a través de los siglos, hasta que los ojos de un descubridor se posaran en su hipnótico brillo. Entonces, el sacerdote muerto asumió la forma del hombre subyugado por aquel brillo, y su conciencia se introdujo en el sueño de la momia. Y aquel hombre fui yo.

Las gemas están en mi poder, tengo que examinarlas. Puede que las autoridades arqueológicas de El Cairo sepan clasificarlas; sea como fuere, son muy valiosas. Pero Weildan está muerto; y no debo hablar de la tumba. ¿Cómo podría explicar todo esto? Las dos gemas son tan extrañas que forzosamente van a despertar la natural curiosidad sobre su hallazgo. Hay algo extraordinario en ellas, aunque la suposición del pobre Weildan, en el sentido de que eran un presente del dios Sebek, me parece por completo absurda. Aunque lo cierto es que el cambio de color que se produce en ellas no resulta normal, como tampoco lo es el brillo hipnótico que poseen.

¡Acabo de efectuar un descubrimiento sorprendente! He sacado las gemas de mi pañuelo y las he mirado. ¡Aún parecen tener vida!

Su brillo no ha menguado en absoluto, su luminosidad es tan intensa aquí como lo era en la oscuridad de la tumba, como lo era en las cuencas vacías de la momia. Son amarillas y, al mirarlas, percibo aquella misma presencia de una vida interior.

¿Amarillas? No, ahora enrojecen, se tornan escarlata. No debo mirarlas porque me recuerdan todo aquello. Pero son hipnóticas, tienen que serlo.

Su rojo es ahora muy vivo, posee un fulgor de llamarada, furioso. Al contemplarlas, me siento bañado por un fuego que no quema y que acaricia. Ya no me importa nada, es una sensación muy agradable. No tengo por qué apartar la mirada de ellas.

No tengo por qué apartar la mirada de ellas… a menos que… ¿Conservarán las gemas su poder incluso sin hallarse en las cuencas de los ojos de la momia?

Vuelvo a sentirlo. Seguro que lo conservan. No quiero volver al cuerpo de la momia. Ya no podría arrancar las piedras y volver a adquirir la forma que me es propia, pues al arrancarlas aprisioné la idea en las gemas. Tengo que apartar la mirada. Puedo escribir, puedo pensar, pero esos ojos siguen ante mí, crecen y crecen hasta convertirse en lunas amarillas.

Sí, tengo que apartar la mirada.

¡No puedo hacerlo! Cada vez son más rojas, mucho más rojas. He de luchar contra ellas, contra su poderoso influjo; he de evitar que me dominen. Me arde la cabeza. No tengo sensaciones. He de luchar, tengo que resistirme.

Ahora puedo apartar al fin la mirada. He vencido a las gemas. Me encuentro perfectamente.

Puedo apartar la mirada. Pero no puedo ver. ¡Estoy ciego! Ciego. Las gemas ya

no están en las cuencas. La momia está ciega.

¿Qué me ha pasado? Estoy sentado en la oscuridad, escribo a máquina, a ciegas. ¡Estoy tan ciego como la momia! Tengo la sensación de que ha sucedido algo, es una sensación muy rara. Mi cuerpo parece más ligero.

Ahora lo sé.

Estoy en el cuerpo de la momia. Lo sé bien. Las gemas, la idea que conservaban, y ahora algo está saliendo de aquella tumba abierta.

Camina para dirigirse al mundo de los hombres. Lleva consigo mi cuerpo. Buscará presas y sangre para ofrecerlas en acción de gracias por su resurrección.

Y yo estoy ciego. ¡Ciego y descomponiéndome en pedazos!

El aire… El aire es la causa de mi desintegración. Los órganos vitales de la momia están intactos, dijo Weildan, pero yo no puedo respirar. No puedo ver. Tengo que escribir, dar la voz de alarma. Quien vea esto sabrá la verdad, tendrá que dar la voz de alarma.

Mi cuerpo se desintegra por momentos. Ya no puedo levantarme. ¡Maldita magia egipcia! ¡Malditas sean las gemas amarillas! Alguien tiene que matar al ser infame que salió de la tumba.

Mis dedos… apenas puedo golpear ya las teclas. Se niegan a hacerlo. Se están desmenuzando. Despacio. Tengo que avisar. No puedo hacer retroceder el carro de la máquina.

Tampoco puedo pulsar la tecla de las mayúsculas. Los dedos se me van desintegrando, se despedazan por culpa del aire. Los dedos… Tengo que alertar contra la magia de Sebek los dedos apenas puedo escribir con los nudillos.

Maldito sea sebek sebek sebek sebek sebe seb seb seb se s s sssss s s s…

VIAJE SIN RETORNO A MARTE

(One Way to Mars)[65]

Joe Gibson estaba superior, más lanzado que el demonio, y no sabía ni dónde se encontraba ni le preocupaba, más allá de que se hallaba en la barra del bar, y reía mientras alguien cantaba con una voz muy triste que le llegaba como de muy lejos, y se dijo que seguramente se había tomado otra más, y entonces…

Allí había todo un personaje con un abrigo marrón.

Era un tipo raro, algo tocado, que tenía vacíos los bolsillos, cuyo forro mostraba, y vuelta la cabeza, alta sin embargo, y que llevaba puesto el sombrero, bastante ladeado, como un figurante en una película de gángsters.

El tipo raro y que parecía tocado del ala, el del sombrero, le hablaba; pero Gibson tardó unos minutos en darse cuenta de que se dirigía a él.

—Me parece que tienes problemas, amigo —le dijo el tipo algo tocado—, necesitas unas vacaciones, te vendrá bien salir por ahí.

—Claro, claro —dijo Gibson tratando de alcanzar su vaso, como si se le hubiera perdido entre la niebla.

—Te he estado observando, amigo —le dijo el tipo algo tocado—, y me he dicho que seguramente tienes problemas… Me he dicho que eres un hombre que necesita salir de todo esto… Pareces un perdedor, amigo.

—Claro —volvió a decir Gibson—, claro que soy un perdedor. Un alma perdida, un alma en pena… ¿Te tomas un trago o te vas por ahí, al infierno, por ejemplo?

El tipo bajito del sombrero, el que parecía algo tocado del ala, no prestó atención a sus palabras. Siguió hablando con la voz inalterable. Parecía un viejo tío holandés.

—Trabajo en la agencia de viajes As, muchacho… ¿No te gustaría sacar un billete a cualquier parte?

—¿Para ir adónde? —preguntó Gibson como si lo maldijera.

El tipo algo tocado del ala, el del abrigo marrón, se encogió de hombros.

—¿Qué te parece un billete para Marte? —dijo.

Gibson pareció hundido por unos momentos. Luego se rehízo, con sorna.

—O sea que Marte, ¿no? ¿Y cuánto me costará el viaje?

—Bah, no lo sé… Pero no te saldrá caro… Dejémoslo en dos dólares con ochenta y ocho centavos.

—¿Dos dólares con ochenta y ocho centavos por un viaje a Marte? Parece un buen precio —Gibson hizo una pausa—. ¿Y es un viaje con escalas o directo?

El tipo algo tocado del ala tosió como si se excusara.

—No, es un viaje directo… Verás… es que aún no hemos arreglado lo del viaje de regreso.

—Pues apuesto a que no venderás muchos billetes —dijo Gibson.

—No creas, tenemos clientes —dijo aquel personaje con el abrigo marrón—. ¿De veras que no te interesa?

—No he querido decir eso —Gibson encontró al fin su vaso, lo alzó entre la neblina y bebió de un trago el whisky que le quedaba.

—Quizá te interese más en otro momento, ¿no? —lo presionó el tipo algo tocado del ala.

—Escucha, enano… —le soltó Gibson de repente.

—Te tengo en mi lista desde hace tiempo, amigo —lo interrumpió el tipo algo tocado del ala, como si no se percatase de que Gibson cerraba fuertemente su mano alrededor del vaso—. Sé bien que tarde o temprano haremos negocios, serás mi cliente.

—¿Y cómo estás tan seguro? —preguntó Gibson ahora sin darle mayor importancia.

Pero echó la mano hacia atrás, con el puño cerrado, para lanzarla luego en un intento de golpear a aquel enano con un abrigo marrón. Luego pivotó sobre sí mismo, como si calibrase la distancia a la que estaba su oponente, y como si esperase a que el suelo estuviera firme, sólido.

Entonces lanzó un puñetazo, que se perdió en el aire, muy lejos, como si lo hubiese dirigido a las estrellas e incluso más allá, donde la oscuridad era completa. Joe Gibson se vio inmerso en esa oscuridad, como a través de un túnel sin luces, cayendo hacia abajo, a lo más profundo.

—Menudo pedo te agarraste anoche —le dijo Maxie mientras agitaba la taza antes de ofrecérsela a Gibson—. Te emborrachaste de verdad, vaya que sí…

—Cierra el pico —le dijo Gibson.

—Te diste de morros contra el suelo del bar, quedaste fuera de combate —añadió Maxie acercándole la taza a los labios para ayudarlo a trasegar su contenido.

—Olvídalo —dijo Gibson apenas pudo hablar, tras el primer trago.

Maxie se encogió de hombros.

—Vale, amigo —dijo—. Lo olvidaré, ya veo que sigues en todo lo alto. Pero recuerda que cobras quinientos a la semana por tocar aquí… ¿Y qué haces tú? Si quieres, sal y échate un rato sobre las vías del tren, a ver qué tal, tú verás… A lo mejor ofreces un buen espectáculo a la gente, después de todo… Me pides que lo olvide, muy bien… Estoy dispuesto a olvidarlo todo. Estoy dispuesto incluso a olvidarme de ti.

Gibson se incorporó en la cama. Se mostró con una rapidez de movimientos extraña en un tipo con resaca.

—No, Maxie —dijo—, no me refería a eso, te lo prometo… Perdóname. Te aseguro que no hubiera intentado sacudir a ese tío si no me llega a dar tanto la tabarra

con la mierda esa del viaje a Marte… Yo estaba tan tranquilo, pensando en mis cosas, y ese maldito enano venga a darme la lata, venga a soltar tonterías por la boca.

Maxie se quedó mirándole.

—Sé lo que pasó, Joe, lo vi —dijo—. Te aseguro que estabas solo en la barra; el tipo más próximo lo tenías a mucha distancia, no había nadie cerca de ti… Hablabas contigo mismo, y empezaste a girar, a hacer movimientos extraños, hasta que te caíste con la cuenta de protección encima. Le sacudiste un puñetazo al aire.

—Pero… ese tipo pequeñajo y ridículo con un abrigo marrón, te aseguro que… —comenzó a decir Gibson.

—No vi a nadie con esa pinta —lo interrumpió Maxie despacio, como si masticara las palabras—. Todo lo que vi fue a un sujeto muy tocado que se llama Joe Gibson, haciendo tonterías y pegándose un buen leñazo contra el suelo.

Gibson lo miró extrañado.

—¿Así fue, de veras?

—Así fue, de veras —respondió Maxie.

—Pues sí que me agarré una buena curda —dijo Gibson encogiéndose de hombros.

Maxie se sentó en la cama.

—¿Recuerdas los buenos tiempos, Joe? —comenzó a decir—. Eras un tipo llegado de Kansas City con una mano delante y otra detrás, un tirado… Te conocí en el Rialto, ¿lo recuerdas? Tocabas con aquella orquestina de mierda; te hablé, vi que tenías talento y te apunté en mi lista, te di trabajo… Quería que desarrollaras ese talento.

—¿Dónde está tu violín? —dijo Gibson con guasa—. Tendrías que acompañar lo que dices con una música muy dulce.

—No trato de dorarte la píldora —replicó Maxie—. Sólo intento hablar contigo.

—¿Y qué quieres decirme? —Joe Gibson comenzó a levantarse, no sin antes sacudirse de encima la mano que Maxie le había puesto en un hombro—. Sí, me acuerdo muy bien de todo aquello. Me sacaste del basurero e hiciste de mí un hombre de provecho. Vale. Conseguiste que fuera un buen músico, aunque no tanto como Goodman, Shaw, Miller, todos ésos… ¡Claro que me ayudaste, por todos los cielos y por todos los infiernos que sí! ¡Claro que conseguiste que un cualquiera como yo hiciera que sonase buena música por ese jodido tubo! Reconozco que sabes distinguir lo que es bueno de lo que es malo, reconozco que sabes reconocer un talento apenas lo ves… Gracias a ti he conseguido ser alguien… Pero también te has llevado un buen diez por ciento de todo eso, ¿o no? Al fin y al cabo, el músico soy yo… Tú eres el que corta el bacalao[66].

Maxie permanecía en silencio. Mostraba una sonrisa triste.

—No es eso, Joe —dijo tras una pausa—. No busco sacar tajada. Eres un buen tipo y trabajas duro. Pero ya está bien —se levantó—. Ya está bien de tonterías, ya está bien de numeritos de borracho… Era tu primera actuación en Scranton y te

agarraste un pedo de muerte, todo el mundo lo vio. Dejaste de mala manera a los músicos que te acompañaban para ponerte a beber como una bestia… Y no es la primera vez, Joe. También me hiciste lo mismo en aquella sesión de Chicago, cuando encima no apareciste luego a grabar con la Decca, lo que hubiera supuesto tu primera incursión en la música clásica… Claro que con todo eso te has labrado una buena reputación de chico malo, y te gusta, ¿verdad? Sí, aquí tenemos a Joe Gibson, uno de los mejores trompetistas, claro que sí. Y además un chico malo, muy malo, malísimo… Pero no podéis con él, claro que no, porque es el favorito de las rubias y del *bourbon*.

Joe Gibson tomó asiento en una butaca. Hundió la cabeza y comenzó a sollozar.

—¡Vaya! —se lamentó Maxie—. La verdad es que no sé qué te pasa, Joe. No sé qué te asusta, de qué huyes… Quizá debieras tomarte un descanso. Prefiero eso a que te limites a prometerme que serás un buen chico y nada más… Bien, veré qué se puede hacer… Anda, procura descansar. Te llamaré mañana.

Maxie se fue.

Joe Gibson volvió a meterse en la cama. Se tapó bien y se dispuso a dormir un rato más.

Pero sonó el teléfono.

Joe Gibson alargó la mano hacia la mesita para descolgar el aparato.

—Hola —dijo una voz que le resultó familiar, aunque no pudo identificarla—. Precisamente ahora recordaba la divertida conversación que mantuvimos anoche… ¿Has decidido algo sobre ese viaje a Marte?

Joe Gibson colgó violentamente el teléfono. Metió la cabeza bajo las sábanas y estuvo temblando y llorando largo rato.

Todo salió bien la noche en que volvió a tocar.

Tenía que resultar así, por fuerza. La semana había sido infernal. Maxie trabajó como un perro para que no le rescindieran el contrato, y Joe Gibson, en justa correspondencia, no probó una gota de alcohol en toda la semana.

Sí, todo había salido muy bien. Joe se mostraba concentrado y tranquilo. Allí lo tenía, sentado en el escenario con la trompeta en el regazo, esperando el momento de su intervención, atento a lo que hacían los otros músicos.

Pero había algo que no terminaba de tranquilizarlo. Sus ojos. Joe Gibson le rehuía la mirada. Incluso bizqueaba. Quizá estaba avergonzado por el mal trago que le había hecho pasar, toda la semana luchando para que pudiera tocar de nuevo. Además, daba la impresión de que Joe buscaba a alguien entre el público. Era como si buscase una cara a través de una ventana, o de las ventanillas de un autobús que pasara ante él.

Parecía claro que Joe Gibson buscaba a alguien. Buscaba a un tipo medio tocado del ala, bajito, ridículo; un tipo con un abrigo marrón. Y a la vez que lo buscaba tenía miedo de encontrarlo. Y a la vez que tenía miedo de encontrarlo, sentía mucho más

miedo por no dar con él.

De vez en cuando bajaba la vista y la dejaba descansar sobre el suelo de la pista de baile. Luego alzaba de nuevo los ojos y se ponía a buscar otra vez entre la gente.

A Maxie le pareció que aquella mirada huidiza de Joe Gibson era a la vez hiriente y herida. Sin embargo, por su actitud sabía que todo iba bien, que tocaría espléndidamente, que no habría el menor problema… Ahora le tocaba hacer un solo.

Casi rezó Maxie cuando lo vio llevarse la trompeta a los labios, pero no hubo problema. Tocó intensamente, como si quisiera quitarse de encima toda la rabia y toda la pena. Aunque no dejaba de mirar a la gente, casi bizqueando más que de soslayo, mientras lo hacía.

Observó, no obstante, que a Joe le temblaban las manos al sujetar la trompeta, y que le caían gotas de sudor que bañaban el metal del instrumento.

Joe echó otro vistazo a las mesas más próximas al escenario. Ni rastro del tipo del abrigo marrón.

Poco después, otro solo.

Joe Gibson levantó su trompeta.

Todo saldría bien de nuevo. Seguro.

Varias parejas bailaban ya en la pista. Joe Gibson se dijo que pasaba por completo del enano con el abrigo marrón, que no lo buscaría más. Tenía los ojos cerrados, estaba fuera del mundo; tocaba como nunca, como si quisiera llegar a las estrellas con su *boogie*.

Era una música sólida, caliente. Algo que le salía de lo más profundo. Sostenía cada nota hasta lo imposible, como si no quisiera dejarlas ir. Quería hacer un solo tras otro, incesantemente, sin abrir los ojos, aferrado con violencia a su trompeta, con la mente ajena a todo lo que no fuese la música. Fuera del mundo.

Sí, todo salió muy bien, a las mil maravillas. No hizo Joe una sola interpretación en la que no se entregara por completo, hasta el agotamiento.

Cuando tomó asiento entre los músicos, comprobó Joe Gibson que tenía la camisa empapada en sudor, que el sudor le calaba también la chaqueta del esmoquin. Se la quitó entonces, echándosela sobre el brazo izquierdo. Estaba contento, casi extenuado. Podía mirar tranquilamente al público. Los demás músicos aprovechaban el descanso para fumar mientras las parejas que bailaban en la pista se tomaban un respiro.

Joe Gibson se levantó de la silla. Vio que Maxie lo esperaba junto al escenario. Metió la trompeta en el estuche y se dirigió raudo hacia los peldaños del escenario para bajar a reunirse con él.

Al hacerlo miró hacia abajo, hacia el piso vacío… o no tan vacío. Vio en la pista una figura solitaria, bajita, metida en un abrigo marrón, que bailaba a solas. No había acabado de bajar los peldaños Joe Gibson cuando aquella figura se acercó rauda y pudo verle la cara bajo el sombrerito ridículo que llevaba. Y al momento le oyó hablar con aquella voz que tanto asco le daba.

—He disfrutado mucho con tu música, muchacho —le dijo—. Creo que ya estás preparado para viajar a Marte.

Joe Gibson lo siguió con la mirada mientras el tipejo se paseaba ahora entre las mesas sin que nadie pareciera darse cuenta de su presencia.

Lo que sí vio todo el mundo fue que Joe Gibson daba un salto y salía de la sala gritando aterrado y profiriendo insultos para perderse por las calles.

Joe pareció recuperado, al menos mientras Maxie estuvo con él en aquella habitación, pero al poco lo dejó solo con un tipo que parecía graznar.

Aquel sujeto que graznaba blandamente era un joven que parecía conocer bien su oficio. Según Maxie, se trataba del mejor psiquiatra de la ciudad, y Maxie sabía bastante de esas cosas.

Pero Maxie acababa de largarse y Joe estaba tirado en el diván con una tenue luz que le daba directamente en los ojos. El tipo que graznaba suavemente le pidió que se relajara, que se lo tomase con calma, que dejara de pensar y se limitase a decir lo primero que le viniera a la mente.

Le recordaba a Joe a uno de esos gángsters de las películas que someten a un tipo a un tercer grado. Pero aquello era mucho mejor, desde luego; al menos estaba cómodamente tumbado, y no de rodillas ante un tipo que le soltaba bofetadas sin cuento. Además el que graznaba suavemente no le había tapado los ojos con una banda. Le había sugerido, eso sí, que dejara caer tranquilamente sus brazos, a los lados del cuerpo, y que cerrase los ojos para concentrarse mejor. Quizá fuese una manera de comprobar sus reflejos, quién sabe, pero Joe se dijo que él no tenía problemas con eso. En realidad sólo tenía problemas con el hombrecillo del abrigo marrón, al que temía de veras. Aquel enano al que no había podido cazar con su puño; aquel tipejo tocado del ala al que no vio en la calle aquella noche en que le rescindieron definitivamente el contrato en la sala.

Joe comenzó a hablar de todo eso al hombre que graznaba suavemente, escogiendo las palabras con mucho cuidado. Al fin y al cabo quería convencer al psiquiatra de que todo estaba bien, de que no tenía ningún problema *real*.

No era, por supuesto, como si oyese voces, o cualquier estupidez semejante, esas cosas de locos… No tenía el menor problema, salvo que veía al chalado del abrigo marrón.

Pero el psiquiatra de la voz como un graznido suave no dejaba de hacerle preguntas, obligándole a su vez a decir tonterías. Lo trataba como si fuese un niño, y además un niño tonto. Por eso le preguntaba idioteces relacionadas con su niñez. ¡Majadero!

Tuvo que decirle, por ejemplo, que se escondía en la carbonera de la casa cuando su padre golpeaba a su madre. Y que a veces se quedaba dormido allí, y que entonces soñaba que no estaba en una carbonera, porque en realidad no estaba en ninguna

parte. En aquellos sueños no había ni carbonera ni escaleras. No había un exterior que localizar, no había gente. En aquellos sueños sólo estaba él, Joe Gibson. Y la oscuridad.

Joe se vio compelido a contar un montón de tonterías parecidas al que graznaba suavemente. Podía recordarlas una tras otra; soltaba más y más estupideces, allí tumbado, a medida que hablaba, porque el otro no paraba de hacerle preguntas. Le contó también cuándo tuvo su primera trompeta, y que tocaba a solas, casi escondido, todo el tiempo, mucho tiempo, hasta que pudo reunirse con un grupo por primera vez.

Habló también de cómo obtuvo su primer trabajo como músico, y de cómo lo abandonó sin esperar a cobrar lo que le debían, porque no le gustaba lo que le pidieron que hiciera. Y habló también de su amor infinito por la música, sobre todo por esa música en la que puedes improvisar, en la que puedes salirte de las notas escritas en el pentagrama; esa música en la que puedes tocar y tocar sin más, yéndote de ti mismo, al margen de tus pensamientos y de tus ideas. Esa música que te embriaga como un licor.

Habló y habló Joe hasta darse cuenta de que ya no tenía más que contar, y de que llegaba al presente, al momento de su primer encuentro con el tipo del abrigo marrón. No quería hablar más de eso, pero lo hizo, aunque en cierto modo por encima y rápido. No quería dedicar ni un solo pensamiento más a aquel tipo, pero el del suave graznido insistía en preguntarle sobre eso en voz baja, y tuvo que decirle al fin que sí, que lo vio por primera vez en la barra del bar, y que no era raro, sino un tipo común, tan vulgar y esmirriado que daba risa, y que lo más destacable era que la piel de su cara parecía papel higiénico.

Aquello le pareció gracioso… Joe no recordaba que hubiese reparado antes en la piel de aquel tipo, hasta que el de la voz como un graznido suave le obligó a recordarlo.

Pero en el fondo le había sentado bien sacarse del pecho todo aquello. Así que siguió hablando; contó entonces al psiquiatra lo que le había dicho aquel tipo de la agencia de viajes As, que le ofreció viajar a Marte por sólo dos dólares y ochenta y ocho centavos, un viaje de ida, nada más, un viaje sin vuelta, y lo de los clientes que le había dicho semejante sujeto que ya tenía su agencia de viajes, y en fin, que le habló de todo, sin dejarse nada.

Así que se refirió también a la llamada telefónica recibida y a lo que vio en la pista de baile. Insistió, al hacerlo, en que no había bebido ni un trago, eso quería hacérselo saber especialmente al de la voz como un graznido suave; insistió en que vio al tipo medio tocado del ala que llevaba un abrigo marrón, allí, en la pista de baile. Y que eso fue lo que le sacó de quicio.

El psiquiatra que graznaba sonreía; le dijo a Joe que ya estaba bien por aquel día, y llamó a Maxie para que entrara. Luego hablaron un rato en una habitación contigua,

sin que Joe pillase ni una palabra de lo que decían.

El de la voz como un graznido suave volvió después para consultar la guía telefónica. Buscó donde aparecían las agencias de viaje y no vio ninguna que se anunciara como As.

A Joe le encantó que el psiquiatra le preguntase entonces qué sabía del planeta Marte. Dijo más o menos lo que el otro esperaba, y el psiquiatra volvió a hacerle una pregunta: qué significado tenía para él el número 288. Eso desconcertó a Joe, lo dejó mudo.

El de la voz como un graznido suave volvió a sonreír y le dijo que regresara a su consulta dos días después, cuando ya tuviera hecho un reconocimiento médico.

Maxie dijo a Joe que volviera solo al hotel, que él iría luego, después de satisfacer la tarifa del psiquiatra.

Así que Joe se dispuso a ir al hotel dando un paseo.

Había otro paciente en la sala de espera. Joe lo vio cuando la atravesó para dirigirse a la puerta. Aquel paciente que esperaba leía un ejemplar de *National Geographic*, pero al ver al que ya se iba dejó la revista sobre la mesita. Era el tipo medio tocado del ala y enano que llevaba un abrigo marrón.

—Ya tengo tu billete para Marte —le dijo—. Podrás partir hoy mismo si quieres.

Joe no respondió. Simplemente se quedó allí, contemplando aquella piel como papel higiénico que tenía el tipejo en la cara, alrededor de sus labios, alrededor de los ojos oscurecidos por el ala del sombrero. Joe reparó luego en el abrigo marrón del enano, lleno de lamparones, desastrado, con algún agujero en las solapas.

Tomó aliento profundamente y al hacerlo olió lo que despedía aquel abrigo: porquería.

Así que Joe supo al fin que realmente lo que veía y oía era cierto; la fetidez que salía de aquel tipejo no podía ser cosa de su imaginación. El sujeto se metió la mano en un bolsillo y supo Joe que a continuación le extendería su billete para aquel viaje sin retorno a Marte.

Pero Joe no estaba desprevenido entonces. Saltó sobre el enano del abrigo marrón. Todo comenzó a hacérsele rojo y negro, una vez y otra, ahora rojo y ahora negro… Alguien gritaba. Al poco supo que era él mismo quien gritaba, pero no fue consciente de nada más porque perdió el sentido.

Cuando despertó Joe Gibson yacía en una cama y se sentía bien. Muy bien.

Al principio no supo por qué se veía allí, pero no tardó mucho en hacer memoria. Recordó que había machacado al enano del abrigo marrón, a aquel tipo odioso que estaba medio tocado del ala. Se preguntó entonces si lo habría matado. No, no; si lo hubiera hecho estaría en la cárcel, no en la cama del hotel.

Sí, realmente se sentía bien, muy bien. Tenía que celebrarlo.

Entró Maxie. No parecía sentirse muy bien, sin embargo.

Joe comenzó a decirle que se encontraba fenomenal, pero Maxie empezó a decir algo sobre lo que había pasado en la sala de espera del psiquiatra que hablaba como si graznase suavemente.

Joe no le prestó atención y se limitó a decir que había probado sobradamente que no estaba loco; luego admitió haberle sacudido un puñetazo al enano del abrigo marrón.

—Creo que voy a vestirme… Sí, me apetece salir a dar una vuelta por ahí —dijo.

Sabía que a Maxie no le hacía gracia aquello, se lo vio en la cara, pero se encontraba tan bien que le daba lo mismo.

Maxie, sin embargo, no intentó detenerlo, ni le dijo nada, para su sorpresa. Se limitó a decir «de acuerdo», y tomó asiento en la cama, para encenderse un cigarrillo mientras Joe se vestía. Tenía clavados los ojos en la alfombra mientras Joe silbaba.

—Joe —dijo al fin.

—Dime…

—No vas a ir a dar una vuelta.

—¿Y quién me lo va a impedir?

—Será mejor que te tranquilices.

—Por supuesto. Estoy de lo más tranquilo. No te preocupes, volveré pronto.

—No me refiero a eso, Joe… Vas a descansar mucho, vas a estar mucho tiempo metido en la cama. En un manicomio.

—¿Qué diablos…?

—Estuve hablando con el doctor… Vendrán a buscarte en media hora. Pero no te preocupes, creo que debes reponerte, y entonces, otra vez…

Así que era eso… Así estaban las cosas. Joe comenzó a darse cuenta de la situación.

Joe se dirigió a la mesa del cuarto.

—¿Qué buscas? —le preguntó Maxie.

—Mis cigarrillos, tranquilo… No pasa nada, me doy cuenta de todo.

—Piensa que es por tu bien —le dijo Maxie, que había vuelto a clavar la mirada en la alfombra.

—Claro que sí —dijo Joe abriendo el cajón de la mesa.

—No te cabrees conmigo…

—No, claro que no. Nada de cabrearme contigo —dijo Joe.

Volvió desde la mesa. Con la pistola que había sacado del cajón, disparó contra Maxie. Dos tiros en el estómago. Luego pidió un taxi. Si conseguía llegar pronto a Jersey, no serían capaces de echarle mano.

Fue a la estación y sacó un billete para el autobús de las cinco y cuarto, que no tardaría en partir.

Caminó por el andén riéndose al recordar que había matado, sí, lo había matado, al enano del abrigo marrón. No había motivo para preocuparse; quizá, sólo, por la cantidad de gente que había en el andén. Pero en breve tomaría el autobús y podría

pensar en sus próximos movimientos a seguir. Subió. Vio el cuarto de servicio al final del coche y entró. Estaba muy oscuro, no funcionaba la luz. Pero pudo ver lo que ocurría en el andén, a través del cristal de la ventana.

Tardó en darse cuenta de lo que veía. Menos de un minuto, sin embargo. Un espacio negro, vacío, en el que brillaban las estrellas.

Alguien abrió entonces la puerta de servicio. Era el conductor del autobús. Pero aquel conductor de autobús llevaba un abrigo marrón y un sombrerito la mar de ridículo. Alargó la mano para pedir a Joe su billete, y picarlo.

Miró Joe el billete, a la leve luz de las estrellas, que entraba por la ventana, y leyó allí su nombre, el precio y el lugar de destino… Supo Joe Gibson que no había nada que hacer, salvo seguir allí, salvo esperar, salvo seguir alejándose del mundo.

LAS CUATRO ESQUINAS DE LA CAMA DE LA VIDA

(The Bedspots of Life)[67]

Odiaba lo que estaba haciendo, pero no podía remediarlo. Nadie hubiera podido hacerlo, porque todo el mundo lo necesita de manera acuciante. Buen sexo, incluso sexo a lo grande, para una necesidad acuciante.

Bien, ninguno lo encontraría, como de costumbre. Ya se lo temían, pero aun así acudieron allí; cruzaron la calle en silencio, más como si fuesen a un funeral que a una sesión de buen sexo. Quizá lo hicieran así porque es normal lamentarse por la pérdida del amor.

Algunos nunca lo habían conocido: los más jóvenes, los tontos, los temerosos, los poco atractivos, las víctimas de su propia y baja estima. Pero eran precisamente éstos los que más lo necesitaban, los que más compelidos al sexo se sentían; mucho más, seguramente, que los otros. Cuando tienes hambre el cuerpo no te pide manjares deliciosos; simplemente, quiere comer, incluso comida basura. Los apetitos jóvenes valoran más la cantidad que la calidad. Y allí tenían cantidad. ¿Sexo a lo grande, también para él? A esas alturas de su vida cualquier sexo era bueno, incluso a lo grande. Pues bien, allí lo tenían disponible, todos lo tenían a su disposición.

Cuando eres viejo el problema es, precisamente, el de la disponibilidad. Los viejos verdes también tienen hambre. El hecho de que hayas perdido los dientes no significa que hayas perdido el apetito. Y si no puedes agenciarte un plato de *gourmet*, bueno, siempre tendrás a mano algún aperitivo. La calle es una buena tienda.

Caminó fijándose en las caras de las que se cimbreaban sobre altos tacones. Por allí había más hombres a lo mismo, conductores en sus coches muchos de ellos, que habían llegado hasta esa calle conducidos por un impulso incontrolable.

Para divertirse un poco, se fijó en los que conducían aquellos coches, y en los coches mismos. Había un Audi, cosa rara de ver en la ciudad. Y algún Bugatti llamativo con el que merodeaba despacio algún joven. Y una camioneta Ford en la que estaba un hombre atribulado, uno con el hogar roto, un esposo ni muy mayor ni joven ya, al que su mujer había escogido el vehículo para que cupiesen varios niños. Dudó mucho si dirigirse hasta allí, aprovechando la escapada de su matrimonio infeliz, de aquella hogareña atadura.

Ataduras… Y esa caravana con sus cortinillas en las ventanillas… ¿no era ideal para guardar en su interior cuerdas, esposas, cadenas, todo eso que tanto adoran quienes se entregan a los ayuntamientos sadomasoquistas? Uno nunca puede estar seguro, puede pasar cualquier cosa. Y un camión Chevy puede conducirlo hasta un tipo al que le guste ponerse un panty de mujer bajo sus pantalones vaqueros. Y el

dueño de ese Mercedes bien podía ser un alto ejecutivo, o un abusador de menores, o alguien a quien le guste el intercambio de parejas. ¿Acaso conducir un Porsche no te garantiza la potencia? ¿Y tú por qué estás aquí, Alfa-Romeo?

Se encogió de hombros, dejando a un lado aquellos pensamientos. Había llegado el momento de dejar de buscar en la calzada para concentrarse en la acera.

Allí, en la acera, esperaban las mujeres, estaban las mujeres: las putas más sórdidas, las meretrices algo más apetecibles, las putillas bonitas…

Aquellas mujeres eran como los coches, en cierto modo… Grandes o pequeñas, gordas o con buen tipo, carnosas pintarrajeadas, viejas sin reparación posible… La verdad es que casi ninguna parecía lozana, pero cuando estás buscando un coche de segunda mano no te puedes fijar mucho en los detalles, lo normal es que te caiga uno que tenga mil años… Y, en un caso así, en realidad lo que buscas es un coche de alquiler. El diseño y la carrocería no te importan demasiado, con tal de que sea más o menos confortable y ruede sin problemas.

No hay que pensar en los colores, por supuesto. Vio a una un tanto amarilla, seguramente japonesa, un coche de importación, pero había tanto donde escoger… Blancas, negras, mulatas… Los precios no resultaban escandalosos, eran realmente una bagatela, así que se dejaría guiar por el instante, por lo primero que le entrase bien por los ojos. Al fin y al cabo, bien podría aprovechar para darse un capricho.

¿Y de qué chica se encapricharía aquella noche?

¿Qué tal esa rubia despampanante, con una minifalda que enseñaba algo más que sus muslos? Observó cómo miraba aquella mujer los coches que se detenían junto a la acera; cómo miraba los coches y después a quienes los conducían. No, una chica como aquélla no era su tipo. Al menos, no aquella noche, Josephine.

Nadie le hubiera podido oír decir eso durante años. *Esta noche no, Josephine*[68]. Mejor una rubia gorda y algo ajada. Ideal para él, un poco vieja. Se le notaban los rollos de carne bien prietos bajo el vestido. Se le notaban cada vez más a medida que se iba acercando.

Esquivó la mirada de aquella mujer, sin embargo, para fijarse en una muchacha de pelo negro que estaba junto a un portal, mitad al descubierto y mitad oculta por la sombra, casi como un retrato de Rembrandt. Pero allí se acababa todo parecido. Cuando dio unos pasos por la acera, comprobó qué era lo que le había ocultado la sombra: un cuerpo de mujer, una cara de niña, unos ojos de puta.

La miró bien al pasar a su lado, volvió a encogerse de hombros y siguió caminando despacio, recordando que a su edad lo cierto era que poco le importaba la edad de la mujer, o si tenía un buen cuerpo. Todo eso carecía ya de importancia. Todas parecían cortadas por el mismo patrón. ¿Qué era lo que hacía que las diferenciase, que escogiera a una u otra?

Se hizo la pregunta casi en la esquina, junto al semáforo.

La luz estaba en ámbar. También los hombros y los brazos de aquella mujer, de pie junto al semáforo, eran ambarinos.

La luz se puso roja. El pelo de la mujer también se tornó rojo.

La luz se puso verde. Bajo sus largas pestañas le brillaron a aquella mujer unos ojos verdes que lo miraban.

Todo muy colorista. Todo muy intercambiable. Una ilusión, todo ello. No obstante, la ilusión añadía un elemento de diversión que hacía las cosas mucho más fáciles. No le gustaba lo que hacía, pero tampoco podía evitarlo. Y al fin y al cabo no se trataba más que de una puta.

Había llegado la hora de moverse un poco. Caminar despacio, como quien no quiere la cosa. Hablar tranquilamente, también como quien no quiere la cosa. Y poner una gran sonrisa, ahí estaba la clave.

—Buenas noches.

Se lo dijo de tal manera que ella lo tomó por el mejor cliente posible. A ella tampoco le gustaba lo que hacía, pero hasta las chicas tienen que comer… Y, al margen de todo, el tipo no era otra cosa que un *John* más, uno de tantos.

No tenía mala pinta, eso era cierto. Así que se decidió a aceptarlo. Alto, moreno, bien parecido; cortés, como solía decirse de los galanes de las viejas películas. De las películas normales, en definitiva, no de esas que ponen en los moteles… ¡Dios! ¿Cuántas películas porno había tenido que tragarse en los moteles a los que había ido con tantos tíos? ¿Por qué gustaba tanto a los *John* ver películas porno con ella al lado? Ni que decir tiene que la mayor parte de ellos solían tener problemas con sus mujeres o con sus novias, eso estaba más que claro… Pero bueno, tampoco iba a lamentarse por ello; si esos tipos no hubiesen tenido problemas con sus mujeres o con sus novias, ¿de qué comería ella, cómo hacer negocio? Y precisamente ahora necesitaba hacer algunos negocios, algunos cuantos tratos. Las cosas le iban realmente mal en los últimos tiempos. Pero no había que pensar en esos últimos tiempos, sino en el ahora, en el presente. No había que recordar el ayer sino pensar en el mañana.

Pensaba en todo eso mientras hablaba con aquel *John*, rápida y agradablemente, incluso, eso era cierto; el tipo resultaba muy educadito. Ella sabía cómo hablar a los *John*, cómo darles la réplica conveniente y graciosa.

Eso era, además, muy necesario; había que tener las cosas claras antes de cerrar el trato. Quizá en otro tiempo una hubiese podido dejarse llevar por la mera apariencia del cliente, por la ropa que vistiera el *John* de turno, todo eso, pero ahora había que fijarse un poco más porque todo el mundo trata de aparentar lo que no es, especialmente los que menos tienen. Cualquiera se te quiere hacer pasar por todo un potentado cuando no es más que un paria… Una tiene que cuidarse, velar por la buena marcha de su negocio, sobre todo cuando las cosas no te van muy bien… Es inexcusable fijar bien fijada la tarifa para que nadie se llame a engaño. La tarifa es lo más importante de todo, vayan las cosas como vayan, en cualquier caso. Y hay que tener mucho cuidado con quién se sube una a un coche.

Pero aquel tipo no la abordaba desde un coche. Era un tipo que parecía simpático,

un paseante, que seguro había aparcado calle abajo para darse una vuelta y estirar un poco las piernas, así, tranquilamente. Claro que también podía hospedarse en algún motel próximo y después de cenar se había ido a dar un paseo, sin más, y a buscar algo de diversión… Pero no tenía la pinta típica de los que se alojan en los moteles baratos. No llevaba corbata, pero sí un buen jersey de lana y una bonita cazadora negra, y una camisa cara, como lo demostraba la calidad del cuello que asomaba por el jersey. Y buenos zapatos de piel, nada que ver con esas imitaciones de plástico con que se calzaban tantos de los que iban por allí.

Quizá por todo ello pudiera iniciar el regateo aumentando en veinte y hasta en treinta dólares la tarifa habitual, más la habitación del motel aparte, claro. Total, por intentarlo… No puede una despreciar la posibilidad de sacarse algún plus. Como ahora no tenía chulo que velase por sus intereses, sólo a ella le correspondía mirar por la buena marcha de su negocio. Nada de dejarse llevar así por las buenas. Mantener la cabeza fría, siempre, en cualquier circunstancia.

No hubo problema. El tipo sólo quería tener buen sexo, sexo a lo grande. La tarifa que le señaló no pareció echarlo para atrás; dijo que bien, que le pagaría lo pedido en cuanto tuvieran un cuarto en la recepción del motel, antes de poner manos a la obra. Mejor cobrar siempre por adelantado. Eso aclara mucho las cosas. Dejó él, además, que escogiera ella el motel al que ir. Ella prefería el *C'mon Inn*.

El armario del cuartucho tenía cuatro perchas; las cortinas olían a humo de cigarrillo y a ceniza; la lámpara de la mesita de noche no funcionaba, pero daba igual.

Tampoco había problemas con los billetes. Todos de veinte dólares, que ella guardó rauda en un monedero con cremallera. No pudo verlo bien mientras se desnudaba, pues la bombilla del techo daba una luz muy débil, toda la iluminación que había en el cuarto era la del reflejo del neón que se filtraba intermitente por la ventana. Una intermitencia en negro y en azul. Negro y azul. Nada de golpearla, ¿vale? Eso habían acordado. Nada de sadomaso… Sólo follar, ¿de acuerdo?

El tipo no parecía salirse ni un pelo de lo pactado. La contemplaba sentado en la cama, mientras ella terminaba de desvestirse, ahora en negro, ahora en azul. Azul y negro su cabello, azul y negro su cuerpo. Azules y negros sus ojos.

La miró con especial deleite mientras se quitaba él las últimas prendas de vestir.

—Eres el Ángel azul —le dijo.

—¿Cómo? —se extrañó ella.

—El Ángel azul —repitió él, y la atrajo hacia sí, tumbándola en la cama, a su lado —. Es una vieja película alemana, tú no habrías nacido cuando se estrenó…

Ella apoyó la cabeza en el pecho del hombre mientras acariciaba su cuerpo magro y musculoso.

—No me tomes el pelo, no serás tan viejo…

—Ya, y quizá no seas tú un ángel… Las apariencias engañan tan a menudo —dijo burlón, como si lo que acabase de soltar fuese gracioso, aunque no lo era, desde luego.

Se dio cuenta y frunció el ceño; ella supuso que le atribulaba algún sentimiento. En cualquier caso, ya sabía a qué atenerse. Esos tipos con buena ropa son todos iguales, en cuanto les dejas se te ponen a hablar tiernamente al oído. Aunque, bueno; si pagaban también por eso, pues nada, adelante. Si lo que deseaban era hablar, bien, vale, pues a charlar un rato… Aunque lo mismo podían hacer por teléfono. La charla, además, es para los solteros y solitarios de barra de bar. Aquí hacemos negocios, muchacho, así que rápido al asunto, que además ya has pagado. Eso era lo que ella deseaba realmente.

Pero la verdad es que no le gustaba lo que hacía. Aquella mujer odiaba lo que hacía. Y los odiaba a todos, sí, a todos ellos, a sus clientes, sin excepción, hablasen o no… Si no fuese por lo que era, de qué iba a estar allí con un tipo cualquiera. Pero no era el momento de pensar ahora en esas cosas. Demasiado tarde para pensar en ello. Eran tantas las cosas por las que odiar, tantas… Todo.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En nada —respondió él, sonriente—. Cosas de hombres… Las mujeres sois muy preguntonas.

Entonces se acercó más a ella para escrutar su cara. Se le había borrado la sonrisa. La luz de neón seguía parpadeando, iluminando intermitentemente el cuerpo lunar de ella, sus cráteres, su superficie entera y carnal. Quizá el tipo fuese más viejo de lo que le había parecido.

Eso, en realidad, no le preocupaba, no era su problema; pero sí que la mirase de aquella manera, sin pasar a la acción; eso empezaba a ponerla nerviosa. Sobre todo porque ahora lo hacía sin una sonrisa. Los ojos de aquel hombre eran un tanto… Cada vez que el neón se iluminaba azul, lo veía mirándola en silencio, sin sonreír. Como si la taladrase con su mirada. Como si pudiera leer sus pensamientos.

—No te preocupes por mí, estoy bien —dijo ella por decir.

—No, no lo estás.

Volvió a sonreír, pero de manera distinta. También sonó diferente su voz; una voz que parecía pertenecer más a la intermitencia en negro del neón que a la intermitencia azul.

—¿A que preferirías no estar aquí, no hacer esto? —dijo él.

Sí, podía leer sus pensamientos… No podía sonreírle ahora, no le salía la sonrisa. Le resultó difícil incluso que no le temblara la voz.

—No te preocupes —dijo—, ya te he dicho que estoy bien.

—No mientas —replicó él—. No mientas y no te mentiré yo —la miraba fijamente, podía ver en su interior, eso sentía ella—. Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me gusta estar aquí, hacer esto… Pero también es verdad que estoy aquí porque lo he decidido yo… —hablaba con una voz muy profunda, casi ronca; la intermitencia azul se reflejaba en sus ojos—. Como todo el mundo, cariño, yo también soy prisionero de mis urgencias de vez en cuando. Todos estamos atados a las cuatro esquinas de la cama de la vida.

Ella sintió que la odiaba, que odiaba a todas las que eran como ella, igual que ella le odiaba, como odiaba a todos los que eran como él. Pero no era el momento de pensar en esas cosas, sino de entregarse a la mímica del amor. Pareció que la intermitencia de la luz de neón se hacía más rápida, al unísono con el movimiento de ellos.

No sonreía él cuando se le crispaba el rostro, cuando le palpitaban violentamente las aletas de la nariz, cuando jadeaba salvajemente sobre ella, enseñando los dientes. Ella cerró los ojos para abrirlos sólo de vez en cuando, lo justo como para controlar la situación, pero no podía escapar a una sensación extraña, y cuando pareció sentir él tanto placer como dolor, o un agónico placer, los ojos de la mujer se abrieron desorbitados mientras él le agarraba la cabeza con una fuerza brutal para hacer que se sumiera en una oscuridad absoluta, una oscuridad que ni siquiera rompía la intermitencia azul del neón.

No hubiera podido decir cuánto tiempo estuvo allí tirada, sin conocimiento. Pero cuando finalmente abrió los ojos, él ya no estaba.

Nada le hacía pensar en un placer siquiera mínimo; al recuperar la consciencia sintió un dolor muy fuerte. Se llevó instintivamente los dedos al cuello, y a la leve luz azul del neón comprobó que los tenía manchados.

Sangre. Eso era, sangre. El viejo *John* le había hecho una herida en el cuello. Y entonces recordó de golpe cuándo pasó todo, cuándo sintió un primer dolor y abrió los ojos y la intermitencia azul la mostró entonces abrazada a él, de pie, más allá de la cama, junto al espejo… en el que no se reflejaba aquel hombre, sólo ella.

Todo se le volvió negro entonces; sólo recordaba que se había echado a reír y a gritar al tiempo, y que poco después todo se le hacía más negro aún, mientras tenía la sensación de que no podría dejar de reírse y de gritar a un tiempo hasta que se muriese… Sólo que ya no moriría. Jamás. O al menos, no moriría más de lo que él mismo estaba muerto. Y ambos compartirían su dolor para siempre.

Él, naturalmente, era un vampiro.

Y ella tenía SIDA.

ATRAPADA EN EL SACO

(The Grab Bag)[69]

—En este saco —dijo aquel hombrecillo marchito— tengo un fantasma.

Nadie dijo nada. Esperaban a ver en qué paraba la broma, pero el hombrecillo marchito parecía muy solemne, muy serio.

—Pero no quiero este fantasma —siguió diciendo—. Prefiero venderlo… ¿Quién ha dicho algo de no sé cuántos dólares?

Alguien mostró un billete en alto.

—Gracias —dijo el hombrecillo marchito y se fue.

Nadie sabía quién era ni qué tenía en verdad en aquel saco. La fiesta de fin de semana era una de esas en las que todo el mundo está empapado en alcohol, y cuando al anfitrión le dio por sugerir una subasta, los invitados reaccionaron dando rienda suelta a su hilaridad. La gente comenzó a ofrecer toda suerte de cosas, a cada cual más fantástica y disparatada. Así que a nadie le pareció extraño, más allá de la originalidad de la broma, que Orlin Kyle decidiera comprarse un fantasma. Era el alma de todas las fiestas. Un tipo simpático y elegante, con aspecto de querubín, muy dado a los golpes de efecto y a las bromas.

Así que se compró el saco con el fantasma, o lo que realmente contuviese. El hombrecillo marchito se había largado de allí rápidamente, sin que pudiera preguntársele nada sobre aquello. Sólo un rato después los unos comenzaron a interrogar a los otros acerca de quién era, de dónde había salido, qué hacía allí, todo eso. Pero nadie se preguntó ni preguntó a los demás a propósito del hombrecillo marchito mucho rato, pues el licor era excelente y Kyle no paraba de bromear a propósito del saco.

Era un burdo saco de arpillera, excesivamente grande para lo poco que pesaba su contenido, fuese lo que fuera. Las protuberancias que se marcaban en la arpillera sugerían, sin embargo, que en el interior del saco había algo más bien maleable que cambiaba de forma en cuanto sentía alguna presión exterior. Nadie, en cualquier caso, acertaba a imaginar siquiera qué podía ser aquello que contuviese el saco de arpillera, que estaba cerrado por una soga bien anudada. Kyle se echó el saco sobre un hombro y comenzó a moverse por los salones de la casa diciendo lo primero que le venía a la cabeza a quien quisiera oírle. Gracias a la generalizada intoxicación etílica, muchos tomaron sus bromas y discursos incongruentes por una chiquillada más de las muchas que hacía Kyle, quienes le conocían lo sabían bien.

Así llegó a la cocina, donde se encontró con el anfitrión, Johnny Vail, que llevaba a su esposa, la señora Vail, un montón de vasos y de botellas.

—Aquí está Orrie —dijo la señora Vail, una mujer menuda, morena y de ojos

tristes, que ahora sin embargo brillaban.

—Vuestro buen amigo —dijo Kyle—. ¿Os interesa un fantasma?

—Tómate un trago —le dijo Vail.

—Sí, lo haré… Mejor tomaré dos.

—No seas abusón —le dijo la señora Vail mientras le alcanzaba un vaso y una botella.

—No, si no son para mí —dijo Kyle alargando el brazo para hacerse con un segundo vaso, en el que también sirvió whisky—… Un trago me lo tomaré yo y con el otro invitaré al fantasma… Una bebida espirituosa para un espíritu, ya sabéis…

—Pero ¿qué dices de un fantasma? —preguntó Johnny Vail.

—Ya veo, no asististe al final de la subasta que se te ocurrió proponer —dijo Kyle, y procedió a contarle lo que había ocurrido, dando un montón de rodeos, extendiéndose más allá de la propia historia en sí… Y como seguía hablando, Vail y su esposa se pusieron a inspeccionar el saco con relativo interés.

—Y así —concluyó Kyle— me he convertido en el propietario legítimo de un fantasma, de un fantasma de verdad, vivito y coleando.

—O de un gato muerto, a saber… —dijo Johnny Vail más burlón que escéptico, pero sobre todo disgustado.

Kyle no le prestó atención, limitándose a tomar de un golpe su trago. Ya iba a llevarse el segundo vaso a los labios cuando lo interrumpió la señora Vail.

—¡Alto! Creí que ese trago era para tu fantasma…

—Sí, perdona, tienes razón… Pero tengo que tomármelo yo porque este fantasma no bebe. O mejor dicho, no le sienta bien beber con el estómago vacío.

La señora Vail sonreía burlona mientras Kyle se echaba el segundo trago al coleto, un vaso generosamente servido. Pero volvió los ojos hacia el saco de golpe, al percatarse alarmada de que aquello se movía.

—Orrie, ¿qué hay en ese saco? —preguntó aprensiva.

—Veámoslo —dijo Johnny Vail levantando el saco en vilo—. La verdad es que no pesa mucho…

—Bueno, los fantasmas no pesan mucho —dijo Kyle.

Vail puso la mano derecha en el culo del saco.

—Pues sí, hay algo aquí —dijo—. Parece un poco, no sé… blando…

—¿Blando en tanto que amoroso? —dijo en broma Fran Vail—. A ver, Johnny, déjamelo…

Vail alargó el saco a su esposa. Cuando lo tomó en vilo, se le cayó al suelo el vaso que sostenía en la otra mano, que se hizo añicos contra el suelo. Ninguno prestó atención al percance.

Fran Vail palpó con sus dedos, con bastante precaución, un lado del saco.

—Tienes razón, Johnny… Noto algo… no sé, es una cosa…

Su boca se torció en una sonrisa leve, aunque confiada, y comenzó a apretar el bulto del saco contra su cuerpo.

—Es algo… dulce, blandito —concluyó—. Tiene que ser un fantasma encantador.

Kyle sacudió la cabeza.

—No, nada de eso, no tan encantador —dijo casi en un susurro—. Supongo que estará encerrado en el saco por una razón… O tiene garras, o tiene dientes.

Johnny se echó a reír.

—Bueno, ¿por qué no lo comprobamos abriendo el saco de una maldita vez? ¿Por qué no le hincamos el diente? —dijo.

—No creo que nos guste el sabor de la arpillera —dijo Kyle mientras se servía más whisky—. No, Fran, espera… No lo abras, por favor.

—¿Por qué no? —ya bregaba ella con la soga que ataba el saco—. Deja de hacer el payaso, Orrie… Veamos qué tienes aquí metido…

Pero Fran Vail soltó el saco de golpe, dando un grito y dejándolo caer. El saco se movió de un lado a otro en el suelo, sin emitir un solo sonido. Y allí quedó, abultado, yaciente, ahora inmóvil.

—Es que… —comenzó a decir Vail como si se disculpara, con la voz temblorosa pero intentando esbozar una sonrisa— eso está vivo… Hay algo vivo en ese saco, Orrie.

—Claro —replicó Kyle—. Es un muerto viviente… Un fantasma.

La señora Vail se dirigió a la puerta. Había premura en sus pasos y tenía una expresión de pánico en los ojos, a duras penas contenido. Ya en la puerta se detuvo y miró el saco.

—Quizá he bebido demasiado, más de lo debido —dijo con voz muy baja.

Salió al vestíbulo de la casa, meditabunda, con los dedos de una mano sellando sus labios, como ausente.

Johnny Vail se dirigió ceñudo a Kyle.

—Bueno, ¿me vas a decir de una maldita vez de qué va todo esto? —le dijo—. Has asustado a Fran, ¿no te das cuenta?

—No, yo no la he asustado. Ha sido él —dijo Kyle señalando el saco.

Vail cerró el puño, amenazante.

—Mira, Orrie, me parece que ya está bien de bromas, ya hemos tenido suficiente.

—Mira, tómate un trago y relájate un poco, no es para tanto —dijo Kyle recogiendo el saco del suelo y encaminándose hacia la puerta.

Sintió que lo seguía la voz de Johnny Vail.

—Oye, ¿adónde crees que vas?

—Voy a ver a Fran. Quiero disculparme, ¿vale?

—Vale.

Salió Kyle con el saco agarrado por la soga que lo cerraba.

Encontró a la señora Vail en el salón, sentada en un sofá con otros dos invitados. Los tres estaban de espaldas a la puerta, pero Kyle reconoció de inmediato a quienes conversaban con la anfitriona. Eran Pete y Eileen Clement, un matrimonio joven y un poco tímido; no tenían mucho que ver con el resto de la gente allí reunida. El esposo,

hasta donde había podido comprobarlo Kyle, era uno de esos tipos que te miran con la nariz alzada, por encima del hombro. Ella no estaba del todo mal, tenía alguna posibilidad; una chica menuda y muy mona, con unos ojos muy grandes.

Kyle se acercó despacio al sofá y, plantándose ante la señora Vail, le puso el saco casi a la altura de la cara. El resultado superó sus expectativas. Pareció como si la dueña de la casa fuese a desmayarse, pero reaccionó dando un salto, haciendo a un lado el saco para marcharse de allí. Pero Kyle se lo impidió.

La arrinconó riéndose entre dientes, empujándola hasta un rincón y moviendo el saco ante ella, para asombro de los Clement. Notó Kyle que a Pete Clement se le entrecerraban los ojos, y que a Eileen, por el contrario, se le desorbitaban. Había atraído su atención, que era, en cualquier caso, lo que deseaba… No tenía que preocuparse por eso, en lo que a la señora Vail se refería, pues ella se la prestaba, preguntándole con los ojos qué pretendía, por qué era tan animal.

—No, Orrie —dijo con la voz angustiada—; no, por favor…

—Uuuh… El fantasma quiere conocerte.

—Orrie, por favor, no puedo…

—Uuuh… ¿Quieres ver al fantasma?

—Orrie, no, por favor…

—¡Déjala en paz! —intervino entonces Pete Clement, levantándose del sofá—. No tiene ninguna gracia…

Como Clement era un joven más bien enclenque, Kyle lo ignoró, hasta que el otro se acercó hasta ellos y le repitió lo que le había dicho, pero dándole ahora unos golpecitos en el hombro.

Kyle se giró para golpear a Clement con el saco en la boca. El joven retrocedió hasta casi chocar con Johnny Vail, que justo en ese momento hacía su aparición en la escena.

La señora Vail pudo escapar entonces del acoso de Kyle, que no obstante salió tras ella. Y cuando Johnny Kyle se le plantó en medio, Kyle cometió el error de intentar golpearlo con el saco también a él.

El resultado de su intentona fue que Orlin Kyle retrocedió unos pasos y cayó estrepitosamente al suelo, arrastrando consigo una lámpara y una mesita, y golpeándose la cabeza tan fuertemente que perdió el conocimiento.

Lo primero que vio, al despertar, fue a una chica rubia que se inclinaba sobre él para preguntarle qué tal se sentía. Tenía una botella en una mano y sendos vasos en la otra.

A duras penas consiguió incorporarse algo, apoyando un codo en el suelo. Se percató entonces de que el salón estaba desierto. Se quedó mirando a la chica mientras repasaba con una mano su cabeza dolorida.

—Idiota… —le dijo la rubia—. Anda, toma un trago, creo que lo necesitas.

La chica era Sandra Owen, la novia de Kyle. Bebió un sorbo del vaso que Sandra le ofrecía, y ella, después, hizo lo mismo, sólo que bebiendo directamente de la

botella. Bebieron juntos varios tragos.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera de combate? —preguntó Kyle al cabo.

—No lo sé… Alguien me dijo que estabas aquí tirado…

—¿Y dónde has estado metida todo este tiempo? —preguntó él.

—Por ahí, dando vueltas.

Evitó más preguntas ofreciéndole la botella para que bebiese un poco más.

—Bebe, es bueno para el hígado —lo animaba—. Harías mejor en no buscar bronca con Johnny —añadió—. Sabes bien que es como un reptil, un tipo rastrero.

—¿Te contó algo?

Sandra negó con la cabeza, limitándose a señalar el saco.

—He oído decir algo acerca de ese saco —dijo ella señalándolo.

—Ya… —Kyle se acariciaba la mandíbula dolorida.

—¿Y de dónde lo has sacado?

—En la subasta —y frunció el ceño, muy molesto—. Maldita sea, Sandra, ¿es que no te has enterado de nada? ¿Dónde estabas? Me gustaría saber…

Ella sacudió la cabeza.

—No, responde tú primero —dijo—, ¿quién te vendió ese saco?

—Yo qué sé… Un tipo que andaba por ahí. Un viejo… Nadie lo había visto antes.

—Fran Vail dice que ibas contando por ahí que era un brujo…

—Era parte de la broma.

—Bueno, pues parece que se lo ha creído… Dice que tiene poderes y que por eso se asustó tanto; dice que es muy receptiva, o no sé qué… Que le dio mucho miedo por lo que pudiera haber en el saco.

—Es una loca con la cabeza llena de mierda, eso es lo que es —dijo Kyle—. En ese maldito saco no hay nada.

—¿Lo has comprobado?

Kyle negó con la cabeza. Alargó los dedos temblorosos para tomar otro trago.

—Pues veámoslo —dijo Sandra.

—Aún no.

—¿Por qué no? ¿Qué importa ya? Tu broma se ha desinflado por completo.

¿De veras? Kyle pareció sombrío. No había montado todo aquel número sólo para recibir un puñetazo en la cara. Y no estaba acostumbrado a que sus bromas acabasen con todo el mundo riéndose de él, o compadeciéndose. Tenía que haber alguna forma de dar la vuelta a las cosas. Sí, le temblaban las manos pero la cabeza ya la tenía en perfecto orden.

—Oye, Sandra… Tengo una idea —dijo.

En tono bajo le contó lo que se le acababa de ocurrir. Ella escuchó sin interrumpirlo.

—¿Lo harás? —le preguntó él cuando acabó.

Sandra asintió.

—No tengo nada contra ella —dijo—, pero Johnny me parece… —y se

interrumpió, evitando la mirada de Kyle.

Kyle, como la conocía bien, supo que ocultaba algo, comenzó a sospechar algo… Pero trató de quitarse de encima aquellos pensamientos. No podía hacer nada con la coquetería de Sandra. Era una chica con la cara de una Mona Lisa lasciva. Pero era lo único que amaba en este mundo. Y era, seguramente, la única persona que lo amaba de veras.

Siguieron sentados en el suelo hasta que acabaron la botella. Para entonces era ya muy tarde y la casa estaba en completo silencio, todos se habían ido a dormir a sus cuartos, en la planta superior, repartiéndose por las distintas habitaciones.

Kyle y Sandra subieron despacio por la escalera. Llamaron discretamente a varias puertas. Si quienes ocupaban aquellas habitaciones aún estaban despiertos, responderían a la llamada… Nadie lo hizo. Todos dormían tranquilamente.

Sandra se dirigió luego hasta el final de la planta, donde estaba la habitación de los Vail. Llamó levemente a la puerta. Al poco abrió Johnny Vail, frotándose los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es Orrie… Creo que está mal…

—Vaya, Orrie… —Vail sacudió la cabeza—. Será otra de sus bromas…

—No, se siente mal de verdad, Johnny… Tienes que verlo.

Vail se puso el batín y la siguió hasta el vestíbulo a oscuras de la planta superior. La puerta de la habitación que le había sido asignada estaba entreabierta, y Sandra lo hizo entrar allí. Cerró entonces la puerta, quedándose ella fuera. Luego se fue sin esperar a la reacción de Vail. No creía que montase un escándalo a voces, así que habría tiempo para hacer lo que se proponían.

Se reunió con Kyle al final del pasillo. Llevaba el saco consigo, salía de una de las habitaciones.

—¿Todo listo?

—Sí —dijo ella—. ¿Has cerrado con llave a los Clement?

Kyle asintió.

—Claro, ahora vayamos por los otros, hagámosles salir —dijo.

No les resultó difícil. Con Johnny golpeando la puerta a un extremo del pasillo, y con Pete Clement haciendo lo mismo en el otro extremo, al poco todos los huéspedes estaban en el pasillo, frente a la habitación de los Vail, riéndose unos y temerosos los otros, pero todos más o menos intoxicados etílicamente… Se oían palabras inconexas, sonidos sordos.

—Vamos —dijo Sandra.

Kyle abrió la puerta tranquilamente. Su mano libre encontró el interruptor de la luz.

La señora Vail, arropada en una de las dos camas de la habitación, dormía profundamente a pesar de la agitación que se daba en el pasillo, ante su puerta. Pero no tardó mucho en despertarse por culpa de la luz.

—La perfecta anfitriona —dijo Sandra.

Tras ella, agolpados en la puerta pero sin atreverse a entrar, varios de los huéspedes. Pudieron ver cómo Kyle se sentaba en la cama de Fran.

Sacó de golpe el saco, que llevaba escondido a su espalda.

Fran Vail dio un grito que, sin embargo, quedó ahogado por la risa de los que observaban la escena desde la puerta.

—Ya ves, aquí nos tienes —dijo Kyle, esperando la jocosa reacción de su público —. Y aquí te ofrezco, querida, un magnífico ejemplar de fantasma… Insiste en que desea conocerte, lleva toda la noche diciéndome lo mismo… ¿Quieres verlo?

—Orrie —suplicó la señora Vail—, déjalo ya, por favor… ¿Dónde está Johnny?

No hizo falta que Kyle dijera nada. Se oían golpes lejanos, como martillazos, en una puerta.

Kyle agitó de nuevo el saco ante los ojos de Fran.

—Perdona que hayamos asaltado tu privacidad —lo dijo con su mejor pronunciación británica, algo que hace mucha gente que quiere aparentar respetabilidad, sobre todo los que están borrachos—. Pero hemos hecho varias consultas, aquí, entre todos, para llegar a la conclusión de que ha llegado el momento…

—¿Qué momento?

—La hora bruja… La hora de liberar al fantasma.

Kyle sonrió. Su acento impostado se hizo aún más notable.

—Como buena anfitriona que eres, deberías de hacernos los honores —y agitó de nuevo el saco ante ella—. Así que hazlos, querida, hazlos…

Fran Vail no tenía ganas de sonreír, y mucho menos de manera tan burlona como lo hacía él. Sacó fuerzas de flaqueza para arrancarle el saco de las manos y arrojarlo lejos de sí. Luego se recostó de nuevo sobre los almohadones. Y se desmayó.

Se dejó sentir entonces una voz:

—Déjalo ya, Orrie, mira lo que has hecho…

Varios de los que asistían a la escena corrieron hasta la cama, con cierto remordimiento, diciendo cosas a Fran Vail para que recuperase la consciencia. Kyle se mantenía a un lado, mirando. Buscaba con los ojos el saco. Sandra lo había recogido; estaba sentada en el suelo, en un rincón, observando, jugueteando con la cuerda que cerraba el saco.

—No lo abras —dijo Kyle.

Sandra se quedó mirándole; se dio cuenta de que le resultaba difícil verlo, de que sus ojos le ofrecían una visión algo borrosa.

—Déjame en paz, tú ya te has divertido bastante —le respondió—. Además, prometiste que me dejarías abrirlo si te ayudaba.

Kyle se dirigió raudo a ella, que puso un gesto muy violento.

—Lárgate, no trates de impedirme que lo haga, ¿me oyes? Ya te has pasado con tu maldito fantasma, ahora me toca a mí divertirme un poco —y comenzó a desatar el nudo de la cuerda que cerraba el saco.

Kyle se quedó mirando entonces al grupo de gente que rodeaba la cama de la señora Vail. Entonces, irguiéndose, alzando los hombros y poniendo su mejor voz, dijo:

—Damas y caballeros, les ruego atención…

Todos se giraron al oírle. La señora Vail parpadeaba, empezaba a volver en sí.

—Les quiero presentar una auténtica maravilla, llegada hasta nosotros a través de las edades —siguió diciendo Kyle—. Como nuestra anfitriona está indispuesta, y es a ella a quien correspondería mostrarnos al fantasma, será Sandra quien lo haga… Aun invisible, aun impalpable, damas y caballeros… ¡he aquí a nuestro fantasma!

Se volvió hacia Sandra, teatralmente, con los brazos abiertos. Ella seguía luchando contra el nudo de la cuerda que cerraba el saco. No parecía tarea sencilla abrirlo. Sandra estaba, no obstante, muy concentrada en la tarea. De golpe, sin embargo, se aflojó la cuerda, y una fuerza ignota que salía del saco hizo que la chica cayese de espaldas con el saco en la cabeza.

Los presentes dieron gritos de sorpresa y Kyle se echó a reír con ganas. Era muy gracioso todo aquello. Sandra consiguió ponerse de rodillas, un tanto conmocionada, aun con el saco cubriéndole la cabeza. Aquello era cada vez más gracioso.

Pero no lo fue tanto, al menos para ella, cuando el saco comenzó a deslizarse hasta sus hombros.

—Hay que quitárselo —dijo alguien.

Kyle fue y se lo sacó cuando ya comenzaba a caerle más abajo de los hombros. Cuando se lo hubo quitado, miró en el interior de la arpillera y comprobó que estaba vacía. Se quedó como hipnotizado, mirando largo rato el oscuro y vacío interior del saco.

Pero al poco comenzó a gritar, a través de la neblina alcohólica que lo envolvía. Y a través de esa misma neblina miró hacia Sandra. Lo que vio en el interior del saco no fue sino un espanto teñido de rojo, difícil de ver a través de una simple mirada. Algo se había comido la cara de Sandra.

UN EXHORTO CREATIVO

(The Creative Urge)[70]

Comenzó el tecleo.

—¿Qué hacemos aquí? —susurró ella.

—¿No hemos pensado en eso antes? —preguntó él.

—¿Cuándo, según tú?

—En la página veintisiete.

—¿Bromeas? Ahí me parece que hicimos otras cosas —dijo ella.

—Mira, no tenemos que hacer lo que no queramos hacer.

—¿De veras? No lo habíamos tenido en cuenta…

—Pues hazlo —suspiró él—… ¿Acaso crees que esto lo está escribiendo una especie de autor?

Ella asintió.

—Por supuesto —dijo—. Alguien habrá tenido que crearnos, ¿no te parece? ¿No será ese alguien nuestro autor?

—¿Y por qué estás tan segura de que es un autor y no una autora? Y si de veras hay alguien a quien atribuir esa autoría, ¿qué te hace pensar que nos crearía basándose en una misma imagen?

—Porque el autor nos entiende. Conoce nuestros pensamientos, nuestra manera de sentir.

—Pero son *nuestros* pensamientos, es *nuestra* manera de sentir… Y si el autor escribe sobre nosotros, eso no significa que él, o ella, se preocupe de lo que hace. Ni que sepa qué va a pasar finalmente.

Ella frunció el ceño.

—¿Acaso dices que no tiene un plan, que escribe lo que le va saliendo?

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo, ¿qué somos nosotros sino una combinación de teclas y tabulaciones que acaban imprimiéndonos sobre el papel?

—Pero habrá un plan, un patrón a seguir, algo que nos guíe, ¿no? Y si hay un plan, habrá una intención, digo yo…

—No necesariamente. Hasta donde nos es dado saber, no somos más que el resultado de una selección hecha al azar; formamos parte de un grupo alfabético sin razón de existir, salvo la del capricho del autor.

—¿Capricho? —dijo ella aún más ceñuda—. ¿Y qué hay de la responsabilidad moral necesaria en aras de nuestro bienestar?

—Su responsabilidad acaba en cuanto inicia su acto creativo.

—Eso se llama destrucción, me temo.

Él entrecerró los ojos.

—Observa entonces con cuidado lo que dices —dijo—. Recuerda, los autores son celosos, suspicaces, inseguros… Necesitan que sus editores les presten apoyo constante, necesitan el aliento de los lectores, de las revistas y de los que escriben las notas de las contraportadas.

—¿Sí? ¿Tú crees? *¿Ellos?* —la voz de ella parecía alterada—. ¿Crees entonces que son más de uno?

—Son miles, cada uno con sus devotos lectores —dijo y siguió hablando, ahora muy despacio—. Pero por supuesto que tener predilección por un autor, incluso adoración por él, no prueba nada. Hasta donde sabemos, quizá no haya un autor… ¿Quién podría asegurarlo? Tecleados o computerizados, nosotros no somos más que el producto de un proceso mecánico, y habría que preguntarse si no es la máquina de escribir, o la computadora, lo que nos crea a nosotros.

—Pero la máquina habrá de tener un operario…

—¿Y si la máquina opera automáticamente?

—Ya, pero ¿de dónde le vendría entonces el poder de hacerlo?

—De la energía eléctrica —respondió él, sin más, encogiéndose de hombros—. ¿Qué importa eso?

—A mí sí me importa —dijo ella, aunque dubitativa—. Y te digo que hay un autor porque le he oído.

—¿Que le has oído?

—Estoy segura. A veces, cuando estoy aquí, tranquilamente echada en la página, esperando qué ocurrirá después, oigo una voz que parece venir de arriba, de más allá de la luz. No entiendo lo que dice, por lo general, pero sé que a veces pronuncia mi nombre, estoy segura… Tengo la impresión, sin embargo, de que el autor habla consigo mismo, preguntándose qué será lo mejor para mí.

—¿Y por qué habría de preocuparse por ti? ¿Por qué habría de tenerte en cuenta?

—Me refiero a lo bueno y a lo malo.

—¡Claro, y en mayúsculas! —él se echó a reír un tanto despectivo—. Pero ¿es que no lo comprendes? Lo único que le puede preocupar al autor es el desarrollo de su historia. Trabaja para sí mismo, no para sus personajes. Eso quiere decir que podemos ser recompensados sin razón, castigados también sin razón… Porque no hay razones que podamos comprender. Y porque para nosotros no hay nada semejante a lo bueno, ni a lo malo, a lo demoníaco.

—Pues no me resigno a creer lo que dices. ¡El autor es bueno!

—¿Cómo lo sabes? ¿Sólo porque crees haber oído una voz que decía tu nombre?

—Oí que lo decía…

—Pero si nunca lo has visto…

—Ni yo ni nadie… Vive en otro plano; nosotros, seres de sólo dos dimensiones, no podemos esperar que…

Él volvió a fruncir el ceño.

—¿No sigues?

—Es que no lo sé… A veces tengo la impresión de que el autor no quiere que hablemos de ciertas cosas.

—¿Quizá te refieres a que se pregunta si él mismo es bueno o malo, demoníaco? —dijo él, sacudiendo con sorna la cabeza—. Pues si el autor es bueno, no tiene razones para esconderse de nosotros; y si es malo, demoníaco…

Ella alzó los ojos.

—Ahora te has callado tú —dijo.

—No ha sido porque yo quisiera… Quizá le parece al autor que hay demasiado diálogo —dijo él, y añadió bajando la voz—: Tienes razón, me parece que no le gusta que hablemos de él.

—Entonces, a callar —dijo ella con una sonrisa forzada—. ¿A qué nos conduce debatir si el autor es bueno o es un demonio?

Él se encogió de hombros.

—A nada, es verdad. Aunque tengas razón, creo no obstante que tampoco pasa nada porque le observemos para conocerle mejor.

—Ya, pero es que no podemos verlo.

—Ya estás de nuevo con tu vieja teoría de las dos malditas dimensiones —replicó él—. Todo el mundo asume esa teoría sin más, sin preguntarse nada, de manera que nadie trata de darle la vuelta y buscar otros planos de observación. Tengo la sensación de que, si realmente lo quisiéramos, quizá lográsemos ver al autor. Sabemos que está ahí arriba; tú misma dices haber oído su voz… Pues bien, te digo que si tuviésemos el valor de alzar nuestros ojos de la página, sólo eso, quizá consiguiéramos verle la cara de una vez por todas… Si es que realmente hay un autor, insisto…

—Pues yo insisto en que sí lo hay. Y es bueno.

—Entonces, comprobémoslo… No se trata de aceptar las cosas porque sí, por la fuerza de la fe. Comprobémoslo por nosotros mismos. Levanta los ojos si te atreves.

Ella parpadeó.

—La luz me ciega —dijo—. Es como mirar fijamente al sol.

—Mira desde un poco más allá, distánciate —dijo él alzando a su vez los ojos—. ¡Mira! Veo algo, hay algo ahí, un bulto… O no… Más allá…

—¿Serán nubes?

—No, no son nubes… Son unas manos. Unas manos con los dedos curvados. Se mueven arriba y abajo, rápidamente, sin descanso… Y sobre esas manos… Sí, más arriba… Hay una cara… Resulta un poco difícil verla, pero lo que veo me es familiar.

—Sí, yo también la veo —dijo ella y añadió rauda—: ¡Ya lo reconozco! Es él… Es…

Justo a tiempo.

Justo a tiempo cesó el golpeteo de las teclas. Las páginas quedaron rotas en mil pedazos con los que unas manos hicieron una gran bola que cayó en la papelera.

Entonces, el malo, el Diablo, sentándose de nuevo, comenzó a crear un mundo nuevo.

Notas

[1] Publicado en *Unknown* en mayo de 1939. <<



[2] La tía Jemima es un arquetipo. Con su pañoleta roja en la cabeza, negra y sonriente, da nombre y logo a una marea de harina para hacer hot cakes. <<

[3] Publicado en *Weird Tales*, en diciembre de 1938, con el nombre de Tarleton Fiske.
<<

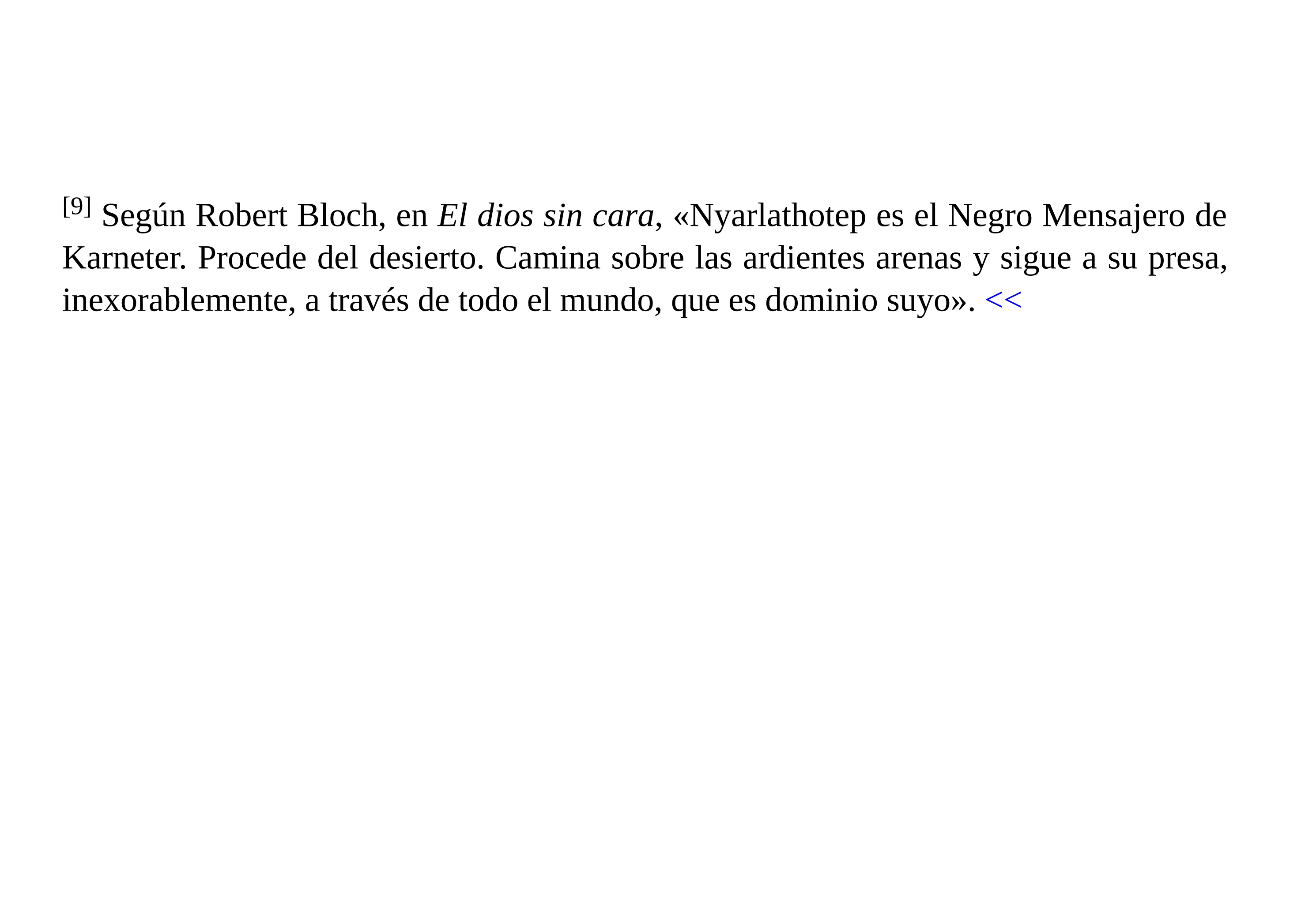
[4] Publicado en *Weird Tales* en julio de 1940. <<

[5] Publicado en *Weird Tales* en abril de 1936. <<

[6] La bizquera, asociada al llamado «mal de ojo». <<

[7] Nyarlathotep es un dios primordial ideado por Lovecraft. <<

[8] Shub-Niggurath, también conocida como *La Negra Cabra de los Bosques con un Millar de Vástagos*, es una de las deidades de la mitología Cthulhu debida a Lovecraft. <<



[9] Según Robert Bloch, en *El dios sin cara*, «Nyarlathotep es el Negro Mensajero de Karneter. Procede del desierto. Camina sobre las ardientes arenas y sigue a su presa, inexorablemente, a través de todo el mundo, que es dominio suyo». <<

[10] Todas, alusiones a los mitos lovecraftianos. <<



[11] El Primigenio, Yig, es considerado el padre de todas las serpientes. En *La Maldición de Yig*, por H. P. Lovccraft & Zealia Bishop. <<

[12] Publicado en *Amazing Stories* en marzo de 1939. <<

[13] Publicado en *Weird Tales* en julio de 1943. <<



[14] Personajes del poema de Carroll, con dicho titulo, en *Alicia en el país de las maravillas*. <<

[15] Publicado en *Strange Stories* en junio de 1939. <<



[16] En Oxford. Residencia y centro de investigaciones. Una institución de la que Lewis Carroll, por cierto, solía hacer burla. <<

[17] Publicado en *Weird Tales* en noviembre de 1936. <<

[18] Dios y centro del Universo en la mitología lovecraftiana. <<



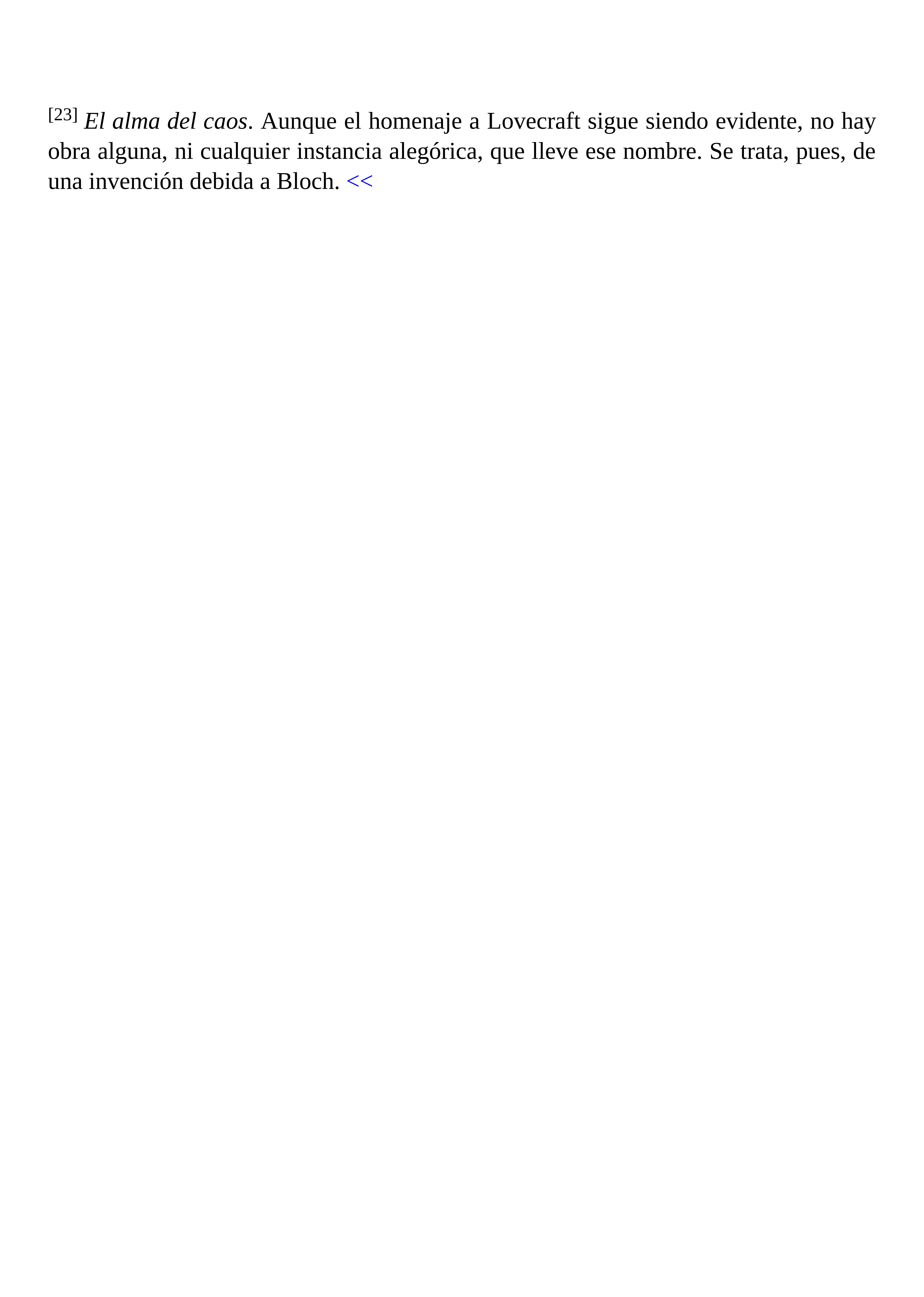
[19] Según la mitología lovecraftiana, una órbita oscura que discurre más allá de los límites de nuestro sistema solar. <<

[20] Véase el cuento “El homúnculo”. <<



[21] El guardián del Umbral, el que es Uno en Todo, siempre según la mitología Cthulhu. <<

[22] Se puede traducir, en tanto que título, como *Nocturna demacración*, pero es uno de los monstruos más temibles de los cuentos de Lovecraft: un horror volador, una bestia nocturna. Una vez más queda patente el homenaje de Bloch a Lovecraft, su maestro y mentor. <<



[23] *El alma del caos*. Aunque el homenaje a Lovecraft sigue siendo evidente, no hay obra alguna, ni cualquier instancia alegórica, que lleve ese nombre. Se trata, pues, de una invención debida a Bloch. <<

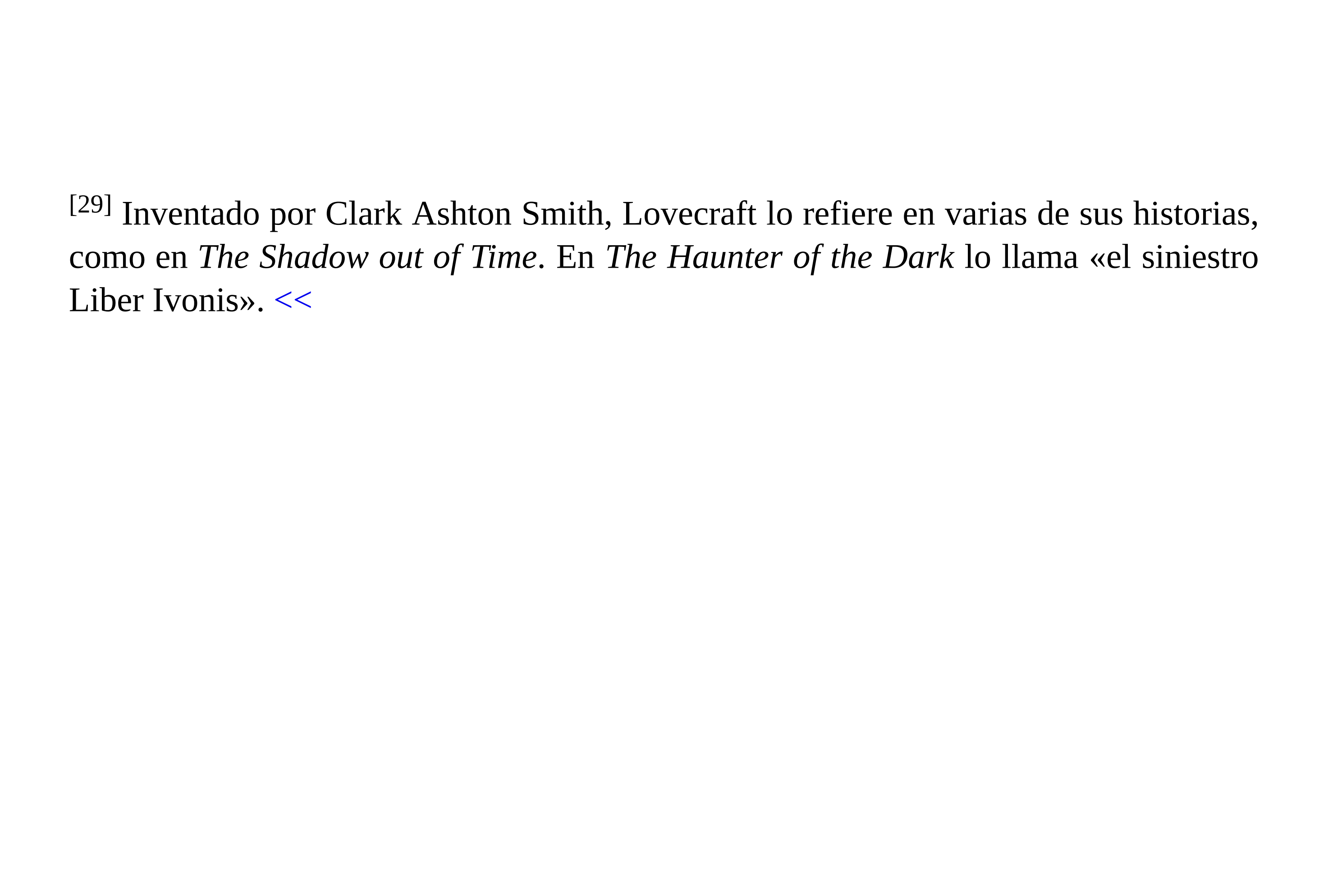
[24] El relato de H. P. Lovecraft y August Derleth. <<

[25] Publicado en *Weird Tales* en mayo de 1936. <<

[26] En el siglo XIX, Augustus Le Plongeon recopiló una serie de códices mayas supuestamente relativos a una gran civilización considerada la más antigua de todas las civilizaciones de la historia, incluyendo descripciones sobre su destrucción. Más adelante, ya en el siglo XX, el coronel británico James Churchward redactó un compendio de conocimientos hindúes que le dictó un sacerdote, y que sólo eran conocidos por otras dos personas. Pero el subcontinente de Mu ha ganado tanta popularidad desde entonces que ha llegado a rivalizar con la propia Atlántida, a propósito del origen de las primeras civilizaciones, incluso a propósito del origen de la misma Atlántida. <<

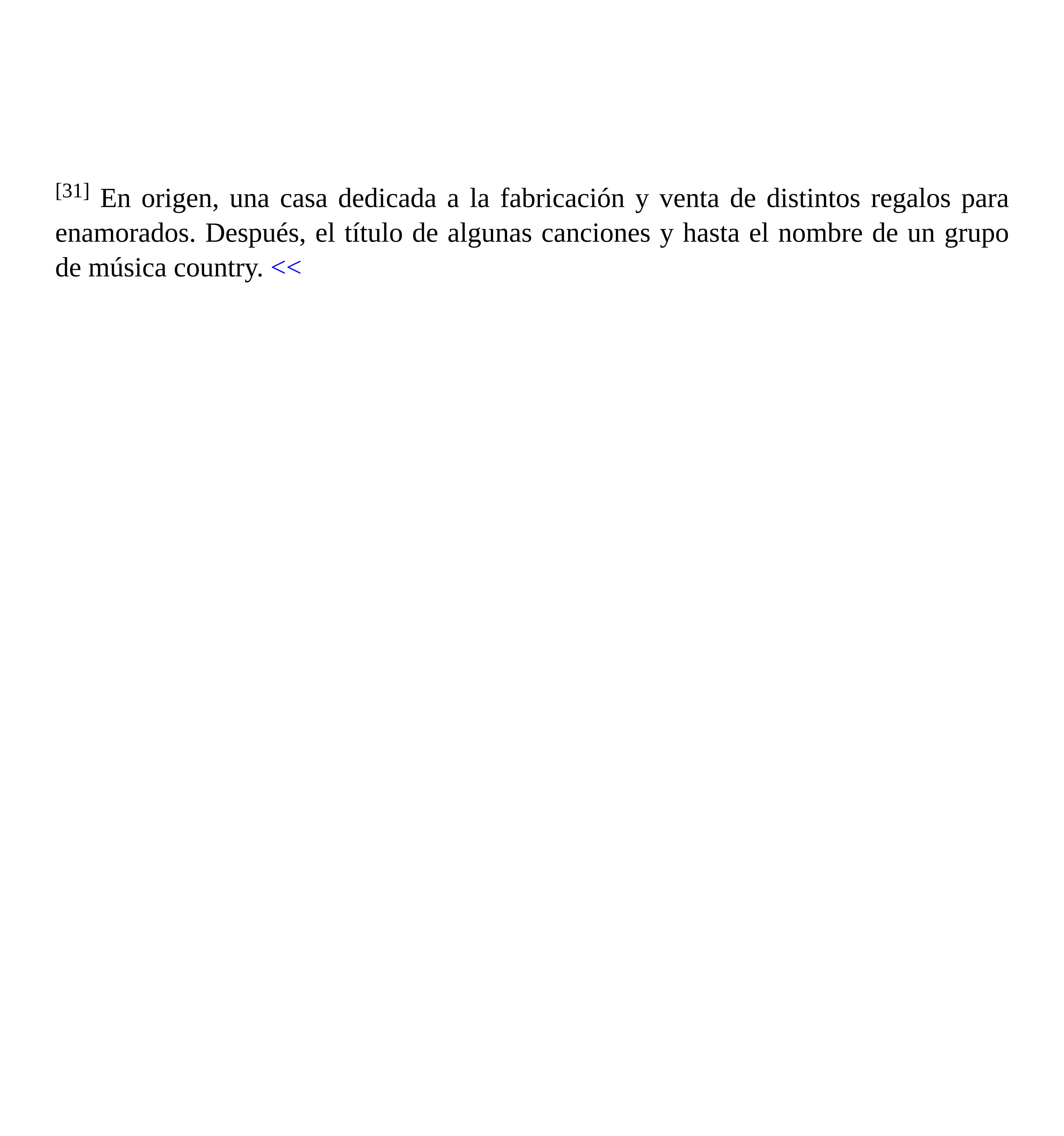
[27] *Abdul Alhazred* es un pseudónimo que Lovecraft adoptó en su niñez, tras la lectura de *Las mil y una noches*, que hizo a la edad de cinco años. En tanto que Abdul es un nombre muy común entre los árabes, Alharez alude a Hazard (que significa literalmente *riesgo*, *peligro*), el apellido de una de las ramas de la familia Lovecraft, aunque algunos estudiosos de la obra del norteamericano sugieren que también puede venir de *All has read (todo ha sido leído)*, dado que Lovecraft fue un lector compulsivo desde su niñez. Es el autor del execrable *Necronomicón*. <<

[28] En el *Necronomicón* lovecraftiano es la también llamada Ciudad de los Pilares, bajo cuyas ruinas aún permanecen los restos de una ciudad sin nombre, mucho más antigua que la aparición del hombre sobre la Tierra. <<



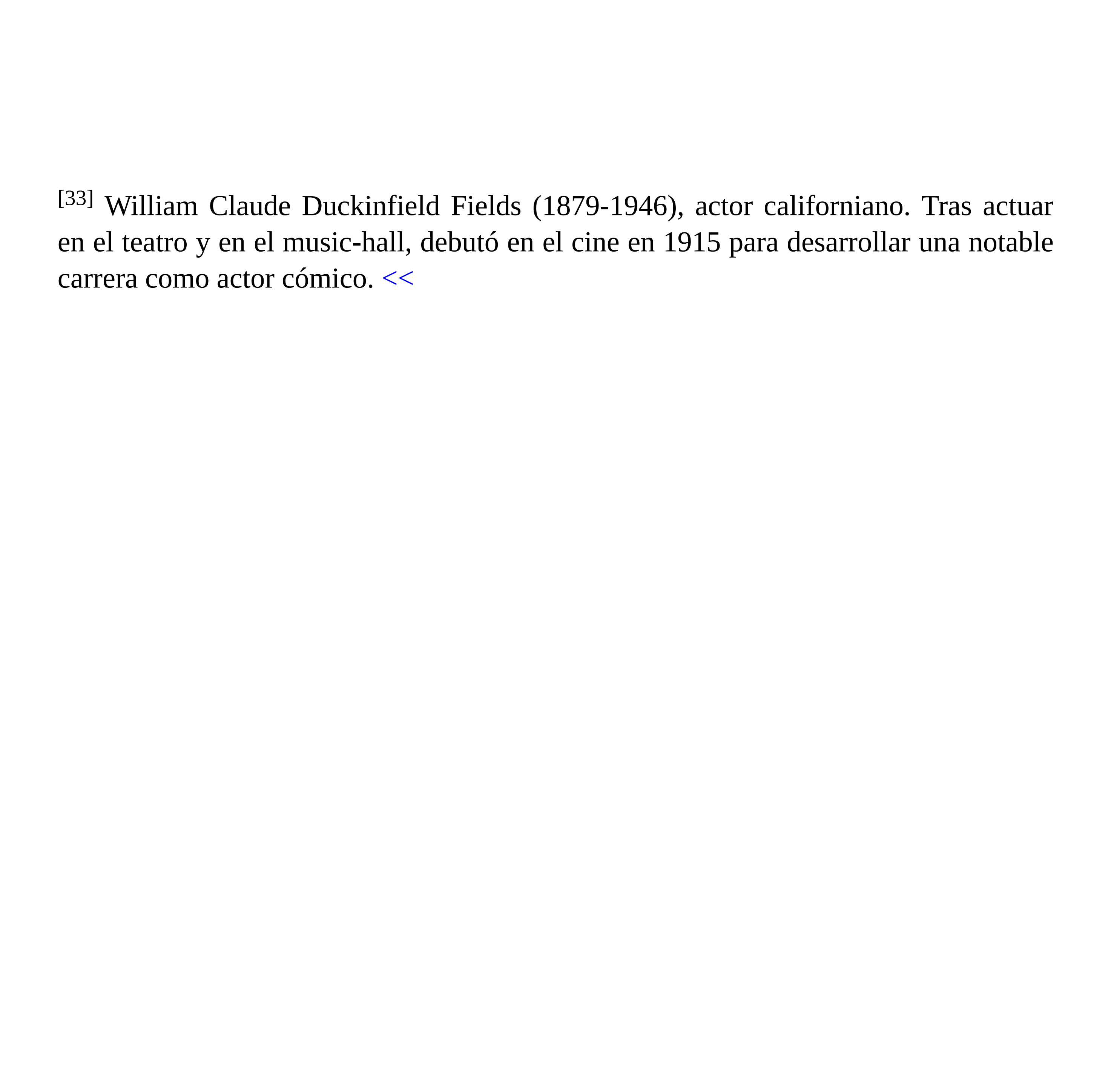
[29] Inventado por Clark Ashton Smith, Lovecraft lo refiere en varias de sus historias, como en *The Shadow out of Time*. En *The Haunter of the Dark* lo llama «el siniestro Liber Ivonis». <<

[30] Publicado en *Weird Tales* en enero de 1941. <<



[31] En origen, una casa dedicada a la fabricación y venta de distintos regalos para enamorados. Después, el título de algunas canciones y hasta el nombre de un grupo de música country. <<

[32] En Los Ángeles, California. <<



[33] William Claude Duckinfield Fields (1879-1946), actor californiano. Tras actuar en el teatro y en el music-hall, debutó en el cine en 1915 para desarrollar una notable carrera como actor cómico. <<

[34] En el original, *sugar*: azúcar. <<



[35] Las iniciales del nombre del actor Fields, con quien compara Bloch al personaje, pero también una humorada evidente: WC, retrete. <<



[36] Es puro slang americano: significa *chapado a la antigua*, y también, en jerga más actual, *culo viejo y caído*. La etimología de la voz es de raíz germánica. <<

[37] Publicado en *Weird Tales* en octubre de 1936. <<

[38] Ludvig Prinn, personaje creado por Lovecraft. <<



[39] Publicado en *Weird Tales* en julio de 1938. Esta historia sería llevada al cine por Alfred Hitchcock en 1964, con el título de *La huella de Satán*. <<

[40] Publicado *en Weird Tales* en septiembre de 1938. <<

[41] Publicado en *Weird Tales* en enero de 1939. <<



[42] Humorada de Bloch. A Gilles de Reis se le conoce como *Barbazul*, tras el personaje que creara Perrault para uno de sus cuentos, inspirado en él. <<

[43] Jean-Jacqucs Dessalines (1738-1806), primer presidente de Haití tras la independencia de la isla. En efecto, torturaba personalmente a sus enemigos políticos. <<

[44] Publicado en *Weird Tales* en enero de 1935. <<

[45] Publicado en *Weird Tales* en junio de 1938. <<

[46] Representación demoníaca propia de la mitología musulmana. Seabury Quinn, por hablar de autores *pulp*, alude a su influjo pernicioso en *La novia del Diablo*, como lo hizo a menudo William Seabrook en sus narraciones sobre Arabia y los beduinos. Puede que el entonces muy joven Robert Bloch tuviera la primera noticia al respecto en un cuento de G. G. Pendarves, titulado *The Altar of Melek Taos*, publicado en *Weird Tales* en septiembre de 1932. <<



[47] Levantada a orillas del Lago Michigan, Chicago es conocida como *The Windy City*, la ciudad del viento. <<

[48] Publicado en *Weird Tales*, en septiembre de 1935, y dedicado por el autor a H. P. Lovecraft. La traducción de este cuento pertenece a Francisco Torres Oliver. Las notas se deben a José Luis Moreno-Ruiz. <<



[49] Del compositor inglés Gustav Holts, que compuso la obra entre 1914 y 1916, para estrenarla en Birmingham en 1920. <<

[50] Libro atribuido por Lovecraft a uno de sus personajes, el francés Conde d’Erlethe, nombre que además dio tanto en su correspondencia como en varias narraciones a August Derleth, que en efecto era de origen francés. <<



[51] El libro y el autor se deben a Robert Bloch, si bien el título en latín es invención de Lovecraft. <<

[52] Cierta mitología de origen cátaro asegura que el Grial fue depositado en la montaña de Montserrat, y de hecho se sabe que agentes nazis buscaron allí el Grial, en 1935, bajo la dirección del escritor ocultista y miembro destacado de las SS, Otto Rhan (que obtuvo para ello la ayuda de algunos falangistas y católicos catalanes que conspiraban contra la República), y después, en 1940, por el interés del propio Heinrich Himmler, dirigente máximo de las SS y reputado ocultista y teósofo, que hallándose de visita en España urgió a las autoridades franquistas para que facilitaran a sus agentes cuanta ayudan precisaran al respecto de la búsqueda que pretendía. <<

[53] Publicado en *Weird Tales* en diciembre de 1936. <<

[54] Sacerdote del vudú. <<



[55] Personaje de la pieza teatral del norteamericano Eugene O’Neill, estrenada en 1920 con el mismo título. <<

[56] Horatio Alger Jr. (1832-1899), ministro de la Iglesia Unitaria, escribió más de 537 obras, tocando todos los géneros, y vendió de ellas más de 400 millones de ejemplares. Enfermizo y muy tesonero, homosexual declarado, hizo uso de sus grandes ingresos, sin embargo, para financiar un sinfín de obras de carácter social a favor de los más necesitados. Distintos colectivos gays norteamericanos lo tienen en el presente por su «santo patrón». <<

[57] Pueblo de la familia azteca-tanoana, que tenía lengua propia. <<

[58] Se refiere a John Henry, héroe negro norteamericano del siglo XIX, protagonista de innumerables leyendas y de canciones populares. Se le representa como trabajador del ferrocarril, y siempre como un arquetipo del luchador indómito contra la segregación racial y contra las injusticias sufridas por la clase trabajadora. En muchas baladas se le llama Rey Henry, rey de los forajidos y justicieros. En la novela de Roark Bradford, titulada precisamente *John Henry* (1931), el héroe libra un duelo a revólver en el que usan balas de plata. <<



[59] Sacerdotisas del vudú. Véase *La isla mágica*, de William Seabrook. El Club Diógenes núm. 229. <<

[60] Publicado en *Weird Tales* en noviembre de 1937. <<



[61] El mito de Osiris es el más claro antecedente del mito de Cristo: fue traicionado por su hermano, llorado por su madre, y resucitó al tercer día. <<

[62] Wallis-Budge (1857-1934), antropólogo y conservador de las secciones egipcia y asiria del Musco Británico, de 1894 a 1924. Participó en numerosas excavaciones hechas en Egipto, Mesopotamia y Sudán. <<

[63] Roben Bloch crea aquí una auténtica mixtura *pulp*. Las tablitas Naacal, guardadas en un templo del Tíbet (India), contenían los mismos símbolos y caracteres naga de la Lemuria (zona del Pacífico); llevadas a Birmania y de allí a la India, atestiguan su gran antigüedad por el mero hecho de que los naacales se habían ido de Birmania hacía más de 15.000 años. <<

[64] Publicado en *Weird Tales* en abril de 1938. <<

[65] Publicado en *Weird Tales* en julio de 1945. <<

[66] En el original, *the flesh peddler* (el que vende la carne). Dado que todo el relato está escrito en *slang* norteamericano, hemos intentado hallar equivalencias castellanas a dichas voces, tratando de mantener el espíritu callejero y tugurial que informa todo el texto, pero sin caer en casticismos improcedentes. <<

[67] Publicado en *Weird Tales* en el verano de 1991. <<



[68] Es lo que se cuenta que decía Napoleón a Josefina, dama al parecer muy ardiente, cuando no tenía ganas de juerga y cópula. <<

[69] Publicado en *Weird Tales en* el otoño de 1991. Escrito en colaboración con Henry Cuttner. <<

[70] Publicado por *Weird Tales* en la primavera de 1991. <<